P. José Luis Torres-Pardo C.R.

Por el Triunfo de Cristo Rey

I

R.P. José Luis Torres-Pardo C.R.

Por el triunfo de Cristo Rey

-I-

R.P. José Luis Torres-Pardo C.R.

Por el triunfo de Cristo Rey

-I-

Prólogo de S.E. Mons. Victorio Bonamín

I La Realeza de Cristo

II La Santísima Virgen

III La Iglesia

IV La Fundación

Ediciones CRISTO REY

2134 ROLDAN (Santa Fe)

El Instituto Cristo Rey agradece a las almas generosas (ejercitantes y amigos) y a la fundación Pérez Companc, que han hecho posible la publicación de esta obra.

Nihil Obstat: Pbro. Osvaldo Napolitano, censor

Imprimatur: Mons. Jorge Manuel López,
Arzobispo de Rosario.
Rosario, 17 de Agosto de 1988.

Queda Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina, 1988

“Dedico mis obras al Rey”
(Sal. 45,2)

Bendición

de S.E. Mons. Jorge Manuel López, Arzobispo de Rosario

El Reverendo Padre José Luis Torres-Pardo, quien desde hace unos años ha iniciado en esta Arquidiócesis la creación del Instituto "Cristo Rey', con la aprobación de nuestro antecesor y de Nos mismo, ha accedido, por pedido de su Comunidad a recopilar en una edición sus conferencias y trabajos realizados en diversos tiempos para la extensión del reinado de Cristo en las almas y en la sociedad.

Sin duda alguna, ha sido encomiable la finalidad que lo ha guiado y alabamos su esfuerzo sacerdotal para hacer que la persona de Jesucristo, Nuestro Salvador, fuera cada vez más amada *y* su Palabra de Divino Maestro iluminara las mentes y los corazones.

Auguramos que esta obra produzca abundantes frutos de vida espiritual, para lo cual impartimos nuestra Pastoral Bendición.

† JORGE MANUEL
LÓPEZ
ARZOBISPO DE
ROSARIO

Prólogo

Oportuna inspiración del Espíritu Santo me parece ésta de celebrar los sesenta años de vida del venerado padre José Luis Torres-Pardo, recogiendo y editando en un volumen parte de las muchísimas publicaciones suyas, esparcidas -¡como las semillas del bíblico sembrador, a manos llenas y adonde cayeren!- en revistas, opúsculos y folletos no siempre fáciles de hallar.

Es un modo providencial de dar más robustas alas, espacios más dilatados y resonancias más duraderas a los vuelos del pensamiento de un maestro, un profeta, vocero del Gran Rey Jesucristo.

Los lectores de hoy ya agradecen a quienes prepararon esta riquísima e impagable recopilación. Generaciones futuras los bendecirán por haber sido fieles a la inspiración del Espíritu.

Cábeme la satisfacción de haber sido invitado a prologar el libro. Si ello va en desmedro del mérito de la obra pues sustrae quilates al oro del homenaje, téngase en cuenta, para descargo de mi osadía al aceptar aquellos, que, si un pedido de mis estimados amigos de la Comunidad de Cristo Rey vale por una orden, la ocasión de ver estampado mi nombre entre el del Excmo. Arzobispo de Rosario y el del ilustre festejado constituye el honor al que difícilmente sabría renunciar.

Es propio de un Prólogo actuar a manera de ujier o portero de estrados en palacio real, atento a indicar a las personas- en el presente caso, lectores- le sitio más adecuado para mirar y escuchar.

Eso intentaré hacer yo; para lo cual empezaré por insinuar a quienes, conscientes ya de estar penetrando en un palacio, se dispusieren a leer este regio volumen, que, con el propósito de dominar la amplitud del escenario doctrinal frente al cual se hallan vuelvan por un momento la vista hacia un "pasado" que mucho ayudará para explicar y justificar la espectacularidad panorámica de este "presente"("presente" como actualidad y como regalo de cumpleaños).

Es que, en el caso del P. Torres-Pardo, el Prólogo de su pensar, hablar, escribir y obrar (en él todo eso es uno), está en el pasado, precisamente en documentos escritos y en sucesos vividos que precedieron a su nacimiento y acompañaron su infancia y adolescencia.

(Entendámonos en seguida: gracias a Dios, no es "hijo de su tiempo", pero hay "signos de los tiempos" que algo "significaron" en estas seis décadas de su fecunda existencia).

Así, por ejemplo, cuando él nace, en 1928, el glorioso Pontífice Pío XI, en su encíclica Miserentissimus Redemptor, rememoraba, con explicable complacencia, el hecho histórico de que "al término del Año Jubilar, 1925, instituimos (son sus palabras) la fiesta de Cristo Rey y su solemne celebración, en todo el mundo cristiano", y predecía que, gracias a ella," los justos más y más se justificarán y se santificarán, y con nuevos fervores se entregarán al servicio de su Rey, al cual contemplan tan menospreciado y combatido".

Estábamos en junio de 1928 cuando eso vaticinaba Pío XI. Tres meses después nacía en España uno de esos "justos", destinado por la divina Providencia a dar razón a la predicción papal.

¡Signo de los tiempos! ¡Y qué tiempos aquellos!

En la República de México ardía en su apogeo la lucha armada de los "Cristeros", durante la cual -como destacaba el mismo Sumo Pontífice- "los obispos, los sacerdotes y los fieles de México se alzaron... y se organizaron en guerra" ... "llevando en la mano el Rosario y aclamando a Cristo Rey" combatían a "los gobernantes de la República de México por su despiadado odio contra la religión, contra la Iglesia condenada a muerte" ("Iniquis Afflictisque").

Años después, en 1932, el mismo intrépido Pontífice Romano exaltaba "las luchas santas y el martirio del clero y de los fieles" que habían "suscitado profunda admiración en todo el orbe de la tierra", puesto que peleaban contra "una persecución absolutamente

incalificable que no se diferencia mucho de la que se ensaña en las horribilísimas regiones de Rusia".

¡Cuán "significativos" los tiempos en que iba creciendo aquel "justo"!

Rusia (¡el ateísmo armado, encarnado en un partido político, encaramado en un poder universalista!), México (la masonería internacional, "sinagoga de Satanás"). ¡y después España! era por junio de 1933.

El Vicario de Cristo vuelve apenado los ojos hacia la nación "Dilectissima Nobis" y alza ante el mundo entero su vehemente protesta por "la lucha desatada contra la Iglesia en España... imputable al odio que contra el Señor y su Cristo sienten las sectas perturbadoras de todo orden religioso y social, como acabamos de verlo en México y en Rusia ".Pudo declarar entonces que, pese al sacrílego salvajismo de los rojos, "el catolicismo se abstuvo de toda violencia y represalia. . . sin dar lugar a guerras civiles".

Diéronles, empero, lugar y urgencia los aberrantes crímenes del gobierno de la República. Y como la España inmortal tiene su dignidad, y Dios mismo se decide, cuando así le place, a poner a sus enemigos como escabel de sus pies, estalló - ¡tenía que estallar! - la más grandiosa Cruzada de la época moderna.

Porque "es muy natural - proclamaba paladinamente el Papa en 1937- que, cuando se atacan aún las más elementales libertades religiosas y cívicas, los ciudadanos católicos no se resignen pasivamente a renunciar a tales libertades" ("Firmissimam constantiam").

Cuando con la victoria de las tropas franquistas ("la victoria", y no solamente "la paz" festejó el entonces Sumo Pontífice Pío XII) se cierra la Cruzada, el niño nacido en 1928 tiene once años (magnum aevi spatium, dijera el romano): ya está hecho, orientado, definido. Fruta en sazón, madurada bajo muchos soles. Ya está equipado para superar los vaivenes del tiempo; ya puede avanzar impávido entre los acontecimientos, capaz de ser testigo, juez y profeta de su siglo. Dos tremendas realidades ya lo han signado ***ne varietur****: bulle en sus venas la sangre de su padre, heroico militar defensor del Alcázar de Toledo (episodio elocuentemente cumbre de la Epopeya), y lleva en la tierna plasticidad del alma la visión de los oprobios inferidos a Cristo Rey en Rusia, en México, en España, visión que le hace sufrir una extraña transverberación (¿Por qué evocamos en este momento al magnífico "chicuelo" de La Pedrada, de Gabriel y Galán?).*

Será sacerdote, víctima y vindicador de los soberanos derechos sociales de su Rey. Enaltecido por Dios con los blasones de un providencial adalid de los fueros de Cristo, concitará, por donde el cielo lo condujere, con la fuerza de su palabra -"espada del Señor"-, y el ardor de su corazón -"fuego del Espíritu"- legiones de imitadores secuaces de sus consignas sonoramente pregonadas: "La Realeza de Cristo es el Ideal con que soñamos, el Ideal que nos apasiona, el Ideal que predicamos y que queremos vivir".

Le aflige, pero no lo amedrenta, oír a los pusilánimes que "es una locura, y un escándalo, predicar la Realeza Social de Cristo, sobre todo hoy en esta época del cambio, del progreso, de la evolución, de las libertades y de las democracias". Al contrario, eso lo acicatea, urgido cómo se siente por el "Oportet Illum regnare" (¡Cristo tiene que reinar!), y acompañado como está por el recuerdo del Apóstol al que alegaron los cobardes de su época, aquello del "escándalo" y de la "locura", concentrado en el misterio de la Cruz, Trono del Rey de reyes.

Tanto lo tienen sin cuidado las opiniones adversas del "mundo puesto por entero en el Maligno" enemigo de Cristo, que, como San Pablo, no sólo no querrá saber nada fuera del conocimiento de Cristo y tendrá por basura todo lo que de Él se apartare, sino que, con la desenfadada libertad de los hijos de Dios y la noble altivez de los áulicos del Rey, confesará que "el estado actual de la humanidad y, en buena parte, del Catolicismo, nos disgusta, nos aburre y nos cansa".

*"¡Pasa la farándula de este mundo", ante cayo frágil entablado no pocos católicos están estúpidamente arrodillados, como denunció L*epaysan de la Garonne!

En cambio, la Palabra de Dios perdura inmutable, eterna, hecha carne en el Logos Absoluto, por quien, y para quien fue creado todo, en quien existente consiste y subsiste, porque es quien ostenta el primado en todo. Tu Rex Gloriae, Christe!

* * *

El Prólogo "retrospectivo" queda ya pergeñado. El ujier pasa a indicar a los lectores el "prospectivo".

En el ancho panorama que se les despliega, divisarán una Cátedra de docencia, peraltada soberana: es la del Divino Maestro. Contiguo a ésta, el estrado del "meturgemán" -repetidor, intérprete- del Logos de Dios, el apostólico sacerdote José Luis Torres-Pardo.

Frente a ambos, al pie de ellos, el lector se situará en función de discípulo, dispuesto a aprender, como los dos de Emaús, "con el corazón encendido" en ascuas de amorosa entrega, en actitud humilde, con mucha hambre de Dios.

Advierta, con ojos lavados en aguas del Jordán, que cuanto aquí le tocará en suerte leer, es pura Doctrina... ¡y Doctrina pura! *Lo primero, porque el Maestro y sus apóstoles nos enseñaron que lo*
primario en la Obra de la Salvación y, por ende, de la evangelización, es predicar, "convertir en discípulos" a todos los hombres, brindándoles, mediante la exposición de las verdades reveladas, el don inefable de la Verdad. Y eso, sin mezcla de ideologías, sin ostentación de temáticas mundanales, sin reduccionismos de predicadores despistados, sin logorreas catequistas complacientes, sin omisiones de temas quemantes (el pecado, el infierno, el demonio, el sacrificio, la mortificación, la humildad, sumisión, la estupenda belleza de la Iglesia, el silencio, la obediencia que algunos, los "modernos", no se animan a exponer, a los cuales, tránsfugas de la Cátedra sagrada, enrostra abiertamente el P. Torres-Pardo:" Jesucristo envió y mandó a sus apóstoles a predicar no 'casi todo' el Evangelio".

Todo aquí es, por consiguiente, solidez de enseñanza, substancioso alimento para dentaduras fuertes. Ninguna página difunde viento vanilocuo:
nunca sucede que salgan de la lectura los discípulos como las ovejitas deploradas por Dante víctimas de predicadores insubstanciales:
"Si che le pecorelle, che non Sanno,
Tornan dal pasco pascinte di vento".
Y pues todo es aquí pura Doctrina, el libro, monumento de sabiduría y de claridad docente, se perfila como un epítome de cuanto plugo a Dios revelarnos, enaltecido con síntesis magistralmente logradas y concisas enunciaciones dogmáticas.

Lo segundo -Doctrina pura- porque todo es agua cristalina extraída del manantial bíblico, del venero patrístico, del fontanar de la Tradición, de los surtidores del Magisterio Sagrado. Confírmalo la abundancia de citas del Libro Santo y el frecuente recurso a la autoridad doctrinaria de los grandes maestros de la fe, algunos de ellos particularmente estudiados -"con intelletto d'amore"- por el autor, como Santo Tomás de Aquino, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa, San Juan de la Cruz.

Y es cosa de admirar la tersura literaria de los arcaduces por donde discurre esa agua. ¡Claro está! Sucede, en efecto, que la pureza de la doctrina y la infinita dignidad del Logos-Cristo-Verdad y Belleza exigen la pureza del bien decir, casi la castidad de la elocución. ¡Qué, gusto produce, al leer este volumen, dar con una estupenda expresión que, en asunto de limpidez estilística, lo dice todo: "amor virginal a la Verdad"!

Es que "existe una degradación incomparablemente más grave que la del cuerpo. Es la impureza de la inteligencia, la pérdida y obscurecimiento de la fe o de la lógica, la corrupción de las ideas. Todo peligro, pues, de mancha intelectual debe ser rechazado con mayor energía aún que cualquier ocasión de pecado en otro género".

Leyendo estas verdades, grandes como catedrales, uno cree -por un lado- paladear el "amor virginal" de los versículos del Magníficat (¡y qué, alto lirismo arrebata al P. Torres-Pardo cuando habla de la Virgen Santísima!), y, por otro, ver a Cristo expulsando los demonios inmundos del cuerpo de endemoniados, en los relatos del Evangelio.

No disimula el autor el asco que experimenta ante la hediondez de los "intelectuales"

enemigos de la Verdad, que ensucian el país con sus lucubraciones mentales.

Para él, "espíritus inmundos" son, en el ámbito conceptual, la falsedad consentida, la superficialidad, la ambigüedad, la mediocridad, el nominalismo al que vienen a parar todos los engendros literarios antivirginales del izquierdismo criollo inficionado de relativismo hasta el tuétano; y, en el ámbito moral - corolario de esas lacras mentales- el secularismo, el naturalismo, el laicismo inmanentista, y, para más repulsivo escarnio de la bienhadada "virginidad", el híbrido "liberalismo católico" y su fiel pedísecua, vale decir "esa herejía difusa y proteica que se conoce más o menos indistintamente como progresismo", máscara falaz del modernismo condenado por San Pío X.

Sabe el P. Torres-Pardo que Jesús, en el pretorio del Procurador romano, acopló el testimonio de la Verdad a la realidad de su Reyecía; de ahí que requiera, para la explanación de las verdades del Catolicismo, la pureza que en lo humano es respeto, decencia, decoro y, en lo sobrenatural es santidad, plenitud armónica del ser en Cristo. La requiere y, desde luego, ejemplarmente se la impone a sí mismo.

Un aspecto peculiar de tal exigencia es el esmerado ensamble que realiza, a menudo, entre el Ser y la Verdad, donde se destacan no solamente su fervorosa fidelidad al tomismo, pero también su envidiable aptitud mental para los escarceos de la metafísica.

Tome nota el rector de las veces que, andando por estas páginas, se encuentra con el vocablo "ser" usado principalmente en función de sustantivo y, desde luego, como verbo. A cada rato dará con el "es" esencial para las definiciones, lo cual es propio de un pensador "virginal" que alza la acerada estructura de su razonamiento sobre el trípode metafísico del "discernir", "precisar", "definir", y, a la par, es influjo subconsciente de ese Ideal -la Realeza de Cristo- que se ecforiza (como dicen los psicólogos en las apelaciones a la "realidad", a lo "real" (res= cosa; rex= rey) y al "realismo".

Descubrimos, por este atajo conceptual, porqué, el P. Torres-Pardo, al definir la personalidad de la "Legión de Cristo Rey" por él fundada para promover una "revolución espiritual" en nuestra sociedad, declara que la Legión tiene un espíritu (algo interior, su ser) y un estilo (algo exterior, su modo de ser).

Y descubrimos algo más: que el único temor de este sacerdote-profeta- fundador, es que sus lectores, sus oyentes, sobre todo sus Religiosos, sus Legionarias y Legionarios, entreguen, sí, total y sinceramente su corazón al Rey Soberano, pero no el intelecto, en purísima plenitud de entrega pleitesía.

Al demonio inmundo le conviene, para su estrategia, destruir la afirmación del ser, baluarte del Catolicismo; corromper radicalmente la inteligencia humana, instrumento de acceso a las entrañas del ser. Consiguiéndolo, impone entre sus víctimas: contra el realismo el idealismo, contra la objetividad del pensar el subjetivismo del opinar, contra la alcurnia de la genuina gnosis la servidumbre despersonalizante de la praxis (del "activismo", aclara nuestro autor), y -por lo que atañe a las generaciones jóvenes, presa especialmente codiciada por el Maldito-, contra la seriedad de la vita strenua la fantochada de la espontaneidad (autenticidad", proclaman ellas, hipócritamente).

En esa perspectiva se comprende el cuidadoso empeño del Padre fundador porque sus Legionarias y Legionarios se arraiguen en el ser, como el ombú en el suelo pampeano, y crezcan y se robustezcan "instruidos en toda sabiduría", adueñados felizmente del sensus fidei (que es la "mentalidad de Cristo" auspiciada por San Pablo) como troquel de su pensar, y del sensus Ecclesiae (que no es sino el ignaciano sentire cum Ecclesia) como paradigma y motor de su obrar.

En ellas y en ellos, el combate permanente, sin treguas ni cuartel, contra la corrupción mental, será una hábil propedéutica para elevarse al honor de militar en favor del Reinado Social de Jesucristo. Endurecidos como soldados en las ásperas ejercitaciones y maniobras de la milicia, valientes hasta el heroísmo "al cobijo del saberse puros", abroquelados por la austeridad de las costumbres y la fortaleza de una bien arquitecturada vida interior (¡oh, las "Moradas" teresianas!), serán la vanguardia de la anhelada "revolución espiritual" que darán por tierra con esos dioses modernos llamados dinamismo, eficacia, ,éxito, embobamiento de la superstición mundanal.

Y hete aquí por cuáles senderos doctrinales, este libro fundacional alcanza los méritos

de un Manual de Teología Ascético-Mística. Cristo revela el hombre al hombre; la Teología, soslayando la Sociología, ilumina a la Antropología y esclarece el verdadero perfil del destino humano; la Fe ilustra acerca del porqué y para qué de la constante agonía (=lucha por existir y subsistir) del hombre ("Milicia es la vida del hombre sobre la tierra", sentencia desde el desierto el paciente Job), que se siente irrenunciablemente convocado a ser lo que debe ser -una fiel reproducción de Cristo- a trueque de no ser nada y condenarse. Todo lo incita para "realizarse", a ejercitarse, templarse, disciplinarse mediante una Ascética severa, constante, embistiendo a los conocidos enemigos suyos (demonio, mundo, carne), hasta aligerarse de pesadeces psicosomáticas para escalar las altas cimas de la Mística, con la esperanza ya en el cielo, pero con los pies en la tierra, siendo, ignacianamente en ella "un contemplativo en la acción".

Hasta tan apetecibles cumbres, -sin rodeos escapistas, razonadamente, por veredas ascensionales de la pedagogía ajustadamente manejada por el autor de este libro- la Fe, que es una "super-lógica" que abarca, purifica y trasciende toda lógica humana, nos ha transportado, desde la plaza de armas donde dirige maniobras Ignacio de Loyola, al alcázar donde mora el Rey y en El sacian su infinita sed de amor los místicos de su selección y predilección.

El libro de la Realeza Absoluta, libro de la realidad de la Verdad, se ofrece de ese modo al lector cual una abundosa recopilación de realidades y de profecía. Atestigua, juzga y sentencia desde el tribunal de la Verdad acerca de las efímeras ideologías de este siglo antimetafísico; al mismo tiempo, como heraldo de su Soberano, anuncia el rumbo que nos conduce a la Verdad (Ella, y el Camino hacia Ella, y la Vida que se le identifica, es Cristo Señor presente en su lglesia).

En la medida en que es testimonio, esto "sabe" a martirio (¡"¡Sabiduría", don del Espíritu Santo, gusto siempre a miel y a hiel!), porque el testigo sufre angustias de muerte a la vista de las ofensas irrogadas a la Verdad, al Bien: ciertas conspiraciones del silencio, ciertos acuerdos de "vacío", ciertas pavuras curialescas (tipo "mordazas") que los "prudentes" (escribe el autor) y los "buenos", urden contra la Realeza Social de Cristo.

Autoridad para decirlo y dura experiencia personal para designarlo
Le sobran a este Sacerdote hijo de mártir y, a su vez, -como Jesús- víctima del "vacío" y de pretericiones mal disimuladas y del lavamanos pilatesco que recuerdan aquello del "pericula ex falsis fratribus" que leemos en San Pablo.

Y es profecía. En sus páginas se habla en nombre de Dios. Se oye la voz del Sinaí, del Tabor, del Cenáculo, del Calvario, de Pentecostés. Como Jeremías, el profeta no oculta su desfallecimiento ("Me duele el quebranto de mi pueblo, estoy abrumado, el corazón me falla"), pero como el de Isaías, el suyo termina siendo el libro de las consolaciones ("Por amor... no he de callar, por amor. . . no he de estar quedo, hasta que salga como resplandor su Justicia. . . verán las naciones tu Justicia, todos los reyes tu gloria").

Sencillamente es así. Porque el Padre fundador asegura que su Instituto (¡todo lo suyo!) "quiere ser un canto de esperanza al llamado del Concilio".

Lo será.
¡Lo es!

▫ Victorio M. Bonamín, s.d.b.
Obispo titular de Bita

Semblanza

El Padre José Luis Torres-Pardo, nuestro Padre Fundador, ha heredado y reproducido en su vida la fe católica y los sanos principios del orden natural del hogar de sus nobles padres. A estas riquezas espirituales se añaden: el ideal de amor a Dios y a la Patria, sentido, sobre todo, en la heroica Cruzada Española del 36, y -en un nivel más profundo- el espíritu religioso y la mística de sus dos grandes formadores en la vida consagrada: el Padre Vallet (Fundador de los C.P.C.R.) y, de un modo más inmediato, el P. Terradas (sucesor del P. Vallet), por quienes nuestro Padre tuvo siempre la más viva admiración y veneración.

En primer lugar, su alma recibe el sello y las bendiciones espirituales de su familia. Su padre, prototipo del caballero cristiano, un "santo varón", como nos ha dicho a menudo, era hombre de principios, de rectitud intachable. Más elocuente con las obras que con las palabras. Héroe de guerra, supo inculcar a su pequeño hijo el amor apasionado a todo lo que sea noble y grande, comenzando por la tradición católica de la España eterna. Para quienes conocemos al Padre Torres-Pardo no resulta difícil imaginar a su santo progenitor: un gran amor a los suyos demostrado en exquisitos detalles, dentro de una sobriedad y firmeza propias de quien tiene conciencia clara de su autoridad y responsabilidad en la familia. Inspiraba a la vez una expansiva confianza filial y un afectuoso respeto. ¿Y su madre? Prototipo de la "mujer fuerte", comunicó a su hijo la fe sencilla y ferviente de una madre cristiana y española, junto con el amor demostrado en la inmolación y en la fineza de los detalles... Tal vez en lo que más el Padre revela a su madre es en el buen humor y la afabilidad, fruto no sólo de una herencia sanguínea (¡la sangre de Andalucía!), sino más bien de la salud espiritual y del filial abandono en las manos paternales de la Divina Providencia en las más dolorosas circunstancias de la vida.

En segundo lugar, hay que decir que toda la personalidad de nuestro Padre Fundador quedó marcada a fuego por la dramática y honrosa experiencia vivida -a sus ocho años de edad- entre los gloriosos muros del Alcázar de Toledo. El heroísmo, la tragedia y la belleza de aquella gesta se imprimió en el puro corazón de aquel niño. Estruendo de cañones, murallas derruidas, sangre y muerte, arengas, llanto y oración a los pies de la Virgen Inmaculada, tanques y piezas de artillería que como dragones o sapos inmundos asaltan la fortaleza... Y el "resto" de España (la verdadera) que resiste con indomable coraje para rescatar a la Cristiandad del feroz ateísmo rojo. El Padre aprende que hay Dos Banderas. Cristo Rey frente a "Lucifer, mortal enemigo"; la Iglesia frente a los poderes infernales. La Realeza social de Cristo se graba como imperativo absoluto, como suprema exigencia del Evangelio, en la mente y en los afectos del niño.

Y, por último, séanos permitido hacer una simple alusión a esa misteriosa generación espiritual entre el P. Vallet, el P. Terradas y nuestro Padre Fundador. Tocamos el misterio que envuelve a tres grandes almas. Tal vez, lo mejor es el reverente acatamiento y la incesante acción de gracias ante los insondables designios la Providencia. Sabemos, sí, que una Vocación, una Misión en la Iglesia no se improvisa, que Dios tiene sus caminos y va preparando a sus elegidos para que lleven a buen término esa sagrada Misión. . . He aquí que en el Padre vemos realizado el misterio de la Tradición de la Iglesia: transmite lo que él a su vez ha recibido... y, sin embargo, es también verdad que tiene una Misión propia, un Carisma" propio...

* * *

Perseguir y realizar un gran Ideal, en el Plan de Dios, requiere, como la Tierra prometida, el tránsito lento y penoso por el desierto.

El Señor debía probar el alma de nuestro Padre, como se templa el buen acero en la fragua, y hacerle crecer y agigantarse a fuerza de misteriosas y dolorosas “podas” ... esas

podas divinas que -como anuncia nuestro Señor Jesús- cortan los sarmientos para que den más fruto todavía (ctr Jn 15,2).

Debía caer el "grano de trigo" en la tierra, y morir, para luego brotar gozosamente en espiga cargada de granos. Debía pasar por la "Noche" para alcanzar la más pura Luz.

¡Y la "Noche oscura" llegó! En 1963 muere en Turín aquel que fue, según el piadoso decir de nuestro Padre: "mi Maestro, mi Padre, mi Capitán", el querido P. Juan Terradas, "también en soledad de amor herido", como diría San Juan de la Cruz.

¿Acaso no es ésta la eterna pedagogía del Sagrado Corazón de Jesús con sus almas predilectas?

Cuánta verdad encierran las palabras de José, María Pemán:

¡Tú que por amor me hieres,
Tú que con inmenso amor
pruebas con mayor dolor
a las almas que más quieres! ("Resignación").

Desde aquel momento su alma sintió una gran orfandad, agravada por la situación crítica de la Iglesia en la convulsión de un mal entendido posconcilio. ¡Qué dolor inundaba su corazón sacerdotal, apasionadamente enamorado de la Santa Madre Iglesia, al ver en sus hijos la rebelión contra el Magisterio y la Tradición, la desacralización de la vida cristiana y la misma vida religiosa pervertida por el espíritu mundano y la relajación!... Simultáneamente el recrudecimiento del laicismo liberal o socialista en las Naciones cristianas. . . ¡hasta en su amada España! Y entre quienes tenían el deber de hablar... la conspiración del silencio contra la Realeza social de Jesucristo.

En noviembre de 1968 llega a la Argentina, en vísperas de la magna Festividad de Cristo Rey.

Convencido de la urgente necesidad de la proclamación de los Derechos de
Cristo y de la actualísima eficacia de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, dotado de singulares cualidades naturales y sobrenaturales, templado el espíritu por una austera y exquisita formación, comienza su predicación apostólica en nuestra Patria. En las tandas de Ejercicios conmovió (y lo sigue haciendo) a muchas almas por el fuego y la unción de su palabra. Un buen número de ejercitantes, jóvenes ávidos de entregas generosas a grandes ideales, descubrieron su vocación sagrada en aquellos nuevos "Pentecostés", y allí decidieron seguir estrechamente al Divino Rey (¡cuántos de aquellos ejercitantes son hoy -ya sacerdotes- celosos predicadores o promotores de los Ejercicios!).

No es extraño que su vigorosa personalidad, su predicación ardiente, su espíritu sobrenatural, su fidelidad a Cristo Rey y a su Vicario en la tierra, provocasen envidias y hasta la calumnia y la sutil persecución de ciertos hermanos en el Sacerdocio, tocados de neomodernismo. Y - más lamentable aún- las incomprensibles incomprensiones de los "buenos"...

En esta soledad de "Getsemaní" hubo un "Ángel de luz" que confortó y alentó al Padre a seguir valerosamente su "vía crucis" sacerdotal: la Sra. Concepción M. de Bossi, "la Madre", como la llamamos cariñosamente los Padres y Hermanos del Instituto, admirados de la belleza y la fortaleza de su alma profundamente cristiana y teresiana. Por eso es "la Madre" en y de la Fundación.

El entonces Arzobispo de Rosario, Mons. Guillermo Bolatti (¡también él supo de horas amargas por su fiel amor a la Iglesia!), fue el buen Pastor que, en nombre de Dios, cual otro Ananías, indicó al Padre su misión: escribir las Reglas y formalizar la fundación de un nuevo Instituto religioso. Recién constituida la comunidad, pequeña como un grano de mostaza, Monseñor Bolatti le dio su paternal aprobación en marzo de 1981. El Padre escribirá: **"El Instituto Cristo Rey nace humildemente en esta 'hora crítica' de un sublime ideal, de una gran pasión, de una urgente necesidad: La Realeza de nuestro Señor Jesucristo".**

El mismo Mons. Bolatti había bendecido la primera y modesta residencia de la comunidad (en Rosario) en febrero de 1980, y ahora, poco después de su complaciente

aprobación, bendecía la actual residencia de Roldán. En esta ocasión (26-IV-81) el recordado Pastor habló a los presentes con estas alentadoras palabras:

"... evidentemente hay amor, y hay amor en el P. Torres-Pardo, y él está infundiéndoles este espíritu a los suyos: de amor a Dios nuestro Señor, para cuya gloria hace todo esto; amor a los hombres, que necesitan de Dios...

Yo no dudo de que ha de seguir adelante esta Obra, y la iremos viendo. Todavía nosotros, los que estamos ya casi al cabo de la vida, todavía esperamos verla progresar más. Yo esto lo auguro, esto le pido a Dios".

Junto a la comunidad religiosa nacía y crecía la Legión de Cristo Rey, movimiento de apostolado laical dependiente del Instituto y consagrado al mismo Ideal, en el que, separadamente mujeres (Legión Femenina, concebida y dirigida por "la Madre", de la que dependen varios grupos de Damas Auxiliares en diversos lugares del país) y hombres, se forman en la escuela de San Ignacio y Santa Teresa, tienden efectivamente a la práctica de los consejos evangélicos dentro de su propio estado, y se proponen llegar a reproducir la vida de los primeros cristianos y a trabajar apostólicamente por la extensión del Reinado social de Cristo.

Dios bendice con vocaciones el Instituto, en el que Sacerdotes, aspirantes al Sacerdocio y Hermanos Coadjutores, deseosos de predicar la Realeza del Señor ante el mundo (ayudando, en primer lugar, a la renovación espiritual y la formación doctrinal de los ministros de la Iglesia, seminaristas y religiosos) se esfuerzan, ante todo, por hacer reinar a Jesús en sus corazones.

El Padre infunde día a día el "espíritu" e imprime el "estilo" propio del Instituto a sus hijos. Esta es su sagrada tarea. Por ella se desvive con infatigable celo armonizando amenidad, severidad y delicada ternura, creando así un clima de fervor y santa expansión.

La comunidad crece, la Legión se consolida y se extiende, las tandas de Ejercicios multiplican, adelantan las obras en construcción, pero nada de esto le tanto como la real santificación de sus hijos. Por ella entrega su vida. Lo demás dará “por añadidura".

* * *

La presente obra es una recopilación de la mayoría de los escritos de nuestro Padre Fundador sobre los temas que constituyen "el alma" de todo su mensaje: La Realeza de nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen, el "sentir" con la Iglesia, la espiritualidad ignaciana, y, claro está, "su" Fundación del Instituto y las dos Legiones de Cristo Rey, a los cuales se añaden algunos temas de espiritualidad y doctrina en general.

“¡Tuve la gracia de tener un gran maestro!

El maestro nos da las 'claves'... no da erudición, pero sí comunica el 'instinto propio de los sabios... el buen formador ve lo presente proyectado en el futuro... ¡El buen formador nos ahorra mucho tiempo!"

Estas palabras del Padre Torres-Pardo, referidas al privilegio, a él generosamente concedido, de convivir y ser formado por un sabio, las comprendemos especialmente quienes por misericordia divina participamos de semejante privilegio.

El libro que ofrecemos manifiesta a nuestro Maestro, al Sabio. "**Sabio**" en el sentido más elevado de la palabra, al estilo de "los pocos sabios que en el mundo han sido", al estilo de los Santos, que "lucen y arden", que conocen, que aman, que viven, que comunican y que sufren por la Verdad, que es Cristo.

El verdadero Sabio es "hombre de principios", "hombre de esencias". Así es nuestro Padre. Su vocación no es ni la erudición ni el laberinto de las cuestiones sutiles o de las especulaciones novedosas.

Cautivado por la eterna Verdad de Dios, su mensaje es siempre vivo y actual. Dócil como un niño ante la autoridad de la Escritura, de la Tradición y del Magisterio, permanece sólido y feliz con los tesoros de la Iglesia.

¡Todo lo contrario de un espíritu titubeante, tímido en la afirmación de las Verdades sobrenaturales, ansiosamente pendiente de la evolución de los tiempos o de las opiniones de moda!

Pocas ideas originales (¡y mucho menos "proposiciones audaces"...!) encontrará el lector, pero ideas sublimes, "ideas-luz", "ideas-fuerza", capaces de conquistar la mente y el corazón para la Bandera del Señor (¿y no resulta "original" en ciertos ambientes culturales y pastorales de hoy tal afirmación de la Verdad?).

Tres sentidos -nos ha enseñado el Padre- han de marcar el alma de quienes -como religiosos o laicos- nos consagramos a Cristo Rey. Sentidos que son propiedad del auténtico sabio, y que son notas distintivas de estos escritos. Se trata del sentido metafísico, del sentido dialéctico y del sentido místico, por los cuales debemos aprehender, juzgar y vivir la realidad.

***"Sentido metafísico"**, es decir, sentido del "ser", reflejo siempre del Ser divino. Es simplicidad y profundidad de la mirada que no repose en la superficie de los fenómenos, que no se entretiene con lo anecdótico y accidental, que penetra las esencias inmutables, que busca las altísimas causas y el último fin.

Mirada sapiencial que sabe definir, distinguir y relacionar.

El Padre gusta de las definiciones y del lenguaje claro, que designa con sencillez y precisión lo que las cosas son; así como aborrece el lenguaje sofístico, ambiguo, oscuro, inseguro, siempre "en búsqueda", para no verse "atado" a ninguna gran verdad.

El rector comprobará que al autor que presentamos le agradan las justas distinciones, que expresan respeto del Plan de Dios. En la Obra divina, como remarcaba Santo Tomás, todo es jerárquico. Cada ser tiene su propia perfección. Nada de confuso igualitarismo. Hay seres excelentes y hay seres de ínfimo valor; y todos colaboran en la grandiosa "sinfonía". Los ángeles rebeldes y el hombre añadieron la malicia y la fealdad del pecado.

¡Qué, distancias abismales descubre el Padre entre la santidad, la simple bondad natural y la mediocridad!

"Sapientis est ordinare", dice el Doctor Angélico a coro con la sabiduría antigua. Y encontramos en el Padre Fundador el don de relacionar y ordenar todo (incluso los acontecimientos caseros y en sí mismos triviales) bajo los primeros principios del ser y de la Revelación sobrenatural. Pero la clave última de este orden total es, en el Plan de Dios -y está grabada a fuego en el P. Torres-Pardo-, la Realeza de Cristo. ¡No podía ser de otra manera! Este es nuestro sello y nuestra vida. Todo, lo individual y lo social, la doctrina y el arte, las "últimas noticias" y las antiquísimas profecías. . . todo ha de tener su lugar y un sentido en la "Epopeya del Rey de reyes".

Este sentido metafísico concede al espíritu del Padre la simplicidad y la unidad monolítica que lo caracteriza. Unidad interior que lo hace inquebrantable en sus convicciones (apoyado en la Roca de las Palabras de Vida eterna y en el humilde respeto del ser real), y que inspire a quienes lo conocemos una seguridad firme y pacífica. Unidad que nace de su absoluta certeza de aquellas palabras del Apóstol:

> **"... todo fue creado por El (Cristo) y para El.**
> **Él es antes que todo,**
> **y todo subsiste en El" (Col 1,16-17).**

***"Sentido dialéctico"**, que es equivalente al sentido dramático de la Historia que tiene mucho del hispánico "sentimiento trágico de la vida". Pero, ante todo, sentido dramático presente en toda la Historia Sagrada y que está concentrado en la ignaciana meditación de "las Dos Banderas". Es la visión del mundo y sus acontecimientos a la luz del primitivo anuncio: " ¡Pondré enemistades...!" (Gén 3,15).

Late en estos escritos la profunda y solemne grandeza de la mirada divina sobre la Historia.

Del amor nace el dolor por la verdad "amordazada". . . por la Iglesia desangrada. La Realeza de Cristo aparece como el gran signo de contradicción, la piedra escándalo, en un mundo envilecido con la gran mentira de la soberanía absoluta del "Hombre".

El demonio odia la autoridad de Cristo, odia el poder del Hombre-Dios y de Su Iglesia. Por eso el mundo, su satélite, tolera (¡hasta cierto punto!) que se hable Pastor, del Sacerdote, del Maestro, ... pero no puede soportar que se pregone al Rey.

El clamor de nuestro Padre encierra tanta verdad como coraje y celo: **"¡Cristo Rey o el caos!"** Es un grito profético, clarividente, "carismático".

El Padre Torres-Pardo es apóstol y formador. Sabe que debe defender y comunicar, poner sobre el candelero y hacer amar apasionadamente la Verdad, que no es más que el mismo Jesús. Por ello combate el error, que muchas veces se esconde tras el velo de aparentes verdades, y que es (como el pecado) la ruina de las almas. Obra ésta de puro amor y de nobilísima justicia, particularmente en esta hora de claudicaciones y de cobardes silencios ante el Enemigo victorioso.

Con gusto y propiedad aplicamos al Padre lo que se ha afirmado tan certeramente de San Ignacio: "Caballero andante a lo divino", por su tenaz aspiración a la más honrosa grandeza -la del Evangelio-, por su espíritu militante y, sobre todo, por su sentido sobrenatural.

*** "Sentido místico"**, es decir, intuición como connatural de lo sagrado y divino.

El Padre nos abre los tesoros -por él asimilados- de Sabiduría celestial que nos legaron los Santos. Aquella divina Sabiduría a la que se refiere Kempis en su eterno libro:

"El humilde conocimiento de ti mismo es camino más cierto pare Dios que escudriñar la profundidad de las ciencias. . . Verdaderamente es grande el que tiene gran caridad. Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño y tiene en nada la cumbre de la honra. Verdaderamente es prudente el que todo lo terreno tiene por basura para ganar a Cristo. Y verdaderamente es sabio aquel que hace la Voluntad de Dios y renuncia la suya propia" ("Imitación de Cristo" I,3).

Tiene el Padre una profundísima convicción de la urgencia de la vida sobrenatural y del amor dulce y fuerte a la adorable Persona de Jesús (evitando la tentación del frío y estéril racionalismo) para renovar la Iglesia y la sociedad. De ahí la prisa por llegar a las conclusiones ascéticas, para no quedarse en abstracciones difusas e inútiles, y disponer así los corazones al reinado efectivo y pleno de la Gracia.

El sentido de lo sagrado supone también una exquisita sensibilidad ante la suprema belleza del cristianismo. El Padre posee un alma musical, inclinada naturalmente a intuir las más bellas armonías de toda realidad. ¡Cuánto más intuye, adora y se apasiona por el mundo sobrenatural! De ahí surge la entrañable veneración por la Liturgia de la Iglesia, cuyos ritos y oraciones constituyen el bello ceremonial de la corte del gran Rey. De ahí el humilde respeto por la dignidad de las almas consagradas. De ahí el dolor y la santa indignación ante la mediocridad y la mundanización en la vida religiosa y sacerdotal.

* * *

Dejamos al lector frente a estos artículos del Padre Torres-Pardo, escritos a lo largo de sus treinta años de Religioso y Sacerdote ejemplar.

Esta obra (en dos volúmenes) tiene el carácter de **homenaje** filial - ofrecido por sus hijos del Instituto, con "la Madre" como inspiradora y promotora-, deuda de gratitud y de amor de quienes sentimos arder nuestro corazón cuando nos descubre los secretos de la divina Sabiduría.

Su magisterio lo ejerce, ante todo, como el Divino Maestro, de viva voz. La escritura se revela impotente pare contener el vigor, la unción y el calor de su palabra.

¡Sin embargo, cuánto bien han de producir estas páginas en los corazones sedientos de

Verdad, de Amor y de Realeza divina!

Sus hijos

I La Realeza de Cristo

1 La Epopeya del Rey de reyes

Asístame el Espíritu Santo para cantar la Epopeya más formidable que han registrado los siglos, absortos y estupefactos el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, ante tanta majestad y grandeza.
Quiero decir con el salmista:

"Bulle en mi corazón un bello discurso,
al Rey dedico mi poema,
es mi lengua como cálamo de veloz escriba"
(Sal 45).

"Abriré en sentencias mi boca,
evocaré los arcanos del pasado:
lo que hemos oído y sabemos,
lo que nos contaron nuestros padres
no lo encubriremos a sus hijos,
contando a las generaciones futuras
las glorias de Yahvé y su poderío
y los prodigios que ha obrado"

(Sal 78).

¡Quiero desahogar mi alma y gritar la Realeza de Dios hasta morir y por toda la eternidad!
Quiero que el mundo conozca y vibre de gozo y de emoción al contemplar esta divina y humana Epopeya, henchida de originalidad y sabiduría, de fuerza y heroísmo, de delicadeza y ternura, de humillación y de muerte, de amor y de vida, de música y poesía.
Es la Revelación de la Realeza de un Dios, que llena las páginas de los dos Testamentos, que da sentido profundo a la Historia, y que cual imponente sinfonía inunda hasta el delirio mi corazón.

- Primer Acto-

Hagamos silencio interior dejándonos envolver por el Misterio, y entremos con santo temor en aquella fantástica visión del profeta Isaías, que él mismo describe de esta manera: "El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado sobre su TRONO alto y sublime, y sus haldas cubrían el Templo.
Había ante Él serafines, que tenían cada uno seis alas: con dos se cubrían el rostro y con dos se cubrían los pies y con las otras dos volaban; y los unos y los otros gritaban y se respondían: ¡Santo, Santo, Santo! ¡Yahvé de los ejércitos! ¡Está la tierra llena de su gloria!
A estas voces temblaron las puertas en sus quicios y la case se llenó de humo.
Yo me dije: ¡Ay de mí, perdido estoy, porque siendo un hombre de labios Impuros, que habita en

medio de un pueblo de labios impuros he visto con mis ojos al REY, Yahvé de los ejércitos!" (Is 6,1).
Ese Trono alto y sublime – como dirá Cristo siglos más tarde- es el Cielo (Mt 5,34).
Sus haldas henchían el Templo… Yahvé' aparece revestido con toda la magnificencia y esplendor de un Rey oriental envuelto en su manto real, cuyas haldas cubrían el Templo de Jerusalén ("la Ciudad del gran Rey", como la llamará Cristo –Mt 5,35).
El Templo era el símbolo de la presencia real de Yahvé en su Pueblo, de manera que cubrir el Templo con su manto equivalía a cubrir con su Realeza toda La tierra que es suya (cfr. Sal 96).
Los serafines son los ángeles encendidos en amor incandescente, que están Ante el trono de Dios, adorando y proclamando su divina Realeza.
Con dos alas se cubrían el rostro, como para significar la reverencia y veneración ante la incomprensible Trascendencia; con otras dos se cubrían los pies, en reconocimiento de su bajeza; y con las otras dos volaban, es decir, se mantenían alrededor del Trono, cantando a coro: ¡Santo, Santo, Santo!, celebrando así la Liturgia del cielo.
Temblaron las puertas, porque la presencia de Yahvé es demasiado fuerte.
También tembló el sepulcro el día de la Resurrección (Mt 28,2) y también tembló el Cenáculo el día de Pentecostés (Acto. 2,2). Y también tembló el lugar en que estaban reunidos los Apóstoles después de hacer oración (Acto 4,31).
"Mira a la Tierra y tiembla, toca los montes y humean…" Así canta el rey profeta (Sal 104,32).
El humo (al igual que el fuego, la nube y el temblor), son figuras de la gloria de Dios.
"Se llenó el Templo de humo de la gloria de Dios y de su poder", vio San Juan en visión apocalíptica (15,8).
¡Está la tierra llena de su gloria! ¡Parecería como si los ángeles estuvieran cantando el Gloria de una solemnísima Misa real!
Y cuál no sería la emoción del profeta que exclamaba dentro de sí: "¡Ay de mí, perdido estoy, porque he visto con mis ojos al Rey!"
Los israelitas creían que nadie podía ver a Dios sin morir en el acto. ¡Sí! ¡Yahvé' es el Rey!
Cuando Él quiso nombrarse a Sí mismo, se apareció a Moisés en el desierto en figura de una zarza ardiendo, que ardía, pero no se consumía (símbolo de Eternidad).
Moisés le preguntó cuál era su Nombre y Dios le respondió: "Yo soy el que soy" (Ex 3,14).
Es la única definición que paradójicamente corresponde a Dios y a sólo Dios.

¡Sí! ¡Dios es el SER!
El SER es la Divinidad
El SER es la Santidad
El SER es la MAJESTAD
El SER es la Personalidad
El SER es la REALEZA

El sentido profundo del verbo "ser" en la lengua hebrea es muy particular y rico.
Tiene un matiz que indica afirmación de sí, actividad, libertad, autonomía, trascendencia, intensidad de ser y, en consecuencia, "ser" significa poder y señorío.
El "ser" es lo más "real", tanto en el sentido ontológico de realidad, como en el sentido jurídico de "realeza".
Y Dios, movido libremente por el impulso de su Amor infinito, quiso hacer partícipe de su Realeza, junto con los ángeles, a los hombres.

"Hagamos al hombre a nuestra imagen para que domine" (Gen 1,26), es decir, para que reine sobre toda la creación.
He aquí al hombre constituido en pequeño rey del universo, para que lo gobierne en su nombre, es decir, ordenándolo y ordenándose a Dios, como a su último fin.
El futuro Reino de Dios se vislumbra ya en el Paraíso.
"¿Qué' es el hombre para que te acuerdes de él o el hijo del hombre para que le visites?
Hicístele poco menor que a los ángeles, coronástele de honor y de gloria, todo lo pusiste debajo de sus pies…" (Feb. 2,6-8; Sal 8,5-7).
¡Qué grandeza la del hombre! ¡Pero qué responsabilidad también!
Hasta ahora todo es armonía, felicidad y gloria… Y el Rey "descansó" el séptimo día, dice la Escritura.
Hasta que aparece en escena la figura siniestra y horrible del Tentador, el príncipe de este mundo (Jn 12,31), el dios de este siglo (2 Cor 4,4), el dragón grande, la serpiente antigua, llamada Diablo y Satanás, que extravía toda la redondez de la tierra" (Ap 12,9).
El Rebelde, que, ebrio de soberbia, había llegado a la locura de desafiar a Dios, al grito de "non serviam", y a pesar de haber sido precipitado al Abismo con sus ángeles (Lc 10,18) vuelve de nuevo a provocar a Dios, haciendo caer al hombre, a fin de conquistar su reino.
"¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora, echado por tierra el dominador de las naciones? Y tú decías en tu corazón: Subir' a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas del cielo, elevaré **mi trono** y me asentaré en el monte de la asamblea, en las profundidades del aquilón. Subiré sobre las cumbres de las nubes y seré igual al Altísimo.
Pues bien, al sol has bajado, a las profundidades del abismo" (ls 14,12-15).
Seducidos por el Maligno, nuestros primeros padres apetecieron estúpidamente "ser como Dios", no se sometieron a la Realeza divina y comieron su propia ruina.
Se escondieron, muertos de miedo y de vergüenza al oír la voz de Dios terriblemente enojado, que los maldijo y los expulsó del Paraíso. "¡Por ti – dijo al hombre- será maldita toda la tierra!" (Gén 3,17).
El hombre perdió su señorío, que le costará trabajo recuperar.
Sin embargo, el Señor se compadecerá del hombre pecador, prometiéndole a pesar del castigo, un Mesías–Rey-Salvador, anunciado ya en estas palabras del Proto-evangelio, dirigidas contra la serpiente: "Yo pondré' enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya.
Ella te aplastará la cabeza y tú le morderás el talón" (Gén 3,15).
Dios declara la guerra a Satanás, aliado del hombre, pero promete, al mismo tiempo, la victoria final.
Aquí comienza la "dura batalla contra el poder de las Tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final" ("Gaudium et spes", 37).
A partir de este momento, el mundo queda fraccionado en dos Reinos, en dos Caudillos, como explica San Ignacio en la meditación de las Dos Banderas (Ejercicios Nº 136).
"Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente pare acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo" (G. et s., 37).
¡Aquí comienza la tragedia del hombre! ¡Aquí comienza también la Epopeya de Dios!
El hombre tuvo que pagar caro su gravísima ofensa a la Soberanía divina. ¡Pecado de "lesa majestad"!
El diluvio y la torre de Babel fueron otros tantos castigos del santo enojo de Yahvé.
Enojos y castigos que son signos del Amor Misericordioso del Señor, que es Salvador, y que "no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva" (Ez 33,11).
"Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor y no desmayes reprendido por El, porque el Señor a quien ama reprende, y azota a todo el que recibe por hijo. Aguantad, con vistas a la

corrección.
Como con hijos se porta Dios con vosotros. Pues, ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija?" (Heb 12,5-7).
Dios se hará solidario de la causa del hombre, lanzándose a su rescate. Los patriarcas, serán los primeros enviados por Yahvé para alimentar la esperanza de Israel en el futuro Rey prometido.
Más tarde, cautivo en Egipto el pueblo elegido, Dios suscitará a su siervo Moisés (figura del Mesías) que, movido por el Espíritu, librará a su pueblo de la esclavitud de Egipto, lo conducirá por el camino "real" (Núm 20,17) a través del desierto, "sin apartarse ni a derecha ni a izquierda", hasta introducirlo en la Tierra prometida.
Yahvé será el Generalísimo de su pueblo (Dt 32,12), como más tarde lo será su Divino Hijo respecto de su Iglesia.
Podríamos decir que el ÉXODO es, entre los escritos del Antiguo Testamento, el libro por excelencia de la Realeza de Yahvé.
El "Dios de los ejércitos" tomará el mando e irá delante de su Pueblo mostrándole el Camino, manifestándose por medio de estruendosos milagros, alimentándolo, educándolo, probándolo, alternando, como Padre amorosísimo, la ternura con el rigor, otorgándole leyes y organizándolo jurídicamente.
Yahvé humillará la soberbia del Faraón con diez plagas devastadoras, seguidas de la muerte de los primogénitos.
"Resonó en Egipto un gran clamor, pues no había casa donde no hubiera un muerto" (Ex 12,30).
Partieron los israelitas en número de 600.000, sin contar los niños, llevando consigo una muchedumbre de enseres y de animales… Los egipcios salieron en su persecución, camino del mar…
"El Faraón se acercaba; los hijos de Israel, alzando los ojos, vieron a los egipcios marchar contra ellos, y llenos de terror, clamaron a Yahvé y dijeron a Moisés: ¿Es que no había sepulcros en Egipto, que nos has traído al desierto a morir? . . . Moisés respondió al pueblo: no temáis, estad tranquilos y veréis la victoria que en este día os dará Yahvé, pues los egipcios que hoy veis no volveréis a verlos jamás. Yahvé combatirá por vosotros" (Ex 14,10-14).
Y llegamos aquí a la primera gran Hazaña de esta colosal Epopeya: el paso milagroso del Mar Rojo.
"Yahvé dijo a Moisés: ¿A qué esos gritos? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha.
Tú alza tu cayado y tiende el brazo sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio, en seco…
Los hijos de Israel entraron en medio del mar, a pie enjuto, formando para ellos las aguas una muralla a derecha e izquierda…
Y arrojó Yahvé a los egipcios en medio del mar.… y no escapó uno solo" (Ex 14).
La Hazaña terminó con un canto de acción de gracias hermosísimo (Ex 15):

"¡Cantaré a Yahvé, que se ha mostrado sobremanera glorioso!
Yahvé es mi fortaleza y el objeto de mi canto.
Él fue mi Salvador.
Yahvé es un fuerte guerrero.
Tu diestra, oh Yahvé, engrandecida por la fortaleza.
Tu diestra, oh Yahvé, destrozó al enemigo.
En la plenitud de tu poderío derribaste a tus adversarios.
¿Quién como Tú, oh Yahvé, entre los dioses?
¿Quién como Tú, magnífico en Santidad,
terrible en maravillosas hazañas,

obrador de prodigios?
En tu misericordia Tú acaudillas al pueblo que redimiste.

¡Yahvé reinará por siempre jamás!" ¡Todas las mujeres, con María la hermana de Aarón, se pusieron a danzar, celebrando la victoria del Señor!

Las guerras de Yahvé' ocupan un lugar predominante en todo el Antiguo Testamento.

El Arca de la Alianza es, a la vez, signo de La presencia auxiliadora de Yahvé en medio de un pueblo en armas, algo así como la bandera de combate del Pueblo de Israel.

Dios da una patria a su pueblo, pero éste tiene que conquistarla. Israel, defendiéndose de los pueblos extranjeros y paganos, defiende al mismo tiempo la Causa, el Reino, de Yahvé.

De ahí, el carácter sagrado de dichas guerras.

Así dice Dios a Moisés: "Cuando vayas a hacer la guerra a tus enemigos, al ver los caballos y los carros de un pueblo más poderoso que tú, no los temerás, porque Yahvé tu Dios, que te sacó de Egipto, está contigo.

Cuando se vaya a dar la batalla, avanzará el sacerdote y hablará al pueblo y le dirá: ¡Oye Israel! Hoy vais a dar la batalla a vuestros enemigos; que no desfallezca vuestro corazón; no temáis, no os asustéis ni os aterréis ante ellos, porque Yahvé, vuestro Dios, marcha con vosotros para combatir con vosotros contra vuestros enemigos, y Él os salvará" (Dt 20,1-4).

Estas guerras de Yahvé son figura y anuncio de aquella otra "guerra", es decir la Redención, llevada a cabo por el Rey Mesías y que culminó en la afrentosa victoria de la cruz.

"No penséis – dirá más tarde Jesús- que he venido a traer paz a la tierra; no vine a traer paz sino espada" (Mt 10,34).

Más aún, las guerras de Yahvé contenían también un sentido escatológico, prefigurando la lucha final de Cristo y de la Iglesia contra el Anticristo hasta la Victoria definitiva que será el término de la Historia. El paso del Mar Rojo era figura de la Liberación del pecado obrada por Cristo, mediante su Pasión, Muerte y Resurrección, significada, a su vez, en el Sacramento del Bautismo, como dirá muy bien el Apóstol San Pablo.

"Con El hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (Rom 6,4).

¡Es el gran Misterio Pascual! Los israelitas acamparon al pie del Sinaí. Subió Moisés a la montaña sagrada y recibió de Yahvé las Tablas de la Ley.

El Rey pactó con su pueblo la Alianza, y le constituyó en un "Reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex 19,6) (figura de la Iglesia), haciéndole partícipe del triple oficio real: legislativo, judicial y ejecutivo.

Antes de morir, Moisés habló largamente al Pueblo, dándole las últimas recomendaciones.

Una de ellas fue ésta: "Cuando hayas entrado en la tierra que Yahvé, tu Dios, te da y te hayas posesionado de ella y establecido en ella tu morada, si te dices: Voy a poner sobre mí un Rey, como lo tienen todas las naciones que me rodean, pondrás sobre ti el Rey que Yahvé, tu Dios, elija" (Dt 17,14-15).

Desde entonces la idea de la Realeza se irá consolidando, principalmente a través de los reyes de Israel (cuya figura cumbre fue David) y de los Profetas, que fueron anunciando, uno tras otro, al futuro Rey.

Mientras tanto, el Pueblo elegido se apartará sucesivamente de la ley de Dios.

El Señor, en justo castigo, lo entregará una y otra vez en manos de sus enemigos hasta moverlo a

conversión.
Solamente un "resto" permanecerá fiel a las promesas.
Un eco emocionante de este pequeño "resto" lo constituye esta conmovedora y regia oración de la Reina Ester (figura de la Santísima Virgen): "Señor mío, tú que eres nuestro único Rey, socórreme a mí, desolada, que no tengo ayuda sino en Ti, porque se acerca el peligro… Ahora nosotros hemos pecado delante de Ti, y Tú nos entregaste en poder de nuestros enemigos, en castigo de haber adorado a sus dioses… No entregues, Señor, tu cetro a los que nada son.
Acuérdate de nosotros, Señor. Date a conocer en el día de nuestra tribulación y fortaléceme, Rey de los dioses, Dominador de todo poder" (Est 14,3-12).
Oigamos ahora a los Profetas, inspirados heraldos de la Realeza de Cristo:
Dice Jacob: "No se apartará el cetro de Judá ni el bastón de mando de sus pies, hasta que llegue Aquel a quien pertenece el cetro y a quien los pueblos obedecen" (Gén 49,10).
Dice Balaán: "Surge de Jacob un cetro, de Jacob surge el Dominador" (Núm 24,17).
Dios por Natán prometió a David: "Tu casa y tu Reino permanecerán para siempre ante Mí. Tu trono se consolidará eternamente" (2 Sam 7,16).
Oigamos a Isaías: "Nos ha nacido un Niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre sus hombros la Soberanía" (Is 9,6). "He aquí que un Rey reinará en justicia" (Is 32,1).
Escuchemos a Jeremías: "He aquí que vienen días –oráculo de Yahvé- en que yo suscitaré a David un vástago justo y reinará como Rey prudentemente, y hará derecho y justicia en la tierra… y el nombre con que le llamarán será éste:
Yahvé es nuestra justicia" (Jer 23,4).
Ezequiel dice: **"**Así habla el Señor: He aquí que Yo tomaré el báculo de José, que está en manos de Efraím y de las tribus de Israel que le están unidas, y lo pondré sobre el báculo de Judá, haciendo un solo báculo, y será uno solo en mi mano; y haré (de los hijos de Israel) en la tierra, en los montes de Israel, un solo pueblo, y todos tendrán un solo Rey, y por los siglos será príncipe David, mi siervo**"** (Ez 37,19).
Daniel dice del Mesías prometido: "Fuele dado el señorío, la gloria y el imperio; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno, que no acabará, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá" (Dan 7,14). "Sabe, pues, y entiende, que, desde la salida del oráculo sobre el retorno y edificación de Jerusalén, hasta un ungido Príncipe habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. Y después de las sesenta y dos semanas será muerto un ungido, sin que tenga culpa. Y destruirá la ciudad y el santuario el pueblo de un Príncipe que ha de venir" (Dan 9,25-26).
El profeta Daniel cuenta una "gran visión" que tuvo a orillas del río Tigris Y le dejó espantado, "viendo a un varón vestido de lino y con un cinturón de oro puro". "¡Nada temas! Varón predilecto, sea contigo la paz. ¡Animo, valor!... ¿Sabes para qué he venido yo a ti? Porque tengo que volverme luego a luchar con el príncipe de Persia, y, saliendo yo, vendrá el príncipe de Grecia. Pero yo te daré' a conocer lo que está escrito en el libro de la verdad. Nadie me ayuda contra ellos, si no es Miguel, vuestro Príncipe" (Dan 10).
Oigamos ahora al Profeta Miqueas: "Pero tú, Belén de Efratá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel… Y se afirmará y apacentará con la fortaleza de Yahvé y con la Majestad del nombre de Yahvé' su Dios, y morarán tranquilamente, porque entonces será grande, hasta los confines de la tierra. Y así será la Paz…" (Miq 5,2).
Finalmente, oigamos a Zacarías: "¡Alégrate sobremanera, hija de Sion! ¡Grita exultante, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu Rey, justo y victorioso, humilde, montado en un asno, en un pollino hijo de asna… y promulgará a las gentes la paz, y será de mar a mar su Señorío" (Zac 9,9-10).

"Y todos los supervivientes de todas las naciones, que hayan venido contra Jerusalén subirán de año en año a postrarse ante el Rey Yahvé Sebaot y a celebrar la fiesta de los Tabernáculos.
Y para aquella familia de la tierra, que no suba a Jerusalén a adorar al 'Rey Yahvé' de los ejércitos, no vendrá para ellos la lluvia" (Zac 14,17).
Dato éste muy interesante: en la fiesta de los Tabernáculos se celebraba la Realeza de Yahvé.
El real profeta David fue figura de Cristo Rey, llamado en el Evangelio "hijo de David" (Mt 21,9).
También fueron figuras el profeta Jonás y el Rey Salomón (Mt 12,41).
Y mucho antes, Melquisedec, "rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abraham cuando volvía de derrotar a los reyes y lo bendijo, a quien dio las décimas de todo. Se interpreta primero rey de justicia y luego también rey de Salem, es decir, rey de paz" (Heb 7,1-2).

- Segundo Acto-

La segunda etapa de la Epopeya comienza con la venida del Rey-Mesías, "llegada la plenitud de los tiempos" (Gál 4,4).
Toda la liturgia de Adviento no es más que un canto, un suspiro, una nostalgia del Salvador prometido. Así canta la Iglesia, con desbordante alegría:

"¡Oh Rey de las naciones y Deseado de ellas, piedra angular que reúnes a los dos pueblos!
¡Ven y salva al hombre, que has formado del lodo!"
"He aquí al Señor, que viene sobre las nubes del cielo con gran poderío.
¡Aleluya!"
"Va a venir el Señor… Corred a su encuentro diciendo: Grande es su poderío, y su Reino no tendrá fin; es Dios el Fuerte, el Dominador, el Príncipe de la paz, ¡aleluya, aleluya!"
El Padre, a impulsos del Espíritu Santo, envía a su divino Hijo.
"Un profundo silencio lo envolvía todo, y en el preciso momento de la medianoche, tu Palabra omnipotente desde los cielos, desde tu TRONO REAL, cual invencible guerrero, se lanzó en medio de la tierra destinada a la ruina" (Sab 18,14).

El silencio imponente es el ambiente que nos sobrecoge y dispone para penetrar en el tremendo Misterio.
En la "medianoche" liberó Yahvé a su pueblo de la servidumbre de Egipto.
En la "medianoche" el Verbo se hizo hombre.
Y en la "medianoche", Cristo resucitará victorioso. Cristo, invencible Guerrero, desde el Trono real se lanza al rescate "de la tierra destinada a la ruina" y encara abiertamente al diablo desafiándole a "duelo"
El dirá más tarde a los judíos: "Si yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt 12,28).
El nuevo Adán se burló del Príncipe de este mundo, así como él se había burlado del primer Adán en el paraíso.
Se burló y lo desorientó y lo mató en virtud de la Justicia, no del Poder, es decir, desde la Cruz, reparando así la injusticia del pecado, "Aquel que fue hecho justicia de parte de Dios" (1 Cor 1,30).
Oigamos mejor al gran San Agustín, en una página admirable por su profundidad y belleza:
"La justicia divina entregó el humano linaje a la tiranía de Lucifer, a causa del pecado del primer hombre… (Dios) permite que el hombre esté sujeto a Satanás, pero no pierde el derecho sobre él,

porque ni el mismo Lucifer se puede sustraer al poder y bondad del Omnipotente…

Fue el demonio sometido, no por el poder sino por la justicia de Dios. ¿Qué existe más poderoso que el Omnipotente? ¿Qué potestad creada puede compararse con la potencia del Creador? Se hizo el diablo, por el vicio de su perversidad, amador del poder, y desertor e impugnador de la justicia, e imitan los hombres su ejemplo al despreciar y odiar la justicia en afán de poder, se alegran con su posesión e inflaman en su deseo. Y así plugo a Dios, para arrancar al hombre del poder de Satanás, vencer al diablo, no con la potencia de su brazo, sino con su justicia; para que los hombres, imitadores de Cristo, traten de vencer al diablo con la justicia, no con el poder.

No es menester evitar como un mal el poder (potentia) pero es necesario guardar el orden, y el primer puesto lo ocupa la justicia. ¿Cuál puede, en efecto, ser el poder de los mortales? Observen, mientras son mortales, la justicia, y al devenir inmortal les será dado el poder. Comparado con éste, el poder de los hombres, llamados en la tierra poderosos, por encumbrado que sea, es ridícula debilidad; se cava al pecador la fosa allí donde los malos dan sensación de poder…

Durante este tiempo en que Dios difiere otorgar el poder a su pueblo, no rechaza el Señor a su plebe ni abandona su heredad, cualesquiera que fueren las amarguras y humillaciones sufridas en su debilidad y pequeñez, hasta que la justicia, a la cual permanecen fieles en su flaqueza los que son piadosos, se convierta en juicio, es decir, reciba la potestad judiciaria, reservada en el juicio final a los justos, cuando el poder suceda, según su orden, a la justicia, que le ha precedido.

El poder ha de seguir siempre, y no preceder, a la justicia; por eso se coloca en las cosas segundas, esto es, prósperas; pues 'segundo' viene de 'seguir'…

Se ha de suspirar ahora por el poder, pero sólo contra los vicios; pero los hombres ansían el poder no para vencer los vicios sino para vencer a los hombres: ¿Y para qué esto, sino para que los verdaderamente vencidos triunfen en apariencia, siendo triunfadores no en la realidad sino en la opinión?

¿Cuál es la justicia que venció a Satanás? La justicia de Jesucristo. ¿Cómo fue derrotado? Porque no encontrando en El nada digno de muerte, sin embargo, le mató.

Es pues, justo, que los deudores, por él encadenados, sean liberados cuando creen en El a quien, sin tener culpa, dio muerte. Esto se llama ser justificados por la Sangre de Cristo.

¿Habría sido vencido el diablo por medio de este equitativo derecho, si Cristo hubiera preferido actuar contra él con poder y no con justicia? Puso en segundo término su poder para obrar primero como convenía.

Por eso era menester que fuese hombre y Dios. Si no fuera hombre, no podría ser crucificado; si no fuera Dios, no se creería que no quiso lo que pudo, sino que no pudo lo que quiso; ni creeríamos que prefirió la justicia al poder, sino que le faltó el poder… Por eso su justicia se hizo más encantadora con su humildad, porque pudo, si lo hubiera querido, evitar la humillación mediante el inmenso poder de su Divinidad; al morir el de excelso poderío, nos recomienda a nosotros impotentes mortales, la justicia, y nos promete el poder. De estas dos cosas, una la ejercitó muriendo, la otra, resucitando.

¿Hay nada más justo que llegar hasta la muerte de Cruz por amor a la justicia? ¿Y hay algo más potente que resucitar de entre los muertos y subir al cielo en la misma carne que sufrió muerte?

Venció al demonio, primero con su justicia, luego con su poder… Hubiera vencido también al demonio con su poder, aunque no pudiera 'éste darle muerte; pero poder más excelso requiere vencer la muerte resucitando que evitarla viviendo.

Cristo fue crucificado en la debilidad que de nosotros tomó al vestir nuestra carne mortal, no en potencia inmortal; de esta flaqueza dice el Apóstol: "Quod infirmum est Dei, fortius est hominibus" (1 Cor 1,25: "la flaqueza de Dios es más fuerte que los hombres"). No es difícil ver al demonio

vencido cuando su Víctima resucita.
Más asombroso es y más profundo a la inteligencia contemplar a Satanás vencido cuando parecía triunfar, es decir, cuando Cristo fue muerto.
Entonces aquella Sangre del que no había conocido pecado fue derramada en remisión de nuestros crímenes, y aunque con derecho esclavizaba el demonio a los que eran reos de pecado y culpables en su condición mortal, se vio precisado a dejarlos en libertad, y con justicia, pues sin culpa sentenció a muerte al que no era reo de pecado.
Vencido por esta justicia y atado el fuerte con estas ligaduras y sus preseas robadas, convirtió en cálices de misericordia a los que, en poder de Luzbel y de sus ángeles, eran vasos de ira" ("De Trinitate" XIII, 12-14).
Fijémonos bien que nuestro Rey vino, ante todo y, sobre todo, para devolver a su Padre el HONOR debido a su Majestad infinita que el hombre, pecando, le había robado.
El pecado del primer Adán y de su descendencia, por ser una ofensa a una dignidad infinita, revestía una gravedad como infinita, de suerte que ese HONOR ofendido exigía justa satisfacción porque, como dice el gran Doctor de la Iglesia San Anselmo, "no hay cosa que menos se pueda tolerar que el que la criatura quite el debido HONOR al Creador y no le pague lo que le debe.
Y también: "Nada hay más justo para Dios que conservar el HONOR de su Dignidad" ("Proslogion" XIII) porque como dice el mismo Dios por el profeta:
"Yo soy Yahvé, tal es mi nombre. No doy mi gloria a ningún otro" (Is 42,8).
Ahora bien, ¿quién podría dar una satisfacción justa y proporcionada, es decir, infinita?
Naturalmente, ninguna criatura. Únicamente un hombre que fuera Dios o un Dios que se hiciera hombre.
El hombre, que es capaz de ofender a Dios, ya no es capaz, él solo y por sí solo de reparar la ofensa.
Tendría que devolver a Dios más de lo que le quitó.
¡Cuántas veces sucede que el hombre no puede rehacer lo que ha destruido!
De manera que, a raíz del pecado Dios tenía (por así decirlo) dos alternativas: o enviar al hombre al infierno o perdonarle, dándole posibilidad de reparar y recuperarse totalmente, pero ayudándole El mismo, haciéndose hombre.
La hipótesis de un perdón a título de sola misericordia –dice San Anselmo- se opondría a la divina justicia.
Su Amor infinito le impulsó libremente a redimirnos, y entonces uniéndose la Misericordia con la Justicia, "el Verbo se hizo carne" y así honró a su Padre y honró al hombre liberándole del pecado y reformándole con la plenitud de su gracia. La misericordia hizo posible el ser rescatado conforme a las exigencias de la justicia.
¡Qué bien lo dijo el poeta!

"Siempre, Amor, vencéis a Dios:
o la justicia no es fiel
o tenéis más fuerza que El,
o hay concierto entre los dos.

La justicia que se inclina
justicia deja de ser,
y donde falta el poder
no hay fortaleza divina.
Y pues la justicia en Dios

siempre es fuerte y siempre es fiel,
vos os entendéis con El
y hay concierto entre los dos.

Cuando lo veis previniendo
los rayos de indignación,
de toda su prevención
sabe El que os estáis riendo:
porque mirándoos a vos
cesará la saña en El,
por correspondencia fiel
concertada entre los dos"

(B. L. de Argensola)

¡Oh, qué maravilloso concierto! La misericordia se inclina al perdón.
La justicia exige incondicionalmente el justo castigo por parte del ofendido y la justa satisfacción por parte del ofensor.
¡Esto fue la Encarnación! ¿Y por qué el castigo?
Porque el pecado es un gravísimo des-orden, y sólo el castigo puede restablecer el orden debido, y sería contrario al Honor de Dios dejar en su Reino algo desordenado.
Este castigo lo asumió libre y misericordiosamente el Hijo de Dios, convertido desde el instante de su Encarnación hasta la muerte de Cruz, en "Varón de dolores".
Por otra parte, ¿cómo podría satisfacer en justicia el desdichado hombre cuando la deuda contraída por el pecado es como infinita? Por eso Cristo cargó sobre sus divinas espaldas todo el peso de nuestros pecados y así saldó de derecho toda la Deuda. Decimos "de derecho" porque para que el hombre sea salvado "de hecho" es absolutamente necesario que contribuya con su pequeña "cuota", quiere decir, llevando su cruz de cada día. "supliendo así lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).
El hombre tiene que luchar también y hacerse solidario de la misma Causa, respondiendo al llamamiento de su Rey divino, como nos exhorta San Ignacio en los Ejercicios: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, me siga también en la gloria" (Nº 95).
En síntesis: El hombre, o paga su "cuota" y se salva. O no la paga, y se condena.
Sería igualmente injusto que Dios ofendido pagase todo y el hombre ofensor no pagase absolutamente nada.
La Redención fue, pues, un Homenaje a la Realeza divina.
Un Homenaje de valor infinito, puesto que el des-honor del primer Adán fue infinitamente sobrepasado por el Honor del Nuevo. ¡Homenaje que al buen Jesús le habría de costar la vida!
Homenaje a la Mayor Gloria del Padre, que El deseó desde el primer instante de su entrada en este mundo (Heb 10,7), como El mismo confesaría fervorosamente un día: "Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer, sino que arda? Tengo que recibir un bautismo, ¡y cómo me consumo hasta que se cumpla!" (Lc 12,49).
Ahora entendemos mejor por qué nuestro Rey no se contentó con hacerse hombre, sino que quiso mucho más todavía: sufrir y morir por todos los hombres, puesto que el pecado no es otra cosa que

la falta de correspondencia al Amor.
El Rey-Mesías viene a darnos una soberana lección, enseñándonos, con el testimonio de su palabra y de su vida, a cumplir el primer mandamiento de la Ley: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" (Mt 22,37).
La Mayor Gloria a Dios está en proporción con el mayor aniquilamiento de la criatura.
Por eso la Epopeya cambia ahora de decoración, y la Realeza se reviste de humildad y de humillación, de encanto y dulcísima ternura.
El "Rey de tremenda Majestad" tomará asombrosamente la forma de siervo, el "Siervo de Yahvé", anunciado así desde antiguo por los profetas: "He aquí a mi Siervo, a quien yo sostengo, mi elegido, en quien se complace mi alma.
He puesto mi espíritu sobre él; él dará el derecho a las naciones. No romperá la caña cascada ni apagará la mecha que todavía humea.
Expondrá fielmente el derecho, sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca el derecho en la tierra" (Is 42,1-4).
¡El diablo y el hombre, ebrios de orgullo, necesitaban esta lección aplastante de humildad y de obediencia!
"A quien no conoció el pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros para que en El fuéramos justicia de Dios" (2 Cor 5,21).
¡Atención! Está por nacer el "Reyecito" (como lo llamaba piadosamente San Bernardo).
Trasladémonos en espíritu a la Galilea… e imaginemos a la Santísima Virgen en altísima contemplación, cuando de pronto se le aparece el arcángel Gabriel, mensajero de la Realeza, enviado por Dios, y, después de saludarla, le anuncia el nacimiento del Rey esperado…
"Él será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el TRONO de David, su padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre, y su Reino no tendrá fin" (Lc 1,32-33).
¡El "grande" se hace pequeño, para que nosotros, ¡tan pequeños!, nos hagamos grandes!
"Y su Reino no tendrá fin…" La Victoria está de antemano garantizada.
Exclama entusiasmada la gran Santa Teresa comentando este versículo: "Rey sois, ¡Dios mío!, sin fin, que no es Reino prestado el que tenéis, sino vuestro propio, (que) no se acaba Cuando se canta en el CREDO que vuestro Reino no tiene fin, casi siempre me es particular regalo" (Camino 23,1).
El Señor nos hará pedir en la oración del Padre nuestro: "Venga a nosotros Tu Reino".
Para eso precisamente vino el Rey: pare inaugurar y consumar el Reino.
La Virgen, al pronunciar su "FIAT", nos da al Reyecito, y, por lo mismo, es constituida Reina, como nueva Eva asociada voluntariamente a la Causa de su amadísimo Hijo.
Ella como buena Madre le alentará siempre a combatir el buen combate, acompañándole hasta el Calvario.
En la liturgia de Navidad resplandece con vivísimos acentos la Realeza del Mesías.
Así canta la Iglesia, la Esposa-Reina: "La gloria del Rey pacífico se ha manifestado más grande que la de todos los reyes de la tierra". "El Rey pacífico ha manifestado su gloria, aquel cuyo rostro ansía ver toda la tierra.
"Cuando aparezca el sol, veréis al Rey de reyes, que procede del Padre, como el esposo sale de su lecho nupcial". "Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención". Detengámonos ahora en un aspecto fundamental:
El Rey nace revestido con ornamentos sacerdotales. EI Sacerdocio será la nueva arma de su Realeza para vencer al demonio y al pecado. El Sacerdocio será, en esta vida, el "estilo" de su Realeza, así como la Realeza resalta al máximo en su Sacerdocio. Realeza y Sacerdocio son inseparables.
Hasta tal punto que, aun después de resucitado, nuestro Rey quiso dejar impresas en su santísimo

Cuerpo las llagas de su Sacrificio. Este es el punto capital de cuanto venimos diciendo: "Que tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la diestra del TRONO de la Majestad en los cielos" (Heb 8,1), "esperando lo que resta, hasta que sean puestos sus enemigos por escabel de sus pies" (Heb 10,13).

Por eso Cristo es llamado en la Sagrada Escritura, "león" y "cordero". San Juan en el Apocalipsis verá al Cordero venciendo a sus enemigos: "El Cordero los vencerá porque es Señor de señores y Rey de reyes" (Ap 17,14).

"No llores –le dice uno de los ancianos- mira que ha vencido el León de la tribu de Judá" (Ap 5,5).

Más aún. La carta a los Hebreos nos presenta la Realeza de Cristo como el principio y fundamento de su Sacerdocio. "Últimamente –dice- en estos días (Dios) nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos; que, siendo la irradiación de su gloria y la impronta de su substancia y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (Heb 1,2), "pues convenía que Aquel, para quien y por quien son todas las cosas, que se proponía llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por Las tribulaciones al Autor de la Salvación de ellos" (Heb 2,10).

El Sacerdocio es una "con-descendencia" de la Realeza con relación a los hombres, una forma nueva, original, sublime de ejercer su Poder: atrayendo irresistiblemente por el Amor. ¡El Amor vence, reina, impera!

Apenas se retiró el Ángel, nuestra Reina se puso en camino con presteza hacia Judá, para visitar a su prima Isabel.

Y fue allí donde la Virgen prorrumpió en aquel inspiradísimo Cántico del "Magníficat" (Lc 1), que no fue otra cosa sino un Himno de alabanza y gratitud a la Epopeya de Dios, que habría de continuar ahora y llegar a su máximo esplendor en su Divino Hijo, el Rey que lleva en su seno.

"¡Mi alma canta las grandezas del Señor
y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador!
Desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los
pensamientos de su corazón.
Derribó a los poderosos de su trono y ensalzó a los humildes.
A los hambrientos los llenó de bienes y a los ricos los despidió vacíos.
Acogió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia
como lo había prometido a nuestros padres,
a Abraham y a su descendencia para siempre".

¡Qué bien y con qué acentos guerreros lo expresó La Virgen! ¡Desplegó el poder de su brazo!

Eso fue la Epopeya a lo largo de todo el Antiguo Testamento: ¡un despliegue de Amor, de Poder y de Grandeza; obra del brazo de Dios! Ahora el mismo "brazo" de Dios va a culminar su portentosa hazaña a través del Verbo, recién encarnado en el seno de María.

¿Y quién mejor que una Madre para cantar la Epopeya de su Hijo? El Magníficat fue compuesto por la humildad de una Reina, que, en nombre del Rey, su Divino Hijo, hace una declaración de guerra, que es presagio de victoria, de La victoria prometida en el paraíso y que ya está cerca…

La Virgen, extasiada al contemplar a su Reyecito, mientras lo estrechaba en sus brazos, le cantaría una canción de cuna parecida a ésta:

¡A la nanita, nana,
Nanita, ea!

Mi Jesús tiene sueño:
¡Bendito sea!

Pimpollo de canela, lirio en capullo;
Duérmete sin recelos mientras te arrullo:
Duérmete, que del alma mi canto brota,
Y un deliquio de amores es cada nota.

Fuentecilla que corre clara y sonora;
Ruiseñor que en la selva canta y llora;
Callad mientras la cuna se balancea:
¡A la nanita, nana, nanita, ea!!

¡Ay, qué manos tan bellas las del Niño!
Suavidad y blancura tienen de armiño:
¡Qué dolor tan de muerte para esta Madre,
Cuando fiero verdugo se las taladre!

¡Por Dios, Hijito mío, no abras los brazos;
Que, al abrirlos, el alma me haces pedazos;
Pues me imagino verte cadáver yerto,
Colgante, desangrado y el pecho abierto!

¡Pero huid negras sombras de mis dolores;
No me nubléis el cielo de mis amores!...
Huid, mientras la cuna se balancea:
¡A la nanita, nana, nanita, ea!!
¡ea!... ¡ea!... ¡ea!...

(J. F. Muñoz y Pabón)

Cuando la Virgen y San José presentan al Reyecito en el Templo, el santo profeta Simeón lo toma en sus brazos y dice a María su Madre: "Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y como signo de contradicción" (Lc 2,34).
La Realeza de Cristo será, en definitiva, la "piedra de escándalo", que decidirá la suerte de los hombres, en el tiempo y en la eternidad. Lo dijo El claramente: "El que no está conmigo, está contra Mí" (Mt 12,30).
Pero Satanás no duerme, está al acecho, responde al desafío y acomete la primera tentativa.
Dice el Evangelio que Cristo nació precisamente "en los días del rey Herodes", su primer gran enemigo.
Pero, al mismo tiempo, unos Magos llegaron de Oriente guiados por una estrella, preguntando con fe intrépida y libertad de espíritu: "¿Dónde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén. . ." y enfurecido decretó la orden de buscar al Rey recién nacido para matarlo. Pero al verse burlado por los Magos, se vengó con la matanza de los niños inocentes (Mt 2).
Herodes se equivoca, viendo en el Niño Jesús un rival o un sucesor que viene a usurpar su gobierno.

¡Cuando a lo que viene es precisamente a enseñarle a reinar en su Nombre!

"¿Por qué temes que Dios, cruel Herodes,
venga a la tierra de que es Rey eterno,
si El no quita los reinos transitorios
sino que da los celestiales reinos?"
(Liturgia de Epifanía,
himno de vísperas;
trad. F. L. Bernárdez).

Es natural que los enemigos de Cristo tengan miedo a su Realeza. El diablo soporta el incienso (porque la Divinidad lo abruma), no le importa para nada la mirra (al contrario, la palabra "Humanismo" le encanta, y con ella él hace su juego).
Pero lo que le hace enfurecer es el **oro**, porque él pretende todo el poder. Pero lo que no se puede entender es por qué temen, por qué se asustan, por qué desconfían, por qué se inquietan, por qué se enojan cuando oyen hablar de Cristo Rey los buenos, incluso ciertos Pastores.
Aquel insigne e intrépido apóstol de la Realeza Social de Cristo que fue el Cardenal Pie escribía lleno de coraje, de perplejidad y de amargura: "Se habla de Jesucristo Redentor, de Jesucristo Salvador, de Jesucristo Sacerdote, es decir, Sacrificador y Santificador; pero cuando se habla de Jesucristo REY la gente se espanta; se sospecha que hay en ello alguna invasión, alguna usurpación de poder, alguna confusión de atribuciones y de competencia".
¡¿Tienen ojos y no ven?! ¡Pareciera que tienen el corazón embotado! ¡Infeliz Herodes, desdichado Herodes, ridículo Herodes! ¡Este Niño puede mucho más que tú y que todos los poderosos de la tierra!
Los Magos llegaron a Belén y hallando al Niño con su Madre "de hinojos le adoraron y abriendo sus cofres, le ofrecieron sus dones: **oro** (como a Rey), incienso (como a Dios) y mirra (como a Hombre)".
Sigue cantando la Iglesia: "Esta estrella lanza rayos fulgurantes y anuncia a Dios, Rey de los reyes… La han visto los Magos y han ofrecido sus presentes al gran Rey" (II vísperas de Epifanía).
Pero, por el momento, la Realeza parece que se esconde, Jesús se manifiesta en la "debilidad".
Los hombres se desconciertan.
El diablo queda desorientado. Los enemigos manifiestan su desprecio. Sólo los que tienen fe "comprenden" Escuchemos al gran San Bernardo: "¿Dónde está?, oh Magos, ¿dónde está la púrpura de este Rey? ¿Son quizás la púrpura estos pañales que lo envuelven? Si es Rey, ¿dónde está la regia diadema?" (Sermón 2 de Epifanía).
¡Es la lección que el mundo necesitaba! Es la condición para entrar en el Reino (Mt 18,3).
Es el único camino para subir al Padre.
Nuestro Reyecito irá creciendo y fortaleciéndose y preparándose, hasta que llegue su "hora" …
El pequeño Rey se oculta durante treinta años en la casita de Nazaret…
Después dará comienzo su vida pública siendo llevado por el Espíritu al desierto, así como Yahvé condujo también al desierto al Pueblo elegido.
Comenzó a predicar el Evangelio del Reino, diciendo: "Cumplido es el tiempo y el Reino de Dios está cercano. Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15).
En el desierto hizo nuestro Rey sus "primeras armas". El desierto es el campo de batalla al mismo tiempo que escenario de las maravillas y hazañas divinas.
Allí permaneció durante cuarenta días y cuarenta noches, preparándose para enfrentar a Satanás con

oración y ayuno riguroso.
He aquí al nuevo Adán frente al demonio para vengar su victoria sobre el primer Adán en el paraíso.
La tercera tentación es particularmente significativa: "Llevándole a una altura, le mostró desde allí, en un instante, todos los reinos del mundo y le dijo el diablo: Todo este poder y su gloria te daré, pues a mí me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy; si, pues, te postras delante de mí, todo será tuyo. Jesús, respondiendo, le dijo: Escrito está: Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo servirás" (Lc 4,5-8).
Así como el primer Adán ofendió el Honor de Dios, dejándose vencer por el demonio, así convenía que el nuevo Adán, en nombre del género humano, venciera al Maligno, a fin de restituir a Dios su Honor ultrajado.
Al comienzo de su vida pública, el primer discípulo que confiesa abiertamente la divina Realeza, es Natanael, que, alborozado, dice a Jesús: "¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel!" (Jn 1,49).
Jesús le responde enigmáticamente: "¡Cosas mayores has de ver!" Nosotros las iremos viendo ahora y las iremos admirando, profundizando y disfrutando… Todo rey ejerce por derecho, un triple poder: legislativo, judicial y ejecutivo.
Así pues, lo primero que hizo Jesús fue establecer la Ley nueva, perfeccionando así la antigua.
"El vino nuevo se echa en odres nuevos" (Mc 2,22), dijo el Señor. ¿Dónde radica dicha "novedad"?
En que el Rey es Dios, y en que su Reino es un Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor, de paz y de libertad.
El Sermón del monte que viene a ser como su "carta magna", concluye, a modo de síntesis, con estas luminosas palabras: "Buscad primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt 6,33).
De la misma manera, cuando Jesús improvisa esa hermosísima oración del "Padre Nuestro", compendio de toda la Religión cristiana, la segunda petición, que es consecuencia de la primera, reza así: "Venga a nosotros tu Reino".
El Reino ocupa el primer lugar en la predicación de Jesús. Los milagros son los signos de la presencia del Reino.
Con la venida del Reino llega a su fin el dominio del demonio, como dijo el mismo Jesús: "Si yo lanzo los demonios por el Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt 12,28).
Pero el Reino no hace más que comenzar…
Tendrá que ir creciendo más y más, a través del tiempo, con esa "tensión" de la que habla Cristo (Mt 11,12), provocando "los gemidos y dolores de parto" a toda la creación, "esperando la manifestación de los hijos de Dios", como dirá el Apóstol (Rom 8,18), hasta llegar a su consumación o plenitud en la gloria.
Por eso paradójicamente el Reino ya está aquí, y, al mismo tiempo lo esperamos.
Oigamos el comentario del Doctor Angélico: "Ocurre a veces que un rey tiene solamente el derecho de reinar o dominar: Su señorío efectivo sobre el reino no ha sido proclamado, porque los habitantes del país aún no se le han sometido. En el momento en que se le sometan, será cuando su reino, su dominio, comience a ponerse de manifiesto.
Dios, de por sí, por su propia naturaleza, es Señor de todas las cosas; también Cristo en cuanto Dios e incluso en cuanto hombre, ha recibido de Dios el ser Señor de todas ellas: Le dio la potestad, el honor y el reino (Dan 7,14). Es pues, forzoso que todos se le sometan. Esto aún no ocurre así, sino que tendrá lugar al final. Cristo tiene que reinar hasta que Dios ponga a todos los enemigos bajo sus pies (1 Cor 15,25).
Por eso pedimos en la oración: 'Venga a nosotros tu Reino'. Lo cual supone tres cosas: que los justos

se conviertan; que los pecadores sean castigados y que la muerte quede destruida.
Por tanto, cuando rogamos 'venga a nosotros tu Reino', estamos pidiendo ser partícipes del Reino celestial, de la gloria del paraíso" (Comentario al "Padre nuestro").
El Rey es el Maestro y Doctor por excelencia, porque es la misma Verdad.
Su Autoridad es divina. Su Magisterio trascendente, universal, indefectible.
"En verdad os digo que mientras no pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde de la ley pasará hasta que todo se cumpla (Mt 5,18).
De ahí esa expresión de Jesús tan característica, como contundente y reiterativa, comparando la Ley nueva con la antigua: "Habéis oído que se dijo… pero Yo os digo" (Mt 5).
Era tal su autoridad regia que "se maravillaban las muchedumbres de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene poder, y no como los doctores" (Mt 7,28).
El poder judicial lo ejercerá en un primer juicio, a la hora de su muerte; y después en el Juicio final, que llevará a cabo en su segunda venida. ¡Pero el entusiasmo creciente de las gentes no era tan sobrenatural!
Veían en Jesús un Rey y un Reino meramente temporal y político, debido a una torcida interpretación de las Escrituras.
Razón por la cual, cuando Jesús multiplica milagrosamente los panes en el desierto, ante el asombro y el júbilo de miles de hombres, mujeres y niños, "conociendo que iban a venir para arrebatarle y proclamarle Rey, se retiró otra vez al monte, El solo" (Jn 6,15).
¡El Rey Mesías no había venido para resolver precisamente los negocios temporales sino los eternos!
Otro día van los fariseos y herodianos y le preguntan hipócritamente: "¿Es lícito pagar tributo al César o no? Jesús, conociendo su malicia, dijo: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mt 22,21).
Cristo Rey distingue claramente los dos poderes, temporal y espiritual, estableciendo las respectivas y legítimas autonomías o soberanías: la Iglesia y el Estado.
Pero como el César no es Dios, también el César tiene que dar a Dios lo que es de Dios. En consecuencia, el orden y el poder temporal (económico, político, social) tiene que estar subordinado siempre a Cristo Rey (a través de su Iglesia), por razón de los seres y de los fines, conforme a lo que el mismo Señor declaró: "Me ha sido dado todo poder, en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18).
Nótense estas palabras: "y en la tierra"; más adelante volverá sobre esta difícil y delicada cuestión, cuando haga "la buena confesión ante Poncio Pilato" (1 Tim 6,13).
Incluso a sus Apóstoles y discípulos con su mentalidad "nacionalista" les costaba enormemente entender el sentido profundo y misterioso de su Realeza… Después de tres años de estar junto a Él, saldrán con preguntas tan chocantes como ésta: "¿Es ahora cuando vas a restituir el Reino de Israel?" (Act 1,6). Y los discípulos de Emaús, sin reconocerlo aún hicieron este comentario peregrino: "¡Nosotros esperábamos que sería El quien rescataría a Israel!" (Lc 24,21).
¡Santiago y Juan piden que caiga fuego del cielo (Lc 9,54) y van a pedirle los dos primeros puestos en el Reino, provocando los celos y las envidias de los demás discípulos! (Mt 20,24).
¡Simón Pedro quiere apartarle de la Cruz y corta la oreja a Malco!
Con razón el pacientísimo Jesús les lanzó este dulce reproche, al final de su pública: "¡Tanto tiempo hace que estoy con vosotros! ¿Y todavía no me habéis conocido?" (Jn 14,9).
Poco a poco Cristo va revelando los perfiles de su Sagrada Realeza, aunque con suma "discreción"; a fin de no "provocar" antes de tiempo a los poderes públicos ni alborotar al pueblo, lo cual entorpecería el plan que Él se había trazado.
En una de sus bellísimas parábolas, Jesús nos dice "el Reino de los cielos es semejante a un rey, que preparó el banquete de bodas de su hijo" (Mt 22,1), y cómo el rey se enojó sobremanera y castigó

terriblemente a aquellos invitados que no habían acudido a la invitación, es decir, que habían rechazado su Realeza.

En otra parábola, subiendo a Jerusalén, Jesús nos habla de "un hombre noble (que) partió para una región lejana a recibir la dignidad real", pero "sus conciudadanos le aborrecían y enviaron detrás de él una delegación diciendo: ¡No queremos que éste reine sobre nosotros! Sucedió que al volver él, después de haber recibido el Reino, hizo llamar a aquellos siervos, a quienes había entregado el dinero pare saber cómo habían negociado". Y termina la parábola con esta terrible sentencia: "Cuanto a esos mis enemigos, que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedlos aquí y delante de mí degolladlos" (Lc 19,11-27).

Durante los treinta años de vida oculta y los tres años de vida pública, nuestro Rey se fue preparando para la "gran batalla", que le habría de costar la vida.

Rey misericordioso, fue conquistando discípulos mediante su irresistible poder de atracción; mediante la compasión, y también, porque es un signo de la misma Misericordia infinita, por medio de la reprensión.

Llegamos aquí al "culmen" de la Epopeya: ¡La Sagrada Pasión!

San Juan nos presenta el Drama de la Pasión en clave de Realeza. El estilo del relato evangélico es hierático, majestuoso, regio, ¡imponente!

A lo largo de toda su vida Cristo se ha ido preparando para ser "exaltado" al Trono de la Cruz.

Esto quiso indicar el Señor con aquellas palabras: "Y Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a Mí" (Jn 12,32).

Según los ritos de la coronación de los reyes en el Antiguo Testamento, después de la elección (1 Re 2,15) y de la unción (1 Re 1,39), tenía lugar la aclamación por parte del pueblo (2 Re 11,12-14), inmediatamente antes de la entronización (1 Re 1,46).

A continuación, tenía lugar el homenaje de los súbditos, que prometían sumisión y obediencia, y, por último, la corte del Rey (con sus siervos, el precursor y el heraldo o portavoz).

Todo este "ceremonial" se cumplió en Jesús ¡Y con qué' dramatismo!

Elegido "ab aeterno" por el Padre (Sal 2) y ungido por el Espíritu Santo en el seno Virginal e Inmaculado de su Bendita Madre, Jesús va a ser ahora "aclamado" al hacer su entrada triunfal en Jerusalén, el día de ramos.

Él quiere aceptar esta proclamación pública y oficial de su Realeza para dar cumplimiento a la Escritura (cfr. Zac 9,9).

Entra en su ciudad (la "ciudad del gran Rey", como El la llama) con gran prisa (de tal suerte que causa asombro y desconcierto a sus discípulos), como queriendo "apurar el trámite" y acabar de una vez para siempre con el imperio del demonio. ¡Qué libertad de espíritu! ¡Qué valentía! ¡Qué grandeza de alma!

La muchedumbre acude a su encuentro, desbordante de entusiasmo, aclamándole a los gritos: "¡Hosanna! ¡Bendito el Rey que viene, en nombre del Señor!" (Lc 19,38).

"¡Bendito el Reino que viene, de David, nuestro Padre!" (Mc 9)." ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!" (Jn 12).

Jesús viene montado en un asnillo. ¡Qué contraste! Mejor dicho, ¡qué' Misterio! A tal punto, dice el Evangelio, que "esto no lo comprendieron de momento sus discípulos" (Jn 12,16).

¡Después de veinte siglos el mundo sigue sin entenderlo! La Iglesia canta y proclama a su Rey a lo largo de la Liturgia de este día. En verdad habría que decir que toda la Liturgia no es sino la celebración festiva de la Realeza de Cristo.

"¡Alzad, oh puertas, vuestros dinteles;

levantaos, entradas antiguas,
para que entre el Rey de la gloria!
¿Quién es este Rey de la gloria?
¡Es Yahvé, el Fuerte, el Héroe;
Yahvé, el Héroe del combate!"

(Sal 24)

"¡Batid palmas, oh pueblos todos,
aclamad a Dios con voces jubilosas!
Porque es Yahvé el Altísimo, el Terrible,
el gran Rey sobre toda la tierra.
Él nos someterá a los pueblos
y pondrá a las naciones bajo nuestros pies.

(Sal 47)
Se eleva Dios entre aclamaciones,
Yahvé (se alza) al son de trompetas.
¡Cantad a Dios, cantadle!
¡Cantad a nuestro Rey, cantadle!
¡Porque es el Rey de toda la tierra
cantadle himnos!"

"Gloria, alabanza y honor te sean dados,
oh Rey, Cristo Redentor,
a quien los niños aclamaban piadosamente: ¡Hosanna!

Ellos, al ir Tú a sufrir,
te pagaban tributos de alabanza.
Nosotros te cantamos una melodía
a Ti que reinas.

Ellos te agradaron, agrádete nuestra devoción.
¡Rey bueno, Rey clemente,
al que agrada todo lo bueno!"

"¡Las banderas del Rey avanzan:
refulge el Misterio de la Cruz,
en que la Vida padeció muerte
y con su muerte nos dio vida!"

(Himnos litúrgicos de Semana Santa).

¡Que cante ahora también el poeta!

"¡La palma y el olivo
te rinden su hermosura,
deshaciéndose el bosque en tu alabanza,
da saltos el cautivo
con la cierta esperanza
de su pronta soltura,
viendo al que a rescatarle se apresura!

¡Oh Rey, benigno y manso!
Tu gala es la pobreza;
tu fausto, el menosprecio del tesoro;
el afán, tu descanso;
tus placeres, el lloro;
la humildad, tu grandeza;
pues a la Cruz tu pompa se endereza!"

(J. L. Villanueva).

¡Fue una entrada apoteósica! Pero los fariseos, carcomidos por el odio y la envidia, se acercaron y le dijeron hipócritamente: "¡Maestro, reprende a tus discípulos!" (Lc 19). "¿Cómo permites esto, Tú que siempre nos enseñaste la humildad y a huir las honras?
¡Además, este alboroto puede llegar a oídos de las autoridades! ..." Jesús, santamente indignado, que "conocía lo que había en el hombre" (Jn 2,24) les replicó: "¡Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras!" (Lc 19,40).
¡Porque estas piedras son testigo de tantos milagros y maravillas! ¡Porque estas piedras son testigo de su Realeza, mientras que los corazones de los hombres son más fríos y más duros que todas las piedras!
Por eso, nosotros, cuando muchísimos católicos callan o disimulan la Realeza de Cristo, la gritamos a los cuatros vientos, aunque nos pisen y nos dejen más solos que las piedras… Y el buen Jesús "así que estuvo cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella" (Lc 19,41).
¡Qué espectáculo tan misteriosamente conmovedor, ver llorar al Rey de cielos y tierra!
¿Y cómo no va a llorar, al ver rechazado su dulcísimo Imperio?
¡Por eso sus lágrimas se convinieron en maldición para ese pueblo, tan mimado, pero tan ciego y tan ingrato hasta caer en la apostasía! (Lc 19,42).
Llegamos al Jueves Santo. Imaginemos la escena… Cristo está reunido con los suyos en el Cenáculo: escenario de tremendos misterios. Ambiente triste de intimidad y de despedida: Es la última cena.

> La emoción es como nunca, intensa y contenida. El Corazón de Jesús late aceleradamente, por el amor infinito que siente hacia los suyos; y también por el dolor del traidor disimulado que está a punto de entregarlo. Detengámonos un instante en un detalle; un detalle que vale un libro; un detalle que expresa la quintaesencia de la vida contemplativa; un detalle en el que la divina Realeza alcanza su plenitud.
>
> Es el momento en que San Juan, el discípulo virgen y "el amado de Jesús", recuesta su cabeza sobre el pecho del Maestro (Jn 13,23).
>
> Oh, dichoso discípulo, que mereció este honor, esta delicadeza, esta inefable experiencia: sentir los latidos del Corazón de Cristo, ¡"Rey y centro de todos los corazones"! ¡La Realeza es, ante

todo, una Realeza de Amor!

Por eso cuando Cristo instituye la Eucaristía, dándonos su Carne en comida y su Sangre en bebida (Jn 6,55) viene decididamente a reinar dentro de cada uno de nosotros, asentando sus reales en nuestro interior, gobernando cuerpo y alma, potencias y sentidos. Por eso "servir a Dios es reinar".

Nadie como la gran Doctora Santa Teresa ha profundizado en la mística de la Realeza interior.

"¡Oh verdadero Rey –exclama la Santa- y qué' razón tuvo la Esposa de poneros este nombre, pues, en un momento podéis dar riquezas y ponerlas en un alma que se gozan para siempre!" (Meditaciones sobre los Cantares, 6).

En esa obra monumental de "Las Moradas del Castillo interior", la Santa Doctora representa al alma como un castillo, donde hay muchos aposentos, hasta llegar al más recóndito y secreto, donde habita el Rey, con quien el alma enamorada, ya purificada totalmente, celebra el inefable matrimonio espiritual, privilegio de muy pocos.

"¡Oh casamiento sagrado! Que el Rey de la Majestad, haya sido el desposado" (En una profesión).

El matrimonio espiritual es la máxima expresión de la unión con Cristo, que se puede alcanzar en esta vida, el triunfo total de Cristo Rey en un alma que se entrega por puro amor y se somete libremente, incondicionalmente, definitivamente.

La verdad con-vence. Sólo el Amor vence. ¡Qué bien lo expresó el Apóstol! "No soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mi" (Gál 2,20).

El amante y el amado se hacen deliciosamente esclavos, el uno del otro, tienen un solo pensar, un solo querer, un solo sentir, un solo obrar.

"Serán dos en una sola carne" (Mt 19,5).

¿Y dónde mejor que en la Comunión eucarística se realiza este inefable misterio?

"Mira que estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él, y cenaré con él y él conmigo", dice Jesús en el Apocalipsis (3,20).

La "cena" es signo de alianza, de intimidad, de alegría. Nadie como San Juan de la Cruz ha sabido expresar en términos poéticos el "clima" de la unión transformante entre Dios y el alma enamorada:

"La noche sosegada en par de los levantes de la aurora, la música callada, la soledad sonora, la cena que recrea y enamora" (Cántico 15).

Por eso dice la Esposa en los Cantares: "Introdúcenos, Rey, en tus cámaras, y nos gozaremos y regocijaremos contigo, y celebraremos tus amores más que el vino. ¡Con razón eres amado!" (Cant 1,4).

Otro símbolo del amor místico, junto con la cena y el vino, es el "lecho", puro y casto.

"Mientras reposa el Rey en su lecho exhala mi nardo su aroma" (Cant 1,12).

San Juan de la Cruz comenta así este pasaje en el "Cántico espiritual":

"Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado"

(estr. 24).

El "lecho" del alma es el mismo Verbo de Dios, y es "florido" porque "estando ella ya unida y recostada en él, hecha esposa, se le comunica el pecho y el amor del Amado, lo cual es comunicársele la sabiduría y secretos y gracias y virtudes y dones de Dios, con los cuales está ella tan hermosa y rica y llena de deleites, que le parece estar en un lecho de variedad de suaves flores divinas, que con su toque la deleitan y con su olor la recrean" (Cántico, 24). La "púrpura", que es el color propio de los reyes, significa la caridad, "porque todas las virtudes, riquezas y bienes de él se sustentan y florecen y se gozan sólo en la caridad y amor del Rey del cielo, sin el cual amor no podría el alma gozar de este lecho y de sus flores".

Las "cuevas de leones" y los "escudos de oro" son las virtudes fuertes que posee el alma en este estado de perfección, al abrigo de las acometidas del demonio y de los afectos desordenados.

El alma, embriagada con este vino fortísimo del amor, sale de sí, se olvida de todo lo que no es el Amado, dice "mil desatinos santos", y, finalmente, se entrega al místico reposo.

Este "místico reposo" es el "premio" para aquellas almas bienaventuradas que, a ejemplo del discípulo amado, se han dejado seducir y vencer por el amor irresistible del Rey de reyes.

"He venido a ser a sus ojos –termina diciendo la Esposa- como quien halla la paz" (Cant 8,10).

¡Pero para alcanzar esta inefable y envidiable paz, hay que prepararse para la guerra! ¡Y qué guerra! ¡Una guerra sin tregua!

¿Y quién mejor que San Ignacio, en su libro de Ejercicios, sabe adiestrarnos para esta guerra?

Con la "oblación de mayor estima y mayor momento" ante el "Rey eterno y Señor universal" somos investidos caballeros (Nº 98).

Con la meditación de las Dos Banderas somos lanzados al combate espiritual.

Hasta la "locura" de amor del "tercer grado de humildad", muriendo místicamente con Cristo (Nº 167).

La Comunión eucarística nos obliga a amar a Cristo con toda el alma, sí, pero también, y por el mismo motivo, a todos los hombres, sin excluir a nuestros enemigos (Mt 5,44; Lc 6,27).

Es el "mandamiento nuevo" (Jn 13,34): "Esto os mando que os améis unos a otros" (Jn 15,17).

Amor fraterno que es el signo y la demostración del amor a Dios: "En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros" (Jn 13,35).

Dice Santo Tomás que "todo aquel que quiere alistarse en la milicia de algún rey, debe llevar sus insignias.

Las insignias de Cristo son insignias de caridad. Luego aquel que quiere pertenecer al ejército de Cristo, debe llevar las insignias de la caridad" (Comentario al Ev. De San Juan).

Todo esto lo veremos a continuación, siguiendo el relato de la Epopeya, en esta ejemplar "súper-locura" de la Pasión y Muerte del Rey divino que tuvo lugar el Viernes Santo.

¡El dramatismo toca ya al paroxismo! Así como la noche de la Pascua fue el preparativo a la hazaña del paso del Mar Rojo, así ahora la última cena será el preámbulo de la gran Victoria. ¡Al Rey le había llegado "su HORA"!

Esta Hora de la que Él había hablado tanto a los suyos, y que El esperaba ansiosa impacientemente.

La Hora del duro combate interior en el Huerto de los Olivos: "Cayó en tierra y oraba, que, si era posible, pasase de El aquella HORA" (Mc 14,35).

La Hora de derrotar a sus enemigos: "Esta es vuestra HORA y el poder de las tinieblas" (Lc 22,53).

La Hora de glorificar a su Padre, reparando su Honor ofendido: "Para esto he venido yo a esta

HORA" (Jn 12,27). "Padre, llegó la HORA, glorifica a Tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti" (Jn 17,1).
La Hora, en fin, de derrochar su amor por nosotros.
"Antes de la fiesta de Pascua, viendo Jesús que llegaba su HORA de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, ¡los amó hasta el fin!" (Jn 13,1).
El día es "histórico", el momento "solemne" y el Evangelio más paradójico que nunca, pues Cristo juzga al ser juzgado, vence al ser vencido, y reina al ser destronado.
Jesús es conducido ante Pilato para ser juzgado públicamente, circunstancia "ideal" que Cristo aprovecha para hacer "la buena confesión" (1 Tim 6,12) y proclamar ya abiertamente y a los cuatro vientos su Soberanía absoluta.
Este es precisamente el núcleo de la Sagrada Pasión y del mensaje del cuarto Evangelio.
Sabido es el "estilo" tan peculiar como profundo del Apóstol San Juan: Hay todo un "trasfondo", una trasposición de planos, un como "mensaje subliminal", en una palabra: un "sentido pleno", dentro y a partir de la realidad histórica del relato evangélico.
Más allá de la brutal flagelación, de la farsa de la coronación de espinas, de las bochornosas y humillantes escenas ante Pilato, Herodes, Barrabás, Anás, Caifás, el Sanedrín, el populacho y los soldados romanos, San Juan, mientras escribe, está pensando, exaltando y celebrando la **Realeza Universal de Cristo**.
Imaginemos la escena: Jesús es conducido ante Pilato.
San Lucas añade un dato sumamente significativo: las **tres acusaciones** inventadas por un improvisado "consejo" de hombres corrompidos, constituido por los sumos sacerdotes, los ancianos, los escribas y el Sanedrín.
"Hemos encontrado a éste –dicen a Pilato- soliviantando a nuestro pueblo e impidiendo dar tributos al César y diciendo que Él es el Cristo Rey" (Lc 23,2).
¡He aquí tres solemnes mentiras y calumnias!
Naturalmente la tercera acusación era la más "urticante" y provocativa para el representante del poder temporal.
La tensión iba en aumento. El choque era inevitable. "¿Eres tú el Rey de los judíos?" –pregunta el procurador romano.
Jesús responde con firmeza y serenidad: "Mi Reino no es de este mundo, si mi Reino fuera de este mundo, mis ministros hubieran luchado para que no fuese entregado a los judíos, pero mi Reino no es de aquí".
Y llega el momento más solemne y decisivo: "¿Luego tú eres Rey?"
¡Pongámonos de rodillas y hagamos silencio para escuchar la respuesta de Jesús, más contundente que una definición dogmática! "¡Yo soy Rey, como tú lo dices!" (Jn 18,37).
Estas benditas palabras, salidas de boca de la misma VERDAD, resonaron y resonarán desde ese momento como un estruendoso trueno a través de los siglos, cuyo eco es inextinguible.
¡Yo soy Rey! Palabras grabadas a fuego en el Evangelio, que nada ni nadie, ni mil laicismos, ni mil comunismos, ni mil liberalismos, ni mil masonerías, ni mil Revoluciones, ni mil herejías, ni mil infiernos podrán borrar jamás.
¡Yo soy Rey! Palabras las más "provocativas" e intolerables para los "grandes" (¡qué pequeños!) de este mundo, que manejan los hilos (¡qué frágiles!) de la Política internacional.
¡Yo soy Rey! Palabras trascendentales que nos recuerdan aquel lejano "Yo Soy" pronunciado por Yahvé, antes de la epopeya del Mar Rojo.
¡Yo soy Rey! Palabras con las cuales el Hijo de Dios proclama la primacía incondicional de los Derechos Divinos.

¡Yo soy Rey! Palabras oportunísimas y actualísimas en un mundo caído en su mayor parte en la apostasía y en el ateísmo.

¡Yo soy Rey! Palabras que resumen todo el Plan de Dios, Creador, Redentor y Glorificador.

¡Yo soy Rey! Palabras las más dulces, las más tiernas, que no nos cansaremos nunca de escuchar y de repetir y de saborear.

¡Yo soy Rey! ¡Yo soy Rey! ¡Yo soy Rey! ¿Lo oíste bien, Pilato? ¿Lo oísteis bien, poderosos y políticos del mundo?

El Romano no puede disimular su turbación, su preocupación… y su miedo. Es débil de carácter, conciliador y cobarde y, naturalmente, no quiere de ninguna manera quedar mal con el César.

"Mi reino no es de este mundo", no es de aquí, afirma Jesús. Quiere decir: no es **como** los de este mundo, ni en cuanto a su origen, ni en cuanto a sus principios, ni en cuanto a su extensión, ni en cuanto a sus medios, ni en cuanto a sus fines.

Pero "está" en este mundo, comienza en este mundo y se consuma en la eternidad.

Cristo reina desde el instante de su entrada en este mundo.

"Aquí rige las costumbres; en el juicio discierne los méritos; en el Reino (de los cielos) distribuye los premios" (San Bernardo, sermón 2 de Epifanía).

Pilato lo remitió a **Herodes**. "Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho… y tenía esperanzas de verle hacer algún milagro. Le hizo muchas preguntas, pero **Él no le contestó nada**. . . Herodes, entonces, le trató con desprecio y se burló, junto con sus soldados, y poniéndole un manto blanco, se lo remitió a Pilato.

Y en ese día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato; pues antes estaban enemistados entre sí" (Lc 23).

Los Herodes fueron siempre enemigos declarados de Nuestro Señor y de sus discípulos.

Este es hijo de Herodes el Grande. En más de una ocasión, quiso matar al Señor (Lc 13,31) e hizo degollar a Juan el Bautista (Mt 14,3) que le había reprendido por su adulterio con la mujer de su hermano (Lc 3,19).

Jesús le llamó "raposa". Era astuto, sanguinario y lascivo.

¡Se comprende que Jesús **no le dijese una sola palabra**! ¡No la merecía! Lo mató con su **silencio**.

"No busquemos, pues, vencer siempre. Así, el que defrauda, vence al defraudado, pero es una mala victoria, que acarrea la ruina al vencedor. El defraudado, en cambio, el aparentemente vencido, si lo sufre filosóficamente, ése es el que se lleva la corona del vencedor. En muchas ocasiones vale más ser vencido que vencedor, y éste es el mejor modo de la victoria. El mismo que es conducido al martirio, cuando se le encarcela, cuando se le azota, cuando se le despedaza y degüella, entonces es cuando vence. En la guerra, caer el combatiente es la derrota; entre nosotros, eso es la victoria. Nosotros no vencemos jamás haciendo mal, sino sufriéndolo. Y la victoria es justamente más brillante, pues sufriéndolo podemos más que quienes lo hacen. Con ello se demuestra que la victoria es de Dios, como que es una victoria totalmente contraria a las del mundo. Y ésa es la mejor prueba de fuerza… Una molestia que recibamos, no la sabemos soportar; una injuria que nos hagan, nos enfurecemos más que una fiera, nosotros que diariamente leemos la Pasión del Señor. Un discípulo le traicionó; los demás le abandonaron y huyeron; los que de Él habían recibido beneficios, le escupieron. . . y El no pronunció palabra contra nadie, sino que a todos los venció con el silencio, con lo que prácticamente te enseñaba que cuanto con mayor paciencia sufras, tanto mejor vencerás a quienes te hacen mal, y más admirado serás por todo el mundo" (San Juan Crisóstomo,

Homilías sobre el Evangelio de San Mateo).
¡Jesús es todo un "caballero"! ¡Y cosa curiosa!, Herodes y Pilato se hicieron de nuevo amigos. Símbolos, respectivamente, de la **Revolución** y del **Liberalismo**. Herodes y Pilato serán siempre los agentes del Anticristo, los enemigos declarados de la Realeza Social de Cristo.
Ya lo había predicho el salmista:

"¿Por qué se amotinan las gentes
y trazan los pueblos planes vanos?
Se reúnen los reyes de la tierra,
y a una se confabulan los príncipes
contra Yahvé y contra su Ungido.
¡Rompamos sus coyundas,
arrojemos de nosotros sus ataduras!
El que mora en los cielos se ríe,
el Señor se burla de ellos.
A su tiempo les hablará en su ira
y los consternará en su furor.
Yo he constituido mi Rey
sobre Sion, mi monte santo.
Voy a promulgar un decreto de Yahvé.
Él me ha dicho: Tú eres mi Hijo,
Yo te he engendrado hoy.
Pídeme, y haré de las gentes tu heredad,
te daré en posesión los confines de la tierra.
Los regirás con cetro de hierro
y los romperás como vasija de alfarero.
Ahora, pues, oh reyes; obrad prudentemente;
dejaos persuadir, rectores todos de la tierra.
Servid a Yahvé con temor,
rendidle homenaje con temblor.
No se aíre y caigáis en la ruina,
pues se inflama de pronto su ira.
¡Felices los que a Él se confían!"

(Sal 2).

San Pedro y San Juan aplicaron este salmo a Herodes y Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel (Act 4,27).
San Ignacio nos presenta toda la Historia de la Salvación en "clave" de **dos Banderas** (Nº 137): "Cristo llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya".
La historia se repite. La historia es maestra de la vida. ¡Siempre es Viernes Santo!
Pero siempre también la misma fe, la misma libertad, el mismo coraje de los fieles cristianos, enrolados en la Bandera de Cristo hasta el martirio… siempre criticados, difamados, calumniados, marginados, perseguidos.
"Estos son –decían los judíos- los que alborotan la tierra. . .todos obran contra los decretos

del César, diciendo que hay **otro Rey**, Jesús. Con esto alborotaron a la plebe y a los politarcas que tales cosas oían." (Act 17, 6-8).

¡Así se escribe la historia!

Oigamos la arenga de Santa Teresa: "¡Oh cristianos!, tiempo es de defender a vuestro Rey y de acompañarle en tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado y mucha la multitud que acompaña a Lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público y véndenle en lo secreto. Casi no halla de quien se fiar".

" ¡Oh mortales!, volved, volved en vosotros, mirad a vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso, acábese ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la guerra y os quiere quitar vuestro mayorazgo; tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dio al mundo; entendeos, por amor de Dios, que vais a matar con todas vuestras fuerzas a quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podéis nada contra su poder, y que tarde o temprano habéis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento" ("Exclamaciones").

Pilato confesó reiterada y públicamente la inocencia de Cristo, pero, por no quedar mal con el populacho, mandó azotarle salvajemente.

Cristo expía los pecados de la carne. Pilato no sabe cómo sacarse este "problema" de encima.

Y acordándose de la costumbre de "soltar a la gente un preso que quisiera" se le ocurrió presentarles a Barrabás, ladrón, revoltoso y homicida, juntamente con Cristo.

¡Ironías de la historia! ¡El Hijo de Dios comparado con una basura de hombre!

"¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo?" (Mt 27,17).

"Los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a las gentes para que reclamasen a Barrabás y pidiesen la muerte de Jesús".

"El procurador les preguntó: ¿A quién de los dos queréis que os suelte? Pero todos a una gritaron: ¡Fuera ése! ¡Fuera ése! ¡Suéltanos a Barrabás!

Pero Pilato vuelve a decirles: ¿Qué haré entonces con el que llamáis Rey de los judíos?

Pero ellos gritaron de nuevo: ¡Crucifícale!" ¡Así son los "tribunales del pueblo"!

"Por tercera vez les dijo: ¿Pues qué hizo éste de malo? No he encontrado en Él ninguna causa de muerte; así que lo castigaré y lo soltaré.

Pero ellos a grandes voces insistían, pidiendo que fuese crucificado; y sus voces aumentaban" …

Presionado una y otra vez por los judíos y los malos sacerdotes, "al ver Pilato que nada lograba, sino que se formaba más alboroto, tomando agua se lavó las manos a la vista del pueblo, diciendo: Soy inocente de esta sangre. Vosotros veréis. Y el pueblo en masa respondió: ¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Entonces les soltó a Barrabás, mientras a Jesús, después de flagelarle, lo entregó para que fuera crucificado" (Mt 27,24).

¡La soberanía popular es "omnipotente"! ¡Y un católico-liberal no lo habría hecho mejor!

¡No!, Pilato, ¡no! ¡No eres inocente, aunque te lavaras las manos mil millones de veces! Tu conciencia quedará sucia, muy sucia: ¡Siempre serás responsable de esta sangre! ¡Frente a Cristo Rey no cabe la neutralidad!

Él ya lo había dicho: "Nadie puede servir a dos señores" (Mt 6,24).

"El que no está conmigo, está contra Mí "(Mt 12,30).

"El carácter dominante en los débiles y esclavos del respeto humano es el de ser, en todo, conciliadores.

¡Nada de asperezas, nada de intransigencias, nada de actitudes claras y definidas! En todo, el

equilibrio" (Sardá y Salvany, "Año Sacro", Viernes Santo).
Cómo no pensar en las **democracias** modernas, en que a la masa se le llama pueblo, en que se antepone la libertad del hombre a la Autoridad de Dios, en que se relativiza la Verdad, haciéndola depender del voto de la mayoría; en que se equipara el número a la cualidad, en que el progreso material se antepone a los valores del espíritu.
¡Cuántas veces ocurrirá, a través de la historia, que Cristo "perderá las elecciones" frente a Barrabás!
Después los soldados tuvieron la "graciosa ocurrencia" de proclamarle Rey
para lo cual le clavaron con saña, entre carcajadas y burlas, una corona de espinas en su sagrada cabeza; le vistieron un manto de púrpura, le pusieron una caña en la mano, como Rey de burlas, y acercándose a Él, y doblando la rodilla, le decían: "Salve, ¡Rey de los judíos!, y le daban de bofetadas" (Jn 19,2) "y escupiéndole le quitaron la caña y le golpeaban en la cabeza" (Mt 27,29).
¡Vaya un Rey! ¿Es esto un Rey? ¿Dónde están, tus vasallos? ¿Dónde tus discípulos?
¿Dónde aquellas muchedumbres a quienes diste de comer en el desierto, aquellas que te seguían y te aclamaban hace cinco días? ¿Dónde están todos aquellos que Tú curaste y consolaste?
¿Dónde, al menos, tus legiones de ángeles? (Mt 26,53).
"¡Salid, hijas de Sion, a ver al Rey Salomón, con la diadema con que le coronó su madre, el día de sus desposorios, el día de la alegría de su corazón!" (Cant 3,11).
¡Se desató el odio del infierno contra la Realeza de Cristo! ¡La divina cabeza está bañada en sangre!
Está expiando los pecados de orgullo de la **inteligencia**, el tropel de errores y herejías propaladas por la altanería de tantos filósofos y teólogos perversos, que, no soportando la sana doctrina, se predicaron a sí mismos, apartando los oídos de la VERDAD para volverlos a las fábulas (cfr. 2 Tim 4,3) y no quisieron someter sus inteligencias al servicio de Cristo Rey.
¡Salve! ¡Rey de los judíos! Así le saludan sacrílegamente, en son de burla.
Santo Tomás comenta: "Saludan a Cristo ilusoriamente aquellos que lo confiesan con la boca, pero le niegan con los hechos" (Comentario al Ev. Jn XIX).
¡Buen punto de meditación para nosotros, que creemos en El! "¡Si sueltas a ése, no eres amigo del César! ¡Todo el que se hace rey, va contra el César!" (Jn 19,12).
¡Chantaje político! ¡Siempre lo mismo! ¡El César haciéndole competencia, más aún, creyéndose superior al Rey divino! ¡El hombre arranca a Cristo su corona para ponérsela él mismo! ¡El Estado Leviatán desafiando a la Iglesia, Reina de las naciones!, ¡amordazada y perseguida!

"Oíd, pues, reyes, y entended.
Aprended los que dominái los confines de la tierra.
Aplicad el oído los que imperáis sobre las muchedumbres
y los que os engreís sobre la muchedumbre de las naciones.
Porque el poder os fue dado por el Señor,
y la soberanía por el Altísimo,
que examinará vuestras obras
y escudriñará vuestros pensamientos.
Porque siendo **ministros de su Reino**
no juzgasteis rectamente y no guardasteis la Ley,
ni caminasteis según la voluntad de Dios.

Terrible y repentino vendrá sobre vosotros,
porque de los que mandan se ha de hacer severo juicio.
A vosotros, pues, gobernantes, se dirigen mis palabras,
para que aprendáis la sabiduría y no pequéis"

(Sab 6,1-5.9).

Llegamos ahora a la escena "cumbre" de esta Epopeya real, de una grandeza, una solemnidad, un dramatismo, un "suspenso", una densidad teológica insuperable.
Hagamos silencio de nuevo, para meternos de lleno en la escena y no perder el más mínimo detalle.
"Cuando oyó Pilato estas palabras, sacó a Jesús afuera y **lo hizo sentar en el tribunal**, en el sitio llamado 'litóstrotos' (en hebreo 'gabbata', es decir, lugar elevado).
Era el día de la preparación de la Pascua, alrededor de la hora sexta. Pilato dijo a los judíos: ¡Aquí tenéis a vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícale!" (Jn 19,13-14).
Jesús Rey en un lugar elevado está, de hecho, juzgando a los judíos, a Pilato, al Sanedrín, al mundo entero.
Porque su Realeza ha sido rechazada conjuntamente por el brazo civil, militar y eclesiástico.
¡Escena impresionante, pero para aquellos únicamente que saben "ver" más allá de los acontecimientos!
"El Tribunal es la sede del Juez, como el Trono del Rey y la Cátedra del Maestro", dirá Santo Tomás (Comentario al Ev. Jn XIX).
La suerte del mundo está decidida. Satanás está a punto de ser derrotado. "El Príncipe de este mundo –dijo Jesús- ya está juzgado" (Jn 16,11).
Fijémonos en un detalle histórico, tan simpático como significativo: El **litóstrotos** era un pavimento enlozado de unos 250 metros cuadrados.
Las losas, de metro a metro y medio de largo, estaban surcadas por pequeños canales que recogían el agua de la lluvia, pues se trataba de un patio abierto a la intemperie.
Curiosamente las losas tenían grabadas unas figuras misteriosas de un juego de dados, al que se dedicaban los soldados romanos durante los turnos de guardia.
El juego consistía en un laberinto, en forma de zigzag, por el que se llegaba a una corona real, grabada en el granito, que era la meta del vencedor.
Todas las curvas del camino estaban marcadas con una palabra griega "BASILEUS", que significa "REY".
¡Un detalle accidental que es un mundo! "Aquí, en el litóstrotos, se debía convocar un Congreso Internacional de
justicia para ratificar, una vez más, los derechos humanos. Aquí precisamente, donde la justicia humana había atropellado los Derechos Divinos. Pero, ¿es que se pueden de verdad respetar los derechos humanos, si no se respetan, como clave y cimiento jurídico, los Derechos de Dios?
Qué' concentración, aquí, de todos los jueces de la tierra, con su colección completa de sentencias, cada uno, encuadernada, debajo del brazo.
Qué' asamblea de fiscales, con su habilidad maquiavélica de artimañas y su destreza de artilugios acusatorios.
Qué' reunión de abogados defensores, vendidos de antemano, antes de comenzar el pleito.
Qué' repugnante hormiguero de testigos falsos y comprados, con el hedor de su juramento en

su boca podrida.
Al día siguiente, cuando aún apeste el litóstrotos, una reunión plenaria de todos los culpables y criminales que han sido absueltos solemnemente por la justicia humana. Son tantos, que habría que organizar, días y días, turnos diversos.
La última asamblea, después de desinfectar la sala del contagio y el olor de las anteriores muchedumbres, seria para convocar, presididos por Cristo, a todos los Inocentes condenados jurídica y solemnemente a lo largo de la historia por todos los tribunales civiles, militares, políticos, religiosos y eclesiásticos.
¿Cuántos turnos harán falta? Sólo Dios lo sabe. Y, ¡claro que lo sabe! Afortunadamente" (P. Cué, "El Vía Crucis de todos los hombres").
¡No os preocupéis! ¡Ya "veréis al Hijo del hombre, sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo" (Mt 26,64), para juzgaros, "cuando se siente el Hijo del hombre en el Trono de su gloria"! (Mt 19,28).
¡Era la hora de sexta! La misma hora en que se inmolaba el Cordero pascual. El Cordero inocentísimo estaba preparado para el Sacrificio.
Jesús carga con la Cruz, cayendo y levantando, hasta llegar al lugar del suplicio. No echa la culpa a nadie (como hizo el primer Adán).
Él se hace responsable de todos los pecados del mundo y paga la deuda, que es precio de nuestro rescate.
¡Imposible imaginar mayor grandeza de alma! ¡Es todo un Hombre, todo un Caballero, todo un Rey!
No dice nada. Pero su **silencio** nos habla…
"¡Pueblo mío! ¿Qué te hice?, o ¿en qué' te he contristado? ¡Respóndeme! ¿Porque te saqué de la tierra de Egipto preparaste una Cruz a tu Salvador? ¿Qué más debí hacer y no lo hice?

Yo, ciertamente,
te planté, viña mía preciosísima,
y tú me has salido amarguísima,
pues me has dado a beber vinagre en mi sed
y con lanza has agujereado el costado a tu Salvador.
Pueblo mío, ¿qué te hice yo?
O ¿en qué te contristé?
¡Respóndeme!
Yo te di un cetro real,
¡y tú pusiste sobre mi cabeza una corona de espinas!"
(Liturgia de
Viernes Santo,
Improperios).

Pilato hizo escribir en el letrero de la Cruz las palabras de su causa: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos" (Jn 19,19).
Estaba escrito en tres lenguas: hebreo, latín y griego. Los príncipes de los sacerdotes dijeron a Pilato: "No escribas: el Rey de los judíos, sino que Él dijo: Soy Rey de los judíos" (Jn 19,21).
¡Gracias, clérigos, por tan valioso testimonio! Si **Él lo dijo**, entonces será verdad.
Pilato les respondió: "¡**Lo escrito, escrito está!**" (Jn 19,22).
¡Gracias, Pilato! ¡Aquí sí que estuviste "inspirado"! ¡Aunque dijiste mucho más de lo que

sabias!...

¡Lo escrito, escrito está! ¡Sí señor! Aunque protesten y renieguen los hombres, Cristo es Rey, porque "escrito está".

Estaba escrito en las tres lenguas universales de entonces, como para significar la universalidad de su Realeza.

Oigamos este enjundioso comentario del Doctor Angélico citando a San Agustín: "La lengua hebrea, por el culto a un solo Dios; la griega, por la sabiduría; la latina, por el poder de los romanos…

Por la cruz de Cristo debían someterse y convertirse los devotos y religiosos, significados por la lengua hebrea; los sabios, por la lengua griega; los poderosos, por la lengua latina.

O también: se significa que Cristo debe dominar sobre la Teología Dogmática, significada por la lengua hebrea, ya que a los judíos les fue dado el conocimiento de las cosas divinas; por la lengua griega, sobre la Filosofía natural (o Metafísica), ya que fueron los griegos quienes más trabajaron en la especulación de las cosas naturales; por la lengua latina, sobre la Filosofía práctica, ya que la ciencia moral sobresalió sobre todo en los romanos.

Y así, de esta manera, **todas las inteligencias** están sometidas a la obediencia de Cristo, como dice San Pablo a los Corintios (2 Cor 10,5)" (Comentario al Ev. Jn XIX).

Pero Cristo es Rey, no sólo de las inteligencias y de los corazones, sino también de las familias y de las sociedades.

Así canta la Reina-Esposa: "¡A ti los que gobiernan las naciones te ensalcen con públicos honores; te honren los maestros y los jueces; te manifiesten las leyes y las artes! ¡Resplandezcan, rendidas, las insignias reales a ti ofrecidas! ¡Somete a tu suave cetro la patria y los hogares de los ciudadanos!" (Vísperas de la Fiesta de Cristo Rey).

¡Sí! ¡Lo escrito, escrito está! La **Realeza Social** de Cristo está escrita a lo largo de 20 siglos en el Magisterio de la Iglesia.

Entre todos los Papas, merece ser destacado el gran pontífice **Pío XI**, que instituyó oportunísimamente la Festividad litúrgica de Cristo Rey como broche del año litúrgico, condenando, al mismo tiempo, el Laicismo, "la peste de nuestro tiempo".

"Y esto nos da tanta alegría –decía el Papa- que nos obliga, venerables Hermanos, a dirigiros estas palabras: Vosotros, pues, procuraréis acomodar lo que digamos acerca del culto de Jesucristo Rey, a la inteligencia **del pueblo y explicar el sentido**, de modo que esta solemnidad anual produzca cada vez mayores frutos".

"No rehúsen, pues, los jefes de las naciones el prestar público testimonio de reverencia al Imperio de Cristo, juntamente con sus pueblos si quieren, con la integridad de su poder, el incremento y el progreso de la patria".

"¡Qué felicidad podríamos gozar, si los individuos, las familias y las sociedades se dejasen gobernar por Cristo!".

"Acelerar y apresurar este retorno (de la sociedad hacia nuestro amabilísimo Salvador) con la acción y con sus obras sería deber de los católicos, muchos de los cuales, no obstante, parece que no tienen en la convivencia civil aquel puesto y autoridad que convendría a los que llevan delante de sí la antorcha de la Verdad.

Tal estado de cosas se atribuye acaso a la apatía o timidez de los buenos, que se abstienen de la lucha o resisten flojamente; de lo cual los enemigos de la Iglesia sacan mayor temeridad y audacia.

Pero cuando los fieles todos comprendan que deben militar con valor y siempre bajo las insignias de Cristo Rey, se dedicarán con ardor apostólico a llevar a Dios de nuevo a los

rebeldes e ignorantes, se esforzarán en mantener incólumes los derechos de Dios".
"La celebración de esta fiesta (que se renovará todos los años) será también advertencia para las naciones de que el deber de venerar públicamente a Cristo y de prestarle obediencia se refiere no sólo a los particulares sino también a los magistrados y gobernantes; le traerá a la mente el Juicio final, en el cual Cristo, arrojado de la sociedad, o solamente ignorado y despreciado, vengará acerbamente tantas injurias recibidas" ("Quas primas").
El Santo Padre, felizmente reinante, clamó el día de su coronación: "¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo" (22-X-78).
¡Sí! ¡Lo escrito, escrito está! El Rey es exaltado al bono de la Cruz convertida al mismo tiempo en lecho de dolor y en **cátedra de la Verdad**.
Antes de morir, nos dará su última lección, pronunciando siete **agónicas palabras**, compendio de toda su enseñanza doctrinal.
Es el único Maestro que ha podido decir: "Yo soy la Verdad" (Jn 14,6).
"Era maestro de la Verdad, que es Dios, de esta Verdad dio El testimonio hasta el final, con la Autoridad que provenía de lo Alto, podemos decir, con la Autoridad de Alguien que es **Rey** en la esfera de la Verdad" (Juan Pablo II, 4-V-88).
Las siete fueron palabras salidas de "la anchura, la longura, la altura y la profundidad" del Corazón de un Rey, cuya "caridad supera todo conocimiento", porque es infinita (cfr. Ef 3,17).
Momentos antes de expirar, hará su última conquista.
El **buen ladrón**, convulsionado sin duda por la primera palabra, ¡que sólo puede ocurrírsele a un Dios! ("¡Padre, perdónalos!"), tocado de la gracia, confiesa sus pecados y al mismo tiempo la Realeza del Nazareno: "¡Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues en el esplendor de tu Realeza!"
Y el Rey misericordioso le responde: "En verdad te digo: ¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso!" (Lc 23,43).
Parece que le estamos oyendo decir: "¡Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón!" (Mt 11,29).
¡¡No se puede resistir tanta paciencia, tanta dulzura, tanto amor!! Estos fueron los "silbos amorosos" con los que el Buen Pastor llamó y recuperó a esta oveja perdida, como bellamente dijo el poeta:

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos:
Vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguir te empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, Pastor que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.
Espera pues, y escucha mis cuidados

pero ¿cómo te digo que me esperes,
si están, para esperar, los pies clavados?

(Lope de Vega).

"Yo soy el **buen Pastor**" y doy mi vida por mis ovejas (Jn 10,11). "Pastor" es un nombre "regio".
Los reyes del Antiguo Testamento eran llamados pastores: La misión del pastor es apacentar, conducir y defender de los enemigos, yendo en busca de la oveja perdida.
La esposa de los Cantares llama Pastor al Rey su Esposo (Cant 1,7): "Dime tú, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía".
El "**estilo**" de Cristo Rey es peculiar y único: gobierna "apacentando", con toda la suavidad y dulzura que sólo un Corazón como el suyo puede tener.
"A los súbditos y vasallos suyos convenía, que este Rey nuestro fuese de excelente HUMILDAD.
Y como en la música no suenan todas las voces agudo ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se templa y reduce a consonancia en lo bajo, así conoció (Dios) que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma convenía mucho para hacer armonía con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepuja a todas las cosas creadas" (Fray Luis de León, "De los Nombres de Cristo").
La humildad, que es "andar en verdad" (como decía Santa Teresa), es el único camino para llegar a Dios. Si Cristo es el "Camino" (Jn 14,6) por ser Rey, tenía que ser un Rey, dechado de humildad.
El "Siervo de Yahvé" es Rey, y el Rey es el "Siervo de Yahvé". Su humildad es tan grande como su soberanía.
Su obediencia es un reflejo de su poder. Está a punto de consumarse la Redención.
El dramatismo sube de punto, y el misterio, si cabe, se vuelve todavía más denso…
"Desde la hora sexta, las tinieblas cubrieron toda la tierra, hasta la hora nona" (Mt 27,45).
Esas tinieblas oscurecieron también el corazón y la mente de los hombres, impidiéndoles reconocer la Divina Realeza.
Cristo pronunció la cuarta palabra, sin duda la más enigmática y desconcertante: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,46).
Cristo recita el salmo 22 de David:

"¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?
Dios mío, clamo de día y no me respondes,
de noche y no me atiendes.
Pero yo soy un gusano, no un hombre,
el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo.
Búrlanse de mí cuantos me ven,
abren los labios y mueven la cabeza.
No estés alejado de mí, que estoy angustiado;
acércate, pues nadie viene en mi ayuda.
Me derramo como agua; ¡todos mis huesos están dislocados!
Mi corazón es como cera, que se derrite dentro de mis entrañas.
Me rodean como perros, me cerca una turba de malvados,

han taladrado mis manos y mis pies, y puedo contar todos mis huesos".

¡El Rey de cielos y tierra, solo y abandonado! ¡Espectáculo horrendo, desgarrador!
¡Misterio de amor!, en cuanto es "abandonado" del Padre, "no en cuanto a la unión, ni en cuanto a la gracia, sino en cuanto al padecimiento", -comenta Santo Tomás (Coment. Al Ev. Mt).
¡Misterio de iniquidad!, en cuanto abandonado de los hombres, incluso de los "suyos" (excepto de su Bendita Madre).
Un Rey que se aclama a su Padre, cuando se siente olvidado de los hombres, por quienes se hizo hombre, por quienes derrama su sangre.
Él sabe muy bien que el Padre no lo puede abandonar, porque, como El mismo dijo, "el Padre y Yo somos uno" (Jn 10,30). ¿No sabéis que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? (Jn 14,10).
Lo que Él quiere decir, en realidad, es: ¿Por qué me has abandonado **entre** los hombres, que me han dejado solo? ¿Por qué me han abandonado los hombres, a quienes les di todo? ¡Este abandono, este sentirse olvidado de los suyos, es sin dude lo que más le duele!
San Juan de la Cruz lo expresa así de manera insuperable:

"Un pastorcico, **solo**, está penado,
ajeno de placer y de contento,
y en su pastora puesto el pensamiento,
y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por haberle amor llagado,
que no le pena verse así afligido,
aunque en el corazón está herido;
más llora por pensar que está olvidado.

Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena,
el pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastorcico: ¡Ay, desdichado
de aquel que de mi amor ha hecho ausencia
y no quiere gozar la mi presencia,
y el pecho por su amor muy lastimado!

Y al cabo de un gran rato, se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado asido dellos,
el pecho del amor muy lastimado".

¡Un Rey que **llora** por pensar que está olvidado! También lloró el día de Ramos y en la muerte de Lázaro.
¡Lágrimas dulcísimas que nos revelan toda la ternura infinita de su Corazón!

"Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y **lágrimas** al que era poderoso pare salvarle de la muerte,
fue escuchado por su reverencial temor. Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la **obediencia**, y al ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna" (Heb 5,7).
Cristo Rey va a morir como mueren los "grandes", en actitud de **servicio** y de **obediencia**.
Así reparó la desobediencia del primer Adán. La obediencia es una virtud "real".
La sexta palabra fue: "**Todo está consumado**". Como el buen soldado: ¡Misión cumplida!
He cumplido, oh Padre, **todo** lo que Tú me encomendaste.
Este fue el "mandato" del Padre (Jn 10,18).
San Juan, testigo directo, nos describe la muerte del Señor con tres palabras preñadas de sentido: **Tomó el vinagre, agachó la cabeza, entregó el espíritu** (Jn 19,30).
¡Así mueren los grandes! ¡¡Viva el Libertador!! ¡¡ Estamos salvados!!
Este fue el resumen de toda su vida. San Pablo lo expresa así: "Se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz".
Pero añade enseguida: "**Por lo cual**, Dios lo exaltó y le otorgó un Nombre sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es **Señor**, para gloria de Dios Padre" (Flp 2,8-11).
¡Sí! Jesucristo es Señor, es Rey, precisamente en **actitud de obediencia** hasta la muerte y muerte de Cruz.
¡Cuándo aprenderemos lo que es la obediencia! ¡Cuándo aprenderemos a obedecer! ¡Nosotros que llevamos en la sangre el diabólico "Non serviam" de la crítica, de la rebeldía y del orgullo! ¡Nosotros que llevamos en la sangre el altivo y ridículo "seréis como dioses" del primer Adán!
Pero esta obediencia hasta dar la vida fue enteramente libre, como El mismo dijo: "Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo.
Nadie me la quita, soy Yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla" (Jn 10,17).
Cristo no muere por "resignación" como todo mortal, sino por "designación de su propia voluntad, porque El mismo eligió la muerte como un medio o "signo" ideal para manifestar y demostrar su amor y su poder, digamos, en una palabra, su Grandeza, su Soberanía, su Realeza.
A partir de este momento, la obediencia será el nuevo nombre de la libertad.
Así se cumplió la Escritura que dice: "Dios reinó desde el madero".

Y es aquí cuando tiene lugar otro hecho tan asombroso como insólito y tremendamente significativo, teniendo además en cuenta que Cristo está agonizando.
"Jesús –dice el Evangelio- **gritando** con **gran voz** dijo: ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! Y diciendo esto, expiró" (Mc 15,46).
¡Fue un grito milagroso! Fue un grito de guerra y de victoria, porque el hombre ya estaba salvado y el diablo estrepitosamente vencido.
Fue un grito de dolor más que de parto (cfr. Jn 16,21), fruto de una locura de amor de Madre.
Fue un grito de satisfacción y de alegría porque la "deuda" del pecado ya estaba pagada y el Honor de su Padre sobradamente reparado.
Fue un grito incontenible pare despertarnos de la inconsciencia, de la apatía y de la tibieza.
Fue un grito de arenga y de reproche, ante la conspiración del silencio con que clérigos y laicos

envuelven su Sagrada Realeza.
Fue el rugido del "León de Judá" (Ap 5,5) que nos excita a seguirle, "porque la locura de Dios –dice San Pablo- es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres" (1 Cor 1,24).
¡La locura de los que queremos militar bajo las banderas de este Rey!
La naturaleza toda dio testimonio de la colosal Hazaña…
Al momento "el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo, y la tierra se conmovió y las piedras se partieron, se abrieron los sepulcros y resucitaron muchos cuerpos de justos que habían muerto, y saliendo de los sepulcros después de su resurrección, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos" (Mt 27,51-53).
¡Las piedras hablaron! ¡Cristo es un Rey único!
Un Rey que triunfa celebrando su única Misa, revestido con las únicas "armas" de sus vestiduras **sacerdotales**.
Un Rey que cual esposo celoso (Dt 6,15) muere de "celos" por su Amada, la Iglesia, porque –dice- "es única mi paloma" (Cant 6,9) y porque "prendado está el Rey de (tu) hermosura" (Sal 45,12). Y porque "es fuerte el amor como la muerte y son como el sheol duros los celos" (Cant 8,6).
Un Rey que vence, reina, e impera desde el Trono de la Cruz, símbolo de debilidad y de fracaso. "La Cruz es el madero al cual subió Cristo como un Rey a su carro de combate" (San Teodoro).
Por eso exclama la Reina:

"¡Canta, oh lengua,
la victoria del glorioso combate,
y ante el trofeo de la Cruz,
relata su noble triunfo!
Cómo el Redentor del mundo venció
al ser inmolado".

"Las banderas del Rey avanzan:
refulge el misterio de la Cruz
en que la Vida padeció muerte
y con su muerte nos dio vida.
Árbol hermoso y refulgente,
engalanado con la púrpura del Rey,
¡tú fuiste elegido en tu noble tronco
para tocar miembros tan santos!"

(Himnos litúrgicos del Viernes Santo).

"Uno de los soldados le abrió con su lanza el costado, y al instante brotó sangre y agua" (Jn 19,34).
Esta lanzada es el símbolo del odio y del **rechazo de la Realeza** de Cristo, Al grito de "¡no queremos que éste reine sobre nosotros!" (Lc 19,14).
El aluvión de errores y herejías, cismas y apostasías, las persecuciones y las divisiones entre cristianos.

El marxismo, el liberalismo, la masonería.
Los innumerables pecados, tibiezas, sacrilegios, traiciones e infidelidades… ¡Cuántas lanzadas ha sufrido el buen Jesús a través de los siglos! La lanzada está también significando el **sentido ascético de la vida**, el carácter "agónico" del cristianismo, el combate espiritual que el Rey divino exige a sus vasallos, más aún a aquellos "que más se querrán distinguir y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal" conforme al "agere contra" de San Ignacio en los Ejercicios (Nº 97).
Místicamente esa lanzada simboliza las "heridas de amor" en los corazones de las almas contemplativas, enamoradas y llagadas de Cristo-Esposo y **Rey** de amor.
"Una manera de herida –dice por experiencia Santa Teresa- que parece al alma como si una saeta la metiesen por el corazón o por ella misma".
Y San Juan de la Cruz añade: "Son las heridas de amor tan dulces y tan sabrosas que, si no llegan a morir, no la pueden satisfacer, pero sonle tan sabrosas, que querría la llagasen hasta acabarla de matar" ("Cántico", 9).
Al instante brotó sangre y agua. ¡De la muerte brotó la vida!
En el instante de morir, el Rey descendió a los infiernos para liberar a las almas de los santos, que estaban esperando impacientes la Resurrección…
"¿Qué es lo que pasa? Un gran silencio se cierne hoy sobre la tierra; un gran silencio y una gran soledad.
Un gran silencio, porque el Rey está durmiendo… La tierra está temerosa y no se atreve a moverse, porque el Dios hecho hombre se ha dormido y ha despertado a los que dormían desde hace siglos.
El Dios hecho hombre ha muerto y ha puesto en movimiento a la región de Los muertos…
En primer lugar, va a buscar a nuestro primer padre, como a la oveja perdida.
Quiere visitar a los que yacen sumergidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte.
El Señor hace su entrada donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la Cruz.
Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama, dirigiéndose a todos: Mi Señor está con todos vosotros. Y responde Cristo a Adán: Y con tu espíritu. Y tomándolo de la mano, lo levanta diciéndole: ¡Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo!
Digo, ahora, y ordeno a todos los que estaban en cadenas: ¡Salid!, y a los que estaban en tinieblas: ¡Sed iluminados!, y a los que estaban adormilados: ¡Levantaos!
Yo te lo mando: ¡Levántate de entre los muertos! Yo soy la vida de los que han muerto.
¡Levántate!, obra de mis manos. ¡Levántate!, mi efigie, tú que has sido creado a imagen mía. ¡Levántate!, salgamos de aquí, porque tú en mí y yo en ti somos una sola cosa.
Mi sueño te sacará del sueño de la muerte. Mi lanza ha reprimido la espada de fuego que se alzaba contra ti.
¡Levántate! Vayámonos de aquí. El enemigo te hizo salir del paraíso; yo, en cambio, te coloco no ya en el paraíso, sino en el TRONO celestial.
Está preparado desde toda la eternidad el Reino de los cielos" (De una antigua homilía de autor anónimo; Oficio de Lecturas del Sábado Santo).
Y cuando sus enemigos creían que habían triunfado y que todo había terminado, se llevaron una desagradable sorpresa.
Estaba profetizado por Isaías (52, 13-15): "He aquí que mi siervo prosperará, será elevado, ensalzado y puesto muy alto. Como de Él se pasmaron muchos (tan desfigurado estaba su

aspecto que no parecía ser de hombre) así se admirarán muchos pueblos, y los reyes cerrarán ante Él su boca, porque vieron lo que no se les había contado, y comprendieron lo que no habían oído".

¡Y así sucedió! En la madrugada del día de Pascua, "sobrevino un gran terremoto" (Mt 28,2). El Rey resucita como lo había dicho y salta del sepulcro victorioso como quien dice: ¡Sin novedad! ¡Yo soy! ¡No temáis! ¡Aquí no ha pasado nada! ¡Los guardias cayeron por tierra como muñecos! ¡Llegó la Hora de nuestra liberación!

"La muerte ha sido absorbida por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (I Cor 15,55).

Canta alborozada la Iglesia:

"¡Este es el día que ha hecho el Señor!
¡Alegrémonos y regocijémonos en El!"

(Sal 118).

"La muerte y la vida lucharon en duelo admirable.
El Señor de la vida reina vivo
después de muerto.
Dinos, María, ¿qué has visto en el camino?
Vi el sepulcro de Cristo vivo y la gloria del Resucitado.
Vi ángeles como testigos;
vi el sudario y los vestidos"

(Secuencia del Domingo de Pascua).

"¡Exulte ya la angélica turba de los cielos!
Exulten los divinos misterios,
y por la victoria de Rey tan grande
resuene la trompeta de salvación.
¡Alégrese también la tierra, radiante de tanta luz,
e iluminada con el esplendor del Rey eterno,
sienta haberse ya disipado la oscuridad
que tenía encubierto antes al mundo!
¡Alégrese también nuestra Madre la Iglesia
adornada con los fulgores de tanta luz;
y resuene este recinto
con las festivas voces de los pueblos!
¡Esta es la noche que devuelve la gracia y santifica
a todos los que creen en Cristo
una vez que se han apartado
de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado!
¡Oh noche verdaderamente feliz,
que sola mereció saber el tiempo y la hora
en la que resucitó Cristo de los infiernos!"

(Pregón pascual).

Cristo ejerce su Realeza sobre todos los **muertos**, resucitándolos y llamándolos a juicio: "¡Oh Señor Jesucristo, Rey de la Gloria!, libra a las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y del profundo lago; líbralas de la boca del león infernal; no se las trague el abismo, ni caigan en aquel lugar tenebroso; sino que el Príncipe de los Ángeles, San Miguel, las lleve a la luz celestial" (Ofertorio de la Misa de difuntos).
Toda la Liturgia de difuntos no es más que un himno a la Divina Realeza.
Así canta con el corazón desgarrado la Iglesia: "Líbrame, oh Señor, de la muerte eterna, en aquel día terrible: En que temblarán los cielos y la tierra. Cuando Tú vendrás a juzgar al mundo por el fuego".
La "noche" tiene también un sentido místico. Es el "tránsito "obligado por donde tiene que pasar el alma para ir a Dios. Para salvarse hay que pasar" de las tinieblas a la luz admirable" (Act 26,18), es decir, del estado de pecado a la vida de la gracia.
Para llegar a la perfección, el alma ha de atravesar dos noches: la noche del sentido y la noche del espíritu, con las que se significan las purificaciones activa y pasiva.
¡Qué bien lo expresa el Príncipe de la mística!

"¡Oh noche que guiaste!;
¡oh noche amable más que la alborada!;
¡oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!"

(San Juan de la Cruz,
"En una noche oscura… ").

La Resurrección fue la demostración más contundente de su Realeza. Quiso morir en Cruz precisamente para que resaltase más todavía la fuerza de su poder, así como esperó cuatro días para resucitar a Lázaro, su amigo.
La Resurrección no fue un simple "don" recibido como en los demás mortales, sino una "exigencia", un derecho, un atributo de una naturaleza unida hipostáticamente a una Persona divina, por cuya virtud resucitan los muertos.
Sólo Él podía decir: "Yo soy la Resurrección y la Vida" (Jn 11,25).
¡Qué hermoso estaría el Rey resucitado del que dijo David que es el más hermoso de los hijos de los hombres! (Sal 45).
Santa Teresa quedó arrobada en éxtasis al contemplar, en visión imaginaria, a Cristo resucitado (cfr. "Vida" 28,2) y quedó impresa en su alma tantísima hermosura ("Vida" 37,4), exclamando con grandísimo deleite: "¡Oh Señor mío! ¡oh Rey mío!, ¡quién supiera ahora representar la Majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois gran Emperador en vos mismo que espanta mirar esta Majestad" ("Vida" 37,6).
"¡De miedo temblaron los guardias y se quedaron como muertos!" (Mt 28,4).
Y no solamente los guardias, sino también sus enemigos. ¿Qué dices ahora, Anás, Caifás, Herodes, Pilato? ¿Qué decís vosotros, sumos pontífices? "¿Qué dices ahora, judío, tú que ayer levantabas airoso tu cabeza ante la cruz?
¡Cristo! –dices- ¡Rey de Israel, baja de la cruz! ¡Así opinas tú y el eterno mentiroso! El Rey nunca debe descender, sino ascender.

¿Por qué sellabas, oh judío, hace unos días el sepulcro? Examina atentamente los sellos del sepulcro: ¡está de par en par! "(San Bernardo, Sermón 1 sobre la Resurrección).
Después de cuarenta días, durante los cuales les habló del Reino de Dios (Act 1,3),el Rey entra glorioso en el Cielo, llevando consigo "cautiva la cautividad para llenarlo todo"(Ef 4,10)como Señor del mundo, y se sienta en su verdadero TRONO," a la diestra de la Majestad en las alturas"(Heb 1, 3), "esperando lo que resta, hasta que sean puestos sus enemigos por escabel de sus pies" (Heb 10,13), "por encima de todo principado, potestad, poder y dominación, y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo sino también en el venidero. A El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es la plenitud del que lo llena todo en todo" (Ef 1,21-22), porque "en El fueron creadas todas las cosas, del cielo y de la tierra, las visibles e invisibles. . .todo fue creado por El y para El; Él es antes que todo y todo subsiste en El" (Col 1,16-17).
Canta jubilosa la Iglesia:

"¡Alzase Dios! Y se dispersan sus enemigos
y huyen a su vista los que le odian.
Se desvanecen como se desvanece el humo,
como al fuego se funde la cera
perecen los impíos ante la presencia de Dios.
¡Alégrense, por el contrario, los justos y exulten,
salten de júbilo en presencia de Dios!
Aparece tu cortejo, ¡oh Dios!,
el cortejo de mi Dios, de mi Rey,
hacia el Santuario.
Preceden los cantores, detrás los músicos,
en medio las vírgenes tocando panderos.
Oh Dios, despliega tu poder,
tu poder, oh Dios, que actúa en favor nuestro.
A tu Templo de Jerusalén
traigan los reyes su tributo.
Reyes de la tierra, cantad a Dios,
tocad para el Señor
que avanza por los cielos eternos,
que lanza su voz, su voz poderosa.
Dad a Dios el poder.
Sobre Israel resplandece su Majestad
y su poder sobre las nubes.
Eres terrible, ¡oh Dios!, en tu Santuario"
(Sal 68)

"¡Dios asciende entre aclamaciones;
¡el Señor, al son de trompetas!
¡Tocad para Dios, tocad!
¡Tocad para nuestro Rey, tocad!"

(Sal 47)

¡Qué distinta esta entrada triunfal de aquella del domingo de Ramos!
El "Rey eternal" nos empuja con su ejemplo a la Cruzada para después conquistar la gloria, la Patria verdadera (Ejercicios Nº 95).
"Caudillo de la patria sin linderos, de la infinita Humanidad, nos llevas mes-nada de Cruzados, a la toma de la Jerusalén celeste, encierro de la gastada ley y señorío del porvenir eterno" (Unamuno, "El Cristo de Velázquez").
El Señor Jesús **se sentó** a la diestra del Padre, como lo había anunciado el profeta:

"Oráculo de Yahvé a mi Señor:
Siéntate a mi derecha
mientras pongo a tus enemigos
por escabel de tus pies"

(Sal 110).

"Sentarse a la derecha" es un gesto de su potestad regia y judicial, igual al Padre y al Espíritu.
Cristo fue enviado al mundo para luchar contra el demonio y lo venció, y por lo mismo mereció ser exaltado por encima de todo.
"Yo vencí y me senté con mi Padre en su Trono" (Ap 3,21).
El Rey, después de haber promulgado la Ley, se sienta para **juzgar**, esperando que llegue su "Día" … Mientras los Apóstoles y las santas mujeres estaban fuera de sí, fijos los ojos en su Rey, "que se iba" (Act 1,9), aparecieron dos ángeles anunciándoles la segunda venida, al fin de los tiempos…
"¡Volverá! –les dicen- como lo habéis visto ascender al cielo" (Act 1, ll).
"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id por todo el mundo" (Mt 28,18).
"El que creyere se salvará, el que no creyere se condenará" (Mc 16,16).
Fueron sus últimas consignas. Ahora será **la Iglesia**, recién fundada, la encargada de continuar la Epopeya.
Mejor dicho, será el mismo Cristo, quien, a través de su Cuerpo Místico, la llevará a feliz término.
La Reina Esposa, purificada, iluminada y transformada por el Amor del divino Esposo, recibido en plenitud el día de Pentecostés, será protagonista de mil hazañas…
Hazañas de los **Apóstoles**, que salieron del Cenáculo hechos lenguas de fuego, lanzándose con santo e indoblegable coraje a la conquista del mundo, enfrentando con libertad de espíritu a los poderosos de la tierra, dando testimonio con su ejemplo, con su palabra y con su sangre…
Hazañas de los **primeros cristianos**, viviendo una vida de cielo en medio del paganismo, teniendo "un corazón y una sola alma", atestiguando "con gran poder la resurrección del Señor Jesús", gozando "todos de gran favor", no habiendo "entre ellos indigentes", repartiendo sus bienes a cada uno según su necesidad, perseverando unánimes en la oración, acudiendo diariamente al Templo, asiduos a la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan (cfr. Act 2), provocando la admiración de los paganos, que exclamaban: "Mirad cómo se aman" (Tertuliano, "Apología"), cumpliéndose así la palabra del Señor: "**En esto** conocerán todos que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros" (Jn 13,35).

¡Qué hazaña! Hazañas de los innumerables mártires, hombres, mujeres y niños, que, soportando las más salvajes torturas, derramaron su sangre, emulando así el ejemplo de las dos columnas de la Iglesia: San Pedro y San Pablo.
Hazañas de las **vírgenes**, en medio de un mundo corrompido.
Hazañas de los **confesores** y **doctores** que resplandecieron como lumbreras incandescentes en medio de las más espesas tinieblas.
Hazañas de los **misioneros**, arriesgando la vida y conquistando tierras de infieles y de bárbaros.
Hazañas de los **Sumos Pontífices** y **Pastores santos**, gobernando con pulso firme la Barca de Pedro, sacudida frecuentemente por las olas y las tempestades.
Hazañas de los **monjes** y de las almas contemplativas, centinelas del mundo, trovadores de Dios y pararrayos de la divina justicia, que cerraron sus oídos al canto de las sirenas.
Hazañas de los **cruzados**, que salieron al rescate de los lugares santos.
Hazañas de la **Contrarreforma**, de la **Reconquista** y del **Descubrimiento** de las Américas.
Hazañas de los **cristeros** mejicanos y de los **mártires** de la Cruzada española, vencedores del laicismo y del comunismo ateo.
Hazañas de la **Iglesia**, que se extiende hasta los confines de la tierra, predicando una doctrina que contradice a las concupiscencias de los hombres, reuniéndolos bajo el estandarte de la Cruz, venciendo el odio con el AMOR, en medio de las incomprensiones y persecuciones, de fuera y de dentro, cargando con el peso de sus debilidades y pecados, pero con la confianza y alegría de saber que "las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella" (Mt 16, 18) y de que su Rey estará con Ella todos los días hasta la consumación de los siglos, hasta que El vuelva.
Aunque todos los Sacramentos tienen "connotaciones reales", **la Confirmación** las tiene de un modo particular ya que "el bautizado adquiere el vigor de una nueva virtud y empieza por ello a ser perfecto soldado de Cristo" ("Catecismo Romano").
El Papa San Melquíades dice: "En el Bautismo se alista el hombre en la milicia y en la Confirmación recibe las armas para la lucha".
Oigamos a Santo Tomás: "En este Sacramento el hombre recibe el Espíritu Santo para robustecerse en la lucha espiritual, con el fin de que pueda confesar valientemente la Fe de Cristo contra todos sus adversarios. Es pues muy conveniente que se les unja la frente con el crisma, a modo de cruz, y esto por dos razones: La primera, porque se le marca con el signo de la Cruz como al soldado con el escudo de su jefe, lo cual debe aparecer clara y manifiestamente al exterior. No basta creer en Cristo interiormente. Hay que demostrarlo exteriormente. Ahora bien; entre todos los lugares del cuerpo humano, el más patente y manifiesto es la frente –que casi nunca se cubre- y por ello se unge al cristiano en la frente con el crisma, para que muestre clara y manifiestamente su condición de cristiano.
Así como los Apóstoles, al recibir el Espíritu Santo, salieron del Cenáculo donde estaban escondidos y se manifestaron públicamente como discípulos de Cristo.
La segunda razón, dice Santo Tomás, es porque hay dos cosas que impiden a algunos la libre confesión del Nombre de Cristo: el temor y la vergüenza.
El signo de estas dos cosas se manifiesta principalmente en la frente, ya que el que teme palidece, se pone blanco. Y el que se avergüenza, enrojece.
Y por ello al cristiano se le unge en la frente: para que ni por temor, ni por vergüenza, deje de confesar jamás el Nombre de Cristo.
La lucha espiritual – continúa Santo Tomás- contra los enemigos invisibles, corresponde a todos los cristianos. Pero la lucha contra todos los enemigos visibles, o sea contra los que

persiguen a la Fe cristiana, confesando el Nombre de Cristo, es propia de los confirmados, que han llegado, espiritualmente, a la edad viril" (Suma Teológica III, 72,9).
El Sacramento de la Confirmación es la "**armadura** de Dios" de la cual nos habla San Pablo: "Vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo, que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires. Tomad, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y, vencido todo, os mantengáis firmes. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia, y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz" (Ef 6,11-15).
La paz, que es el distintivo del Reino de Cristo.

-Tercer Acto-

Llegamos aquí a la tercera y última etapa de esta fantástica Epopeya. Será la "lucha final", la "batalla del día grande del Dios todopoderoso" (Ap 16,14).
San Juan en el Apocalipsis, nos describe este final apoteósico, "las cosas que han de suceder pronto" (Ap 1,1).
¡Ha llegado el "Día" del Señor! El día del **Juicio Universal**.
La consumación de la Historia. El final del tiempo y comienzo de la eternidad.
La "hora" de la Verdad en la que cada cual recibirá según sus obras (Mt 16,27), pues "todos hemos de comparecer ante el Tribunal de Dios" (Rom 14,10), donde se sentará el Rey para impartir justicia y repartir premio o castigo.
¿Cuándo tendrá lugar ese "Día"? Cuando se haya cumplido **el número de los predestinados** (I Cor 15,23).
Canta la Iglesia estremecida:

"Día de ira día aquel
que reducirá al mundo a ceniza;
lo atestiguan David y la Sibila

¡Cuán grande será el terror
cuando aparezca el Juez
para sentenciarlo todo con rigor!

La trompeta, esparciendo atronador sonido
por entre los sepulcros,
nos convocará a todos ante Dios.

La muerte se asombrará
Y la naturaleza, cuando se levante
la criatura para responder a su Juez.

El libro, ya completo, será leído,
en el que todo se halla consignado,
para abrir el proceso del mundo.

Cuando el Juez se haya sentado
se revelará todo secreto,
nada quedará sin castigo.

¡Oh Rey de terrible Majestad,
que a los que salvas, salvas por pura bondad,
sálvame, fuente de piedad!

Acuérdate, dulce Jesús,
que soy la causa de tu obra,
¡no me pierdas en aquel día!

Al buscarme, fatigado te sentaste,
me has redimido, sufriendo en la Cruz,
no sea vano tanto trabajo.

¡Día de lágrimas, el día aquel,
en que saldrá del polvo el hombre culpable
a presencia del Juez!"

(Secuencia de la Misa de difuntos).

¡Es el Rey, que llama a todos a Juicio! "Ved que viene sobre las nubes del cielo y todo ojo le verá y cuantos le traspasaron, y se lamentarán todas las tribus de la tierra. ¡Sí! ¡Amén!" (Ap 1,7).
San Juan fue arrebatado en espíritu y vio a Uno semejante a un Hijo de hombre, ceñido el pecho con un cinturón de **oro**, y de su boca salía una **espada** aguda de dos filos, y su aspecto era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza (cfr. Ap 1).
San Juan cayó desvanecido a sus pies, pero Jesús le dijo: "No temas, Yo soy el primero y el último, el viviente que fue muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno" (Ap 1,18).
Otra vez fue arrebatado en espíritu y vio un TRONO colocado en medio del cielo y sobre el TRONO, Uno sentado y alrededor veinticuatro tronos y veinticuatro ancianos con **coronas de oro** sobre las cabezas, y postrándose ante el Juez, "arrojaban sus coronas diciendo: ¡Digno eres, ¡Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder!" (Ap 4).
Luego apareció en el cielo una señal y hubo una batalla entre la Mujer y el Dragón (Ap 12).
El Dragón fue arrojado y precipitado en la tierra. El que había llegado a "sentarse en el Templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (2 Tes 2,4).
Y se oyó una gran voz en el cielo que decía: "¡Ahora llega la salvación, el poder, el Reino de nuestro Dios y la Autoridad de su Cristo!"
Los ángeles servirán al Rey como "cuchillo de la divina Justicia" –dice San Ignacio en los Ejercicios (Nº 60).

Los vencedores de la Bestia cantaban entusiasmados: "¡Grandes y estupendas son tus obras, Señor, Dios todopoderoso, justos y verdaderos tus caminos, **Rey** de las naciones! ¿¡Quién no te temerá, Señor, y no glorificará tu nombre!?
Porque Tú solo eres Santo, y todas las naciones vendrán y se postrarán delante de ti, pues tu sentencia se ha hecho manifiesta" (Ap 15,3-4).
He aquí los dos Poderes frente a frente: Cristo y el **Anti-Cristo**. Dios derramará sobre la tierra las siete copas de su ira (Ap 16,1), del "cáliz del vino del furor de su cólera" (Ap 16,19).
Entonces tendrá lugar el Juicio de la "gran Ramera" (Ap 17).
Los reyes de la tierra, seguidores del Anticristo, "tienen el solo pensamiento de prestar a la Bestia su poder y autoridad. Pelearán con el Cordero y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes" (Ap 17,13).
Se escucharán las lamentaciones y llantos de la gran Babilonia, "ya que dijo en su corazón: como reina estoy sentada. Pero será consumida por el fuego" (Ap 18,7-8).
Entonces resonarán desesperadamente los ¡ay! Que no tienen ya remedio: "¡Ay, ay de la ciudad grande, de Babilonia, la ciudad fuerte, porque en una hora ha venido su juicio!" (Ap 18,10).
Por el contrario, los santos se regocijarán y entonarán el ¡Aleluya! Que resonará como un eco de millones de millones de voces por toda la eternidad.
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ". . . ¡Porque ha establecido su Reino el Señor, Dios todopoderoso, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa está dispuesta!" (Ap 19).
"¡No habrá ya noche. . . porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos!" (Ap 22,5).
Entonces el Rey ejercerá el **poder ejecutivo**. Enviará a sus ángeles y arrojarán a los malos al **Infierno** eterno, al "horno de fuego, donde habrá llanto Y crujir de dientes" (Mt 13,41).
"Entonces dirá el Rey a los que están a su izquierda: ¡Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno!" (Mt 25,41).
El Infierno será el fracaso, el término definitivo para aquellos que no hayan reconocido la Realeza de Cristo.
El Infierno será un bellísimo canto de "homenaje", que los condenados rendirán, contra su voluntad, a la Soberanía de Cristo.
El Infierno será la reacción lógica y espontánea del Amor infinito de un Rey, rechazado y pisoteado por el orgullo de los hombres malvados.
Y como no puede perderse ni un átomo de la gloria de Dios (Is 42,8), Cristo Rey sacará gloria, por vía de justicia, ¡hasta del mismísimo Infierno!
Y llegamos al final de la **Epopeya**. "Al que venciere –dice el Rey- le haré sentarse conmigo en mi Trono, así como Yo también vencí y me senté con mi Padre en su Trono" (Ap 3,21).
"Si quieres la paz, prepárate para la guerra", decían los antiguos. "No he venido a traer la paz sino la espada" (Mt 16,34), dijo Jesús. Los que han combatido por Cristo Rey recibirán la corona, porque "no será coronado sino quien luchare legítimamente" (2 Tim 2,5).
¡Lucha que ha costado dolores más que de "parto"! (cfr. Rom 8).
Una **Paz** que fue conquistada "a punta de lanza", como dijo el Señor: "El Reino de los cielos está en tensión, y sólo los que se hacen violencia lo arrebatan" (Mt 11,12).
El Cielo es el Reino de la PAZ, de la verdadera PAZ, de la inalterable e interminable PAZ, esa PAZ que Cristo, Príncipe de la PAZ, nos adquirió al precio de su preciosísima Sangre.
Allí "la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado" (Ap 21,4).

Allí se cumplirá la bienaventuranza de los constructores de la paz, la bienaventuranza de aquellos que han sufrido persecución por el Reino de los cielos (Mt 5,9-10).
Allí se proclamarán para siempre los Derechos divinos.
Allí será enarbolada la bandera de la verdadera **Libertad**, empuñada por nuestro Libertador (Gál 5,1).
"Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos.
He aquí la esencia del fin sin fin. ¡Y qué fin más nuestro que arribar al Reino que no tendrá fin!" (San Agustín, "La Ciudad de Dios" XXII, 30).

(1988)

2 Una Verdad inoportuna

Me refiero, claro está, a la Realeza de Cristo, en particular a la Realeza **social**. Verdad que es locura y escándalo para el mundo, y que el mundo no puede, naturalmente, comprender.

Verdad temida, más que ninguna, por el diablo, que sabe que su Reino será, al fin, destruido por el de Cristo.

Verdad silenciada miedosamente por quienes, por su fe y por su investidura, tienen la obligación de enseñarla y proclamarla con libertad de espíritu, sin preocuparse de agradar a los hombres.

Verdad mutilada injustamente, siendo reducida a una Realeza meramente interior, en el fuero de la conciencia, sin proyección ni incidencia en el Orden temporal.

Verdad adulterada, sea por los nuevos sofistas de la llamada "Teología de la liberación", inspirada en la ideología marxista; sea por ciertos católicos, que, en nombre de un tradicionalismo mal entendido, en lugar de cristianizar la política, se empeñan en politizar el cristianismo; siempre dispuestos, los unos y los otros, aunque por motivos diametralmente opuestos, más a levantar la espada que a crucificarse con Cristo.

Verdad superada (¡aunque muy encomiable y digna de veneración "en otras épocas"!), al decir de ciertos teólogos de moda, intoxicados de evolucionismo.

Verdad inoportuna, que no se adapta, según parece, a la psicología del hombre moderno; que tiene olor a "triunfalismo"; y que constituye más bien un obstáculo para atraer o "llegar" a los que viven alejados de la Iglesia… ¡los clásicos argumentos (léase "falacias") de los representantes de no sé qué extraña pastoral moderna!

Me vienen a la memoria aquellas palabras del profeta Isaías: "No son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice Yahvé" (55,8).

¡Cómo se las ingenian los hombres para cuestionar, rechazar o dejar discretamente de lado lo que les exige o les molesta!

¡Cristo Rey

¿Quién tiene derecho a arrancar o a poner entre paréntesis esta gran Verdad del Evangelio?

¡Cristo Rey!

¿Habrá una Verdad más actual, en el mundo dominado prácticamente por el **Laicismo**?

¡Cristo Rey!

¿Quién se atreverá hoy, tan sólo a pronunciar este Nombre, sin ser tenido por exaltado, extravagante o "anticuado"? "En verdad –decía Pio XI- cuanto más se pasa en vergonzoso silencio el Nombre suavísimo de nuestro Redentor, así en las reuniones internacionales como los parlamentos, tanto más es necesario aclamarlo públicamente, anunciando por todas partes

los Derechos de su real dignidad y potestad" ("Quas primas").

¡Claro! ¡Los tiempos han cambiado! ¡Si, lamentablemente! Y, sin embargo, hoy como ayer resuenan aquellas palabras de desafío. . . "¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡No tenemos más Rey que el César! ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" …

Hoy día (que tanto se habla de los derechos humanos), ¿por qué no se tienen en cuenta, como muchísima más razón, los **Derechos Divinos** de Aquel que, solo El, pudo decir: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18), de Aquel "de quien y para quien son todas las cosas" (Heb 2,10), de Aquel que "lleva escrito un Nombre en su manto y en su muslo: Rey de reyes y Señor de señores" (Ap 19,16)?

¿Quién ha dicho que "no es oportuno" hablar hoy de la Realeza de Cristo? ¡Para nosotros es oportunísimo!

Es la "clave" para abrir los ojos y entender y convencerse, de una vez para siempre, de que todos los males que afligen a esta pobre sociedad gravemente enferma, son, en definitiva, la lógica consecuencia de haber expulsado o hecho callar a Jesucristo.

El hombre moderno, orgulloso de sus conquistas y pretendiendo ser como Dios, grita hasta enloquecer: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Pero nuestro Rey Divino se humilló, tomó el vinagre, agachó la cabeza y, dando también un gran grito (Lc 23,46), entregó al Padre su espíritu (Jn 19,30).

¿Qué grito misterioso fue aquél? ¡Obediencia! ¡Obediencia! ¡Obediencia!

"Por lo cual –dice el Apóstol- Dios lo exaltó y le otorgó un Nombre, sobre todo nombre, para que, al Nombre de Jesús, **doble la rodilla todo** cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Flp 2,9-11).

¡Cómo nos cuesta doblar la rodilla! ¡Cómo nos cuesta doblegar la razón! ¡Cómo nos cuesta doblegar la voluntad! ¡Cómo nos cuesta doblegar nuestro espíritu de independencia y de rebeldía!

Pero mientras los hombres, las Sociedades y los Estados no doblen la rodilla, reconociendo públicamente la Soberanía absoluta de Cristo, este pobre mundo seguirá derrumbándose (como estamos viendo) porque los hombres se han empeñado en construirlo sobre arena (Mt 7,26); ¡la arena del tan propalado Progreso!, olvidando lo que dice la Sagrada Escritura: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican" (Sal 126,1) y también: "La nación y el reino, que no se sometan a Ti, perecerán" (Is 60,12).

¿Qué poderes o potencias de la tierra tienen hoy en cuenta?, ¡y en serio, no sólo en los discursos!, ¿toda la Ley Natural, toda la Ley de la Iglesia, toda la Ley de Cristo? ¡Vivimos en una época en que el **Liberalismo** ha llegado hasta el delirio!

Liberalismo que hace de la libertad un absoluto, del hombre un dios y de Dios un concepto vacío.

Liberalismo denominado incluso "católico", aunque sean dos términos tan escandalosos como

contradictorios.

Uno de los pecados más frecuentes hoy día es precisamente el pecado contra el segundo Mandamiento: "No tomar el Santo Nombre de Dios en vano".

¿Quién es ese "dios" de quien no infrecuentemente nos hablan ciertos políticos?

Un "dios" inofensivo, condescendiente, conciliador, tolerante, acomodaticio… un "dios" que se han inventado porque les resulta cómodo y útil para dar cierta imagen o conseguir alguna ventaja; en definitiva, un "dios" que les sirva, no a quien servir.

Estamos en la era de las Democracias…

¿Pero cuándo vamos a dar una definición completa (nótese que digo "completa") de la Democracia? ¿Y cuándo vamos a distinguir la verdadera Democracia de la falsa, es decir, de la Democracia liberal (condenada por la Iglesia y por la sana Filosofía)? ¿Y cuándo vamos a darnos cuenta de la "carga afectiva" y del "trasbordo ideológico inadvertido" que de hecho provoca esta palabra "mágica" en tantas personas de bien, pero que en su ingenuidad y por no quedar mal, pueden hacer, consciente o inconscientemente, el juego al enemigo? ¿Por qué será que para muchos la palabra Democracia viene a ser sinónimo de desorden, de libertinaje, de inseguridad, de vacío de poder y de anarquía? ¿Será, en fin, casualidad que la Dictadura Comunista salga siempre gananciosa (y la Iglesia Católica perdedora) en los regímenes de una Democracia Liberal?

La verdadera Democracia, fundada en la **cualidad**, es el gobierno del **pueblo**, o sea una comunidad de **personas**, es decir, hombres y mujeres que se rigen por la razón y por las virtudes, principio de unidad, de fecundidad y de progreso.

Por el contrario, la falsa Democracia, fundada en la **cantidad**, es el gobierno de la "**masa**", o sea un conglomerado de "**individuos**", es decir, hombres que son esclavos de las pasiones y de los vicios, principio de división, de esterilidad y de decadencia.

¡Democracia, si! ¡Liberalismo y Marxismo, no! Pero falta todavía añadir algo fundamental: **la necesidad del Orden y del Auxilio sobrenatural**.

Esto es precisamente lo que enseña la Santa Madre Iglesia por boca del Papa Pío XII, en su célebre alocución sobre la Democracia, doctrina tan actual como olvidada.

El Santo Padre habla de "una Democracia que se conforme con la dignidad humana en armonía con la Ley Natural y con los designios de Dios expresados en la **Revelación**. . . Si el futuro ha de pertenecer a la Democracia, parte esencial de sus conquistas habrá de pertenecer a la Religión de Cristo y a la Iglesia, mensajera de la palabra de nuestro Redentor y continuadora de su misión de salvar a los hombres. Porque Ella enseña y defiende las verdades sobrenaturales y comunica los auxilios **sobrenaturales** de la gracia, en el sentido de realizar el **Orden** divinamente establecido, de los seres y de los fines, que es el **ÉL FUNDAMENTO ULTIMO Y LA NORMA DIRECTIVA DE TODA DEMOCRACIA**" (24-XII-44).

Fijémonos bien en estas últimas palabras: "el orden de los seres y de los fines".

En efecto, el **Orden** divinamente establecido, exige que el **ser** creado se subordine al Ser

Increado, conforme lo que dice el Doctor Angélico: "Por la misma razón que todos los seres dependen del primer Ser, así también todos los Señoríos o dominios dependen del primer Señor. Por este motivo dice el Filósofo que Dios, que es la Causa primera, se halla frente al universo como el Generalísimo al frente de su ejército, estando bajo sus órdenes todas las guarniciones o divisiones. Por eso el mismo Moisés llama a Dios 'Caudillo de su pueblo' (Ex 15,13). 'Por tu misericordia –dice- te has hecho el Caudillo del pueblo que redimiste'. Por consiguiente, todo dominio o potestad tiene su origen en Dios" (Opúsculo sobre el Reino).

En segundo lugar, el mismo Orden exige también que el fin inmediato-temporal se subordine al fin último-espiritual.

Escuchemos de nuevo la lógica férrea del Santo Doctor: "El fin de cada una de las cosas creadas está trazado por la acción del entendimiento divino que conocemos por el nombre de **Prudencia** divina, la cual dispone todas las cosas, encaminándolas a su debido fin.

De lo cual se desprende que cuanto más excelente sea el fin a que está ordenada una cosa, tanto más participa de la acción divina. Por lo tanto, el gobierno de cualquier comunidad o sociedad política, tanto si es monárquico como si no lo es, por lo mismo que se endereza a un fin nobilísimo (según demuestra el Filósofo en su Ética y en el libro de su Política) este mismo gobierno, poder, potestad o potencia (activa), implica dependencia respecto de la acción divina, a la cual están sujetos los gobiernos de los que ejercen dominio. El fin hacia el cual debe tender el rey por sí mismo y por sus súbditos es el fin de la Bienaventuranza eterna, que consiste en la visión de Dios. Y por lo mismo que esta visión es el bien perfectísimo, este bien perfectísimo debe mover o atraer los actos del rey y de cualquier gobernante, procurando que los súbditos puedan conseguirlo, de suerte que los reyes gobernarán bien, en la misma medida que obren en vista de alcanzar para sí mismos y para sus súbditos este bien prometido tanto al rey como a los súbditos". "Así queda de manifiesto –concluye Santo Tomás- cuán necesario es para cualquier Señor, y de un modo especial para el rey, el ser devoto y reverente para con Dios, para la misma conservación de su gobierno".

En una palabra: el fin de todo gobierno –y en consecuencia de la auténtica Democracia- es dar culto a Dios.

¡Dura es hoy esta palabra! ¿Y quién será capaz de comprenderla? ¡Pues para nosotros es una palabra tan dulcísima como evidente!

La verdadera Democracia no puede ignorar que el hombre ha sido **elevado** por Dios a un fin sobrenatural; que nace **caído en el pecado**; y que ha sido **redimido** por Cristo.

En consecuencia, el hombre necesita el remedio de la gracia santificante, no sólo para alcanzar su fin último, que es la salvación, sino incluso para cumplir la Ley Natural, vale decir, en otras palabras, no sólo para ser cristiano sino también para ser simplemente "**hombre**".

"La madurez moral del cristiano –decía Pío XII- jamás se lograría plena y seguramente si la luz de la gruta de Belén no iluminara la senda oscura que recorren los pueblos a través del presente borrascoso y rumbo a un porvenir que anhelan más sereno" (24-XII-44).

Más aún. Sin una **autoridad** real y eficaz no puede haber Democracia auténtica, pero "la dignidad de la autoridad política es la dignidad que proviene del compartir la Autoridad de

Dios. Ninguna forma particular de Estado puede prescindir de tan íntima e indisoluble conexión, **mucho menos la forma democrática**" (Pio XII, ib.).

La autoridad debe ser ejercitada en nombre de Dios y acatada por amor a Dios.

Y más. El fin de la Democracia (y de toda otra forma legítima de gobierno) es el **Bien común**; y como Dios es el Bien infinito, fuente de todo bien, resulta entonces que Dios es el Bien más común y el primero de todos los bienes, y, en consecuencia, sin Dios no puede haber Bien común ni bien de ninguna clase, ni tampoco tendría sentido hablar de Orden moral.

"El Bien común del todo –dice Santo Tomás- es el mismo Dios, en que está la felicidad de todos". Y también: "Todo lo que Dios quiere, lo quiere en razón del Bien común, que es su misma bondad, la cual es el bien de todo el universo" (1-2, q. 19 a. 10).

En conclusión, la verdadera Democracia debe entrar dentro del **Plan de Dios**, Creador, Redentor y Juez del mundo. Debe crear unas condiciones de vida tales, que todos los ciudadanos, despreocupados de los medios materiales de subsistencia, puedan dedicarse a la contemplación de la Verdad, a la práctica del Bien y a la fruición de la Belleza, que no son sino reflejos del Ser de Dios, Uno y Trino. Debe, en una palabra, reconocer y respetar el Derecho de Cristo, y –como dice Garrigou-Lagrange- "los Jefes de Estado serán juzgados por haber violado este Derecho imprescindible de Cristo Rey, o por haber querido permanecer neutrales" ("L'amour de Dieu et la Croix de Jesús").

Además del juicio particular, habrá un Juicio Universal. San Juan en su visión Apocalíptica (14,6-7) vio un ángel "que volaba por medio del cielo y tenía un evangelio eterno para pregonarlo a los moradores de la tierra y a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a grandes voces: Temed a Dios y dadle gloria, porque llegó la hora de su Juicio, y adorad al que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas".

De esta manera la Ciudad temporal será comienzo de la Ciudad eterna.

Y la libertad del hombre alcanzará toda su significación y trascendencia: dejar que Cristo reine, no sólo de derecho sino también de hecho, quitando todos los obstáculos a su suavísimo imperio.

La Democracia liberal es la divinización de la masa (llamada "pueblo"), el rechazo de la Realeza de Cristo y, por el contrario, el sometimiento al Despotismo de las fuerzas ocultas del Anticristo.

No, no nos cansaremos de repetirlo: no habrá nunca verdadera y estable libertad, justicia, paz, prosperidad y fraternidad sino en la obediencia a Cristo, Rey de las inteligencias, Rey de los corazones, Rey de las familias, Rey de las Sociedades y de las Naciones.

El reciente **Congreso Eucarístico Nacional**, que acabamos de celebrar, no debe quedar en un simple episodio espectacular, pronto perdido en un simple recuerdo o en un total olvido, sino que debe ser una toma de conciencia, un cambio de mentalidad y de vida, un propósito decidido de devolver a nuestro Rey Divino su corona y su cetro, "para que tenga la primacía sobre todas las cosas" (Ef 1,22)

No habrá **Reforma Social** sino por la Eucaristía, Sacramento del Amor, Pan de Vida para la

vida del mundo.

Hay que volver a la tradicional y piadosa costumbre de la **Entronización del Sagrado Corazón** en el hogar, fragua donde se forjarán los héroes para la Patria y los Santos para la Iglesia.

¡Legionarias y Legionarios! ¡Padres, seminaristas y hermanos de nuestro humilde e insignificante Instituto, que se gloría de llevar un título regio! Dios a nosotros –como diría San Pablo- nos ha asignado el último lugar, como a condenados a muerte, hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos (1 Cor 4,9.13).

Si proclamar la Realeza Social de Cristo a los cuatro vientos es, como dicen, "triunfalismo" ¡ah!, ¡entonces nosotros somos decididamente, apasionadamente, gozosamente triunfalistas!...

Celebraremos la Soberanía de Aquel que "despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, **TRIUNFANDO** de ellos en la Cruz" (Col 2,15), y daremos "gracias a Dios que nos hace **triunfar** en Cristo y por nosotros manifiesta en todo lugar el aroma de su conocimiento" (2 Cor 2,14), y cantaremos con todos los bienaventurados del cielo el interminable ¡ALELUYA!, grito de triunfo de los hijos del Reino. ¡Ven, Señor Jesús! ¡Aquél será nuestro "día", ¡oh feliz "día" !, ¡el "día" de la Liberación verdadera y definitiva!

"Al que nos ama

y nos ha absuelto de nuestros pecados

por la virtud de su sangre,

y nos ha hecho reyes y sacerdotes de Dios, su Padre,

¡a Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos!" (Ap 1,5-6).

(1984)

3 El Reino de Cristo

-I- Naturaleza del Reino

Cristo es Rey, en cuanto Dios y en cuanto Hombre. Por ser **Dios** es, naturalmente, el Dueño absoluto de todo, como dice el salmista: "El Señor ha establecido su trono en los cielos, su Reino domina todo el universo" (Sal 102,19).

Por ser Autor de todo, le corresponde, de derecho, toda Autoridad. En toda la Historia del Antiguo Testamento, el Señor es el único Rey.

En cuanto **Hombre**, Cristo también es Rey, por un triple título. Primero, en virtud de la Unión de la Naturaleza humana con la Persona del Verbo.

Segundo, porque ha reconquistado el mundo con su Redención. Tercero, porque nosotros lo hemos elegido libremente como Rey, en el Santo Bautismo.

El Mesías-Rey recibirá en herencia la Soberanía y el Poder de su Padre: "Yo te he constituido mi Rey sobre Sion, mi monte santo. Voy a promulgar un decreto del Señor. Él me ha dicho: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy. Pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra" (Sal 2,6-8). El ángel proclamará también su sagrada Realeza al anunciar a la Santísima Virgen: "El será grande, y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el Trono de David, su Padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre, y su Reino no tendrá fin" (Lc 1,32-33).

San Pablo no es menos explícito: "El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor... porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles. . . todo fue creado por El y para El. Él es antes que todo, y todo subsiste en El. Él es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia. Él es el Principio, el Primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas" (Col 1,13.16-18).

El mismo Cristo, en uno de los momentos más trascendentales y solemnes de la Historia, confiesa "la buena confesión" (1 Tim 6,13) públicamente ante Poncio Pilato: "¡Yo soy Rey, como tú lo dices!" (Jn 18,37).

La Soberanía de Cristo es absoluta: "Me ha sido dado todo poder, en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18).

El Reino de Dios constituye el **centro** de la predicación de Jesús.

Jesús llama al Evangelio, el "Evangelio del Reino" (Mt 24,14).

Y comienza su apostolado con estas palabras: "Cumplido es el tiempo, el Reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15).

Después de resucitado, durante cuarenta días se apareció a sus discípulos, "hablándoles del Reino de Dios" (Act 1,3).

Ahora bien ¿cuál es la **naturaleza de este Reino**? Porque Jesús dijo: "Mi Reino **no** es de este mundo" (Jn 18,36).

Lo cual significa que no es "como" los reinos del mundo, limitados en el espacio y en el tiempo, con fines materiales, y con fuerzas armadas.

El suyo es un Reino completamente distinto, aun estando en el mundo, que conviene conocer a fondo, para no caer en el engaño.

a) Características del Reino

Tres son las notas o características principales del Reino de Cristo: es espiritual, escatológico y universal.

Espiritual

Vale decir, religioso o salvífico. Reino sacerdotal o Sacerdocio real (cfr. I Pe 2,9). No hay salvación fuera de este Reino.

"Espiritual" se opone aquí, no a temporal sino a "político". "El Reino de Dios no viene con ostentación, porque está dentro de vosotros" (Lc 17,20-21). ¡Esta fue la gran sorpresa, la gran decepción, el gran escándalo que sufrieron los judíos!

Esperaban un Mesías "nacionalista", que liberara a Israel de la dominación extranjera, y le otorgara, al mismo tiempo, una preponderancia militar y técnica ante las demás naciones de la tierra.

Son significativas, al respecto, las tres acusaciones falsas de los judíos contra Jesús el Viernes Santo, recogidas por San Lucas, las tres de marcado tinte político, especialmente la última, que, seguramente para amedrentar a Pilato, la dejaron para el final: "Hemos encontrado a éste pervirtiendo a nuestro pueblo, prohíbe pagar tributo al César, y dice que es el Mesías-Rey" (Lc 23,2).

¡Todo lo contrario! Jesús se sacrificó día y noche por su pueblo: mandó a Pedro que pagase el tributo al César; y, después de la primera multiplicación de los panes en el desierto "conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle Rey, se retiró otra vez al monte El solo" (Jn 6,15).

¡Porque su Realeza era muy distinta de la que ellos imaginaban! "Si mi Reino fuera de este mundo, -dijo Jesús a Pilato- mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí" (Jn 18,36).

Pero más curioso y sorprendente aún es constatar la mentalidad política de los mismos discípulos, hasta la venida del Espíritu Santo.

Santiago y Juan van a pedir los dos primeros puestos en el Reino... Al enterarse sus compañeros" se enojaron contra ellos". Jesús, llamándolos a sí, les dijo: "Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones las subyugan, y que los grandes imperan sobre ellas. **No ha de ser así entre vosotros**. Al contrario, el que entre vosotros quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo" (Mt 20,20-21.24-27).

En otra ocasión, al pasar por Samaria, los dos hermanos se indignan porque los samaritanos, no quieren recibir a Jesús y le dicen: "¡Maestro!, ¿quieres que hagamos descender fuego del cielo y los abrase a todos? Cristo les respondió: ¡No sabéis de qué espíritu sois!" (cfr. Lc 9,54-55).

Pedro, en Getsemaní, creyendo realizar una hazaña digna del mayor elogio, saca la espada, y corta la oreja a Malco. Reacción inmediata de Jesús: "Vuelve tu espada a su lugar, pues quien toma espada, a espada morirá. ¿O crees que no puedo rogar a mi Padre, quien pondría a mi disposición enseguida más de doce legiones de ángeles?" (Mt 26,52-53).

Los discípulos de Emaús, tristes y pesimistas por lo ocurrido en la Pasión, comentan durante el camino: " ¡Nosotros esperábamos que sería El quien rescataría a Israel!" (Lc 24,21).

Lo mismo le preguntan los discípulos cierto día después de Pascua: "Señor: ¿es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel?" Pero Jesús les respondió: "Recibiréis el poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra" (Act 1,6-8).

¡Qué mentalidad tan "carnal" y tan poco espiritual! ¡Y qué cortos de inteligencia para entender las Escrituras y al mismo Cristo!

Nótese, para evitar conclusiones equivocadas, que el hecho de que el Reino de Cristo sea espiritual y no político, no significa de ningún modo que no pueda, y no deba, influir en el campo de la política, así como en todo el Orden temporal.

Sería una contradicción, al mismo tiempo que un pecado de omisión, que los cristianos hiciesen un paréntesis al actuar en política.

Oigamos al mismo Cristo: "A todo el que me negare delante de los hombres, Yo le negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos" (Mt 10,33).

Cristo, que calló muchas veces y se dejó crucificar, también enfrentó a los escribas y fariseos, respondió con valentía ante el Sanedrín y Pilato, y expulsó con un látigo a los profanadores del Templo. ¡Era pacífico, no pacifista! Fue siempre el celo por la gloria de su Padre, el que le impulsó a obrar, de una u otra forma.

El cristiano, a ejemplo de Cristo, tiene un **espíritu** y un **estilo** o modo de actuar. Se trata, en primer lugar, de llenarse del espíritu de Cristo, y después actuar movido por ese mismo espíritu, y no por la pasión o por criterios meramente humanos.

Se trata de re-cristianizar la política, y no de politizar el cristianismo. Se trata, en una palabra, de "consagrar el mundo", y, por consiguiente, todo el Orden temporal.

En segundo lugar, hay que considerar el modo de actuar, que es diferente, según se trate de la

Jerarquía de la Iglesia o del laicado.

A los **obispos** y **sacerdotes** no les está permitido (salvo rarísimas excepciones, y con las condiciones impuestas por la misma Iglesia), actuar directamente en política, sino **indirectamente**, mediante las funciones que les son propias, de enseñar, gobernar y santificar.

Los laicos, sí que pueden, y aún deben, especialmente aquellos que han recibido una "vocación política" (cfr. "Gaudium et spes", c. 4).

Hecha esta puntualización, necesaria por tratarse de un tema tan delicado, importante y con frecuencia mal entendido, sigamos analizando las notas del Reino de Cristo.

Escatológico

El Reino es de carácter escatológico. Comienza en el tiempo, pero se consume en la eternidad. Ni comienza tan sólo al fin de los siglos, ni termina aquí en la tierra. Los ángeles, el mismo día de la Ascensión, anuncian ya la segunda y última venida de Cristo al mundo: "Hombres de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado de entre vosotros al cielo, vendrá como lo habéis visto ir al cielo" (Act 1,11).

¡Sí! **¡Cristo vuelve!** ¡Esta es la gran Noticia!

En el Reino hay una **tensión** escatológica, que es precisamente la que da sentido a la Historia, precipitándola hacia su consumación y fin.

"El Reino de los cielos está en tensión, y los esforzados lo arrebatan" (Mt 11,12), dice Jesús. La idea del Juicio final y del fin del mundo es una "constante" en la predicación de Cristo y de los Apóstoles.

Oigamos, por ejemplo, al Apóstol San Pedro: "Vendrá el día del Señor como un ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos abrasados se disolverán, y asimismo la tierra, con las obras que hay en ella" (2 Pe 3,10).

El Apocalipsis de San Juan nos advierte "sobre las cosas que han de suceder pronto" (1,1).

Y Jesús en su estupendo sermón escatológico (Mt 24-25) nos habla de las señales de su venida, de la ""gran tribulación, cual no hubo desde el principio del mundo hasta ahora" (Mt 24,21), de la resurrección de los cuerpos y del Juicio final, después del cual los condenados "irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (Mt 25,46) ¿Cuándo sucederá todo esto? Cristo no lo quiso revelar (Mt 24,36), seguramente para que estemos siempre alerta.

Sin embargo, tenemos un dato sumamente interesante: "Si no se acortasen aquellos días (de la gran tribulación), nadie se salvaría; más por amor de los elegidos, se acortarán aquellos días" (Mt 24,22).

El mundo acabará cuando se complete el número de los predestinados o elegidos.

Y el número de los elegidos se completará cuando "será predicado el Evangelio del Reino en

todo el mundo, como testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin" (Mt 24,14).

De lo cual se deduce que el mundo y la Historia no tienen para Dios otro sentido, en definitiva, que producir Santos. Una vez que el mundo y la Historia no produzcan más Santos, no tendrán más razón de ser. y se acabarán para siempre, dando comienzo la Vida eterna. El fin del llamado Progreso será: Cielo o Infierno.

El cristiano tiene que vivir de esperanza, tensa y vigilante, con la lámpara de la fe en sus manos y ceñido con la mortificación de los sentidos, para cuando vuelva el Esposo (Lc 12,35). "¡Velad, pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor!" (Mt 24,42).

Esta es la razón por la que el cristiano tiene que irse desprendiendo de la codicia de las cosas de este mundo, según nos amonesta el Apóstol: "Digo, pues, hermanos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen; los que lloran como si no llorasen; los que se alegran como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque pasa la apariencia de este mundo. Yo os querría libres de cuidados" (1 Cor 7,29-32).

Universal

El Reino de Dios no se circunscribe a Israel, como creían los judíos.

Dios llama a todos los hombres a entrar en su Reino sin distinción de razas, nacionalidades ni culturas.

El mensaje de Jesús está clarísimo: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación" (Mc 16,15).

Y también: "Tengo otras ovejas que no son de este aprisco; esas también tengo yo que recoger, y oirán mi voz, y vendrá a ser un solo rebaño y un solo pastor" (Jn 10,16).

San Pedro, después de la visión que tuvo en Joppe (Act 10,9-16), dice a los reunidos en casa del centurión Cornelio: "Ahora reconozco que no hay en Dios acepción de personas, sino que, en toda nación, el que teme a Dios y practica la justicia, le es acepto" (Act 10,34-35).

El Espíritu Santo descendió también sobre los gentiles, causando tanto el asombro de los judíos allí presentes como indignación entre los Apóstoles.

Pedro les contó lo que les había ocurrido, y añadió: "Si Dios les había (a los gentiles) otorgado igual don que a nosotros, que creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios? Al oír estas cosas callaron y glorificaron a Dios diciendo: Luego Dios ha concedido también a los gentiles la penitencia para la vida" (Act 11,17- 18).

San Pablo insistirá más aún en la universalidad del Reino: "¿Acaso Dios es sólo Dios de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles?" (Rom 3,29).

Lo importante -dice- es ser hijos de Abraham "según el espíritu, no según la carne" (Rom

8,4).

Lo que salva no es la Ley de Moisés por sí misma, sino la fe en el Mesías prometido.

Todos somos pecadores, tanto judíos como gentiles, y necesitamos ser salvados por Jesucristo: "El fin de la ley es Cristo, para la justificación de todo el que cree" (Rom 10,4).

Dios llama a todos... aunque lamentablemente ¡muchos no responden! "No todo el que dice: ¡Señor! ¡Señor!, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos" (Mt 7,21).

En el Reino todos son uno: "Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.

Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si todos sois de Cristo, luego sois descendencia de Abraham, herederos según la Promesa" (Gál 3,26-29).

b) Condiciones

Meditemos ahora sobre las condiciones para entrar o pertenecer al Reino: ¿Cuál es la puerta de entrada?

Cristo nos dice que la puerta es estrecha: "Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. Qué estrecha es la puerta y qué angosta es la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella" (Mt 7,13-14).

Dogma

La puerta es la virtud sobrenatural de la **fe**, infundida en el Santo Bautismo. La palabra de Jesús es terminante: "El que creyere y fuere bautizado, se salvará; más el que no creyere se condenará" (Mc 16,16).

El Reino está lleno de **Misterios** (Mt 13,11), y sólo la fe puede conocerlos, aunque no comprenderlos.

Se trata de una fe viva, es decir, informada por la gracia santificante y fecunda en obras: "La fe que actúa por la caridad" (Gál 5,6).

No basta, pues, tener fe, si está muerta por el pecado. No es suficiente "creer", como dicen los protestantes, sino que hay que obrar conforme a lo que se cree. "¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a uno decir: 'Yo tengo fe', si no tienes obras? ¿Podrá salvarle la fe?" (Sant 2,14).

Pero como la fe está por encima de la razón, y el acto de fe exige el sacrificio de la inteligencia y de la voluntad libre, de ahí que la **humildad** sea también condición y signo de pertenencia al Reino.

Por este motivo, preguntando en cierta ocasión a Jesús los discípulos: "¿Quién será el más

grande en el Reino de los cielos? El, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os volviereis y os hiciereis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ese será el más grande en el Reino de los cielos" (Mt 18,1-4).

La humildad y la mansedumbre (que es el brillo de la humildad) son precisamente las dos virtudes señaladas por Jesús como "distintivo" de aquellos que, de verdad, pertenecen al Reino, como El mismo lo dijo: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29).

Como consecuencia del pecado original y de los pecados personales existen en nosotros "**fuerzas negativas**", contrarias al espíritu de Cristo, que hay que combatir continuamente.

Cristo es tan explícito como exigente: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz, y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida la perderá; pero quien perdiere su vida por amor a Mí la salvará" (Lc 9,23-24).

Más explícitamente aún: "Si alguno viene a Mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo" (Lc 14,26).

Y más. "Si tu mano o pie te escandaliza, córtatelo y échalo de ti, que mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que con manos o pies ser arrojado al fuego eterno" (Mt 18,8).

Como dice muy bien el catecismo tradicional: "La señal del cristiano es la Santa Cruz".

El Reino comprende un **Dogma**, una **Moral** y un **Culto**. En otras palabras: unas Verdades a creer, unos Preceptos a practicar, y un Sacrificio a ofrecer.

* Las **Verdades** a creer son los Misterios de nuestra fe, contenidos en el Depósito de la Revelación (Sagrada Escritura y Tradición), conservadas e interpretadas por el Magisterio infalible de la Iglesia.

Moral

* En el Sermón de la montaña encontramos la quinta esencia de la **Moral** cristiana.

Las bienaventuranzas constituyen la "carta magna" del verdadero cristianismo.

Nótese que Cristo no vino a promulgar los mandamientos, puesto que lo estaban, hacia siglos, por medio de Moisés. Vino a predicar los consejos evangélicos, que presuponen y perfeccionan los Mandamientos.

La Ley de Moisés fue abolida por Cristo, en cuanto a la parte jurídica y cultural, pero no respecto de la Moral, compendiada en los diez mandamientos (cfr. Ex 20), aunque sí perfeccionada, como El mismo dijo: "No penséis que he venido a abrogar la Ley o los

Profetas: no he venido a abrogarla sino a consumarla" (Mt 5,17).

La Ley del Reino es la **Ley Nueva**, muy superior a la Antigua. Esta diferencia es significada muchas veces por Jesús con aquella típica expresión: "Habéis oído que se dijo... pero Yo os digo" (Mt 5).

La clave, la síntesis, la plenitud de la Ley es el amor.

Jesús dijo: "**En esto** conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros" (Jn 13,35). "Esto os mando: que os amáis los unos a los otros" (Jn 15,17), "como Yo os he amado" (Jn 13,34).

Es el "Mandamiento nuevo" del Reino. ¡Tomemos conciencia de que se trata de un "mandato"! ¿Y cómo tenemos que amarnos?

Fijémonos en las palabras de Cristo: "¡Como Yo!" ¡Aquí está la "**novedad**" del amor cristiano!

Ese amor de Cristo es característico y único. Es **sobrenatural**, no meramente natural o humano.

Es caridad, virtud teologal, infundida por el Espíritu Santo, juntamente con la gracia santificante, las virtudes y los dones.

La misma fe y la esperanza no aprovechan nada sin la caridad. Es **universal**, sin acepción de personas, ¡incluyendo aun a los enemigos! "Habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero Yo os digo, amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen; pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto también los gentiles?" (Mt 5,43-44.46-47).

Es **amor** total, no sólo de palabra, sino de obras, hasta el sacrificio y la misma muerte, si es preciso.

"Nadie tiene amor mayor que este de dar la vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Jesús no "calculó". . . se entregó sin restricciones hasta dejarse matar por nosotros en la cruz. ¡Una locura de amor! ¡El amor es fiel, constante, enemigo de los "términos medios"!

San Juan comienza el relato de la Sagrada Pasión con estas palabras: "Antes de la fiesta de Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn 13,1).

¡Así es el amor en el Reino! San Pablo, en aquel maravilloso himno al amor (1 Cor 13) que envió a los cristianos de Corinto, termina diciendo lapidariamente: "Si no tengo caridad, no soy nada" (13,2).

Cristo no nos dejó ninguna "definición" metafísica del amor. Nos lo enseñó con hechos.

Cuando falta el amor, la Ley no tiene sentido, la cruz se hace inaguantable, el hombre se convierte en una fiera, peor todavía, ¡en un demonio! Santa Teresa define precisamente al demonio como "el que no puede amar".

¡Eso es el Infierno: ¡Un vacío de amor! ¡Y eso es el pecado mortal!

El **amor** se demuestra, sobre todo, en las **obras**. El amor a Dios se demuestra en el cumplimiento de su Santísima Voluntad, conforme a las palabras de Jesús: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada" (Jn 14,23).

Cuando la caridad llega a su plenitud, se llama **SANTIDAD**.

La santidad es "perfección moral sobrenatural". Consiste prácticamente en el equilibrio y la armonía de todas las virtudes, perfeccionadas, a su vez, por los dones del Espíritu Santo. Un Santo es "canonizable" cuando ha practicado todas las virtudes, especialmente las opuestas, y en grado heroico.

A la práctica de las virtudes están ordenados los **preceptos** y los **consejos**. De ahí que la santidad consiste esencialmente en la práctica de los preceptos, e instrumentalmente en la práctica de los consejos.

El primero y mayor mandamiento es el Amor a Dios. El segundo, consecuencia del primero, es el amor al prójimo. Todos los demás están virtualmente contenidos en estos dos.

Y como los preceptos son para todos, por eso todos los hombres, según su condición y estado, están llamados a la santidad.

Los consejos evangélicos, como su mismo nombre indica, no son preceptos, pero ayudan mucho a todos para alcanzar la santidad, en cuanto que remueven los obstáculos que impiden el ejercicio fácil de la caridad, aunque no se opongan totalmente a ella.

Los consejos evangélicos se pueden practicar con voto (como en la vida religiosa) o sin voto, pero con el mismo espíritu (como es el caso de los laicos, aun casados).

Jesús hizo hincapié en los tres consejos de **pobreza, castidad y obediencia**, porque estas tres virtudes son respectivamente las que se oponen diametralmente a las tres concupiscencias: la codicia de riquezas, la codicia de placeres y la codicia de la propia excelencia.

Además de los consejos evangélicos, hay otros muchos **consejos particulares** o privados, que son ciertas **inspiraciones** del Espíritu Santo, por medio de las cuales el alma es movida libremente a practicar lo que más agrada a Dios, es decir, lo más perfecto.

La infidelidad a estos consejos (como a los consejos evangélicos) sin constituir propiamente un pecado, sin embargo, impediría, en mayor o menor medida, el logro de la santidad.

En el Reino todos están invitados a escalar las altas cumbres de la perfección evangélica, hasta llegar a la contemplación mística, la "cima del monte", donde están la "nube" y el "fuego" (Ex 24,16-17).

Culto

* Además del Dogma y de la Moral, el Reino comprende un **Culto**. El culto es el ejercicio de la virtud de Religión.

Puede ser **privado o público.**

El culto privado consiste en el ofrecimiento de toda nuestra vida y de cada uno de nuestros actos a Dios, por Jesucristo nuestro Señor, según la palabra del Apóstol San Pablo: "Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; este es vuestro culto racional" (Rom 12,1).

El culto público se llama **Liturgia**, "cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" ("Sacrosanctum Concilium", 10).

La Liturgia es el culto oficial que la Iglesia ofrece constantemente a la Santísima Trinidad, junto con Cristo-Cabeza.

Comprende: el Santo Sacrificio de la Misa, los Sacramentos y sacramentales, el Oficio Divino y demás oraciones litúrgicas.

El cristiano tiene que vivir la Liturgia, así como el celebrante tiene que ejercerla con toda dignidad y decoro.

La Liturgia y la piedad personal se suponen y ayudan mutuamente. Ambas son necesarias.

En la Liturgia resplandece sobremanera la belleza de la Iglesia, el alma se llena de gozo espiritual y se eleva a la contemplación, las pasiones se sosiegan, los hermanos se unen, y Dios se hace presente de modo inefable.

c) La Iglesia

El Reino de Dios se estructura en la Iglesia, Una, Santa, católica, Apostólica y Romana, fundada por N. S. Jesucristo.

La Iglesia "recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de instaurarlo en todo el mundo, y constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino.

Ella en tanto, mientras va creciendo poco a poco, anhela el Reino consumado y espera con todas sus fuerzas y desea ardientemente unirse con su Rey en la gloria" ("Lumen Gentium, 5").

Ella ha sido fundada sobre la roca de Pedro y nadie más que Ella ha recibido de su Divino Rey las llaves del Reino (Mt 16,18-19).

Ella sola tiene palabras de vida eterna y goza de la asistencia continua del Espíritu Santo.

La Iglesia es la guardiana del Depósito de la Divina Revelación.

La Sagrada Eucaristía y la Sagrada Escritura son las "dos mesas colocadas a uno y otro lado en el Tesoro de la Santa Iglesia" ("Imitación de Cristo IV, 11").

Felices aquellos que se acercan todos los días a este soberano banquete con hambre y con sed

"¡Comed, amigos, y bebed, queridos, embriagaos!" (Cant 5,1).

En bellísimas **parábolas** nos va describiendo el Señor el Reino de los cielos.

La Iglesia, en fin, tiene por misión "consagrar" el mundo, es decir, convertirlo y re-cristianizarlo, de modo que se salve y glorifique a Dios, Uno y Trino, por Jesucristo.

¡Qué sería del mundo sin la Iglesia! ¡Qué sería del mundo sin sacerdocio! ¡Qué sería del mundo sin Cristo!

c) Los Enemigos del Reino

No basta pertenecer al Reino en cuanto al "cuerpo", sino también en cuanto al "alma". En otras palabras, no basta creer en Cristo "teóricamente", sino que hay que vivir conforme a la Ley de Cristo.

Por eso, el obstáculo fundamental para pertenecer al Reino es el **pecado**.

Oigamos a San Pablo: " ¿No sabéis que los injustos no poseerán el Reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el Reino de Dios" (1 Cor 6,9-10).

El **orgullo** es la raíz de todos los pecados, el distintivo de los falsos doctores, y la causa de la condenación eterna. ¡Producen espanto las diatribas que Cristo lanza contra los escribas y fariseos! "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los cielos! ¡Ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que querrían entrar! ¿Cómo escaparéis al juicio de la gehena?" (Mt 23,13.33).

Y en otro lugar, dice también Jesús: "¡Los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores!" (Mt 8,12).

¡El principal enemigo lo llevamos dentro!

Son las pasiones desordenadas. Por lo cual, repitámoslo una vez más, es absolutamente necesaria la lucha ascética, hasta matar la sensualidad y el orgullo en todas sus innumerables, groseras o sutiles, manifestaciones.

Sólo así alcanzaremos la verdadera **libertad**, que nos conquistó Cristo con su gracia (Gál 5,1).

La verdadera libertad es un distintivo del Reino, la libertad de los hijos de Dios (Rom 8,21).

Otro enemigo implacable, además de la "carne", es el "**mundo**". Entendemos aquí por "mundo", todo ese ambiente de mentira, corrupción y esclavitud en que viven las gentes, completamente olvidadas de Dios.

El Apóstol San Juan lo describió muy bien cuando dijo: "Todo lo que hay en el mundo: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida" (1 Jn 2,16). He

ahí sus notas características: codicia de placeres, de riquezas y de vanos honores.

El mundo, en este sentido, es diametralmente opuesto al espíritu de Cristo.

"Si el mundo os aborrece -dice Jesús a sus discípulos-, sabed que me aborreció a Mi antes que a vosotros" (Jn 15,18).

¿Por qué le aborreció? Responde el Señor: "Porque doy testimonio contra él de que sus obras son malas" (Jn 7,7). ¡Sí, sus obras son malas! ¡Los Apóstoles no son menos explícitos!

Oigamos a San Juan: "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre" (1 Jn 2,15).

Y Santiago: "¡Adúlteros! ¿No sabéis que el amor del mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios" (Sant 4,4).

Y San Pablo: "El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gál 6,14).

¡El mundo lo llevamos dentro, aun sin darnos, a veces, cuenta! Por eso San Ignacio hace pedir al ejercitante "conocimiento del mundo, para que, aborreciéndolo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas" (Ejer. Nº 63).

Todos los Santos chocaron con el mundo... ¿y nosotros no queremos ni siquiera distinguirnos de él? Santa Teresa se refiere con frecuencia a otro "mundo": el mundo clerical y religioso, ¡que, desgraciadamente, también existe!

Porque el mundo no respeta nada, y se infiltra por todas partes, incluso en las almas consagradas, sobre todo hoy día. "sal vuelta sosa -diría Jesús- que no sirve ya sino para tirarla y ser pisoteada por los hombres" (Mt 5,13).

Un **abuso** y un engaño muy corriente de los tiempos modernos, tan cómodo como sutil, es llamar "adaptación", "integración", o "encarnación" a lo que, simple y llanamente, no es otra cosa que "mundanización", desacralización y relajación.

La Iglesia es el fermento que tiene que transformar el mundo por medio del misterio de la Cruz.

El Reino y el mundo estarán siempre en perpetua enemistad.

Jesús en la oración sacerdotal reza así al Padre: "Yo ruego por ellos (los discípulos); no ruego por el mundo, sino por los que Tú me diste. . . Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no eran del mundo, como Yo no soy del mundo" (Jn 17,9.14).

"No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal" (Jn 17,15).

Pero Jesús nos asegura: "En el mundo habéis de tener tribulación; pero confiad, ¡Yo he vencido al mundo!" (Jn 16,33).

El mundo es precisamente el reino del **demonio**. He aquí nuestro tercer enemigo.

Cristo lo llama "príncipe de este mundo" (Jn 12,31), y San Pablo "el dios de este mundo" (2 Cor 4,4), y San Juan dice que "extravía a toda la redondez de la tierra (Ap 12,9).

San Ignacio, en la célebre meditación de las Dos Banderas (Nº 136) nos presenta toda la Historia de la Salvación como una tensión dialéctica entre los dos Reinos: el de Cristo, "sumo Capitán General de los buenos" y el de Lucifer, "el caudillo de los enemigos".

Cuando Cristo permitió al diablo que lo "tentara" en el desierto, Lucifer "llevándole a una altura, le mostró desde allí, en un instante, todos los reinos del mundo, y le dijo el diablo: todo este poder y su gloria te daré pues **a mí me ha sido entregado**, y a quien quiero se lo doy; si, pues, te postras delante de mí, **todo será tuyo**"... ((Lc 4,5-7).

El espíritu del mal, reina en el hombre vencido del pecado. Sus armas son del todos conocidas: sexo, dinero, ambición de poder... Existe un Anticristo, un "Misterio de iniquidad", que "está ya en acción" (2 Tes 2,7) desde la caída de Adán, y que aumentará su furor a medida que se acerca el fin de los tiempos.

El demonio hace "todo género de milagros, señales y prodigios engañosos y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición por no haber recibido el amor de la verdad, que los salvaría" (2 Tes 2,9-10).

Uno de los signos de la venida del Mesías es precisamente el choque violento con Satanás, como dice Jesús:

"Si yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt 12,28).

Nótese que en el Reino coexisten el bien y el mal, la luz y las tinieblas, el trigo y la cizaña, hasta que al final se haga la separación definitiva.

"El diablo, que los extraviaba (a los cristianos) será arrojado en el estanque de fuego y azufre, donde están también la Bestia y el falso Profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (Ap 20,10).

Esta es la razón por la cual es necesario mucho **discernimiento,** y pedir, como nos enseña San Ignacio, "conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para guardarme de ellos; y conocimiento de la vida verdadera que enseña el sumo y verdadero Capitán, y gracia para imitarle" (Nº 139).

¡La victoria de Cristo Rey está asegurada!

Al fin de los tiempos "se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida" (2 Tes 2,8).

La Iglesia saldrá triunfante del "buen combate" (2 Tim 4,7), y "las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt 16,18).

El Reino de Cristo se consumará en la gloria, en donde resonará eternamente el aleluya de los Santos.

"¡Aleluya!, porque ha establecido su Reino el Señor, Dios todopoderoso, ¡alegrémonos y regocijémonos!" (Ap 19,6-7). "Y oyéronse en el cielo grandes voces que decían: ¡Ya llegó el Reino de nuestro Dios y de su Cristo sobre el mundo y reinará por los siglos de los siglos!" (Ap 11,15).

Para entrar en el Cielo, consumación del Reino, hay que luchar sin tregua ni descanso contra las fuerzas ocultas del mal, porque "por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el Reino de Dios" (Act 14,22).

e) Una Sociedad nueva

Cristo Rey vino a inaugurar una nueva Sociedad, compuesta de "hombres nuevos", que, abandonando su antigua conducta y despojados del "hombre viejo", ven las cosas con una mentalidad nueva (cfr. Ef 4,22.24).

El Evangelio es el "vino nuevo" (Lc 5,37) que se bebe en el Reino. El judaísmo es el odre viejo.

Se trata, no de restaurar sino de **instaurar** todo en Cristo. ¡El Orden nuevo exige hombres nuevos!

"El Catolicismo se apoderó del hombre en su cuerpo, en sus sentidos y en su alma. Los teólogos dogmáticos le enseñaron lo que había de creer, los morales lo que había de obrar, y los místicos remontándose sobre todos, le enseñaron a levantarse a lo alto en las alas de la oración, esa escala de Jacob de piedras abrillantadas, por donde baja Dios hasta la tierra y sube el hombre hasta el cielo, hasta confundirse cielo y tierra, Dios y hombre, abrasados todos juntamente en el incendio de un amor infinito" (Donoso Cortés, "Ensayo").

Esta fue precisamente la misión de Juan el Bautista: "preparar al Señor un pueblo perfecto" (Lc 1,17).

Cristo vino a hacer una verdadera y dichosa Revolución (si me es permitida esta palabra) echando por tierra los ídolos del paganismo, predicando una doctrina nunca oída, provocando el entusiasmo de unos y el odio de otros.

Los milagros de Jesús eran un signo de que una nueva creación había comenzado. ¿Acaso no fue una revolución espiritual llamar "bienaventurados" a los pobres, a los puros, a los afligidos, a los que creen sin entender, a los perseguidos por el Reino de los cielos, a los que cargan cada día con su cruz, a los que desprecian esta vida por alcanzar la eterna? ¡Esta es la sabiduría que el mundo llama "locura", porque no la puede ni siquiera entender, pues "el hombre animal -dice San Pablo- no puede percibir las cosas del Espíritu de Dios" (1 Cor 2,14)!

Por eso, el mundo judaico, por un lado, y el mundo grecorromano, por otro, advirtiendo el carácter "revolucionario" del Evangelio, se escandalizaron y arremetieron furiosos contra Jesucristo, hasta clavarlo en una cruz. Cristo vino así a dividir al mundo en dos partes, como El mismo dijo: "El que no está conmigo, está contra Mi" (Mt 12,30).

La Reforma de Jesús va a la raíz misma de la sociedad: el corazón del hombre.

Es así como el mundo, al mismo tiempo que busca y merece la felicidad eterna, alcanza la felicidad temporal.

Pentecostés marcará el final del Orden antiguo y el comienzo del nuevo: la **Civilización Cristiana**.

Los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, "comenzaron a hablar en lenguas extrañas" (Act 2,4).

¡Y tan extrañas! "¿Qué quiere decir esto?, decían unos fuera de sí y perplejos. Y otros, burlándose, decían: ¡Están cargados de vino!" (Act 2,12-13)

¡El mundo no podía naturalmente entender ese nuevo lenguaje! ¡El Reino está ya en marcha!...

***Los primeros cristianos** fueron los primeros en poner en práctica la Doctrina de Cristo.

¡Ellos nos dan un colosal ejemplo, al mismo tiempo que, tal vez, nos hacen sonrojar de vergüenza!

¡Qué fervor, qué entrega, qué entusiasmo, el de la primera comunidad cristiana!

Cinco rasgos característicos hacen resaltar el texto sagrado:

Fidelidad a la Doctrina de la fe: "Eran asiduos a la enseñanza de los Apóstoles" (Act 2,42).

Intensa vida espiritual y litúrgica: "Eran asiduos en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (Act 2,42), y "diariamente acudían unánimes al Templo" (Act 2,46).

Espíritu de pobreza: "Ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común. . . No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los Apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad" (Act 4,32.34-35).

Valentía y paciencia frente a las persecuciones: "Los Apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús" y "hablaban la palabra de Dios con libertad" (Act 4,33.31).

Enseguida empezaron las persecuciones, primero por parte del Sanedrín, y después por parte de los emperadores romanos.

San Esteban será el primer mártir del Reino. Murió apedreado. Más tarde les llegará el turno a los Apóstoles y a innumerables discípulos, que fecundaron la Iglesia con su bendita sangre.

¡Qué formidable el testimonio de los mártires!

Estrecha unión de mente y corazón: "Todos los que creían vivían unidos. . . " (Act 2,44), "la muchedumbre de los que habían creído tenían un corazón y una sola alma" (Act 4,32), "partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón" (Act 2,46).

La unión fue el principal distintivo de los primeros cristianos.

Una sola pregunta: ¿Somos los cristianos de hoy aquéllos cristianos de ayer?...

-II-Realeza Social

Hablar hoy de la "Realeza Social de Cristo" podrá parecer a muchos una extravagancia, un escándalo o una locura... Como diría Santa Teresa: ¡no se usa ya este lenguaje!

Y, sin embargo, se trata de una de las Verdades reveladas más grandiosas, más bellas, y de una actualidad impresionante.

Precisamente su rechazo u olvido constituye en el fondo, la causa de todos los males y desventuras que padece el mundo moderno. ¡Qué bien lo sabe el Maligno!

Si hay algo que inquieta y enfurece al demonio es naturalmente la Realeza Social de Cristo.

¿No le mostró al Señor en el desierto "todos los reinos del mundo", diciéndole: "Todo este poder y su gloria te daré, pues a mí me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy; si, pues, te postras delante de mí, todo será tuyo?" (Lc 4,5-7)

¡Cristo y Satanás, los eternos rivales, frente a frente, disputándose el mundo! ¡Oh misterio de la condescendencia divina y de la soberbia del ángel de las tinieblas! ¡Escena verdaderamente dramática, que nos da la única clave para descubrir el sentido profundo de la Historia!

No ignora el Príncipe de este mundo que, dominando las estructuras, copando los puestos de mayor responsabilidad, inspirando las leyes, aunando fuerzas, provocando oportunos cambios, negociando con la pornografía, con la mala doctrina y con el dinero, tratando de infiltrarse en los medios de comunicación social manejando los hilos de la política internacional, es como ha logrado "crear el ambiente" propicio para llevar a cabo sus planes, e irse ganando así a los hombres y a las instituciones.

Podríamos hacernos unas cuantas preguntas, nada más...

- ¿El mundo moderno cuenta para algo con la Ley de Dios y de la Iglesia?

- ¿Quién se preocupa de defender los Derechos Divinos?

- ¿Cuántas Naciones reconocen teóricamente y acatan de hecho la Soberanía universal de Cristo?

- ¿Qué lugar ocupa Cristo Rey en la Organización de las Naciones Unidas?

- ¿Qué representatividad e influencia real tenemos los católicos en la sociedad moderna?

¡Cuánto queda por hacer, en este sentido! ¡Tanto como hay de inconsciencia y apatía entre los buenos!

Por eso, alcemos de nuevo, una y mil veces, la voz, mientras nos quede un poco de aliento... ¡aunque sea en el desierto!

Volvamos a los grandes principios. Pero saquemos todas las consecuencias...

¡No sea que Cristo, nuestro Divino Rey, como El mismo dijo, tenga que avergonzarse de nosotros el Día del Juicio, por no haberle confesado públicamente ante los hombres y ante las Naciones!

a) Algunos principios

El hombre es social, por naturaleza y por gracia. La naturaleza lo proyecta en la sociedad.

La gracia lo proyecta en la Iglesia.

Y, como Dios es el Autor, tanto de la naturaleza como de la gracia, de ahí que sea Dueño Absoluto, mediante la Autoridad civil y la Autoridad eclesiástica, lo mismo del Orden temporal que del Orden espiritual.

La fe es una fuerza expansiva con proyección social, que tiende a salir de su interioridad, a expresarse, a comunicarse y a manifestarse públicamente.

Tanto el Decálogo como el Evangelio contienen un Mensaje social.

Ni la Religión es un asunto meramente personal y privado, ni el bien común es un asunto meramente profano y temporal.

Dios no puede desentenderse de la política, porque no puede desentenderse del **hombre**, que tiene unas necesidades materiales y un fin temporal.

Tampoco la política puede desentenderse de Dios, porque no puede desentenderse del **hombre**, que tiene un destino sobrenatural y eterno.

Si Cristo no es Rey de las Sociedades, de los Estados y de las Naciones, quiere decir que su Realeza es limitada y, por consiguiente, no es Dios.

Pero si Cristo es Dios, entonces es Rey del Universo, y nada ni nadie puede escapar a su soberano imperio.

Su palabra es terminante: "Me ha sido dado **todo** poder, en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18).

El Papa León XIII saca la lógica conclusión: "Si a Cristo se le ha dado todo poder, síguese necesariamente que su imperio ha de ser supremo, absoluto, independiente de todo humano arbitrio, de tal manera que no haya otro igual ni semejante, y, habiéndosele dado en el cielo y en la tierra, uno y otro deben obedecerle sumisos" ("Annum sacrum").

Cristo tiene un **triple Derecho** a su Soberanía Absoluta: el de su nacimiento eterno, como Dios; el de la unión hipostática, como Hombre; y el de conquista, como Salvador.

b) Fundamentos

Todo su Poder se apoya en un **triple fundamento**: la Creación, la Encarnación y la Redención.

De ahí también nuestra **triple dependencia**, individual y socialmente hablando, como criaturas, como hijos y como pecadores.

La Creación

Cristo es Rey por ser Creador. Crear es un acto exclusivo de Dios, porque es producir **todo** el ser, lo cual exige una potencia infinita.

Dios hace todo por su Verbo: "Todas las cosas fueron hechas por El, y sin Él no se hizo nada" (Jn 1,3).

Todo ser, en cuanto es creado, es contingente, relativo y dependiente del SER Increado. No tiene razón de ser, sin una relación ontológica a la Causa Primera Incausada.

La Creación, es, pues, el origen y fundamento de todo derecho, de toda propiedad, de toda autoridad, de toda autonomía, y de todo poder.

Y de toda auténtica **libertad**.

Nótese bien. Dios no solamente respeta la libertad del hombre, sino que El mismo la crea, de tal manera que cuanto más libremente se someten los hombres, las familias y los poderes públicos a la Realeza de Cristo, más libres son, mayor es su soberanía, y más sagrado su título de nobleza. "Por la misma razón que todos los seres dependen del primer Ser, así también dependen del primer Señor todos los señoríos o dominios" (Sto. Tomás, "Sobre el Reino").

De la misma manera, todo ser creado depende del Ser Increado en cuanto a su subsistencia, en cuanto a su virtud o movimiento, y en cuanto a la tendencia a su respectivo fin (Sto. Tomás).

Cristo ejerce su supremo dominio sobre toda la Creación, mediante la **Conservación**, la **Providencia** y el **Gobierno** del mundo.

Ningún gobierno humano puede escapar al Gobierno Divino.

Los planes de los hombres entran, de una y otra forma, en el Plan de Dios. ¡Dios, al final, se sale siempre con la suya!

La Encarnación

Cristo es Rey por su nacimiento temporal. Es el "Heredero": "Pídeme -le dice el Padre- y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra" (Sal 2,8).

El Verbo asumió en la Encarnación **toda** la naturaleza humana, no una parte, y, por consiguiente, "asumió", de alguna manera, todo lo que es humano (excepto, naturalmente, el error y el pecado).

"El Verbo de Dios, hecho Él mismo carne, y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la Historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en Sí mismo" (Vaticano II).

Asumió todo el hacer del hombre, luego también **todo el Orden temporal,** purificándolo, elevándolo y perfeccionándolo.

El Misterio de la Encarnación es la Causa Ejemplar de la recristianización de la sociedad.

Cristo Rey nos ha comprometido seriamente a "consagrar el mundo".

Y así como el Verbo en la Encarnación deja integra la Humanidad de Cristo, más aún, la perfecciona y ennoblece, así también el espíritu de Cristo debe informar toda actividad social, sin quitarle nada de su legitima (aunque siempre relativa) autonomía, más aún, la reafirma, la protege y la ennoblece, como reflejo de la Autoridad divina.

Dios se hace Hombre para divinizar al hombre, señalándole su fin y dando sentido a su vida.

De la misma manera, la Encarnación confiere a toda actividad social un fin que la trasciende y un sentido mucho más profundo.

Es así como la edificación de la Ciudad terrena es, al mismo tiempo, el comienzo de la Ciudad celestial.

La Encarnación se prolonga en la **Iglesia**, Sacramento de salvación, en la que Cristo se hace presente y, de alguna manera, visible, entre los hombres.

La Iglesia existe para los hombres, por consiguiente, no puede desentenderse de todas sus necesidades, incluidas las materiales, razón por la cual no ha cesado de iluminar, advertir y estimular a las Sociedades y Estados con su maravillosa **Doctrina Social**, y no solamente con la Doctrina, sino con infinidad de **Obras Sociales**, particularmente en beneficio de los más necesitados, sin hablar de su acción cultural y educativa, de tal manera que ha sido siempre la primera promotora de la Civilización, como consecuencia y exigencia de su misión específicamente evangelizadora.

Oigamos al Concilio: "La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la Ley divina" (Gaudium et spes, 42).

Cristo ejerce su Realeza a través de su Iglesia, en quien delegó su triple poder, de enseñar, gobernar y santificar.

La Redención

Cristo es Rey a título de Redentor. "Redimir" significa "comprar", "rescatar". Hemos sido rescatados -dice San Pedro- "no con plata y oro, corruptibles, sino con la Sangre preciosa de Cristo" (1 Pe 1,18).

La Iglesia-Esposa canta: " ¡Dios reinó desde el madero!" ¡Este fue el precio del pecado!

Cristo vino a presentar batalla al diablo, que tenía sojuzgado el mundo por el pecado,

derrotándolo en la Cruz y arrebatándole la codiciada presa, y así, el que en un árbol venció, fue también en un árbol vencido.

"Dios permite que el hombre esté sujeto a Satanás, pero no pierde su derecho sobre él, porque ni el mismo Lucifer se puede substraer al poder y bondad del Omnipotente" (San Agustín).

El pecado es un mal, no sólo individual sino **social**, conforme a la Escritura que dice: "El pecado es la decadencia de los pueblos" (Prov 14,34).

De ahí que solamente Cristo Rey puede ser el Artífice de la verdadera **Paz**, dado que ésta sólo es posible cuando se respeta el **Orden** establecido por Dios, y el pecado es precisamente la raíz de todo desorden.

¡No se respetarán nunca los derechos humanos, mientras no se respeten antes los Derechos Divinos, es decir, mientras no se reconozca, teórica y prácticamente, la Soberanía Social de nuestro Señor Jesucristo!

En la Creación, el Amor de Dios sale a la conquista del amor del hombre. . . pero fracasa, por culpa del primer Adán.

En la Redención, el Amor de Dios sale a la reconquista del amor del hombre... ¡y triunfa rotundamente, gracias al Nuevo Adán! ¡La Redención fue el Desafío, la Revancha, el Desahogo de Dios frente al orgullo del Maligno!

A raíz y como consecuencia del pecado, Dios mismo fue el que puso las "enemistades" (Gén 3,15) entre la descendencia de la Mujer y la descendencia de la Serpiente.

Enemistades que continuarán inexorablemente a través de los siglos, hasta el Día del Juicio Universal, fin del tiempo y comienzo de la eternidad, "Día" de la Victoria definitiva de nuestro Divino Rey.

Decimos definitiva, porque el demonio, por permisión divina, seguirá armando asechanzas y dominando gran parte de la Humanidad, como lo demuestra la experiencia de cada día. Ante este "Misterio de iniquidad" seguramente nos preguntamos: ¿Dónde está la Reconquista? ¿Dónde el triunfo de Dios? ¿Dónde el fruto de la Pasión?

David nos da la respuesta a este enigma:

"El que mora en los cielos se ríe.

El Señor se burla de ellos.

A su tiempo les hablará en su ira,

y los consternará en su furor..." (Sal 2,4-5).

¡La victoria del Príncipe de este mundo no es más que aparente! ¡En esa "victoria" está su derrota!

¡El "engañador" ha sido engañado! "Fuimos engañados por la 'inteligencia' de la serpiente, y liberados por la necesidad' de Dios" -nos dice bellamente San Agustín.

Llama "necedad" a Cristo crucificado, "escándalo para los judíos, locura para los gentiles, más poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos; porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios más poderosa que los hombres" (1 Cor 1,23-25).

La Realeza de Cristo no termina en la Cruz, sino en la Resurrección.

"¡La muerte y la vida lucharon un duelo admirable! ¡El Señor de la vida, después de muerto, reina vivo!" (Liturgia pascual).

San Pablo canta alborozado:

"¡La muerte ha sido absorbida por la victoria!

¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ..." (1 Cor 15,55).

La Resurrección es el símbolo de la sociedad re-cristianizada, de una nueva Cristiandad. "Después será el FIN, cuando entregue a Dios Padre el Reino, cuando haya destruido todo principado, toda potestad y todo poder. Pues es preciso que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies... cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a Quien a El todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas" (1 Cor 15,24-25.28).

Ese final se llama: **Juicio**. Más concretamente: Cielo o Infierno.

¡Los bienaventurados con inefable gozo, y los condenados, con amargo pesar, conocerán eternamente la Realeza Social de Cristo! ¡De una u otra manera, **siempre vencerá el AMOR**! ¡Porque ese es el secreto y la fuerza de la Creación, de la Encarnación y de la Redención de Cristo!

c) ¿Y La realidad?

La realidad es que, en líneas generales, Cristo no reina, **de hecho**, en el mundo moderno, ni a nivel de la familia, ni de la profesión, ni del trabajo, ni de la cultura, ni de la moral, ni del arte, ni de la economía, ni de la política.

Este rechazo de la Realeza de Cristo nos hace pensar en la "Apostasía" que "antes ha de venir", como dice San Pablo, refiriéndose al fin de los tiempos.

Parece como si estuviéramos en un nuevo Viernes Santo, oyendo los mismos gritos desaforados de " ¡quita, quita, crucifícale... no tenemos más rey que el César... suéltanos a Barrabás!" y como si las tinieblas se extendieran otra vez sobre la tierra, y resonaran las palabras dulces, graves y lastimeras del Rey crucificado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ..." (Jn 19,15; Lc 23,18; Mc 15,34).

Oigamos a Pablo VI: "El Humanismo laico y profano ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura y, en un cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La Religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión -porque tal es- del hombre que se hace Dios" (7-XII-65).

Y en otra ocasión: "La mirada sobre el mundo nos llena de inmensa tristeza al contemplar tantas calamidades: el ateísmo invade parte de la humanidad y arrastra consigo el desequilibrio del orden intelectual, moral y social, del que el mundo pierde la verdadera noción. Mientras aumenta la luz de la ciencia de las cosas, se extiende la obscuridad sobre la ciencia de Dios, y consiguientemente, sobre la verdadera ciencia del hombre. Mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza y la desesperación" (29-IX-63).

Nuestro Santo Padre, Juan Pablo II, hacía suyas estas palabras del Episcopado italiano: "Ayer todo parecía llevarnos a Dios, hoy parece que nada y nadie nos ayuda a pensar en El. En torno a Dios hay como una tácita conjura del silencio..."

(22-V-80).

¡Ya no es Dios, sino el hombre, el centro de la Historia! ¡Ya no es el Evangelio, sino el Poder Internacional del dinero, el que inspira y dirige las relaciones humanas! ¡Ya no es la Iglesia, sino la Democracia liberal, la Reina de las Naciones! ¡Pero el Espíritu Santo vuelve a soplar de nuevo! Juan XXIII convoca el Concilio. Pablo VI lo lleva a feliz término.

Juan Pablo I y Juan Pablo II prosiguen en la misma línea, con firmeza y optimismo.

Ya Pío XII había lanzado el grito de ¡alerta! con aquellas expresivas palabras: "¡Es todo un mundo el que hay que rehacer desde los cimientos!" Esta es la tarea en la que todos los cristianos debemos trabajar incansablemente con fe, coraje y optimismo... ¡Hay mucho bueno todavía! ¡No todo está perdido! ¡Seamos realistas! ¡No seamos ilusos, pero tampoco pesimistas! ¡No ganamos nada con lamentarnos! ¡Hay que "instaurar todo en Cristo"!

d) Los cimientos

Los **cimientos** sobre los que hay que reconstruir la sociedad podemos decir que son tres principalmente: el clero, la familia y el poder civil.

El clero, por ser el mediador entre Dios y los hombres, "la sal de la tierra y la luz del mundo".

La familia, por ser la célula vital de la sociedad, la fragua donde deben forjarse los hijos de la Patria y de la Iglesia.

El poder civil, por ser el principal responsable del orden público, y el promulgador de la ley.

El clero

Dice el Concilio que "la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes" ("Optatam totius", 1).

Y, por consiguiente, la renovación de la Sociedad. Se ha dicho, y en cierta medida, es verdad, que "un pueblo es lo que sean sus sacerdotes".

¡No hay mayor gracia para un pueblo que tener un sacerdote santo. . . ni mayor desgracia que lo contrario!

Santa Catalina de Siena escribe en su "Diálogo": "Especialmente los ministros, que la Suma Bondad llama 'mis Cristos', deben ser ángeles y no hombres".

Y refiriéndose a los sacerdotes infieles, dijo Dios a la Santa: "No dejarán de ser castigados por Mí, a causa de la dignidad que tienen por ser ministros míos, antes bien, serán castigados, si no se enmiendan, más severamente que todos los demás, puesto que más recibieron de mi bondad".

Nosotros, los sacerdotes, ¿cómo vamos a pretender reformar la Sociedad, sin reformarnos antes nosotros mismos?

Esto es lo que hicieron los verdaderos reformadores en la Iglesia.

Esta es la primera pastoral que tenemos que realizar.

Escuchemos con atención estas significativas palabras del Concilio: "Aunque la Iglesia, por virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como Esposa **fiel** de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien, que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios. Sabe también la Iglesia que aún hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que Ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio" (G. et s., 43).

La primera cosa que se nos exige a los ministros del Señor es, por consiguiente, **la santidad**, sin la cual no podríamos convertir a nadie, ni aun tendríamos razón de ser, antes, al contrario, haríamos más mal que bien.

El sacerdote debe ser el hombre de lo **sobrenatural**. Es así como será **más humano**.

Deberá preocuparse más de conformarse con Cristo que de agradar al mundo. Preocuparse más de la renovación que de la integración.

Más de la gloria de Dios que del "qué dirán". Si es "signo" de la presencia de Cristo entre los hombres, tendrá que serlo también en lo **exterior**.

La auténtica imagen del sacerdote "moderno", es la que nos da continuamente el **Papa**, con su propio ejemplo, con su palabra, y poniéndonos delante de los ojos, en sus discursos y

documentos, la maravillosa vida de los **Santos**.

El celo pastoral, tan esencial también al sacerdote, no puede ser otra cosa más que el desbordamiento de su vida interior, de su amor a Cristo. Otro punto fundamental que habrá que tener en cuenta es la fidelidad a la **Doctrina**.

Todo progreso, toda actualización doctrinal, para que sean verdaderamente auténticos, y, por consiguiente, canales de la gracia, deberán estar enraizados en la Palabra de Dios, en la Sagrada Tradición, en los Santos Padres, en los Doctores -sobre todo, Santo Tomás-, en los Místicos, y por supuesto, en todo el Magisterio de la Iglesia.

Es el nuestro "un periodo en que el peligro no viene ciertamente de un exceso de dogmatismo, sino más bien de la **disolución doctrinal** y de la inconsistencia del pensamiento" (7-IV-75), al decir de Pablo VI. Razón por la cual -como dice el Directorio catequético- "se debe promover una pastoral de la doctrina y cultura cristiana" (n. 97).

¡Hay que volver una y otra vez a las aguas puras y sobreabundantes de las Fuentes de la Sabiduría cristiana! ¡No bebamos en las aguas turbias de ciertos **pensadores de moda**, que no merecen ni aun el nombre de teólogos ni de filósofos!

Una de las más graves y reiteradas recomendaciones del Divino Maestro a sus discípulos es la **vigilancia**.

El ministro del Señor deber estar siempre "alerta". Hay, entre otros, tres escollos, que habrá de tener en cuenta:

Uno es el **naturalismo**, es decir, la negación de lo sobrenatural, que convierte al sacerdote en un mero "hombre como los demás".

Otro es el **evolucionismo**, es decir, la negación del ser inmutable de las cosas, que hace al sacerdote perder su propia identidad, y debido a un falso concepto de cambio y adaptación, perder de vista el carácter absoluto de los principios cristianos, confundiendo re-novación con in-novación.

El tercer escollo es el **activismo**, es decir, la negación de la vida contemplativa, que va desgastando interiormente al sacerdote, hasta la disipación, el descontrol y el vacío, que, además de peligroso para él mismo, esteriliza su acción apostólica.

El sacerdote tiene que vivir en "tensión": la tensión de "estar en el mundo, Pero no ser del mundo", como enseñó Cristo a los suyos (Jn 17,14 ss.).

He aquí unas palabras oportunísimas del Santo Padre: "No nos hagamos la ilusión de servir al Evangelio si tratamos de diluir nuestro carisma sacerdotal a través de un interés exagerado hacia el amplio campo de los problemas temporales, si deseamos **laicizar** nuestra manera de vivir y actuar, si cancelamos hasta los signos externos de nuestra vocación singular, y tal singularidad se debe manifestar también en nuestra **manera de vestir**" (9-XI-78).

"Es muy fácil dejarse guiar por las apariencias y ser víctima de una ilusión en lo fundamental. Los que piden la laicización de la vida sacerdotal y aplauden sus diversas manifestaciones, nos abandonarán, sin duda, cuando sucumbamos a la tentación. Entonces dejaremos de ser

necesarios y **populares**" (8-IV-79).

Todo lo dicho nos lleva a otra conclusión importante: los **Seminarios**, que son el corazón de las Diócesis.

La renovación del clero implica la renovación de los Seminarios, donde se forjan los futuros ministros de la Iglesia.

El Concilio, naturalmente, tenía que insistir en este punto. Sería preciso considerar un triple aspecto: la **selección**, la **formación**, y la **iniciación**.

Para una responsabilidad tan grande, y teniendo además en cuenta el ambiente y las condiciones de vida de la sociedad moderna, es evidente que el problema de la selección es sumamente grave.

*Esta **selección** comprende: a los Superiores y profesores, atendiendo, antes a las cualidades humanas (por supuesto, muy importantes y necesarias) al grado de virtud y a la sólida doctrina; a los seminaristas ya ingresados o que piden ingreso, teniendo en cuenta que es más importante la cualidad que la cantidad; y, finalmente, a los candidatos a las Ordenes Sagradas, antes de dar el paso definitivo, que va a comprometerlos para toda la vida: "No seas precipitado en imponer las manos a nadie, no vengas a participar de los pecados ajenos", recomendaba San Pablo a Timoteo (1 Tim 5,22).

*En cuanto a la **formación**, deberá fundarse en una sólida **vida espiritual**, en la sana **doctrina** y en una vigorosa **disciplina**.

Los aspirantes al sacerdocio, antes de "estar al día" -como dicen- tienen que preocuparse de la santificación personal, tomándose en serio y metódicamente una **ascética**, condición indispensable para llegar a la contemplación, y bebiendo en las fuentes inexhaustas de la Espiritualidad cristiana: el Evangelio, la Sagrada Liturgia y las vidas de los Santos.

En Filosofía y Teología, deberán tener como principal guía y maestro a **Santo Tomás**, por expresa voluntad de la Iglesia: "Los profesores han de exponer la Filosofía racional y la Teología e informar a los alumnos en estas disciplinas, según los principios, el método y la doctrina del Doctor Angélico, siguiéndolos con toda fidelidad" (Código D. C. 1366).

Respecto de la **disciplina**, los seminaristas habrán de ejercitarse en el silencio, la puntualidad, la vida comunitaria, la fidelidad al reglamento, y, muy en particular, en la obediencia pronta, humilde y sincera, por amor a Dios y con espíritu de fe.

Todo lo dicho debería irse controlando y madurando, a través de una seria y periódica dirección espiritual, cuestión "clave" en toda vida sacerdotal.

* En cuanto a la **iniciación**, sería muy conveniente que los sacerdotes recién ordenados comenzasen su actividad apostólica con santo celo, sí, pero al mismo tiempo, con cierta moderación, tanto para poder ir completando su formación (espiritual, doctrinal y pastoral), como para evitar caer en la disipación y en el activismo.

Para lo cual ayudaría muchísimo, dar los primeros pasos junto a algún edificante y experimentado sacerdote, que los vaya guiando como maestro y padre.

La familia

El Papa nos acaba de recordar, mientras se celebra el Sínodo de los Obispos, que "el hombre no tiene otro camino hacia la humanidad, más que a través de la familia" (12-X-80).

La Santa Iglesia insiste, una y otra vez, en la necesidad urgente de renovar la familia, consciente, tanto de su importancia como fundamento de todo el cuerpo social, así como del estado de crisis por la que atraviesa hoy día.

La primera cosa que hay que reafirmar es su carácter sagrado, haciendo frente al proceso devastador y publicitado de desacralización que nos invade por todas partes. ¡Cristo es, por derecho, el Rey del hogar!

Los padres tienen que cumplir con sus tres sagrados deberes: la **santificación personal**, la **procreación** y la **educación** de los hijos. Estos tres deberes son graves.

¡Más aun teniendo en cuenta el ambiente materialista y hedonista que se respira! ¡Y cómo se descuidan!

Tienen que velar para crear en casa un clima de paz y de alegría, de manera que todos se sientan cómodos y contentos, evitando, de esa manera, el buscar afuera lo que no encuentran dentro, con el consiguiente peligro para sus almas.

Un hogar verdaderamente cristiano se manifiesta en muchos detalles: v.gr., en el modo de vestir, en las conversaciones, en las diversiones, en las lecturas, en las amistades, en las fiestas de familia...

En un hogar verdaderamente cristiano no se pueden ver escotes llamativos, vestidos transparentes, o ciertas desnudeces; no se oyen palabras groseras, conversaciones escabrosas o chistes con doble sentido; no se asiste a espectáculos inmorales, ni se ven ciertos programas repugnantes de televisión; no se leen libros, novelas o revistas que atenten lo más mínimo contra la fe o la moral; no se frecuentan amigos o amigas de dudosa conducta o de ideas anticristianas; no se conciben ciertos bailes, ciertas músicas, ciertos juegos, ciertos grabados, ciertas "situaciones" que el sólo describirlas hacen sonrojar de vergüenza... ¡Ah!, ¡el poder sugestivo y casi "sagrado" de las costumbres y de las modas!

¿Y qué, decir de esas lacras o pestes del divorcio, del adulterio, del aborto, de las relaciones prematrimoniales, de los usos ilícitos contra la generación, y tantas formas "modernas" de "amor libre", que profanan o atentan contra el verdadero amor? ¿Qué diferencia hay, entonces, entre un hogar cristiano y otro pagano? ¿Y qué decir de esos jovencitos y jovencitas, de familias "muy católicas" -incluso de colegios religiosos, con profesores y profesoras también "muy católicos"(!)- vistos por la calle a pleno día, o en horas de la noche, o en lugares no recomendables, en actitudes desenvueltas, indecorosas, por no decir desvergonzadas... y qué vocabulario, y qué bromas, y qué conversaciones entre risas y risas?

A nadie se le oculta la influencia y la misión de **la mujer** en la recristianización de la familia.

Nunca, tal vez, como hoy se necesitan mujeres auténticamente cristianas, llenas de fe, con gran capacidad de amor y de sacrificio, guardianas de la cuna y del hogar, mujeres "fuertes", sostén de los maridos y de los hijos, alentándolos, con la palabra y el ejemplo, a seguir el camino marcado por Cristo.

A ellas dirigieron los Padres conciliares un hermoso mensaje, que termina con estas palabras: "Mujeres: vosotras, que sabéis hacer la verdad dulce, tierna, accesible, dedicaos a hacer penetrar el espíritu de este Concilio en las instituciones, las escuelas, los hogares, en la vida de cada día.

Mujeres del universo todo, cristianas o no creyentes, a quienes os está confiada la vida en este momento tan grave de la historia: a vosotras toca salvar la paz del mundo".

Los poderes públicos

"Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Lc 20,25).

Con estas palabras distingue Cristo nuestro Señor los **dos poderes**: el civil Y el religioso, asignando a cada uno sus propios fines y sus propios medios, que no deben ni confundirse ni interferirse.

Pero, al mismo tiempo, significan la primacía de lo espiritual sobre lo temporal, y, por consiguiente, la subordinación de la autoridad civil a la Suprema Autoridad de Dios.

¡El César también tiene que dar a Dios lo que es de Dios, porque el César no es Dios!

Oigamos a Pío XI en su encíclica "Quas primas", la "carta magna" de la Realeza Social de Cristo: "Los individuos unidos en sociedad, no por eso están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos separadamente. Él es la fuente de la salud privada y pública. No rehúsen, pues, los jefes de las Naciones el prestar público testimonio de reverencia al imperio de Cristo, juntamente con sus pueblos, si quieren, con la integridad de su poder, el incremento y el progreso de la patria".

¡Cómo cambiaría el mundo si los Gobiernos fuesen fieles a esta doctrina!

El hecho de que Cristo renunciase voluntariamente al ejercicio de su Poder absoluto sobre todo el Orden temporal, no quiere decir que no conserve sus Derechos sobre ese mismo Orden, inalienables e indefectibles.

Su palabra es terminante: "¡Me ha sido dato todo poder en el cielo y en la tierra!" (Mt 28,18)

San Pablo ratificará esta misma doctrina diciendo: "Todo fue creado por El y para El. . . y todo subsiste en El" (Col 1,16-17).

Los Estados han recibido su autoridad de Dios (Rom 13,1 ss.), razón por la cual deben ejercerla en su Nombre y para su gloria.

La Realeza Social de Cristo no solamente no quita nada a la legitima soberanía del Estado, sino que, por el contrario, es el mismo Cristo el que se la ha otorgado en lo temporal (así

como a la Iglesia en lo espiritual), y el primero en reconocerla y defenderla.

¡No teman, pues, los Gobiernos de las Naciones someterse confiadamente al suavísimo imperio de nuestro Divino Rey! ¡Teman, si, por el contrario, si no reconocen su sagrada Realeza!

Cuenta el Evangelio que el rey Herodes se turbó cuando los Magos llegaron a Jerusalén preguntando: "¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y hemos venido a adorarle" (Mt 2,1 -2).

Y la Iglesia responde en la fiesta de la Epifanía: "Cruel Herodes: ¿por qué temes que venga el Rey Divino? ¡No quita los reinos temporales el que da los celestiales!"

A su vez el Concilio amonesta en su Mensaje a los gobernantes: "Dejad que Cristo ejerza esa acción purificante sobre la Sociedad. No lo crucifiquéis de nuevo: eso sería sacrilegio, porque es Hijo de Dios; sería un suicidio, porque es Hijo del hombre".

Esa "acción purificante" no es otra cosa que la recristianización de todo el Orden temporal.

El Papa, en la inauguración oficial de su pontificado, alzó su voz con estas valientes palabras: "¡Abrid más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo!... "

Pero concretemos más. Y destaquemos tres aspectos fundamentales, que todo poder público debería tener muy en cuenta, sí reconoce la Realeza Social de Cristo: la cultura y educación; la economía y el mundo del trabajo; y las relaciones con la Iglesia.

*Cultura y educación: Cristo es Rey de las inteligencias, de las voluntades y de los corazones, en una palabra: del hombre interior. De ahí la importancia de la cultura y de la educación, que deben estar al servicio de la Verdad y del bien común.

Un Estado Católico (que es el ideal prescindiendo ahora de la realidad) debe tener en cuenta una justa selección y retribución de profesores y maestros, que, además de sus respectivas especialidades, y supuesta en verdad su conducta moral, tengan una sólida formación en la **Doctrina católica**, en los grandes principios de la **Filosofía perenne**, y en la **Cultura patria**.

Nótese cómo la subversión suele utilizar a estudiantes, a intelectuales o profesionales.

Habrá que rechazar, por consiguiente, a aquellos formadores de ideología o moralidad malsana o simplemente dudosa.

Se impone una vigilancia extrema en cuanto a libros, revistas, publicaciones, y en cuanto a los medios de difusión, propaganda y comunicación social: radio, prensa y televisión.

Dígase lo mismo respecto a ciertos llamados "actos culturales", así como a ciertos programas de cine o de teatro.

* **Política económica:** Es un hecho, y un escándalo, ¡qué clama al cielo!, el **desequilibrio**

económico a escala mundial, denunciado siempre por los pobres, los oprimidos, los explotados, y, en fin, por la misma Iglesia. Oigamos al Concilio: "Mientras muchedumbres inmensas carecen de los estrictamente necesario, algunos, aun en los países menos desarrollados, viven en la opulencia o malgastan sin consideración. El lujo pulula junto a la miseria. Y mientras unos pocos disponen de un poder amplísimo de decisión, muchos carecen de toda iniciativa y de toda responsabilidad, viviendo con frecuencia en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana" (Gaudium et spes., 63).

¿Por qué este desequilibrio? Porque falta **justicia** y falta **caridad**, las dos virtudes sociales, que constituyen el fundamento del bienestar de individuos, familias y pueblos. En primer lugar, la **justicia**.

Es propio de ella "exigir de los miembros de la comunidad todo aquello que es necesario para el bien común" (Pio XI, "Divini Redemptoris").

Todo hombre tiene derecho a una vida digna y feliz, conforme a su condición de persona y al lugar que ocupa en la Sociedad.

Porque Dios ha destinado la tierra y ha distribuido sus inagotables riquezas para el recto y proporcionado uso de todos los hombres y pueblos, sin excepción alguna.

De ahí que cualquier especie de injusticia social sea un grave atentado contra la **Providencia divina**.

¿Cómo, si no, se cumplirá la palabra del Señor, que dice: "No os inquietéis por vuestra vida, por lo que habéis de comer o de beber, ni por vuestro cuerpo, por lo que habéis de vestir... No os inquietéis, pues, por el mañana, porque el mañana ya tendrá sus propias inquietudes: bástale a cada día su afán" (Mt 6,25.34)?

¿Pero, Señor, -dirán muchos- cómo no vamos a inquietarnos y preocuparnos, si no nos alcanza el sueldo, si no conseguimos trabajo, si no nos pagan lo que nos deben, si somos dejados de lado injustamente, si nadie atiende a nuestras necesidades, si quisiéramos tener más hijos, pero se nos morirían de hambre y no podríamos educarlos como conviene... Cómo quieres, Señor, que creamos en ti, en tu amor, en tu Iglesia?

¡Tratemos de comprender todos estos interrogantes! Pero la justicia sola tampoco es suficiente, muchas veces.

Es necesaria, además, la **caridad social**, cuyo campo es mucho más amplio.

Porque la justicia manda dar a cada uno lo que le corresponde, mientras que la caridad manda dar a cada cual lo que necesita, aunque en rigor de justicia no le corresponda.

Razón por la cual la Iglesia insiste siempre en los deberes de caridad social.

Aquel siervo del Evangelio que recibió un talento, lo devolvió integro a su dueño (lo cual era justo) pero lo había enterrado, sin hacerlo capitalizar: faltó el amor (Mt 25,25).

La justicia está fundada en la naturaleza social del hombre. La caridad está fundada en la Divina Revelación.

"La verdadera unión de todos, en orden al bien común único, sólo podrá lograrse cuando las partes de la sociedad se sientan miembros de una sola familia, e hijos todos de un mismo Padre celestial, y todavía más, un mismo Cuerpo en Cristo" (Pio XI, "Quadragesimo anno").

Es **un pecado de omisión** contentarse con hacer justicia sin responder a las exigencias de la caridad.

Y es un **engaño**, y hasta un insulto, llamar caridad a lo que estrictamente es deber de justicia.

Para San Pablo la primera y mayor injusticia es la falta de caridad: "No estéis en deuda con nadie, a no ser en el amaros unos a otros, porque quien ama al prójimo, ha cumplido la Ley" (Rom 13,8).

La solución al problema social no está, evidentemente, en la lucha de clases ni en la violencia, sino en la lucha contra el egoísmo, la envidia y la ambición.

La solución no está principalmente en el cambio de estructuras, sino en el cambio de mentalidad, viendo a Cristo en los demás, especialmente en los pobres y necesitados. ¡La primera estructura que hay que cambiar es la cabeza y el corazón del hombre!

La solución no está, desde luego, en la limitación de la natalidad, sino en el equitativo reparto de la riqueza, en la promoción humana y en la creación de fuentes de trabajo.

Lamentablemente hoy existe una brutal **subversión de valores**, hasta llegar a hacer de la economía el alma de la política. ¡Lo material ha suplantado a lo moral!

Que equivale a anteponer la salud del cuerpo a la del alma, y el fin temporal al eterno.

En otras palabras: no es Cristo el Rey, sino el Dinero.

Con el **Poder Internacional del dinero**, el demonio tiene dominado el mundo.

Hasta el punto que las pretendidas y legítimas "soberanías" se han convertido casi en una ilusión o una utopía.

La economía es para el **hombre**, no el hombre para la economía.

"El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre" (Pablo VI, "Populorum progressio").

Los gobernantes deben considerar que están obligados a procurar el bien común antes que su bien privado.

Los gobernantes deben considerar que mal podrán imponer la moral a los de Abajo, si no la cumplen los de arriba.

Los gobernantes deben considerar que el pueblo cree más en los hechos que en las promesas y discursos.

De todos son conocidos, ¡y la Iglesia los ha condenado!, los dos **grandes enemigos** de la Realeza Social de Cristo: El **Comunismo** y el **Liberalismo**. El Comunismo hace la Revolución.

El Liberalismo la provoca, la fomenta y, complaciente, la bendice. ¡Herodes y Pilato!

La persecución cruel... y la permisividad culpable. Los puños en alto... y lavarse las manos.

La corrupción de la masa... y la corrupción de los individuos. La miseria favorece al Comunismo... y la ganancia exagerada al Liberalismo.

El Comunismo grita: ¡Igualdad!... y el Liberalismo: ¡Libertad! Uno y otro se unirán en estrecha "fraternidad"...

Dice el Evangelio que Herodes y Pilato se hicieron amigos a costa de Cristo, el Viernes Santo.

A los Estados incumbe la grave responsabilidad de enfrentar decididamente tanto al Comunismo como al Liberalismo, principales causantes del malestar y del caos de nuestro siglo, explotadores ambos, cada cual, a su manera, de las **élites intelectuales** y de **la clase obrera**.

Si los Estados no dejan reinar a Cristo, Cristo se servirá del perverso Comunismo como de un flagelo, para castigar al mundo.

Todo pacto con el Comunismo equivale a un suicidio.

Hay que tomarle la delantera, elevando el nivel de vida de la clase obrera.

Qué error y qué daño el de aquéllos clérigos, religiosas y laicos (pocos, por fortuna), que, perdiendo de vista el carácter sobrenatural de todo auténtico apostolado, y movidos por un celo mal entendido, y habiendo seguramente aflojado en su vida espiritual, fomentan, directa o indirectamente, el avance del Comunismo, como es el caso, por no citar más que dos ejemplos, de sobra conocidos, de ciertos sacerdotes "tercermundistas" y de los llamados "cristianos para el socialismo", ¡incluso los que militan abiertamente en el Partido!

Dígase lo mismo acerca del Liberalismo, que se presenta más "blando", menos terrible que el Comunismo, y, por lo tanto, más peligroso, en cierto sentido, por cuanto que, aparece más conciliable con el catolicismo, hasta ese engendro repugnante y ofensivo a Dios y a la Iglesia, abusivamente llamado "**liberalismo-católico**".

Qué error también y qué daño el de ciertos "católicos" liberales (otro binomio forzado), capitalistas, o, al menos, bien "acomodados", que presumen de anticomunistas, pero que, sin darse cuenta ni quererlo, fomentan indirectamente el Comunismo; que se enojan y escandalizan cuando algún sacerdote o laico de la Iglesia denuncia, no en nombre de Marx, sino del Evangelio, la injusticia social

o el capitalismo liberal (¿se sentirán, acaso, aludidos?), acusando al tal sacerdote o laico de "izquierdista"; que gritan: "¡Viva Cristo Rey!" con una mentalidad más política que católica, y con tal de que este grito sea contra los demás, y no perjudique su vida cómoda y un tanto "libre", ni atente, ¡por supuesto!, lo más mínimo contra su repleto bolsillo...

En conclusión: **La única solución** para resolver el problema social nos la dio Cristo: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

Mientras no se respete esta escala de valores, y se busque primero la "añadidura", el mundo irá de mal en peor.

¡Ahí tenemos la experiencia! ¿Qué mejor demostración?

* Relaciones con la Iglesia:

El Catecismo de la Iglesia Católica, fundándose principalmente en el Concilio Vaticano II, enseña:

"El deber de rendir a Dios un culto auténtico corresponde al hombre individual y socialmente considerado. Esa es la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera Religión y la única Iglesia de Cristo ("Dignitatis humanae", 1).

Al evangelizar sin cesar a los hombres, la Iglesia trabaja para que puedan informar con el espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en la que cada uno vive ("Apostolicam actuositatem", 13). Deber social de los cristianos es respetar y suscitar en cada hombre el amor de la verdad y del bien. Les exige dar a conocer el culto de la única verdadera religión, que subsiste en la Iglesia católica y apostólica (cf. DH, 1). Los cristianos son llamados a ser luz del mundo (cf. AA, 13). La Iglesia manifiesta así la realeza de Cristo sobre toda la creación y, en particular, sobre las sociedades humanas (cf. León XIII, enc. "Inmortale Dei"; Pío XI, enc. "Quas primas")" (n. 2105).

Y más adelante, al tratar de la comunidad política y la Iglesia el mismo Catecismo dice lo siguiente:

*"**2244** Toda institución se inspira, al menos implícitamente, en una visión del hombre y de su destino, de la que saca sus referencias de juicio, su jerarquía de valores, su línea de conducta. La mayoría de las sociedades han configurado sus instituciones conforme a una cierta preeminencia del hombre sobre las cosas. Sólo la religión divinamente revelada ha reconocido claramente en Dios, Creador y Redentor, el origen y el destino del hombre. La Iglesia invita a las autoridades civiles a juzgar y decidir a la luz de la Verdad sobre Dios y sobre el hombre:*

Las sociedades que ignoran esta inspiración o la rechazan en nombre de su independencia respecto a Dios se ven obligadas a buscar en sí mismas o a tomar de una ideología sus referencias y finalidades; y, al no admitir un criterio objetivo del bien y del mal, ejercen sobre el hombre y sobre su destino, un poder totalitario, declarado o velado, como lo muestra la historia. (cf. CA 45; 46).

***2245** La Iglesia, que por razón de su misión y de su competencia, no se confunde en modo alguno con la comunidad política [...] es a la vez signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana. La Iglesia "respeta y promueve también la libertad y la responsabilidad política de los ciudadanos" (GS 76, 3).*

***2246** Pertenece a la misión de la Iglesia "emitir un juicio moral incluso sobre cosas que afectan al orden político cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, aplicando todos y sólo aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos según la diversidad de tiempos y condiciones" (GS 76, 5)".*

Cristo, por consiguiente, ejerce en esta vida su sagrada Realeza particularmente por medio de su Mística Esposa.

¡La Iglesia es Reina, porque es Esposa de Cristo Rey! Así es prefigurada en todo el

Antiguo Testamento.

El salmo 45 es un bellísimo canto nupcial, donde el profeta David narra los

amores entre Cristo y la Iglesia. Dice así, refiriéndose a Ella:

"Toda radiante de gloria entre la hija del Rey.

Su vestido está tejido de oro.

Hijas de reyes vienen a tu encuentro, y a tu diestra

está la Reina con oro de Ofir" (Sal 45,14.10).

Jesucristo la ha hecho partícipe de su Realeza, para un fin que no es de este

mundo: la salvación de los hombres y de las Naciones.

…

"Bajo los harapos de la humillación -dirá Odo Casel- la Iglesia viste la púrpura real de la Madre-Virgen".

La Iglesia, Esposa del Rey Divino, debe reinar en el sentido explicado por el Catecismo, conforme al Plan de Dios, en ausencia del Esposo, hasta que El vuelva.

e) Los Ejercicios Espirituales

Uno de los instrumentos más eficaces, de mayor actualidad, y más recomendados por la Iglesia, para una auténtica y profunda **Reforma social**, son, sin duda, los **Ejercicios Espirituales según el método de San Ignacio de Loyola**.

Testigos: la Historia y la experiencia.

¡Qué "contrarrevolución" podríamos hacer los pastores de almas, si utilizásemos masivamente, ininterrumpidamente, celosamente, esta arma potentísima, este libro de oro, lleno de celestial sabiduría, amargo para la carne, pero para el paladar del alma, más dulce y nutritivo que la miel y el panal!

Ejercicios – Reforma - Realeza Social

Esta es la síntesis de todo lo dicho.

¡Legionarios y Legionarias de CRISTO REY!,

¡éste es nuestro programa!,

¡y nuestra única razón de ser!,

¡pero empezando por nosotros mismos!

(1980)

4 Realeza Sacerdotal

Homilía del Padre Torres-Pardo,

pronunciada en la primera Misa

del Padre José Laxague (23-XI-86)

Predicar una homilía en esta doble solemnidad (la fiesta de Cristo Rey y la primera Misa solemne de un nuevo sacerdote de nuestro Instituto) para quien les habla no es fácil... ¡me siento como una madre que recién acaba de dar a luz!

Pensaba en aquella frase de Jesús: "La mujer cuando va a dar a luz está angustiada, porque ha llegado su hora, pero después que ha dado a luz al niño no se acuerda del dolor, por la alegría de que ha nacido un hombre al mundo" (Jn 16,21).

¡Esto es lo que siente el Padre Superior en estos momentos! Mi primera palabra es de acción de gracias al Señor, porque en su misericordia se ha dignado dar al Instituto un nuevo sacerdote (¡que para nosotros es mucho!).

Acabamos de escuchar el Evangelio (Lc 23,39-43).

Nos encontramos ante un misterio tremendo, sublime, grandioso, como es el misterio de un Dios hecho Hombre que agoniza, muere por nosotros, pecadores.

¡Es el misterio de un Rey que es único y no tiene semejante, ningún rey que se le parezca!

Misterio de una Realeza que no podemos entender con la sola razón; menos aún con los sentidos. Y yo me atrevería a decir que incluso nosotros, los que creemos, sin embargo, nos cuesta entender con profundidad en qué consiste esta Divina Realeza...

Nos imaginamos un Rey poderoso (en sentido humano) que aplasta con su poder a sus enemigos... ¡Nos imaginamos un Rey "espectacular"! Pero Jesús dice: "No viene el Reino de Dios aparatosamente" (Lc 17,20).

Y también: "Mi Reino no es (como los) de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos, pero mi Reino no es de aquí" (Jn 18,36).

Y también: "¿Crees que no puedo rogar a mi Padre, quien pondría a mi disposición, al punto, más de doce legiones de ángeles?" (Mt 26,53).

¡¡No se trata de eso!! Su Reino no ES como los de aquí... aunque ESTA aquí. Misterio que tenemos que descubrir, gustar y asimilar por la fe.

Cuando celebramos la festividad de Cristo Rey y la Iglesia nos presenta este texto de San Lucas, tal vez estaríamos tentados de pensar: ¡Pues vaya un Rey! ¿Esto es un Rey?

Uno de los ladrones le insultaba diciendo: "¿No eres tú el Salvador. . .?" (Lc 23,39). Como diciendo: ¡Pues demuéstralo!

Es cierto que una mirada superficial no nos puede dar jamás la clave del Misterio de la Realeza de Jesús.

He aquí un Rey crucificado, que aparentemente, según la "opinión pública", es un Rey vencido, fracasado, de burlas, que da lástima... Y, sin embargo, la fe sigue golpeándonos y gritándonos: Este Rey de burlas es Dios; no vencerá, ya ha vencido; es el Dueño del mundo, Dueño de las inteligencias, de los corazones, de las familias, del mundo de la cultura, de la política y del trabajo.

¿Pero cómo va a ser Rey desde la cruz, impotente, indefenso, marginado, insultado, condenado por "desestabilizador" y "reaccionario" (diríamos hoy)? ¡Ahí está el quid de la cuestión!

La luz de la fe nos dice, en primer lugar, que la Realeza de Cristo, que hoy conmemoramos con júbilo, no es una Realeza (meramente) humana sino DIVINA.

La prueba está en que Jesús al buen ladrón, recién convertido, le lanza a boca de jarro, con una autoridad que deja absorto y da escalofrío: "En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc 23,43).

Estas palabras, en estas circunstancias, sólo las puede pronunciar o un loco o un Dios, nada más.

Es así que no es loco (aunque parezca así al mundo), luego, tiene que ser Dios.

Este moribundo fracasado, que se atreve a decirle a un malhechor: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso", tiene que ser Dios

En segundo lugar, es una Realeza SACERDOTAL. Cristo es un Rey-Sacerdote, el Sumo y Eterno Sacerdote.

Su Sacerdocio es un Sacerdocio "real". Es un Hombre-Dios que reina desde el Trono de la Cruz.

Un Rey que vence, siendo aparentemente vencido, ofreciéndose como Víctima en el ara de la Cruz, muriendo para librarnos del pecado y reconciliarnos con Dios-Padre.

Cristo está celebrando su primera y única Misa, que se prolongará eternamente en el Cielo.

Su Muerte es presagio de su Resurrección y de nuestra resurrección futura.

El sube al Altar de la Cruz, revestido con sus ornamentos sacerdotales de color rojo, que es el color de la sangre, porque es Rey de los mártires.

No podremos entender jamás la Realeza de Cristo, si no es a la luz de su Sacerdocio.

Así entenderemos lo que significa ser Sacerdote, y así el querido Padre José entenderá cuál es el

significado, el misticismo de esta Fiesta que está celebrando.

San Agustín nos dice, con la elocuencia, profundidad y unción que lo caracterizan, que, así como Satanás había seducido al primer Adán y a la primera Eva, haciéndoles apetecer el "ser como Dios", es decir, el PODER, pero no "vivir en justicia", o sea, en santidad (sometiéndose al Plan de Dios), Cristo quiso burlarse del Demonio, haciéndose hombre y enseñándonos (con su ejemplo y su palabra) a cumplir EN PRIMER LUGAR con nuestros deberes de justicia (ser santos), alcanzando DESPUÉS el poder.

Cristo se burla del Demonio y lo va a destrozar por un procedimiento que el Demonio, con toda su inteligencia, jamás pudo sospechar: la Cruz, es decir, la humillación, enseñándonos así a colocarnos ante Dios en el lugar que nos corresponde.

¡Así tenía que morir Cristo: como mueren los grandes, los bravos soldados, los héroes!

"Por eso Dios -dirá San Pablo- le exaltó y le otorgó un Nombre sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Flp 2,9-ll).

¡Esa es la Realeza genuina, la única que hallamos en el Evangelio, sin ninguna deformación ni tendenciosa aplicación! (Y esto nos cuesta entenderlo).

Y cuando se cumpla toda justicia, es decir, cuando el hombre, la familia y la sociedad se sometan libremente a Dios por amor, entonces, al final de los tiempos, Cristo Rey manifestará su poder públicamente ante todas las Naciones.

"Porque has creído que Yo soy Rey del mundo, Rey de los siglos, Rey de la gloria, a pesar de lo que ven tus ojos y palpan tus manos... ¡Hoy ya estás salvado!"

El primer conquistado por la Realeza de Cristo fue este dichoso y privilegiado ladrón, el cual -como diría San Agustín- fue ladrón hasta el final de su vida, porque robó el Corazón de Cristo ¡justo al final, cuando estaba con un pie en el Infierno! Pero el misterio no termina aquí.

Porque a la izquierda de Cristo hay otro hombre, otro ladrón... Los dos ladrones están a la misma distancia del Rey-Salvador.

Los dos comienzan a blasfemar, pero (¡oh misterio de la libertad del hombre!, ¡oh misterio de la gracia de Dios!), ¡uno se convierte y el otro no!

El buen ladrón encara a su compañero, reprendiéndole y diciéndole: "¿Ni tú, que estás sufriendo el mismo suplicio, temes a Dios? En nosotros se cumple la justicia, pues recibimos el digno castigo de nuestras obras, pero Este nada malo ha hecho..." (Lc 23,40-41).

¡Qué confesión! La confesión es el comienzo del Reinado de Cristo en un alma.

No sólo confiesa sus pecados, sino que Cristo es inocente. Es impresionante que el mal ladrón no dice nada más... Está obstinado, endurecido, reprobado, por su culpa, porque Cristo le está tendiendo sus manos, como a su compañero. Si se condena, no será por falta de gracia sino por falta de correspondencia a la gracia; no por falta de libertad, sino por mal uso de su libertad.

El mal ladrón ya no dice nada más. ¡Qué triste!, ¿verdad? Morir impenitente, obstinado en el

pecado. . . ¡con lo fácil que es humillarse, pedir perdón y abrirse de par en par a la gracia de Dios! ¡Que, misterio de iniquidad!

¡Pero más impresionante aún es el silencio de Jesús con respecto al mal ladrón!

Aquí se ve cómo la salvación es, en definitiva, una cuestión personal, un asunto entre Dios y yo.

Es cierto. No tenemos que ser egoístas, somos miembros de un Cuerpo Místico, que es la Iglesia; tiene que haber solidaridad y comunión entre todos, tenemos que pensar y sacrificarnos y luchar y, si es preciso, morir por la salvación de todos, amigos y enemigos... pero también es cierto que cada uno tendrá que dar cuenta a Dios de sus propios actos.

Es curioso. El buen ladrón no habla de su compañero. No dice: "Acuérdate de nosotros...", sino: "Acuérdate de MI". Y es que cuando el hombre no quiere, ¡es imposible! ¡Nadie puede salvarse por mí!

Dios, que es omnipotente, como lo demostró al crear el mundo de la nada, sin embargo, es tan respetuoso de nuestra libertad que no quiere salvar a ninguno por la fuerza. Si a mí no me da la gana de humillarme, de abrirme, de entregarme... ¡pues me condenaré!

Fíjense cómo Jesús no dice una sola palabra al mal ladrón, ni le reprende por su obstinación, ni trata de ablandar su corazón, ni le pregunta nada. . . Jesús lo ignora. ¡Como si no existiera! ¡Terrible misterio, el de la predestinación! Jesús se dirige únicamente al bueno: "Hoy estarás tú (no él) conmigo en el Paraíso".

Amados hermanos: este Evangelio es la síntesis de la Realeza de Cristo. Y la Realeza de Cristo es la síntesis de todo el Evangelio.

La Realeza es el sublime Ideal, el broche de oro, la apoteosis de toda la Historia de la Salvación. Por eso la Iglesia celebra la festividad de Cristo Rey al final del ciclo litúrgico.

Y para los que estamos aquí reunidos, tanto la Legión como el Instituto, es también la Realeza nuestro gran Ideal. Es el Ideal de los Padres y Hermanos que formamos la Comunidad de Cristo Rey, lo cual significa (huelga decirlo) que nuestra vocación es sumamente "comprometida", una vocación que no es del "gusto" de la época (lo sabemos perfectamente), porque, ¿quién habla hoy, ¿dónde se oye hablar de Cristo Rey? Se habla, sí, del Reino, pero no del REY...

Y no me refiero únicamente a los de fuera, sino a los de dentro de la Iglesia.

¡No sé lo que nos pasa a los católicos de hoy! ¡Sí sé lo que nos pasa!

Nos pasa un poco lo que les pasó a los soldados, al pueblo y al Sanedrín, ¡que no entendemos! Nos parece que este título de Rey es "inoportuno"...

El hombre moderno entiende y le gusta, por ejemplo, el nombre de Pastor, Libertador o Peregrino, pero no entiende ni le atrae el título de Rey... ¿Y por qué no se lo explican? ¿O es que el pueblo es tan ignorante o ciego?

¿No lo entienden? ¿Pues para qué están los sacerdotes y los religiosos sino para explicárselo?

¡Qué estoy diciendo! ¡Si hasta los mismos "consagrados" tienen que empezar por entenderlo, vivirlo y creerlo!

¿Y con qué derecho callamos nosotros un título que le corresponde a Cristo por naturaleza y por conquista, un título tan hermoso, tan dulce, tan profundo, tan actual, tan significativo? ¡Un título que lo dice TODO!

¡Toda la Sagrada Escritura, desde la primera hasta la última página, está llena de la Realeza de Cristo! Lo mismo el Magisterio de la Iglesia y la vida de los Santos.

Entonces, ¿qué nos pasa?, ¿acaso tenemos miedo a decirlo? ¡Sufrimos una especie de embotamiento de la mente, una especie de insensatez!

¿O no será, tal vez, un poco (o un mucho) de complejo de inferioridad ante el mundo, temiendo que si hablamos de Cristo Rey nos van a marginar, se van a burlar, nos van a llamar "anticuados", derechistas o lefebvristas. . . o no sé cuántas cosas más? ¡Todo eso nos lo han llamado a nosotros! ¡Pero no se preocupen de lo que diga el mundo!

¡Si precisamente el mundo va mal porque los católicos han callado y no predican a los cuatro vientos la Realeza Social de Cristo, como nos lo enseña la Santa Iglesia y el Santo Padre!

El ateísmo -dijo el Papa- es "el drama espiritual de nuestro tiempo".

El mundo ha caído en la apostasía, obra de la masonería, el marxismo, el liberalismo y la democracia liberal, al grito de "no queremos que Este reine sobre nosotros" (Lc 19,14).

Esta es la realidad... ¿no leen ustedes el diario, no ven la televisión, no escuchan la radio, no oyen a los políticos y a los diputados? Si el mundo va de mal en peor es porque hemos echado a Cristo de su Trono.

¡En el pecado llevamos la penitencia! ¡Es el pecado de lesa majestad! No habrá verdadera paz sino en el Reinado Social de Cristo.

Amados hermanos, los que hemos enarbolado esta Bandera desde los comienzos de la Fundación, ya sabíamos lo que nos esperaba. . . ¡pero ésta es nuestra gloria! ¿Ven lo que le costó a Cristo el proclamarse Rey? ¡Ahí lo tienen!

Por eso decía con razón un Cardenal de la Iglesia que el Demonio tolera (¡no es que le guste!) que a Cristo se le ofrezca incienso como a Dios (¡no lo puede evitar!); que se le ofrezca mirra como a hombre (¡qué le importa a él la humanidad!); pero lo que no tolera de ninguna manera es que se le ofrezca oro como a Rey.

De ahí la reacción de Herodes cuando llegaron los Magos preguntando con libertad y valentía: "¿Dónde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al Oriente y venimos a adorarle. Al oír esto, el rey Herodes se turbó y toda Jerusalén con él" (Mt 2,2-3).

Montó en cólera, se enloqueció e hizo aquella matanza de niños inocentes.

¡Cuántos mártires han muerto al grito de "Viva Cristo Rey"! Como los mártires de Méjico y los de la Guerra Civil Española...

- "Padre -dirán algunos- pero ahora estamos en otra época".

- El Dogma y la Moral están por encima de todas las épocas.

- "Padre, ¡pero ésta es una verdad inoportuna!"

- Es la verdad más oportunísima de todas!

- "Padre, ¡pero hay que estar actualizados..."

- Justamente, el Evangelio de hoy es lo más actual que existe...

Por eso, nuestra Fundación ha nacido bajo el signo de la Cruz. ¡Tenía que ser así! (si es que es de Dios).

Por eso nosotros tenemos también que ir transitando, humilde y sencillamente, sin ninguna ostentación, en silencio (es el lema que eligió el Padre José en su estampa de Ordenación: "Y Jesús callaba...").

Es el silencio de un Rey, que reina ya, pero en el silencio.

El silencio es conquistador. Dejemos que el mundo diga y grite; que incluso hermanos nuestros en el sacerdocio no nos entiendan... ¡No importa! Nosotros, a callar, a rezar por todos, a santificarnos, a devolver bien por mal, a saber esperar... "En el silencio y en la esperanza estará nuestra fortaleza" (Is 30,15).

¡Sólo así Dios nos bendecirá!, amados hermanos. Nuestra Fundación es un Vía Crucis. Es ser condenados a muerte por el mundo. Es sentir sobre nuestras espaldas los azotes de las críticas, de las burlas y de la difamación; es ser coronados de espinas, es caer y levantar (como Cristo camino del Calvario) bajo el pesado yugo de la Fundación hasta llegar al lugar del suplicio, tomar el vinagre y sentir traspasado el corazón...

Y tenemos que seguir adelante, sin vacilar, a ejemplo de Jesús, bendiciendo a todos, porque esos que no nos entienden, esos que se burlan, esos que nos miran como sospechosos, tal vez hasta con odio... nos están haciendo un gran bien, porque nos ayudan a ser más humildes y a imitar a nuestro Rey "fracasado"...

Jesús en su Pasión también recibió ayuda. Camino del Calvario, el Cireneo le ayudó a llevar la Cruz.

Los Legionarios son nuestros Cireneos, que nos ayudan a llevar adelante la cruz de la Fundación...

Y así como hubo una santa mujer, la Verónica, que, venciendo todo respeto humano, enjugó el rostro de Jesús, lleno de sangre, de salivas y de polvo, así también nuestras Legionarias saben enjugar el rostro de la Fundación (empezando por "la madre", que está en estos momentos unida espiritualmente con nosotros desde el lecho del dolor).

¡Padres y Hermanos, Verónicas y Cireneos, todos unidos... a seguir adelante!

Querido Padre (e hijo) José: Tu Padre Superior se siente muy feliz de verte llegar a la meta, revestido con los ornamentos "reales" de tu sacerdocio, y se siente orgulloso de ti, de tu

comportamiento, desde el primer día que comenzaste el noviciado; mucho antes, desde que te tuve en mis brazos cuando eras niño, desde que te dí la primera Comunión, desde que hiciste las dos tandas de Ejercicios y desde que llegaste a la Comunidad para unirte con los Padres Jorge y Daniel. ¡Qué comienzos! ¿Te acuerdas?

Pues bien, ya llegó "el día"... y ahora empieza también tu Calvario, pero un Calvario alegre y optimista, un Calvario que tiene que empezar con entusiasmo, porque es la fe la que nos sostiene, es la fe la que vence al mundo y con esa fe tú también vas a vencer, aunque el mundo crea y grite que estás vencido...

Tu Padre Superior se siente orgulloso de tu fidelidad a nuestra vocación, de tu entrega (sin titubear un solo instante, desde el primer día hasta hoy), de tu buen espíritu, de tu ejemplo a tus hermanos de Comunidad, de tu sencillez, de tu amor apasionado a la Santa Madre Iglesia y al Santo Padre, de tu amor a la Santísima Virgen y, de un modo especial, claro está, a la Realeza de nuestro Señor Jesucristo; en una palabra, de tu amor incondicional, sacrificado, callado, en esa vida de monje-soldado, a nuestra queridísima Fundación.

¡Qué Dios te lo premie! ¡Qué Dios te bendiga! Y que Dios bendiga a tu querida familia, en especial a tus virtuosos padres.

De unos padres ejemplares tenían que brotar frutos de santidad: dos sacerdotes, dos religiosas (una de ellas "liberada" en la clausura del Carmelo) y un seminarista.

¡Qué ejemplo de familia cristiana en vísperas, seguramente, de la promulgación de esta maldita ley del divorcio! ¡Qué ejemplo en esta democracia de la homosexualidad, del erotismo, de la pornografía, del "amor libre"...! ¡Qué ejemplo, señoras y señores! ¡Esa es la Realeza Social de Cristo! Padres cristianos, hijos cristianos. Entonces tendremos una sociedad cristiana.

Padre José: Que, en el momento elegido por Dios para llamarte de este mundo, puedas escuchar también de nuestro Rey Divino aquellas mismísimas palabras: "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso".

Pero antes de llegar al Paraíso tenemos que luchar y luchar y luchar. Primero, contra nosotros mismos y después, contra el mundo y contra las fuerzas ocultas (¡hoy día no tan ocultas!) del Anticristo.

Para esto, escucha también, después de esta segunda, la tercera palabra de Cristo en la Cruz, dirigida a su Bendita Madre: "Aquí tienes a tu hijo".

Y mirando a San Juan, el discípulo amado, recién ordenado sacerdote en el cenáculo, le dice: "¡Aquí tienes a tu Madre!" Que Ella te haga sentir (y nos haga sentir) la ternura de su Corazón Inmaculado y te alcance (y nos alcance a todos) el don de la perseverancia final, bajo la bandera de su Divino Hijo.

5 Dos Banderas

La próxima festividad de Jesucristo Rey, coronamiento del ciclo litúrgico y síntesis maravillosa de toda la teología, nos brinda una ocasión propicia para un breve comentario, necesariamente incompleto, a la célebre meditación ignaciana de las **DOS BANDERAS**, pieza axial de los Ejercicios, cuya oportunidad y tremenda actualidad sólo puede negar o poner en duda la inconsciencia de la

situación actual o la ingenuidad de quienes, embelesados por un optimismo exagerado, no quieren abrir los ojos a la realidad.

I- La vida cristiana es combate

"Yo pondré enemistades entre ti y la mujer... " (Gén 3,15), dijo Dios a la serpiente.

A raíz y como consecuencia **del pecado**, el hombre siente, dentro y fuera de sí, **la división**; y su vida se convierte en una **lucha constante** contra enemigos, internos y externos, hasta rehacer en sí mismo la unidad, y como condición para alcanzar su propia salvación y la de los demás.

"Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien" ("Gaudium et spes", Nº 37).

Aquella escena evangélica, de impresionante dramatismo, en que aparecen Cristo y Satanás, cuerpo a cuerpo, en misterioso duelo en el desierto, es la imagen más realista de la vida auténticamente cristiana, al par que una demostración elocuentísima de que "es preciso vivir el cristianismo -son palabras de Pablo VI- con fortaleza y con una **conciencia militante**". Es el **"programa nuevo"**, como decía el Papa en otra ocasión: "Es preciso llegar a una **expresión militante y social** de vuestro catolicismo, en un mundo atravesado por formidables fuerzas, despiadadamente coherentes y corrosivas. Es necesario no sólo pensar en vivir rectamente, sino que **urge combatir denodadamente...**" (1-IX-59).

Este deber ineludible es una exigencia del sacramento del **bautismo**, por el que nos incorporamos a Cristo, renunciando a Satanás, a sus pompas y a sus obras. Pero más aún del sacramento de la confirmación, por el que recibimos la fuerza del Espíritu Santo y fuimos ungidos como soldados de Cristo Rey e "inscritos" en su espiritual milicia: "Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre" (Ejercicios Nº 95).

¿Cuáles son estos enemigos?

- Unos son **internos**: el orgullo de la **carne** (sensualidad) y el orgullo del **espíritu** (soberbia).

De este orgullo nace la triple concupiscencia: codicia de **riquezas**, de **placeres** y de **honores**; "... y

de estos tres escalones induce (el demonio) a todos los otros vicios" (Nº 142).

- Otros son **externos**: el **mundo** (ambiente) y el **demonio** (espíritu personal).

La **raíz próxima** del espíritu militante es la virtud de **esperanza,** "pasión de combate" del apetito irascible, informada por la gracia, que nos hace **reaccionar** ante un bien posible pero ausente y difícil de alcanzar.

Luchamos **porque** y en la **medida** en que hay obstáculos que se interponen en nuestro camino hacia el Sumo Bien, que es Dios. "Al vencedor, lo haré sentar conmigo en mi trono" (Ap 3,21).

La **raíz última** es la **caridad** hacia Dios y hacia los hombres por amor a Dios.

Luchamos contra el mal porque amamos el bien.

Esta lucha, en un mundo surcado de "**redes y cadenas**", como dice San Ignacio, "no dejando (el demonio) provincial, lugares, estados ni personas algunas en particular..." (Nº 141), es consiguientemente signo, efecto, garantía y estímulo, a un tiempo, de la caridad.

El **fin inmediato** de nuestro combate espiritual debe ser **la paz de Cristo**, fundada sobre la verdad, la justicia, la caridad y la libertad.

Somos pacificadores, no "**pacifistas**". Paradójicamente, Cristo, Príncipe de la paz, afirmó: "No vine a traer la paz sino la espada" (Mt 10,34). Porque Jesús es "signo de contradicción" y "causa de caída y de elevación para muchos en Israel"(Lc 2,34). Porque -dice Jesús hablando de sí mismo- "el que caiga sobre esta piedra se hará daño, y aquel sobre quien ella caiga será aplastado" (Lc 20,18).

Y el **fin último** no ha de ser otro que la **mayor gloria de Dios**. ¡¿Quién como Dios?! Cuando el dulcísimo Jesús arrojó a los vendedores del templo, sus discípulos -dice San Juan (2,17)- "se acordaron de las palabras de la Escritura:

El celo de tu casa me consume".

En una palabra, sin milicia (Job 7,1), ¡bien entendida!, es decir, con espíritu sobrenatural (no por temperamento ni torcidas intenciones) y **prudente** –tanto cuanto, ni más ni menos- la santidad como el apostolado son una utopía.

La palabra de Jesús es clarísima y doblemente "comprometedora": "El que quiera seguirme, que **renuncie a sí mismo**, que cargue su cruz y me siga" (Mt 16,24). "Yo renegaré, ante mi Padre, que está en los cielos, de aquel que reniegue de mí **ante los hombres**" (Mt 10,33).

II- Táctica de los dos caudillos

- **Cristo**, con su ejemplo y el auxilio de su gracia nos ayuda, fuerte y suavemente, a la conquista de **nuestro interior**. Para vencer los obstáculos que impiden en nosotros la **expansión de su amor**, nos enseña a abrazarnos con la cruz de la **mortificación**, de la **pobreza**, y de la **humillación**, condición para ser sus discípulos y entrar en su Reino. La santidad es el triunfo de Cristo Rey en un alma que se le somete libre y amorosamente. Y Jesús "a quien han sido dadas en herencia todas las naciones" (Sal 2,8), me invita también a cooperar con El, en su Iglesia, a la **conquista espiritual** del mundo... contra el "mortal enemigo de nuestra naturaleza humana" (Nº 136). Precisamente, una de las **señales** de la venida del Reino mesiánico es la expulsión de Satanás, el "Príncipe de este mundo": "Porque el misterio de la iniquidad está ya en acción. Sólo falta que el que lo retiene sea apartado del medio" (2 Tes 2,7).

- **El Maligno**, ("Mi nombre es Legión, porque somos muchos": Mc 5,9), junto con sus "aliados": el mundo y la carne, actúa en nosotros en un **triple campo:**

- en la **inteligencia**, a través del **error** y del confusionismo doctrinal;

- en el **corazón**, por medio del **pecado**, y de la relajación moral;

- en el **orden político-social**, por la dialéctica y la "**Revolución**".

Frente a este hábil, pegajoso e incansable enemigo se impone un **triple combate**:

- por la **verdad** (natural y revelada): **lucha doctrinal**;

- por la **santidad**: **lucha ascética**;

- por la **unidad y la paz**: **lucha político-social**.

El demonio suele emplear una doble táctica (según el grado de vida espiritual y según las circunstancias):

- a veces actúa **abiertamente**, tal como es, con sus medios brutales y sus fines perversos;

- otras veces, ¡y entonces es muchos más peligroso!, "se disfraza de ángel de luz" (2 Co 11,14) para engañar... va echando sutilmente "redes y cadenas" para enredarnos y esclavizarnos, sirviéndose de cosas buenas, útiles y aun necesarias (como los bienes materiales y los honores).

Sabe muy bien entrar con la "nuestra"... para, **poco a poco**, salirse con la "suya"... y esto trata de hacerlo en secreto, sin llamar la atención, para no ser descubierto...

Nos inspira **pensamientos buenos** y santos, da consuelos falsos, razones aparentes... para terminar quitándonos el ánimo, la alegría y la paz.

Examina nuestro **temperamento** y nuestras **virtudes**, a fin de batirnos por el punto más débil.

A los **malos**, procura entretenerlos y conservarlos en sus errores y pecados, atizando su sensualidad y su orgullo.

A los **buenos**, y de una manera especial a los que ocupan puestos de **responsabilidad**, trata o de "**acomplejarlos**" con "medias verdades" (con pretexto de equilibrio y de caridad) o de **endurecerlos** (con pretexto de ortodoxia y de verdad): hay **complejos de duda**: inseguridad y confusionismo doctrinal, miedo a equivocarse, a definirse, "moda" intelectual de subjetivismo

y relativismo... complejos de inferioridad ante el mundo: miedo de "chocar", de comprometerse, de ser

"clasificados" en una u otra tendencia, respetos humanos, prurito y "moda" de "agradar" a todos, silencio culpable, conformismo ante el mal... complejos de **novedad**: vergüenza de parecer "anticuados", desprecio por el pasado, fiebre de novedades, psicosis de cambio de métodos y de estructuras...

A otros, en sentido contrario, trata de **obstinarlos** en sus ideas, que consideran infalibles. Son los "profetas de calamidades" que, amargados por el pesimismo, miran con desconfianza y enfado todo lo nuevo; son los que nada tienen que corregir; tan seguros de sí mismos que llegan, en nombre de la ortodoxia (!), a criticar al Papa, a la Iglesia... No han "tragado" del todo al Concilio. "Reformistas" inflexibles que resisten al Espíritu Santo...

El demonio es sumamente inteligente:

A las **ideas malas** sabe revestirlas de palabras ortodoxas para hacerlas amables. Así, por ejemplo, a la apostasía de la fe la llamará, "libertad de pensamiento"; al falso irenismo, "diálogo"; a la relajación, "adaptación"; al naturalismo, "apostolado"...

A las **ideas buenas** les pone una "etiqueta" despectiva para hacerlas odiosas: a los firmes en la fe los llamará "exaltados"; al "aggiornamento" preconizado por el Concilio lo llamará "progresismo"; a la lucha por la verdad, "integrismo" y "triunfalismo"; al Magisterio de

la Iglesia, "oscurantismo"...

"Entretiene" con cosas buenas pero secundarias, para hacer **olvidar las esenciales** y urgentes. Hablará más de adaptación que de renovación, de estructuras más que de vida interior, de los derechos del hombre más que de los Derechos de Dios...

¡Tiene buena "puntería"! Y sabe muy bien adónde dirige los "tiros": a la filosofía escolástica, al celibato sacerdotal, a la obediencia, a la autoridad, al sacramento de la Eucaristía, a la Virginidad de María, al dogma del pecado original... ¡Se nota que le "molesta" la luz y el misterio de la Cruz!

¡Y a cuántos incautos está engañando con una falaz interpretación del Concilio, con el cual se intenta a veces justificar cualquier extravagancia de la mente y desorden del corazón!

Es un especialista en **"mimetismo"**... He aquí una elocuente cita de "la Pasionaria", uno de los viejos líderes del comunismo: "Actualmente nosotros sabemos que por la fuerza nada podemos conseguir. Pero existen otros medios para conseguir la victoria: **mezclarnos** con los católicos. Invocando el nombre de Dios los podremos manejar. Por ello es necesario no herirles en sus sentimientos católicos hasta que nosotros podamos imponer nuestra ley". ¡El párrafo invita a la reflexión!...

III - Nuestras armas

-Sólida formación **doctrinal** (filosófica y teológica), siguiendo ciegamente a la Iglesia,

"columna y firmamento de la verdad" (1 Tim 3,15).

-Sólida formación **político-social**, a la luz, sobre todo, de las grandes encíclicas pontificias y de la

Constitución "Gaudium et spes", para el restablecimiento del **Reinado Social** de Jesucristo:

"Adveniat regnum tuum".

- Sólida **formación espiritual** (ascético-mística). **Esto en primer lugar**.

Vida profundamente **evangélica**. **Mucha caridad**, teniendo siempre en cuenta el "Presupuesto" de

los Ejercicios.

El Espíritu Santo nos asiste con sus **dones**, que perfeccionan las virtudes infusas. Nuestro combate será **según el espíritu de Dios** si está animado especialmente por los dones de **fortaleza**, de **consejo** y de **piedad**. De otra manera mereceríamos la reprensión que Jesús dio a los "hijos del trueno", Santiago y San Juan (Lc 9,55), y a Pedro: "Envaina tu espada, porque los que se sirvieren de la espada, a espada morirán" (Mt 26,52). Nuestra lucha está fundada, no en el odio ni en la violencia, sino en la paz y en el amor.

El mejor homenaje que podamos rendir, en este mes, a nuestro Rey y Señor será la perfecta asimilación de esta página inmortal de los Ejercicios, junto con las "Reglas de discreción de espíritus y "Para sentir con la Iglesia".

Las palabras del príncipe de los Apóstoles son graves: "Sed sobrios y estad siempre en guardia, porque vuestro enemigo, el demonio, ronda como un león rugiente buscando a quién devorar. Resistidlo firmes en la fe" (1 Pe 5,8).

Y la parábola del trigo y de la cizaña (Mt 13,24-30) no fue dicha sin razón...

No es tiempo ya de "dormir"... ¡Es la hora de la vigilancia y de la acción...!

(1969)

6 Padeció bajo Poncio Pilato

El Evangelio es un Libro histórico, escrito por hombres e "inspirado" por Dios. Pero es también un Libro "vivo", que no se ha terminado de escribir aún, sino que seguirá escribiéndose ininterrumpidamente hasta la consumación de los siglos.

"Todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes ha llegado el fin de los tiempos" (1 Cor 10,11).

La Biblia es como una profecía en acción. Aquellos personajes no han muerto viven todavía, viven entre nosotros, ¡viven "dentro" de nosotros!...

Es la Historia, que siempre se repite, no a causa de un determinismo histórico, sino por libre voluntad del hombre, caído en el pecado y redimido por Cristo.

¡La Historia que es maestra de la vida! ¿Quién no ha representado alguna vez, por ejemplo, el papel de Caín o de Abel, de Juan o de Judas, de Pedro o del Bautista, de la Samaritana o de Magdalena, de Herodes o de Pilato...?

En este Gran Drama de la Historia de la Salvación nadie puede ser mero "espectador"...

Queramos o no, todos somos "protagonistas".

El premio o el castigo que todo hombre recibirá del Divino Juez (Mt 25) dependerá, en definitiva, del papel que cada cual haya elegido, o, mejor dicho, del modo como lo haya representado.

Calderón de la Barca, en "El gran teatro del mundo", pone en boca de Dios estas palabras:

"Pues para grandeza mía
aquesta fiesta he trazado;
en ese Trono sentado,
donde es eterno mi día,
he de ver mi Compañía.

¡Hombres que salís al suelo
por una cuna de yelo,
y por un sepulcro entráis,
ved cómo representáis,

que os ve el Autor desde el cielo..."

Vayamos al Evangelio... Hay un personaje, tristemente famoso, que merece ser destacado, por su pintoresca fisonomía y, sobre todo, por ser uno de los que más imitadores tienen hoy día.

Se trata de **Poncio Pilato**, Procurador romano. ¿Qué nos dice la Sagrada Escritura?

En síntesis, lo siguiente: Era un hombre bueno (mejor sería decir que "no era malo"), que reconoció pública y reiteradamente la inocencia de Cristo y quería librarle de los judíos... pero que termina por compararlo con Barrabás (un bandido y homicida), que lo manda azotar y coronar de espinas y, finalmente, que lo entrega en manos de sus enemigos para ser crucificado.

¿Cómo se explica esto? Por un doble y fundamental pecado, con respecto a la inteligencia y con respecto a la voluntad. Por una parte, falta de doctrina. Por otra parte, falta de fortaleza. Escepticismo y debilidad: dos pecados de fatales consecuencias.

¡El resultado... ya se puede adivinar! ¡Cristo condenado a muerte!

Es curioso observar que el único nombre (a excepción del de la Virgen) que se menciona en el CREDO, es precisamente el de Poncio Pilato, ¡que tanto hizo sufrir a Cristo!

Pilato es el símbolo o encarnación del llamado (abusivamente) **"catolicismo-liberal"**, uno de tantos "binomios forzados", que encierran contradicción y harían enrojecer de vergüenza a Cristo y a todos los Santos.

"No es únicamente el recuerdo de un hecho histórico -dice Fulton Sheen- sino también una profecía de lo que sucederá siempre a Cristo en su Cuerpo Místico".

¿Qué es la Verdad?

En primer lugar, a Pilato no parece interesarle mucho la verdad.

Jesús le dice: "Todo el que es de la verdad oye mi voz" (Jn 18,37).

Responde el romano: "¿Y qué es la verdad?" "Y dicho esto, salió de nuevo a los judíos" (Jn 18,38).

¿Es Pilato un ignorante, un escéptico, o un librepensador?... ¿Pregunta en serio qué es la verdad, con ansia de conocerla, o más bien la niega despectivamente, o tal vez se ríe burlonamente de ella porque en el fondo sabe o presiente que existe, pero le molesta y la teme y acosado por ella hace lo imposible por escapar?...

Sea lo que fuere, el caso es que Pilato no quiere esperar la respuesta... ¡qué ocasión perdida para escuchar una **definición esencial** de labios de Aquel que es la misma Verdad, Increada, Inmutable, Eterna!

¿Qué es la Verdad? Analicemos ahora la mentalidad de los "católicos-liberales".

Tampoco parece interesarles mucho la verdad.

Según ellos, "nadie tiene la verdad". Y si alguien dice tenerla y osa afirmarla, le llaman orgulloso o exaltado.

"¡Todo es relativo!", según el punto de vista o la conveniencia de cada cual.

La verdad cambia o evoluciona con el tiempo, depende de cada época, de las circunstancias, de lo que dice la autoridad, o la mayoría, o una minoría atrevida, o cualquier pseudo-teólogo de moda, o el último "profeta" aparecido, o el que más grita...

Convierten el Dogma y la Moral en "problemática", y la fe en una "búsqueda" sin fin, en donde nada se define ni distingue, sino que todo se "cuestiona" y se pone en duda.

Sienten un mal disimulado disgusto y menosprecio por todo lo que toca a la doctrina, por las definiciones, los silogismos y las leyes de la Lógica. Llaman despectivamente "dogmatismo" a los principios.

El afán desmesurado de novedades les lleva a perder el amor, el respeto, y la docilidad al Magisterio tradicional de la Iglesia, que califican de "obscurantista" y enemigo de la ciencia, de la libertad y del progreso.

Para ellos la Iglesia "recién ahora" ha tomado conciencia de sí misma y de su misión en el mundo.

Hacen de la hipótesis una tesis, y viceversa. Confunden lo esencial con lo accidental, y con pretexto de no dar importancia a lo accidental, terminan por rechazar lo esencial.

Hacen rebajas en la verdad por "táctica", pero ocurre que la táctica termina por convertirse en "sistema".

Su lenguaje es ambiguo, complicado, vacío.

Interpretan la Palabra de Dios a su manera, despojándola generalmente de su carácter netamente religioso y sagrado, y dándole un sentido puramente o principalmente social o político.

Lo que les importa no es la verdad sino la "vivencia". Más que predicar el Evangelio, "hacer experiencias".

En nombre de la caridad, de la humildad, de la prudencia, de la unidad o de la obediencia, acaban por traicionar la verdad, olvidando que la virtud no es virtud si no está fundada en la verdad.

Su doctrina es un enjambre de sofismas y medias verdades, sea por falta de Formación, sea por "segundas intenciones".

Más que los contenidos, lo que les preocupa son los métodos y las técnicas, que cambian por el gusto de cambiar.

De ahí una pastoral "ruidosa" y "conmovedora", pero inconsistente e ineficaz.

Los frutos son: el confusionismo y la flojedad.

Todo lo dicho (y muchas cosas más) es una prueba manifiesta de lo que con razón se ha llamado "crisis de la inteligencia", atacada, hoy como ayer, por el virus del Modernismo.

El Papa San Pío X en su monumental encíclica Pascendi (tan actual como olvidada) alzó su voz de vigilante Pastor con estas palabras, que parecen escritas también para nuestra época: "Lo que sobre todo exige de Nos que rompamos sin dilaciones el silencio, es la circunstancia de que al presente no es menester ya ir a buscar a los fabricantes de errores entre los enemigos declarados; se ocultan, y esto es precisamente objeto de grandísima ansiedad y angustia, en el seno mismo y dentro del corazón de la Iglesia. Enemigos, a la verdad, tanto más perjudiciales, cuanto lo son menos declarados. Hablamos, Venerables Hermanos, de un gran número de católicos seglares, y, lo que es aún más deplorable, hasta sacerdotes, los cuales, so pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios de Filosofía y Teología, e impregnados, por el contrario, hasta la médula de los huesos, de venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del Catolicismo, se jactan, a despecho de todo sentimiento de modestia, como restauradores de la Iglesia, y en apretada falange asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar la propia persona del Divino Reparador, que rebajan, con sacrílega temeridad, a la categoría de puro y simple hombre".

"Y se lavó las manos"

En segundo lugar, Pilato es un hombre débil.

Esta fue su segunda desgracia... La debilidad se convirtió en cobardía. La cobardía en traición. Sabía que

Cristo era inocente. Lo comprobó y lo proclamó varias veces públicamente. "De nuevo salió a los judíos y les dijo: Yo no hallo en éste ningún delito" (Jn 18,38).

Sabia también "que por envidia se lo habían entregado los príncipes de los sacerdotes" (Mc 15,10).

Quería librar a Jesús (Lc 23,20) pero tenía miedo de contrariar a los judíos...

Una frase del Evangelio lo dice todo: "Pilato, queriendo contentar al pueblo..." (Mc 15,15).

Pilato no quiere perder la "popularidad". "¡Si sueltas a ése, no eres amigo del César!" (Jn 19,12).

Tampoco quiere perder el cargo y el honor. La verdad, la justicia, el bien común, no parecen interesarle demasiado...

¡Lo importante es no perder la amistad del César! ¿Qué importa la amistad de Dios?

Pilato se ve entre la espada y la pared... Entonces comienza el diálogo, preguntando servilmente lo que tiene que hacer, a una Jerarquía relajada e indigna, y a una masa mentalizada y embrutecida.

"¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús?" (Mt 27,21).

¡Qué más da uno que otro! El populacho, naturalmente, vota por Barrabás... Pilato insiste en que

Cristo es inocente...

¡Pero el pueblo insiste más!... "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!" Pilato tiembla, suplica, cede... Y opta por la "neutralidad".

No quiere condenar a Cristo, pero tampoco "quedar mal" con la plebe.

No quiere contrariar su conciencia, pero, tampoco al "Régimen establecido".

No quiere ser injusto, pero tampoco perder la amistad del César.

"El tumulto crecía cada vez más" (Mt 27,24) y "sus voces prevalecían..." (Lc 23,23).

Al fin se le ocurrió la solución más fácil y más cómoda (¡la más criminal!): lavarse las manos, es decir, "evitar problemas". "Viendo que nada conseguía, tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre" (Mt 27,24).

¡Pero siguió manchada su alma! Es la política del "**dejar hacer**".

¡El mal avanza... y no pasa nada!, ¡nadie dice nada! ¡Horrible pecado de omisión!

Pilato no es paternal, es adulador. no es gobernante, es demagogo. no es pacificador, es pacifista. no es prudente, es cobarde. no es caritativo, es débil. no es comprensivo, es cómplice. no es ecuánime, es pluralista. no es libre, es esclavo.

no es neutral, es injusto. no es demócrata, es traidor.

Cuando la Autoridad pierde autoridad, el pueblo sufre, se rebela, se corrompe... ¡y el enemigo se aprovecha!

Porque "la corrupción de lo mejor, es la peor".

Examinemos ahora la actitud de los **católicos-liberales**, conforme a ciertos "slogans" famosos que tienen habitualmente en su boca, otras tantas "excusas" para "lavarse las manos" y así evitar complicaciones...

"No dividir"

. Su única preocupación es "no dividir", aunque sea en detrimento de la verdad, de la justicia, del orden o del bien común, y aun de la auténtica Caridad para con Dios y para con el prójimo.

Lo importante para ellos no es unir en la verdad, sino "dar una imagen" (dar la impresión) de unidad, quitando importancia y disimulando las diferencias y los errores en materia doctrinal. Es una unión artificial. "Hay que integrarse", suelen también repetir, lo cual equivale, de hecho, muchas veces, a rebajar el Ideal y renunciar a la santidad.

El que se "integra", pierde la personalidad y la libertad, convirtiéndose en masa, presionado hábilmente por cierta sospechosa "dinámica de grupo".

Y el que no se "integra", para ser fiel a Cristo, es acusado de falta de amor a la comunidad, y directa o indirectamente marginado por aquellos que se han visto puestos en evidencia y prefieren la

mediocridad.

¡El espiritual molesta en una comunidad mundana! Para los católicos-liberales no hay verdades, sino "opiniones", todas igualmente respetables y aceptables, aunque sean erróneas.

Son acérrimos partidarios de un "pluralismo" a ultranza, ideológico o práctico, linda manera de quedar bien con todos.

Para los judíos, Cristo, con una doctrina y una actitud bien definidas, era persona no grata, pues "sembraba la división" y "rompía la uniformidad". Por eso hicieron todo lo posible por presionar a Pilato y así quitárselo de encima.

En cambio, ¡cosa curiosa!, dice el Evangelio que "en aquel día se hicieron amigos Herodes y Pilato, pues antes eran enemigos..." (Lc 23,12).

¡Así es el "ecumenismo" de los católicos-liberales!

"No hacer política"

. Es el segundo "slogan". Otro pretexto para no llevar la verdad hasta sus últimas consecuencias.

Cristo en la Pasión fue acusado por tres veces de "meterse en política"

Primera acusación: "Hemos encontrado a éste pervirtiendo a nuestro pueblo" (Lc 23,2).

De modo que cuando Jesús está predicando el Evangelio, dando de comer a los hambrientos, o curando a los enfermos... ¡está pervirtiendo al pueblo!

Segunda acusación: "Prohíbe pagar tributo al César" (Lc 23,2).

¡Otra mentira! Jesús pagó el tributo (Mt 17,27) y mandó "dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mc 12,17), aunque, naturalmente, el César también tiene que dar a Dios lo que es de Dios, porque el César no es Dios.

Tercera acusación: "Dice ser el Mesías Rey" (Lc 23,2). Es cierto. Pero no en el sentido que ellos creían.

"Mi Reino no es de este mundo" (Jn 18,36), es decir, "como" los de este mundo, ni en cuanto a su naturaleza, ni en cuanto a su origen ni en cuanto a su fin. El Reino de Cristo no es material, sino espiritual. No es temporal, sino eterno. No es limitado, sino universal.

Pero "está" en este mundo, y estará hasta la consumación de los siglos (Mt 28,20), porque "todo ha sido creado por El y para El" (Col 1,16), "y todo subsiste en El" (Col 1,17), "para que tenga la primacía sobre todas las cosas" (Col 1,18).

Jesús proclama rotundamente ante Pilato su Soberanía Absoluta, a la cual está subordinada toda soberanía humana. ¡No admite más totalitarismos que el suyo!

Por eso es condenado a muerte como "reaccionario", "desobediente a la Autoridad" y "enemigo del Pueblo".

¡La verdad resulta insoportable en el reino de la mentira! De la misma manera, para los católicos-liberales, el predicar la Realeza

Social de Cristo o el Orden social cristiano, es "meterse en política", y los que la predican son calumniados y perseguidos como perturbadores de la paz y de la unidad...

Porque para ellos, la Religión es asunto meramente privado, y la política es asunto meramente temporal.

La Religión y la política son dos Ordenes autónomos esencialmente distintos, pero el inferior debe subordinarse al superior en armoniosa síntesis. ¡Existe una teología de la política!

La Iglesia les ha condenado tanto el **secularismo**, que desacraliza a la Iglesia, como el **racismo** que diviniza a la Patria.

La política no puede "desentenderse" de la Religión, porque no puede desentenderse de Dios.

Y la Religión no puede "desentenderse" de la política, porque no puede desentenderse del hombre.

La Religión no puede "suplantar" a la política, porque sería rebajar a Dios.

La política no puede "suplantar" a la Religión, porque sería ensoberbecer al hombre.

Una cosa llama poderosamente la atención: Y es que los católicos-liberales acusan de "hacer política" a quienes defienden la Realeza Social de Cristo; ¡en cambio, ellos no hacen política cuando dialogan, condescienden y colaboran con el capitalismo, el comunismo o la masonería!... ¡Por lo visto, eso no es hacer política! ¡Cristo Rey sigue condenado a muerte, en nombre de la libertad, de la democracia y del progreso!

Esta es la realidad.

"Ni un extremo ni otro"

. He aquí el tercer slogan. "¡Hay que rechazar todo extremismo!" -como dicen- lo cual estaría muy bien, si se tratara de dos extremos igualmente viciosos. Fuera de cuyo caso, la virtud no está en el medio (sería mediocridad) sino en el extremo. Los Santos eran extremosos, no extremistas.

Los católicos-liberales ponen en el mismo plano al que lucha por la verdad que al que lucha por el error.

Más aún, acusan de "extrema-derecha" y "ultraderechistas" a los católicos militantes, que son fieles a la verdadera Doctrina tradicional de la Iglesia, obedientes al Papa y defensores de la Realeza Social de Cristo.

Más aún, para ellos son más peligrosos y nefastos los católicos militantes que los de la "extrema-izquierda"... (¡Una izquierda "moderada" estaría bien! ...).

¡Con los sin-Dios y sin-Patria habrá probablemente más diálogo, tolerancia y comprensión! "Ni un extremo ni otro", "en todo el justo medio", "no hay que exagerar".

Lo cual equivale a decir: "Ni Cristo ni Barrabás"... **Pilato**, ¡el hombre del equilibrio!

Ni extrema-derecha, ni extrema-izquierda: -el extremo-centro! Es sin duda, la fórmula que hoy va teniendo más éxito.

Y es la más eficaz para obtener un buen puesto, y gozar de popularidad. Con el despectivo epíteto de "ultraderechistas" se pretende acomplejar, hacer antipáticos y marginar a quienes, por su investidura o responsabilidad, deberían hablar y actuar.

A la debilidad se la llama equilibrio, y a la firmeza extremismo. Desgraciadamente existe también un **liberalismo práctico**, aun en aquellos que tienen buena doctrina y son "teóricamente" antiliberales.

Son víctimas de la pereza del interés y, sobre todo, del **respeto humano**. No concuerdan sus palabras con los hechos.

"El carácter dominante en los débiles y esclavos del respeto humano es el de ser en todo conciliadores. No creáis que aborrezcan la verdad, no. Tampoco Pilato aborrecía a Cristo. Desean tan solo **no ser aborrecidos por causa de ella**.

Por eso tienen sonrisas complacientes para el error que quizás detestan en el fondo de su conciencia...

Nada de asperezas, nada de intransigencias, nada de actitudes claras y definidas... El furor, la falta absoluta de consideraciones, el despecho y los dicterios, guárdense únicamente para quienes en su polémica no se avengan a seguir ese meloso procedimiento de temperamentos y transacciones. ¡Duro con éstos!" (Sardá y Salvany, "Año Sacro").

Conclusión

"Pilato les soltó a Barrabás, y a Jesús lo entregó para que lo crucificaran" (Mc 15,15).

¡Así terminó la historia! ¡Y así se repite día tras día!...

La experiencia ha demostrado siempre que los "términos medios" no dan buen resultado.

La neutralidad de Pilato terminó en un favoritismo repugnante. Así como la laicidad de los Estados puede degenerar, tarde o temprano, en el **laicismo**, llamado por Pío XI "la peste de nuestro tiempo" ("Quas primas").

La razón nos la da el mismo Cristo: "Nadie puede servir a dos señores" (Mt 6,24).

La Realeza Social de Cristo es el gran Escándalo del siglo. Ya **Herodes** el cruel sintió pánico al oír a los Magos preguntar con santa libertad por el recién nacido Rey de los judíos (Mt 2,3). Emprendió una revolución, persiguiendo al Niño Jesús y haciendo matar salvajemente a los Santos Inocentes. **Pilato**, no menos cruel, sintió el mismo pánico al oír a Jesús proclamar solemnemente su Sagrada Realeza. Pero, calculador y cobarde, utilizó un medio "pacifico": permitir que la revolución siguiera adelante...

El resultado fue el mismo. ¿Qué vemos en las Sociedades modernas?

Entre la violencia del marxismo, por un lado; y la no-violencia del catolicismo-liberal, por otro, ¡siempre el pobre Jesús yendo y viniendo de Pilato a Herodes y de Herodes a Pilato! Es la Apostasía de las Naciones.

Los católicos-liberales no han entendido aun lo que significa la Realeza Social de Cristo.

Tiemblan asustados, como ante un fantasma, con sólo oír su nombre. Y salen con el argumento de que "no es oportuno" hablar de Cristo Rey en estos tiempos...

Primero, el silencio. Después, el cuestionamiento. Por último, el rechazo.

El enemigo disimulado y por dentro es mucho peor que el que ataca de frente y por fuera.

De ahí la fortaleza con que el gran Pontífice Pío IX desenmascaró y enfrentó a los católicos-liberales de su tiempo: "El ateísmo de las leyes, la indiferencia en materia de Religión, y esas máximas perniciosas llamadas católico-liberales, con las verdaderas causas de las ruinas de los Estados, y las que principalmente han precipitado a Francia. Creedme, el mal que os señalo es mucho más espantoso que la Revolución y que la Commune. **Siempre he condenado al liberalismo-católico, y mil veces, si fuera necesario, lo volvería a condenar**".

San Ignacio describe magistralmente en sus Ejercicios la táctica de Satanás, que se transfigura en ángel de luz:

Primero, "trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias" (Ejercicios Nº 329).

Segundo, "nos combate por la parte más débil" (Nº 327).

Tercero, procede "poco a poco" (Nº 334).

Así engañó a Pilato... Aprendamos la lección.

Necesitamos, más que nunca, sana doctrina, fortaleza a toda prueba, y mucha discreción de espíritus.

Sabemos lo que nos espera... ¡el patíbulo de la cruz! "Porque a lo que pienso, Dios, a nosotros los apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como a condenados a muerte, pues hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Hemos venido a ser necios, por amor de Cristo; vosotros sabios en Cristo; nosotros, débiles; vosotros, fuertes; vosotros, ilustres; nosotros, viles. Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez; somos abofeteados y andamos vagabundos; y penamos trabajando con nuestras manos; afrentados, bendecimos; y perseguidos, lo soportamos; difamados, consolamos; hemos venido a ser hasta ahora como deshecho del mundo, como estropajo de todos" (1 Cor 4,9-13).

Es el "Tercer grado de humildad" de los Ejercicios, consecuencia del "Llamamiento de Cristo Rey" y de las "Dos banderas".

Somos vasallos indignos de un Rey de burlas. Esta es nuestra vocación, nuestra sentencia, y nuestra gloria.

Pero la esperanza nos anima. ¡Porque "la muerte ha sido absorbida por la victoria"! (1 Cor 15,55).

(1976)

7 Herodes y Pilato

He aquí dos personajes, tan interesantes como tristemente famosos, que merecen ser estudiados detenidamente, cuando se aborda el tema de la Realeza Social de nuestro Señor Jesucristo.

El Santo Evangelio nos ha conservado sus rasgos característicos. **Herodes** es el prototipo del hombre malo, sanguinario, sensual. Enemigo declarado de Jesús, le despreció y se burló de Él, tratándole de loco -**"sprevit et illuxit"** (Lc 23,11)-. Más aún, intentó matarle -**"quia Herodes vult te occidere"** (Lc 13,31)-. En esto se mostró digno sucesor de su padre, Herodes el Grande, quien años ha había buscado también al Niño Jesús para darle muerte (Mt 2,13). El odio de Herodes contra Jesús constituyó una herencia de familia. ¿Cuál fue, a su vez, la actitud de Jesús para con Herodes...?

Como pocas veces en su vida, Cristo se mostró para con este hombre terriblemente severo.

En una ocasión llegó a llamarle "zorro" (improperio rarísimo en Jesús): **"Id y decid a ese zorro..."** (Lc 13,32).

¡Herodes no se merecía otro calificativo! Más tarde, en la Pasión, a pesar de sus muchas preguntas, Cristo no le respondió una sola palabra: "at ipse nihil illi respondebat..." (Lc 23,9).

¡Silencio de Jesús, tan desconcertante y temible como significativo y elocuente! **Pilato** no es un hombre malo, como Herodes. Ni fue perseguidor ni enemigo de Jesús. Por el contrario, después de confesar pública y solemnemente varias veces su inocencia, buscó sinceramente la manera de poner al Salvador en libertad-"... volens dimittere Jesum..." (Lc 23,20)-. Podía hacerlo: -**"¿No sabes que tengo poder pare soltarte y poder para crucificarte?"** (Jn 19,10)-.

Pilato era bueno... sí... pero **cobarde**. Hombre frío, flojo, tolerante, falsamente conciliador, demasiado condescendiente... Fue víctima de su timidez y esclavo del respeto humano...

Jesús, en un momento de la mayor trascendencia para la historia del mundo, proclamó, pública y categóricamente, delante del Presidente, su Sagrada Realeza: **"¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú lo dices, Yo soy Rey"**(Jn 18,37).

Más Pilato teme... El pueblo, alborotado, enfurecido, clama: **"Tolle, tolle, crucifixe eum!"** (Jn 19,15).

"¡Quita, quita, crucifícale!" Pilato duda, discute, cede... hasta cometer una horrorosa injusticia, mandando azotar bárbaramente a Cristo, después de pronunciar ante el pueblo estas palabras: **"Vosotros me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningún delito he hallado en él, de los que le acusáis... Por lo tanto (!), después de castigado, le dejaré libre..."** (Lc 23,13 ss.).

El pueblo sigue insistiendo, insatisfecho, y pide la pena de muerte... Y Pilato encuentra una solución tan cómoda como cobarde. **"Viendo que no adelantaba nada, sino que el tumulto aumentaba** -nos dice el Evangelio- **tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Soy inocente (!) de la sangre de este justo. Vosotros veréis..."** (Mt 27,24).

... y entregó a Jesús para ser crucificado (cfr. Jn 19,16). ¡Así terminó el "bonachón" de Pilato, lo mismo que el cruel Herodes, procurando la muerte de Cristo! ¡Y el buen Jesús recorriendo las calles de la ciudad, de Pilato a Herodes, y de Herodes a Pilato...!, y - ¡cosa curiosa! - nos dice la historia que, desde aquel entonces, estos dos hombres, antes enemistados entre sí, "se hicieron amigos..." (Lc 23,12).

Comunismo y Liberalismo

La Historia de la Pasión no terminó con la muerte de Jesús... La Pasión continúa a través de los siglos en su Cuerpo Místico, la Iglesia.

Nuevos Herodes y nuevos Pilatos se van sucediendo, crueles conculcadores de la Soberanía Social de Jesucristo, al grito de "nolumus hunc regnare super nos" (LC 19,14): **"¡No queremos que éste reine sobre nosotros!"**

Se ha dicho que la quinta nota de la Iglesia es **"perseguida"**. Es verdad. Es Cristo mismo quien había profetizado a su Iglesia: **"Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros"** (Jn 15,20). Y las palabras de Jesús se vienen cumpliendo al pie de la letra... ¡Cuántos Herodes, cuántos Pilatos, han buscado su destrucción y su muerte!

Nuevos Herodes.

Repasemos la Historia de la Iglesia... Echemos una mirada sobre sus páginas, desde la historia de las persecuciones hasta nuestros días..., pasando por los cismas y las herejías, la pseudo-reforma, las investiduras, los atentados contra los Estados pontificios..., la Revolución... y las revoluciones..., las sociedades secretas... y las menos secretas...

Y, por encima de todo, como el conglomerado de todos los males, ese azote devastador del comunismo materialista y ateo, nuevo y supremo Herodes, llamado con acierto "la Anti-Iglesia".

Creo innecesaria la prueba de esta afirmación. Léase y reléase la encíclica "Divini Redemptoris" del inmortal Pío XI. Por ser todavía reciente, permítasenos transcribir a continuación unas líneas del citado documento, referentes al caso de nuestra guerra: **"Donde, como en nuestra carísima España, el flagelo comunista no ha tenido todavía tiempo de hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado en cambio con una violencia más feroz. ¡No se ha destruido una que otra iglesia, uno que otro claustro, sino que, cuando ha sido posible, destruyó todas las iglesias, todos los claustros y todo vestigio de religión cristiana aun cuando estuviesen vinculados con los más insignes monumentos del arte y de la ciencia! El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y de religiosas, dando caza particularmente a los religiosos y religiosas que se dedicaban con mayor empeño al bien de los obreros y de los pobres, sino que ha hecho un número mucho**

mayor de víctimas entre los laicos de toda clase y condición, que, diariamente, puede decirse, son asesinados en masa por el solo hecho de ser buenos cristianos o al menos contrarios al ateísmo

comunista. Y esta espantosa destrucción se ha llevado a cabo con un odio, una barbarie y una ferocidad que se consideraban imposibles en nuestros tiempos. No puede haber hombre privado que piense serenamente, ni hombre de Estado consciente de su responsabilidad, que no se estremezca al pensar que cuanto hoy acaece en España se repita quizá mañana en otras naciones civilizadas".

No obstante, podría alguno, tal vez, ingenuamente pensar que eso era el comunismo de antes..., pero que hoy día no es tan feroz como lo pintan... A esos tales les responde el mismo Papa Pío XI, un poco más adelante: "...

En un principio, el comunismo se mostró como era, en toda su perversidad, pero bien pronto percatóse de que de esa manera alejaba de si a los pueblos, por lo cual ha cambiado de táctica y procura atraerse a las muchedumbres con diversos artificios y escondiendo sus designios tras ideas que en si son buenas y atrayentes. Así, viendo el común deseo de paz, los caudillos del comunismo se fingen los más celosos fautores y propagadores del movimiento por la paz universal, pero al mismo tiempo azuzan para una lucha de clases que hace correr ríos de sangre, y sintiendo que no tienen una garantía interna de paz, recurren a ilimitados armamentos. Bajo varios nombres que ni remotamente aluden al comunismo, fundan asociaciones y periódicos que sirven únicamente para hacer penetrar sus ideas en medios de otro modo poco accesibles a ellos; más aún, procuran con perfidia infiltrarse en asociaciones católicas y religiosas. Aquí sin ceder en nada de sus perversos principios, invitan a los católicos a colaborar con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas del todo conforme con el espíritu cristiano y con la doctrina de la Iglesia. Allá llevan la hipocresía hasta hacer creer que el comunismo en países de más fe y de más cultura tomará un aspecto mitigado, no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de conciencia. Hay algunos también que, refiriéndose a ciertos cambios introducidos recientemente en la legislación soviética, deducen que el comunismo está por abandonar su programa de lucha contra Dios.

Procurad, Venerables Hermanos, que los fieles no se dejan engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún campo la colaboración con él de parte de los que quieren salvar la civilización cristiana. Y si algunos, inducidos en error, cooperaran en la victoria del comunismo en su país, serían las primeras víctimas de su error, y cuanto más las regiones en que el comunismo logre penetrar se distingan por la antigüedad y grandeza de su civilización cristiana, tanto más desbastador se manifestará el odio de los sin Dios".

¡Cuidado, católicos militantes! ¡No seamos incautos! ¡Que Herodes, aunque se ponga careta, Herodes se queda!

... y nuevos Pilatos.

Aquí le toca el turno a los católico-liberales. No son malos, claro está, pero... ¡qué cobardes!

Dejemos al insigne polemista Sardá y Salvany la descripción de estos "hombres de bien", como él los llama irónicamente: "... no persiguen a la verdad, pero tampoco toman cartas por ella; creen que lo sumo de la prudencia consiste en una cierta neutralidad que les haga bien vistos, así de los amigos como de los enemigos; lo demás fuera, ¡líbrenos Dios!, exponerse a graves riesgos, ponerse en evidencia, comprometerse".

"...El carácter dominante en los débiles y esclavos del respeto humano es el de ser en todo conciliadores. No creáis que aborrezcan la verdad, no; tampoco Pilato aborrecía a Cristo. Desean sólo no ser aborrecidos por causa de ella. Por eso tienen sonrisas complacientes para el error que

quizás detestan en el fondo de su conciencia, como las tenía Pilato para con aquel pueblo ebrio, de quien salió a tomar consejo desde el balcón. Quisieran, por esto, que el error y la verdad viviesen amigos, hermanos, sin reñir sangrientas batallas, sin despedazarse con fieras invectivas, acordes ambos en respetar los fueros del pensamiento libre. El error, dicen, no debe ser perseguidor, y esto en él por espíritu de ilustración y de tolerancia. Tampoco, añaden, debe ser perseguidora la verdad, y esto en ella por espíritu de caridad cristiana. Nada de asperezas, nada de intransigencias, nada de actitudes claras y definidas. En todo, el equilibrio, el justo medio, el "ne quid nimis", así para el bien como para el mal. Huid las exageraciones, el celo indiscreto, las intemperancias. El furor, la falta absoluta de consideraciones, el despecho y los dicterios guárdense únicamente para quienes, en su polémica, no se avengan a seguir ese meloso procedimiento de temperamentos y transacciones: ¡Duro con éstos!" ("Año Sacro", Viernes Santo).

¡Cuántos Pilatos, Dios mío! Católicos que, pudiendo y **debiendo** reaccionar, optan por callar y disimular, so pretexto de caridad o de paz, o para no perder su posición, o para no enemistarse con nadie, o para "evitar complicaciones". Llegan a ser verdaderos "cooperadores negativos " ("mutus", "non obstans", "non manifestans", como se denominan en Teología Moral), al no impedir, cuando están obligados, el daño ajeno.

"Ceder el puesto al enemigo o callar cuando de todas partes se levanta incesante clamoreo para oprimir la verdad, propio es, o de hombres cobardes, o de quien duda estar en posesión de las verdades que profesa. Uno y otro es vergonzoso e injurioso a Dios; uno y otro contrario a la salvación del individuo y de la sociedad; provechoso únicamente para los enemigos del nombre cristiano, porque la cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos" (León XIII, Enc. "Sapientiae christianae").

Católicos que **juegan con dos caras**, como suele decirse. En su vida privada se comportan como fervientes practicantes, pero en la vida social y pública... ¡eso ya es otra cosa! Me recuerdan al bueno de Nicodemus, el cual fue a ver a Jesús... pero "de noche" (Jn 3,2) por temor de que los judíos le expulsasen de la Sinagoga.

El Papa Juan XXIII, en su mensaje de Navidad de 1960, dijo que "es culpable no solamente quien desfigura deliberadamente la verdad, sino que lo es también aquel que, por aparecer completo y moderno, la traiciona con la ambigüedad de su actitud."

Católicos, en fin, que están viendo a la Iglesia, su Madre, oprimida, vejada, calumniada... ¡y se lavan, tranquilos, las manos!

Contra éstos levanta su voz dolorida el Cardenal Ottaviani: "Pero la misma frecuencia y la inmensidad del gran crimen ha embotado, desgraciadamente, la sensibilidad cristiana, incluso en los cristianos. No ya sólo como hombres, sino ni siquiera como cristianos reaccionan, estallan en cólera.

¿Cómo se pueden sentir cristianos, si no sienten las heridas hechas al cristianismo?... El Cuerpo Místico de Cristo, que hace de cada cristiano una célula viva del Cristo en la tierra, que es la Iglesia, nunca ha sido tan golpeado y herido. Pues, si a mí me duele un dedo, todo mi cuerpo sufre; si la Iglesia sufre en tantos miembros destrozados, ¿los otros miembros pueden no sufrir? Y si no sufren, ¿qué indica esto? Que están muertos, moralmente muertos.

Se puede ser el hombre más encumbrado en la escala social, y estar muerto.

Se puede todo, menos vivir en este estado de insensibilidad. La vida se demuestra en el resentirse del dolor, en la vivacidad con que se reacciona a la herida, en la prontitud y la potencia de la reacción. Si uno no reacciona está totalmente perdido" ("El Baluarte").

¡Desdichados Pilatos! No negáis quizás la Realeza Social de Cristo, pero tampoco la defendéis, tampoco la proclamáis..., porque -decís- "no es oportuno"... Y calláis: "Canes muti", os llamaría Isaías (56,10): "Perros mudos, impotentes para ladrar". ¿A quiénes, sino a vosotros, se dirigió Cristo, cuando dijo: **"Si alguno se avergonzare de confesarme delante de los hombres, yo también me avergonzaré de confesarle delante de mi Padre, que está en los cielos"?** (Mt 10,33)

Ante tamaña rebelión de tantos Herodes y Pilatos contra la Realeza de Jesucristo, no podemos menos que exclamar con el salmista: "Quare tumultuantur gentes..." (Sal 2): **"¿Por qué se alborotan las gentes y los pueblos meditan proyectos vanos? Álzanse los reyes de la tierra y los príncipes conspiran de consuno contra el Señor y contra su Cristo: ¡Rompamos las cadenas y arrojemos de nosotros sus lazos!"**

Más no temamos. El real Profeta continúa diciendo: **"El que mora en los cielos se ríe, el Señor se mofa de ellos. Entonces les habla con su ira, y con su furor los aterra: Yo he constituido a mi Rey sobre Sion, mi monte santo"**

Sirvan estas líneas de humilde desagravio, al mismo tiempo que de entusiasta homenaje a la Realeza Social de Jesucristo, en medio de un mundo en que abundan los Herodes y Pilatos. Hoy, como ayer, mejor dicho, **hoy más que ayer**, y más que nunca, es oportuno hablar y predicar la Realeza de Jesucristo. Porque **"cuanto más se pasa en vergonzoso silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, así en las reuniones internacionales como en los Parlamentos, tanto más es necesario aclamarlo públicamente, anunciando por todas partes los derechos de su real dignidad y potestad"** (Pío XI, "Quas primas").

(1963)

8 Rey Crucificado

San Ignacio concluye las contemplaciones de la Primera Semana con aquel encendido coloquio de misericordia: "Imaginando a Cristo N.S. delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Creador ha venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere" (Ejercicios Nº 53).

Vamos, pues, con la gracia de Dios, a discurrir por lo que se ofreciere, teniendo en cuenta, ya de entrada, que estamos frente aun tremendo Misterio y que, por lo tanto, sólo la fe puede hablar... mientras los labios balbucean, el corazón tiembla, la razón enmudece.

Dice el Evangelio que, desde la hora de sexta hasta la hora de nona, "las tinieblas cubrieron toda la tierra" (Lc 23,44).

Aquellas mismas tinieblas nos envuelven ahora a nosotros, cuando, después de veinte siglos, intentamos comprender lo incomprensible y explicar lo inexplicable.

¡Cristo crucificado! Estamos tan acostumbrados a ver crucifijos por todas partes, que ¡ya no nos impresionan!, ¡tenemos tantos!

¡La maldita rutina todo lo estropea! La cruz sigue siendo para muchos una locura y un escándalo (1 Cor 1,23), en definitiva, un absurdo, un estorbo intolerable.

Para otros no deja de ser más que un adorno, un objeto "decorativo", apto para lucirlo o regalarlo.

Y no faltan quienes se resignan a llevar una cruz sin Cristo, tan fría, pesada y pesimista, como la Religión que profesan.

Nosotros tenemos que mirar la cruz de otra manera. "Es necesario -dice San Buenaventura- que todo el que quiera conservar en sí inextinguible la devoción, tenga frecuentemente, y aun de continuo, ante los ojos del alma, a Cristo como muriendo en la cruz".

No "muerto", sino "**muriendo**"... ¿Nos hemos detenido alguna vez a mirar, despacio y sin apuro, algún devoto crucifijo?

¿O es que tampoco tendremos tiempo? Pues hagámoslo ahora, con imaginación y con fe, atenta y piadosamente, tratando de leer en ese libro abierto, que eso es el Corazón de Cristo traspasado por la lanza. Y haremos, sin duda, grandes descubrimientos… ¡A ver si así, comiendo con ansia de este Fruto bendito del vientre virginal de María, colgado de la cruz, cual nuevo árbol de Vida, se abren de una vez nuestros dormidos ojos!, alcanzamos, ¡por fin!, la verdadera sabiduría, y volvemos a nuestra vida diaria, dándonos, como el centurión, golpes de pecho. ¡Cómo cambiaría nuestra vida! ¡Y qué apostolado tan fecundo!

Primera verdad: "La vida temporal tiene un sentido de expiación".

Es un **hecho** incuestionable, del cual tenemos que partir, que el **dolor** es propiedad inseparable de la condición existencial del hombre, mientras vive en este mundo.

Y todo intento, por bien intencionado que sea, de echar por tierra este principio, sería tan vano como inútil. Más aún, perjudicial.

"¿Qué le queda al hombre de todo su afanarse y fatigarse con que debajo del sol afanó? Todos sus días son dolor, y todo su trabajar fatiga, y ni aun de noche descansa su corazón" (Ecl 2,22-23).

Desde siempre ha preocupado y atormentado al hombre el **problema del Dolor,** verdadero enigma indescifrable para la razón.

Piénsese, por ejemplo, en sistemas como el maniqueísmo, el estoicismo, el epicureísmo, el positivismo, el evolucionismo.... ¡Es inútil! Ni la filosofía podrá explicarlo, ni la ciencia, ni la técnica, ni todo el progreso inimaginable podrán suprimir totalmente el dolor, que acompañará al hombre hasta la tumba.

"Dispón y ordena todas las cosas según tu querer y parecer, y no hallarás, sino que has de padecer algo, o de grado, o por fuerza, y así siempre hallarás la cruz, puse o sentirás dolor en el cuerpo o padecerás tribulación en el espíritu" (Imitación de Cristo II, 12).

Aquí surge, amenazadora, una clásica **objeción**: "O Dios **quiere** el dolor, y entonces no es infinitamente bueno. O Dios no lo quiere, pero **no puede** remediarlo, y entonces no es todopoderoso".

¡Frágil dilema, que se rompe en mil pedazos ante el Misterio de Dios! La existencia del dolor **no contradice** ni a la Bondad ni a la Omnipotencia de Dios. Vayamos por partes. **No se opone a la Bondad**, porque Dios no quiere el dolor por sí mismo (que, de suyo, es un mal); únicamente lo permite (lo quiere, en cierta manera) con el fin de sacar algún bien.

Oigamos a San Agustín:

"El Dios todopoderoso, a quien, como lo reconocen los mismos infieles, pertenece el dominio soberano de todas las cosas, porque es sumamente bueno no toleraría jamás la existencia de algún mal en sus obras, si su omnipotencia y su bondad no fueran capaces de sacar el bien hasta del mal... Dios ha juzgado que sacar el bien del mal es mejor que el no permitir la existencia del mal" (Enchiridion, 11).

Más aún. El dolor es un mal en el Orden Natural, ya sea físico o moral. No así en el **Orden Sobrenatural**.

"Yo he meditado frecuente e intensamente sobre el sufrimiento. He llegado a convencerme de que es

lo único sobrenatural que hay en la tierra. Lo demás es humano. Hay en todo cristiano un hombre de dolores, y este es Dios" (León Bloy).

Muchos creen que el dolor es un mal, y el placer un bien. Depende. Hay dolores buenos y placeres malos.

¡Cuántos se habrán salvado, gracias al dolor, cristianamente aceptado! ¡Y cuántos se habrán condenado por un maldito placer! Más todavía.

Ocurre que, a veces, los hombres tienen una **idea completamente equivocada**, o al menos, inexacta, de la bondad, y más concretamente de la Bondad de Dios.

Ser bueno es querer y hacer el bien a los demás. Aunque ese bien, en ciertas ocasiones o por diversas razones, duela o produzca sufrimiento.

Ser bueno es dar a los demás lo que necesitan o les conviene, no precisamente lo que les gusta, o se les antoja.

¿Será malo un padre o una madre porque castiga con justicia al hijo, con el fin de enderezarlo por el buen camino?

¿Será malo el médico porque hace sufrir al enfermo para extirpar el tumor maligno y devolverle la salud?

¿Y será malo el Señor porque nos carga con su cruz para salvarnos? Dice Jesús: "Yo a los que amo, reprendo y corrijo" (Ap 3,19).

Que es aquello del refrán: "Quien bien te quiere, te hará llorar". Se cuenta en la vida de Santa Teresa de Ávila que estándose quejando amorosamente a Dios N.S. por sus grandes y continuos sufrimientos, Jesús le respondió: "¡Así trato Yo a mis amigos!" Y la Santa contestó con su natural gracejo: "¡Por eso tienes tan pocos!"...

"¡Todo es gracia!" solía repetir la pequeña Teresa. Es verdad. Si sabemos sufrir con amor, y "hacer de necesidad virtud".

Porque como dice el Apóstol, "todo coopera al bien de aquellos que aman a Dios" (Rom 8,28).

En cuanto a la **Omnipotencia** divina, es evidente que Dios podría, si quisiera, eliminar de raíz el dolor.

Lo hará para los predestinados (no para los condenados), pero no en esta vida, sino **en la otra**.

Mientras tanto, prefiere manifestar su Omnipotencia **de otro modo**. ¿Cómo? **Venciendo desde la cruz**, que es mucho más maravilloso que caminando sobre la tierra, como El mismo dijo: "Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, **entonces** conoceréis que soy Yo" (Jn 8,28). Que equivale a decir, según San Juan Crisóstomo: "Cuando me hubiereis crucificado, y penséis que me habéis vencido, **entonces conoceréis mi poder**". Dios prefiere manifestar su Omnipotencia, **asumiendo, no suprimiendo el dolor**, haciéndose hombre por nosotros, y rescatándonos, no sólo a título de misericordia (ahorrándonos todo dolor), sino también a título de **justicia**, cargando con todos nuestros dolores y pecados, para reconciliarnos con su Padre, y de esa manera, no sólo nos **perdonó** sino que nos **dignificó** y nos **educó**, enseñándonos a obrar con sentido de responsabilidad y, si

pecamos, a reparar y a cargar varonilmente con las consecuencias.

"A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros para que en El fuéramos **justicia** de Dios" (2 Cor 5,21).

Sus enemigos blasfemaban y se burlaban de El: "¡Si eres Hijo de Dios, baja de esa cruz!" (Mt 27,42). "¡Salvó a otros, y a sí mismo **no puede salvarse**! ¡Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creeremos en El!"...

¡Es el desafío del mundo carnal e incrédulo! ¡Precisamente porque es el Hijo de Dios, **no quiere, pudiendo**, bajar de la cruz! Jesús mostrará nuevamente su Omnipotencia en su gloriosa **Resurrección**, y en la nuestra, triunfando del dolor y de la muerte.

El también lanzó su desafío a los judíos: "¡Destruid este templo, y en tres días le reedificaré!" (Jn 2,19).

Entonces, concretamente, ¿**por qué y de dónde** proviene el dolor?

La **fe** nos lo dice: el dolor es efecto y castigo del **pecado**. La culpa de la existencia del dolor no la tiene Dios, sino el **hombre**.

Dios había creado al hombre impasible, en aquel dichoso estado llamado de "justicia original".

Adán pecó y la reacción de Dios enojado no se hizo esperar.

"¡**Por ti** será maldita toda la tierra! ¡Con trabajo comerás de ella el resto de tu vida!" (Gén 3,17).

La mujer pecó también, y escuchó, aterrada, la sentencia divina: "¡Parirás con dolor los hijos, y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará! "(Gén 3,16).

Perdieron la justicia original, y, aunque Dios les perdonó y les prometió el Mesías, los maldijo y los echó del paraíso.

¡Con el dolor tuvieron que **expiar** su pecado, y pagar su **orgullo** y su **desobediencia**!

El pecado puso y pone en violencia a toda la creación, que "hasta ahora gime y siente **dolores** de parto" (Rom 8,22).

También la Iglesia, figurada en la Mujer del Apocalipsis, "estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir" (12,2).

¡Quien ha ofendido a Dios, aunque no fuera más que una sola vez, **no tiene derecho a quejarse** del dolor!

Pero Dios, ¡que es más Padre que todos los padres!, "no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por nosotros" (Rom 8,32) y en Él nos justificó.

El profeta Isaías con patético lirismo describe así al Redentor prometido: "¡Despreciado y abandonado de los hombres, **varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento**... fue El ciertamente quien soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores... y en sus llagas hemos sido curados!" (Is 53,3-5).

El Plan de Dios es inobjetable.

Hay una expresión típica que se repite, una y otra vez, en el Evangelio: **"Es preciso"**.

"Comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del hombre padeciese mucho..." (Mc 8,31).

El Nuevo Adán vino a beber el cáliz que no quiso beber el primero: "El cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?" (Jn 18,11). Cristo no se excusó, como nuestros primeros padres, y "en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia" (Heb 12,2).

Jesús **quiso sufrir** voluntariamente la tristeza, el miedo, la soledad, el tedio, la traición, el abandono, la vergüenza, la indiferencia, la fatiga, el insulto, la calumnia, la injusticia, el odio, la envidia...

San Ignacio en los Ejercicios resume así toda la vida de Cristo: "Mirar y considerar lo que hacen (la Virgen y San José), así como es el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos, de hambre, de sea, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí" (Nº 116).

Cristo vino a **santificar el dolor**, haciendo de él instrumento de nuestra salvación y signo del Amor de Dios.

Pero falta una condición: **Compartir su Sagrada Pasión**.

Es decir, "completar en nuestra carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).

O, en términos ignacianos, sentir "dolor **con Cristo** doloroso, quebranto **con** Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí" (Nº 203).

Somos almas corredentoras, y "sin efusión de sangre no hay remisión (de los pecados)" (Heb 9,22).

Del Corazón de Cristo **"brotó sangre"**. El Evangelio está teñido de **sangre**. Sobre el altar hay derramamiento de **sangre**.

"Notemos un hecho: las tres formas legítimas de Religión, es decir, las tres únicas maneras con que Dios ha querido ser honrado en la duración de los siglos, la patriarcal, la mosaica y la religión cristiana, todas están basadas en un **pacto** entre Dios y los hombres. Y este pacto está **sellado con sangre**. Y aquí se descubre el primer título de la dignidad y del **valor de la Sangre** Purísima de Jesucristo: es la Sangre del Pacto nuevo, del Testamento nuevo, que debe regular las relaciones de la Humanidad con Dios" (Cardenal Gomá).

¡El sufrimiento es **ley de vida**! Pero no basta sufrir. ¡Eso es fácil! ¡Hay que saber sufrir! ¡Que es lo más difícil!

Muchos sufren a la fuerza, amargados y amargando a los demás, siempre renegando, de mal humor y con mala cara, rebelándose contra Dios.

¡Sufren sin ningún mérito, haciéndose más daño, y ofendiendo y tentando a Dios!

Tenemos que aprender ese difícil "arte" de sufrir como Jesús. Es decir, **por** amor y **con** amor.

Así es mucho más fácil y ganaremos méritos. El mérito está en razón directa del amor con que se

sufre, y no precisamente del dolor, que es ocasión, no **causa**, del mérito.

Y con el amor, **el gozo**, como dice San Pablo: "¡Reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones!" (2 Cor 7,4).

¡La santidad cuesta caro! Por eso hay tan pocos Santos.

"La unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar, no consiste, pues, en recreaciones y gustos y sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual", dice San Juan de la Cruz.

Sin Cristo, el dolor es estéril. Con Cristo, es fecundo. ¡No lo desperdiciemos! ¡Sepamos aprovecharlo!

"Si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salvación de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su doctrina y con su ejemplo" (Imitación de Cristo II, 12).

¡No le demos más vueltas! La vida temporal es una vida de **expiación**. Y la **señal** del cristiano es la santa cruz.

Hoy, como ayer y como mañana y hasta la muerte.

El impío y demente Federico Nietzsche se quejaba malhumorado: "¡Casi dos mil años, y ni siquiera un Dios nuevo!"

¡Efectivamente! ¡Ni siquiera un Dios nuevo! Dios no hay más que uno.

El de siempre. ¡El **Dios crucificado**! "Stat crux dum volvitur orbis".

"El mundo pasa. La cruz permanece".

Segunda verdad: "El amor se prueba en el sacrificio".

La cruz es el símbolo del Amor. Cristo no vino a otra cosa sino a llenar un vacío de amor, el vacío del pecado; y a darnos una lección magistral, sobre el amor, desde la cátedra de la cruz.

¿Quién sufre más que el que ama? Se puede sufrir sin amar, pero no se puede amar sin sufrir.

Viendo lo que Cristo ha sufrido por nosotros, tendremos una idea, pálida, sin embargo, de lo que nos amó, como El mismo lo dijo: "Nadie ama más que el que da la vida por los amigos" (Jn 15,13). Y El dio la vida por nosotros, enemigos por el pecado.

Dos preguntas deberían golpear nuestro corazón endurecido: ¿**Quién** es el que está crucificado? ¿Y **por quién** se dejó crucificar? ¡Nada menos que Dios, Amor infinito!

¡Y por mí, más vil que un gusano! ¡¿Ha habido alguien que se haya dejado matar por mí?!

San Pablo no salía de su asombro, al exclamar: "¡Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó **por mí**!" (Gál 2,20).

Había una coplilla popular que corría de boca en boca en la España de la Edad Media, y que decía así:

"Quien no sabe de penas en este valle de dolores, no sabe de cosas buenas ni ha gustado de amores, pues penas es el traje de amadores..."

¡Qué bien lo saben los Santos y los enamorados! El amor es sacrificio, porque es **"éxtasis"**, hace salir de sí para hacerse uno con la persona amada. Lo contrario del egoísmo. El amor hace pensar continuamente en el otro y olvidarse de sí mismo. "El alma -decía San Juan de la Cruz- está más en la persona que ama, que en el cuerpo que anima". Y salir de sí exige renuncia y sacrificio.

Jesús vivía "fuera de sí". Vivía en el Padre: "Creedme, Yo estoy en el Padre, y el Padre en Mí" (Jn 14,11).

Vivía también en nosotros, sus hijos: **"Yo en ellos, y Tú en Mi"** (Jn 17,23).

De esta manera pinta San Juan de la Cruz, con su inigualable arte y maestría, los idilios de amor entre Cristo y el alma:

"Un pastorcico solo está apenado

ajeno de placer y de contento,

y en su pastora puesto el pensamiento,

¡y el pecho del amor muy lastimado...!

Y al cabo de un gran rato se ha encumbrado

sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,

y muerto se ha quedado, asido de ellos,

¡y el pecho del amor muy lastimado!"

¡La cruz es el "éxtasis" del Amor! Más todavía. Porque el amor, cuando es muy vehemente, "sale de razón" -como diría Santa Teresa- y puede llegar hasta la embriaguez, el delirio y la locura.

Locura es, a los ojos del mundo, la cruz, símbolo de debilidad, de derrota y de fracaso.

Cuenta el Evangelio que los judíos, en cierta ocasión, al ver a Jesús decían: "¡Tiene un demonio y está loco! ¿Por qué le escucháis?" (Jn 10,20).

Por eso se burlaron de Él, lo criticaron, le hicieron la vida imposible, le dejaron solo... ¡y lo mataron! "¡Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres!" (1 Cor 1,25).

"Grande era, Señor, el fuego de amor que te abrasaba, pues con el calor de tu inefable caridad así ardías en amor, que no pudiste sufrir las vestiduras, y por eso, desnudándote de ellas, tuviste por bien

de estar desnudo por mí en la cruz, como otro Noé, embriagado del vino del amor sin medida, que a tu Iglesia tenías" (Fray Diego de Estella).

El amor es la pasión más fuerte. Es "fuerte como la muerte" (Cant 8,6).

¡Es una fuerza colosal, incontenible, avasalladora!... Cristo ha sido el Hombre más **apasionado**.

Apasionado por la gloria de su Padre. Apasionado por la Verdad, la Belleza, el Bien, la Justicia.

Apasionado por su Iglesia y por la Salvación del mundo.

¡El Corazón de Cristo, de carne como el nuestro, unido hipostáticamente a la Divinidad, no podría "soportar" por mucho tiempo tanto Amor! "¡Mi corazón es como cera, que se derrite dentro de mis entrañas!", exclama Jesús desde la cruz (Sal 21,15).

El amor es un **Sí** rotundo e incondicional a Dios, con todas sus consecuencias... Y la primera consecuencia es un **No** tajante a todo aquello que nos aparte de Dios.

Todo Sí implica un No. ¡Ese **No** inexorable y despiadado, que es pare el cristiano un deber sagrado!

El Decálogo comprende un SI y varios NOS. ¡El amor no conoce otro lenguaje!

El choque del "sí" y del "no" produce una tensión, que llega a proporciones de **agonía**.

Jesús "entrando en agonía, oraba más intensamente"... (Lc 22,44).

"Agonía" quiere decir "lucha". Cristo Rey vino a traernos "agonía", lucha: "No penséis que vine a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada... El que halle su vida la perderá, y el que la perdiere por amor a Mí, la encontrará" (Mt 10,34-39).

No hay verdadera paz sin lucha, sin agonía. Cristo crucificado es nuestra bandera de combate. Luchando y desangrándose, entre la vida y la muerte, nos está gritando que "es milicia la vida del hombre sobre la tierra" (Job 7,1).

Traspasado el costado por la lanza del soldado, "toca a rebato" para que enfrentemos a nuestros enemigos, mundo, demonio y carne.

Contemplemos también a la Madre Dolorosa, que "**¡estaba!**" al pie de la cruz de su Hijo, agonizando con El... (Jn 19,25).

También el cristiano, si quiere salvarse, tiene que vivir su agonía. "Al cristianismo hay que definirlo agónicamente, polémicamente, en función de lucha" (Unamuno).

¡Lucha a muerte entre la **razón** y la **fe**! Por un lado, la **razón** natural, que quiere entenderlo todo, aun lo que está por encima de su alcance, como es el Orden Sobrenatural, que rechaza despectivamente.

Y, por otro lado, la **fe** que obliga a la razón a rendirse y aceptar confiadamente, amorosamente, los Misterios que no puede entender, porque debe apoyarse únicamente en la Autoridad de Dios que revela.

¡**Agonía** de la razón para vencer la tentación de **racionalismo**! ¡Lucha a muerte **entre los sentidos y la voluntad**!

Por un lado, la **sensibilidad** y **sensualidad** que buscan ansiosamente, desordenadamente, el placer, al mismo tiempo que sienten enfado y rechazan instintivamente todo lo que signifique renuncia o sacrificio.

Por otro lado, la **voluntad**, potencia espiritual, que forcejea por dominar la carne de modo que no sólo no sea un obstáculo, sino, por el contrario, una ayuda, para la unión con Dios.

¡Agonía del corazón para vencer la tentación de **sentimentalismo**! ¡Lucha a muerte entre la **libertad** y la **obediencia**!

Por un lado, la **libertad**, que no tolera ningún freno, ninguna condición, ninguna ley. Que nunca dice "NO", sino que, a todo, bueno o malo, siempre dice "si". Por supuesto, libertad mal entendida, de quienes tienen "la libertad como cobertura de la maldad" (1 Pe 2,16). ¡Es el gusto de pensar y hacer lo que "nos da la gana", sin depender de nada ni de nadie! ¡Ni Dogma, ni Moral!

Y, por otro lado, la virtud sobrenatural de la **obediencia**, a la Ley de Dios y de la Iglesia, así como a la ley civil (siempre que sea legítima). Obediencia a la Jerarquía. Obediencia para perfeccionar, no para anular, la libertad. ¡La verdadera "liberación" consiste en someterse amorosamente al Plan de Dios! ¡**Agonía** del hombre para vencer la tentación de **liberalismo**!

Y por si este martirio fuera poco, el martirio de los "oprobios e injurias" (Nº 147), incomprensiones y persecuciones, inseparables del seguimiento de Cristo (Jn 15,20).

La "agonía" de Jeremías Profeta es un ejemplo desgarrador y al mismo tiempo un estímulo para "aguantar" también nosotros nuestra "agonía" por amor del Reino de los cielos, para "morir un poco cada día" (1 Cor 15,31):

"Tú me sedujiste, ¡oh Yahvé!, y yo me dejé seducir. Tú eras el más fuerte, y fui vencido. Ahora soy todo el día la irrisión, la burla de todo el mundo, pues siempre que hablo tengo que gritar, tengo que clamar: ¡ruina y devastación! Y todo el día la palabra de Yahvé es oprobio y vergüenza para mí. Y aunque me dije: ¡No me acordaré de Él, no volveré a hablar en su nombre!, es dentro de mí como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos, y me he fatigado por soportarlo, pero no puedo" (Jer 20,7-9).

¡La cruz es el triunfo rotundo del Amor! ¡El Amor vence! ¡He ahí el genuino significado de la **Realeza de Cristo**!

Estaba escrito: "¡Dios reinará desde el madero!" (Liturgia).

La cruz es el símbolo de la verdadera **libertad**.

Tercera verdad: "La sabiduría es una preparación a la muerte".

La vida terrenal acabará irremisiblemente con la muerte.

"Ha sido establecido que los hombres mueran una vez, y después el juicio" (Heb 9,27).

Bien lo dijo el poeta:

"Recuerde el alma dormida,

avive el seso y despierte,

contemplando

cómo se pasa la vida,

cómo se viene la muerte,

tan callando..."

(Jorge Manrique).

Tan callando, que casi no nos damos cuenta. Tan callando, que nos olvidamos... Tan callando, que tenemos miedo, y preferimos no pensar, y entretenernos, y ...engañarnos.

"El hombre está entregado

al sueño, de su suerte no cuidando;

y con paso callado,

el cielo vueltas dando,

las horas del vivir le va hurtando..."

(Fray Luis de León).

Sabemos que "el mundo pasa y también sus concupiscencias" (1 Jn 2,17), y que, en sí mismas consideradas, las cosas de aquí abajo son "vanidad" (Ecl 1), y que, queramos o no, todo lo tenemos que dejar (Lc 12).

Ya los filósofos de la antigüedad habían considerado la Filosofía como un **camino de purificación y liberación** de la materia hasta llegar, a impulsos del **amor,** a la plena **contemplación** de la Divinidad.

La principal ocupación, pues, del sabio será **aprender a morir** y prepararse para la separación del alma y del cuerpo.

La vida, para Platón, no era sino una "meditación de la muerte": "Todos estos desposados con la

Filosofía tienen oculta su aspiración, que no es sino morir y estar muertos" ("Fedón").

Sabio es precisamente aquel que no se deja seducir por el brillo efímero de las cosas que pasan, sino que mira más allá y más arriba, agarrándose a lo inmutable y eterno.

Sabio es precisamente aquel que tiene siempre presente la hora de la muerte, porque sabe que una buena muerte no se improvisa.

Sabio es precisamente aquel que vive de tal modo que en la hora de la muerte pueda más esperar que temer.

Nacer es empezar a morir... La muerte es **el acto más importante** de toda la vida.

¡Porque es la **síntesis** de todo lo hecho, bueno o malo! ¡Porque es la hora de la **verdad**!

Porque es el momento definitivo en el cual el hombre se **juega** su última carta: ¡la Eternidad!

Pero el cristianismo no tiene **nada de pesimista ni fatalista**.

Todo lo contrario.

El caballero cristiano acepta la muerte con resignación, sí, pero también con serenidad y valentía, como un supremo "acto de servicio" a su Rey eterno y Señor universal.

No hace caso de la muerte, porque sabe que no es más que un paso para la Eternidad, que, en definitiva, es lo único que le interesa, le impacienta y por lo cual suspira.

¡Ahí tenemos el maravilloso y desconcertante ejemplo de los **mártires** del cristianismo, que iban a la muerte cantando y dando gracias al Altísimo por la suerte que les había cabido!

¡Los enemigos de Cristo quedaban perplejos y desconcertados ante tanta grandeza y tanto heroísmo de aquellos hombres, mujeres y niños que fueron más fuertes que las cadenas, las torturas y las mismas fieras!

San Ignacio de Antioquía escribía así a los cristianos de Roma, camino del martirio: "Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna.

Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo... Cuando el mundo no vea ya mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo... ¡Ojalá goce yo de las fieras que están para mi destinadas y que, hago votos porque se muestren veloces conmigo! Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente y no como a algunos, a quienes, amedrentadas, no osaron tocar. Y si ellas no quisieran al que de grado se les ofrece, yo mismo las forzaré..."

Todo lo que hizo Cristo durante su vida en esta tierra fue maravilloso. Pero lo más grandioso y significativo, más aún que su doctrina, más aún que sus milagros, y que su misma Iglesia, fue **su Muerte en cruz**.

Porque con ella glorificó infinitamente al Padre, y nos dio la vida.

Desde que Jesús nació en Belén, no hizo otra cosa que preparar su muerte, su **"Hora"**, como El la

llamaba con alegría. ¡Para eso había venido! Él la aceptó **porque quiso**. "Yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy Yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla" (Jn 10,17).

El Viernes Santo, a las tres de la tarde, Cristo Rey lanzó el grito de la Victoria (Mc 15,37).

"El velo del templo se rasgó de arriba abajo en dos partes, la tierra tembló y se rompieron las piedras, se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos, que dormían, resucitaron..." (Mt 27,51).

¡Ya está derrotado el diablo! ¡Ya está rescatado el mundo! ¡Ya están abiertas de nuevo las puertas de los Cielos! ¡Porque la vida del hombre, como la de Cristo, no termina con la muerte sino con la **Resurrección**, la Ascensión y la entrada triunfal en la Gloria!

"La muerte ha sido absorbida por la victoria" (1 Cor 15,55).

La cruz es, en fin, signo seguro de esperanza.

Nosotros, "si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con El" (Rom 6,8).

La cruz será **nuestra Fuerza** hasta llegar a Aquel dichoso Lugar en donde "la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo porque todo esto ya pasó... "(Ap 21,4).

San Pablo exclamaba: "quiero morirme para estar con Cristo" (Flp 1,23), porque "tengo por cierto que los padecimientos del tiempo no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros" (Rom 8,18).

Pero nadie como Santa Teresa de Jesús ha sabido expresar con más subidos acentos la divina impaciencia de un corazón enamorado, hastiado de "la farsa de este mundo", y cansado de tanto sufrir:

"¡Ay, qué vida tan amarga

do no se goza el Señor!

Porque si es dulce el amor,

no lo es la esperanza larga.

Quíteme Dios esta carga

más pesada que el acero,

¡que muero porque no muero!

Sólo con la confianza

vivo de que he de morir,

porque, muriendo, el vivir

me asegura mi esperanza.

Muerte, do el vivir se alcanza,

no te tardes, que te espero,

¡que muero porque no muero!"

Conclusiones prácticas:

Primera: "Todo lo que nos aparta de la cruz, no puede venir de Dios, sino del demonio o del espíritu del mundo".

San Pedro, al intentar disuadir a Cristo de su voluntad de sufrir la Sagrada Pasión, mereció oír el durísimo reproche del Salvador: "¡Retírate de Mí, Satanás, tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres!" (Mt 16,23).

Segunda: "Solamente en el amor a Cristo hallaremos la fuerza para llevar nuestra cruz".

Si Cristo nos dice: "Mi yugo es suave y mi carga liviana" (Mt 11,30) y Cristo no miente ni exagera ni engaña, ¿cómo es que muchas veces la cruz, aun la más pequeña, nos parece insoportable? ¿Por qué ese mal humor, esa falta de paciencia y de comprensión o esas explosiones de amor propio, a la menor contradicción? ¿Por qué estoy tan inaguantable, que ni yo mismo me aguanto? ¡Porque **no amo**!

Los Santos eran también de carne y hueso, y sufrieron tanto y más que nosotros, pero lo "disimulaban" muy bien, ¡tanto era el amor que tenían a Dios y al prójimo! "Yo no sufro -confesaba San Bernardo- y si sufro, con el amor no lo siento".

¡Ahí está la "clave"!

Tercera: "Hay que educar no para una vida cómoda, sino para una vida de trabajo y de sacrificio".

"Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu ánimo a la tentación" (Eclo 2,1).

Es decir, a despojarte del hombre viejo y revestirte de Cristo, el cual no nos engaña ni nos oculta la aspereza del camino:

"Si alguno quiere venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue cada día con su cruz, y que me siga" (Lc 9,23).

Hoy día se advierte todo lo contrario en cierta predicación, en cierta **catequesis**, y en cierta **educación**, obra del **progresismo**.

Se elimina, por principio, directa o indirectamente, la cruz, con el fin de "atraer" y no "traumatizar"... (Como dicen).

Se presenta a los jóvenes una **imagen falsa** de la vida y del futuro.

No se oye hablar de vencimiento propio, de lucha contra las pasiones, de desprendimiento de las cosas de este mundo.

Al contrario, se habla una y otra vez de "espontaneidad", de "protesta", de "liberación"... sin ninguna

precisión ni discernimiento.

La blandenguería de ciertas pedagogías modernas nos está dejando **indefensos para enfrentar a la Revolución**, como ya se está viendo en ciertos países "llamados" católicos.

Sin cruz, el catolicismo será siempre tímido y endeble.

Al Anticristo no se le puede vencer con sola Doctrina ni con sola fuerza física, sino con la **cruz** de Cristo.

La cruz es un factor indispensable e insustituible de **educación**, de **libertad** y de **progreso**.

Hay que educar más para "ser mejores" que para "estar mejor". Más para saber aceptar el dolor que para divertirse.

Más para el Cielo que para la tierra. Más para perseverar que para "tener éxito".

Porque todo se resume en esto: "El que perseverare hasta el fin, ése se salvará" (Mt 10,22).

Legionarios y Legionarias:

No lo olvidemos nunca:

Somos vasallos de un Rey,

¡pero de un Rey CRUCIFICADO!

(1979)

9 La Realeza de Cristo en los Ejercicios Ignacianos

Antes de entrar en materia, conviene hacer una triple advertencia:

1. La Realeza de Cristo puede decirse que es la "clave" ("idea-luz", "idea-fuerza") en el esquema de los Ejercicios.

"Esta meditación (del Reino de Cristo) está en el libro de los Ejercicios, fuera del número de las meditaciones de la segunda semana; y así es como el **fundamento de todas ellas**" (La Palma, "Camino espiritual").

2. Para comprender mejor la mente y el lenguaje de San Ignacio hay que tener en cuenta su rica personalidad, la profesión que ejerció, el ambiente en que vivió, y el carisma recibido de Dios.

A su fuerte temperamento y a su vocación castrense, habría que añadir la psicología típica del convertido, con todo lo que encierra de arrebatado, extremoso, e impaciente por recuperar el tiempo perdido.

El marco histórico en que se desenvuelve la vida de nuestro Santo son los tiempos heroicos de la Cristiandad, de las Cruzadas, de la Contrarreforma, de la España de la Reconquista y del Concilio de Trento. De ahí su espíritu caballeresco y la concepción dialéctica de sus Ejercicios. La gracia no destruye, sino que supone; purifica y eleva la naturaleza.

Los Ejercicios no son únicamente un método o un tratado espiritual, sino también y sobre todo la "cuenta de conciencia" que nos ha dejado San Ignacio de una "experiencia mística" inefable, la proyección hacia afuera de una gracia interior.

El P. Polanco, secretario de San Ignacio, nos "descubre" el por qué nuestro Santo hizo girar todos los Ejercicios sobre el "eje axial" de la Realeza de Cristo: porque -dice- "meditaba él **principalmente** las dos Banderas y el Rey temporal".

3. Independientemente de lo dicho, la idea de la Realeza de Cristo, desarrollada a través del libro (incluso ciertas expresiones, comparaciones y matices), es una idea **típicamente bíblica**. Las páginas de los Ejercicios están llenas de reminiscencias de las Sagradas Escrituras.

El itinerario espiritual recorrido por el Santo de Loyola tiene valor perenne y universal, pues no constituye en realidad sino la aplicación práctica de las diferentes etapas de la Historia de la Salvación.

Y empecemos por destacar, desde el primer momento, las **tres meditaciones "fuertes"** de los Ejercicios, en las cuales San Ignacio condensa magistralmente el "dogma hecho vida" de la Realeza

de Cristo: el Reino, las dos Banderas, y el tercer grado de humildad.

En la dinámica de los Ejercicios, estas tres piezas no se pueden separar. Forman un todo coherente y completo, "in crescendo".

I. Meditación del Reino

En realidad, la idea de Cristo Rey ya aparece, aunque **implícitamente**, en el "Principio y Fundamento", que es "cristocéntrico".

Pero de una manera **explícita** aparece por primera vez en la contemplación del Reino (Nº 91).

Vayamos al texto para destacar sus elementos esenciales.

I. Títulos de su Realeza

Cristo, en cuanto **Hombre-Dios** es Rey a triple título: por derecho de naturaleza, por derecho de conquista, y por derecho de elección.

a. Rey por derecho de naturaleza: Cristo es Rey en virtud de la unión hipostática realizada en la Encarnación. "Todo fue creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El" (Col 1,16-17).

San Ignacio denomina a Cristo: "**Rey eterno**" (Nº 95) y "**eterno Señor** (Nº 97). Con lo cual ya está indicando la Divinidad como fundamento ontológico-teológico de su Realeza y Realeza universal. Un "Rey eterno" no puede ser sino Dios.

El vocablo "Señor" en lenguaje ignaciano se refiere a "Cristo"; y en sentido bíblico se refiere a "Dios".

b. Rey por derecho de conquista: Cristo es Rey en virtud de la Redención. "Habéis sido rescatados no con plata y oro, sino con la sangre preciosa de Cristo" (1 Pe 1,19).

San Ignacio emplea precisamente la palabra "conquista", al poner en boca de Cristo Rey la arenga que dirige a sus vasallos: "Mi voluntad es de **conquistar** todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, para que siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria" (Nº 95).

Los números entre paréntesis corresponden al Libro de los Ejercicios escrito por San Ignacio.

En el lenguaje de San Ignacio "conquistar" significa aborrecer el pecado, usar rectamente de las criaturas según el "tanto-cuanto" o "indiferencia", y sacralizarlo ("ordenarlo") todo para que Dios sea glorificado por Jesucristo.

Este derecho de conquista se manifiesta en la conclusión de las meditaciones de la **primera semana**, formulada por San Ignacio en el coloquio de misericordia: "Imaginando a Cristo N.S. delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Creador ha venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados.

Otro tanto mirándome a mi mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere" (Nº 53).

Hasta aquí lo que podríamos llamar Realeza en **sentido objetivo.** Corresponde ahora analizar el tercer título, o sea, la Realeza en **sentido subjetivo**: "lo que yo he de hacer por Cristo", como respuesta a "lo que Cristo ha hecho por mí".

c. Realeza por derecho de elección: Cristo es Rey además porque lo hemos "elegido" como tal en el **Bautismo**, al mismo tiempo que renunciamos a Satanás, a sus pompas y a sus obras.

Según San Ignacio la **respuesta** al llamamiento de Cristo Rey puede ser común o extraordinaria. A la primera alude cuando dice: "...considerar que todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo" (Nº 96).

Esta es la santidad que podríamos llamar de **primer grado**, que consiste en la práctica de los **mandamientos**, al mínimo necesario para salvarse.

Pero el Santo no se contenta con este mínimo, sino que sitúa al ejercitante, desde el primer momento, en la perspectiva de "**lo que más** nos conduce para el fin para el cual somos creados" (Nº 23).

De ahí la "oblación" que propone San Ignacio, "de mayor estima y mayor momento", para aquellos "que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal": "¡Eterno Señor de todas las cosas!, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita Bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra Santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado" (Nº 98).

Esta es la santidad que podríamos llamar de **segundo grado**, que consiste en la práctica de los consejos evangélicos. A ella se refiere el Concilio vaticano II: "La Madre Iglesia se goza de que en su seno se hallen muchos varones y mujeres que siguen más de cerca el anonadamiento del Salvador, y dan un testimonio más evidente de Él" ("Lumen Gentium", 42).

El ejercitante en esta meditación es **investido y armado caballero** de Cristo Rey.

¡Imaginemos a Ignacio, convertido de "hombre dado a las vanidades del mundo" (Autobiografía) en "caballero andante, enamorado perdidamente de Cristo su Señor, y de la Santísima Virgen, su Señora! Fue así como, después del sitio de Pamplona, se puso en camino hacia Montserrat "pensando -escribe él mismo- como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios... y así se determinó de velar sus armas toda la noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos de pie y a ratos de rodillas, delante de altar de Nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo..."

¡Con razón se ha comparado a Iñigo de Loyola con la profunda y misteriosa figura de Don Quijote, imagen, los dos, de la raza española y de la Hispanidad inmortal!

San Ignacio ha trocado el "vano honor del mundo" por el "honor de caballero", que consiste en ser "señor de sí y en "mantener la Santa Fe católica". Para él no habrá ya otra nobleza ni aristocracia que la santidad." Muchos son los oficios que Dios en este mundo ha dado a los hombres para que lo

sirvan -decía el Beato Lulio-. Pero los dos más nobles, más honrados y más cercanos son el de clérigo y el de caballero" ("Libro de la Orden de Caballería).

El precio" de esta entrega incondicional a Cristo Rey es "pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza" (Nº 98). Es el "riesgo" y la "suerte" del caballero... ¡La vida es para él una preparación a la muerte! Muerte que él contempla sin temor, más aún, como un premio y un galardón, eterno.

2. Ámbito de su Realeza

La Realeza de Cristo es "católica", es decir, abarca la totalidad, ni se contenta con menos.

a. Realeza espiritual: La Realeza de Cristo no es "temporalista", "nacionalista", o "política". No implica una "teocracia" ni un dominio "terreno de la Iglesia. "Mi Reino no es de este mundo" (Jn 18,36), proclamó Jesús ante Pilato. Y cuando los judíos, entusiasmados por la multiplicación de los panes, fueron a proclamarle Rey, se escapó de sus manos, "se retiró otra vez al monte El solo" (Jn 6,15).

Por eso San Ignacio no pretende otra cosa, en esta contemplación, que llevarnos a la perfecta **imitación de Cristo**, **muerto y resucitado**, que es la condición, la señal y la garantía del **verdadero amor.**

Cristo reina espiritualmente por la **gracia santificante**, que excluye todo pecado.

San Ignacio pone en boca de Cristo Rey estas palabras "...el que quiera venir conmigo..." (Nº 95). Este **conmigo** quiere decir que Cristo va delante, ayudándonos con su gracia, con su palabra y con su ejemplo.

b. Realeza individual: El llamamiento de Cristo Rey va dirigido a "cada uno en particular" (Nº 95).

La santidad es algo, en primer lugar, personal. "El Reino de Dios está dentro de vosotros" (Lc 17,21). Es el triunfo total de Dios en un alma libre.

Para que triunfe Dios en nuestra alma es preciso "dejarnos vencer" por amor de Él, lo cual exige que El venza, en primer lugar, a los "**enemigos de adentro**", haciendo contra la propia sensualidad y contra el propio amor carnal y mundano (cfr. Nº 97).

c. Realeza social: San Ignacio dice también que Cristo Rey llama "a todo el universo mundo" (Nº 95). "Mi voluntad -dice Cristo- es conquistar todo el mundo y todos los enemigos" (ib.). Porque Cristo es el "eterno Señor **de todas las cosas**" (Nº 98), el "**Señor universal**" (Nº 97).

Es Rey, por consiguiente, no sólo de los individuos, sino también, y por los mismos títulos, Rey de las familias, de las escuelas y universidades, de las profesiones, de las empresas y asociaciones, de los municipios, de las sociedades y de los Estados, de las patrias y de las naciones. La ciencia, la cultura, la política, la economía, el trabajo, la técnica y el progreso, deben estar al servicio de Cristo Rey, sin perder nada de su legítima (aunque ontológicamente siempre relativa) **autonomía y libertad.**

Para San Ignacio, la Realeza social es una consecuencia evidente de la Divinidad, de la Redención y de la Realeza individual de Jesucristo. "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18).

Entre las encíclicas monumentales de los últimos Papas, a partir de Pío IX, que tratan del tema que nos ocupa, se ha de destacar la "**Quas primas**" de Pío XI, cuyo 50º aniversario conmemoramos, y que bien puede llamarse la "Carta Magna" de la Soberanía social de Cristo. Pues bien, el gran Pontífice declara abiertamente y sin ambages, en continuidad con sus predecesores: "No hay diferencia entre los individuos y el consorcio civil, porque los individuos unidos en sociedad, no por eso están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos separadamente... No rehúsen, pues, **los jefes de las naciones** el prestar público testimonio de reverencia al imperio de Cristo, juntamente con sus pueblos, si quieren, con la integridad de su poder, el incremento y el progreso de la patria".

Doctrina tradicional, que "deja íntegra" el Vaticano II ("Dignitatis humanae", 1).

Doctrina que da por supuesta San Ignacio, y que se refleja en su célebre **parábola del Rey temporal** (Nº 92).

El Reino de Cristo no es de este mundo, pero **está** en este mundo. Se consumará al **fin** del mundo, pero existe ya **desde ahora**.

Si el apostolado no es más que un desbordamiento de la vida interior, se comprende fácilmente que el ejercitante no puede contentarse con su santificación personal ni con una evangelización de "mera presencia", sino que tiene que **luchar** para que Cristo reine efectivamente en toda la sociedad.

San Ignacio nos hace pedir "gracia a Nuestro Señor para que no seamos sordos a su llamamiento, sino prestos y diligentes pare cumplir su santísima voluntad" (Nº 91). Y esa "santísima voluntad" es "conquistar todo el mundo y todos los enemigos".

Es "**perverso caballero**" quien "no acepta la petición de tal Rey" (Nº 94) hasta las **últimas consecuencias**, ya sea porque rechaza la Realeza social (sólo acepta la individual, al estilo de los "católicos liberales", en el fuero interno de la conciencia), ya sea porque aceptándola en teoría, nada hace por ella en la práctica, porque -dice con "prudente" timidez y cobardía- "no es oportuno" en el ambiente actual...

II. Meditación de las dos Banderas

La meditación de las dos Banderas constituye una prolongación, perfectamente concatenada, de la meditación del Reino.

I. Reinos enfrentados

a. Existen dos Reinos, opuestos e irreconciliables, el de Cristo, "sumo Capitán y Señor nuestro", y el de Lucifer, "mortal enemigo de nuestra humana naturaleza" (Nº 136). Cristo, que "llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya" (Nº 137).

b. Es deber nuestro **discernir**: "Pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para guardarme de ellos; y conocimiento de la vida verdadera que enseña el sumo verdadero Capitán, y gracia para imitarlo" (Nº 139).

c. Frente a estos dos Reinos, no podemos permanecer neutrales, sino que hemos de **luchar** sin tregua con el "Príncipe de este mundo" (Jn 12,31), esa "bestia tan fiera" (Nº 325) que "se transfigura en ángel de luz" (Nº 332), y procura engañarnos con **apariencia de bien**, sirviéndose de cosas de suyo buenas, útiles y necesarias, para llevarnos a sus "perversas intenciones"; en una palabra, procura "entrar con la nuestra" para "salirse con la suya".

El llamamiento de Cristo Rey se traduce ahora en una verdadera guerra. San Ignacio lo indica con la clásica expresión **agere contra** ("reaccionar contra") repetida a lo largo de los Ejercicios.

Esta guerra comenzó en el paraíso, a raíz y como consecuencia del pecado (Gén 3,15), fue simbolizada en las tres tentaciones de Cristo en el desierto (Mt 4), y alcanzar su mayor dramatismo en los últimos tiempos, porque el demonio aumentará entonces su furor, "por cuanto sabe que le queda poco tiempo" (Ap 12,12). Esta es la "situación" en que nace, vive y muere todo hombre (cfr. "Gaudium et spes", 37).

Nuestra participación en la lucha no se justificaría si no fuese provocada" por el celo en defensa de los derechos de Dios... "sólo que sea en vuestro mayor servicio y alabanza" (Nº 98), dice San Ignacio en su solemne oblación.

Sin milicia (ordenada, sobrenatural y prudente), la santidad y el apostolado serían una utopía o sentimentalismo o cobardía.

"Considerar -dice San Ignacio- cómo (el demonio) hace llamamiento de innumerables demonios (cfr. Mc 5,9), y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas en particular" (Nº 141). A este propósito son estremecedoras las palabras de San Pablo, cuando escribe que el Anticristo llegará "hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (2 Tes 2,4).

La táctica del diablo es "**echar redes y cadenas**" (Nº 142) para llevar al hombre a la esclavitud del pecado (Jn 8,34). San Ignacio señala **tres tentaciones** principales: codicia de riquezas, vano honor del mundo y, por último, "crecida soberbia", para de allí "llevar a todos los otros vicios". Al caer en la soberbia, el hombre pierde el temor de Dios y termina por adorar a Satanás, adorándose a sí mismo.

Son esas las mismas tres tentaciones con que Satán atacó a Cristo en el desierto. Y fue vencido. Precisamente la lucha de Cristo contra el demonio es anuncio mesiánico y escatológico: "Si expulso a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el Reino de Dios ha llegado a vosotros" (Lc 11,20).

Por el contrario, Cristo, el verdadero "Señor de todo el mundo" (Nº 145) llama y envía sus siervos y amigos por todas partes, a fin de atraer a los hombres a la pobreza, al deseo de oprobios y menosprecios, y a la humildad, y de ahí "a todas las otras virtudes" (Nº 146).

La **humildad** es precisamente la **condición** para el reinado de Dios en un alma, de modo "que así me abaje y me humille cuanto en mi sea posible, para que en todo obedezca la Ley de Dios Nuestro Señor" (Nº 165). Cristo no puede reinar en un corazón soberbio.

2. El campo de batalla

Los caudillos de cada una de las dos Banderas se esfuerzan por dominar tanto en el orden individual como social.

a. La inteligencia San Ignacio nos hace pedir "conocimiento de los engaños del mal caudillo" (Nº 139), que es el demonio, el cual está sentado "en aquel gran campo de Babilonia, como en una **gran cátedra de fuego y humo**, en figura horrible y espantosa" (Nº 140).

La "gran cátedra" es la falsa ciencia, la falsa filosofía y la pseudo-teología.

El "fuego y humo" simbolizan los efectos de esa mala doctrina: las pasiones desordenadas, sobre todo el orgullo, por una parte, y la vacuidad y el confusionismo, por otra.

Por el contrario, Cristo Rey es el Maestro que "enseña la vida verdadera" (Nº139) y que va "esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas" (Nº 145). Es su divina Palabra, "viva y eficaz, y tajante más que una espada de dos filos y penetra hasta la división del alma y del espíritu" (Heb 4,12).

En las "Reglas para sentir con la Iglesia" (Nº 352) San Ignacio nos enseña:

-**a amar y adherir plenamente a la Doctrina** de "Nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica" (Nº 353), hasta el punto de "que lo blanco que yo veo creer que es negro, si la Iglesia Jerárquica así lo determine, creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas" (Nº 365);

-a **precisar y distinguir**, para bien definir: "mucho advertir en el modo de hablar" (Nº 366), de modo que "el pueblo menudo no caiga en error alguno" (Nº 367), "mayormente en nuestros tiempos tan peligrosos" (Nº 369);

-a **combatir los errores**, para lo cual nos exhorta a formarnos en la doctrina de los Santos Padres, y en especial de los Escolásticos, ante todo **Santo Tomás,** porque "es más propio de los escolásticos... el definir y declarar para nuestros tiempos las cosas necesarias a la salud eterna, y para más impugnar y declarar los errores y todas las falacias" (Nº 363). Más peligroso aún que los errores son las ambigüedades, los equívocos, las "medias verdades". San Ignacio las llama "razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias" (Nº 329).

b. El corazón (voluntad y afecto) Es el segundo campo en el cual tenemos que luchar. Satanás "se hace como un caudillo para vencer y robar lo que desea... y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos" (Nº 327).

Aquí las "redes y cadenas" son, con todas sus múltiples derivaciones, el apego a los bienes de la tierra, y el apego a nosotros mismos. Dicho de otra manera, ese **doble "mundo"** del que nos habla San Ignacio en las meditaciones de los pecados: el **exterior** (el ambiente pútrido de las tres concupiscencias) y el **interior** (que son los "afectos desordenados", el "desorden de mis operaciones". Cfr. Nº63). Todo lo cual nos lleva a la esclavitud del pecado, por medio del cual ejerce Satán su dominio.

San Ignacio, con su ojo de "lince" nos descubre una artimaña selecta del demonio para hacernos caer sutilmente en el "acomplejamiento" y en el "respeto humano": Cuando estamos dispuestos a hacer o decir algo por la gloria de Dios, el diablo naturalmente no quiere que hablemos ni actuemos, para lo cual nos pone delante el sutil pretexto de no faltar a la "humildad", o a la "caridad", o a la "obediencia", o a la "prudencia", etc. En ese caso, ¿qué nos dice que debemos hacer? Pues purificar la intención, enderezando nuestro corazón a Dios, y obrar "per diametrum", es decir lo diametralmente opuesto a lo que nos sugiere la tentación (Nº 351). Esta regla de oro es particularmente oportuna

para aquellos que tienen autoridad o cargos de responsabilidad. Será la mejor manera de evitar lo que en moral se llama el "pecado de omisión".

c. La sociedad Satanás se esfuerza, en fin, por dominar sobre todo el **orden temporal** (económico-político-social), por medio de las ideologías perversas, de la corrupción de las costumbres, de los medios de comunicación social, de la apostasía de las naciones..., en una palabra, por medio de un ataque, abierto o solapado, contra la Iglesia Católica y contra el Orden social cristiano.

Cristo Rey envía a sus apóstoles "por todo el mundo" (Nº 145) para arrebatar a Satanás ese orden temporal, que es suyo. San Ignacio en el coloquio de las dos Banderas nos hace pedir "a Nuestra Señora me alcance la gracia de su Hijo y Señor para que yo sea recibido debajo de su bandera" (Nº 147).

El enemigo **interno** de la Realeza social de Cristo es el **pecado**. El pecado no suele quedarse en el interior. Se exterioriza. El "malestar individual" se convierte en "malestar social" (cfr. Rom 8,20). Y aparece así el enemigo **externo**: el **laicismo** en todas sus formas, "la peste que infecta la sociedad humana", como lo llamaba el Papa Pío XI en su "Quas primas". Es el grito blasfemo de la llamada "civilización moderna": "¡No queremos que Este reine sobre nosotros!" (Lc 19,14). ¡Cristo Rey arrojado de los Estados, de la cosa pública, de las Naciones Unidas, o puesto a la par de los otros dioses"!

La lucha del militante de Cristo Rey en el ámbito político- social debe tener como supremo objetivo **"la Paz de Cristo en el Reino de Cristo"**. El problema político-social es, en el fondo, un problema moral y religioso.

III. Meditación del tercer grado de humildad

La Realeza de Cristo, aun cuando no aparezca explícitamente en esta meditación, alcanza su verdadera dimensión, su plenitud y su grandeza en esta página inmortal de los Ejercicios. Es el complemento de las meditaciones del Reino y de las dos Banderas, las tres piezas fundamentales e inseparables del esquema ignaciano. El llamamiento de Cristo Rey se convierte en una "guerra", hasta la "divina locura de la Cruz" del tercer grado de humildad.

He aquí la página más bella de los Ejercicios: "Siendo igual gloria y alabanza de la Divina Majestad, por imitar y parecerme más actualmente a Cristo Nuestro Señor quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente **en este mundo**" (Nº 167).

Es la "lógica del corazón enamorado", es la "sabiduría misteriosa" revelada a los pequeños, es la **"locura" de los Santos**, que este mundo no podrá nunca entender (cfr. I Cor 2,14); "... porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres"; "hemos venido a ser necios por amor de Cristo... hemos venidos a ser hasta ahora como el desecho del mundo, como estropajo de todos" (1 Cor 1,25;4,13).

¿Y por qué llegar a este extremo de "desear ser tenido por vano y loco por Cristo"? San Ignacio nos

da la única respuesta: "...porque Cristo fue tenido primero por tal" (Nº 167). ¡Es el lenguaje lapidario y contundente del amor!

Cristo es Rey... sí Pero un **Rey de "burlas"**. Un Rey calumniado, abofeteado, escupido, condenado, crucificado. "¡Ha perdido el juicio!, ¿por qué lo escucháis?", bramaban los judíos (Jn 10,20). ¿Qué otra cosa puede ser esa "locura" de Cristo sino el misterio de la Cruz y el drama de su Pasión?

Herodes y Pilato fueron los dos grandes enemigos de la Realeza de Cristo. **Herodes**, sanguinario y sensual, que lo "despreció y por burla le vistió una vestidura blanca" (Lc 23,11), tratándole de loco. Más aún, intentó matarle (Lc 13,31). Digno sucesor de su padre, Herodes el Grande, quien había buscado al Niño Jesús para darle muerte (Mt 2,13), y que "se turbó, y con él toda Jerusalén", cuando se presentaron los Magos preguntando con fe y valentía: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella la oriente y venimos a adorarle" (Mt 2,3).

Pilato era malo, pero fue débil, conciliador, cobarde... para acabar siendo traidor. Publicó varias veces la inocencia de Jesús, intentó librarlo...pero pudo más el respeto humano y entregó al Señor a los judíos, después de recurrir a la "cómoda" solución de "lavarse las manos"... Hizo azotar a Jesús; y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y acercándose a Él le decían: "¡Salve, Rey de los judíos! .... Pilato les dice: ¡Ahí tenéis a vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera!, ¡fuera!, ¡crucifícale! Dijo Pilato: ¿A vuestro Rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: ¡Nosotros no tenemos más rey que al César! ..." (Jn 19).

¡Es la historia de siempre! Cristo Rey, de Pilato a Herodes, y de Herodes a Pilato... y –cosa curiosa- ambos "en aquel día se hicieron amigos" (Lc 23,12).

Herodes es el símbolo de la **Revolución**, Pilato, del **Liberalismo**. Pero Cristo proclamó su Sagrada Realeza delante del uno y del otro. Ante Herodes, mediante su silencio soberano y lleno de dignidad señorial. Ante Pilato, con palabras expresas: "Yo soy Rey, como tú lo has dicho" (Jn 18,37). Y su título de Rey, a pesar de sus enemigos, quedó grabado en la cruz a la vista de todo el pueblo, con caracteres hebreos, griegos y latinos, como signo de su **indefectibilidad y universalidad.**

El ejercitante, investido "caballero andante" al servicio de " su Divina Majestad", identificado plenamente con este sublime ideal que le apasiona, sigue adelante, sin detenerse ante ningún obstáculo, sin importarle para nada el "qué dirán". Revestido de la librea de Jesucristo, que es la cruz de la pobreza y de las humillaciones, con inmensa alegría, se entrega a la muerte, para reinar un día, que no tendrá fin, con Cristo en la gloria.

San Ignacio nos invita a emprender esta inefable "aventura" de la santidad.

"Se trata de aventuras que llegan a parecer, a veces, por voluntad de los interesados, ridículas locuras –escribe Przywara-. Como sucede en los Ejercicios, que parecen ser una norma o programa de servicio, y tienen, sin embargo, como centro la tercera manera de humildad, el pasar como necios y locos por Cristo, en extrema cercanía con el símbolo de Don Quijote. Así como en la Reforma lucha todo un pueblo irritado y desesperado con la abismal profundidad de Dios, hasta aparecer en la figura de Fausto como un ser entregado a la búsqueda en pacto con el diablo; en la España de ese tiempo todo un pueblo se arroja al fuego de la Verdad y del Amor divinos, hasta aparecer en la figura de Don Quijote como ridículo caballero de un tiempo pasado y despreciado" ("Teologúmeno español").

El "tercer grado de humildad" es la máxima expresión de la búsqueda del **magis**, "de lo más", es decir, de la **magnanimidad**, que es la virtud, en la opinión de Aristóteles y Santo Tomás, de la auténtica y máxima nobleza. Magnanimidad opuesta diametralmente a la **mediocridad** (llamada con frecuencia "justo medio", "prudencia" y "equilibrio"). Mediocridad, dicho sea de paso, que es uno de los signos de esta época.

Esta "locura" de la santidad es el imperio de Cristo en el alma, que culmina en la "contemplación para alcanzar amor" con el "tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad" (Nº 234). Es la coronación de todos los Ejercicios

"Nada extraño –comenta Przywara- que en los primeros ejercitantes que tuvo el Santo haya llegado el entusiasmo producido por los Ejercicios hasta el límite de la locura, como narran con asombro testigos de la época".

Si siempre fue una "locura" proclamar la Realeza de Cristo ante el mundo, mucha mayor "locura" lo es en la actualidad. Hablar hoy de Cristo Rey es exponerse a quedar solo, a ser mirado con enojo. Un verdadero martirio.

Esta "muerte" del tercer grado de humildad constituye como el telón de fondo de toda la **tercera semana** de los Ejercicios, con las contemplaciones de la Sagrada Pasión.

Y llega a su culminación en la **cuarta semana**, con las contemplaciones de los misterios de gloria. La Realeza de Cristo resplandece sobre todo en su gloriosa Resurrección. Cristo es el **Rey de la Gloria.**

"Después será el fin, cuando (Cristo Rey) entregue a Dios Padre el Reino, cuando haya destruido todo principado, toda la Historia, teniendo rendidos a sus plantas, a los unos, los bienaventurados, por amor y a los otros, los condenados, por temor. Reino que "no tendrá fin", como dijo el ángel a María (Lc 1,33).

San Ignacio nos hace contemplar a Cristo "en el su solio real o trono de la su Divina Majestad" (Nº 106), rodeado "de los ángeles y santos interpelantes por mí" (Nº 232). Ese "Trono" es el símbolo de su Soberana Realeza. "Vi un trono alto y blanco, y al que en él se sentaba, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, y no dejaron rastro de sí... Y dijo el que estaba sentado en el Trono: he aquí que hago nuevas todas las cosas" (Ap 20,11; 21,5).

Alentado con la **esperanza** de la victoria, el caballero de Cristo Rey se abraza gustoso con su cruz, acordándose de las palabras del Apóstol: "Si sufrimos con El, reinaremos con El" (2 Tim 2,12). San Ignacio nos hace pedir en la "cuarta semana" la gracia de "alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor" (Nº 221). La "contemplación para alcanzar amor" es el premio de los que han luchado por la Realeza de Cristo, un anticipo del cielo. Es el preludio del eterno **Aleluya** que oirán en el cielo los caballeros de Cristo Rey, los que más se hayan querido "afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y Señor universal". "Oí una voz como de gran muchedumbre... que decía: ¡Aleluya!, porque ha establecido su reino el Señor" (Ap 19,6).

Sobre las tumbas de los más ilustres caballeros no ha faltado nunca un **epitafio,** resumen de su vida. Sobre la tumba de un caballero cristiano, yo esculpiría éste, tomado de San Pablo (2 Tim 4,7):

"He combatido el buen combate,

he concluido mi carrera,

he conservado la fe".

(1975)

10 Todo poder

Fundamentos de la política

Abordamos este tema, tan discutido como difícil y complejo, no porque esté de moda, sino porque es algo fundamental en la vida del hombre (sobre todo del hombre de hoy, más sensible e inquieto ante los problemas sociopolíticos que plantea la sociedad moderna) y está pidiendo con urgencia profundización y esclarecimiento, dado el confusionismo actual de las ideas, y el grado de corrupción y desprestigio a que ha llegado, por culpa de los hombres, esa virtud noble y bella, llamada "política

No sólo no nos salimos del cauce de nuestro ministerio sacerdotal, estrictamente religioso", sino que, por el contrario, cumplimos con nuestro deber, según las directivas de la Iglesia y las exigencias del Evangelio.

-I-

Si el hombre, como dice muy bien Aristóteles, es un "animal político" (1), el católico, por ser hombre, e incluso como católico, no puede perfeccionarse (y peca, por consiguiente), desentendiéndose de su compromiso político; dando, claro está, la palabra "política" todo su elevado y genuino sentido: la "prudencia del bien común", o "el arte de gobernar a los pueblos".

Es este un grave deber, exigido por la Ley de Dios, que nos obliga, en el orden natural, a amar y servir a la Patria, y, en el orden sobrenatural, a amarla y servirla "en Cristo y en la Iglesia". Porque en definitiva (apresurémonos a dejarlo bien sentado desde el principio y una vez por todas) no se trata de otra cosa (hablando en católico, es decir, en verdad) sino de esto: ¡Hay que "**redimir**" y "**consagrar**" la política! "**Redimirla**" significa purificarla de todos los errores y "pecados" que la desvirtúan y degradan, devolviéndole su auténtico sentido.

"**Consagrarla**" quiere decir cristianizarla, impregnarla del espíritu del Evangelio.

¡La política no tiene nada que ver con la "politiquería"!

(1) El hombre es un animal "político", no sólo social, porque le ha sido dado organizar él mismo la sociedad a que pertenece.

Naturaleza: La política es una parte de la virtud de prudencia.

La prudencia nos enseña y ayuda a emplear los medios más aptos para alcanzar nuestro fin, en lo cual consiste precisamente el bien del hombre, su perfección y su felicidad.

Si se considera el fin (o bien) privado, tenemos la prudencia individual (o simplemente virtud de prudencia).

Si se considera el fin (o bien) universal (bien común), tenemos la prudencia social (que es la política).

¿Qué se entiende por **bien común**? El bien es lo que todos apetecen.

El hombre necesita la sociedad para su bien. Por eso los hombres se reúnen en sociedad, con vistas a un bien común a todos ellos, como a su propio fin. Es la finalidad de la sociedad en cuanto tal.

El bien común es el justo ordenamiento de toda la vida social en vistas a la mutua perfección: de la persona singular por la comunidad, y de la comunidad por la persona singular.

Abarca a todo el hombre, es decir, tanto las exigencias del cuerpo como las del alma.

"El hombre, por tener un cuerpo y un alma inmortal, no puede satisfacer sus necesidades ni conseguir en esta vida mortal su perfecta felicidad. Esta es la razón de que el bien común deba procurarse por tales vías y con tales medios, que no sólo no pongan obstáculos a la salvación eterna del hombre, sino que, por el contrario, le ayuden a conseguirla" ("Pacem in terris", 59).

Las dos virtudes que tienen por objeto propio el bien común son la **justicia** y la **caridad**, llamadas, por eso mismo, virtudes sociales y políticas. No basta la justicia. Es necesaria la caridad, que perfecciona a la justicia.

La primera nos enseña a dar a cada cual lo que es suyo. La segunda, mucho más: lo que necesita. Con sola justicia sería insoportable la vida.

Por otra parte, no hay que caer en el engaño y en el insulto de llamar caridad a lo que no es más que deber de justicia.

La Ley (manifestación de la Voluntad de Dios) es la guardiana del bien común.

Y todos, tanto la Autoridad como los individuos y grupos intermedios, están igualmente obligados a procurar el bien común, del cual, a su vez, deben participar proporcionalmente, es decir, según la categoría, capacidad y méritos de cada uno.

Ambos fines o bienes, el privado y el bien común, se armonizan y completan mutuamente. No son "paralelos" sino convergentes en Dios, **FIN ULTIMO** de toda actividad humana.

Tanto la prudencia individual como la social o política, son, de suyo, virtudes naturales (adquiridas con las solas fuerzas de la naturaleza humana).

Pero supuesto el Plan de Dios, que comprende la elevación gratuita del hombre al orden sobrenatural y su libre correspondencia a la gracia (doble condición indispensable para realizar ese Plan y salvarse), las potencias naturales, entendimiento y voluntad, y mediante ellas todo el "compuesto" humano, tienen que ser **elevadas por la gracia** (en nuestro caso, la virtud **sobrenatural** infusa de prudencia), de modo que santifiquen al hombre y, mediante él, a todo el orden temporal, y así no sólo obtenga el resultado práctico e inmediato apetecido (que es el fin directo de la política), sino también y sobre todo, en último término, merezca el hombre alcanzar la **VIDA ETERNA**.

La política así concebida se convierte, al mismo tiempo, en elemento de santificación y apostolado.

Porque, digámoslo abiertamente y sin rodeos, con palabras de Jesús: "¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Mc 8,36).

¡¿Qué me importa a mí la política, si al final me condeno?! San Ignacio, en el Principio y Fundamento, deja bien establecida la **TESIS** sobre la cual descansa todo el ordenamiento humano: "El hombre es creado pare alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es creado"(Ejercicios Nº 23).

El hombre, nótese bien, tanto en el aspecto **individual** como en el **político-social**.

El hombre, lo mismo como **persona** que como **sociedad**. Dios es el Principio, el Fundamento y el Fin Último de la comunidad política y de la acción política.

La política debe ayudar al hombre directamente y, en primer lugar, a alcanzar su fin inmediato y temporal; e indirectamente y en último término, su fin último sobrenatural: la salvación y la mayor glorificación de Dios (lo último en la ejecución, pero lo primerísimo en la intención).

El último "por qué" de la política es la mayor gloria de Dios, Creador, Redentor y Glorificador.

Los hombres dependen, ontológica, psicológica y moralmente, de Dios, lo mismo considerados aisladamente que reunidos en sociedad.

No es suficiente, por tanto, un culto privado, aunque sea externo. El Estado y la Sociedad deben a Dios un **culto público**, en estricta justicia, más aún por amor, y con espíritu de servicio que es la prueba del verdadero amor.

Tampoco basta que los responsables de las Naciones sean creyentes y practicantes a título privado. Deben serlo **oficial** y **representativamente**.

"Una cosa es para el Príncipe servir a Dios en su calidad de individuo, otra en su calidad de Príncipe. Como hombre, le sirve viviendo fielmente; como Rey, promulgando leyes religiosas y haciéndolas cumplir con un rigor conveniente.

Los Reyes sirven al Señor en cuanto Reyes, cuando hacen **por Su causa** lo que sólo los Reyes pueden hacer" (San Agustín).

Dos objeciones

Se oyen con demasiada frecuencia y ligereza criticas como ésta: "**Eso es mezclar la religión con la política**".

No se trata de "mezclar" o confundir la religión con la política. Ambas se distinguen específicamente.

No deben confundirse, pero si "fundirse" de modo que todo el hombre (el hombre "total") alcance, como ciudadano y como católico, la **unidad y plenitud** de vida.

Ambas sociedades, la Iglesia y el Estado, son, cada una en su lugar, perfectas, competentes; soberanas e independientes.

Por más que la Iglesia es superior al Estado, por razón de su naturaleza (humano-divina), de su Misión Salvadora y de su Fin (trascendente y sobrenatural).

Y el Estado, por **ese mismo motivo**, y en caso de colisión de derechos, debe subordinarse a la Iglesia, que es lo mismo que arrodillarse ante Cristo, reconociendo su Sagrada Realeza.

Cristo es Rey también sobre el Orden Temporal, político-social. En primer lugar, como Dios, por ser el Dueño del mundo. Es evidente.

En segundo lugar, como Hombre: en virtud de la Unión Hipostática; a título de "conquista" por la Redención; y por libre elección nuestra en el Bautismo.

Cristo tiene, pues, un Derecho Absoluto tanto en el Orden **Espiritual** como en el Temporal.

"Me ha sido dado **todo poder**, en el cielo y **en la tierra**" (Mt 28,18). Quiso, sin embargo, renunciar al ejercicio de su derecho en el Orden Temporal (delegando su autoridad en la Sociedad civil), e intervenir directamente sólo en el Orden espiritual, a través de la Sociedad religiosa, su Iglesia.

El hombre está obligado, en consecuencia, simultáneamente para con ambas Sociedades, según los derechos y la competencia de cada una de ellas: en lo espiritual la Iglesia, en lo temporal la Sociedad civil.

Por eso dijo Jesús: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mt 22,21). Pero, nótese bien, el "César" debe dar a Dios lo que es de Dios.

Lo cual significa que por razón del fin y de la misma naturaleza, y sin quitar nada a su legítima autonomía, la Sociedad política debe estar subordinada a la Iglesia.

La política debe ordenar y subordinar al hombre a Dios. De la misma manera que el hombre debe ordenar y subordinar la política a Dios.

Ni la religión es un "asunto (meramente) privado" ni la política un "asunto (meramente) temporal".

Ambas deben armonizarse con un sentido de unidad, de verticalidad y de totalidad.

Hay que respetar el orden de los seres y de los valores.

"Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

La mala política busca siempre únicamente, o al menos en primer lugar, las "añadiduras".

Considera al hombre como puro animal, o, al menos, en el plano meramente natural y racional. Como si el hombre fuese "inmaculado" y no tuviese un alma que salvar.

Otra objeción corriente: "**La Iglesia se mete en política**".

- Si "meterse en política" significa la intromisión de la Iglesia en lo que es de la exclusiva competencia de la Sociedad civil, en ese caso la crítica es acertada. Mal hecho. Hay que reconocer que esto ha ocurrido. La Iglesia, como su Divino Fundador, es "trascendente".

- Pero si "meterse en política" significa enjuiciar y denunciar, aun públicamente si es necesario,

siempre empero por caridad y con respeto, hechos, situaciones u obras de la Sociedad civil, desde la perspectiva de la Fe, entonces la Iglesia, fiel a su misión profética, tiene el derecho y el deber, aun a costa de ser criticada, de "meterse en política" -como dicen-. Lo contrario sería un pecado de omisión, una complicidad con los pecados ajenos, un perjuicio para los débiles y oprimidos, una infidelidad a Cristo, y un desprestigio para la misma Iglesia.

"La denuncia de los pecados sociales, hecha con espíritu evangélico, con sana independencia y con verdad, contribuye a liberar a la sociedad de todas aquellas lacras que la envilecen y corroen en sus más sólidos fundamentos" (Declaración del Episcopado español).

La Iglesia no puede callarse ante la Sociedad civil cuando está en juego el Derecho Natural y cristiano. La Iglesia no es "indiferente".

La objeción se convierte en afrenta. Es evidente que todos los grandes principios, lo mismo de la razón que de la Teología, tienen que repercutir necesaria e inmediatamente en el terreno de la política.

El problema político-social es fundamentalmente un problema moral y religioso. Separación, sí. Separatismo, no.

Religión y Política, Iglesia y Estado, deben permanecer estrechamente unidos en la mente y en el corazón del hombre.

"Catolicismo y Patriotismo representan para nosotros a un tiempo los factores máximos de nuestra grandeza y el doble altar en que ofrezcamos los mayores sacrificios. Lo primero, porque todo en el hombre tiene su aspecto social, en orden a la Patria de la tierra y a la del cielo. Lo segundo, porque los sacrificios responden al favor de nuestros bienhechores, y no hay otro superior al que nos hace Dios al hacernos hijos suyos, y el que sigue en orden, que es el que nos hace la Patria al acabar en nosotros, en el orden natural, la obra de Dios y de nuestros padres.

Ya veis, cómo el doble concepto de Dios y Patria, que tienen su expresión social en el Catolicismo y Patriotismo, están profundamente vinculados, en el orden objetivo y en el de nuestros afectos; y que difícilmente puede sufrir quebranto uno de los dos amores sin que de rechazo sufra el otro, en el tesoro de nuestros sentimientos o en su manifestación externa y social" (Cardenal Gomá, carta pastoral "Catolicismo y Patria", 1939).

¡Dios y Patria! Doble paternidad para el hombre, correspondida y manifestada por dos besos: el beso al Crucifijo y el beso a la Bandera.

Esta ha sido siempre la santa tradición de las Naciones católicas, y que deben conservar, por razón o por fuerza.

Nosotros concebimos la política como expresión de un "Alma" Nacional y Cristiana.

Una política en el sentido católico de la palabra. Una política que es sinónimo de Cristiandad. Una política de Cruz y de espada.

"Cruz y espada aparecieron en el mundo un día en que el hombre pecó y en que Dios se propuso redimirlo. Sin pecado no hubiese habido cruz, porque no hubiese habido redención. Ni espada, porque ella es el símbolo de la justicia y de la fuerza protectora del derecho, contra las injusticias y las

fuerzas perturbadoras del orden; y sin el pecado no se hubiese alterado el reino de la justicia y del derecho eternos en que fundó Dios la Sociedad humana el día de su creación" (Cardenal Gomá, op. cit.).

¡Qué inmensidad de bienes ha hecho el Catolicismo a la Patria, al enseñarle el carácter moral y religioso de la política!

La política es una parte de la Ética, y lo que es falso moralmente, jamás será justo políticamente.

El Catolicismo representa el **equilibrio** de derechos entre las fuerzas opuestas que amenazan con distorsionar el orden político: equilibrio entre bien común y libertad, entre el poder y el pueblo, entre sociedad y persona.

Hasta los pueblos paganos y los filósofos precristianos consideraron la Religión como esencial al bien común y a la Ciudad Temporal.

Según ellos, la primera condición para el bienestar de los pueblos era gozar del favor de los dioses.

Aun los impíos, como un Maquiavelo, tuvieron que reconocerlo. Más aún, llegaron a servirse de la Religión como de red, para satisfacer su codicia y loca ambición.

La Religión es el "**alma**" de la política. No solamente el alma individual, sino también el "Alma Nacional", han sido creadas conforme a la imagen y semejanza divinas. "El que destruye la Religión - escribe Platón- destruye el fundamento de toda la humana sociedad".

Y el infame Proudhon llegó a escribir en sus "Confesiones de un revolucionario": "Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología".

Con razón, pues, escribe el gran Donoso Cortés: "Roma sucumbió porque sus dioses sucumbieron; su imperio acabó porque acabó su teología. De esta manera, la Historia viene a poner como de relieve el gran principio que está en lo más hondo del abismo de la conciencia humana.

El Catolicismo se apoderó del hombre en su cuerpo, en sus sentidos y en su alma. Los teólogos dogmáticos le enseñaron lo que había de creer, los morales lo que había de obrar, y los místicos, remontándose sobre todos, le enseñaron a levantarse a lo alto en alas de la oración, esa escala de Jacob de piedras abrillantadas, por donde baja Dios hasta la tierra y sube el hombre hasta el cielo, hasta confundirse cielo y tierra, Dios y hombre, abrasados todos juntamente en el incendio de un amor infinito.

Por el Catolicismo entró el orden en el hombre, y por el hombre en las sociedades humanas. El mundo moral encontró en el día de la Redención las leyes que había perdido en el día de la prevaricación y del pecado. El dogma católico fue el criterio de las ciencias, la moral católica el criterio de las acciones, y la caridad el criterio de los afectos. La conciencia humana, salida de su estado caótico, vio claro en las tinieblas interiores, como en las tinieblas exteriores, y conoció la bienaventuranza de la paz perdida, a la luz de esos tres divinos criterios. El orden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del mundo moral al político" ("Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo").

- II -

Doble concepción de la política. Existe una **doble concepción** de la política.

- Una concepción "**humanista**" y "**horizontalista** " que proclama la soberanía única y absoluta de la Nación. Con dos modalidades:

- La primera, "**antirreligiosa**": Se considera a la Religión y a la Iglesia como un obstáculo para el bien común; por lo tanto, ¡hay que acabar con ellas!

Es, por ejemplo, la mentalidad marxista, intrínsecamente perversa y diabólica.

- La segunda, "**arreligiosa**": La política "neutra", al margen de la Religión y de la Doctrina de la Iglesia.

Es la mentalidad laicista, que, de hecho, termina también por ser antirreligiosa.

- Opuesta a las dos anteriores es la concepción **teológica** y "**vertical**" de la política, que proclama la Soberanía Absoluta de Cristo, y (relativa y subordinadamente) la Soberanía Nacional.

En esta concepción hay que destacar, sin embargo, dos posturas diferentes:

- La de aquellos que aceptan la "tesis" en teoría y en privado, pero no en la práctica y en público. Son católicos "**moderados**", que reconocen, sí, la Realeza Social de Jesucristo, pero prefieren no afirmarla explícita y oficialmente, sea por miedo al ridículo o al fracaso, o por no perder adictos.

Son más nacionalistas que católicos. No quieren llevar a sus últimas consecuencias su compromiso cristiano.

- Existe, en fin, "todavía", una valiente minoría que se lanza a la calle con la Bandera de Cristo, no atendiendo tanto al éxito como a las exigencias de su bautismo.

Porque estiman que "se es tanto más nacionalista cuanto se es más católico que nacionalista".

Y porque entienden, a la luz del Magisterio tradicional de la Iglesia, que el **Ideal** y el **Deber** (otra cosa es la realidad y la tolerancia) es la **confesionalidad del Estado**, que, en cuanto tal, tiene obligación de reconocer, teórica y prácticamente, los Derechos inviolables de Aquel que proclamó solemnemente ante Pilato (prototipo del Estado "neutro" y "liberal"): "Yo soy Rey" (Jn 18,37); de Aquel "a Quien han sido dadas en herencia todas las Naciones" (Sal 2,8).

Quede bien claro, pare evitar malentendidos, que el Reino de Cristo "no es de este mundo" (Jn 18,36), lo cual significa, según la verdadera exégesis, que no es temporal o material "como" los de este mundo (ni en cuanto al origen ni en cuanto a la naturaleza): "Mi Reino no es de aquí".

Pero "está" en este mundo, y se ejerce sobre todo el mundo: Cristo es Rey de los individuos, de las familias, de las profesiones, de las escuelas, de los Municipios, de las Sociedades, de los Estados y de las Naciones.

Alguno podrá objetar: ¡Hay que tener en cuenta la "hipótesis"! (es decir, la situación de hecho).

Es verdad, ¡pero con la condición de no confundirla con la "tesis" y procurando efectivamente que, cuanto antes, se acabe el estado de "hipótesis" y se restablezca la "tesis"!

No llamemos verdad al error, ni libertad a la tolerancia, ni bien a un mal menor.

Fundamento Teológico

- La política se apoya sobre un triple fundamento teológico:

La Creación

- Dios es el "**Autor**" de todo lo creado. Es el único Dueño. ¡Dios es "totalitario"! De aquí que toda autoridad tiene que venir de Dios, y ha sido establecida por Dios (Rom 13,1).

Es con esta condición como deben interpretarse las palabras de San Pablo: "Quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios" (Rom 13,2).

- Dios, por ser el Bien Supremo e Infinito, y la Causa Primera de todas las cosas (creadas), es el **Bien más Común** de todos los bienes. Dios es, por lo tanto, el "Alma" de la política. Una política sin Dios sería tan absurda como una Moral sin Dios.

- Si la política es una virtud derivada de la prudencia, y la prudencia es un hábito operativo de la razón práctica, ordenado inmediatamente a regular y dirigir, en lo concreto, todas las acciones humanas a su verdadero fin; y si ese fin es no solamente temporal natural e inmediato, sino también espiritual, sobrenatural y último, es decir, Dios, resulta, en buena lógica, que la **ultimísima razón de ser** de la política es el Dios Creador, el Dios de la Revelación, Uno y Trino.

El fin de la Ciudad se ordena al fin del Universo, y el fin del Universo se ordena a Dios.

El hombre, pues, al ordenarse a la Sociedad civil, se ordena a Dios. El hombre pertenece así totalmente a la Sociedad política, sin dejar de orientarse a Dios; antes, al contrario, su total pertenencia a la Sociedad incluye esa ordenación.

Aunque el hombre se ordene todo él al fin político, no se ordena a él exclusivamente, sino que lo trasciende.

Así, la recta y sobrenatural realización del fin temporal es ya realización del Fin último, y la Ciudad Temporal es comienzo de la Ciudad Celestial y Eterna.

Esta es la maravillosa síntesis cristiana de la política, expuesta por el genio de Santo Tomás.

La Encarnación

El verbo, segunda persona de la Santísima Trinidad, "asumió" **toda** la naturaleza humana, en unidad de Persona, no una parte.

Toda, es decir, tanto individualizada como socializada.

La Encarnación (formal) del Verbo en su Humanidad individuada es la causa eficiente, ejemplar y final de la "encarnación" (virtual) en todo el Orden Temporal, hecho "carne" de Cristo, por, con y en la Iglesia, que es su Cuerpo Social y Místico.

Así se realiza en el tiempo el Designio Misterioso y Eterno de Dios, de "recapitular **todas** las cosas en Cristo, las del cielo y **las de la tierra**"(Ef. 1, 10), porque "en El fueron creadas todas las cosas del cielo y **de la tierra... todo** fue creado por El y para El... **todo** subsiste en El" (Col 1,16-17).

Dios se hace "Historia" en Cristo. "El Verbo de Dios, hecho El mismo carne, y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la Historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo" (Vaticano II).

Cristo nos enseñó también, con su palabra y con su ejemplo, a cumplir con los deberes del perfecto ciudadano, y a construir la Ciudad Terrena pensando en la Futura; esa "tierra nueva" y esos "cielos nuevos" que todos esperamos, "en que tiene su morada la justicia, según su promesa... "(2 Pe 3,13). ¡He aquí el verdadero "Progreso"!

La Redención

No puede haber bienestar social sin amor y justicia. No puede haber amor y justicia donde reina el pecado, que es la raíz de todos los egoísmos e injusticias.

No habrá, pues, felicidad temporal, sino con la condición y en la medida en que, por la gracia santificante, se destruya el pecado, que es el "cáncer" que pudre a la sociedad.

Hay que **rescatar** la política de todas las esclavitudes que la sofocan y degradan: los Totalitarismos y Populismos, es decir, la divinización del Estado y de la Masa.

Según la concepción rousseauniana del hombre, éste es corrompido únicamente por la sociedad. Dicho así no es verdad.

Lo que en primer lugar y sobre todo corrompe al hombre es el pecado o mal moral, elemento negativo y "antisocial".

San Ignacio nos hace meditar sobre el pecado de Adán y Eva, "trayendo a la memoria -dice- cuánta corrupción vino al género humano" (Nº 51).

Toda política que ignore, teórica y prácticamente, el dogma del pecado original (con todas sus consecuencias), será tan irreal como inoperante.

Irreal, porque el hombre nace, vive y muere con la "tara" del pecado.

Inoperante, porque la gracia es "físicamente" necesaria.

Por eso no basta el cambio de estructuras, ni el desarrollo material; menos aún la violencia.

La primera "estructura" que hay que cambiar es el "hombre".

El primer "desarrollo" que hay que llevar a cabo es el espiritual.

La primera "violencia" a realizar, la lucha contra las propias pasiones, el orgullo y la sensualidad.

Contrariamente a lo que afirma el Socialismo, el fin del hombre es Dios, no la Sociedad.

Cristo Redentor, por su Cruz y Resurrección, nos "reconquistó" para su Padre, borrando nuestros pecados e imperando sobre el universo mundo.

"Él es el Principio, el Primogénito de los muertos, para que tenga la Primacía sobre todas las cosas, y plugo al Padre que en El habitara toda la plenitud, y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz" (Col 1,18-20).

La "redención" y "consagración" de la política es una parte de la Redención y Consagración del mundo.

No puede haber bienestar social, fin próximo de la política, sin **sacrificio**, prolongación a su vez del Sacrificio de la Cruz, renovado místicamente en la Misa. ¡Hay que "ofrecer" cada día la política con Cristo en la patena!

La palabra de Jesús es terminante: "Sin Mi NADA podéis hacer" (Jn 15,5).

Sin la GRACIA santificante no puede haber ni hombre ni Orden, pues sólo ella es el remedio único para borrar el pecado, que "deshumaniza" al hombre y es la raíz de todo desorden.

Derechos y Deberes

"Todos los buenos **ciudadanos** están constreñidos a efectuar el mejor uso de la política, y los **católicos** en particular, puesto que la misma profesión católica exige de ellos el que sean los mejores ciudadanos" (Pío XI, "Peculiari").

La Iglesia llama la atención y grave la conciencia de todos sus hijos para que, en la medida de sus posibilidades y responsabilidades, actúen en el terreno político, convirtiendo su civismo en verdadero apostolado.

Oigamos al Concilio: "En el amor a la Patria y en el fiel cumplimiento de los deberes civiles siéntanse obligados los católicos a promover el genuino bien común, y hagan valer así el peso de su opinión para que el poder político se ejerza con justicia y las leyes respondan a los preceptos de la moral y al bien común. Los católicos, preparados en los asuntos públicos y fortalecidos, como es su deber, en la fe y en la doctrina cristiana, no rehúsen desempeñar cargos políticos, ya que, con ellos, dignamente ejercidos, pueden servir al bien común y preparar al mismo tiempo los caminos al Evangelio" ("Apostolicam actuositatem ", 14).

Conviene notar, sin embargo, que los católicos actúan en política en tanto que ciudadanos, y **no como representantes** de las organizaciones de la Iglesia o como si ellos tuvieran "mandato " de la Autoridad eclesiástica, la cual es espiritual o temporal.

Excepto el caso en que se tratase de defender claramente los derechos de la iglesia, o los altos intereses morales como, por ejemplo, la santidad de la familia o de la escuela.

En cuanto a los **clérigos y religiosos**: por una parte, como ciudadanos, tienen derecho de asumir sus propias opciones en materia política y deben contribuir, y hacer que los laicos contribuyan, al bien de la Nación. Pero, por otra parte, por ser "signos" de unidad y de santidad, deben mantener cierta distancia de cualquier cargo o empeño político. Más aún, habrá ocasiones en que estarán obligados a abstenerse del ejercicio de su derecho en el campo de las opciones económicas, políticas o sociales. Solamente en casos verdaderamente excepcionales, exigidos por el bien común, y con la debida autorización de sus Superiores jerárquicos, podrán militar activamente en un partido político (cfr. Sínodo de los Obispos, 1971).

Por lo que respecta al **Magisterio eclesiástico**, hay que saber que "tiene la obligación de pronunciarse sobre los principios sociopolíticos en cuanto afectan a la dignidad y a los derechos de la persona, al sentido último de nuestra existencia y a los valores éticos de los actos y actitudes humanas. Faltaría a su misión si no aportara la luz de su doctrina para ayudar al discernimiento cristiano en la vida concreta, y si, en los casos en que sea necesario, no señalara las condiciones que exige la Fe para que una opción política o social sea compatible con la concepción cristiana de la convivencia social" (Declaración del Episcopado español de enero de 1973).

He aquí en síntesis la "vocación política" de la Iglesia y de sus diferentes clases de miembros.

Vocación que todos, según su estado y capacidad, deben saber descubrir y cultivar.

"Hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que hoy día es particularmente necesaria para el pueblo, y sobre todo para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad política" (Vaticano II).

La Iglesia deja a sus hijos una **libertad justa** en esta materia, es decir, que cada uno debe optar por los medios concretos y las "técnicas" capaces de hacer realidad el bien común, conforme siempre a las exigencias de la Moral y del Evangelio.

Por consiguiente, puede haber **divergencias** entre los católicos, no en cuanto a los principios, sino en cuanto a sus aplicaciones prácticas y concretas. A no ser que la misma Jerarquía de la Iglesia señale circunstancialmente la solución oportuna. En cuyo caso los católicos deben prestar filial obediencia.

Conclusión

Sin Cristo, la política se convierte en "politiquería". ¡No es menester demostrarlo! Y el país es un verdadero infierno.

Aquí está la causa del confusionismo y del desastre que vivimos y lamentamos.

Hay políticos (no pocos) que cuando hablan o actúan hacen reír y llorar a un tiempo. Reír, porque demuestran no tener ni idea de lo que es verdaderamente la política. Y llorar, porque en sus "fórmulas" Dios es el Divino Ausente. Es una "política" materialista, maquiavelista, existencialista, sin espíritu y sin esencias. Es "idolatría" política, haciendo un dios del Pueblo o del Estado.

La verdadera PAZ es la tranquilidad en el ORDEN establecido por Dios, y reflejado y condicionado por la LEY natural y revelada. Es en la perfecta sumisión al Orden moral, jurídico y religioso, donde

el hombre se "ordenará" a Dios, y "pacificará" todas las cosas. La paz, así entendida, es el verdadero Bien Común. Que es el fin de toda política digna de este nombre.

Desgraciadamente, el orgullo petulante del "hombre-dios" se ha empeñado -¡vana ilusión!- en construir una Sociedad moderna sobre las solas bases del Desarrollo y de la Técnica. "Sociedad de masas", construida sobre el mito de la igualdad, de la libertad y del progreso.

La llamada Civilización moderna, convertida en una nueva Torre de Babel... "Vamos a edificar una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos..." (Gén 11,4).

¿Resultado? Confusionismo, degradación, división. Otra significativa comparación: la estatua de Daniel.

Es otro símbolo de la Sociedad moderna. "Era muy grande la estatua, y de un brillo extraordinario... ¡su aspecto era terrible! La cabeza era de oro puro, el pecho y brazos de plata, el vientre de bronce, las piernas de hierro,... y los pies de barro" (Dan 2,3).

Pero he aquí que una piedrecita cayó en los pies, y la estatua se vino abajo y se hizo pedazos... ¿Por qué? Pues porque no estaba apoyada sobre un sólido fundamento.

Sin Dios no hay "hombre". Y sin "hombres" la Sociedad se viene abajo.

La primera "fórmula" de toda acción política constructiva debe ser Cristo Redentor y María Corredentora.

Y las "bases" para un verdadero bienestar social, los Diez Mandamientos y la doctrina de las Bienaventuranzas.

Después de todo lo dicho, y al término de este trabajo, más de uno podría pensar: "Todo está muy bien... en teoría y para los católicos. Pero la realidad política es muy distinta, y muchos no son creyentes...".

Lo sabemos.

En la práctica se hace lo que se puede. De ahí que a la política se la ha definido también, y es cierto, como "el arte de los posibles". Por supuesto.

El problema de la acción concreta es complejo, difícil y lleno de riesgos.

Pero la verdad es la verdad. Y el Ideal es éste. Y hay que tender a realizarlo.

Muchos ignoran lo que es la política. Otros la miran con asco. Otros se aprovechan. Otros se desentienden. Otros la corrompen. Y otros... hacen lo que pueden.

La triste realidad es ésta: la política (hablando en general) ha renegado de Cristo y no quiere someterse a su dulcísimo Imperio.

Así se cumple la Escritura, que dice: "Se reúnen los reyes de la tierra y los príncipes conspiran contra Yahvé y contra su Ungido".

Pero oigamos también la respuesta: "El que mora en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos; a su tiempo les hablará en su ira y los consternará en su furor.

Yo he constituido mi Rey sobre Sión, mi monte santo... Y ahora, reyes, aprended, corregíos, jueces de la tierra.

Servid a Yahvé con temor, rendidle homenaje con temblor, no sea que se irrite, y caigáis en la ruina, pues su cólera se inflama en un instante.

¡Venturosos los que a Él se confían!" (Sal 2). No cabe otro dilema. Hay que "votar" y elegir: O Cristo o Barrabás.

Aquí no vale el voto "en blanco", la abstención o la neutralidad... "¡El que no está conmigo está contra Mí!" (Mt 12,30).

¿Dónde habrá un partido político que se presente en nombre de Cristo? Si Cristo se presentase hoy a "elecciones", ¿ganaría la "Presidencia"?

Sin embargo, hay que seguir luchando.

A los católicos del siglo XX nos ocurre un poco lo que al pequeño David frente al gigante Goliat (1 Sam 17,4).

El laicismo de los Estados es el Goliat moderno, que parece dominarlo todo, y ante quien uno teme verse aplastado.

¡No tengamos miedo! Como David, avancemos seguros "en el nombre del Señor de los ejércitos". ¡Venceremos al filisteo, con la "honda" del valor y la "piedra" de la Fe!

En la Escuela de los Ejercicios Ignacianos se forjan los soldados de Cristo, y de la patria. Somos minoría...

Pero la Historia ha demostrado sobradamente que las grandes civilizaciones han sido realizadas, en último término y a última hora, por un puñado de decididos y valientes.

Ahí está, entre muchos "milagros" de la Historia, el ejemplo heroico de la Cruzada española... ¡Aquel bendito alcázar toledano es todo un símbolo, un estímulo y un himno a Cristo Rey! ¡Una profesión de fe y un grito de victoria!

Mientras los hombres lo ignoran y condenan, Dios calla, aguanta y tolera...

Tal vez no veremos el triunfo en esta vida... Tal vez sean ellos los que ganen la partida...

¡No importa! Hay que esperar al JUICIO final... ¡y cargar con las consecuencias...!

"No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán: los que han obrado el bien, para la resurrección de la vida; y los que han obrado el mal, para la resurrección del juicio" (Jn 5,28-29).

"De Dios no se ríe nadie", dice San Pablo (Gál 6,7). ¡Ni el laicismo, ni el comunismo, ni el liberalismo, ni el judaísmo!

¡Ni los "grandes" de esta tierra! "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mc 13,31).

¡Es palabra de Dios!

(1973)

II El sentido de la historia

Vivimos en la era del **cambio** y de la **acción**.

"Hacer, hacer, hacer, es lo que importa hoy. Moverse, cambiarse, producir, gozar, es el programa común. La intensidad del obrar es el parámetro para juzgar el mérito de una persona, de una sociedad, o bien de un instrumento, o de cualquier sistema organizado. La energía ocupa el primer puesto entre las cosas deseables.

El vértigo de los acontecimientos alimenta la atención general. La opinión pública ambiciona la excitación constante, traumática, de los hechos en continua sucesión" (Pablo VI).

Hoy se habla constantemente de novedad, de desarrollo y de progreso...

Hoy el hombre está -como se dice- más que nunca proyectado hacia el futuro: El hombre busca, trabaja, corre, se agita, goza, sufre...

La fascinación de la vida presente es hoy poderosísima y contagiosa.

La competencia y la ambición dejan al hombre insatisfecho, y lo lanzan a una carrera loca en busca de una corona que se marchita.

La **técnica**, con sus adelantos inverosímiles absorbe la atención de los hombres hasta la embriaguez y el paroxismo, más aún, hasta sentir la náusea de vivir y el vértigo de destruir la civilización.

La explosión demográfica y la lucha por la vida hacen vivir al hombre a un ritmo acelerado, degenerando sensible o insensiblemente en un **temporalismo** o en un **inmediatismo**, que lo degradan y esclavizan.

El tiempo pasa, corre, vuela... Un día sucede a otro día, y apenas nos acercamos al mañana cuando ya estamos hablando del ayer...

El hombre vive más y más como un **autómata extrovertido y descentrado.**

¿Y no es acaso también verdad que el **ruido** es una de las enfermedades de nuestro siglo? La vida es como una película, para unos más o menos entretenida y apasionante, o aburrida y desesperante para otros, pero que todos tenemos que vivir.

Es nuestra pequeña historia de cada uno, que a un tiempo hace llorar y reír... La historia es una sucesión de proyectos y recuerdos, un viaje de ida sin vuelta, una problemática aventura, llena de contrastes, de ficciones, paradojas y sorpresas...

En fin, para decirlo con una palabra, no mía sino del Papa: "El hombre corre, pero como un gigante ciego. No sabe adónde"...

Ahora bien: ¿Qué sentido tiene todo esto que llamamos historia? "Es necesario -dice el Papa- no dejarse arrollar por el **torbellino babélico** del mundo que nos rodea. Es necesario darnos a nosotros

mismos un punto de referencia, un polo orientador, un **sentido** (es decir un significado y una dirección), para la vida, a fin de que sea verdaderamente humana y verdaderamente cristiana".

Hagamos filosofía y teología de la historia: ¡Porque la historia es una cosa demasiado real y demasiado seria para tomarla a risa o a broma!

Pregunto: ¿Es que la historia puede ser nada más que la **mera** sucesión de acontecimientos, fruto del **azar**, del **determinismo** o de la **evolución**? ¿Es que el hombre puede, sin más, vivir así, arrojado en la vida, trabajando por trabajar, sufriendo por sufrir, gozando por gozar, viviendo por vivir, muriendo por morir...? ¿Es que tenemos que hacer todo eso "porque si", "porque todos lo hacen", o, mejor dicho, sin saber por qué? ¿Serán aceptables y valederas la interpretación **humanística** y **marxista** de la historia, hoy tan en boga, que divinizan respectivamente al hombre y a la sociedad?

Se habla mucho del futuro... Ya se trate del futuro inmediato ("vivir al día", como dicen) o bien de un futuro lejano. ¡Parece que al hombre de hoy no le interesa para nada el pasado! Suele mirarlo con aire de suficiencia y con desdén.

Pero ¿qué es eso del futuro? ¿Es una realidad concreta, o tal vez una abstracción ilusoria y quimérica?

No. El futuro no es una mera abstracción ni un ente de razón. ¡No puede ser algo que siempre se espera pero nunca llega...!

El hombre no se "está haciendo" indefinidamente... Tiene un **último fin**, que lo específica y define. Su última perfección es la obtención de ese fin. De ahí que el hombre acabará de hacerse cuando sea "perfecto", es decir, cuando alcance su último fin.

Y ese fin último no es otro sino **Dios**. Este es el verdadero, el único futuro.

Un Dios, además, que se presenta como tremendo **dilema**: Cielo o Infierno.

Un Dios poseído o un Dios rechazado. Un Dios que premia o un Dios que castiga.

Un Dios-Amor o un Dios-Justicia. Sólo Dios puede ser y puede dar el sentido único, profundo, trascendente de la historia.

En otros términos: la historia únicamente se puede interpretar más allá de la historia. Dios-Creador es el autor de la historia. La historia empieza con el tiempo.

Y, en el plan de Dios se llama, y es fundamentalmente, Historia de la Salvación.

Dios en Cristo se hace, El mismo, historia, naciendo, viviendo y muriendo en un determinado lugar y momento. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".

"El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obro con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre" ("Gaudium et spes",22).

Cristo se prolonga en su **Iglesia**, que entra como fermento vivificador en la corriente de la historia, consagrando el mundo y sacralizando el tiempo por medio de la Acción litúrgica.

Este es el verdadero "existencialismo".

Pero la historia registró y padeció un gran cataclismo, que la sacudió desde sus cimientos y desvió su rumbo. Es el Pecado.

El pecado trastornó la vida humana, haciendo perder al hombre su último fin, y dejando sin sentido el curso de la historia, como una energía inútil o un río perdido en la arena. El pecado es el "contra-sentido" de la historia.

Y desde ese acontecimiento fatídico, la historia se divide en dos partes: los hijos de la luz, y los hijos de las tinieblas. La descendencia de la Mujer, y los seguidores del demonio.

El pecado con todas sus infinitas proyecciones ha **invertido** el **sentido** de la historia haciéndola girar no alrededor de Dios, Padre, Gobernador y Providente, sino alrededor del hombre, que aupado sobre el orgullo de su insignificancia termina ridículamente por proclamarse Dios.

El hombre ha llegado a divinizar el tiempo, sometiéndose servilmente a la evolución, en lugar de orientarla y condicionarla para llegar libremente hasta Dios [1].

Para acabar como aquella estatua gigantesca del libro de Daniel, compuesta de plata y oro, que se hizo pedazos porque estaba apoyada sobre pies de barro.

¡Este ha sido siempre el fin de la historia cuando no ha estado penetrada del sentido de Dios! "¿De qué le serviría al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma? ..." (Mt 16,26).

Cristo es la síntesis y recapitulación de toda la historia, según la expresión fuerte de San Pablo: "Cristo es Todo en todas las cosas" (Col 3,11).

Cristo es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, de la historia. Cristo es la "Clave" y el último "por qué" de la historia.

"El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho El mismo carne, y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo... Constituido Señor por su Resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a ese fin" (G. et s., 38).

Cristo, por su Pasión, Muerte y Resurrección, venciendo el reino del pecado, enderezó el rumbo de la historia, devolviéndole su sentido.

Cristo con su doctrina y ejemplo nos enseñó a descubrir ese sentido

1)"El desarrollo en el tiempo de las cosas creadas, y de modo particular, del hombre -la historia- se halla atraída por Cristo y los elegidos. Por eso enseña Santo Tomás que 'con el movimiento, con el cual Dios mueve las criaturas corporales, se intenta y busca otra cosa que el movimiento mismo, es a saber, completar el número de escogidos, lo cual una vez obtenido, terminará el movimiento (es decir, la historia), aunque no la sustancia del mundo'. Luego, aunque no sepamos el cómo, sabemos que la historia gira en torno de Cristo y de sus elegidos, y no al revés, de que Cristo y sus elegidos se hayan de acomodar a las alternativas de la historia. Luego hay una única encarnación de Ia Iglesia en la historia, aunque ésta se realice sucesivamente. Hablar explícita o implícitamente de reencarnaciones

del cristianismo, implica una teología invertida de la historia" (Meinvielle).

Religioso y cristiano de la historia, que expresó maravillosamente el Apóstol cuando dijo: "Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios" (1 Cor 3,22-23).

El hombre, por la razón y la fe, tiene que saber descubrir, interpretar y juzgar a la historia.

Tiene que saber que todas las cosas son buenas en sí mismas, pero que su valor es siempre funcional, instrumental, accidental y transitorio, en una palabra "relativo", vale decir, con vistas al logro del último fin.

San Ignacio en su célebre "Principio y Fundamento" nos enseña magistralmente que "todas las cosas son creadas para el hombre y para que le ayuden a alcanzar su último fin" (Ejercicios Nº 23).

Y San Pablo nos alienta: Todo lo que hace el hombre le merece "un peso eterno de gloria" (2 Cor 4,17).

Y los antiguos decían: "Mira el fin de todas las cosas". ¡Perder de vista este fin es señal de insensatez y de locura!

El hombre debe ser no solamente espectador, sino, mucho más, protagonista responsable y comprometido en este drama de la Historia de la Salvación.

En el Gran Teatro del mundo tenemos un papel que desempeñar, todos tenemos que escribir día tras día, minuto tras minuto, sabiéndolo o ignorándolo, queriéndolo o no, una línea o una página de la historia...

Y, en fin, la misma historia tendrá que presentarse a **Juicio**, al final de los tiempos, cuando el Justo Juez recompensará a cada cual según sus obras.

Entonces la historia terminará y dará comienzo la Eternidad.

"La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano" (G. et s., 39).

La concepción humanística y marxista de la historia dejarán siempre al hombre infeliz e insatisfecho, por lo menos ante el misterio desconcertante de la muerte.

El cielo y la tierra pasarán, pero la Palabra del Señor permanece para siempre. Porque "no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura".

Sí. ¡La historia es la maestra de la vida! ¡Y no se vive más que una vez! ¡Dichoso aquel que lo entiende!

(1971)

12 La libertad de los hijos de Dios

¡Vivimos (dicen) en la era de la libertad...! ¡Por fin se puede vivir en libertad! ¡Ha estallado la libertad!

La palabra "libertad" resuena cada una de las veinticuatro horas del día, a tiempo y a destiempo, hasta convertirse casi en una obsesión, en una manía... "libertad de pensamiento, libertad de conciencia, libertad de expresión, libertad religiosa, educación liberadora, teología de la liberación, amor libre, revistas libres"... y así podríamos multiplicar los ejemplos.

En nombre de la "libertad" se nos ha venido encima el aluvión del "destape", el erotismo, la pornografía, la aberración sexual, la grosería del lenguaje, la vulgaridad, la chabacanería, la suciedad, el desorden, la pérdida del buen gusto, la falta de educación y de respeto, las insinuaciones y campañas en favor del divorcio, del aborto, de la homosexualidad, y toda la basura de inmoralidad a través de los espectáculos, de las revistas y de los medios de comunicación social.

Dígase lo mismo con relación al vasto campo del pensamiento y de la cultura, en donde los autores heterodoxos gozan de los mismos y aún mayores derechos que los ortodoxos, y donde la cátedra del error va teniendo más éxito y clientela que la cátedra de la verdad, cumpliéndose, una vez más, aquella profecía del Apóstol San Pablo: "Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades, apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas" (2 Tim 4,3).

¡Sí! ¡Cuántas fábulas se enseñan hoy día en nombre de la "cultura" y del progreso"!

Al mismo tiempo, naturalmente, ha estallado el odio, el insulto, la burla, la ironía, la rebeldía contra todo lo que signifique orden, tradición, disciplina, sumisión, obediencia, prohibición, modestia, pudor, renuncia, humildad, mortificación...

Es así, a título de ejemplo, con qué rabia y con qué sofismas se han ensañado contra la censura cinematográfica, hasta sacársela de encima.

Es así como se han considerado mucho más graves y terribles los excesos de la "represión" (tan indiscutibles como lamentables y condenables) que la subversión, en cuanto tal (aun sin hablar de sus excesos).

Es así como se van repitiendo, directa o indirectamente, los ataques contra el Dogma y la Moral Católicas, contra los miembros más definidos y fieles a la Iglesia, hasta llegar incluso a la blasfemia contra Dios... y todo esto, más de una vez, con la permisividad o complacencia de la misma autoridad... (Sin hablar de sus excesos). Es así corno se van repitiendo, directa o indirectamente, los ataques contra el Dogma y la Moral Católicas, contra los miembros más definidos y fieles a la Iglesia, hasta llegar incluso a la blasfemia contra Dios... y todo esto, más de una vez, con la permisividad o complacencia de la misma autoridad...

¡Las democracias modernas han llegado a divinizar la libertad, lo cual es un horrendo pecado de idolatría!

"¡Salve, libertad, llena de gracia, el señor está contigo!... "¡Así se ha atrevido a "rezar" públicamente un conocido cantante, obsceno y blasfemo!

Vivimos en la apoteosis del **liberalismo,** tan **intrínsecamente malo** como **anticristiano**.

Intrínsecamente malo, porque hace de la libertad un "absoluto", siendo así que, por ser creada, es esencialmente dependiente (de Dios) y relativa (es decir, un medio para llegar a Dios).

Intrínsecamente malo, porque absorbe la libertad moral en la libertad psicológica, cuando de lo que se trata, en definitiva, no es tanto de obrar "libremente" sino de obrar (libremente) "bien", o sea conforme a la verdad y al bien objetivos y trascendentales; en último término, de acuerdo a las cosas tal como "son", vale decir, tal como Dios las ha hecho (y no conforme al capricho, al interés o al gusto de cada uno).

Intrínsecamente malo, porque considera al hombre naturalmente inmaculado, cuando la fe y la experiencia enseñan todo lo contrario: "en maldad fui formado y en pecado me concibió mi madre", dice David en el "Miserere" (Sal 51).

En una palabra: el liberalismo es intrínsecamente malo, Porque hace del hombre un dios, principio y fin de sí mismo.

Por eso los liberales legislan, juzgan y gobiernan sin tener en cuenta la ley, el Juicio y el Gobierno de Dios.

En segundo lugar, el liberalismo es anticristiano, porque no respeta ni cree ni obra de acuerdo con el Evangelio.

Es anticristiano porque no reconoce la naturaleza, la autoridad y la misión divina de la Iglesia (a la que considera, a lo sumo, como un simple "hecho" social, al igual que las demás religiones).

Es anticristiano, porque rechaza el Dogma de la Soberanía Absoluta y Universal de nuestro Señor Jesucristo.

En consecuencia, el liberalismo es condenado tanto por la filosofía del sentido común, como por el Magisterio de la Iglesia.

Nuestro Episcopado argentino puso acertadamente "el dedo en la llaga" al declarar que "los rasgos característicos de la ideología liberal fueron encarnados por muchos hombres de fines de siglo. Cuestionamos las consecuencias fácilmente presupuestas de su accionar, dado que muchos males que nos afectan hoy a los argentinos, encuentran su origen también en ese pensamiento" ("Iglesia y comunidad nacional", 22).

Hay que distinguir **tres clases** o grados de liberalismo: Un liberalismo absoluto, materialista y ateo, que niega a Dios y a la Iglesia, el Orden natural y el sobrenatural.

Existe también un liberalismo moderado, que niega el Orden sobrenatural, pero admite (al menos en teoría) a Dios, el Orden natural y una Ética que, por estar fundada en la sola razón natural, es insuficiente y queda expuesta evidentemente a erróneas interpretaciones.

Mención aparte merece ese (llamado) catolicismo-liberal, tan contradictorio como vergonzoso, profesado, en mayor o menor medida, más o menos conscientemente, por tantos católicos no sólo laicos sino también clérigos y hasta pastores.

Hay unos, cuya doctrina no es del todo ortodoxa, influenciados por ciertas corrientes de pensamiento emanadas de conocidos autores progresistas, que suelen ponerse "de moda".

Otros, en cambio, enseñando, al menos sustancialmente, la sana doctrina, actúan en la práctica en sentido contrario: tratan de disimular y condescender más de lo conveniente, de dar gusto a todos y no chocar con nadie, de seguir la corriente y el "régimen establecido", de ceder ante las presiones de los más atrevidos, de seguir "a priori" la opinión de la mayoría, de no ser tenidos por anticuados, cerrados o exagerados, sino modernos, abiertos y equilibrados... aunque ese "equilibrio" no es más que aparente, muchas veces, ya que, a juzgar por la experiencia, son los liberales los que casi siempre salen ganando... Porque a éstos se les permite e invita a hablar, y a "los otros" se les manda callar; éstos tienen fácil acceso a cargos importantes y de responsabilidad, mientras que "los otros" son discretamente marginados; para éstos se abren de par en par las puertas de los medios de difusión, mientras que "los otros" suelen encontrarlas cerradas...

¡Sí! La libertad de la que tanto se habla, es muy... "relativa"

Dos notas principales definen a los católicos liberales: La ambigüedad doctrinal y la debilidad de carácter. ¡La mejor manera de llegar a ser "popular"!

Este liberalismo, precisamente por adjetivarse "católico" es, en cierto modo, el más pernicioso, conforme a aquel axioma que dice: "la corrupción de lo mejor es la peor".

No han de extrañar ni parecer exageradas estas palabras contundentes del Papa Pío IX: "¡Siempre he condenado el liberalismo católico y volveré a condenarlo cuarenta veces, si es necesario!"(18-VI-187l).

0 bien, estas otras de San Pío X: "Los católicos liberales son lobos con piel de corderos; y por ello, el sacerdote, el verdadero sacerdote, debe revelar al pueblo confiado a sus cuidados, sus peligrosas asechanzas y sus malos objetivos" (5-IX-1894).

Y el Beato Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto (Colombia), dejaba escrito en su testamento: "Confieso, una vez más, que el liberalismo es pecado, enemigo total de la Iglesia y del Reinado de Jesucristo, y ruina de los pueblos y naciones; y, queriendo enseñar esto, aun después de muerto, deseo que en el salón donde se exponga mi cadáver, y aun en el templo durante las exequias, se ponga a la vista de todos, un cartel grande que diga: el Liberalismo es pecado".

¡Así han hablado y actuado los Santos, los grandes obispos y los católicos auténticos!

El liberalismo es la religión del diablo, el primer liberal de la historia (el segundo fue Adán).

El sedujo a nuestros primeros padres, haciéndoles desobedecer el precepto divino, para ser libres "como Dios" (Gén 3,4).

Tentó a Cristo en el desierto, ofreciéndole también la libertad, con la condición de adorarle, es decir, de someterse a su despótico imperio (Mt 4).

El maligno ha tentado y seguirá tentando a la Iglesia, a los gobiernos y a todos los hombres, a través

de los siglos.

¿Acaso no vivimos hoy en la era de la "tercera tentación"? ¿Qué se pretende, en nombre de una extraña y sospechosa "liberación", sino liberar al hombre de la Ley de Dios?

¿No resuenan en nuestros oídos aquellos gritos enloquecidos, lanzados por el populacho (llamado "pueblo") para impresionar a Pilato (prototipo del demócrata-liberal) que tenía maniatado a Cristo, mientras consulta a las muchedumbres, como si la verdad dependiese del voto de la mayoría, y la autoridad viniese del pueblo, y la neutralidad pudiere justificar la injusticia?

"¡Quítale, y suéltanos a Barrabás!" (Lc 23,18).

Que equivalía a decir: ¡Muera Cristo y viva la libertad!, "... y sus voces prevalecieron", comenta escuetamente el Santo Evangelio.

Son las mismas voces de la Revolución francesa, mejicana y española... Son las mismas voces de los "libertadores" del pensamiento: Lutero, Descartes, Voltaire, Rousseau, Kant, Hegel, Nietzsche, Sartre y tantos otros, precursores del liberalismo moderno.

Son las mismas voces de aquellos gobiernos e instituciones que hablan mucho de libertad y de "derechos humanos", pero que impiden a la Iglesia "la libertad de crecer y de predicar la fe; la libertad de amar a Dios y servirle; la libertad de vivir y de llevar a los hombres su mensaje de vida" (Mensaje del Concilio a los gobernantes).

¡No habrá nunca verdadera libertad mientras no se respeten los Derechos Divinos!

Paradójicamente, el liberalismo conduce a la esclavitud. El error esclaviza la inteligencia, como el pecado esclaviza la voluntad.

Y, como todo abuso, el abuso de la libertad degrada al hombre y a la sociedad.

¡Ahí tenemos al hombre y a la sociedad esclavos de "su" libertad!

Tenía razón aquel que dijo: "¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!"

El liberalismo ha invadido y pervertido todo: El orden intelectual, moral, estético, jurídico, económico, político, social y religioso.

Cristo dijo: "La verdad os hará libres" (Jn 8,32).

Los liberales replican: "La libertad os hará verdaderos". ¡Aquí está la diferencia! ¡Toda libertad que se aparte de la verdad, es una libertad que se ha vuelto loca!

Después de todo lo dicho, cabe preguntar: ¿Existe realmente la libertad? ¿Libertad "de qué" y "para qué"? ¿Qué es exactamente la libertad?

La libertad es un hecho de experiencia, fundado en la naturaleza racional del hombre, más concretamente, fundado en la naturaleza espiritual del alma humana.

Además, es una verdad revelada. "Dios hizo al hombre desde el principio y le dejó en manos de su propio albedrío" (Ecio 15,14).

Pero también es un hecho de experiencia que nuestra libertad es limitada y se halla más o menos trabada, extrínseca o intrínsecamente: "No pongo por obra lo que quiero, sino que hago lo que no quiero", confesaba San Pablo (Rom 7,15).

De ahí resulta una tensión entre el querer y el poder.

Experimentamos, por una parte, que, a medida que nos alejarnos de la niñez vamos siendo menos dependientes y más libres, pero, al mismo tiempo, experimentamos también que tenemos que esforzarnos constantemente para conquistar y recuperar la libertad perdida... ¡Queremos ser totalmente libres, pero no lo somos todavía!

La libertad es la propiedad que tiene la voluntad de tender al bien, en cuanto conocido y propuesto como tal por la inteligencia.

La inteligencia está hecha para la verdad, como la voluntad para el bien.

La verdad es el bien para la voluntad, como el bien es la verdad para la inteligencia.

La primera condición de la libertad es que sea verdadera, es decir, conforme a la verdad objetiva, ontológica, trascendente.

La voluntad tiende necesariamente al bien en general y libremente a los bienes particulares (reales o aparentes).

La voluntad no puede pues, tender al mal en cuanto tal, ya que el mal, en cuanto tal, no existe, por ser "carencia de bien" (así como el error, en cuanto tal, no existe, por ser, carencia de verdad).

En consecuencia, el obrar mal o la sola posibilidad de obrar mal, no es de la esencia de la libertad, más bien todo lo contrario; es signo de libertad (física o psicológicamente hablando), pero de libertad imperfecta o, por así decirlo, enferma (así como la enfermedad es señal de vida, pero de vida disminuida).

El hecho de que la voluntad libre tienda al mal (particular) siempre bajo la apariencia de bien, no significa que el mal no sea mal, ni que la voluntad obre bien.

El peor de todos los males es, sin duda, el mal moral, puesto que el alma vale mucho más que el cuerpo, y la virtud mucho más que la salud corporal.

Entre todos los bienes posibles, la voluntad debe elegir lógicamente el mejor, o sea, el más apto para lograr el fin. De ahí que la libertad perfecta (como decía Aristóteles) equivale a "la preferencia reflexiva de lo mejor".

Lo mismo dice San Ignacio en sus Ejercicios: "...solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin para el cual somos creados" (Principio y fundamento).

Antes de elegir hay que tener bien en cuenta la "escala de valores", fundada en aquel principio evangélico: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y lo demás (lo segundo) se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

Más aún, elegir el bien se llama "amar", de donde se sigue que la libertad es "capacidad de amar", mejor todavía: "Servidumbre de amor", como decía el gran Obispo de Córdoba, Mamerto Esquiú

(elogiado por el Episcopado argentino como "crítico severo del liberalismo").

Y como la libertad es esencial al ser humano, a mayor libertad mayor dignidad, mayor personalidad y mayor responsabilidad.

Tanto la verdad como el bien no son sino reflejos del ser, el cual, a su vez, es reflejo (o participación) de Dios, Ser Subsistente, Verdad Eterna, Bien Infinito.

Luego la conclusión se impone: La esencia de la libertad consiste, en definitiva, en "elegir a Dios", es decir, amarlo, por encima de todas las cosas, y amar todas las cosas por amor a Él. Este es nuestro último Fin.

El hombre, pues, cuanto más elige a Dios, más libre es, y más "hombre" es. Por el contrario, cuanto más se aleja de Dios, más esclavo y menos hombre es.

Estamos ya en condiciones de definir la libertad como la "facultad de obrar bien sin ningún impedimento".

Entenderemos mejor ahora cómo y por qué la libertad física o psicológica debe estar subordinada siempre a la libertad moral.

Dios nos ha dado la libertad como un medio, no como un fin: libertad "para" el bien.

Y como el fin exige medios convenientes, la "libertad-para" está reclamando la "libertad-de", vale decir, la ausencia de coacción.

¡Aquí está precisamente el "quid" de la cuestión!

Porque lo que más se ignora, lo que más se olvida, lo que más cuesta, es esto: ¡"liberar a la libertad" de tantos y tantos obstáculos!

Es lo que San Ignacio llama "indiferencia", quiere decir: la condición indispensable para el recto uso de la libertad psicológica.

"Indiferencia" que hay que conquistar y reconquistar permanentemente con esfuerzo si queremos en verdad obrar con libertad.

Hay que tener muy en cuenta esta triste realidad: el hombre, lo sepa o no, lo quiera o no, nace con una naturaleza caída en el pecado, heredada de nuestros primeros padres.

La libertad del hombre encuentra innumerables obstáculos; unos son externos, como, por ejemplo, ciertas estructuras, ciertos regímenes, condiciones de vida, necesidades materiales, presiones sociales y, en general, la influencia del "medio ambiente".

Otros son internos, como la ignorancia, el error, ciertos complejos, el miedo, y, sobre todo, la esclavitud de los vicios y pasiones desordenadas.

Dice Jesús que "todo el que comete el pecado es esclavo del pecado" (Jn 8,34).

La soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza: ¡He aquí los principales enemigos de la libertad!

Las pasiones desordenadas obscurecen la inteligencia en su búsqueda de la verdad; y atan la voluntad en su búsqueda del bien.

De todo lo cual es necesario sacar **dos conclusiones**, que constituyen otras tantas verdades fundamentales e incuestionables:

La primera, la necesidad de la gracia santificante, es decir, un auxilio divino, tanto para sanar la herida del pecado como para elevar al hombre al Fin sobrenatural para el cual ha sido creado.

En otras palabras, la gracia es necesaria para el recto uso de la libertad y, en consecuencia, para que el hombre, mediante sus actos libres, pueda salvarse, es decir, para que la libertad llegue a su plenitud y alcance su trascendental sentido.

De ahí que ser-libre equivale a "vivir y obrar movidos por la gracia de Dios".

Sin la gracia, el hombre no sólo no puede salvarse (en cuyo caso ¿de qué serviría la libertad?), pero ni siquiera vivir plenamente en libertad.

La gracia es eminentemente "liberadora", ya que sin ella no es posible mortificar totalmente los apetitos desordenados.

Lo dice muy bien San Juan de la Cruz: "Hasta que los apetitos se adormezcan por la mortificación en la sensualidad, y la misma sensualidad esté ya sosegada de ellos, de manera que ninguna guerra haga al espíritu, no sale el alma a la verdadera libertad, a gozar de la unión de su Amado" ("Subida" 1,15).

Por eso la verdadera libertad coincide con la santidad, y los Santos han sido los verdaderamente libres, comenzando por el mismo Cristo, seguido de su bendita Madre, la Santísima Virgen, que se llamó a sí misma "la esclava del Señor". Porque el hombre, cuanto más "esclavo" de Dios, más libre es.

Hay que explicitar aquí, aunque se da por supuesto, la necesidad de la gracia como iluminación interior, para disipar las tinieblas del error y de la ignorancia que envuelven la inteligencia del hombre, como consecuencia del pecado original y de los pecados personales.

La luz sobrenatural de la fe purifica, eleva y perfecciona la luz natural de la razón.

La segunda conclusión es la necesidad de una vida ascética para romper las ataduras de los vicios y pecados y así alcanzar la adorada libertad. ¡No podemos ser libres sin matar el "hombre viejo"!

"Vosotros -dice San Pablo- habéis sido llamados a la libertad; pero ¡cuidado con tomar la libertad por pretexto para servir a la carne!" (Gál 5,13; cfr. 1 Pe 2,16).

Este es el fin de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio: "Vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afición alguna que desordenada sea" (Nº 21).

Para lograr esta victoria el ejercitante tendrá que romper esas "redes y cadenas" (Nº 142), que le tienden el mundo, el demonio y la carne (Meditación de "Dos Banderas").

Hasta llegar a la "Contemplación para alcanzar amor", broche de oro de los Ejercicios, ¡el himno de San Ignacio a la libertad!

¡Buena "teología de la liberación" es ésta!

La Iglesia es la primera defensora de la libertad, como consta a lo largo de todo su Magisterio, particularmente en los Documentos del Concilio: "Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión, para que así busque espontáneamente a su Creador, y adhiriéndose libremente a Él, alcance la plena y bienaventurada perfección" ("Gaudium et Spes", 17).

No hay libertad fuera del cristianismo, como demuestra la historia universal. ¡Sólo Cristo fue el Hombre plenamente libre!

¡El único Libertador que nos puede hacer plenamente libres!, como dice muy bien el Apóstol:

"Para que gocemos de libertad, Cristo nos ha hecho libres; manteneos, pues, firmes, y no os dejéis sujetar al yugo de la esclavitud" (Gál 5,1).

¡Libertad conquistada con sangre hasta la muerte de Cruz! ¡La Cruz!

He aquí (para nosotros) el símbolo de la libertad, aunque sea "escándalo y locura" para el mundo (que, naturalmente, no lo puede entender).

¡Este pobre mundo, que, cual otro hijo pródigo, busca la libertad donde no está, y la pierde al ir a buscarla!

Sólo el amor a Dios nos hará libres. "Ama y haz lo que quieras", exclamaba San Agustín.

Porque el que ama a Dios sobre todas las cosas, no puede pecar (1 Jn 3,6), y donde no hay pecado, ahí está la libertad. Por eso, el Doctor africano definió la libertad con estas inspiradísimas palabras: "La bienaventurada necesidad de no pecar".

Y como, mientras vivimos en este mundo, podemos ofender a Dios, no habrá segura libertad sino cuando seamos desatados de los lazos de la muerte.

Esta es la "libertad de los hijos de Dios", la felicidad aquí en la tierra, anticipo de la felicidad eterna (Rom 8,21).

Aquella santa impaciencia por alcanzarla es la que hacía exclamar a la Mística Doctora, Santa Teresa de Jesús:

"Esta divina prisión

del amor con que yo vivo

hace a Dios mi Cautivo

y libre mi corazón;

y causa en mí tal pasión

ver a Dios mi prisionero,

¡que muero porque no muero!"

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!, claman y gritan una y mil veces hasta enronquecer, los hombres y los Poderes Públicos...[1]

¡Es inútil! Traten de entender, convénzanse, métanse en la cabeza, una vez por todas, esta gran verdad, tan antigua y tan actual:

¡Jamás habrá libertad sino en el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo!

(1985)

[1] Un ejemplo típico de discurso "liberal" fue el pronunciado recientemente (16 de abril) por el Rey de España, en la Universidad de Belgrano (de Buenos Aires) ... ¡por supuesto, muy aplaudido!

13 La Ley del Talión de la historia

Decía un célebre Cardenal francés del siglo pasado, Cardenal Pie, acérrimo propugnador de la Realeza social de Jesucristo, que "la ley ordinaria de la Providencia en el gobierno de los pueblos es la **ley del talión: Dios se comporta con las naciones, como las naciones se comportan con Dios**".

Que es lo mismo que decir: todo lo que se hace contra Dios, se vuelve contra el hombre. Los poderes públicos que ignoran a Dios, negando o rechazando el imperio de su Divino Hijo, serán también ignorados de Dios.

Y, ¿qué otra cosa es la ausencia de Dios, sino la destrucción misma de la especie humana?

El hombre cuando peca se suicida. La sociedad también, cuando apostata. "El cielo y la tierra pasarán - añadía el Cardenal antes citado -, pero hay una palabra que no pasará nunca, y es la palabra del Espíritu Santo que ha dicho: **que Dios reinará**, en el verdadero sentido de la palabra, y que reinará a pesar del estremecimiento orgulloso de los pueblos: 'Quoniam regnavit Deus, irascantur populi' (Sal 98, 1). Reinará; y si no reina por los beneficios inseparables de su presencia, reinará por las calamidades inseparables de su ausencia".

Son las justas represalias de Dios contra las sociedades rebeldes al Reinado social de su Hijo, Piedra que las naciones han desechado... "y el que cayere sobre esta piedra se hará daño, más aquel sobre quien cayere será pulverizado" (Mt 21,44).

Aquí, y no en otra parte, es donde hemos de buscar la causa, de todos los males que aquejan a la humanidad.

Un mundo que fracasa en todos los órdenes, porque "muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión. La negación de Dios o de la religión no constituye como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones, esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia, y la misma legislación civil" ("Gaudium et spes", Nº 7).

Un mundo que se descompone porque se siente minado por el horrible cáncer del humanismo laico y profano que "ha aparecido -dice Pablo VI-en toda su terrible estatura, y en cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión -porque tal es- del hombre que se hace Dios" (7-XII-65).

Un mundo, en fin, que olvida "la doctrina tradicional católica, acerca del deber moral del hombre y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo" (Declaración sobre la

libertad religiosa, Nº 1).

De aquí la responsabilidad de los gobernantes de las naciones. A ellos dirigieron los Padres conciliares un solemne mensaje de paz, con aires de profecía, del cual entresacamos estas palabras:

"Lo proclamamos en alto: Honramos vuestra autoridad y vuestra soberanía, respetamos vuestra función, reconocemos vuestras leyes justas, estimamos a los que las hacen y a los que las aplican. Pero tenemos una palabra sacrosanta que deciros. Hela aquí: Sólo Dios es grande. Sólo Dios es el principio y el fin. Sólo Dios es la fuente de vuestra autoridad y el fundamento de vuestras leyes...

Dejad que Cristo ejerza esa acción purificante sobre la sociedad. No lo crucifiquéis de nuevo; eso sería sacrilegio, porque es Hijo de Dios; sería un suicidio, porque es el Hijo del hombre. Ya nosotros, sus humildes ministros, dejad-nos extender por todas partes sin trabas la buena nueva del Evangelio de la paz, que hemos meditado en este Concilio. Vuestros pueblos serán sus primeros beneficiarios porque la Iglesia forma para vosotros ciudadanos leales, amigos de la paz social y del progreso".

El Santo Padre felizmente reinante, en su Encíclica "Christi Matri Rosarii", acaba de elevar su voz, "con gran clamor y lágrimas", ante "el peligro de una más extensa y más grave calamidad que amenaza a la familia humana, ya que en la región del Asia oriental se lucha todavía cruentamente y se enardece una laboriosa guerra... Perturban también el ánimo los acontecimientos que se sabe han sucedido en otras regiones, como la creciente competencia de las armas nucleares, el insensato deseo de dilatar la propia nación, la inmoderada estima de la raza, el ansia de derribar las cosas. La desunión impuesta a los ciudadanos, las malvadas asechanzas, las muertes inocentes, todo lo cual puede ser origen de un sumo mal" ...

Oigamos, secundemos el llamamiento del Vicario de Cristo, Príncipe de la paz. La Iglesia, Reino de la paz, viene a traer al mundo la única, la verdadera paz, la que está "fundada sobre la verdad, construida con las normas de la justicia, vivificada e integrada por la caridad, y realizada, en fin, con la libertad" (Juan XXIII, "Pacem in terris").

La paz de Cristo en el Reinado de Cristo. Miremos con ojos de misericordia a esta pobre humanidad que marcha a la deriva porque no quiere abrir los ojos a la luz, no quiere reconocer la Soberanía social de Aquel a quien "ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18). Mes de octubre. Mes del Rosario.

Preparémonos a celebrar la Festividad de Jesucristo nuestro Rey rezando cada día con renovado fervor el Santo Rosario, por la paz del mundo, unidos estrechamente con el Papa, dirigiéndonos a la Virgen, Reina de la paz, con las mismas palabras con que termina la reciente Encíclica:

"Mira con maternal clemencia, beatísima Virgen, a todos tus hijos. Atiende a la ansiedad de los sagrados pastores que temen que la grey a ellos confiada se vea lanzada en la horrible tempestad de los males, atiende a las angustias de tantos hombres y madres de familia que se ven atormentados por acerbos cuidados, solícitos por su suerte y la de los suyos. Mitiga las mentes de los que luchan, y dales 'pensamientos de paz'; haz que Dios, vengador de las injurias, vuelto a su misericordia, restituya a las gentes la tranquilidad deseada y los conduzca a una verdadera y perdurable prosperidad".

(1966)

14 ¿Y los Derechos Divinos?

El tema de los "derechos humanos" está a la orden del día, en discursos, conferencias de prensa y relaciones internacionales.

Está bien. Aunque no hace falta ser muy inteligente, ni mal pensado para husmear a veces, detrás de esta expresión de moda, siniestras intenciones.

El hombre tiene derecho, por ley natural, a ser respetado.

La Iglesia ha sido siempre la primera en reconocer, defender y dar su trascendental sentido a los derechos humanos.

Hasta el mismo Dios los respeta, como respeta todo lo que Él ha hecho, de tal manera, sin embargo, que, al final de los tiempos, premiará eternamente a quienes usaron bien de sus derechos, y condenará a los que abusaron de ellos.

¡Cristo fue el modelo perfecto de patriota y de ciudadano! Ahora pregunto, y subrayo:

¿Y LOS DERECHOS DIVINOS?

Porque existe un silencio universal y premeditado sobre los Derechos de Dios.

Más aún, se ignoran, se cuestionan, y se pisotean tranquilamente.

¡No terminaríamos nunca de citar casos y ejemplos concretos, que son del dominio público, contra el Dogma, la Moral, el Evangelio y hasta la Ley natural!

Hablo en general, sin particularizar, admitiendo honrosas excepciones.

¡DIOS TIENE TAMBIÉN SUS DERECHOS!

Derecho a ser amado y servido por encima de todas las cosas.

Derecho a que se respete su Doctrina, su Ley y su Iglesia.

Derecho a que se le dé el Culto (y no otro) que El mismo ha establecido por su Hijo Jesucristo.

En una palabra: Derecho a Reinar de hecho sobre individuos, familias y Naciones.

A esos sagrados Derechos corresponde, por parte del hombre, el deber moral de reconocer, en la teoría y en la práctica, su Absoluta Soberanía.

NO SE RESPETARÁN NUNCA LOS DERECHOS HUMANOS, MIENTRAS NO SE RESPETEN LOS DERECHOS DIVINOS.

Porque el sujeto de todo derecho es la persona, así como el fundamento metafísico de la persona es Dios.

El hombre moderno ha traspasado sus derechos, inventando un "derecho nuevo", donde Dios es

marginado.

Es cierto que, a veces, se pronuncia su Nombre. ¡Pero Dios no es un "nombre"!

¿Qué dios es ése, del que se habla?

Es un dios (así, con minúscula) raro y extraño, un dios también nuevo, un dios inofensivo y muy cómodo, un dios "pluralista", liberal o marxista, un dios del "centro", que "está bien con todos", un dios-ficción hecho a imagen y semejanza de los hombres... ¡un dios, en definitiva, en el que no creen!

El hombre moderno, borracho de libertad, ha llegado a liberarse del mismo Dios, y está empeñado en construir el mundo del futuro, dando culto a "otros" dioses: la ciencia, la técnica, la fuerza, la psico-política y, sobre todo, el dinero.

Escuchen, de nuevo, los gobernantes, el Mensaje del Concilio a ellos dirigido: "Lo proclamamos en alto: honramos vuestra autoridad y vuestra soberanía, respetamos vuestra función, reconocemos vuestras leyes justas, estimamos a los que las hacen y a los que las aplican. Pero tenemos una palabra sacrosanta que deciros: Sólo Dios es Grande. Sólo Dios es el Principio y el Fin. Sólo Dios es la Fuente de vuestra autoridad y el fundamento de vuestras leyes... Dejad que Cristo ejerza esa acción purificante sobre la sociedad. No lo crucifiquéis de nuevo: eso sería sacrilegio, porque es Hijo de Dios; sería un suicidio, porque es Hijo del hombre..."

Sí. ¡El mundo se suicida cuando viola los Derechos de Dios!

(1977)

15 Réquiem por la España Católica

Como era de prever, el Socialismo acaba de ganar por amplio margen las elecciones en España.

¡He aquí otro engendro más de la "Democracia"!

¿Qué les pasa a los españoles, que en tan pocos años (siete, desde la muerte de Francisco Franco) han llegado a este desastre, después de echar por tierra todo lo conseguido, más aún si se tiene en cuenta que en su inmensa mayoría el pueblo español es católico?

La respuesta es muy simple: son las consecuencias de ese error funesto, de ese nuevo ídolo, de ese demonio engendrador de todos los males, llamado Liberalismo.

El actual régimen socialista español es una triste realidad, gracias a un Rey liberal, a un Gobierno liberal, y a un "catolicismo" en gran parte también liberal (sin excluir, para decir toda la verdad, la influencia perniciosa, directa o indirecta, de ciertos Pastores, sacerdotes, religiosos y religiosas).

Además, por supuesto, de la acción habilidosa y constante de la masonería, del marxismo, de las sectas, de un intelectualismo heredero de la Filosofía moderna, y, en fin, de las presiones amenazantes y descaradas de las grandes potencias al servicio de la Sinarquía.

El Liberalismo es "subversivo", al afirmar la primacía de la libertad sobre la verdad, de la economía sobre la moral, del progreso material sobre el espiritual, de la evolución sobre el ser, de la cantidad sobre la cualidad, del instinto sobre la inteligencia, del cambio de estructuras sobre la reforma interior, de los derechos humanos sobre los Derechos de Dios.

El Liberalismo pone en un mismo plano de igualdad al cristianismo ya todas las demás religiones; concibe la política al margen totalmente de la Religión, y la Religión como un asunto meramente privado.

El Liberalismo, bajo la apariencia de "tolerancia", "pluralismo" o "neutralidad", termina por rechazar la Realeza Social de nuestro Señor Jesucristo.

¡Esta es concretamente la raíz dc todos los males!

¡Este es el gran pecado de la Civilización moderna!

¡Y éste es el que hemos llamado "pecado español"!

En la nueva Constitución española, Cristo Rey ha sido elegantemente, "democráticamente", despedido, como alguien que no tiene "nada que hacer" ahí.

El nuevo Gobierno, para estar a tono con Europa y con los tiempos nuevos (¡España ya "no es diferente"!) no tuvo ningún escrúpulo de romper brutalmente y por cuenta propia, con una tradición milenaria y gloriosa, en la que lo católico y lo español eran equivalentes.

Por eso se ha hablado, y con razón, de las dos Españas: la España auténtica, "baluarte de la Cristiandad", y la España (¡perdón!, la Anti-España) de la República y de la Democracia liberal.

La España de la Cruzada de liberación; y la España del clavel rojo en la solapa, de los puños en alto, de la quema de iglesias y asesinatos de católicos, del fusilamiento de la imagen del Sagrado Corazón.

La España, tierra de mártires y de santos; y la España de la legislación del divorcio (¿tardará mucho el abono?), de la pornografía publicitada y del vergonzoso "destape".

La España una, grande y libre, en paz y en orden, próspera económicamente y soberana; y la España rota por las autonomías, humillada ante las naciones, devaluada económicamente, víctima del desorden, del terrorismo y del vacío de poder.

¡Qué distinta aquella España de los Reyes Católicos, de ésta de Juan Carlos I de Borbón!

Y es que el español es así: enemigo de los términos medios.

Por eso en España ha fracasado y fracasará siempre el "Centro" ... no sin antes entregarse cobardemente en los brazos del enemigo.

Pilato, ese personaje curioso del Evangelio, es la encarnación misma de la Democracia liberal.

Con su política de "dejar hacer" a la masa (llamada pueblo), de "quedar bien" con todos y de aceptar en definitiva lo que mande la mayoría; con su debilidad para proclamar y defender la única Verdad; con su hipocresía para fingir lo que contraría a su conciencia; con su mal disimulada ambición por llegar o mantenerse en el poder, y al grito de "cambio", de "libertad", y de "progreso"... termina siempre por lavarse las manos (¡no las debe tener muy limpias!), votar por Barrabás y condenar a Cristo.

¡Sí! ¡La historia se repite!

Liberalismo, Democracia liberal y Socialismo son coherentes.

¡Socialismo y Comunismo, también!

Me parece que con esto es suficiente. ¡Qué contraste!

Tres días después del éxito socialista, el Santo Padre llegaba providencialmente a España...

Visita tan oportuna y urgente como esperada.

Dios quiera que la palabra profética del Papa sirva para hacer reflexionar, discernir y reaccionar a los españoles, de manera que este recibimiento apoteósico al "dulce Cristo sobre la tierra" no haya sido un Domingo de Ramos sino un Domingo de Pascua, y que nuestra querida Madre Patria vuelva a ser, después de expiar su pecado y su escándalo, lo que ha sido siempre: ¡honor de la Iglesia y ejemplo para sus numerosas hijas de Hispanoamérica!

(1982)

16 El pecado español

Acaba de ser aprobada por referéndum popular la nueva Constitución española.

Hay que señalar enseguida un hecho de trascendental importancia: la nueva Constitución ha suprimido toda referencia a Dios y a la inspiración cristiana de la sociedad. Ha dejado de confesar la Realeza Social de Cristo.

¡Pecado gravísimo, cuyas consecuencias son dc prever! ¡Y más, tratándose de España!

No se trata (como se ha dicho) de "reforma", sino de "ruptura" con una tradición sagrada y multisecular, que hizo dc España, hasta el 20 de noviembre de 1975, un orgullo para la Iglesia y cl Baluarte de la Cristiandad.

¡Y qué ejemplo para los pueblos de Hispanoamérica!

El texto recién aprobado carece de principios doctrinales sólidos y de criterios morales bien definidos, deja abierta la puerta al divorcio, al aborto y a todo tipo de "manipulación" política, y atenta contra la unidad de la Patria.

¡Triste reflejo de la España de hoy, y del Gobierno de la Corona! ¡De un Rey que hace todo lo contrario de lo que prometió con público juramento!

Basta un solo detalle: la entusiasta acogida que ha tenido el Documento, por parte de los partidos comunista y socialista.

¡Los comunistas y socialistas piropeando a la Monarquía! ¡Quién lo hubiese imaginado!

Si el Liberalismo es anticatólico y el catolicismo es esencial a la Hispanidad, una Monarquía liberal no merece llamarse ni católica ni española.

Porque ni la política es independiente de la Verdad y de la Moral, ni la Religión es asunto meramente privado.

Los responsables de esta impúdica Constitución han desoído la voz de la Iglesia: "Dejad que Cristo ejerza su acción purificante sobre la sociedad. No lo crucifiquéis de nuevo; eso sería sacrilegio, porque es Hijo de Dios; sería un suicidio, porque es Hijo del hombre" (Vaticano II, Mensaje a los gobernantes).

Pío XI llamó al Laicismo "la peste de nuestro siglo" ..., y España no ha sabido evitar el contagio.

¡Cuántos me preguntan, y se estarán preguntando!: ¿Qué les pasa a los españoles?

Pues les pasa que se han enloquecido con la idea de "abertura", de "cambio", de "libertad" ...

Les pasa, que no han podido vencer el complejo de inferioridad (tan característico) frente a una Europa dominada por el materialismo y la masonería, ante la cual, y a costa de la propia dignidad, se han puesto dc rodillas.

Les pasa, que quedaban ya pocas reservas de catolicismo...

La Constitución pretende permanecer religiosamente "neutral" ... ¡pero ante Cristo Rey no vale la neutralidad!

Suprimido el Nombre de Dios, ¡todo está permitido!

Y es la ley de la historia, que Dios se comporta con las Naciones, como las Naciones se comportan con Él.

El demonio, eterno inspirador del odio y de la envidia contra la España católica, ha conseguido un valioso triunfo.

¡Pero vendrá la reacción!

¡Porque junto a la España "oficial "estará siempre la verdadera España de los Reyes Católicos, la España de la Reconquista y del descubrimiento de América, la España del Alcázar de Toledo, la tierra bendita de guerreros, de artistas y de santos!

¡La Madre Patria no puede claudicar de su Misión sagrada!

¡No lo permitan la Virgen del Pilar ni el Apóstol Santiago!

¡Pero los españoles tendrán que volver a la reflexión y hacer penitencia por su pecado!

(1978)

17 En el 50 aniversario del martirio de la Iglesia en España

El pasado día 18 de julio se cumplieron 50 años del comienzo de la guerra civil, mejor dicho, de la CRUZADA española.

Tanto los Obispos de la Madre Patria de aquel entonces, como los Papas Pío XI y Pío XII, no dudaron en calificar con el nombre de "Cruzada" a aquella gesta gloriosa.

No fue -como se ha dicho- una mera "pelea entre hermanos" ni una "contienda de carácter político", sino una guerra justa y santa en defensa de los Derechos de Cristo Rey y de los valores sagrados de la Civilización cristiana; una pública y masiva profesión de fe; una suprema demostración de amor y de grandeza, contra las fuerzas subversivas del Laicismo y del Comunismo ateo.

Al terminar felizmente la Cruzada, Pío XII comenzó su discurso a la España en ruinas, con estas enardecidas palabras:

"Con inmenso gozo Nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la Católica España, para expresaros Nuestra paterna congratulación por el don de la paz y de la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probado en tantos y tan generosos sufrimientos.

¡Anhelante y confiado esperaba Nuestro Predecesor, de s.m., esta paz providencial, fruto sin duda de aquella fecunda bendición, que en los albores mismos deja contienda enviaba 'a cuantos se habían propuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos ye! Honor de Dios y de la Religión'; y Nos no dudamos de que esta paz ha de ser la que El mismo desde entonces auguraba, 'anuncio de un porvenir de tranquilidad en el orden y de honor en la prosperidad'.

Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La Nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo ¡aprueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la religión y del espíritu" (16- V-39).

Los números de las víctimas en el campo católico son demasiado elocuentes: ¡trece Obispos, más de cuatro mil sacerdotes diocesanos, más de dos mil religiosos, más de doscientas religiosas y más de doscientos cincuenta seminaristas... sin contar los miles de laicos (hombres, mujeres y niños) asesinados por las hordas rojas!

¡No!, ¡no podemos callar la piadosa memoria de una de las páginas más gloriosas de la

Historia de nuestra Iglesia Católica!

¡No, no queremos ser cómplices de la actual "conspiración del silencio", porque la sangre de los mártires dama como la sangre del justo Abel!

¡No, no soportamos la mentira de la "leyenda negra", que ha tergiversado totalmente el sentido genuino de la Cruzada!

No se trata aquí, como alguno podría pensar, de "hurgar otra vez en la haga", sino de sacudir nuestra apatía y tibieza, enfervorizamos y regocijamos, mientras cantamos y homenajeamos a aquellos privilegiados campeones de la fe.

Como Paul Claudel, cuando en su Oda inmortal a los mártires de España, escribía emocionado:

Santa España, en el confín de Europa, concentración de Fe y alcázar de María, donde el Apóstol Santiago finalizó su travesía. Patria de Domingo, de Juan, de Francisco el conquistador y de Teresa, arsenal de Salamanca, sostén de Zaragoza y raíz quemante de Manresa, indestructible España, rechazo indeclinable de los términos medios, constancia empecinada para echar al hereje de tus predios. Exploradora de un doble cielo, experta en la oración y en el examen, profetisa y colonizadora de un mundo allá a lo lejos expectante.

En este día de tu crucifixión, santa España, en este día, hermana España, que es tu día, con los ojos llenos de entusiasmo y de lágrimas mi corazón te admira.

Cuando el cobarde defecciona, tú no, tú no cedes por nada, corno en los tiempos de Pelayo o del Cid Campeador sacas la espada.

Ha llegado el momento de elegir, y jugarse con ello el alma, el momento de enfrentar la proposición infame y medirla con calma, el momento en que al fin mostraremos el color de nuestra sangre.

Muchos creen que se puede ir al cielo por un camino fácil y agradable, pero de pronto se plantea la cuestión: réprobo o mártir. Se nos ofrece el cielo y el infierno a la mano, y cuarenta segundos para decidir el lance.

Cuarenta segundos es demasiado para que tú, hermana España, te decidas: once obispos, dieciséis mil sacerdotes, y ninguna apostasía.

¡Ah, que pueda yo dar alguna vez el mismo testimonio a la luz del día!...

¡Qué diferente, ay, la España actual, de aquella España!

(1986)

18 Por sus frutos lo conoceréis

El liberalismo es el "pecado original" de las democracias modernas.

Conste (de una vez por todas y para evitar malos o maliciosos entendidos) que nosotros no estarnos contra la democracia, pero sí contra el Laicismo; no estamos contra la libertad, pero sí contra el Liberalismo; no estamos contra el progreso, pero sí contra el Marxismo.

"El árbol se conoce por sus frutos", como dijo el Señor.

Desde el momento en que se rechaza la Soberanía de Cristo para otorgársela al pueblo; desde el momento en que se rechaza la Verdad objetiva y trascendente, para hacer de la libertad un absoluto; desde el momento en que se pierde de vista nuestra tradición católica en nombre de una "modernización" alocada y sin rumbo..., entonces el hombre se convierte en número, el pueblo en masa y la Patria en mero "país", mejor dicho, en una sociedad de consumo.

Parecería que, en el campo de la política, Cristo Rey no tiene ni voz ni voto.

A veces, ni la misma ley natural se reconoce o se tiene en cuenta.

No creemos en la divinidad de la Iglesia, pero divinizamos a la democracia, le damos culto, la adoramos, a ella sacrificamos todo.

¡¡Mejor haríamos todos, gobernantes y gobernados, en aprender y poner en práctica la Doctrina Social de la Iglesia!!

Una mal entendida "modernización" acabaría por convertirnos en seres anónimos.

No tenemos derecho a romper salvajemente la jerarquía de valores, mientras miramos con infantil y servil envidia a los países "súper-desarrollados", deslumbrados por el avance de su técnica y de su "estándar" de vida, aunque, para ser modernos" como ellos caigamos en la inconsciencia y en el delirio suicide de tirar por la borda nuestros valores sagrados, aquellos que configuran nuestra identidad argentina.

Por eso, bienvenido y oportunísimo el Documento de nuestros Obispos (recién aparecido) lanzando la voz de alarma y poniendo "el dedo en la llaga" ...

"¡No queremos dejar de ser argentinos!... ", es el grito angustiado de nuestros Pastores al ver la Patria en peligro.

¡Sí! Está en juego nuestro "ser" de argentinos, que equivale a decir: nuestro ser de católicos, porque la catolicidad es la raíz de los pueblos hispanos.

Me vienen a la memoria aquellas doloridas palabras del profeta Isaías (3,12): "Pueblo mío, los que te guían te descarrían, han torcido el camino por el que ibas".

¿Qué se pretende con esa (llamada) "democratización de la cultura"?

¿Hacer "otra" Argentina? ¿Con qué derecho? ¡Ahí está la Historia, que nos llama a juicio!

"En esa línea de reemplazo de nuestros valores -dicen los Obispos- notamos con alarma la creciente presencia en nuestra vida argentina de grupos y manifestaciones culturales provenientes de países que exportan ideologías materialistas, contrarias a nuestro modo de vida criollo".

¡Conocemos de sobra esas "ideologías", entre las cuales hay que mencionar enseguida: al marxismo y al liberalismo!

¡Herodes y Pilato siguen crucificando al Rey-Mesías!

¿Acaso no se van sucediendo, abierta o solapadamente, las críticas, las burlas, los menosprecios, las calumnias y los ataques contra nuestra Santa Madre Iglesia?

Los gobernantes tendrían que saber dos cosas. La primera: que la Iglesia ha recibido de su Divino Fundador una misión profética, a la cual no puede renunciar; y la segunda: que Cristo es Rey y Juez de las Naciones, y, en consecuencia, no valen, ante El y Barrabás, ni la abstención ni el voto en blanco.

Nuestros Pastores condenan además ese "fortísimo ataque" contra el matrimonio y la familia, a través de la pornografía publicitada hasta la náusea, de la explotación de la mujer y de ciertas campañas denominadas de "educación sexual", que mejor deberían llamarse de "obsesión y corrupción sexual".

Escuchen las amenazas del Señor:

"Ay de aquel por quien vengan (los escándalos) ¡Mejor le fuera que le atasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños!" (Lc 17,1-2).

¡Por fin salió la suspirada Ley del divorcio!

(Entre paréntesis: ¿se consultó "democráticamente" al pueblo?).

¡Ley inicua y anti-argentina! ¡Obra no de sabios (¡quedan tan pocos!) sino de sofistas!

¡Ya somos un país moderno!

¡Ya podemos estar contentos y sentirnos orgullosos! ¿Tardará mucho la legalización o despenalización del aborto? ¡Ah!, ¡Libertad!, ¡Libertad!, ¡Cuántos crímenes se comenten en tu nombre! ¿Y qué decir de la situación económica?

¿Dónde está el cumplimiento de tantas promesas? ¿Quién creerá ya a tanta verborrea, a tanta retórica abstracta?

¡Cuánta gente caída en el escepticismo, que ya no sabe a quién votar o no tiene otra

alternativa que votar al "mal menor"!

Los Obispos dicen que hay que superar "la inmoralidad en la obtención y el uso de los bienes, mal tan difundido en nuestro medio".

¡Así es!

Porque la cuestión política es, en el fondo, una cuestión moral, y ésta, a su vez, una cuestión religiosa.

Por eso, el preámbulo de nuestra Constitución comienza con estas palabras:

"Dios, Fuente de toda razón y justicia".

Y mientras los de arriba y los de abajo no empecemos por cumplir la Constitución, no tendremos una verdadera y estable democracia. ¡Por los frutos la conoceréis!

(1987)

19 Examen de conciencia

Nuestros Obispos, reunidos en San Miguel, acaban de dará luz un breve, claro y oportuno documento, donde analizan "la gravedad de la crisis" presente (con sus efectos, causas y remedios) exhortándonos a un serio examen de conciencia, y a una conversión sincera.

La crisis es total: económica, política, social, cultural y, sobre todo, moral.

No es preciso "detallar", porque a la vista está.

Tampoco se adelanta nada con lamentarse o protestar.

Lo que tenemos que hacer es llegar al fondo de las cosas y convencemos, de una vez por todas, de que la raíz más profunda de esta crisis es, en definitiva, religiosa.

Así lo afirma el documento: "La honestidad de todos los ciudadanos es fundamento esencial de la convivencia humana.

Ella nos exige el cumplimiento de todos los deberes éticos, y especialmente a los cristianos, vivir y obrar según las normas del Evangelio" ...

El planteo es muy sencillo: O Cristo Rey o el caos.

Solamente en el Reinado Social de Cristo ha habido y habrá verdadera y perdurable paz y prosperidad.

Los Obispos nos recuerdan aquellas palabras del Salmo: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican" (126,1).

Tenemos ya la tan ansiada democracia... y, sin embargo, vamos de mal en peor.

¿Pesimismo? ¡No! ¡Realismo!

"Es justo reconocer que el sistema democrático ha garantizado la vigencia del estado de derecho, con sus consecuentes libertades. Esto constituye un bien fundamental, que apreciamos en todo su valor, y debemos sostener, y consolidar entre todos, para lograr el verdadero desarrollo de nuestra identidad nacional".

Es cierto.

Pero la Iglesia en todo su Magisterio se refiere, naturalmente, a la verdadera democracia.

Porque una cosa es el sistema democrático, en sí considerado. Y otra es una democracia liberal.

La verdadera democracia tiene que estar fundada, en primer lugar, en la Autoridad de Dios, antes que en la libertad del hombre (con su naturaleza caída).

La verdadera democracia tiene que ser un reflejo, en el orden temporal, de la Soberanía absoluta y universal de Cristo, a la cual debe subordinarse toda soberanía popular.

La verdadera democracia tiene que ser obra, en primer lugar, de la Sabiduría (divina) de los gobernantes, y no de la mera habilidad o de la ambición partidocrática.

Escuchemos a Pío XII:

"El orden nuevo..., debería levantarse sobre el inconcuso y firme fundamento del derecho natural y de Ja Revelación Divina" ("Summi Pontificatus").

Y estas palabras proféticas de Pío XI: "No habría ni socialismo ni comunismo silos gobernantes de los pueblos no hubieran despreciado las enseñanzas y las maternales advertencias de la Iglesia; pero los gobiernos prefirieron construir sobre las bases del liberalismo y del laicismo otras estructuras sociales, que aunque a primera vista parecían presentar un aspecto firme y grandioso, han demostrado bien pronto, sin embargo, su carencia de sólidos fundamentos, por lo que una tras otra han ido derrumbándose miserablemente, como tiene que derrumbarse necesariamente todo lo que no se apoya sobre la única piedra angular que es Jesucristo" ("Divini Redemptoris").

¡La experiencia, hasta ahora, demuestra todo lo contrario!

Por eso nosotros decimos sí a la democracia.

Pero decimos no a esta democracia.

Democracia, sí, pero no "así".

Tienen mucha razón nuestros Pastores al hacer un apremiante llamado a la conversión.

¡Ahí está la cuestión!

Pero conversión para todos: gobernantes y gobernados, ricos y pobres, clérigos y laicos.

Conversión, a base de oración y penitencia.

Sin Cristo no puede haber "hombre". Y sin "hombres" no puede haber Pueblo ni Orden, ni Bien común, ni desarrollo, ni convivencia pacífica.

¡Hace 20 siglos que lo dijo el Maestro!

"Sin Mí nada podéis hacer" (Jn 15).

Fijémonos en estas palabras del Libro dc la Sabiduría: "Oíd, pues, reyes, y entended...

Aprended los que domináis los confines dc la tierra.

Aplicad el oído los que imperáis sobre las muchedumbres y los que os engreís sobre la multitud de las naciones.

Porque el poder os fue dado por el Señor, y la soberanía por el Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos.

Porque siendo ministros de su Reino no juzgasteis rectamente y no guardasteis la Ley, ni según la voluntad de Dios caminasteis.

Terrible y repentina vendrá sobre vosotros, porque de los que mandan se ha de hacer severo juicio" (Sab 6,1-5).

El Laicismo (o liberalismo político) es el "pecado original" de las democracias modernas, es el "cáncer" que va destruyendo los tejidos del cuerpo social, es el castigo de un Dios Bueno y Providente, que ha sido dejado de lado, si no directamente rechazado.

Seguimos empeñados en construir una sociedad, al margen del Decálogo, del Sermón de la montaña y de la Doctrina Social de la Iglesia.

Entonces, ¿de qué nos quejamos?

¡Que la Santísima Virgen de Luján nos ayude a todos!

(1988)

II La Santísima Virgen

20 ¡Salve, oh Reina!

Mientras el mundo fatuo y sensual corona a sus "reinas" cantemos nosotros en este Año Mariano Universal, los que nos enorgullecemos de llevar el nombre de "Cristo Rey", las glorias de Aquella, que ha recibido del mismo Dios el nobilísimo título de "Reina" ... ¡Reina de todas las reinas!

Queremos seguir las huellas de aquel caballero gentil, Iñigo de Loyola, loco enamorado de Nuestra Señora, que, despojándose de las vestiduras del siglo, colgó la espada y el puñal a los pies del altar de la Virgen morena de Montserrat e, hincado de rodillas, se consagró para siempre al servicio de su "Rey eterno y Señor universal", soñando, cual otro Quijote, en las hazañas que realizaría en honor de su "Dulcinea" —¡en verdad dulce! — Virgen María...

En vísperas del V centenario de la Evangelización del nuevo mundo, volvemos los ojos esperanzados hacia la excelsa Patrona dcl Hispanoamérica, la Virgen del Pilar, pilar sagrado que es símbolo de fe inquebrantable y de amor misionero.

¡Qué hermosa está la Virgen con su "corona de doce estrellas"! (así la contemplé San Juan en visión apocalíptica, como para significar que su Realeza no es sino el resplandor de todas sus perfecciones, prerrogativas y privilegios).

* * *

Consideremos ahora la Realeza de María, en relación con la Teología dogmática, con la experiencia mística y con el orden social.

*En primer lugar: **el fundamento teológico.**

La Realeza de María es una Verdad revelada por Dios y definida por el Magisterio de la Iglesia.

Pío XII (haciéndose eco del sentir del pueblo cristiano), instituyó la fiesta litúrgica de la Realeza de María, con su encíclica "Ad coeli Reginam", del 11 de octubre de 1954.

En este documento hermosísimo, el Santo Padre hace una síntesis de los argumentos fundados en la Sagrada Escritura, en la Tradición y en la Liturgia.

El Concilio Vaticano II proclama que "la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores (cfr. Ap 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte" (L.G., 59).

El Santo Padre reafirma en su encíclica "Redemptoris Mater" aquel "estado de libertad real" y "exaltación real" de la que se llamó a sí misma "esclava del Señor" (Lc 1,38).

El arte cristiano de todos los tiempos nos ha dejado obras maestras exaltando la regia dignidad de Nuestra Señora.

Por su parte, los Papas han solemnizado los actos de culto mariano, coronando con sus propias manos las devotas imágenes de la Virgen, diseminadas por todo el mundo.

¿En qué sentido la Virgen es Reina?

La Virgen es Reina en sentido propio, no en sentido meramente metafórico.

Pero también lo es en un sentido singular, es decir, no en sentido "político", a la manera de las Reinas de ciertos países, sino en sentido espiritual (por supuesto, con repercusión social).

Tampoco es Reina exactamente como es Rey su divino Hijo, sino en sentido análogo (semejante) al de Cristo, en virtud de uno de los principios de la Mariología según el cual "todo lo que corresponde a Cristo, primaria y principalmente en calidad de Cabeza, debe corresponder a la Virgen, secundaria y subordinadamente", por ser Madre del Rey de reyes.

La Realeza de María es una Realeza de amor, de mediación, de impetración, en una palabra, de "influencia" vital en las almas, en la Iglesia y en el mundo, ya que con su poder regio Ella puede dispensar los Tesoros del Reino de su divino Hijo.

¿Cuál es el Principio y Fundamento de la Realeza de María? Es su Maternidad Corredentora.

Si Cristo es Rey por ser Dios, la Virgen es Reina por ser Madre de Dios. Si Cristo es Rey por ser Redentor, la Virgen es Reina por ser Corredentora. Si Cristo es Rey por ser el nuevo Adán, la Virgen es Reina por ser la nueva Eva.

El Arcángel San Gabriel, al anunciar la Realeza del Hijo, anuncia implícitamente la de la Madre:

"Él será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará cl Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su Reino no tendrá fin" (Lc 1,32-33).

"Junto a la Cruz —dice San Juan (19,25) — estaba su Madre" ...

La Virgen ha conquistado el mundo y cl título de Reina con-sintiendo, compartiendo y con-muriendo místicamente con Cristo en su Pasión y Cruz.

¡Si Cristo fue llamado "Varón de dolores", de la misma manera su Madre fue "Mujer de dolores"!

¡Por eso es Reina de los mártires!

Parafraseando a San Pablo podríamos decir analógicamente:

"Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de María, como María es de Cristo y Cristo es de Dios" (I Cor 3,22).

La nueva Eva fue asociada por Dios inseparablemente al nuevo Adán en la misma lucha contra el poder de las tinieblas, desde la Anunciación hasta la Asunción gloriosa a los cielos.

"Yo pondré perpetua enemistad —dijo Dios a la serpiente, a raíz del pecado original— entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya... Ella te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañal" (Gén 3,15).

San Juan vio en el Apocalipsis a "una Mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas, y estando en-cinta gritaba con los dolores de parto y las ansias de dar a luz..." (Ap 12, 1-2).

¡He aquí una figura espectacular de la Realeza de María!

En esta visión, la Maternidad, la Realeza y la Santidad de María aparecen como implicadas la una en la otra.

Por ser Madre de Dios tiene que ser Reina. Por ser Madre de Dios tiene que ser Santísima.

De ahí también el carácter regio de su personalidad, incomparable con la de cualquier otra criatura.

Así canta el real profeta David: "Hijos de reyes vienen a tu encuentro, y a tu diestra está la Reina con oro de Ofir...

Toda radiante de gloria entra la hija del Rey. Su vestido está tejido de oro..." (Sal 45).

¿Cuál sería aquella hermosura sino el reflejo de su Santidad, de su Grandeza, de su Realeza?

La Virgen encarna la quintaesencia de la feminidad, es la causa ejemplar, el prototipo de toda mujer.

¡Es la "Mujer" por excelencia! ¡La Mujer más mujer de todas las mujeres!

Tenía razón nuestra Soberana al exclamar: "¡Ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso!" (Lc 1,49).

* * *

* Contemplemos ahora la **Realeza de María en nosotros mismos**: su devoción y culto.

La Virgen no sólo es Reina universal, sino también "mi" Reina.

Jesús dijo: "Si no os volviereis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos" (Mt 18,3).

La condición para entrar en el Reino es "hacemos como los niños".

Lo mismo dijo el Señor, con otras palabras, a Nicodemo: "Es preciso nacer de nuevo" (Jn 3,3).

¡Palabras que el discípulo no entendía porque era carnal!

"Señor (le dice), ¿acaso puede (el hombre) entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer?" (Jn 3,4).

Biológicamente, no, ¡claro está! ¡Pero místicamente, sí!

Al decir estas palabras, ¿no estaría, tal vez, pensando Jesús en su Madre? Por algo quiso el "nacer de la Mujer" como dice San Pablo a los gálatas (4,4).

Juan el Bautista, cuando la Virgen saludé a Isabel, se estremeció de alegría, siendo santificado en el seno de su madre (Le 1,44).

Es la alegría inefable del "hombre nuevo", que ha sido "creado, según Dios, en justicia y santidad verdaderas" (Ef. 4,24).

Mucho mejor que el Apóstol, podrá decirnos la Virgen: "Hijitos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros" (Gál 4,19).

Y no sólo tenemos que nacer de la Virgen, sino también, a ejemplo de Jesús, crecer: "Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia, delante de Dios y de los hombres" (Le 2,52).

¿Y cómo crecía Jesús sino en el regazo y en la compañía de su Madre Santísima?

Por eso nuestro crecimiento espiritual está condicionado a la verdadera devoción a la Santísima Virgen.

La gracia "capital" es también gracia "maternal".

En las letanías invocamos a la Virgen con el título de "Madre de la divina gracia".

La verdadera devoción a la Santísima Virgen consiste en "completar" en nosotros lo que falta a la piedad filial de Jesús para con su Madre (cfr. Col 1,24).

Es Jesús, cumpliendo en nosotros el cuarto mandamiento.

Y esta participación de la Vida divina tiende a desarrollarse en nuestras almas "a la medida de la talla (que corresponde) a la plenitud de Cristo" (Ef. 4,13).

Los protestantes todavía no lo han entendido... ¡Qué lástima! Sin la Virgen, el protestantismo será siempre una religión "raquítica". La santidad es el reinado de Cristo en un alma.

Lo mismo hay que decir, subordinada y secundariamente respecto de la Virgen.

El amante reina en el amado (y viceversa).

En la medida en que la Virgen sea Reina de nuestra alma (de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad, de nuestro corazón y de nuestro cuerpo). Ella hará reinar al Rey, su Hijo.

La Virgen reina por amor. El verdadero amor reina esclavizando, pero esa esclavitud es la verdadera y única libertad.

¡La verdadera libertad es una esclavitud de amor!

La Reina se llama humildemente a sí misma "la 'esclava' del Señor" (Le 1,38).

Porque servir a Dios es reinar.

En consecuencia, cuanto más y mejor nos sometamos a nuestra Reina, más gloria daremos al Señor.

Los caballeros de María Reina deben distinguirse en la virtud dc la obediencia, virtud esencialmente "regia".

Aquellas palabras que pronunció la Virgen en Caná de Galilea: "Haced lo que Él os diga Ciertas almas escogidas (¡privilegiadas!) Han gozado de una presencia mística de la Virgen, gracia muy especial concedida a muy pocos, que requiere, no obstante, algunas condiciones, como por ejemplo una gran humildad, una gran pureza de corazón y de cuerpo, y un extraordinario amor a la Virgen.

A estas almas "exquisitas" Dios les concede una especie de intuición sabrosísima acerca de los matices marianos de los misterios de Cristo; una como sensación suavísima de la presencia misteriosa, pero palpable, dc la Santísima Virgen dentro de uno mismo, casi (podríamos decir) una especie de "posesión" inefable... ¡Son almas "poseídas" por la Reina del Cielo!

La Virgen María viene a ser como el "ambiente", el clima de su vida espiritual.

Esas almas "temperamentalmente" marianas parecería que "ven", que "oyen", que "tocan" a la Virgen, ya sea de un modo habitual, ya sea en determinados momentos o circunstancias.

Esta presencia es efecto preferentemente de los dones del Espíritu Santo:

—En primer lugar, del don de sabiduría, que da un conocimiento afectivo sabrosísimo, experimental, como por "con naturalidad", del Misterio mariano.

—En segundo lugar, del don de piedad, por el cual el Espíritu les hace sentir y exclamar ¡Padre! —con relación a Dios—y ¡Madre! —Con relación a la Virgen— (cfr. Rom 8,15).

Tendríamos que añadir, ¡Madre! y ¡Reina!

* * *

*Llegamos, finalmente, al tercer aspecto de la Realeza de María: Su Realeza Social.

En una consecuencia y exigencia de su Maternidad Corredentora.

La Virgen es Reina no sólo de la Iglesia, de los ángeles y de los santos.

Es también la Reina del universo mundo.

"¡Reinad sobre los individuos y sobre las familias, al igual que sobre las sociedades y naciones; sobre las asambleas de los poderosos, sobre los consejos de los sabios, lo mismo que sobre las sencillas aspiraciones de los humildes!

¡Reinad en las calles y en las plazas, en las ciudades y en las aldeas, en los valles y en las montañas, en el aire, en la tierra y en el mar ¡"

Así rezaba el gran Pontífice Pío XII, el Papa de la Realeza de María.

La Realeza de la Virgen, reflejo de la de su divino Hijo, es el Principio y Fundamento y es la única solución para el establecimiento del Orden temporal: económico, político y social.

¡Qué actualidad, entonces, la de la Realeza de María!

Si nosotros echamos una ojeada a la sociedad en que vivimos, en seguida advertiremos, a modo de signos "negativos" de los tiempos, entre otros, los siguientes:

Comencemos por una tremenda crisis de fe.

Sufrimos y soportamos un proceso avasallador de desacralización, que dé- desemboca en el ateísmo, "el drama espiritual de nuestro tiempo", como dijo el Santo Padre. Por contraste, la Virgen nos da un ejemplo admirable de fe.

"¡Bienaventurada tú porque has creído!" (Lc 1,45), le dijo su prima Isabel.

La Virgen creyó y aceptó plenamente el Plan de Dios.

"Hágase en mi según tu palabra" (Lc 1, 38 b), respondió al arcángel San Gabriel.

La Reina nos enseña a ver y obrar siempre a la luz de la fe, proyectándola sobre todo el Orden temporal, a fin de instaurar todas las cosas en Cristo Rey.

En segundo lugar, hay que destacar el nefasto liberalismo en que vivimos, que no es otra cosa sino el grito de rebeldía de Satanás, ¡no serviré!, en boca de la sociedad moderna.

"¡No queremos que (Cristo) reine sobre nosotros!" (Lc 19,14).

El hombre, rechazando la Soberanía de Dios, hizo de su libertad un dios y proclamó la soberanía popular.

¡Así son las democracias modernas! ¿Cristo Rey? ¡No tiene ni voz ni voto! ¡En lugar del Reino de Cristo, el reino del hombre!

¡Pretendiendo hacer de la tierra un paraíso (¡el único "cielo" que le interesa!), termina por construir una nueva torre de Babel!

¡Y a "esto" lo llaman Progreso! ¡Qué lección nos da la Reina! "¡He aquí la esclava del Señor!" (Lc 1,38). ¡Qué lección de obediencia!

Obediencia, que es una demostración inequívoca de fe, de humildad y de amor a la infinita Majestad de Dios.

Obediencia, que es la condición indispensable para la auténtica libertad.

Obediencia, a través de la cual actúa el poder de Dios.

La "esclava" del Señor es la Mujer libre por excelencia, ¡libre como una Reina! ¡El mundo moderno no hace más que gritar ¡libertad! y nunca ha estado más esclavizado que hoy! ¡La palabra "obediencia", en la sociedad liberal en que vivimos, ha llegado a ser insoportable! ¡El hombre y la mujer modernos llevan en su sangre el espíritu de crítica, de independencia y de rebeldía!

Y qué decir de la actualidad de la virginidad de nuestra Reina, en esta sociedad podrida por la obsesión del sexo, que ha llegado hasta el desenfreno, la aberración y la náusea.

¿Se puede caer más bajo de donde hemos caído? ¡Y a esto lo llaman evolución, modernidad y cultura!

¡Qué vergüenza!, ¡qué degradación! y ¡qué cinismo! ¡Cuánta razón tenía San Ignacio al "considerar mi alma ser encarcelada en este cuerpo corruptible, y todo el compuesto en este valle, como desterrado entre brutos animales" (Ejercicios Nº 47)!

¿Cuál fue la primera palabra de la Virgen, según el Evangelio?

¡Tenía que ser palabra de Virgen! "¡No conozco varón!" (Lc 1,34).

¡No! y ¡No! a lo que hay que decir ¡No!

¡No!, que es consecuencia, garantía y exigencia de un ¡Sí! incondicional a Dios: del FIAT de la Anunciación hasta el STÁBAT de la Pasión.

¡Eso es "personalidad"! ¡Eso es grandeza! ¡Eso es la Realeza!

La Virgen nos enseña que el amor no hay que confundirlo con el sexo.

Una cosa es que el sexo sea bueno (como creado por Dios, con un fin nobilísimo, más aún sobrenatural), y otra cosa es que el sexo sea el amor o que no pueda haber amor más que a través del uso del sexo.

Antes (cuando la sociedad era "cristiana") y se quería simbolizar el matrimonio, se representaba a los comprometidos ante un altar, para marcar bien el carácter sagrado (sacramental) de dicha unión y de la ley impuesta por el mismo Dios y ratificada por Cristo.

¡Ahora, en lugar del altar, se dibuja una cama!

Hoy, que los demócratas hablan tanto de la "no-violencia" y de los "derechos humanos", ¿no nos están agrediendo constantemente con tanta basura de pornografía amontonada en los estercoleros de la televisión, de la radio, de los videos, de las revistas, de los libros y de la prensa?

¿Y los derechos de Dios? ¿Y los derechos de la Reina? ¿Y los derechos de la Iglesia? ¿Y los derechos de los católicos?

¿Y los derechos de los niños y de los jóvenes? ¿Y mis derechos? ¿Y el respeto a mi persona?

La Realeza Social de María contrasta igualmente con la crisis de unidad que padece el mundo moderno, consecuencia de lo dicho anteriormente: infidelidad, rebeldía, inmoralidad.

Existe una división tremenda: División dentro del hombre mismo. División en el seno de la familia. División en la sociedad.

Por el contrario, la Virgen es principio de UNIDAD, ya que, en su seno Inmaculado, se realizó el gran Misterio de la unión hipostática.

Donde está la Madre deben estar los hijos.

Cuando Jesús dijo a los Apóstoles: "No os dejaré huérfanos" (Jn 14,18), ¿no estaría pensado en su Madre, la Madre de la Iglesia?

En el Cenáculo estaban los Apóstoles reunidos y unidos, "con María, la Madre de Jesús" (Act 1,14).

¡Cómo necesitamos el calor de la Virgen, en medio de esta orfandad en que vivimos!

No puede haber verdadero ecumenismo al margen de la Virgen.

"Ofrezcan todos los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los hombres para que ella, que estuvo presente a las primeras oraciones de la Iglesia, ahora también, ensalzada en el cielo sobre todo los bienaventurados y los ángeles, en la comunión de todos los santos, intercede ante su Hijo para que las familias de todos los pueblos, tanto los que se honran con el nombre cristiano como los que aún ignoran al Salvador, sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo pueblo de Dios para gloria de la Santísima e individua Trinidad" (L.G., 69).

Para terminar, consideremos la actualidad de la Realeza de María con vistas a los últimos tiempos, al desenlace de la Historia de la Salvación.

Pensemos en el mensaje de nuestra Señora de Fátima... y en el castigo de Dios con el flagelo del Comunismo si no nos santificamos y convertimos, en primer lugar (como es natural), los consagrados, sacerdotes y religiosos.

La paz está siendo progresivamente amenazada por ese ateísmo militante que no sólo niega la existencia de Dios, sino que pretende destruir todo rastro de Dios.

El hombre moderno ha llegado hasta la locura de rivalizar y desafiar a Dios, cayendo así en la "tercera tentación" (Mt 4,8-9) y adorando al mismo demonio.

Se agiganta así la excelsa figura de María Reina, como "signo" de los últimos tiempos, como señal de esperanza y salvación para los buenos y de confusión y derrota para los malos, como única solución a la

tan amenazada y ansiada paz, porque es Ella la única criatura que aplastó y aplastará siempre la cabeza de la serpiente.

La Virgen es la última oportunidad que ofrece Dios al mundo, en su gran paciencia y misericordia... El Padre envió a su divino Hijo y el mundo lo rechazó.

Ahora el Hijo envía a su bendita Madre... ¡es el "ultimátum"! Después, el Rey hará justicia. Después será el fin, cuando (Cristo) entregue a Dios Padre el Reino" (1 Cor 19,24). ¡Y la Reina estará a su derecha!

Mientras tanto, y mientras llegue aquel venturoso "día", el "día del Señor", nuestro día, sigamos adelante, hasta que seamos introducidos en el palacio del Rey para ser saciados eternamente del esplendor de su infinita Majestad.

Así se verán cumplidas las palabras de la Señora: ¡Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará!

(1988)

21 Signum magnum
Canto a la Virgen

San Juan nos cuenta en el Apocalipsis aquella visión asombrosa que recibió en la isla de Patmos, durante un éxtasis inefable:

"Apareció en el cielo un gran SIGNO: una Mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas, y estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir"(c. 12).

La "Mujer" es la Santísima Virgen, arquetipo de la Iglesia. La Virgen es la Mujer-Ideal.

Mujer privilegiada, escogida, perfecta, en quien Dios se refleja como el sol a través de un cristal purísimo.

Creó Dios el mundo, y vio que era bueno...

Creó Dios a la Virgen, y vio que era maravillosa, extraordinaria, fascinante... ¡tanto, que se enamoró de Ella!

La Virgen es la "Obra de arte" de la Sabiduría, de la Omnipotencia y del Amor de Dios.

Dios quiso darse ese gusto, ese lujo, ese capricho...

Después de la Humanidad de Cristo no hay mayor dignidad que la de la Madre de Dios. Dignidad, "en cierto modo infinita", como dice muy bien Santo Tomás.

¡Con cuánta razón exclamó, humilde y agradecida, Nuestra Señora: "¡Ha hecho en mí, grandes cosas el Todopoderoso!" (Lc 1,49).

¡¿Cómo se ha podido escuchar o leer en ciertas catequesis "modernas" que "la Virgen era una mujer corriente, como otra cualquiera"?!

Yo pregunto: ¿dónde hay otra mujer que sea Inmaculada, llena de gracia, virgen en el parto, Corredentora, Reina de cielos y tierra, Medianera de todas las gracias, Asunta al cielo en cuerpo y alma, Madre de Dios y de la Iglesia?... ¡Tan Mujer, ninguna!

Dice Moisés en el Génesis (6,5) que "viendo Yahvé cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, y que su corazón no tramaba sino aviesos designios todo el día. se arrepintió de hacer hecho al hombre, y se indignó en su corazón"...

Pero pensando en la Virgen cesaría su indignación, y por Ella daría por bien empleada la creación, a pesar de tantos pecados y miserias... ¡Valía la pena correr el "riesgo" de la Encarnación! ¡Dios "se jugó" por su Madre! ¡María fue el "desahogo" del Corazón de Dios!

Ella glorificó más a Dios que todos los Ángeles y Santos juntos. Y toda la deshonra infligida a Dios por parte de todos los pecadores en esta vida, y de todos los condenados en el infierno, queda sobradamente compensada y "justificada" por la santidad de su Madre bendita.

De tal manera la Virgen "cayó en gracia" al Señor (Lc 1,30) que, a semejanza de su Divino Hijo, recibió también "todo poder" en el cielo y en la tierra, razón por la cual es llamada en la Iglesia, "la Omnipotencia suplicante". Parece como si Dios no pudiese "resistir" a la intercesión de su Madre en favor de los hombres. Dice graciosamente Santa Teresa que la humildad es la dama que mejor puede dar "jaque al Rey". Precisamente la Reina del cielo "venció" a Dios con su humildad desconcertante... "esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen". Dios, el Fuerte, tiene también su "punto débil"... ¡La Virgen es la "debilidad " de Dios!

Cuando Yahvé formaba a Eva del costado de Adán estaría pensando indudablemente en la segunda Eva, la "Mujer nueva", de la cual aquélla no era sino figura, y, por cierto, bien imperfecta...

Convenía que el desastre causado por la primera mujer fuese reparado por la segunda.

¡La Creación sin la Virgen sería como la tierra sin luz, el campo sin flores, el hombre sin música!

La Virgen llena toda la Historia de la Salvación, junto con su Divino Hijo.

Yahvé la anuncia ya en el paraíso, al establecer las "enemistades" entre la descendencia de la Mujer y la de la Serpiente.

Los Profetas esbozan su retrato a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

Los Ángeles le envían sus mensajes y compiten a porfía para visitarla y rendirle pleitesía.

Isabel, al recibir el saludo de su prima, es llena del Espíritu Santo, y exclama con alborozo: "¡Bendita tú entre las mujeres! ", mientras Juan el Bautista salta de gozo en su seno.

Los Magos y los pastores le entregan regalos para el Niño.

Aquella mujer del Evangelio, entusiasmada al escuchar a Jesús, le lanza este requiebro, que se dirige también a su Madre: "¡Dichoso el vientre que te engendró y los pechos que mamaste!" (Lc 11,27).

Los Apóstoles la protegen y veneran con filial amor. Los Doctores la ensalzan y cantan sus grandezas en sus escritos.

Las Vírgenes la acompañan al encuentro de Cristo, el Divino Esposo. Los artistas esculpen y pintan y componen versos y músicas a su excelsa y bellísima figura. Los cristianos la proclaman con orgullo Madre y Reina Bienaventurada.

En el año 431 de nuestra era tiene lugar un gran acontecimiento: el Concilio de Éfeso, donde fue proclamada solemnemente la Maternidad divina de la Santísima Virgen, y condenado el hereje Nestorio. El pueblo en masa acudió a la Iglesia de Santa María y luego acompañó con antorchas por la ciudad a los Padres conciliares, en medio de un júbilo indescriptible, festejando el triunfo de María.

La Iglesia entera, a través de los siglos, ensalza a la Virgen por medio de sus Santos, de su Doctrina y de su Liturgia.

Se multiplican los Congresos marianos, surgen por doquier Órdenes religiosas con el nombre de María, la tierra se ve inundada de santuarios dedicados a Nuestra Señora.

La Devoción a la Virgen, juntamente con la devoción a la Eucaristía y al Papa, constituirán la "señal" inequívoca del auténtico cristianismo, de tal manera que nadie puede ser cristiano sin ser mariano.

La pequeña Teresa de Ávila, al morir su madre, fuese corriendo muy afligida a una imagen de la Santísima Virgen, suplicándola con muchas lágrimas que la recibiese por Madre. Y añade la Santa: "¡Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido!"

Iñigo de Loyola comienza su conversión defendiendo con santo celo la honra y virginidad de María, cuestionadas por un moro que encontró en el camino, y, velando las armas toda una noche ante el altar de Nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo, colgando la espada y el puñal a los pies de la Virgen, como caballero cristiano, paladín de la Hispanidad.

Pío IX la proclama Inmaculada. Pío XII la proclama Reina. Pablo VI la proclama Madre de la Iglesia.

El Santo Rosario ha sido siempre la oración por excelencia del pueblo cristiano, y el arma poderosa contra el pecado y la herejía.

La Santísima Virgen sigue presente en el mundo, después de su Asunción gloriosa, en múltiples e ininterrumpidas apariciones, portadoras de hermosísimos mensajes y consejos...

¡Como Madre solícita, no puede dejar solos, un solo momento, a tantos y tan- tos hijos!...

*La Mujer aparece "vestida del sol".

Esta imagen bíblica significa gloria o resplandor de santidad. Dice la Escritura que "los justos resplandecerán como el sol en el seno del Padre" (Mt 13,43).

Eso es precisamente la santidad: transparencia de Dios, luz del Verbo, incandescencia de Amor.

Cristo definió a Juan Bautista como "lámpara que arde y alumbra" (Jn 5,35).

El fuego quema, ilumina y transforma.

"¡Oh lámparas de fuego, en cuyos resplandores las profundas cavernas del sentido que estaba obscuro y ciego, calor y luz dan junto a su Querido!"(S. Juan de la Cruz).

¿Qué sería entonces el corazón de la Virgen? ¡Un continuo derretimiento y desfallecimiento de amor! (cfr. Cant 2,5).

¡La Virgen no podía morir más que de amor!

El Ángel de la Anunciación no la llama por su nombre, con ser hermosísimo.

La llama "llena de gracia". ¿Qué mejor definición? ¡La llena de Dios! ¡La llena de todas las virtudes y de todos los dones del Espíritu Santo!

Si el Apóstol Pablo se atrevió a exclamar: "No soy yo el que vivo, sino Cristo el que vive en mí" (Gál 2,20), ¿qué diría entonces la Virgen?

Estar vestida del sol es también símbolo de belleza. ¡La Virgen es la más hermosa de todas las mujeres!

¡Cómo no había de ser hermosa la Inmaculada, la Virgen, la llena de gracia, la Reina del cielo, la Madre de Aquel que es la misma Hermosura encarnada, Jesús, el hijo de Dios, "el más hermoso de los hijos de los hombres" (Sal 45)!

Hermosísima en el cuerpo, y hermosísima en el alma.

Lope de Vega pintó así a Nuestra Señora: "Poco más que mediana de estatura, como el trigo el color, rubios cabellos, vivos los ojos, y las niñas de ellos de verde y rojo con igual dulzura.

Las cejas de color negra y no obscura, aguileña nariz, los labios bellos, tan hermosos que hablaba el cielo en ellos por celosías de su rosa pura. La mano larga para siempre dalla, saliendo a los peligros al encuentro de quien para vivir fuese a buscarla.

Esta es María, sin llegar al centro: que el alma sólo puede retratarla Pintor que tuvo nueve meses dentro".

¡Y qué bien la pintó, extasiado, el Divino Artista!

"Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres, no hay mancha en ti. Como lirio entre espinas es mi amada entre las doncellas. Paloma mía, que anidas en las hendiduras de las rocas, en las grietas de las peñas escarpadas, dame a ver tu rostro, hazme oír tu voz. Que tu voz es dulce y encantador tu rostro. Prendiste mi corazón, hermana, esposa, prendiste mi corazón en una de tus miradas, en una de las perlas de tu collar. Eres jardín cerrado, hermana mía, esposa, eres jardín cerrado, fuente sellada... ¿Quién es esta que se levanta como la aurora, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como escuadrón en orden de batalla?" (Cantar de los cantares).

¿Quién podrá comprender, menos aún explicar, la intimidad entre la Madre y tal hijo, no solamente durante aquellos nueve meses, sino durante toda su vida, pues siempre lo llevó muy adentro y, como dice San Agustín: "Lo engendró en su alma antes que en su virginal seno"?

¡Más de treinta años juntos, día tras día, en aquel Nazaret escondido y tranquilo, casi desconocido, de casitas blancas, que significa "flor de Galilea", para María la antesala del cielo! ¡Cómo adoraba Jesús a su Madre!

Si aquel que diese un solo vaso de agua en su Nombre, no quedaría sin recompensa (Mt 10,42), ¿cuál sería la recompensa que recibiría la Santísima Virgen, no sólo le dio un vaso de agua, sino su misma sangre y la leche de sus pechos?

Jesús quiso hacer su primer milagro moral (la santificación del Bautista) y su primer milagro de orden físico (la conversión del agua en vino en Caná de Galilea) por medio de la Virgen.

Y aquella bienaventuranza: "Felices los que escuchan la Palabra de Dios y la practican" (Lc 11,28) fue dirigida, en primer lugar, a su Madre.

Si los Apóstoles quedaron fascinados por Jesús, en solos tres años de vivir en su compañía, ¿qué decir entonces de la Santísima Virgen, que vivió con su Hijo toda una vida?

Si Santa Teresa de Ávila quedó del todo absorta -como ella misma cuenta - al contemplar por primera vez, un sólo instante, el rostro de Jesús, ¿qué sentiría la Virgen, contemplándolo noche y día?

¿Cómo podría soportar tanta felicidad? ¡Qué bien "paga" el Señor a los que le aman!

*La Mujer tenía -dice San Juan- "la luna debajo de sus pies".

En virtud del privilegio de su Inmaculada Concepción, jamás hubo en Ella mancha de pecado, ni actual ni original, aplastando así, conforme a la profecía de Yahvé-Dios, la cabeza de la Serpiente (Gén 3,15). El diablo no tuvo nunca poder sobre Ella. ¡Cómo podría permitirlo el Señor en Aquella que habría de ser Madre de su Divino Hijo!

De ahí el odio infernal de Satanás contra la Mujer y su descendencia... "Se paró el Dragón delante de la Mujer, que estaba a punto de parir, para tragarse a su Hijo, en cuanto le pariese... Cuando el Dragón se vio precipitado en la tierra, se dio a perseguir a la Mujer, que había parido al Hijo varón. Pero fueron dadas a la Mujer dos alas de águila grande para que volase al desierto, a su lugar, donde es alimentada por un tiempo, y dos tiempos, y medio tiempo, lejos de la vista de la serpiente... " (Ap 12).

De ahí también que, para vencer al Maligno, Dios ha dispuesto que el medio más eficaz será la devoción a la Santísima Virgen, conforme a lo que dice San Luis María Grignion de Montfort: "El más terrible de los enemigos que Dios ha hecho contra el demonio es María su Santa Madre"

De ahí también, que la verdadera devoción a la Virgen es "señal" de predestinación, así como la falta de amor a Ella es señal de reprobación.

Este es el sentir de los Santos, de los Doctores, y de la Tradición de la Iglesia.

"Una de las señales de los que se han de salvar, es tener gran devoción a la Virgen", afirma San Juan de Ávila.

"Tener la luna debajo de los pies" es señal de trascendencia.

La Virgen está debajo de Dios, pero por encima de todo.

Es la criatura de mayor personalidad que jamás hubo ni habrá, "miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia, y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad" ("Lumen Gentium").

"Tener la luna debajo de los pies" es, por lo mismo, señal de verdadera libertad.

La Virgen es la Mujer "Libre" por antonomasia.

¿Por qué? Porque, paradójicamente, fue la "esclava" del Señor (Lc 1,38).

*La "corona de doce estrellas" es el símbolo de su sagrada Realeza.

La Virgen es Reina porque es Madre de Cristo Rey, por ser Corredentora, y porque nosotros, sus hijos, la hemos elegido y coronado voluntariamente, al ser cristianos en el bautismo y al renovar, como adultos, aquellas sagradas promesas.

La Virgen fue coronada por las Tres Divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, el día de su gloriosa Asunción a los cielos, broche de oro de todos sus privilegios.

Hoy día en que se habla tanto de personalidad (tal vez porque es lo que más falta), volvamos los ojos a esta criatura angelical, la más extraordinaria personalidad que ha existido y existirá.

¡Qué ridículas esas "estrellas" de la pantalla, coronadas por este mundo fatuo, comparadas con esta Superestrella!

*La Mujer "estando encinta, gritaba con los dolores de parto y las ansias de parir"...

La Virgen, que dio a luz a su Divino Hijo sin sufrimiento, entre transportes de júbilo, nos alumbró a nosotros, sus hijos, al pie de la Cruz, muriendo místicamente con Cristo.

¡Aquella espada de dolor, que profetizó el santo profeta Simeón, fue hundiéndose lentamente, en aquel corazón, tierno y fuerte, desde la Anunciación hasta el Calvario...!

"¡Oh vosotros, cuantos pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor comparable a mi dolor! ..." (Lam 1,12).

¡Cuánto hemos costado a esta Madre dolorosa!

La Maternidad de María es inseparable del Sacerdocio de Jesús.

La Virgen engendra a la Víctima del Calvario, la alimenta y la presenta al Padre en sacrificio de suave olor... y Cristo asocia a su Madre, como nueva Eva, al misterio de la Cruz, por la Salvación del mundo.

La maternidad es el sacerdocio en la mujer, así como el sacerdocio es la maternidad en el hombre.

Ambos dan la vida, y la dan con el amor, que se hace fecundo en el dolor.

¿Y qué son aquellas "ansias de parir", sino el deseo que consumía a la Virgen de salvar a los hombres?

Muchos mejor que San Pablo tenia Ella derecho a decir: "¡Hijitos míos, por quienes siento de nuevo los dolores de parto, hasta que se forme Cristo en vosotros!" (Gál 4,19). Y también aquellas otras palabras del Apóstol: "Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, por su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).

Así como Jesús "crecía en sabiduría, edad y gracia", bajo el cuidado maternal de María, así también deberá crecer espiritualmente en nosotros el calor fecundante del amor a la Virgen.

¡Cómo deberá sufrir la Madre cuando no nos parecemos al Hijo!

Aquí tenemos la clave de la verdadera devoción a la Santísima Virgen: ser fiel a sus inspiraciones. Ella nos conduce a Jesús, para que muramos y resucitemos con El.

"Haced lo que Él os diga" (Jn 2,5). He aquí, en una palabra, el mensaje invariable de Nuestra Señora.

¿Y qué es lo que Jesús nos dice? Bien claro está: "El que quiera venir conmigo, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz, y sígame" (Mt 16,24).

Por eso, toda devoción a la Virgen, que prescinda o disimule la cruz y el sacrificio, evidentemente hay que tomarla por falsa o por sospechosa.

En la medida en que el amor a la Virgen se desarrolle en nosotros, iremos creciendo en santidad, hasta "la madurez de la plenitud de Cristo" (Ef. 4,13).

Dice San Juan que la Mujer "gritaba"... Cristo también gritó en la cruz, ante de morir... (Mc 15,37).

¡Grito de dolor y de amor...! ¡Grito de victoria, cada vez que se convierte un pecador...! ¡Grito estremecedor, que debería meterse hasta el fondo de nuestro ser, y despertarnos de nuestra tibieza!

Hay una palabra en el Evangelio que resume perfectamente toda la vida de la Virgen: "Stábat!" (Jn 19,25).

La Virgen "estaba en pie", pegada a la cruz de su Hijo.

Estaba firme, metida dentro del Hijo, compartiendo con El, aguantando, sin decir nada... Es la Mujer "fuerte" (Prov 31,10), valerosa, constante, obediente, fiel.

"Torre de marfil", la llama la Iglesia. Porque fue la Mujer que más amó. Y "el amor es fuerte como la muerte" (Cant 8,6).

Si donde está el Hijo no puede faltar la Madre, porque "no separe el hombre lo que Dios ha unido", la Virgen no debía esperar en el sepulcro la resurrección final.

Si la muerte es castigo del pecado, la Inmaculada tenía que ser subida, en cuerpo y alma al cielo, con una resurrección antecedente.

Si el grado de gloria corresponde al grado de gracia, era conveniente que Aquella que fue "llena de gracia" hasta rebosar, no tuviese que esperar la resurrección final, como el resto de los mortales pecadores, sino que entrase antes que todos en el cielo.

El privilegio de su Asunción tenía que ser la apoteosis de esta Mujer excepcional, verdadero prodigio de la naturaleza y de la gracia.

"¿Quién es ésta que sube del desierto, apoyada sobre su amado?" (Cant 8,5), exclaman los ángeles absortos, y exclamamos también nosotros.

¡Una Mujer tan sobrenatural y divina no era para estar mucho tiempo sobre esta tierra, tan material y mezquina!

¡Su "lugar" era el cielo!

Después de la Ascensión de Jesús, la Virgen no vivía ya en este mundo... su corazón y sus sentidos estaban permanentemente allá arriba, junto a su Hijo...

¡Bastante sufrió la pobrecita! ¡Bastantes lágrimas brotaron de sus divinos ojos! ¡Bastantes penas, amarguras y soledades hirieron y punzaron aquel corazón tan delicado!

¡Ya, ya es hora de recibir el esperado y merecido galardón!

Ya se oye la voz del Amado: "¡Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven!

Que ya se ha pasado el invierno y han cesado las lluvias...

¡Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven...!" (Cant 2,10-11.13).

Si "aquel que se humilla será ensalzado", como dijo Jesús (Lc 14,11), ¿hasta dónde debería ser ensalzada Aquella que se humilló más que todas las criaturas juntas, como lo confesó en aquel maravilloso himno a la humildad, compuesto por Ella misma: "Mi alma engrandece al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque miró la pequeñez de su esclava" (Lc 1,47)?

¡Ensalzada hasta el mismo Dios! ¡Ese es su lugar!

Y así la canta el poeta español: "Al cielo sube ligera la paloma graciosa y fresca rosa... Va como fuego a su esfera, y Dios la espera, que es el Centro do reposa"...

La Virgen es el Signo para nuestros tiempos. Signo de fe, en medio de un mundo en buena parte agnóstico, incrédulo y ateo.

"Cuando vuelva el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?", preguntó Jesús (Lc 18,8).

Hoy se cree más en la materia que en el espíritu, más en la ciencia y en la técnica que en la Iglesia, más en el hombre que en Dios.

¡La fe de la Virgen fue heroica y ejemplar!

Santa Isabel, su prima, la felicita precisamente por su gran fe: "¡Feliz la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor!" (Lc 1,45).

Creyó en todas las promesas. Creyó que el Hijo de sus entrañas era el Mesías prometido y Dios Infinito. Creyó que Jesús, muerto en la cruz, resucitaría y salvaría al mundo.

Mucho mejor que Abraham, ¡"creyó contra toda esperanza"! (Rom 4,18).

Signo de pureza, en medio de un mundo hedonista, sensual y obsesionado por el sexo.

¿No podría decir hoy el Señor lo que al comienzo de la Creación: "No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne"? (Gén 6,3).

Sabe muy bien el Enemigo que corrompiendo a la mujer se corrompe también el hombre, y con el hombre la sociedad.

¡Ahí están esas campañas "feministas" en pro de la "liberación" (léase, esclavitud) de la mujer, esa propaganda infame para convertir a la mujer en un producto de consumo y en un objeto de diversión y de placer!

¡Con María seguirá siempre izada la bandera de la Virginidad!

"Si la carne te tienta -dice San Juan de Ávila- llama a María... Veis aquí una Virgen, que mientras más un hombre se enamora de Ella, más casto será".

Signo de obediencia, en medio de un mundo dominado por el orgullo, la fiebre de poder, y una desenfrenada libertad, más y más rebelde a la Ley de Dios y de la Iglesia.

La sociedad moderna grita: ¡libertad!... Y la Virgen se denomina "esclava".

Frente al "hacer" arrogante de la pseudo-filosofía moderna, la Virgen nos enseña el "hágase", conforme al Plan de la Divina Providencia.

La Virgen con su "fiat" reparó el "non serviam" de Satanás, y el libertinaje de Eva.

Gracias a su obediencia, aprendida en la escuela de su Hijo, el Divino Obediente, la Virgen nos ha salvado.

¿Entenderemos, una vez por todas, lo que es, y lo que no es la verdadera libertad, de la cual se habla tanto, sin saber lo que significa?

La lucha entre el Dragón y la Mujer arreciará a medida que se acerca el fin de los tiempos: "¡Ay de la tierra y del mar!, porque descendió el diablo a vosotras, animado de gran furor, porque sabe que le queda poco tiempo... Se enfureció el Dragón contra la Mujer, y se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús"(Ap 12, 12.17).

Así como Jesús quiso venir la primera vez por medio de su Madre, así lo hará también en su segunda venida.

"Por María comenzó la salvación del mundo, y por María debe ser consumada" (San Luis de Montfort).

Por eso la Virgen es el Signo de los últimos tiempos.

¡Mirándola a Ella se suavizan las penas, renace la esperanza, el corazón se siente inundado de alegría!

¡Mirándola a Ella, se aplaca la ira de la Divina Justicia, y la severidad del rostro de Dios se torna en paternal sonrisa!

Oigamos a San Bernardo, un enamorado de la Virgen: "Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. Si eres agitado de las ondas de la soberbia, si de la detracción, si de la ambición si de la emulación, mira a la estrella, invoca a María. Si la ira o la avaricia o el deleite carnal impele violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si turbado a la memoria de la enormidad de tus crímenes, confuso a vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado a la idea del horror del Juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin suelo de la tristeza, en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón..." (Homilía sobre el "Missus est")

¡Sí, yo te invoco, Madre de misericordia, desde lo más hondo de mi miseria!

¡Gracias, Madre por haberme dado la Vida!

¡Hazme menos indigno de Ti!

¡Concédeme cantar eternamente tus alabanzas!

¡Tú sabes que te amo, Reina y Señora mía!

¡Y, aunque mi amor te olvidare, Tú no te olvides de mí!

¡¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

(1979)

22 Pero como Tú, ininguna!

En estos últimos años va cundiendo la moda de elegir y coronar a "misses", "princesas" y "reinas"...Vemos desfilar con frecuencia, a través, de las páginas de la prensa, sendas instantáneas de actos de "coronación" de estas nuevas "estrellas" del gran teatro del mundo, no con demasiado pudor, por cierto, que arrancan aplausos y acaparan la atención... "reina de la belleza", "reina del turismo", "reina del balneario", "reina del paso del 'Ecuador'"...

Me vienen a la memoria aquellas acertadas palabras de Pablo VI: "Sin duda en nuestro tiempo se ha difundido y está en auge la propaganda para el desarrollo de la personalidad, pero al mismo tiempo,- y lo advertimos, desgraciadamente, en muchos sectores de nuestra juventud-, existe un gregarismo, una tendencia a la imitación, un modelarse de acuerdo con los gustos ajenos, un correr tras los que son proclamados 'divos', 'divas'; el uniformarse de acuerdo con los ejemplos que la publicidad, con el favor del pueblo, propone- y algunas veces, en qué formas tan mezquinas e innobles- haciendo naufragar cualquier pretensión de afirmación personal; ¡Triste espectáculo! Tendríamos que avergonzamos de igualarnos y ponernos a la altura de individuos, que nunca los podemos llamar con su verdadero nombre, y mucho menos referir su semblanza. Sin embargo, este fenómeno ilógico existe. La gente va a la búsqueda del tipo, del modelo, del figurín, de aquel o de aquella, que generalmente encarna una forma de vivir..." (15-VIII-66).

¡Y no lo puedo evitar!

Cada vez que mis ojos tropiezan con alguna de estas "misses", "princesas" o "reinas", me salta del corazón un ardiente y jubiloso sentimiento, que me hace pensar en Aquella que es la única que merece el sublime nombre de Reina:

¡María! ¡Reina de la pureza! ¡Reina de la belleza! ¡Reina de los Ángeles y de los Santos! ¡Reina del cielo y de la tierra! ¡Reina de la gracia y del amor!...

¡Para un sacerdote célibe, hablar de la Virgen es una delicia, un desahogo, un descanso, una fruición!...

Porque la Virgen es la "Mujer" por antonomasia, la "Mujer" de personalidad, la Mujer "auténtica", por ser la imagen más semejante y transparente de Dios, el más puro reflejo de su ser. En Ella la Iglesia ha llegado ya a su plenitud y perfección.

Todo cuanto vamos a decir de la Virgen entiéndase, evidentemente, en cuanto unida y subordinada a Cristo, como nueva Eva asociada por Dios al nuevo Adán para llevar a cabo el grandioso Plan de la Creación,

Redención y Glorificación.

La Virgen, primicias de la Creación, Cuando Dios creó el mundo, pensaba en Ella... en Aquella que había de ser Madre de su Hijo encarnado. San Bernardo, el enamorado de María, no vacila en afirmar que "por Ella ha sido hecho todo el mundo". María es fin (secundario, subordinado al Hijo) de la Creación.

Así como el paraíso fue hecho para el primer hombre y la primera mujer, su compañera, así el universo fue creado para Cristo y María.

En un mismo decreto predestinó Dios al Hijo Redentor y a la Madre Corredentora.

Todo artista lleva encerrada en su mente y en su corazón la imagen que quiere plasmar en la materia. El la imagina, la contempla, la "palpa", la disfruta... aun antes de realizarla. Entre todas sus creaciones suele haber una muy particular, su favorita, en la que él ha puesto lo mejor que tiene de arte y de inspiración...

Es esa obra en la que realmente se ha superado, esa obra que él ha mimado con cariño e ilusión... hasta darle el último retoque, el detalle final... y entonces es cuando exclama, fuera de sí y alborozado, como quien sale de un éxtasis, o tal vez mejor, como quien ha engendrado: ¡Ya está! ¡Ahora sí! ¡Esto es lo que yo quería! ¡Ya es realidad mi sueño dorado!

Y esa obra insuperable la expone, la muestra con indecible entusiasmo... pero no la vende, porque no puede desprenderse de ella, porque es "su" obra, es "su" vida... la ha hecho para sí, para disfrutarla él sólo... para tenerla siempre a su lado...

Y a Dios le ocurrió lo mismo con la Virgen María... Porque Dios es creador de belleza... ¡Es un Artista consumado!

Fue sacando de la nada las criaturas... y en su mente divina bullía, encantadora, figura excelsa de María... Él se recreaba en la Virgen, esperando el momento de darle la existencia... Mientras, al crear las cosas, en las más hermosas iba poniendo algún destello de las perfecciones de Ella...

Al crear el cielo, la luz, el sol, la luna y las estrellas, pensaría en Aquella que habría de ser pura como la luz y el cielo azul, estrella de la mañana, más hermosa que la luna y escogida como el sol, la aurora, precursora de Jesús... (cfr. Cant 6,10).

Creó Dios las plantas y las flores... y pensaría en Aquella que habría de ser "jardín sellado, vergel de granados, de frutales los más exquisitos, de cipreses y nardos..., de canela y cinamomo, de todos los árboles aromáticos, de mirra y de áloe y de todos los más selectos bálsamos..." (Cant 4). ¡La flor de las flores!

En la azucena blanca pondría Dios su virginal pureza; en la rosa encarnada de Jericó, su caridad abrasada. La violeta pequeña y escondida, pero de penetrante olor, sería el símbolo de su sencillez y humildad. El cedro incorruptible, de raíces profundas, que corona la cumbre del Líbano y desafía la tormenta, seria imagen de su fortaleza. El esbelto ciprés, que crece en el monte Hermón, imagen de su alma fija en Dios... La palmera graciosa que ofrece su fruto nutritivo y refrescante en medio del desierto, se parecería a Ella, que ofrece descanso y consuelo a los que peregrinamos por el desierto de esta vida... (cfr. Cant).

María es la paloma (Cant 2, 10), casta y fecunda, en la Encarnación, es la tórtola (Cant 1,8), solitaria y llorosa, en el Drama de la Pasión...

Por eso la Iglesia pone en boca de la Virgen estas palabras de la Sabiduría: "Desde el principio, y antes de los siglos me creó; y hasta el fin no dejaré de ser... "

"Yahvé me poseyó desde el principio de sus caminos, antes de sus obras, desde antiguo, desde la eternidad fui yo establecida, desde los orígenes, antes de que la tierra fuese. Antes que los abismos fui engendrada yo... Cuando afirmó los cielos, allí estaba yo... Cuando echó los cimientos de la tierra. Estaba yo con El como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante El en todo tiempo, recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias estar con los hijos de los hombres..." (Eclo 24; Prov 8).

Dice Moisés que Yahvé, viendo cómo había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, "se arrepintió de haber creado el hombre" y dijo: "Voy a exterminar al hombre que creé de sobre el haz de la tierra..." (Gén 6,5).

¡Pero no lo hizo! Y a mí me gusta pensar que fue... ¡en atención a María! ¿No valía la pena soportar todas las maldades y miserias de la humanidad con tal de tenerla a Ella?...

¿Qué seria del mundo sin María? Tristeza, vacío, tinieblas... ¡Con Ella parece que todo revive, se ilumina, canta, se convierte en poesía!...

La Virgen, primicias de la Redención ¿Qué hijo no querría, si de él dependiera, que su madre fuera la más santa, la más bella de todas las madres?

Pues, ¿cómo no pensar que Jesús se hizo para sí una Madre maravillosa, extraordinaria, entusiastamente, a gusto de su sabiduría, de su poder y de su amor infinito?

Si Dios hizo construir un templo grandioso para su pueblo escogido, ¿qué templo vivo no fabricaría para su Hijo muy querido? Una morada digna de su Hijo no podía ser otra que el seno purísimo, virginal, inmaculado, de María.

Una Madre Inmaculada habría de ser "comprada", no con oro ni plata (1 Pe 1,18) - ¡no bastaría todo el dinero y todas las riquezas del mundo! -, sino con la Sangre de su Divino Hijo.

Creó Dios el mundo "y vio que era bueno"...

Creó Jesús a su Madre, y vio que era un encanto, tal como Él se la había imaginado... "¡Que tu voz es dulce y encantador tu rostro!" (Cant 2,14).

¡Qué orgulloso se sentiría Jesús con Ella! ¡Cómo gozaría y danzaría, como otro David, delante de esta nueva y viviente Arca del Testamento! (cfr. 2 Sam 6,16).

La Virgen fue el fruto más maduro y sazonado de la Redención. Fue redimida, preservada de toda mancha de pecado, en previsión de los méritos de Cristo.

Por eso me gusta imaginar que cuando Jesús en Getsemaní siente miedo, tedio, tristeza y, presiente que para muchos su Pasión y Muerte serian inútiles, y suda sangre y entra en agonía; y el Padre Eterno, conmovido y enternecido, le envía el Ángel para reconfortarlo y consolarlo, me gusta imaginar –digo- que lo que más lo animaría a beber ese cáliz tan amargo, sería el pensamiento de que con ese derramamiento de sangre se había hecho para sí y para los hombres una Madre Inmaculada. "Este es el cáliz de mi Sangre –diría - que será derramada antes de todo por mi bendita Madre". Y, poco después en la cruz, a punto ya de expirar y consumar la Redención, exclamará entusiasmado, aunque transido de dolor, mirándome a mí en el discípulo amado: "¡Aquí tienes a tu Madre!". Como quien dice: ¿Qué te parece?... Te gusta, ¿verdad?... ¡Fíjate! ¡Qué hermosura!

¡Que entereza y qué temple de acero! ¡Qué pureza angelical!...

Jesús prolongó hasta 30 años su vida oculta en Nazaret, para disfrutarla y contemplarla extasiado... y se la llevó pronto consigo a la gloria para tenerla a su lado... Aunque todos los hombres perdieran el Paraíso por despreciar la Sangre de Jesús, ¡valía la pena derramarla hasta la última gota -y Jesús lo sabía- por sólo salvar a María!...

Ella glorificaría a Dios más que todas las criaturas juntas. En virtud de su maternidad divina, pertenecía al orden hipostático, superior al orden sobrenatural de la gracia, incluso al orden de las jerarquías angélicas y hasta al orden de bienaventurados en la Gloria.

¡La dignidad de la Madre de Dios es, en cierta manera, infinita!

La Virgen, primicias de la Resurrección y de la Gloria. La Virgen fue el fruto más sabroso de la Resurrección de Jesús, su Divino Hijo.

Convenía que la Madre Inmaculada, al no cometer pecado y aplastar la cabeza de la serpiente, resucitara con una resurrección antecedente, sin esperar, como los demás mortales pecadores, la resurrección final; convenía que fuese asunta en cuerpo y alma, a los cielos. Ella sería la primogénita" entre todas las criaturas.

Dios, al pronunciar su "fiat", creó un mundo material maravilloso. Pero Dios quiso que el "fíat" de María en la Anunciación, superarse al "fiat" creador...

María pronunció su "fíat" creador de otro mundo, más maravilloso todavía: el mundo de la Encarnación redentora, de la Iglesia, de los Sacramentos, de la Eucaristía, de todas las gracias... y, por consiguiente, en cierto sentido, ¡de la misma gloria!

Esto significa que la predestinación de María (gratuita con relación a su maternidad divina) especialísima y superior a la del común de los hombres y de los Ángeles, fue "con-causa" de nuestra predestinación a la Gloria, es decir, que serán elegidos y salvados solamente aquellos a quienes se hayan aplicado, juntamente con los de Cristo y a ellos subordinados, los méritos de María.

La Virgen dio a luz, no sólo al Cristo físico, sino al "Cristo místico", al "Cristo total".

Nos salvamos gracias a Ella. De la misma manera que el nacimiento de Cristo del seno de la Virgen dependió-por disposición divina - del libre consentimiento de María, no es menos verdad que de este mismo consentimiento dependió también (por disposición divina) la realización de la unión de los elegidos en Cristo, cabeza de los predestinados, y causa eficiente, ejemplar y final de su predestinación.

¡En el cielo, ni el Hijo sin su Madre, ni la Madre sin sus hijos!

La Iglesia no duda en llamarla: "Auxilio de los cristianos", "Madre de la divina gracia", "Puerta del cielo", "Causa de nuestra alegría"...

¡Qué grande es la Virgen! ¡Mejor dicho! ¡Qué grande es Dios en María!

La Virgen es un verdadero y estupendo "hándicap", un "alarde", una "exhibición", un "capricho" de Dios...

La Virgen es un "desquite", una "revancha", un "desahogo" divino frente a un mundo prevaricador...

La Virgen es un "reto", un "desafío", el "golpe de gracia que Dios propinó al infierno y al Príncipe de las tinieblas.

Cuando la Virgen aparece en escena, la tierra salta alborozada. Los Ángeles, extasiados, se preguntan y exclaman: "¿Quién es ésta que se levanta como la aurora? " (cant 8,5).

Gabriel se entusiasma: "¡Dios te salve, llena de gracia, ¡el Señor está contigo, ...! (Lc 1,28).

Isabel se pregunta, confundida y admirada: "¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? ¡Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno!" (Lc 1,43).

Y aquella santa mujer del Evangelio, figura de la Iglesia, al oír un día hablar a Jesús derrochando gracia y sabiduría, prorrumpe en medio de la multitud: "¡Dichoso el seno que te engendró y los pechos que mamaste!" ¡Qué alabanza para María!

¡No sigo!... ¡Porque la Virgen es inefable, es "inagotable", es... única!

¿Buscas, lector, algo grande... buscas pureza... belleza... amor... poesía...? ¡Todo lo hallarás en María!

Vengan "misses"..., "princesas" y "reinas

...pero como Tú, ¡¡ ninguna!!

(1969)

23 "Como lirio entre espinas"

(Cant 2,2)

Noviembre... Mes de las flores… Mes de María...

Cuenta Moisés que Yahvé, en el exordio de la creación, "viendo cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, se arrepintió de haber hecho al hombre... y dijo: ¡No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre porque no es más que carne! ..." (Gén 6).

¿Y qué diría Dios hoy, ante esta ola de inmoralidad y de obsesión sexual, que llega ya hasta la náusea, el descaro publicitario y la aprobación oficial?...

¿Qué pensará Dios de tanta condescendencia culpable y de tantos respetos humanos de quienes tienen grave obligación de actuar, pero prefieren callar cómodamente, mientras una moda pornográfica y diabólica sigue pisoteando el pudor y la inocencia, hasta la misma dignidad humana?...

El Vicario de Cristo, en nombre de Dios, y con palabras duras, ha levantado su queja y su protesta contra esa "amenaza, que se ha convertido en epidémica y agresiva, del erotismo llevado a expresiones desenfrenadas y repugnantes, públicas y publicitadas "...

Y en medio de este muladar de pecados, entre tantas espinas que sofocan y punzan como nunca el Corazón de Cristo, aparece como una primavera en flor, toda hermosa, blanca y pura, de fragante olor, LA VIRGEN MARÍA, la Inmaculada Madre de Dios, la Reina de la Pureza y del casto Amor...

(1969)

24 María, la Mujer ideal

(en el Año Internacional de la Mujer)

En el Año Internacional de la Mujer, sería extraño, más aún imperdonable, no hablar de Aquella que es la más Mujer de todas las mujeres, la Santísima Virgen, Madre de Dios y de los hombres.

María es la "Mujer" de la Biblia. Así la llama Yahvé en el Antiguo Testamento, y Cristo en el Nuevo.

Ella es la Mujer "esencial", quiero decir, que en María se hace carne y se ha vida la esencia metafísica femenina.

María es toda interioridad, riqueza, realeza, gracia y poesía... María es ante todo ¡Misterio! Misterio de belleza, de amor y de vida.

¡He ahí la Mujer-Mujer, la Mujer Ideal, la Mujer Perfecta!...

El llamado "problema femenino" queda resuelto al contemplar en María lo que es la Mujer en el Plan divino.

La "ley del péndulo" de la Historia ha polarizado a la mujer en dos extremos igualmente viciosos, desde la "esclavitud" hasta la "emancipación".

La Iglesia, con el sentido común, ha condenado tanto a la mujer-esclava como a la mujer-emancipada.

Porque esta "emancipación" (o "liberación") termina de hecho, por extraña paradoja, en una nueva forma de esclavitud, en que la mujer se rebaja y degrada, perdiendo su dignidad y grandeza, y convirtiéndose en un "objeto" de diversión y de placer.

Existe, a través de revistas, TV y espectáculos, una campaña organizada y financiada de corrupción moral, instrumentalizando precisamente a la mujer.

Slogans como "¡atrévase a ser mujer! ", y otros parecidos, ¡ya se sabe lo que significan!...

Es un hecho de triste experiencia que cuando la mujer "decae", el hombre y la sociedad "decaen" también con ella.

¿La mujer moderna ha tomado verdadera conciencia de su tremenda responsabilidad? Promoción, sí.

Esclavitud o emancipación, no.

"Ha llegado la hora - dice el Concilio Vaticano II - en la que la vocación de la mujer se cumple en plenitud".

¿Y cómo se "promocionar " la mujer para llegar a esa "plenitud"?

Contemplando e imitando, en lo posible, a la "Mujer" Santísima, Modelo acabado para toda mujer, cualquiera sea su condición y estado.

Nazaret, Belén, Caná, Jerusalén... he ahí la vida "ordinaria" de una Mujer "extraordinaria".

Una Mujer "naturalmente sobrenatural" y "sobrenaturalmente natural". Una Mujer "distinta", que vive como las demás...

Hoy se habla mucho de "madurez" y "personalidad" ... María es la Mujer de mayor Personalidad.

Y esto por tres motivos principales: Por ser Inmaculada, exenta (por insigne privilegio de Dios) del pecado original, por consiguiente, de todo pecado personal.

Es el pecado, en efecto, lo que "despersonaliza" o "animaliza" al hombre.

Por ser "llena de gracia", es decir, llena de todas las virtudes sobrenaturales y de los dones del Espíritu Santo.

Sin lo sobrenatural, no queda lo natural, sino lo antinatural.

En tercer lugar, por ser Madre de Dios (fundamento de todas las excelencias con que Dios distinguió a la Virgen), dignidad "como infinita", por pertenecer al orden de la Encarnación.

Decir "personalidad" es decir "transparencia". Es Cristo viviendo en nosotros decir "santidad".

¿Y cuál es la misión o vocación de la mujer en el mundo?

Podemos sintetizarla en tres palabras, debidamente relacionadas: Ser "asociada" al varón, para transmitir la vida, y glorificar a Dios.

María es la "Nueva Eva", asociada como Corredentora a Cristo Redentor para transmitir la vida divina (gracia santificante) a los hombres, de modo que puedan alcanzar su último fin y salvarse, glorificando así a Dios.

La Virgen hizo de toda su vida un continuo "sacrificio" a Dios.

Muriendo místicamente al pie de la Cruz de su Divino Hijo, con El y siempre subordinada a Él, nos mereció la Salvación.

Toda mujer ha nacido para ser madre, sea en el sentido físico de la palabra (como es la casada), sea en el sentido espiritual (como la religiosa, la viuda y la soltera).

Recibió la virginidad y fecundidad de Dios, y tiene que "devolvérsela" a Dios. ¡De lo contrario, será una mujer frustrada, fracasada!

María es la Mujer "libre", porque vivió como "esclava" de amor a Dios. María es la Mujer más "humana" por ser la más "divina".

María es la Mujer más "cercana" a nosotros, porque es la que está más cerca de Dios. Después que María vino al mundo, ¿ya no se puede hablar de "sexo débil"!

Si es verdad lo que dice la Sagrada Escritura, que "por la mujer tuvo principio el pecado, y por ella morimos todos", también es verdad que "por la Mujer tuvo principio la gracia, y por Ella vivimos todos".

¡Si! ¡Atrévase a ser "mujer" como la Virgen María! ...

(1975)

III La Iglesia

25 ¿Qué es la Iglesia?

Hoy día más que nunca creemos un deber grave y una necesidad urgente para todo católico medianamente instruido, recordar, estudiar y profundizar las verdades principales de nuestra Santa Religión.

Los enemigos de Dios y de la Iglesia siguen incansables y a porfía sembrando por doquier la cizaña del error, envenenando así los espíritus de no pocos católicos incautos, que pululan tristemente en un terreno bien abonado por la ignorancia religiosa.

Hemos de reaccionar, queridos ejercitantes, si es verdad que amamos a Dios y sentimos el celo de las almas.

Hemos de formarnos nosotros mismos, y formar a otros hermanos nuestros no sólo para evitar el contagio, "doctrinis variis et peregrinis nolite abduci" (Hebr 13, 9), sino también para saber dar razón de la fe que profesamos, "parati semper ad satisfactionem omni poscenti vos rationem de ea. quae in vobis est. spe" (I Pe 3, 15).

"Sobre todo en nuestra época - decía San Pío X - los adultos no tienen menos necesidad que la juventud de instrucción religiosa" ("Acerbo nimis").

Y nuestro actual Pontífice, felizmente reinante, alzaba su voz hace poco en su mensaje de Navidad: "Conocer, amar, honrar y defender la Verdad". ¡Es todo un programa!

"Mal se defiende lo que mal se ama. Mal se ama lo que mal se conoce. Y mal se conoce lo que mal se estudia".

"Atiende a ti y a la doctrina", escribía el gran Apóstol a su fiel discípulo Timoteo. "Insiste en estas cosas –añadía -, pues así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan".

Estas mismas palabras dirigimos hoy a nuestros lectores.

¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de formación! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de apostolado

Estimamos de la mayor actualidad este tema.

¡Se ha hablado tanto y tan distintamente de la Iglesia! ¡Cómo se la pinta a veces! ¡Y cómo se la desfigura!

"No sólo esparcen graves errores en esta materia los que están fuera de la Iglesia, sino que entre los mismos fieles de Cristo se introducen furtivamente ideas o menos precisas o totalmente falsas, que apartan las almas del verdadero camino de la verdad" (Pío XII, "Mystici Corporis ").

A la hora de tales aberraciones, ¿no encontramos aquí, como en otras partes, un gran fondo de ignorancia?

Vuelve a decir Pío XII en la referida Encíclica: "No ignoramos que la Iglesia de Dios... muchas veces es ignorada, descuidada y aun mirada con cierto tedio y hastío por muchísimos cristianos... ".

Entremos, pues, en materia. Apliquémonos a estudiar con entusiasmo esta Iglesia santa, maravilla de la creación, "la cosa más hermosa que haya jamás existido en la historia de los hombres" (Cardenal Ottaviani).

Jesucristo, su divino Esposo, "la amó y se entregó por Ella" (Ef. 5, 5), para que tú también, ejercitante, la ames y des tu vida por ella.

Ante todo, empecemos por dar su definición, analizando después brevemente el contenido de cada una de las palabras que la integran, sacando por ultimo algunas consecuencias prácticas.

"La Iglesia –decimos- es una sociedad jurídica, perfecta, soberana, jerárquica, monárquica, fundada por N. S. Jesucristo a fin de que en Ella y por Ella solamente, alcancen los hombres el fin sobrenatural para el cual fueron creados".

Sociedad perfecta, soberana, monárquica.

* - La Iglesia es una sociedad perfecta. Es decir, persigue un fin completo en su orden, no subordinado directamente a ningún otro fin. La Iglesia posee todos los medios necesarios para alcanzar su fin, y por lo tanto se basta a sí misma. "Precisamente por ser una sociedad perfecta, está dotada de un principio de vida, que no le viene de fuera, sino que ha sido depositado en Ella por el mismo acto de voluntad que le comunicaba su naturaleza" (León XIII).

Como no existen en este mundo más que dos clases de fines o bienes completos: el natural y el sobrenatural, se comprende que no puedan darse más que dos suertes de sociedades perfectas, a saber: la sociedad civil y la Iglesia. Ambas tienen la misión, respectivamente, de ayudar al hombre a conseguir su doble felicidad: la temporal y la eterna.

Es una verdad histórica innegable que la Iglesia, ya desde los principios, y por voluntad explícita de su Fundador, viene ejerciendo la triple potestad, propia de las sociedades perfectas: legislativa, judicial y ejecutiva. Promulga leyes, tiene sus jueces, impone penas. En una palabra, se comporta en todo como una sociedad jurídica perfecta, provista de todos los medios necesarios, de existencia y de acción. Entre ellos, digámoslo de paso, pero muy subrayado, del derecho de poseer.

Bastaría abrir cualquier página del Nuevo Testamento, en especial el Evangelio de San Mateo y los Hechos de los Apóstoles, para ilustrar, o, por mejor decir, confirmar y demostrar exhaustivamente cuanto venimos diciendo. Lo haremos más adelante, en la medida en que lo permita la índole de estos artículos, al hablar de los poderes de la Iglesia.

Sigamos ahora analizando las características que distinguen a la Iglesia en cuanta sociedad.

*- Decíamos en nuestra definición que la Iglesia, además de sociedad perfecta, es una sociedad soberana o suprema. Soberanía o supremacía que, en el sentido estricto que aquí damos a esta palabra, constituye una verdadera prerrogativa de la sociedad eclesiástica. Es algo exclusivo de Ella.

Llamamos sociedad soberana o suprema a aquella que tiene como fin el fin último del hombre; que no está (ni puede estar) subordinado, ya directa ya indirectamente, a ningún otro fin; y al que han de subordinarse necesariamente, directa o indirectamente al menos, todos los demás fines. El fin último del hombre, esto es, la visión de Dios en el cielo mediante la santificación del alma en la tierra, es un fin, más que completo, completísimo.

De aquí se desprende que, con ser ambas sociedades perfectas, sin embargo, solamente a la Iglesia, y no al Estado, compete, por razón del fin, el título de "Soberana".

La importancia de esta verdad bien merece que hagamos una breve pausa, a fin de sacar consecuencias prácticas y de suma actualidad.

Si la Iglesia es una sociedad soberana, al modo dicho, síguese lógicamente que es, por lo mismo, totalmente independiente y superior al Estado. Fijémonos bien:

1º Independiente: directamente, por el mero hecho de ser sociedad perfecta. En este sentido el Estado también es independiente de la Iglesia.

Más aún: indirectamente, por ser sociedad soberana. Y en este sentido el Estado sí que depende de la Iglesia.

2º Superior al Estado, repitámoslo, no por ser sociedad perfecta, sino por ser soberana.

Así lo declara el Papa Pío VI: "Las Sagradas Escrituras afirman que el poder eclesiástico es independiente del poder civil, y, por el fin que la Iglesia se propone, de un orden superior al del poder temporal" (dejamos para otro lugar lo tocante a las relaciones entre la Iglesia y el Estado).

Con esta santa libertad e independencia obró siempre la Iglesia, y aun contra el mismo poder civil cuando éste se atrevía a inmiscuirse presuntuosamente en sus inalienables derechos.

"Conviene que obedezcamos más a Dios que a los hombres" (Act 5, 29), respondieron valientemente los Apóstoles ante el Sanedrín.

Entre los muchos errores que atentaron contra la libertad de la Iglesia a partir del siglo XIV, nos contentaremos con señalar los de Marsilio Patavino, vertidos en su tristemente famoso libro: "Defensor pacis" (a. 1324). Viene a decir, en resumen, que la Iglesia depende del Estado, por que, cuanto que, según ,él, Cristo confirió la potestad al mismo pueblo cristiano, el cual la transmitió directamente al poder civil, y de éste se derivó a los Obispos (¡!). Este "delirante hereje" (como le llamó Pío VI) fue precursor de los regalistas, galicanos, jansenistas y liberales, quienes, con diversos matices de doctrina se conchabaron, instigados por el diablo, para proclamar ufanos "¡la sacrosanta omnipotencia del Estado!".

Pero los Papas, con voz enérgica y serena, reivindicaron, a costa de sufrimientos y humillaciones la libertad e independencia de la Iglesia, a la cual, por ser de derecho divino, ni Ella misma podía renunciar. De tal manera, decía sin ambages el inmortal León XIII, "que aquellos que obran contra esta libertad, obran por lo mismo contra Dios".

Quede, pues, bien entendido que "los pueblos católicos tienen el derecho sagrado de no ser impedidos por el poder civil en el ejercicio de este deber sagrado y divino, que les obliga a observar la doctrina, la disciplina y las leyes de la Iglesia" (Pío IX).

El poder civil no es legítimo sino en tanto que manda en nombre de Dios. Luego sería absurdo suponer que pudiera mandar en nombre de Dios lo que Dios prohíbe por la autoridad de la Iglesia.

¡Cuántas veces, sin embargo, se ha pretendido determinar a la Iglesia su esfera de acción y de competencia, para poder acusarla después, cuando traspasa dicha esfera, de "meterse en política"! He aquí otra frase tan llena de mal espíritu como de crasa ignorancia, que no debería nunca mancillar los labios y el corazón de los que se dicen católicos.

Para resumir: La Iglesia, por ser sociedad perfecta y soberana, debe gozar de absoluta independencia respecto de la sociedad civil, sí. Pero al mismo tiempo, apresurémonos a decirlo, como buenas hermanas

nacidas de un mismo Padre, que está en los cielos, Iglesia y sociedad civil han de coexistir no separadas sino unidas, estrechamente unidas.

*- La Iglesia, sociedad monárquica. Se llama monárquica la sociedad cuya suprema autoridad recae sobre una persona física.

Cristo prometió directa e inmediatamente a San Pedro la suprema potestad sobre toda la Iglesia: "Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerá n contra ella" (Mt 16,18).

Notemos el juego de palabras: "Petrus-petra: Pedro-piedra. Con esta sencilla y hermosa comparación quiere decir Jesús que, así como la piedra fundamental es el primer principio eficaz que da unidad y estabilidad al edificio, de la misma manera San Pedro es la piedra fundamental de la Iglesia, es decir, su principio eficaz de unidad y estabilidad. Ahora bien, sabido es que en una sociedad dicho principio no es otra cosa que la suprema potestad.

Jesús prosigue: "Y te daré las llaves del reino de los cielos. Y cualquier cosa que ates sobre la tierra quedará atada en el cielo. Y todo lo que desates sobre la tierra será desatado en el cielo."

Ambas metáforas la de las llaves y la de atar y desatar, significan también la entrega de la potestad suprema.

Después de su resurrección, Cristo confirió a San Pedro el primado sobre toda la Iglesia, que antes le prometiera.

"Cuando comieron dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Respondióle: Si, Señor, Tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Y de nuevo, por segunda vez le dice Simón hijo de Juan, ¿me amas? Él le responde: Si, Señor, Tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Por tercera vez le dice: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le dijo por tercera vez ¿me amas? Y le respondió: Señor, Tú sabes todo. Tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis ovejas" (Jn 21, 15 ss.)

Apacentar es aquí sinónimo de gobernar con potestad suprema.

El significado de cada palabra, el colorido de la frase, la solemnidad de la triple pregunta, muestran bien a las claras que San Pedro ha sido elegido Pastor Supremo de la Iglesia.

Si ojeamos el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles encontramos siempre en primer plano a San Pedro desempeñando funciones de Jefe de la Iglesia, primacía reconocida siempre por los mismos Apóstoles y por la misma Iglesia.

A los protestantes, liberales y modernistas no les hacen mucha gracia, claro está, estos pasajes de la Escritura..., y así les vemos, como de costumbre, hacer equilibrios y piruetas, dar vueltas y revueltas para desembarazarse de un texto que, él solo, de un plumazo da al traste con todo su sistema.

La Iglesia fundada por Jesucristo es monárquica. Está fundada sobre Pedro. "Ubi Petrus ibi Ecclesia"... Quitemos a Pedro, y no habrá Iglesia.

Y si la Iglesia subsiste (¡y tiene promesas de vida eterna!), no será separada de Pedro.

Pedro no muere. Como la misma Iglesia, vive y vivirá hasta el fin de los siglos en la persona de sus sucesores, los Romanos Pontífices. Ahí está, como un hecho inconmovible, esa lista ininterrumpida de doscientos sesenta y dos Papas, desde San Pedro hasta nuestro augusto Pontífice felizmente reinante, eco

perenne a través de veinte siglos de aquellas palabras de Cristo: 'Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura.... Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo."

El Papa es, pues, como Pedro, Vicario de Cristo, su representante en la tierra, investido de sus títulos y poderes, y no formando con El más que una sola Cabeza de la Iglesia.

El Papa es también para nosotros "camino, verdad y vida". Pasando a través del velo de su humanidad, contemplemos a Jesús en él. Esto es lo que le hace grande, sublime, único.

Desgraciadamente existe hoy día una marcada tendencia a no ver en el Papa lo "divino", para quedarse casi exclusivamente con lo "humano".

Se publican a veces anécdotas, curiosidades, aficiones particulares, escenas de la vida privada de los Papas... (¡y está muy bien!), pero no se hace brillar suficientemente el carácter sobrenatural, trascendente, divino, que impregna sus vidas. Uno tiene la impresión de encontrarse ante un gran personaje de la historia adornado de abundantes prendas naturales, como podía serlo un jefe político, un artista, un científico de nota... ¡Un hombre como otro cualquiera! ¡Funesta consecuencia del naturalismo creciente de nuestro siglo!

Al Papa hemos de mirarlo más con los ojos de la fe que con los ojos de la cara. Es el representante de Jesucristo. Más aún, es -en expresión feliz de Santa Catalina de Sena- el "dulce Cristo de la tierra".

Como dice un piadoso autor "El Papa, como hombre, puede estar más o menos favorecido de virtud, de habilidad, de prudencia y de sabiduría; pero en el momento en que es elegido, cada Papa es Jesucristo".

¿Y cuáles serán -para terminar - nuestros principales deberes para con el Papa?

Respeto, veneración profunda. No toleremos nunca que se hable del Papa con palabras de menosprecio o irreverentes. ¡Es nuestro Padre! Es... ¡el Santo Padre!

Obediencia, adhesión, docilidad, no solamente externa, sino también, y, sobre todo, interna. Obediencia de voluntad: querer lo que quiere el Papa. Obediencia de juicio: pensar como él. En una palabra: obediencia ciega.

Amor, amor profundo, amor filial, amor sobrenatural. Amor que nazca del corazón, amor que nos haga tomar parte en sus penas y en sus alegrías.

Es triste pensar que no todos aman al Papa como se merece... Es que no aman a Jesús. Este amor, si es sincero, deberá traducirse en obras: oración asidua, al ejemplo de los primeros cristianos, que rogaban "sine intermissione", sin interrupción, por San Pedro, primer Papa, injustamente encarcelado por el impío Herodes (Act 12,5).

Sacrificios. No todos podemos hacer grandes austeridades y penitencias. Pero, ¡quién no tendrá fuerzas para privarse, por el Papa, de alguno de los mil gustitos y pasatiempos que ofrece la vida?

* * *

Sus poderes

Jesucristo, por el hecho de su unión hipostática, quedó constituido con plenitud absoluta, Rey, Maestro y Sacerdote.

-Rey: En la madrugada del día de su muerte, Jesús es interrogado solemnemente ante todo el pueblo, por Pilato: "¿Con que tú eres Rey?" Y Jesús responde categóricamente: "Así es como tú dices: Yo soy Rey" (Jn 18,37).

-Maestro: "Vosotros -decía Jesús a sus discípulos - me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy" (Jn 13, 13).

-Sacerdote: "Cristo -dice el Apóstol- no se arrogó la gloria de hacerse Pontífice, sino que se la dio el que le dijo: Tú eres mi Hijo Yo te he engendrado hoy; al modo que también en otro lugar dice: Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec" (Heb 5,5-6).

Cristo es el Rey, el Maestro, el Sacerdote por antonomasia.

El mismo lo afirmó con otras palabras cuando dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14, 6).

Como Rey nos muestra el Camino. Como Maestro nos enseña la Verdad. Como Sacerdote nos da la Vida.

Como Rey goza de la plena potestad de Régimen. Como Maestro goza de la plena potestad de Magisterio.

Como Sacerdote goza de la plena potestad de Orden. De esta triple potestad, Cristo ha hecho participe y heredera a su Iglesia.

Después de la resurrección, Cristo se aparece a los once discípulos en un monte de Galilea y les dice: "Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes (magisterio), bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (orden), enseñándoles a cumplir todo lo que os he mandado (régimen)" (Mt 28, 16-20).

"La Iglesia -dice Pío XII en "Mediator Dei"- tiene de común con el Verbo Encarnado, el fin, la obligación y la función de enseñar a toda la verdad, regir y gobernar a los hombres, ofrecer a Dios el Sacrificio aceptable y grato".

He aquí, pues, la Iglesia constituida Reina, Madre y Maestra del universo mundo. Es la triple corona que adornará sus sienes hasta la consumación de los siglos, y que nada ni nadie podrá arrancar de su sagrada frente.

Digamos algo de cada una de estas tres potestades.

- Potestad de régimen

Este poder no se extiende solamente al fuero interno y sobrenatural sino también al externo y público, siendo, como es y como corresponde a una sociedad perfecta, completo, es decir, legislativo, judicial y ejecutivo.

Cristo ha dado a su Iglesia como cosa propia, pleno poder de promulgar leyes, Juzgar y ejercer su saludable poder coercitivo sobre todas las cosas que guardan relación con el verdadero fin del Reino de Dios.

"La Iglesia no ha cesado jamás de reivindicar ni de ejercer públicamente esta autoridad, batida en brecha desde hace tiempo por una filosofía aduladora de los príncipes" (León XIII, "Inmortale Dei").

Vengamos ahora a dos cuestiones que, por revestir una importancia particular (han sido objeto de los ataques más siniestros), merecen ser subrayadas:

-Poder de la Iglesia de poseer y administrar bienes temporales

Es ésta una verdad de razón. La misión de la Iglesia es la santificación de las almas, y para conseguirla son necesarios los bienes temporales, ya que éstos son indispensables para la debida formación de sus ministros. La Iglesia, volvemos a repetirlo, es una sociedad perfecta. "Los bienes eclesiásticos pertenecen a las Iglesias y están bajo su dependencia absolutamente, como los bienes civiles pertenecen a los ciudadanos" (Pío IX, "Quartus supra").

El Código de derecho canónico proclama categóricamente este derecho.

Los Hechos de los Apóstoles, refiriéndose a los primeros cristianos, nos dicen (4, 34) que "todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los Apóstoles, el cual después se distribuía, según la necesidad de cada uno". A este fin fueron deputados los siete Diáconos (6, 2).

- Poder coercitivo

"La Iglesia tiene derecho connatural y propio, independiente de toda autoridad humana, a castigar a los delincuentes súbditos suyos, con penas, tanto espirituales como también temporales" (CDC 2214).

Los Apóstoles se consideraron desde un principio revestidos de esta potestad primitiva. San Pablo lo afirma en sus cartas: En cierta ocasión amonesta a los corintios "como a hijos muy queridos": "¿Qué preferís, que vaya a vosotros con la vara o con amor y espíritu de mansedumbre?" (1 Cor 4, 21). Y otra vez les reprende severamente, "no sea que cuando yo vaya tenga que llorar (castigando) a muchos de los que antes pecaron y todavía no han hecho penitencia" (2 Cor 12, 21).

Como una sociedad necesaria implica un fin que se ha de conseguir necesariamente, si para alcanzar ese fin no queda otro remedio que el empleo de la fuerza física, ese será el castigo que habrá que emplear. Dada la malicia de los hombres, el empleo de la fuerza física es más de una vez necesario para el cumplimiento de la ley. Claro está que, según el principio del "tanto cuanto", la Iglesia, como madre que es, se abstendrá del uso de esta potestad coercitiva siempre que pueda obtenerse el fin sin el uso de la fuerza física.

El hecho de que hoy día no acostumbre la Iglesia, como antaño, a castigar con penas estrictamente temporales (como son: la reclusión en monasterios o cárceles, destierros, confiscamientos, multas pecuniarias, etc.…), no obsta para que le neguemos este derecho. Si prescinde hoy de ellas, esto no obedece a defecto de potestad, sino al cambio de circunstancias en la sociedad.

Las penas más corrientes impuestas a los seglares son la ex-comunión, el entredicho y la privación de actos legítimos eclesiásticos (ser padrino, testigo, etc.…).

Pío IX, en "Quanta cura", condena la proposición que afirma: "La Iglesia no tiene derecho de castigar con penas temporales a los violadores de sus leyes".

¿Puede la Iglesia imponer la pena de muerte?

Esta cuestión no ha sido definida aún por la Iglesia Entre tanto queda a la libre discusión de los canonistas y teólogos. Existen autores de nota por ambas partes. Una cosa si es cierta: si la Iglesia necesitase de la pena capital para la consecución de su fin, entonces podría imponer dicha pena.

La dificultad está en probar su necesidad. Y no basta que este poder se conceda al Estado, para otorgárselo también a la Iglesia, ya que son distintos los fines de uno y otra.

Históricamente se prueba que la Iglesia no usó de la pena de muerte, sino que prohibió a sus jueces el imponerla.

Respecto a la participación de la Iglesia en la pena capital impuesta por el Estado para castigar delitos eclesiásticos que lo eran a la vez civiles (v.gr., la herejía), la Iglesia renunciaba a su derecho, dejando a los reos en manos del brazo secular, y éste era el que castigaba, porque esos delitos eran considerados también civiles. Los Papas tienen el derecho de amonestar y urgir el cumplimiento de administrar justicia.

"La Iglesia -dice el cardenal Ottaviani-, madre piadosa, precisamente por ser piadosa, quiere verse asistida para cumplir su deber con maternal piedad; más precisamente por ser madre, quiere que se comprenda igualmente su estricta severidad, basada en la responsabilidad de quienes han de impedir que sus hijos sean escandalizados".

(Este trabajo está formado de una

serie de artículos, que quedó inconclusa)

(1961)

26 Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

En cierta ocasión (Mt 16, 13) preguntó Jesús a sus discípulos: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?... Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas"...

Por respeto y discreción los discípulos se guardan de repetir las críticas que también habían oído contra el Maestro, por ejemplo: que estaba loco (Jn 10, 20), que era un samaritano y endemoniado (Jn 8, 48), un impostor (Jn 7, 12), comedor y bebedor, amigo de publicanos y pecadores (Mt 11,9) ...

Pienso igualmente que la Iglesia, que hoy es "noticia" como ayer lo fue su Divino Fundador, podría dirigir al mundo la misma intrigante y comprometedora pregunta: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?...

Y oiríamos estas o parecidas respuestas: Unos dirán, por ejemplo, que la Iglesia Católica es la "Infame", el "opio el pueblo", "enemiga de la ciencia y del progreso", "amiga de los burgueses y despreciadora de los pobres", la "opresora del mundo", que habría que exterminar cuanto antes...

Para otros, menos virulentos, la Iglesia no es más que una sociedad como otra cualquiera, aunque, eso sí, muy poderosa, digna incluso de admiración por su organización, su historia y su cultura... pero, al fin y al cabo, una sociedad meramente humana y temporal, compuesta de hombres de todas clases, muchos de ellos "refugiados" en lo religioso por conveniencia, y que mejor harían con ponerse a trabajar, en lugar de perder el tiempo y vivir a costa de los demás...

Un tercer grupo es el de aquellos que "creen" en la Iglesia, sí, y la amen, pero... la critican, por un extremo o por el otro, porque la quisieran a su gusto", y no al gusto del que la fundó:

O bien no quieren saber nada con lo nuevo: éstos no han perdonado al Papa Juan el cambio de orientación y el nuevo impulso renovador infundido a la Iglesia; disienten de Pablo VI, acusándole de complicidad y debilidad; miran con una mal disimulada desconfianza y picante ironía al Concilio, con la sospecha de que se ha dejado tentar por un falso Humanismo, a costa de la fidelidad debida a la Tradición, y de que es el causante de todos los males que lamentamos. Se han turbado ante los problemas cambios, reformas y divisiones internas que se suceden en el seno del Pueblo de Dios.

O bien, por el contrario: miran con antipatía y desdén todo lo antiguo: juzgan que la Iglesia va demasiado despacio, el Papa los ha decepcionado por su tradicionalismo inesperado ; se ríen del Concilio como de una etapa ya superada; se han "aprovechado" de él para desprestigiarlo, justificar sus locas pretensiones y vivir "a sus anchas"... ¡viva la libertad!, están soñando ya con el Vaticano III, y corren desaforadamente hacia un progresismo que sería -porque no llegará nunca – la auto demolición de la misma Iglesia.

Tanto unos como otros, estos católicos "extremistas" deberían no olvidar aquellas certeras palabras de San Jerónimo: "Por poco que te apartes de la vía recta, no importa mucho que te desvíes a la derecha o a la izquierda, pues perdiste el verdadero camino".

He aquí tres respuestas o actitudes, más o menos equivocadas, y que demuestran falta de fe. La Iglesia no puede aceptarlas.

La primera es la de sus enemigos. Estos "tienen por padre al diablo, y quieren cumplir los deseos de su padre" (cfr. Jn 8, 44).

La segunda es la de los indiferentes. Merecerían el reproche de Jesús: "¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer!" (Lc 24, 25).

La tercera es la de los buenos... pero "escandalizados".

"Felices aquellos - les diría hoy la Iglesia, como Jesús - que no se escandalicen de mí!" (Mt 11, 6). ¡No han comprendido aún el misterio de la Redención y de la Cruz!

Una "adivinanza": Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?... Prosiguió, insatisfecho, Jesús.

La pregunta era seria. El momento, solemne. La respuesta, comprometida... Simón Pedro, iluminado de lo Alto, exclamó en nombre de sus hermanos: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús lo felicitó y lo llamó "bienaventurado". No fue la "carne y la sangre", sino la FE, la que había revelado a Simón la Divinidad de Cristo.

Y vosotros, pregunta a su vez la Iglesia, ¿quién decís que soy yo?... La Iglesia, Sacramento de Cristo.

La Iglesia es el ""gran Misterio" (Ef. 5, 32) de Cristo encarnado, prolongado y comunicado.

La Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión con Dios, y de la unidad de todo el género humano (cfr. "Lumen Gentium", 1).

La Iglesia es sacramento universal de salvación, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el Misterio de amor de Dios al hombre (L. G., 63).

Podemos decir que "la Eucaristía hace la Iglesia, así como la Iglesia hace la Eucaristía" (de Lubac). Yo diría más, entendiéndolo bien: La Iglesia es la Eucaristía. En el sentido de "comunidad eucarística.

De aquí resulta, entre otras cosas, que debemos contemplar al Cuerpo Místico de Cristo, como contemplamos su Cuerpo Físico, presente realmente en el pan eucarístico; hemos de saber penetrar a través del velo de los accidentes" (léase: miserias, innegables, de sus miembros), hasta llegar a descubrir la "sustancia", es decir, su naturaleza divina.

No son los sentidos ni la sola razón. Es la fe, nada más que la fe en la palabra de Dios la que - al igual que Pedro nos hace caer de rodillas y exclamar con emoción: "¡Tú eres, oh Iglesia santa, la encarnación del Hijo de Dios!"

La Iglesia, Esposa mística del Verbo encarnado.

Yahvé - dice el Génesis (2, 2 - hizo caer sobre Adán en el paraíso un profundo sueño, tomó una de sus costillas y formó a Eva, dándosela por mujer. Y al verla exclamó transportado de alegría: "¡Esto sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!"

De la misma manera la Iglesia, nueva Eva, nació del Corazón de Cristo, el nuevo Adán, abierto por la lanza mientras dormía en la cruz el misterioso sueño de la muerte...Con mayor razón aún es la Iglesia "carne de su carne y hueso de sus huesos".

Cristo amó a su Esposa y se entregó por Ella para santificarla, la purificó con el bautismo del agua y de la palabra, porque la quiso para sí toda hermosa y resplandeciente, santa e inmaculada (cfr. Ef. 5,25).

El Esposo y la Esposa son inseparables. "¡Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe!" (Mt 19,6).

La Iglesia, Madre nuestra.

Fecundada místicamente por el Espíritu Santo, nos da la vida sobrenatural en el bautismo, nos alimenta con el pan eucarístico, nos enseña con su doctrina, nos lava con el agua de la confesión, nos educa y corrige con penas saludables y penitencias, nos alegra con su liturgia y con sus fiestas, nos guía y alienta por el camino de la esperanza, nos ayuda a bien morir y ofrece sufragios por nuestras almas, nos hace gustar anticipadamente la felicidad y nos da la vida eterna.

Tenemos una Madre Virgen, una Madre Reina, una Madre Dolorosa, una Madre eternamente joven, toda hermosa y siempre nueva... ¡La Iglesia es maravillosa! ¡Lo más grande salido de las manos de Dios!

Sentir con la Iglesia. Esta expresión, típicamente ignaciana (cfr. Ejercicios Nº 352) sintetiza toda la suma de nuestros deberes para con Ella:

Conocimiento íntimo, respeto filial, confianza ciega, defensa y alabanza, obediencia de corazón, cooperación y servicio.

Hay quienes sienten con la Iglesia, pero... con la de otros tiempos; más que a la Iglesia real y concreta, lo que aman es el "concepto" de Iglesia; más que con el Papa actual, sienten con "su" Papa predilecto... alaban al Papado, pero critican a Pablo VI... sienten con la Iglesia, sí, pero en un tanto por ciento limitado.

San Ignacio, en los Ejercicios, no se contenta con el mínimo, con lo estrictamente mandado bajo pena de pecado. Consecuente siempre con su principio de "desear y elegir lo que más" agrada a Dios, llega a escribir: "Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que, entre Cristo N. S., Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas" (Nº 365).

¿Y cuando la Jerarquía no se comporta como conviene?...

En este cave, dice San Ignacio, en lugar de criticarla públicamente, "lo cual engendraría más escándalo que provecho, y así se indignaría el pueblo contra sus mayores, ya espirituales, ya temporales", mejor será callar o "hablar de las malas costumbres a las personas mismas que puedan remediarlas" (cfr. Nº 362).

¡Esto sí que es sentir con la Iglesia, cien por cien! ¡Pero esto supone y exige, naturalmente, un derroche de fe, de amor... y de humildad! ¡A una madre se la ama con todo el corazón y con todas las fuerzas! Como un buen hijo guarda como un tesoro un simple cabello de su madre, así nosotros todo lo que se refiere a la Iglesia debemos venerarlo y guardarlo cariñosamente en el relicario de nuestro corazón

¡A una madre no se la crítica, no se la ridiculiza, no se la desprecia, no se la maltrata, no se la abandona, no se la "utiliza"...!

¡A una madre se la ama tal como es, no por sus defectos, pero sí con sus defectos...!

¡A una madre se la respeta, se le da todo, se le enjugan las lágrimas y se la llena de besos!

(1969)

27 Sentir con la Iglesia.

San Ignacio cierra su libro de Ejercicios con un broche de oro: las Reglas "para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener" (Nº 352).

Estas Reglas no son más que la consecuencia práctica y concreta de todo el itinerario recorrido a lo largo de las "cuatro semanas".

El "sensus Christi" se traduce en el "sensus Ecclesiae".

El ejercitante, enamorado de Cristo, termina por enamorarse igualmente de la Iglesia, su Cuerpo Místico.

El Santo redactó dichas Reglas con el fin de alertar y precaver a sus ejercitantes contra la herejía de Lutero, pero más todavía contra las insinuaciones venenosas de Erasmo, y, en general, contra las corrientes pseudo-espiritualistas de los "alumbrados" y "humanistas" de su época.

Su mayor preocupación fue desenmascarar al enemigo infiltrado y agazapado en las filas del catolicismo, que seducía y engañaba a los incautos y desprevenidos.

A esa "zona de peligro" de ambigüedades y de equívocos, de transacciones y tibiezas, que prepara la caída, se refiere precisamente nuestro Santo, con esa expresión suya: "...mayormente en nuestros tiempos tan peligrosos" (Nº 369).

Él quiere hacer de sus ejercitantes católicos cien por cien, cuyo distintivo ha sido precisamente "sentir con la Iglesia".

Estas Reglas contienen unos principios de valor universal valederos para todas las épocas, aunque las circunstancias históricas sean diferentes, y son de tanto mayor actualidad cuanto más semejantes son a aquéllos los tiempos en que vivimos.

Este documento ignaciano es un modelo de precisión Y de equilibrio. Nótese que cuando San Ignacio habla de "sentir con la Iglesia", se refiere a la Iglesia en cuanto tal y en concreto.

La Iglesia "en cuanto tal" es la Iglesia oficial, la Iglesia de los Concilios ecuménicos, en una palabra: Roma. La Iglesia no es cualquier pastor, por encumbrado que sea, sino en la medida en que viva en comunión plena con el Papa y con la Cátedra de Pedro. ¡No hay que confundir la Iglesia con las locuras de ciertos eclesiásticos!

La Iglesia "en concreto" es la Iglesia aquí y ahora, y, por lo tanto, con sus virtudes y defectos: la Iglesia "militante", como la llama San Ignacio.

No se trata, por consiguiente, de un mero concepto abstracto, ni de un puro ideal. Ni se trata tan sólo de la Iglesia primitiva, la de los primeros cristianos. Ni tan sólo de la Iglesia de otras épocas más felices, o la de los últimos tiempos. Ni tan sólo de la Iglesia de los Santos, o de las almas, o de los predestinados. Ni tan sólo de la Iglesia triunfante, la Jerusalén celeste, allá en los cielos...

¡A esa Iglesia la han colmado de alabanzas hasta los mismos herejes, y ciertos católicos extremistas... mientras que para la Iglesia actual no conservan más que indiferencia, desprecio y diatribas! ¡NO!

Se trata de sentir con la Iglesia Una y Única: la de Nicea y la de Trento y la del Vaticano II; la de Pío y la de Juan y la de Pablo; la de las catacumbas y la de las cruzadas y la del diálogo ecuménico; la de ayer y la de hoy y la de mañana... y la de siempre, ¡la Iglesia eterna!, porque – dice la Escritura- "es única mi paloma, mi inmaculada, es la hija única de su madre, la predilecta de quien la engendró" (Cant 5,9).

San Pablo reprendió indignado a los corintios: "He sabido por los de Cloe que hay entre vosotros discordias, y cada uno dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo... ¿está dividido Cristo...?" (I Cor 1,11).

Los que así piensan y obran, ¿no muestran que son todavía carnales, y que tienen mentalidad de niños?

Detengámonos ahora en la palabra "sentir", expresión típica, con la cual San Ignacio quiere significar una adhesión total, de inteligencia, de voluntad y de corazón, a todo lo que dice o hace o simplemente insinúa la Iglesia, en cuanto tal, algo así como un "instinto" sobrenatural, obra de los dones del Espíritu Santo, que nos inclina, aun antes de toda deliberación, a hacer nuestro y sentir con pasión, todo lo que se refiere a la Iglesia, con inefable fruición y confianza ciega.

Este sentido o sentimiento nada tiene que ver con ninguna forma de sentimentalismo o cosa por el estilo. Es una vivencia de fe y de amor sobrenatural.

El que siente con la Iglesia piensa en Ella, tiene presente sus consignas, estudia su historia, sigue sus pasos, la defiende de sus enemigos, comparte sus inquietudes misioneras, es dócil a sus mandatos, se sacrifica por Ella, olvidándose de sí mismo, siente el orgullo de ser su hijo, se alegra con sus gozos y llora con sus penas.

¡Para sentir con la Iglesia tenemos que empezar por sentir la Iglesia como se siente la Patria, como se siente la madre, llevándola muy dentro, en la sangre de nuestras venas!

Sentir con la Iglesia es caminar a la par de Ella, ni más adelante ni más atrás, ni empujando, ni frenando, aceptando lo que Ella acepta y desechando lo que Ella desecha.

Es renovarse constantemente, pero adaptarse, en todo lo posible (excepto, claro está, en el error y en el pecado) a los hombres que debemos evangelizar.

Sentir con la Iglesia es luchar por la Verdad y el Bien, pero al mismo tiempo tener caridad con el que yerra y peca.

Es vivir la vida sobrenatural, pero también conquistar para Cristo Rey todo el Orden temporal, económico, político y social.

Es saber armonizar Tradición y Progreso, en el sentido católico de la palabra. ¡La Tradición progresa!

Porque la Iglesia es Piedra y es Fermento; es un Cuerpo vivo que debe desarrollarse, pero siempre idéntico a sí mismo; tiene un Tesoro que defender y conservar, pero para abrirlo a todos los hombres de buena voluntad.

La Iglesia ha sido enviada para salvar al mundo, el cual "está todo bajo el Maligno" (I Jn 5,19).

Los talentos que ha recibido de Cristo son para hacerlos fructificar. El Cuerpo Místico de Cristo es la Iglesia, no el mundo.

El mundo, o se deja convertir por la Iglesia, y se salvará; o, de lo contrario, se condenará. ¡La Iglesia está en el mundo, pero no es del mundo!

"Esta distinción no es separación. Más aún, no es indiferencia, no es temor, no es desprecio. Cuando la Iglesia se distingue de la humanidad no se opone a ésta, antes bien, se une a ella. Como el médico, que conociendo los peligros de una epidemia, procura preservarse a sí y a los demás de tal infección, pero al mismo tiempo se consagra a la curación de aquellos que sufren sus efectos, así la Iglesia no hace de su misericordia a Ella concedida por la bondad divina un exclusivo privilegio, no hace de la propia fortuna una razón para desinteresarse de quienes no la han conseguido; antes, por el contrario, hace de su salvación argumento de interés y de amor para todo el que esté junto a Ella y para todo aquel al cual Ella, en su esfuerzo comunicativo universal, pueda acercarse" (Pablo VI, "Ecclesiam suman").

La Iglesia ha recibido una vocación de amor y de servicio. Lo mismo cuando hace de buen samaritano, que cuando lanza el anatema, condenando los errores y los vicios. ¡Tenemos que sentirnos Iglesia!

Las dos figuras de San Ignacio:

Para llegar a esta vivencia de fe y de amor sobrenatural, San Ignacio no halla medio más eficaz que presentarnos a la Iglesia como Esposa y como Madre, dos figuras tan clásicas como cargadas de sentido bíblico, dos nombres dulcísimos que, sin duda, harán comprender y conmover al ejercitante.

El Santo prefirió, para su propósito, estas dos imágenes, a cualquiera de las muchas y profundas definiciones suministradas por la Teología.

Este doble título vendrá a ser como el Principio y Fundamento de dichas Reglas y, podríamos añadir, de toda Eclesiología viva.

La Iglesia es "la verdadera Esposa de Cristo Nuestro Señor" (Nº 353).

Los Santos Doctores se han complacido en contemplar a la Iglesia como la nueva Eva, salida del costado de Cristo, nuevo Adán, mientras "dormía" el sueño de la muerte en la cruz, así como Dios formó a la primera

Eva del costado del primer Adán, mientras hizo caer sobre él un sopor profundo (Gén 2,21).

Cristo, como Adán, exclamaría también, mirando entusiasmado a su mística Esposa "¡Esto sí que es ya carne de mi carne y hueso de mis huesos!" (Gén 2,23).

El Apóstol San Pablo, al cantar las glorias del matrimonio cristiano, se remonta hasta los desposorios místicos de Cristo y su Iglesia, con estas palabras conmovedoras: "Cristo amó a la Iglesia y se entregó por Ella, para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de presentársela a si gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable" (Ef. 5,25).

¡La Iglesia existe dentro del Corazón de Dios, desde toda la eternidad! Hay una relación esencial entre el misterio de la Iglesia y el Misterio de la Santísima Trinidad.

El Padre Eterno convoca a la Iglesia, en su Divino Hijo, a impulsos del Espíritu Santo.

Desde el comienzo del mundo la Iglesia fue prefigurada, preparada y anunciada por los profetas, a través de todo el Antiguo Testamento.

Isaías la contempla desde lejos y canta extasiado:

"Levántate, y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria de Yahvé alborea sobre ti, pues he aquí que está cubierta de tinieblas la tierra y de oscuridad los pueblos. Sobre ti viene la aurora de Yahvé, y en ti se

manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz y los reyes a la claridad de tu aurora. Alza en torno tus ojos y mira: todos se reúnen y vienen a ti, llegan e lejos tus hijos, y tus hijas son llevadas en brazos. Entonces mirarás y resplandecerás, palpitará y se ensanchará tu corazón, pues vendrán a ti los tesoros del mar, llegarán a ti las riquezas de los pueblos..." (c. 60).

Y San Juan exclama también alborozado:

"Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Oí una voz grande que del trono decía: ¡He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y erigirá su Tabernáculo entre ellos, y serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto ya ha pasado!" (Ap 21,1-4).

¡Dios creó el Universo para su Iglesia!

Porque Cristo y la Iglesia son inseparables. La Iglesia es Cristo prolongado en el espacio y en el tiempo; es, como dice el Apóstol, "el mismo Cristo en medio de vosotros" (Col 1,27). Cristo y la Iglesia forman el "Cristo total".

¡Que el hombre no separe lo que Dios ha unido!

* Por ser Esposa de Cristo, la Iglesia es **Madre** nuestra, "nuestra santa madre Iglesia jerárquica" (Nº 353), como la llama tierna y devotamente San Ignacio.

Fecundada místicamente por el Espíritu Santo, la Iglesia nos da a luz en el santo Bautismo, mediante la vida de la gracia, haciéndonos hijos de Dios y herederos de su Gloria.

Nos ilumina con su purísima doctrina, nos alimenta con el sólido y sabroso manjar de sus Sacramentos, nos educa con sus sapientísimas leyes, nos corrige con saludables penitencias, nos alegra con sus fiestas litúrgicas, y así cual solicita madre, va cuidando de nosotros y guiando nuestros pasos "hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo" (Ef. 4, 13). Finalmente, nos conforta con el sagrado óleo de los enfermos, nos procura una buena muerte, cierra nuestros ojos, ofrece al Padre oraciones y sufragios, y nos abre las puertas del cielo.

¡Si es impagable lo que una madre hace por sus hijos, más impagable aún es lo que la Iglesia ha hecho por nosotros!

¡La Iglesia es más madre que todas las madres!

El cuarto Mandamiento nos obliga gravemente.

Parafraseando a San Pablo diremos que el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de la Iglesia, infundiendo en nuestros corazones el don de piedad, por el cual exclamamos: ¡Madre! (cfr. Rom 8, 15).

En cuanto a sus defectos, por grandes que sean o parezcan, procuraremos cubrirlos reverentemente, en cuanto nos sea posible, a ejemplo de los buenos hijos del patriarca Noé, en lugar de publicarlos y hacer mofa de ellos ('Gén 5, 18).

¡A una madre se la ama tal como es, no por sus defectos, pero sí con sus defectos, que debemos tolerar, como ella toleró los nuestros!

Tenemos que contemplar a la Iglesia de modo semejante a como contemplamos la Sagrada Eucaristía, prescindiendo de los "accidentes" (que son las miserias humanas) para, a través de ellos, descubrir por la fe la presencia adorable y misteriosa de Cristo.

De ahí la necesidad de distinguir bien entre la Iglesia considerada en sí misma, que es virgen y santa, y la Iglesia en cuanto a sus miembros, que, por ser hombres, son limitados y pecadores, y, por consiguiente, tiene necesidad de purificarse continuamente.

EI mismo Cristo habló repetidas veces de las miserias de la Iglesia, al compararla, por ejemplo, con un campo de trigo mezclado con cizaña (Mt 13,25) o con una red que contiene peces buenos y malos (Mt 13, 47).

¿No existió un Judas, nada menos que dentro del Colegio Apostólico?

Precisamente la Sagrada Pasión comenzó con la traición de uno de los Doce: "¡En verdad os digo que uno de vosotros me entregará!" (Mc 14, 17).

¿Y qué decir de Pedro, el jefe de los Apóstoles?

Poco después de ser felicitado por Jesús, al confesar su Divinidad (inspirado por el Espíritu Santo), mereció escuchar del mismo Señor estas duras palabras, al intentar apartarle de la Pasión: "¡Retírate de Mí, Satanás; ¡tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres!" (Mt 16, 21).

Más aún. ¡Negó a Cristo tres veces! Y, junto con sus compañeros, fue reprendido por Jesús en diversas ocasiones.

Y en Antioquía fue amonestado públicamente por San Pablo, a causa de su simulación, apartándose de los gentiles por miedo a los judíos: "¡En su misma cara le resistí, porque se había hecho reprensible!" (Gál 2, 11).

Siempre ha habido y habrá en la Iglesia miembros sanos, enfermos y muertos: los santos, los que están en pecado o en la tibieza, y los apóstatas, herejes y cismáticos.

Hay cristianos auténticos y hay cristianos sólo de nombre. A los primeros se refiere Jesús cuando dice, hablando, por ejemplo, de Natanael: "¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!" (Jn 1, 47).

A los segundos vendrían bien aquellas otras palabras, dirigidas a los fariseos: "¡Vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, más por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad!" (Mt 23, 28).

Con razón dice San Pablo que "no todos los descendientes de Israel son israelitas, ni todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham" (Rom 9, 6).

Podríamos añadir: ¡Y no todos los que se dicen "católicos" lo son en realidad! Lo serán en sentido jurídico, pero no espiritual.

¡Cuántas veces ensuciamos y velamos el rostro de la Iglesia, en lugar de revelarlo y hacerlo brillar!

Brillar en la medida en que nos santifiquemos y demos testimonio. Brillar en la medida en que estemos unidos en la Verdad.

Fueron dos gritos desgarradores del Corazón de Jesús: "¡Padre, santifícalos en la Verdad!" (Jn 17, 17). "¡Que todos sean uno!" (Jn 17, 21).

Deberes del cristiano

La conclusión se impone:

* El primer deber del católico es creer en la Iglesia.

San Ignacio es contundente: "Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo creer que es negro si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que, entre Cristo N. S. Esposo, y la Iglesia su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia" (Nº 365).

Es una manera de hablar, que puede parecer a primera vista exagerada, pero que encierra una gran verdad: sólo a la Iglesia le ha concedido Dios la infalibilidad; no a mí, ni a los teólogos, ni a los sabios de este mundo.

¡Cuántas veces se han engañado los hombres en sus juicios personales!

El Espíritu Santo es el "Alma" de la Iglesia, habita en Ella para siempre; es su principio de vida, de unidad y de acción; la ilumina y la guía.

¡Quien resiste a la Iglesia, le resiste a Él!

Para los católicos, la única regla inmediata de fe es la Iglesia jerárquica, con su Autoridad magisterial, cuya Cabeza infalible es el Papa. Sólo la Iglesia es "columna y fundamento de la Verdad" (1 Tim 3, 15).

En realidad, no es a la Iglesia a quien inmediatamente creemos, sino al Dios, que revela. Pero esa Revelación, que llega a su plenitud en Cristo, no podemos conocerla íntegramente y con absoluta certeza, sino por medio de la Iglesia, a quien precisamente el Señor encomendó custodiar e interpretar legítimamente el depósito de la Revelación: la Sagrada Escritura y la Sagrada Tradición.

También se refieren a la fe, en general, las Reglas en que San Ignacio nos enseña a hablar con precisión y discreción sobre temas relacionados con la doctrina católica, en particular los más impugnados por los herejes, o tratados heterodoxa o ambiguamente por autores católicos.

Concretamente se refiere a lo que podríamos llamar la raíz de los errores más característicos de su época: la ruptura del equilibrio entre los cuatro binomios: predestinación y cooperación humana; fe y obras; gracia y amor y temor de Dios.

Es evidente, dicho sea de paso, que estas Reglas se pueden y aún deben actualizar, sin cambiar absolutamente el enfoque y la sustancia. Actualizar, en el sentido de aplicarlas a las circunstancias de hoy.

En la Regla 11 San Ignacio recomienda tanto la doctrina de los Santos Padres, como la de los Doctores escolásticos: "Alabar la doctrina positiva y escolástica" (Nº 363).

Es más propio de los primeros "el mover los afectos para en todo amar y servir a Dios Nuestro Señor".

Y es más propio de los segundos "definir y declarar para nuestros tiempos las cosas necesarias a la salud eterna, y para más impugnar todos los errores y falacias. Porque los Doctores escolásticos, como sean más modernos, no solamente se aprovechan de la verdadera inteligencia de la Sagrada Escritura y de los

positivos y Santos Doctores, más aún siendo ellos iluminados y esclarecidos de la virtud divina, se ayudan de los Concilios, cánones y constituciones de nuestra santa madre Iglesia" (Nº 363).

Tanto la autoridad doctrina y método de los primeros, como la de los segundos, pertenecen al Tesoro de la Iglesia, y, por consiguiente, son igualmente dignos de alabanza.

Menospreciar la Patrología o la Escolástica es señal evidente de mal espíritu, es no sentir con la Iglesia.

Tanto la Teología especulativa como la práctica se necesitan y se armonizan perfectamente, constituyendo un todo completo e indivisible, condición para todo auténtico progreso teológico.

Así como se complementan las diversas escuelas de espiritualidad, o las dos grandes corrientes del pensamiento: la platónico-agustiniana y la aristotélico-tomista. Más mística aquélla; ésta, más racional.

Hay que reconocer, sin embargo, que los enemigos de la Iglesia, tanto de dentro como de fuera, han menospreciado y atacado, sobre todo, la Escolástica, y dentro de la Escolástica, al máximo representante y guía supremo, Santo Tomás de Aquino, unas veces directamente, otras indirectamente, alabando tan sólo la teología positiva, considerando "superada" la Escolástica.

Por eso San Ignacio pone un acento particular en la defensa de los Doctores escolásticos, aplicando una vez más su clásico principio del "agere contra".

La Iglesia condenó en el "Syllabus" la siguiente proposición: "El método y los principios con que los antiguos doctores escolásticos cultivaron la teología, no convienen a las necesidades de nuestros tiempos y al progreso de las ciencias" (n. 13).

Por el contrario, hizo suya la doctrina del Doctor Angélico, declarando que sus principios son de perenne actualidad, y que bajo su magisterio deben hacer sus estudios los candidatos al sacerdocio.

Con esta regla ignaciana queda rechazado el principio del protestantismo, del racionalismo y de todo tipo de modernismo, según el cual la opinión privada, o la propia razón o el propio sentimiento, son la única norma valedera en lo que se refiere a la fe.

* El segundo deber del católico es amar a la Iglesia.

Este amor es una consecuencia de la fe sobrenatural.

San Ignacio, siempre sobrio y cauteloso en el empleo de la palabra "amor", de la cual se abusaba tanto en su época (¡como en la nuestra!), prefirió utilizar otras palabras equivalentes, que se prestasen menos a equívocos e ilusiones.

Para él, la fe y el amor a la Iglesia se demuestran prácticamente, en la alabanza, en el respeto, y en la obediencia.

Son los mismos tres conceptos del Principio y Fundamento, pero aplicados a la Esposa de Cristo.

Así es como prestaremos a la Iglesia el mejor servicio.

* Sentir con la Iglesia es alabar todo lo que pertenece a Ella. Y, por consiguiente, todo lo que sus enemigos vituperan o cuestionan.

La Regla ignaciana dice así: "Alabar finalmente todos los preceptos de la Iglesia, teniendo animo pronto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa" (Nº 361).

* Junto con la alabanza, el respeto. ¡Quién toca a la Iglesia, toca a Dios en las niñas de sus ojos! (cfr. Zac 2,8).

Hay que respetar, tanto las cosas como las personas revestidas de autoridad.

La dificultad surge ante el mal comportamiento de la autoridad.

Para lo cual debemos distinguir entre la investidura y el modo de proceder. Aquélla merece el debido respeto, por ser signo de la Autoridad de Dios.

San Ignacio, en el caso de que los Superiores legítimos no obren debidamente, enseña al ejercitante, por una parte, a defender la autoridad, pero al mismo tiempo a poner remedio, en la medida de lo posible, por medios lícitos y sin atentar contra el orden institucional.

Lo contrario, es decir, hablar públicamente contra los Superiores, sería un remedio peor que la enfermedad.

He aquí sus palabras: "Debemos ser más prontos para abonar y alabar así constituí recomendaciones, como costumbres de nuestros mayores; porque dado que algunas no sean o no fuesen tales, hablar contra ellas, sea predicando en público, sea platicando delante del pueblo sencillo, engendrarían más murmuración y escándalo que provecho; y así se indignaría el pueblo contra sus mayores, sea temporales sea espirituales. De manera que, así como hace daño el hablar mal en ausencia de los mayores a la gente sencilla, así puede hacer provecho hablar de las malas costumbres a las mismas personas que pueden remediarlas" (Nº 362).

Refiriéndose a los malos pastores, dijo Dios a Santa Catalina de Siena: "Contra Mí es también todo daño, escarnios, afrentas, oprobios y vituperios que a ellos les hacen, porque vuelvo y volveré a repetir: no quiero que pongáis vuestras manos en mis ungidos. Yo los he de castigar y no vosotros" ("El Diálogo", c. 8).

* Con la alabanza y el respeto, la virtud de la obediencia. Tenemos que obedecer a la Iglesia, como buenos hijos.

"Aunque lo que mande la Iglesia no convenza a alguien por las razones que se den, sin embargo, tiene obligación de obedecer" (Pío XII).

En este punto San Ignacio es tajante: "Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la verdadera Esposa de Cristo N. S., que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica" (Nº 353).

Esto no significa, por supuesto, hacer de la obediencia un absoluto o la primera entre las virtudes.

San Ignacio sabe muy bien que la obediencia está limitada por la Ley natural, el Dogma y la Moral, y, por consiguiente, tiene un valor relativo. Sabe muy bien que el Superior representa a Dios, pero no es Dios; sabe muy bien que, en caso de conflicto, "conviene obedecer a Dios antes que a los hombres" (Act 4,19).

Pero sabe también que la Iglesia es un misterio de obediencia; que por la desobediencia vino la ruina al género humano (Rom 5, 19); y que Cristo, con su humildad, vino a reparar la soberbia de Adán, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz (Flp 2,8).

"La obediencia, antes de ser reverencia puramente formal y jurídica a las leyes eclesiásticas y sumisión a la autoridad eclesiástica, es penetración

y aceptación del misterio de Cristo, quien por medio de la obediencia nos ha salvado, es continuación e imitación de su actitud fundamental: el Sí a la voluntad del Padre; es comprensión del principio que domina todo el plan de la Encarnación y de la Redención; así la obediencia se convierte en asimilación de Cristo, el Divino Obediente; llega a ser norma fundamental de nuestra pedagogía de formación cristiana, coeficiente indispensable de la unidad interior de la Iglesia; fuente y signo de su paz; llega a ser cooperación efectiva para su misión evangelizadora; llega a ser ejercicio ascético de humildad y espiritual de caridad; se convierte en comunión con Cristo y con quien para nosotros es representante y apóstol de Cristo" (Pablo VI, 5-x- 66).

San Ignacio se distinguió como muy pocos en la práctica y predicación de la obediencia, siendo invocado como el "abanderado" de esta virtud.

¡Sin obediencia plena no se puede hablar de espíritu ignaciano!

Esta es, sin duda, una de las razones de la "impopularidad" de San Ignacio.

¡Cómo le cuesta entender la obediencia al soberbio mundo moderno, que sólo habla y oye hablar de libertad, de independencia y de democracia!

Oigamos la palabra de Cristo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Haced lo que os digan, pero no imitéis sus obras" (Mt 23,2).

La Iglesia no es una democracia. Está fundada sobre Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16, 18).

Y Pedro se prolonga en el Papa, Cabeza visible de la Iglesia y Vicario de Cristo.

Por eso sentir con la Iglesia equivale a sentir con el Papa, pero no en abstracto, sino en concreto, con el Papa que Dios ha dado hoy a su Iglesia, nos guste o no nos guste, por encima de sus cualidades personales, cualquiera que sea su nombre.

La devoción al Santo Padre ha sido siempre un signo distintivo de los verdaderos católicos. Y de un modo particular de España y de la Hispanidad.

"La devoción al Pontificado Romano no es en el alma de la Hispanidad un accidente histórico ni el resultado de una convicción teórica o religiosa.

Es mucho más: es la espontánea manifestación de un modo profundo de estimar la vida en sus fundamentos ontológicos... El catolicismo español lo hemos caracterizado primordialmente por el realismo de la fe y el realismo de la verdad. Los cuales se conjugan y se funden en el realismo de la persona. Este realismo de la persona imprime en el cristiano español, en el caballero cristiano, una especial tendencia a reverenciar, acatar, obedecer, reconocer la autoridad suprema del Soberano Pontífice. Todo católico es papista. Pero el católico hispano lo es especialísimamente" (García Morente, "El Pontificado y la Hispanidad").

No es de extrañar que San Ignacio, como santo y como caballero español, se haya distinguido por la defensa intrépida del Papado, y haya añadido un cuarto voto de obediencia al Sumo Pontífice en las Constituciones de la Compañía.

¡Y no es de extrañar tampoco el odio inveterado y diabólico de los enemigos de la Iglesia contra el Vicario de Cristo! ¡Sabe muy bien Satanás que, atacando a la Cabeza, se destruye más fácilmente el cuerpo!

Según está escrito: "Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño" (Mt 26,31).

Pero Pedro no está solo. EI Señor vela siempre sobre él: "Simón, Simón, Satanás os busca para zarandearos como trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido confirma a tus hermanos" (Lc 22, 31).

Los católicos prestarían mejor servicio a la Iglesia rezando por el Papa que criticándole; obedeciendo, que discutiendo; santificándose, que la mentándose, luchando contra la mala doctrina y las malas costumbres, que propagando las miserias humanas de la Iglesia; reformándose a sí mismos, que metiéndose a "reformadores".

Entiéndase bien el significado de estas Reglas: San Ignacio se refiere aquí, no tanto a las condiciones objetivas exigidas por la obediencia cristiana, sino a las disposiciones subjetivas de los verdaderos católicos; no tanto al aspecto teórico sino al aspecto práctico; no tanto al punto de vista doctrinal sino místico, situándose siempre en la línea de la santidad, de "lo que más" glorifica a Dios.

El santo no se detiene aquí a hacer distinciones entre el orden doctrinal y el disciplinar, entre Magisterio ordinario y extraordinario, infalible y no infalible, entre asentimiento de fe y de sola obediencia, entre lo que sería pecado o no, entre las exigencias de los mandamientos y las de los consejos.

Todo esto se da por sabido y por supuesto.

La inquietud de San Ignacio en los Ejercicios no era tanto enseñar Teología, sino hacer vivir al ejercitante el Misterio de Cristo y de la Iglesia.

¡Fabricar santos, más que teólogos, convencido de que, sin la santidad, de poco o nada sirve la Teología!

Seguramente hoy se haga más difícil el sentir con la Iglesia (al menos para algunos), dada la fuerte crisis por la que está atravesando...

En lugar de crisis de la Iglesia, sería mejor decir crisis en la Iglesia, y aún, no en toda sino en buena parte de sus miembros.

El Papa Pablo VI ha reconocido públicamente que "en el momento en que vivimos, la falta de confianza en la Iglesia se ha apoderado de cierto número de cristianos, y también de sacerdotes y religiosos; desconfianza llega a veces incluso a una cierta agresividad, pero que toma también, y muy a menudo, la forma de desaliento y desilusión".

Y continúa el Papa: "No puede menos de observarse que esta situación produce efectos bastante penosos y, por desgracia, peligrosos para la Iglesia: confusión e intranquilidad en las conciencias, empobrecimiento religioso, defecciones dolorosas en el campo de la vida consagrada y de la fidelidad e indisolubilidad del matrimonio, entibiamiento del ecumenismo, insuficiencia de barreras morales en contra del desbordante hedonismo" (23-VI-72).

Y pocos días después: "¡Se creía que después del Concilio iba a venir un día de sol para la historia de la Iglesia: por el contrario, ha venido un día de nubes, de tempestad, de obscuridad... ¡Se diría que a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el Templo de Dios!"

Cabe preguntarse: ¿Por dónde habrá entrado ese humo de Satanás?

Evidentemente que, a través del Progresismo, llamado con razón: la herejía inmanente.

Este es un hecho tan lamentable como innegable. ¡Sí! ¡Nos duele la Iglesia!

Pero esta amarga realidad no tiene que hacernos dudar de Ella, ni menospreciarla, antes, al contrario, reavivar nuestra fe y nuestro amor para seguir creyéndola y queriéndola con toda el alma.

¡Todos somos Iglesia! ¡Y el que está sin pecado, que arroje contra Ella la primera piedra!

¿Acaso el sol no tiene manchas, y, sin embargo, es reluciente y bello? ¡Las manchas de la Iglesia no impiden que sea la cosa más grande y más hermosa que existe sobre la tierra!

Más aún. La Iglesia es humilde y "conoce los propios límites humanos, las propias limitaciones, la propia necesidad de la misericordia de Dios y del perdón de los hombres. Sí, hay también una Iglesia penitente, que predica y practica la penitencia; que no esconde sus faltas, sino que las deplora; que se confunde voluntariamente con la humanidad pecadora, para sacar del sentido de la miseria común un dolor más hondo del pecado, una invocación más implorante de la piedad divina, y una confianza más humilde de la esperada salvación. Iglesia humilde, no sólo en las filas del pueblo fiel, sino también, y sobre todo, en los grados más altos de la Jerarquía, que, en la conciencia y en el ejercicio de su potestad, generadora y moderadora del pueblo de Dios, sabe que debe emplearla para edificación y servicio de las almas; y esto hasta el primer grado, hasta el de Pedro, aquel que se define a sí mismo: 'siervo de los siervos de Dios', y que siente, más que ningún otro, la desproporción que existe entre la misión recibida de Cristo y la propia flaqueza e indignidad, recordando siempre la exclamación del Apóstol pescador: ¡Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador! (Lc 5,8)" (Pablo VI, 10-VIII-66).

Los defectos de la Iglesia, por grandes que parezcan, no deben hacernos olvidar nunca sus innumerables virtudes, grandezas y hazañas, a través de la historia: la sabiduría de sus doctores, la pureza de sus vírgenes, el heroísmo de sus mártires, la fecundidad de sus fundadores, el celo de sus apóstoles, la austeridad de sus ascetas, las sublimes elevaciones de sus místicos...

¡Toda una constelación de santos brilla en su firmamento, como un cielo tachonado de estrellas!

¿Y qué decir de sus innumerables obras de caridad, de educación, de arte, de cultura? ¿Y la profundidad de su doctrina?

¿Y el equilibrio de sus leyes? ¿Y el esplendor de su liturgia? ¡Y por encima de todo, ¡el Corazón vivo de Jesucristo, Tesoro de valor infinito junto con el Corazón Inmaculado de María!

Hoy, como ayer, y siempre, la Iglesia es Luz de verdad y Fuente de vida.

A la Iglesia no hay que mirarla así, por encima, con ojos meramente humanos.

Por hacerlo así, unos se escandalizan y, naturalmente, la critican, la menosprecian, la odian, la persiguen...

Otros, la respetan y hasta la admiran, pero nada más que por sus obras exteriores o por su poder temporal.

Cortos de vista, no ven más allá de lo que alcanzan a través de los sentidos. ¡Ni unos ni otros la han comprendido!

Porque el secreto de su dignidad está mucho más adentro, y sólo se descubre a la luz de la fe sobrenatural...

* * *

Las tentaciones actuales

La Iglesia ha sido tentada también a través de los siglos, como lo fue Adán y el mismo Cristo.

La tentación que sufre actualmente parece ser la más brutal y peligrosa de su larga historia, porque es un ataque, no desde fuera, sino desde dentro, un ataque a las raíces de su mismo ser.

El Papa nos lo ha advertido (junio de 1972):

* La primera tentación consiste en vaciar la fe de su contenido revelado, transmitido por los Apóstoles y el Magisterio, para confundirla prácticamente con una corriente de opiniones y deseos de este tiempo.

"Algunos piensan que, en una sociedad secularizada, la Iglesia debería abandonar la mayor parte de las formas que la caracterizan, y renunciar incluso a las certezas adquiridas, para ponerse únicamente a la escucha de las necesidades del mundo".

* La segunda tentación consiste en prescindir de la constitución divina de la Iglesia, para reinventar una nueva.

"Una falsa y abusiva interpretación del Concilio, que querría una ruptura con la Tradición, incluso doctrinal, llegando al repudio de la Iglesia preconciliar y a la arbitrariedad de concebir una Iglesia 'nueva', como inventada por propia cuenta desde el interior, por lo que se refiere a la constitución, al dogma, a la moral, al derecho".

El Papa se refiere también a la tentación de la disolución del Magisterio eclesiástico, ya jugando con el equívoco del "pluralismo, entendido como libre interpretación de las enseñanzas o como coexistencia pacífica de concepciones opuestas; o con la subsidiariedad tomada como autonomía; o con la Iglesia local concebida como independiente y libre o autosuficiente; ya prescindiendo de la doctrina establecida por las definiciones pontificias y conciliares".

* La tercera tentación consiste en reducir la misión de la Iglesia a una acción temporal, de carácter político-revolucionario.

"Algunos llegan, además, a experimentar y predicar la fascinación de la violencia, nuevo mito que asoma a la inquieta conciencia moderna; consiste en la apología del hecho consumado, de la "liberación", que no siempre es interpretación de la libertad evangélica que brota de la verdad y de la caridad- un bien, por lo demás, difícil de guardar- sino que frecuente- mente es eufemismo que encubre métodos subversivos".

En suma: ¡una Iglesia humanista, democrática y revolucionaria! ¡Tentación sutil, con pretexto del Concilio!

Pero la Iglesia está asistida diariamente por el Espíritu Santo, y, como siempre, saldrá vencedora de todas las tentaciones.

¡La Iglesia está viva! ¡La Iglesia es eternamente joven! ¡La Iglesia es invencible, porque es la Reina de las naciones!

Esas tentaciones no son más que mordeduras de la serpiente... ¡Pero Ella, al final, le aplastará la cabeza!

¡Seamos apasionados por Roma!¡Oh Roma feliz, divina, única!¡Faro de Luz que brilla entre las tinieblas!

¡Baluarte indestructible, contra el cual se estrellará siempre toda la furia del infierno! ¡Iris de paz y Lábaro de salvación para este convulsionado mundo, que se debate entre el escepticismo y la desesperación!

(1978)

28 Reglas para sentir con el Papa

1 - **PRINCIPIOS**: Distinguir

2 - **De facto** (de hecho)

1 - De jure: El Papa, cuando habla ex-cátedra, es infalible (en materia de fe y costumbres).

El Papa, cuando no habla ex-cátedra, puede equivocarse, sea en materia doctrinal (no es infalible), como en la práctica (no está confirmado en gracia).

Pero también es de fe que el Papa tiene la asistencia diaria del Espíritu Santo. Posee también "la ciencia de las aplicaciones y oportunidades". "Estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Aunque el Papa no hable ex-cátedra, en cuanto al magisterio ordinario merece y exige obediencia interna y externa.

Esta asistencia del Espíritu Santo es una "gracia de estado".

Por eso no es tan fácil que se equivoque (aparte de que, naturalmente hablando, el Papa tiene la ventaja de la "situación" para juzgar de los acontecimientos, además de su talento natural).

2- **De facto**: Antes de enjuiciar una actitud del Papa:

SABER QUE:

1) Hay un misterio de iniquidad (de fe): "Que nadie en modo alguno os engañe porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición... Porque el misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que le retiene sea apartado" (2 Tes 2). En el templo de Jerusalén hubo profanaciones: "la abominación de la desolación" (templo, símbolo del mundo).

2) La Historia de la Iglesia confirma este misterio de iniquidad (pastores indignos, etc.…).

3) Por otra parte, Cristo está con su Iglesia hasta el fin del mundo. "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella..."

4) Hay que distinguir entre autoridad y santidad:

— Una cosa es la autoridad del Papa como Vicario de Cristo, que debe ser respetada y obedecida siempre.

— Otra cosa es la santidad.

El Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia su plenitud por un doble carisma: el de la autoridad (jerarquía) y el de la santidad (Santos). A veces se sirvió de los Santos para rectificar el camino deis jerarquía (v.gr.: actitud de Santa Catalina de Siena con relación al Papa de Aviñón).

Antes de juzgar a la jerarquía, estudiar el "contexto" de su actitud.

II- **ACTITUD DE SAN IGNACIO** (que debe ser la nuestra):

1 - En las Reglas para sentir con la Iglesia, no se trata tanto de una a actitud de sola moral, de una cuestión de licitud o ilicitud, de pecado o no, como de una regla de perfección ("lo que más").

2- San Ignacio no se coloca bajo el punto de vista teológico sino bajo el punto de vista místico. Quiere engendrar en el alma un "instinto" sobrenatural de adhesión al Papa, una actitud de rechazo sobrenatural inmediato a todo que va contra el Papa. Quiere tanto amor a la Iglesia y al Papa que el alma, sin reflexionar, los defienda siempre "a priori". Esto no se puede comprender sino la luz de la fe. Se necesita humildad y amor para realizarlo. No es "infantilismo". Este "fanatismo" es sabiduría y esta "niñez" es adultez... Esta tendencia a creer ciegamente lo que dice el Papa entra en el terreno del "tercer grado de humildad' (Ejercicios Nº 167). Es la psicología del enamoramiento.

3 - San Ignacio se coloca no en la "casuística" sino en el terreno de los principios. Seamos siempre consecuentes con ellos. Es cuestión de "definirse" de una vez para siempre, en esta materia.

Supongamos (¡hay que demostrarlo!) que sea moralmente cierto que el Papa haya obrado mal o menos bien.

a) Nuestra actitud debe ser de nunca señalar la falta en público (Nº 362, regla 10), porque se seguiría un escándalo y por una falta aparente o real, se puede engendrar en la gente sencilla una desconfianza hacia el Papa. Partiendo de esta desconfianza, se entra en un juego dialéctico, se duda, se pierde la paz, etc.

En este sentido hay que entender la frase de San Pío X: "Prefiero equivocarme con el Papa que tener razón sin él". "La prudencia está en el que manda, no en el que obedece" (San Ignacio).

b) Debemos hacer todos nuestros esfuerzos de inteligencia y voluntad para adherirnos a lo que el Papa dice o hace. Y sino encontramos razones para defenderlo, debemos al menos, suspender el juicio y decir: "El Papa sabrá lo que hace y por qué lo hace". Automáticamente me coloco en su favor y pienso que el Papa puede tal vez "condescender" para evitar un mal mayor o alcanzar un bien mayor.

En la Iglesia también hay una política de tolerancia. La Iglesia es Madre (cfr. parábola del trigo y la cizaña).

"Una herida se cura fácilmente, pero cuando suda sangre todo el cuerpo, ¿Cómo se cura?".

No negamos que el Papa se pueda equivocar, pero no es esa la cuestión. Supongamos que se equivoque en algún caso concreto; debemos buscar razones para su defensa y no para su ofensa.

El hecho de que a veces el Papa se calle, no es señal de que admita el error o la falta. Y los que se creen con derecho a criticarlo o corregirlo, que demuestren primero con un "signo" que tiene un carisma para hacerlo. ¡Siempre la obediencia! El Papa, ¿"puede" tener razón? ¡Pues he de pensar que la tiene! ¡Me fío más de él que de los que le critican! ¿Qué elementos de juicio tienen para criticarlo?...

Muchos están más preocupados de combatir el error que del amor a la Iglesia y al Papa. Hacen el juego al enemigo, sin quererlo. Hay que sentir contra el error como siente la Iglesia.

No olvidar tampoco la deformación (por ignorancia o malicia) de los medios de comunicación social. No juzgar al Papa por lo que dice el diario ola televisión.

Un caso concreto: Los que se aferran exageradamente a la Tradición. Preguntarles: ¿Dónde termina la Tradición? Si contestan que en Pío XII, están entonces fuera de la Iglesia. Si dicen que continúa... ¿por qué no admiten, y. gr., la reforma litúrgica? Confunden Tradición con costumbre; progreso con progresismo.

El verdadero progreso no es más que la Tradición que se desarrolla homogéneamente.

Esta adhesión total al Papa es herencia de San Ignacio, y es nuestra fuerza, la que nos da autoridad frente al mundo. La menor "grieta" en la obediencia total, incondicional, filial, al Papa, terminaría en un lamentable derrumbamiento.

(1970)

29 Fidelidad al Magisterio

El Magisterio eclesiástico es hoy "el punto más atacado" (Pablo VI, 15-III-70).

El Papa lo afirma y la experiencia lo confirma...

"Hoy día una gran tentación de la cultura religiosa, incluso católica, consiste en no conceder la debida estima al Magisterio de la Iglesia, y en negar valor dogmático a la doctrina teológica que lo define".

¿Por qué este rechazo del Magisterio?

Por un orgullo mal disimulado. Que a veces se "disfraza" con el nombre de "conciencia".

La conciencia no es la "última" norma, ni del conocimiento de la realidad de las cosas ni de la moralidad de las acciones. La conciencia del creyente recibe de la autoridad del Magisterio eclesiástico, como un don inestimable, una seguridad inefable. "La ciencia hincha", dice San Pablo (I Cor 8,I).

¡Hay ya demasiados "sabios" y demasiados "profetas"!...

Por el temor (infundado) de que el Magisterio constituya un impedimento al progreso de la teología y de la ciencia (como si pudiera haber real oposición entre el carisma de la Autoridad magisterial y los carismas de orden personal). Hay un cansancio de la verdad tradicional y una fiebre de novedad. El Magisterio, "oscurantista y anquilosado" —dicen— es un freno y un estorbo para el cambio y la evolución...

Por un empirismo desconcertante, de quienes, entre las muchas verdades contenidas en nuestro Credo, se arrogan el derecho de rechazar las que no "agradan" (porque chocarían con la mentalidad moderna), y mantienen las que consideran más "aceptables"...

Callando, suavizando o alterando cienos "dogmas difíciles" se va en busca del número y de un "éxito" más fácil...

He aquí ciertas actitudes, tan frecuentes como peligrosas y equivocadas:

Y empecemos por decir (nos referimos, naturalmente, a los católicos) que no pocos laicos (y más de un sacerdote) parecen ignorar o haber olvidado la Enseñanza oficial de la Iglesia. No suelen leer (y menos meditar) los Documentos emanados del Magisterio ni la palabra siempre luminosa, actual y autorizada del Vicario de Cristo, sobre todo en medio del confusionismo reinante. El Papa es hoy para muchos "la voz que dama en el desierto"...

Digamos (entre paréntesis) que la más auténtica y sabrosa interpretación de la doctrina conciliar se encuentra en la catequesis semanal de Pablo VI, que todos deberíamos estudiar con entusiasmo y seriedad.

Se va repitiendo con toda tranquilidad, a modo de estribillo, que "nadie, ni La Iglesia, tiene la Verdad"... Como si la verdad se estuviera "haciendo" (y por consiguiente cambiando) continuamente; o como si la Iglesia de Cristo fuese el resultado (o la suma) de todas las demás Confesiones, en virtud de un pluralismo heterodoxo o de un eclecticismo mal entendido.

La Verdad "existe" por sí misma. No negamos (antes, al contrario) su profundización y dinamismo. Pero se ha de reafirmar con fuerza su inmutabilidad y trascendencia. "La verdad y su total expresión filosófica no pueden ir cambiando con el tiempo, en especial cuando se trata de los principios que la mente humana

conoce por sí mismos, o de aquellas doctrinas que se apoyan, tanto en la sabiduría de los siglos, como en el consenso y fundamento de la Divina Revelación" (Pío XII, "Humani Generis").

Y, en segundo lugar, aunque fuera de la estructura de la Iglesia Católica se encuentran elementos de Verdad (nótese: como bienes propios de la Iglesia de Cristo), la Verdad divina ha sido confiada a la Iglesia (católica, la única verdadera), llamada, a justo título por San Pablo: "Columna y Fundamento de la Verdad", para conservarla y anunciarla a todas las naciones.

Hay quienes corren tras la última "novedad", y dan más crédito a cualesquiera teólogos o escritores de moda, que al Magisterio Supremo. ¡Cuánto puede también la moda en el campo del pensamiento! Teólogos que se arrogan la libertad de enunciar opiniones propias, atribuyéndoles aquella autoridad que no quieren reconocer a la Iglesia Docente; o que enseñan como dogmático y definido lo que tal vez no pasa de ser opinable y discutido. Es el "racionalismo teológico", desgraciadamente tan difundido.

"No es a los sabios a quienes Dios ha confiado la misión de interpretar auténticamente la fe de la Iglesia. Esta fe descansa en la vida de un pueblo, cuyos responsables ante Dios son los Obispos" (Pablo VI, 8-XII-7 1).

Para otros (y no son pocos) lo que no ha dicho "explícitamente" el Vaticano II, parece no tener ya valor, o se puede criticar o poner en duda...

Veinte siglos de Magisterio... ¡para nada! ¡No tienen importancia! Más aún. Hemos llegado al punto de tener "complejo" (léase: miedo o vergüenza) de citar Concilios o documentos de otras épocas, o a Papas anteriores al actual (!)...

Se apela al Vaticano II, a la vez que se olvida la profunda coherencia de su enseñanza con el Magisterio precedente.

No se tiene en cuenta la "analogía de la fe", es decir, la armonía de una doctrina con las demás doctrinas reveladas y enseñadas por la Iglesia.

"Se intenta introducir en el Pueblo de Dios una mentalidad que llaman 'postconciliar', que del Concilio deja a un lado la firme coherencia de sus amplios y magníficos desarrollos doctrinales y legislativos, con el tesoro de ideas y de normas prácticas de la Iglesia, para despojarlo de su espíritu de fidelidad tradicional y para difundir la ilusión de dar al cristianismo una nueva interpretación, temeraria y estéril" (Pablo VI).

La misma falta de sensatez y coherencia demuestran quienes, por el contrario, se "aferran" a Concilios o a Papas más antiguos, silenciando "tendenciosamente" a los demás u oponiendo unos a otros con una dialéctica destructiva. Es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con aquellos que han pretendido "enfrentar" a Pío XII y a Juan XXIII, por culpa de un tradicionalismo mal entendido y de un "embotamiento" de la mente para interpretar los "signos (positivos) de los tiempos".

* En fin, otro peligroso error, que va cundiendo entre los católicos, consiste en no someterse al Magisterio o al Papa más que en aquello que es estrictamente objeto de infalibilidad; y así se creen autorizados a "contestar" todo lo demás...

"El Papa —dicen— en 'esto' no es infalible... ¡luego puedo opinar lo contrario!"...

¡Falaz y sutil tentación!

Estos están siempre "midiendo" y "calculando": si el Papa habla "ex cathedra", si puede equivocarse, si no es pecado pensar de otro modo...

¡Los que "sienten" plenamente con la Iglesia, aceptan como instintivamente su enseñanza y no andan con tantas "distinciones"!...

Algo parecido ocurre respecto del Vaticano II. Hay quienes intentan "escapar" de sus enseñanzas con el argumento (pretexto) de que "es un Concilio Pastoral"...

A los cuales respondemos:

En primer lugar, que no todo es meramente "Pastoral": las Constituciones sobre la Iglesia y sobre la Divina Revelación son eminentemente "doctrinales". El hecho de que el Concilio no "defina" una verdad, no significa que no sea infalible. Y el hecho de que no condene "explícitamente" errores, no quiere decir que no sea "doctrinal".

En segundo lugar, el Magisterio de la Iglesia, en sus decretos "pastorales" merece y exige también un asentimiento interno, sobre todo tratándose de un Concilio Ecuménico, por ser Doctrina oficial.

Si se dice (y es cierto) que el Vaticano II es un Concilio (más bien) "pastoral", no significa de ningún modo que sea un Concilio "de segunda clase", como parecen creer o insinuar algunos.

Para esclarecer conceptos, conviene recordar y puntualizar la doctrina de la Iglesia sobre el poder magisterial:

Cristo dio a los Apóstoles y a sus sucesores (Iglesia Jerárquica) el poder y el mandato de enseñar a todos los hombres el camino de la salvación, mediante un Magisterio vivo, tradicional e infalible en materia de fe y costumbres; y' correlativamente, impuso a los hombres la obligación de aceptar esa Doctrina como condición para salvarse. "Id y enseñad a todas las naciones" (Mt 28, 19).

Los hijos de la Iglesia deben su asentimiento de fe (virtud teologal) a todas las verdades reveladas por Dios, contenidas ya formal, ya virtualmente en el Depósito de la Revelación (Sagrada Escritura y Tradición) y propuestas por el Magisterio infalible de la Iglesia, sea extraordinario, sea meramente ordinario. "El que no creyere se condenará" (Mc 16, 16).

Las decisiones de la Santa Sede, ya dogmáticas, ya disciplinares, no infalibles, pero con carácter universal, exigen de nuestra parte un asentimiento "religioso" (fundado no en la virtud de la fe, sino de la obediencia), "interno" (que implica la sumisión del entendimiento y de la voluntad), "firme" (porque la Iglesia goza de la asistencia diaria del Espíritu Santo) y "condicionado" (es decir, al menos mientras la Iglesia no diga otra cosa). "El que a vosotros escucha a Mí me escucha" (Lc 10, 16).

"Este obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento, de modo particular ha de ser prestado al magisterio auténtico del Romano Pontífice, aun cuando no hable ex cathedra, de tal manera que se reconozca con reverencia su magisterio supremo y con sinceridad se preste adhesión al parecer expresado por él, según su manifiesta mente y voluntad" (L. G., Nº 25).

Nótese bien. Esta sumisión interna no se restringe a las cosas "estrictamente religiosas" (v.gr., predicación, liturgia, sacramentos, etc.). El poder de la Iglesia se extiende también a todo lo que sea necesario para custodiar, explicar y definir las verdades contenidas en el depósito de la fe (necesaria para salvarse), sea en el orden de la inteligencia (verdades filosóficas) sea de la voluntad (moral o ética).

Todo lo referente a la Ley Natural (su enunciación, interpretación y aplicación) pertenece, bajo su aspecto moral, a la jurisdicción de la Iglesia; ya que la observancia de la Ley Natural, por disposición de Dios, está en relación con el camino de la salvación.

Aplíquese lo dicho también a los hechos históricos, a las cuestiones de índole política o social, y, en general a todo el orden temporal, en cuanto relacionado con el último fin sobrenatural.

Este asentimiento interno es lo que San Pablo llama "obsequio de la razón" (Rom 12, 1.). Y San Ignacio, "sentir con la Iglesia".

Supone mucho espíritu sobrenatural, mucha humildad y mucho amor.

"En verdad os digo, si no os hiciereis como nulos, no entraréis en el Reino de los cielos" (Mt 18,3). Esta es para Cristo la verdadera "adultez".

"El mismo y único Espíritu que asiste a los soberanos Pontífices en su misión docente, es el que habita en nuestros corazones. Y este divino Espíritu no puede contradecirse. Si impulsa a los Papas a hablar, no puede dejar de mover a los fieles a escuchar dócilmente. La doctrina salida de los labios de los Supremos Jerarcas de la Iglesia, aun cuando no hablen 'ex cathedra' es acogida por los verdaderos cristianos con aquella suavidad que menciona el Concilio Arausicano II refiriéndose a la aceptación de la predicación evangélica, aceptación inspirada por el Espíritu Santo, 'que da a todos, suavidad en el consentir y creer a la verdad'" (P. Terradas CPCR, "Una Epopeya Misionera").

De ahí que no carecen de culpa, más o menos grave, quienes se oponen, interior o exteriormente, al Magisterio.

Más aún. No es suficiente un "silencio obsequioso" (vale decir, contentarse con "suspender el juicio", sin oponerse). San Ignacio nos enseña a "alabar todos los preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo pronto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa" (Ejercicios N~ 361).

Aquí está el mérito de la obediencia.

El Magisterio de la Iglesia no es "científico", sino de "autoridad". Y de autoridad divina.

"Aunque lo que mande la Iglesia no convenza a alguien por las razones que se den, sin embargo, tiene obligación de obedecer" (Pío XII).

Pero, ¿a quién se le ocurre hablar hoy de autoridad, en un mundo imbuido de subjetivismo y racionalismo? ¡Qué les importa a muchos que el Papa haya dicho esto o aquello!

Y sin embargo oigamos la terrible respuesta del Apóstol: "El que resiste a la autoridad, se opone al orden establecido por Dios, atrayendo sobre sí la condenación" (Rom 13, 2).

Para terminar ¿Cuáles son las consecuencias dcl olvido o rechazo del Magisterio?

Un debilitamiento de la fe y un alejamiento de la verdad, un complejo de duda y un confusionismo doctrinal, arrastrando consigo a los demás, y con la consiguiente repercusión en la moral, así como en la acción catequética y pastoral.

Cuando no se vive como se piensa, se termina pensando cómo se vive. Se va cayendo insensiblemente en el "libre examen" de la pseudo-reforma protestante, que, excluyendo precisamente el Magisterio de la Iglesia, pone al hombre en contacto directo y exclusivo con la "sola Escritura". "Pero la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el Plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros" ("Dei Verbum", Nº 10).

Hasta tal punto que San Agustín llega a exclamar: "Yo no creería en el Evangelio si no me moviese a ello la autoridad de la Iglesia". Hoy, como ayer, y como mañana, nuestro lema inconmovible, será FIDELIDAD: Obediencia y Paz.

Alentados por el Santo Padre, que nos exhorta "Hermanos, seamos fieles y tengamos confianza en que, en la medida misma de nuestra fidelidad al dogma católico, ni la aridez de nuestra enseñanza ni la sordera de la presente generación harán ineficaz nuestra palabra, sino que su fecundidad, su vivacidad, su capacidad de penetración encontrarán su innata y prodigiosa virtud". (1971)

30 Cómo leer los documentos pontificios

Para sentir plenamente con la Iglesia, es del todo punto necesario una perfecta asimilación de toda su doctrina, contenida en su magisterio vivo, sea oral sea escrito.

Mas no pocas veces sucede que un mismo texto se interpreta de mil maneras distintas, incluso contrarias, más aún, contradictorias.

¿Habrá que imputarlo a mala voluntad? A veces, hemos de confesarlo, sí. ¡Cuántas herejías nacieron de textos escriturísticos mafiosamente deformados e interpretados!

Pero otras veces no será precisamente mala intención, sino sencillamente mala inteligencia, falta de buen sentido. ¡Cuántos confusionismos y disgustos se ahorrarían muchos, si supiesen leer los documentos de la Iglesia!

El que sabe leer, no se dejará impresionar tan fácilmente por falsos profetas...

Es necesario, pues, para una recta inteligencia de los documentos pontificios, tener en cuenta ciertas reglas de interpretación que exponemos brevemente a continuación:

1) En primer lugar, se han de examinar atentamente las **disposiciones subjetivas** del que lee:

a. Eliminar todo prejuicio: ir a los textos:

No a buscar lo que yo quisiera que dijesen (la confirmación de mi punto de vista personal), sino lo que la Iglesia dice o quiere decir.

No a la búsqueda de defectos (lagunas, imprecisiones, equívocos) con un espíritu crítico-purista, sino al encuentro de la verdad, llana y sencillamente.

No con miedos, recelos, desconfianza, sino con plena adhesión, seguridad y filial confianza.

b. con espíritu sobrenatural: leer con los ojos de la fe, no con ojos demasiado humanos.

Como quien cree en la divinidad de la Iglesia, según aquella regla de San Ignacio: "Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárchica así lo determina, creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los Diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra Santa Madre Iglesia" (Nº 365, 13' Regla para sentir con la Iglesia).

Como quien cree en la gracia de estado que asiste al Papaya "aquellos que han sido puestos para gobernar la Iglesia de Dios" (Act 20,28).

Más aún, incluso desde el punto de vista meramente humano, el buen sentido nos dice que los Jerarcas de la Iglesia son más competentes en la materia que nosotros, "ven" desde mucho más alto, están rodeados de consejeros más calificados, tienen —como suele decirse— la ventaja de su situación.

Juzgarlos con ligereza es, no solamente irreverente, más aún imprudente, poco humilde y hasta ridículo.

c. Con disponibilidad de ánimo.

En lenguaje ignaciano: "afectarse", es decir:

"Tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia hierárchica" (N~ 353, 1' Regla para sentir con la Iglesia), "teniendo ánimo pronto para buscar razones en su defensa en ninguna manera en su ofensa" (N~ 361, 9' Regla).

En una palabra: Obediencia de corazón.

Sí, hemos de leer y estudiar los documentos de nuestra Madre la Iglesia con el corazón al mismo tiempo que con la cabeza, con cariño, con emoción, con veneración, pendientes de sus labios...

"Como están atentos los ojos del siervo a las manos de su Señor, como están atentos los ojos de la esclava a la mano de su señora, así se alzan 123).

2) En cuanto a la **objetividad del texto**.

Notas previas, Conviene distinguir bien entre:

—"sentido" y "significado" de una palabra o de un texto. Entendemos por "sentido" aquel determinado concepto de la mente que el autor (sea de palabra, sea por escrito), intenta expresar.

—"significado" es la idea inherente a la palabra objetivamente, es decir, independientemente de la intención del autor.

Lo cual quiere decir que en una misma palabra o texto caben varios significados. Pero de entre ellos el autor escoge uno para expresar aquel determinado concepto de su mente, el único sentido que él le quiere dar.

Cuando leemos, pues, hemos de descubrir, no lo que tal expresión pudiera significar, sino lo que el autor quiere decir con ella.

Tampoco se puede "jugar" con las palabras, con pretexto de que puedan dárseles varias significaciones distintas, aun opuestas. Hay que entender las palabras tal como suenan; más aún, hay palabras que están ya "acuñadas", dentro del magisterio de la Iglesia, con un sentido ya definido y consagrado, sin que sea permitido darles otro distinto.

Así nos lo advierte S.S. Pablo VI en un párrafo importantísimo de la encíclica "Mysterium fidei". Dice así el Papa:

"La norma, pues, de hablar, que la Iglesia con un prolongado trabajo de siglos, no sin ayuda del Espíritu Santo, ha establecido, confirmándola con la autoridad de los Concilios, y que con frecuencia se ha convertido en contraseña y bandera de la fe ortodoxa, debe ser escrupulosamente observada y nadie, por su propio arbitrio, o con pretexto de nueva ciencia, presuma cambiarla".

Supuesta esta doble advertencia, vayamos al texto en cuestión, teniendo muy en cuenta, para entenderlo en su genuino sentido, las normas que siguen:

a) Genuinidad del texto.

¿Tengo a la vista el texto original, o al menos, una copia fidedigna? Si se trata de una traducción, ¿está bien hecha?, ¿es completa?

¡Cuántos quebraderos de cabeza y de corazón nos dan a veces ciertas traducciones! ¡Cómo respira uno al consultar el texto original! ¡Le hacen decir al pobre Papa unas cosas!...

Si se trata de un comentario, ¿es equilibrado, impersonal, transparente?...

¡Alerta contra cienos artículos de prensa, contra ciertas revistas tendenciosas!

b) Integridad.

Si no siempre material (está claro que no será necesario muchas veces transcribir todo el texto), pero sí integridad formal, es decir, capaz de expresar una idea completa. A veces se publican "extractos" de documentos pontificios, dejando (sea por olvido, sea inconsiderada o intencionalmente) otros párrafos. Se rompen así no sólo la armonía o unidad del texto, sino el pensamiento mismo del autor, que nos llega más o menos desequilibrado, adulterado, profanado.

La omisión, v. gr., o adición de un simple adjetivo, adverbio, o partícula, es suficiente para echar a perder una traducción.

c) Contexto.

Es decir, la mutua relación de los diversos elementos de un discurso, bien sean cercanos (contexto próximo), ya lejanos (contexto remoto).

Difícilmente el pensamiento del autor se agotará en un pasaje breve.

En la duda, vayamos al contexto. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de equivocamos, oponiendo ideas en lugar de armonizarlas y completarlas.

d) Textos paralelos.

Son de suma utilidad para ilustrar textos oscuros. Unos textos ayudan a comprender a otros. En este sentido se ha podido decir —y con razón— que "el mejor comentario a la Sagrada Escritura es la Sagrada Escritura".

e) Circunstancias de composición.

Quién es el autor, tiempo y ambiente de la época en que vivió y escribió, ocasión que le indujo a escribir, fin que se propuso, aspecto que intentó subrayar.

Quiénes son los destinatarios, en qué lugar y ambiente viven, cuáles son sus necesidades, etc.

(No es lo mismo un discurso del Papa dirigido, v. gr., a los sacerdotes o religiosos, que a la ONU. o al mundo entero en general).

f) Analogía de la fe.

O sea, la mutua armonía de las verdades reveladas interpretadas según el sentir y la Tradición de la Iglesia. La Iglesia tiene su doctrina coherente y multisecular, su lenguaje y su "estilo", su "psicología" propia. En una palabra: su magisterio vivo. Es a la luz de este magisterio como se han de leer y entender sus palabras.

Sírvanos de ejemplo el pernicioso error de aquellos que han pretendido oponer la doctrina de Juan XXIII a la de Pío XII.

Bienaventurados los hijos fieles que oyen la palabra de la Iglesia y la ponen en práctica.

(1965)

31 Decimos ¡no! a la Democratización de la Iglesia

Escribo estas líneas —no puedo ocultarlo—, con el corazón dolorido, por la osadía, la "habilidad" y la insolencia con que, de un tiempo a esta parte, se está atacando abierta o solapadamente —¡y desde dentro! — el fundamento mismo de la Iglesia: la autoridad del Romano Pontífice.

El diálogo se ha convertido en amenaza, y la discusión teológica en crítica malhumorada. Sí, la roca de Pedro está sufriendo rudos golpes... pero "las puertas del Infierno no prevalecerán contra Ella" (Mt 16,18. Es "bochornoso" este momento por el que atraviesa la vida de la Iglesia.

No debemos extrañarnos demasiado... La Iglesia, prolongación viviente de Cristo, ha seguido siempre — no podía ser de otra manera— el mismo camino que su Divino Fundador: "Si me persiguieron a Mí, también os perseguirán a vosotros", dijo Jesús a sus Apóstoles (Jn 15,20)

Ya en su primera encíclica, Pablo VI hablaba de "las olas que envuelven y sacuden a la propia Iglesia". Y añadía: "El espíritu de los hombres que a Ella se confían, está fuertemente influenciado por el clima del mundo temporal; de tal manera que un peligro, como de vértigo, de aturdimiento, de extravío, puede sacudir su misma solidez, e inducir a muchos a aceptar los más extraños pensamientos, como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y adoptar novísimas e impensadas formas de vida" ("Ecclesia suam").

¿Cuál es esa "solidez" que se siente amenazada?... Es su misma AUTORIDAD).

Y ¿cuáles esos "extraños pensamientos"?... Pienso, entre otros, que ese loco afán de una "democratización" mal entendida, es decir, extraña al Magisterio de la Iglesia y no coherente con la Tradición. Sí. Está en juego la autoridad del Papa.

El orgullo liberal se ha quitado la máscara y ha desafiado al Vicario de Cristo en la tierra.

El "enojo" protestante contra el Primado de Pedro ha contagiado a no pocos católicos, laicos... y hasta Pastores.

Ya en el Concilio, el Papa creyó necesario incluir en la Constitución sobre la Iglesia una "nota explicativa previa", para no poner en peligro la plenitud de la potestad del Romano Pontífice, y hacer frente a los aires de falsa democratización que soplaban de todas partes.

Las encíclicas sobre el celibato sacerdotal y sobre la regulación de la natalidad —por no citar otros ejemplos— han sido verdaderas "piedras de escándalo" y han dado ocasión para que se revelen los pensamientos de muchos corazones (cfr. Lc 2,35). Pero lo más grave fue la reacción de crítica y desobediencia contra la autoridad del Sucesor de. Pedro.

Otro caso. El "catecismo holandés" (que, dicho sea de paso, denunciamos por su mala doctrina, ambigua y tendenciosa, que siembra la confusión y deforma las conciencias, no obstante presentar algunas cualidades singulares), el catecismo holandés —decimos— no puede disimular su poca devoción y entusiasmo por la persona del Papa y su empeño por rebajar en lo posible su autoridad y primacía universal.

Recientemente, voces descompuestas han herido los oídos del Santo Padre, el cual ha dado al mundo y a sus mismos "contestadores" un ejemplo maravilloso de humildad, paciencia y caridad.

Parece como si hoy se quisiera lanzar al Papa en su misma cara aquella pregunta que hicieran a Cristo en otros tiempos los escribas y malos sacerdotes: "Dinos: ¿Con qué derecho haces estas cosas, o quién te ha dado esta autoridad?" (Lc 20,2). Y respondemos: con el derecho y la autoridad conferidos directamente por el mismo Cristo a Pedro y a sus sucesores. Con palabras de nuevo cuño diríamos a los promotores de esta "teología nueva":

¡con autoridad "vertical", no "horizontal"!

Es, pues, la hora de puntualizar y precisar conceptos:

Hoy día, dada la explosión demográfica, la complejidad de los problemas y la mentalidad moderna, es conveniente e inspirada por Dios una cierta y mayor descentralización en el gobierno de la Iglesia, junto con una también mayor corresponsabilidad por parte de sus miembros, sean Pastores o no. Pero siempre, con tal de que quede a salvo la suprema autoridad del Papa y la virtud de la obediencia.

"El Romano Pontífice tiene sobre la Iglesia, en virtud de su cargo, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente" (L.G., 22). Puede ejercerla por sí solo o con todo el colegio de los obispos, del cual es Cabeza.

"En cambio, el Cuerpo episcopal, que sucede al Colegio de los Apóstoles en el magisterio y en el régimen pastoral, más aún, en el que perdura continuamente el Cuerpo apostólico, junto con su Cabeza, el Romano Pontífice, y nunca sin esta Cabeza, es también sujeto de la suprema y plena potestad sobre la Iglesia universal, si bien no puede ejercer dicha potestad sin el consentimiento del Romano Pontífice" (L.G., 22).

Las Conferencias episcopales son muy útiles, es verdad, pero no son el Colegio de los obispos, ni las acciones de las Conferencias son acciones colegiales. Carecen, por tanto, de aquella suprema y plena potestad de magisterio y de régimen, que el Vaticano II reconoce al Colegio.

Aunque es indudable que el magisterio y las decisiones pastorales de las Conferencias gozan de gran audiencia en sus respectivos países, el Papa no está obligado a consultar con ellas cada vez que haya de ejercer su potestad primacial. Otra cosa es que, por razones psicológicas y sociales, el Papa lo haga para el mejor gobierno de la Iglesia.

Son las Conferencias las que deben obrar en conformidad con el magisterio pontificio y no al revés.

La Iglesia, por su origen divino y por voluntad de su Fundador, tiene una forma de gobierno peculiar, irreductible a fórmulas, viejas o nuevas, de la política o de la sociología meramente humanas, sino que las trasciende.

Es también la hora de demostrar nuestra filial sumisión y fidelidad al Supremo Pastor, uniéndonos todos en torno suyo, "buscando razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa" (como nos dice San Ignacio en los Ejercicios Nº 361).

Hoy se repite, una y otra vez (y es verdad), que debemos ver a Cristo en los hermanos, en todos los hombres.

Pues bien: con muchísima mayor razón deberíamos ver a Cristo en su Vicario, asistido por el Espíritu Santo y adornado con el privilegio de la infalibilidad.

Y aún bajo el punto de vista meramente humano, y con relación al magisterio y gobierno ordinario, yo pregunto: ¿Quién tendrá la pretensión, sin caer en la ridiculez, de estar mejor al corriente de los grandes problemas del mundo y de la Iglesia que el Santo Padre?

¿Quién, pregunto, se creerá más inteligente, mejor informado, mejor "situado"...?

¿Quién, en fin, cuenta con su "gracia de estado"?

¿Qué haría yo si me encontrase en su lugar?

¡Por favor! ¡Un poquito de seriedad... y de humildad!

Criticar al Papa es tan expuesto como intolerable. Esta mala costumbre, que va cundiendo entre los católicos, es un engallo encubierto del demonio y una señal de decadencia espiritual. Denota falta de inteligencia, más aún de caridad. Las llaves de Pedro son muy "pesadas"... ¡Tengamos comprensión... y compasión!

Un buen hijo sabe excusar porque sabe amar... y aun en el caso de que alguna cosa menos acertada descubriera en su padre, procurará, no criticar, sino, como los buenos hijos de Noé con el santo Patriarca (Gén 9, 21), con todo cariño y respeto, callar y ocultar (cfr. Nº 362).

No confundamos personalidad con orgullo, libertad con desobediencia.

No seamos seducidos por la tentación de una mal entendida "mayoría de edad".

Es la hora de orar mucho por nuestro Padre común: "Que el Señor le conserve y le dé vida y le haga dichoso en la tierra, y no le entregue en manos de sus enemigos" (Ritual Romano).

Es la hora de la reacción... Es la hora de decir "SI" a la descentralización, pero "NO" a la democratización.

Es la hora de decir un ¡SI! rotundo a la autoridad del Papa, y un ¡NO! tajante a los "grupos de presión"...

(1969)

32 Diálogo?

ENTENDEMOS POR DIALOGO:

* Una relación de personas, en la verdad y en la caridad, en función del mutuo enriquecimiento y del bien común. Verdadero "arte", tan hermoso como difícil: hermoso, porque es un reflejo del Diálogo Inefable de las Tres Divinas Personas entre sí, y de Dios con el hombre, ininterrumpidamente, en el curso de la Historia; y difícil, porque supone y exige mucha virtud, que no es muy frecuente, como demuestra la experiencia.

* Un instrumento fecundo en manos del Superior o Responsable, para conocer mejor la voluntad de Dios, con vistas a un gobierno más suave y eficaz.

* Una ocasión propicia para fomentar el espíritu de unión y de familia, participando todos en un mismo ideal, con mayor sentido de responsabilidad.

* Un ejercicio inteligente y paciente de "dialéctica" sobrenatural y de inquietud ecuménica, que descubre la diversidad de caminos que llevan a la luz de la fe, y cómo es posible hacerlos converger hacia el mismo fin.

* Una exigencia de nuestro bautismo, un impulso de caridad, un "tormento apostólico", que no puede dejamos tranquilos mientras haya hombres que salvar.

PERO NO PODEMOS LLAMAR "DIALOGO":

* A ciertas reuniones de "mentalización', de acuerdo a un "plan" habilidosamente prefabricado y clandestino, abusando de la buena voluntad de los humildes y de los ingenuos (¡desprevenidos!), ¡y todavía en nombre de la unión y candad!

* A un pretexto para diluir y descargar en los demás el sentido de la propia responsabilidad, rebajando el ideal, hasta llegar a cierta "componenda", siguiendo la voz de una "opinión", que se ha ido formando "tendenciosamente

* A una tergiversación fatal de valores, no hablando más que de adaptación (siempre, ¡claro está!, para aflojar, nunca para estrechar), y olvidando lo más importante y fundamental (que se da por supuesto, pero de hecho no se hace), que es la renovación interior; en donde se pierden de vista los principios y se "juega" temerariamente con las aplicaciones.

* A una pérdida de tiempo lamentable, porque en lugar de ponerse todos sinceramente a la escucha de Dios y buscar su gloria, cada cual trata de imponer "su" idea, degenerando el diálogo en interminable charla, y confundiendo carisma con capricho o infalibilidad.

* A una campaña de "democratización", en donde lo que cuenta no es la calidad, sino el número (la mayoría o una minoría "atrevida"); no la verdad sino la moda (la euforia de ciertas "experiencias"); y en donde se aprovecha la ocasión, sutil o descaradamente, para empujar a la Autoridad ante el "hecho consumado" (de modo que pareciendo dirigir, es en realidad dirigida), y para descubrir y criticar los defectos de la Jerarquía (no pocas veces por resentimientos personales, hasta con cierto espíritu de venganza), atentando irrespetuosamente contra el principio de autoridad, de una autoridad —¡es

curioso!—que se termina por "repartir" y finalmente atribuir alegremente a la "masa', al "equipo" o a la comunidad.

(1972)

33 Pondré enemistades

Es un hecho (hay quienes parece están hoy empeñados en negarlo u olvidarlo) que a raíz y como consecuencia del pecado original, dio comienzo una lucha terrible entre la serpiente y la mujer, entre una y otra descendencia: el mundo y la Iglesia. La Iglesia, encarnación de Cristo, y el mundo, encarnación del espíritu del mal.

Lucha y oposición impuesta por el mismo Dios: "Pondré enemistades". Lucha y oposición que perduran hasta la consumación de los siglos. En vano se intentará el suprimirla. Son "las dos Ciudades" de San Agustín o "las dos Banderas" de San Ignacio. Es la dialéctica antigua, corroborada por siglos y siglos, tantos como tiene de vida el mundo.

San Juan contempló en una visión maravillosa ese combate cuerpo a cuerpo entre el dragón y la mujer: "En esto apareció un gran prodigio en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, gritaba con ansias de parir y sufría dolores de parto.

Al mismo tiempo se vio en el cielo otro portento: y era un dragón descomunal, bermejo, con siete cabezas y diez cuernos, y en las cabezas tenía siete diademas... Ese dragón se puso delante de la mujer, que estaba para parir, a fin de tragarse al hijo luego que ella le hubiese dado a luz... Viéndose, pues, el dragón precipitado a la tierra, fue persiguiendo a la mujer, que había parido aquel hijo varón; a la mujer, empero, se le dieron dos alas de águila muy grande, para volar al desierto, a su sitio, en donde es alimentada por un tiempo, y dos tiempos y la mitad de un tiempo, lejos de la serpiente. Entonces la serpiente vomitó de su boca, en pos de la mujer, cantidad de agua como de un río, a fin de que la mujer fuese arrebatada de la corriente. Más la tierra socorrió a la mujer, y abriendo su boca se sorbió el río que el dragón arrojó de la suya. Con esto el dragón se irritó contra la mujer, y márchese a guerrear contra los demás de la casta de ella, que guardan los mandamientos de Dios y mantienen la confesión de Jesucristo. Y apostase sobre la arena del mar... (Ap 12).

Las tres tentativas del demonio

* La primera ha consistido en un ataque frontal contra la Esposa mística de Cristo. Persecución feroz, abierta y constante. Es el espíritu de la llamada Revolución.

La mártir Polonia es hoy un ejemplo tan triste como elocuente. Y como ella, tantos otros países víctimas del comunismo invasor.

Nosotros aún guardamos preciosas reliquias en la nueva España... ¡ese bendito Cerro de los Ángeles...!

Pero el mundo, a pesar de esas y otras victorias parciales ("tú le morderás el talón"), no ha podido con la Iglesia ("Ella te aplastará la cabeza"). Porque la Iglesia, fundada sobre la roca inconmovible de Pedro, es indestructible. Porque la Iglesia tiene palabras de vida eterna: "Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella..."

* No se dio por vencido el maligno...

Y vuelve de nuevo a la carga. Cambia de táctica. Ensaya una nueva fórmula: Ya que no puedo destruir la Iglesia -se dice-, intentaré apartarla del mundo...

¡El liberalismo! Separación entre la Iglesia y el mundo.

Bonita solución para que el mundo pueda vivir a sus anchas, evitando así el ser acusado, importunado, inquietado por la Iglesia.

"Cada cual en su sitio", que quiere decir: la Iglesia relegada al fuero de las conciencias o, a lo sumo, al interior de sus templos... ¡Nada de Realeza social de Jesucristo! La religión, natural. La escuela, laica. El matrimonio, civil. El Estado, aconfesional... La Iglesia no tiene que entrometerse en las cosas temporales...

Pero la Iglesia, fiel a su vocación y consciente de su misión divina, no puede resignarse a que la humanidad se pierda. Siente el peso del mandato apostólico. Siente bullir en sus venas sangre evangelizadora y misionera, y busca, tal vez hoy más que nunca, ese diálogo amoroso, maternal, de salvación y de esperanza.

"Si verdaderamente -dice el Papa- la Iglesia tiene conciencia de lo que el Señor quiere que sea, surge de Ella una singular plenitud y una necesidad de fusión con la clara advertencia de una misión que la trasciende y de un anuncio que debe difundir... La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir" ("Ecclesiam suam").

Por eso la Iglesia no puede sufrir ni aceptar esa separación. Tiene derecho y obligación de trabajar en el mundo para salvarlo. Esta es precisamente su razón de ser. Pío XII alzaba su voz de queja y de protesta: "¡La Iglesia Católica nunca se dejará encerrar entre las cuatro paredes del templo!"

¡No!, Satanás, tampoco esta vez has acertado... Recuerda las palabras de Aquel que dijo: "Yo soy Rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad". Tampoco el liberalismo ha triunfado ni podrá triunfar.

* El último esfuerzo del demonio. ¿A la tercera va la vencida?...

Hemos de confesar que, en esta tercera tentativa, la más sutil y peligrosa, el diablo ha volcado todo su saber, malicia y experiencia. Se juega la última carta... ¡a la desesperada! Juega mañosamente con el equívoco y con medias verdades, impresionando a unos y entusiasmando a otros... ¡Incautos e inocentes! Se transfigura en ángel de luz y se viste con piel de oveja. Hasta maneja los textos de la Escritura o los documentos pontificios con arte, aplomo y soltura dignos del mejor comentarista, especialista o exégeta.

Nueva fórmula —Llamémosla de una vez por su nombre: el Progresismo. Ahora ya no se trata de destruir a la Iglesia ni de separarla del mundo. Se trata nada menos que de "casarla" con el mundo. Mejor dicho, de prostituirla con el mundo. Es la palabra exacta. Se pretende hacerla adulterar con el mundo, identificándola o confundiéndola con él.

Se pretende naturalizarla, humanizarla, materializarla, mundanizarla. ¡Bendita solución! ¡Sutil tentación!

Y todo esto en nombre del progreso, del diálogo o de la adaptación. ¡Qué abuso de palabras!

San Ignacio, con su ojo de lince, nos pone en guardia contra esta pastoral engañosa, en sus Reglas de discernimiento de los espíritus (Ejercicios Nro. 332):

"Propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con el ánima justa, y después poco a poco, procura de salirse, trayendo al ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones".

Y el Santo Padre, felizmente reinante, lanza su grito de alarma en su monumental encíclica "Ecclesiam suam":

"Todos saben por igual que la Humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, alteraciones y progresos, que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida sino también sus modos de pensar... Todo ello, como las olas de un mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma. Los espíritus de los hombres que a ella se confían están fuertemente influidos por el clima del mundo temporal, de tal manera que un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, imaginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida..."

"Otro peligro, la opinión de muchos fieles que piensan que la reforma de la Iglesia debe consistir principalmente en la adaptación de sus sentimientos y de sus costumbres alas de los mundanos. La fascinación de la vida profana es hoy poderosísima. El conformismo les parece a muchos ineludible y prudente...

¿No es acaso verdad que frecuentemente el clero joven o también algún celoso religioso, guiado de la buena intención de penetrar en la masa popular o en grupos particulares, trata de confundirse con ellos en vez de distinguirse, renunciando con inútil mimetismo a la eficacia genuina de su apostolado?"

¡No! La Santa Iglesia, nuestra Santa Madre Iglesia, no se casará nunca con el mundo. La Esposa -Virgen de Cristo - Virgen "sin mácula ni arruga ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada" (Ef. 6,27), no puede adulterar con el mundo, porque Jesús no lo puede consentir. Porque "una es mi paloma, mi perfecta, como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las doncellas" (cfr. Cant 6,9;2,2).

Porque: "¿Qué participación puede haber entre la justicia y la iniquidad?, ¿qué comunión entre la luz y las tinieblas? o ¿qué concordia entre Cristo y Belial?" (2 Cor 6,14).

Cristianos de hoy, no nos conformemos con este siglo, "que está poseído todo del mal espíritu" (1 Jn 5,19). "Pensemos -nos amonesta el Papa- en nuestra original y admirable forma de vida, la cual nos sostenga en el gozo de nuestra dignidad y nos inmunice del contagio de la humana miseria circundante o de la seducción del esplendor humano que nos rodean".

Y no temamos. Antes, al contrario, puestos los ojos y el corazón en nuestro maravilloso Concilio, baluarte y Tabor de la Iglesia, demos rienda suelta al optimismo.

"En el mundo tendréis grandes tribulaciones..., pero tened confianza, YO HE VENCIDO AL MUNDO" (Jn 16,33).

(1969)

34 La hora del Concilio

Tres posibles actitudes ante el Concilio:

Desconfianza, porque la Iglesia, dicen, ha cedido en la doctrina.

Euforia, porque la Iglesia ha acabado, ¡por fin!, con un pasado cargado de lastre.

Escepticismo, porque el Concilio, de hecho, "no ha servido para nada" ... "Todo seguirá igual que antes" ...

...y tres equivocaciones lamentables: porque el Concilio no ha hecho "rebajas" en la doctrina. Todo lo contrario; ni ha "roto" con la tradición de la Iglesia. El Concilio ha sido un himno en su honor; pero nos ha dicho a todos algo nuevo. Más profundo aún. De una riqueza exuberante.

El hecho:

El hecho es que "algo" ha ocurrido en la Iglesia desde Pío XII a Pablo VI, pasando por Juan XXIII.

"Algo" innegable, aunque no sepamos, tal vez, definirlo todavía.

Pero "algo" que ha sido obra del Espíritu Santo. Un nuevo viento vehemente de Pentecostés...

"Algo", en fin, ante lo cual nadie puede quedar pasivo o indiferente. Ahora ya no se trata de opinar o discutir, sino de aceptar y cumplir, humilde, sincera, devotamente. Ahora ya no se trata de lo que se ha dicho en el Concilio, sino de lo que ha dicho el Concilio.

Nuestra respuesta:

Se trata de asimilare irradiar una "psicología nueva", que comprende:

Un estado de ánimo, es decir, una disponibilidad, flexibilidad, o como dirá Pablo VI, una "conversión del corazón".

Un cambio de ciertos "hábitos mentales". Se hace preciso, dice el Papa, "pensar de manera nueva

Un "nuevo estilo", un nuevo lenguaje, una nueva presentación.

Estas fórmulas son textuales del Santo Padre.

Sintonizar con el Concilio:

No es suficiente citar tal o cual documento conciliar.

No bastará yuxtaponer los documentos conciliares a esquemas pasados.

Sino que será preciso reelaborar en cierta manera una doctrina coherente, armoniosa y completa, en Jaque se abracen progreso y tradición. "Nova et vetera".

No revolución, sino evolución homogénea.

No relajación, sino renovación.

No ruptura, sino adaptación.

No un nuevo Evangelio, sino una nueva evangelización.

Y confianza:

Porque es la "hora" del Concilio.

Porque es la "gracia" del Concilio.

Porque es la "voz" del Concilio.

Estudiemos, mejor, meditemos todos y cada uno de sus documentos.

Escuchemos con alegría la voz de la Iglesia, que penetre hasta el fondo de nuestra alma, y fructifique en abundancia. "Bienaventurados los que oyen la palabra del Concilio y la practican".

A las órdenes de nuestros Pastores.

(1966)

35 A 20 años del Concilio

No hace mucho, tuvo lugar en Roma el 2º Sínodo extraordinario de los Obispos, convocado por el Santo Padre, con el fin de celebrar, verificar y promover el Concilio Vaticano II.

La fecha de apertura no pudo ser más significativa: ¡el día de Cristo Rey!

La homilía del Papa en ese día fue toda ella un himno a la Realeza de Cristo:

"A Él le fue dado el señorío, la gloria y el imperio... Su dominio es dominio eterno, que no acabará; y su imperio, imperio que nunca desaparecerá...", proclamaba Juan Pablo II con palabras del profeta Daniel.

Un mes antes, el Papa fue preparando los ánimos para la celebración del Sínodo, con magníficas reflexiones.

"Esta iniciativa—decía— tiene la finalidad de estimular a todos los miembros del Pueblo de Dios, a un conocimiento cada vez más profundo de las enseñanzas conciliares, y a una aplicación cada vez más fiel de los criterios y orientaciones que brotaron de la importante asamblea" (29-IX-85).

Dijo también el Papa que "el Espíritu Santo fue el principal protagonista del Concilio", y que el Concilio fue una excepcional gracia".

¿Lo fue así para todos los católicos?

Para muchos, sí, gracias a Dios.

Pero no para todos. Enseguida fue fácil advertir una doble reacción, correspondiente a una doble postura: de rechazo y amargura, en unos; y de abuso y descontrol, en otros.

¡Cuántos comentarios, interpretaciones y "relecturas", tanto en uno como con otro sentido, durante estos 20 años!

Aun a riesgo de ser incompletos o de esbozar una caricatura, he aquí, más o menos, los rasgos de las dos tendencias:

Dos errores:

En primer lugar, la de aquellos que miraron al Concilio con desconfianza y disgusto, sin poder disimular ni reprimir su rechazo:

Aferrados a lo antiguo y en nombre (con pretexto, habría que decir) de la Tradición (confundiéndola, a veces, con "costumbre") llaman modernismo a lo moderno, condenando lo nuevo por el solo hecho de ser nuevo.

Les cuesta trabajo comprender que la Verdad es inagotable y, en consecuencia, objeto de profundización, actualización y reformulación, en una palabra, que "la Tradición progresa" (en feliz expresión de Pablo VI), ya que ambos conceptos, lejos de excluirse se suponen y complementan.

Olvidan que la Iglesia es un Cuerpo vivo, en continuo y armónico desarrollo, sin dejar nunca de ser idéntica a sí misma.

Fiados excesivamente en su propio juicio (señal de orgullo) llegan como a creerse poseedores infalibles de la verdad, verdad que, por el contrario, cuestionan y niegan al mismo Concilio.

Acostumbrados a una crítica sistemática e indiscriminada, no perdonan a nadie, ni al mismo Santo Padre, juzgando con toda tranquilidad sus hechos y hasta sus intenciones.

Aferrados, como ellos dicen, a "la fe de siempre", no se dan cuenta de que, tal vez, resisten al Espíritu Santo, y que "la fe de siempre" consiste también en rendir humildemente el propio juicio.

Lo único que parece contar para ellos es la lucha doctrinal, sin preocuparles la acción pastoral.

Está muy bien afirmar, defender y luchar por la Verdad... pero por, con y en la Caridad. No basta tener razón; ¡hay que tener amor... y humildad!

El ver únicamente lo negativo tiene el grave inconveniente de impedirles ver también, y aún más, lo positivo. Lo cual, naturalmente, les hace caer en un celo amargo, pesimista, casi enfermizo.

En cuanto a los Documentos conciliares, o no los han leído, o sólo parcialmente, o los leyeron con prejuicios, sacándolos de su verdadero contexto y retorciendo tendenciosamente su genuino sentido.

Parecería, al escucharlos, que la Iglesia terminó en el Concilio de Trento o en el Vaticano I (dignos de toda consideración y alabanza por otra parte); o que ningún Papa, después del gran Pío XII, hubiera podido decir o hacer algo digno de aprecio...

En una palabra, el Concilio ha sido para ellos un escándalo intolerable.

No sólo los abusos (lo cual es evidente), sino el Concilio "en cuanto tal" habría sido funesto y el causante de todos los males que hoy padecemos...

No supieron distinguir entre "causa" y "ocasión" ... de ahí su turbación, en buena medida comprensible, pero no justificada.

Por el contrario, muchos otros cantaron ¡victoria!, "sirviéndose" del Concilio (en lugar de servirlo) con el eufórico intento de justificar sus pre-concebidas y avanzadas ideas, con el descabellado proyecto de inventar una "nueva Iglesia", obsesionados por la manía de un "cambio", tan absurdo como ajeno al pensamiento del Concilio.

Esa "nueva Iglesia" sería una Iglesia "popular", "a partir de las bases", o "democrática", por oposición a jerárquica o —como ellos dicen— "autoritaria".

Falsos reformadores, confunden "renovación" con "in-novación".

Con pretexto del Concilio, comenzaron a revolucionarlo todo, silenciando ciertas verdades (para ellos "molestas", por cuanto exigentes), sembrando la duda en el pueblo sencillo, cuestionando, criticando y echando por tierra, unas veces con mal humor, otras con burlas o ironías, pero siempre sin el más elemental respeto y pudor, lo que la Iglesia ha enseñado durante siglos.

Oponiendo, con dialéctica corrosiva, lo nuevo a lo antiguo, no desaprovechan ninguna ocasión para denigrar, ridiculizar y sepultar la sagrada Tradición, contaminados por el morbo del evolucionismo, con los falaces y consabidos argumentos, de que "lo de antes está superado", pertenece a "otra época", y que "hay que estar actualizados..."

Sienten admiración por los autores profanos y heterodoxos (que no se cansan de propagar), mientras que para los ortodoxos (aunque sean Santos canonizados) no les queda sino indiferencia y menosprecio.

Parecería, al escucharlos, que la Iglesia, antes del Concilio, no se habría preocupado por los pobres, ni habría dialogado con el mundo, ni habría siquiera tomado conciencia de sí misma...

Hablan mucho de amor, pero sin preocuparse demasiado por la Doctrina; y aun ese amor de que tanto hablan, suele ser más sentimental y filantrópico que sobrenatural.

Confunden "adaptación" con "mundanización", como si el mundo no fuera ya enemigo del alma, reino del pecado y lugar de tentación.

Con la excusa de "llegar a los demás", de "integrarse" o de "encarnarse", todo lo van desacralizado, comenzando por ellos mismos.

Han inventado una (llamada) "Teología de la liberación" (que, en definitiva, viene a ser la "liberación de la verdadera Teología") inspirada en la hermenéutica racionalista y en el análisis marxista.

Su máxima preocupación parecería ser la cuestión socio-política, más que la Vida eterna; la teología del cuerpo, más que la del alma; el cambio de las estructuras, más que la conversión del corazón; quedar bien con todos, sin chocar con nadie, más que el martirio de estar en el mundo sin ser del mundo; pasarlo bien, "con alegría y libertad", más que el misterio de la muerte y de la cruz.

Han puesto al "Hombre", como Principio y Fundamento, en lugar de Dios.

Han reducido la Sagrada Escritura a mera crítica textual; la Cristología a Antropología; la Moral a Sociología; la Ascética y Mística a Psicología experimental; la Filosofía a Historia de la Filosofía.

En nombre de un ecumenismo mal entendido fomentan el indiferentismo religioso.

En nombre de una libertad religiosa mal entendida, fomentan el laicismo.

En nombre de un "aggiornamento" mal entendido, fomentan la relajación en la vida cristiana, sacerdotal y religiosa. He aquí, pues, dos gruesos errores, tradicionalismo y progresismo, opuestos entre sí (sin duda más grave el segundo que el primero), pero coincidentes de hecho en el resultado: apartarse del verdadero "sentir con la Iglesia".

"Por poco que te apartes del recto camino —dice San Jerónimo— poco importa que te desvíes a la derecha o a la izquierda, pues perdiste el verdadero camino".

La Iglesia es Una e Indivisible.

"No hay una Iglesia 'pre' o 'post' conciliar: existe una sola y única Iglesia, que camina hacia el Señor, ahondando cada vez más y comprendiendo cada vez mejor el depósito de la fe, que El mismo le ha confiado. En esta historia no hay saltos, no hay rupturas, no hay solución de continuidad. El Concilio no pretendió ciertamente introducir división alguna en el tiempo de la Iglesia" (Card. Ratzinger, "Informe sobre la fe").

No, no se puede ser buen católico sin aceptar el Concilio, porque no puede ser buen católico sin sentir plenamente con la Iglesia.

En consecuencia, la única postura correcta, —como bien dice el Cardenal Ratzinger— es "permanecer fieles al HOY de la Iglesia... y este HOY de la Iglesia son los Documentos auténticos del Vaticano II, sin reservas que los cercenen y sin arbitrariedades que los desfiguren" (o.c.).

Hay que leer todos los Documentos (no una parte), unos a la luz de otros, esclareciendo lo obscuro con lo claro, no obscureciendo lo claro con lo obscuro; completando lo incompleto y distinguiendo bien lo que dijo el Concilio de lo que se dijo en el Concilio.

Hay que asimilar, tanto la letra como el espíritu de los Documentos. "La letra (sola) mata" (2 Cor 3,6), es cierto, pero el espíritu sin la letra corre el riesgo de convertirse en cualquier cosa, es decir, en puro subjetivismo. Tampoco es lícito separar en los Documentos la índole pastoral de su fuerza doctrinal.

Hay que leer los textos conciliares en el contexto global de todo el Magisterio de la Iglesia, conforme al sabio principio de la "analogía de la fe", vale decir, la armonía de unas verdades reveladas con otras.

Tanto para la interpretación como para la aplicación de los documentos, hay que seguir siempre a los tres grandes Papas, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, inspirados por el Espíritu Santo, con todo el peso de su autoridad divina, el primero como iniciador, el segundo como continuador, y el tercero como actualizador del Concilio.

Ellos nos enseñarán con toda seguridad y garantía, mucho mejor que ciertos teólogos "de moda" o ciertos profesores de "tercera categoría" o ciertos Pastores "atrevidos" ...

Así como San Pablo advertirá con energía a los cristianos de Galacia (1,6) que no hay más que un Evangelio y que se maravillaba de que se hubieran pasado a otro, por culpa de algunos, que los turbaban y pretendían pervertir el Evangelio de Cristo, así también nosotros tenemos que no olvidar que no hay más que un Concilio Vaticano II, porque, desgraciadamente circula por esos mundos un "para-Concilio", invento de hombres, que poco o nada tiene que ver con él. auténtico, pero que confunde y perturba a los incautos y no suficientemente formados, con gran contento del enemigo.

Fijémonos en este severo juicio del Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe:

"Resulta incontestable que los últimos veinte años han sido decisivamente desfavorables para la Iglesia Católica. Los resultados que han seguido al Concilio parecen oponerse cruelmente a las esperanzas de todos, comenzando por las del Papa Juan XXIII, y después las de Pablo VI. Los cristianos son de nuevo minoría, más que en ninguna otra época desde finales de la antigüedad...

Los Papas y los Padres conciliares esperaban una nueva unidad católica y ha sobrevenido una división tal que —en palabras de Pablo VI— se ha pasado de la autocrítica a la auto demolición. Se esperaba un nuevo entusiasmo, y se ha terminado con demasiada frecuencia en el hastío y en el desaliento. Esperábamos un salto hacia adelante, y nos hemos encontrado ante un proceso progresivo de decadencia, que se ha desarrollado en buena medida bajo el signo de un presunto 'espíritu del Concilio', provocando de este modo su descrédito" (o.c., cap. II).

El Cardenal Danneels, Relator General del último Sínodo, reconocía en la relación final (aprobada por los Padres) que "el Príncipe de este mundo y el misterio de iniquidad operan también en nuestros tiempos..."

¿Acaso no lo había ya advertido S.S. Pablo VI?

He aquí sus mismas palabras:

"Se creía que después del Concilio iba a venir un día de sol para la historia de la Iglesia. Por el contrario, ha venido un día de nubes, de tempestad, de obscuridad, de incertidumbre... ¿cómo ha ocurrido todo esto? Porque ha intervenido un poder adverso: el Demonio. Creemos en algo preternatural, venido al mundo precisamente para perturbar, para sofocar los frutos del Concilio Ecuménico y para impedir que la Iglesia exultara en un himno de júbilo, por tener de nuevo conciencia de sí misma..." (23-VI-72).

¡Esta es la realidad, si no queremos engañarnos!

San Ignacio dice en sus Ejercicios que "es propio del ángel malo, que se presenta como ángel de luz, entrar en el alma devota y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y santos, conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura salirse (con la suya), trayendo al alma a sus engaños cubiertos y perversas intenciones" (Reglas de discreción de espíritus, Nº 332).

¡El Diablo es "especialista" en esta materia!

Se sirvió de las profecías del Antiguo Testamento, tergiversando su genuino sentido, para desfigurar la fisonomía del Mesías prometido; se sirvió de los textos de la Sagrada Escritura, dándoles falsos sentidos, para engendrar diversidad de sectas; también ahora se ha servido del Concilio para confundir las inteligencias, reblandecer los corazones y dividir a los católicos.

Con el Concilio ha ocurrido algo parecido a lo que sucedió con la democracia, que, para muchos, vino a ser sinónimo de ruptura y de libertinaje.

Decía Pablo VI en el texto antes aludido que "a través de alguna grieta el humo de Satanás ha entrado en el templo de Dios".

Podríamos señalar, a modo de síntesis, **tres grandes "grietas"**:

*La primera se refiere a la **DOCTRINA**.

Tanto en la enseñanza de la Filosofía como de la Teología, fácil es advertir un fuerte sabor a inmanentismo, error funestísimo que amenaza destruir los cimientos tanto del realismo metafísico como del Dogma y de la Moral.

Pablo VI dio el toque de alarma en un magistral discurso al Episcopado Latinoamericano (24-VIII-68):

"La fe es la base, la raíz, la fuente, la primera razón de ser de la Iglesia, bien lo sabemos. Ya sabemos también cómo la fe es insidiada por las corrientes más subversivas del pensamiento moderno. La desconfianza que incluso en los ambientes católicos se ha difundido acerca de la validez de los principios fundamentales de la razón, o sea, de nuestra 'filosofía perenne', nos ha desarmado frente a los asaltos, no raramente radicales y capciosos, de pensadores de moda; el vacío producido en nuestras escuelas filosóficas por el abandono de la confianza en los grandes maestros del pensamiento cristiano, es invadido frecuentemente por una superficial y casi servil aceptación de filosofías de moda, muchas veces tan simplistas como confusas; y éstas han sacudido nuestro arte normal, humano y sabio, de pensar la verdad".

Esto es, ni más ni menos, lo que está pasando, en mayor o menor medida, en colegios, universidades y seminarios:

¡Cuántos profesores tentados de racionalismo, evolucionismo o existencialismo, por no citar más que estos errores!

¡Cuánta incertidumbre, inseguridad y crítica corrosiva!

¡Cuánta superficialidad, mediocridad y ambigüedad en las palabras!

¡Qué ignorancia, qué silencio culpable y, sobre todo, qué desprecio por el Magisterio de la Iglesia!

"Casi siempre las propias hipótesis teológicas se opondrán al Magisterio diciendo que éste no expresa la fe de la Iglesia, sino sólo 'la arcaica teología romana'.

Dirán que no es la Congregación, sino ellos, los 'herejes', los que están en posesión del sentido 'auténtico' de la fe transmitida. A diario admiro la habilidad de los teólogos que logran sostener exactamente lo contrario de lo que con toda claridad está escrito en los documentos del Magisterio. Y, sin embargo, tal vuelco, se presenta, mediante hábiles artificios dialécticos, como el 'verdadero' significado del documento que se discute" ("Informe sobre la fe").

¿Y qué decir de la catequesis?

Oigamos de nuevo al Cardenal Ratzinger:

"Puesto que la Teología ya no parece capaz de transmitir un modelo común de la fe, también la catequesis se halla expuesta a la desintegración, a experimentos que cambian continuamente" (o.c.).

La primera equivocación fue suprimir el catecismo, siendo substituido por las improvisaciones, las "experiencias" y las reflexiones "originales" de los catequistas, por otra parte, no pocas veces insuficientemente formados, faltos de vida sobrenatural, más preocupados de la "psicología del hombre moderno", que de la fidelidad al Depósito Revelado.

Las verdades que "chocan" o no agradan, se las suprime inescrupulosamente.

Se manejan los textos bíblicos al margen de la Tradición de la Iglesia, al estilo del "libre examen" protestante.

No siempre se tienen en cuenta ni se respetan las fórmulas acuñadas por la Iglesia para expresar con exactitud la Verdad cristiana.

Se menosprecia y elimina la enseñanza nocional, con pretexto de hacerla —dicen ellos— "vivencial", como si hubiese oposición entre ambas.

Es una triste consecuencia de haber desterrado la Apologética, considerándola "superada", inadaptada o ineficaz.

Sin embargo, el Directorio Catequístico afirma que "no basta el testimonio. Hoy doquiera se exige el rigor científico. La catequesis debe, pues, con todo cuidado ofrecer también los fundamentos racionales de la fe" (Nº 88).

Los medios audiovisuales son útiles como introducción, estímulo y complemento, pero nunca podrán sustituir al estudio serio, sistemático y personal.

En líneas generales, hay que confesar que los criterios suelen ser más humanos que teológicos, los ejemplos más profanos que cristianos, y los modelos más de los hombres del mundo que de los Santos.

¡Parecería como si ahora el centro de la Historia fuese el hombre, en lugar de Cristo!

Todo lo dicho, en fin, envuelto en un curioso y casi infantil optimismo... ¡como si todos los hombres fueran naturalmente buenos o concebidos sin pecado original, como si el mundo, el demonio y la carne no

fueran ya los tres grandes enemigos, como si no existiera el Purgatorio y el Infierno, y, en consecuencia, como si todos fuéramos a salvarnos gracias a la evolución, sin cruz, sin penitencia y sin esfuerzo ascético...!

Si alguno, tal vez, considera exagerado o pesimista este diagnóstico, escuche bien estas palabras de Pablo VI:

"Hoy la verdad está en crisis.

A la verdad objetiva, que nos da la posesión cognoscitiva de la realidad, se sustituye la subjetiva: la experiencia, la conciencia, la libre opinión personal, cuando no la crítica de nuestra capacidad de conocer y de pensar válidamente. La verdad filosófica cede ante el agnosticismo, el escepticismo, el esnobismo de la duda sistemática y negativa.

Se estudia, se busca para destruir, para no encontrar. Se prefiere el vacío. El Evangelio nos lo advierte: 'Los hombres amaron más las tinieblas que la luz' (Jn 3,19). Y con la crisis de la verdad filosófica (¡oh, ¡dónde ha ido a desvanecerse nuestra sana racionalidad, nuestra 'philosophia perennis'!) la verdad religiosa se ha derrumbado sobre sí misma, no ha sabido ya sostener las grandes y esplendorosas afirmaciones de la ciencia de Dios, de la teología natural, y, mucho menos, las de la teología de la Revelación. Los ojos se han nublado y a continuación enceguecido. Y se ha llegado a la osadía de confundir la propia ceguera con la muerte de Dios.

Por este camino, la verdad cristiana sufre hoy sacudidas y crisis tremendas. Incapaces de soportar la enseñanza del Magisterio, puesto por Cristo para tutelar y desplegar lógicamente su doctrina, que es la de Dios, unos buscan una fe fácil, a la que vacían, no obstante ser ella la fe íntegra y verdadera, de aquellas verdades que no parecen aceptables por la mentalidad moderna; y eligen, según su propio talento, una verdad cualquiera considerada admisible; otros buscan una nueva fe, especialmente en lo tocante a la Iglesia, tratando de adaptarla a las ideas de la sociología moderna y de la historia profana; otros querrían entregarse a una fe puramente naturalista y filantrópica, a una fe utilitaria aunque quizá basada en valores reales de la fe auténtica: los de la caridad, erigiéndola en culto del hombre y descuidando su valor primero, el del amor y el culto de Dios; otros, finalmente, llevados por una cierta desconfianza frente a las exigencias dogmáticas de la fe, con el pretexto del pluralismo, que permite estudiar las inagotables riquezas de las verdades divinas y expresarlas con lenguajes y mentalidades diversas, querrían legitimar expresiones ambiguas e inciertas de la fe, contentarse con su búsqueda para evitar su afirmación, preguntar a la opinión de los fieles qué es lo que quieren creer, atribuyéndoles un discutible carisma de competencia y de experiencia que pone la verdad de la fe en peligro de ser víctima de los antojos más volubles. Pero a nosotros que, por divina misericordia, poseemos este escudo de la fe (Ef. 6,16), es decir una verdad defendida, segura y capaz de sostener la acometida de las opiniones impetuosas del mundo moderno, se nos plantea un segundo problema, el del valor. Debemos tener, decíamos, el valor de la verdad" (20-V-70).

Esta tremenda crisis doctrinal es, en buena parte, la consecuencia lógica de la desconfianza, el menosprecio y el abandono de la Filosofía TOMISTA y del MAGISTERIO de la Iglesia.

* Una segunda grieta se abre en el terreno de la MORAL.

Es el liberalismo, una especie de "destape" de las pasiones, que mira con burlón y tedioso desprecio todo lo que significa abnegación, renuncia y sujeción.

* Ha disminuido sensiblemente el sentido y la conciencia del pecado, lógica consecuencia del "giro antropológico" dado a la Teología.

"La mentalidad hoy dominante ataca los fundamentos mismos de la moral de la Iglesia, que, si se mantiene fiel a sí misma, corre el peligro de aparecer como un anacronismo, como un embarazoso cuerpo extraño" (Card. Ratzinger; o.c.).

¡Cuánto permisivismo, por ejemplo, en lo que respecta a la sexualidad!

* La indisciplina parece ir en aumento... cada cual sigue "su" conciencia o "su" ocurrencia, sin importarle nada las normas o reglas establecidas por las autoridades legítimas. ¡Basta que una cosa haya sido "mandada" para ser enseguida criticada!

"Así se habla siempre de 'revolución', así surge hoy, en cualquier ámbito, la 'contestación', sin que muchas veces esté justificado el motivo, ni se vea la finalidad. Novedades, novedades. Todo se pone en duda, todo tiene que estar en crisis. Y como hay tantas cosas que realmente tienen necesidad de corrección, de reforma, de renovación, y como el hombre de hoy ha adquirido la conciencia, tanto de las deficiencias en que se desarrolla su vida como de las posibilidades prodigiosas con que se pueden producir medios y formas nuevas de existencia, ya no se siente tranquilo con nada. Se pone frenético, el vértigo le entusiasma y a veces le invade una locura que le hace volcar todo (he aquí la 'contestación' global) en la ciega confianza de que un orden nuevo (palabra vieja), un mundo nuevo, una palingénesis todavía no bien vislumbrada deben fatalmente surgir.

Es éste un tema de pensamiento que se ha hecho sentimiento común, opinión pública, ley histórica. Así es hoy la vida" (Pablo VI, 15-I-69).

* ¿Y qué decir de la virtud de la obediencia? ¡Cuántos pastores y superiores se sienten solos (¿tal vez, el mismo Papa?), por momentos amargados, psicológicamente impotentes, para actuar según su recta conciencia, sea por temor a no ser obedecidos, sea para no ser acusados de "autoritarios", sea por sentirse "acosados"[1] por aquellos que tienen más o menos "dominada la situación", sea, en fin, por cansancio de "nadar siempre contra corriente"!

¿Quién se atreverá hoy a dar un decreto, menos aún una justa sanción? A lo sumo, se "insinúa", se "aconseja", se dan "pautas" ... después de consultar al equipo o según resuelva la mayoría... o una minoría "opresora".

La personalidad, la dignidad, la autoridad de quienes tienen la misión de gobernar, quedan diluidas por obra y gracia del "espíritu democrático". Ciertas (llamadas) "dinámicas de grupo" son manejadas hábil y dictatorialmente por las "bases", forzando así el consenso de la autoridad legítima acomplejada...

¡Oh, democracia, divina democracia, qué seductora y dominante eres!

Hablando, por ejemplo, de las Conferencias episcopales, comenta el Cardenal Ratzinger:

"El decidido impulso a la misión del Obispo, se ha visto atenuado e incluso corre el riesgo de quedar sofocado, por la inserción de los Obispos en Conferencias episcopales, cada vez más organizadas, con estructuras burocráticas a menudo poco ágiles... En muchas Conferencias episcopales, el espíritu de grupo, quizá la voluntad de vivir en paz, o incluso el conformismo, arrastran a la mayoría a aceptar las posiciones de minorías audaces, decididas a ir en una dirección muy precisa... Conozco Obispos que confiesan en privado que, si hubieran tenido que decidir ellos solos, lo hubieran hecho en forma distinta de como lo hicieron en la Conferencia. Al aceptar la ley del grupo se evitaron el malestar de pasar por 'aguafiestas', por 'atrasados' o por 'poco abiertos'. ¡Resulta muy bonito decidir siempre 'conjuntamente'! Sin embargo, de este modo se corre el riesgo de que se pierda el 'escándalo' y la 'locura' del Evangelio, aquella 'sal' y aquella 'levadura' que, hoy más que nunca, son indispensables para un cristiano ante la gravedad de la

crisis, y aún más para un Obispo, investido de responsabilidades muy concretas respecto de los fieles" (o.c., cap. IV).

¡Cómo se ha perdido el sentido de la obediencia respetuosa, amorosa, filial al Papa y a la Jerarquía en comunión con su Cabeza, en una palabra: a Roma!

Las crisis de obediencia suelen ir acompañadas de crisis de autoridad.

* Analicemos, a continuación, la tercera grieta, que se advierte en lo que se refiere al CULTO.

Es el secularismo, que prescinde, en mayor o menor medida, del orden sobrenatural, del sentido de lo sagrado, del Misterio de Dios, Uno y Trino.

Existe un proceso acelerado de desacralización, que, como un virus, va debilitando los tejidos del Cuerpo Místico de Cristo.

¡El mundo se nos ha venido encima y se nos ha metido dentro!... tal vez, con el pretexto de "adaptación" o, como dicen, de "llegar" al hombre moderno.

"La fascinación de la vida profana —decía Pablo VI— es hoy día poderosísima. El conformismo parece a muchos inevitable y cuerdo. Quien no está bien arraigado en la fe y en la práctica de la ley eclesiástica, piensa fácilmente que ha llegado el momento de adaptarse a la concepción profana de la vida, como si ésta fuese la mejor, como si fuese la que un cristiano puede y debe hacer suya" ("Ecclesiam suam", 43).

¡Con pretexto de "estar" en el mundo terminamos por "ser" del mundo, y vivir de rodillas ante el mundo!

Sin embargo, Cristo nos dijo todo lo contrario. ¡Por eso chocó con el mundo!

Lo mismo les sucedió a los Santos.

Oigamos de nuevo al Cardenal Ratzinger:

"También aquí debemos ser inconformistas ante las tendencias del mundo opulento. En lugar de acomodarnos al espíritu de la época, deberíamos ser nosotros quienes imprimiésemos de nuevo en este espíritu el sello de la austeridad evangélica. Hemos olvidado que los cristianos no pueden vivir como vive 'cualquiera'... Hoy más que nunca, el cristiano debe tener conciencia clara de pertenecer a una minoría y de estar enfrentado con lo que aparece como bueno, evidente y lógico a los ojos del 'espíritu del mundo', como lo llama el Evangelio. Entre los deberes más urgentes del cristiano está la recuperación de la capacidad de oponerse a muchas tendencias de la cultura ambiente, renunciando a una demasiada eufórica solidaridad posconciliar" (o.c.).

Este devastador proceso de desacralización se ha ensañado con la Liturgia.

¡Bastaría presenciar, por ejemplo, ciertas Misas, ciertas confesiones, ciertas celebraciones del sacramento del matrimonio!

"Cierta liturgia posconciliar se ha hecho de tal modo opaca y enojosa por su mal gusto y mediocridad, que produce escalofrío" (ib.).

Sigue el Cardenal Prefecto:

"Por lo tanto, es preciso oponerse, más decididamente de lo que se ha hecho hasta el presente, a la vulgaridad racionalista, a los discursos aproximativos, al infantilismo pastoral, que degradan la liturgia católica a un rango de tertulia de café y la rebajan a un nivel de diario infantil".

Todavía otro párrafo:

"La liturgia no es un show, no es un espectáculo, que necesite directores geniales y actores de talento. La liturgia no vive de sorpresas 'simpáticas', de ocurrencias 'cautivadoras', sino de repeticiones solemnes. No debe expresar la actualidad, el momento efímero, sino el misterio de lo Sagrado... La rebelión contra lo que se ha llamado 'vieja rigidez rubricista', a la que se acusa de ahogar la 'creatividad', ha sumergido la liturgia en la vorágine del "hazlo-como-quieras", y así, poniéndola al nivel de nuestra mediocre estatura, no se ha hecho otra cosa que trivializarla" (ib.).

¿Y qué decir de la desacralización y el abandono de la música sagrada substituida por musiquillas y cantinelas baratas? ¡Hasta el "rock" ha llegado a introducirse en el Santuario!

Con el pretexto de hacer la liturgia "comprensible a todos" y "participable por todos" lo que se ha conseguido es vulgarizarla y empobrecerla.

¡Parecería como si el mal gusto fuera uno de los signos de los tiempos!

El mundo moderno, deslumbrado por la ciencia y por la técnica, tiene hoy más que nunca necesidad del arte sacro y de la belleza para elevarse hasta Dios y no caer en la esclavitud del materialismo.

También ha contribuido, y no poco, a desacralizar el culto y la vida de piedad, la seducción que van ejerciendo entre los católicos las religiones orientalistas, hoy tan de moda.

Otro síntoma alarmante es la pérdida del sentido de adoración, que se nota en la actitud externa de los fieles, como en la falta de silencio y recogimiento en las iglesias, la supresión de la genuflexión, la ligereza al distribuir y recibir la sagrada Comunión.

Dígase lo mismo de la inmodestia en el vestir, aun dentro del templo.

Mención aparte merece, en cuanto a los clérigos y los religiosos, la supresión y el desprecio por la sotana y por el hábito. Peor todavía, no pocos clérigos se han despojado de todo signo sagrado, y se han vestido como si fueran seglares, contrariamente a la mente y a las normas de la Iglesia.

"La sotana o hábito religioso es obligatorio en las celebraciones litúrgicas, en la administración de los sacramentos, en el ejercicio de la predicación. Se aconseja vivamente su uso en el ambiente del propio ministerio pastoral" (Carta del Cardenal Vicario de Su Santidad para Roma a los sacerdotes y religiosos de la Urbe).

Pablo VI criticó severamente esa "prisa iconoclasta" (son palabras suyas) que arrasó, en buena parte, las imágenes de los Santos (con las consecuencias fáciles de prever: disminución del culto y de la lectura de sus escritos, llenos de celestial sabiduría).

¡Precisamente es del ejemplo de los Santos de lo que hoy tiene la Iglesia más necesidad!

No es raro que las homilías en las Misas queden más o menos reducidas a temas sociales y políticos, o, a lo sumo, a consideraciones de mera ética natural.

Han disminuido sensiblemente en el Pueblo cristiano ciertas prácticas piadosas y tradicionales, como el rezo del santo Rosario, el Vía crucis, las novenas y otras semejantes.

Estas "grietas", entre otras, son las que han provocado la crisis que, en buena medida, padece lamentablemente tanto el clero como la vida religiosa:

Crisis de identidad, crisis de vida espiritual y crisis de unidad.

¡La pobreza, el celibato y la obediencia han tenido que soportar despiadados golpes!

Tiene razón el Cardenal Ratzinger al afirmar que "el que ha frecuentado y frecuenta una cierta teología contemporánea vive hasta el fondo sus consecuencias, y una de ellas es que el sacerdote o el religioso pierde casi por completo las certezas habituales" (o.c.).

Pablo VI decía a los sacerdotes:

"También hasta vosotros, sacerdotes muy queridos, y especialmente hasta vosotros los sacerdotes jóvenes, puede haber llegado, si no ya con el ímpetu advertido en otras partes, la ola tempestuosa de interrogantes; de dudas, de negaciones, de novedades atrevidas que hoy se abate en otras partes sobre el sacerdocio ministerial, despertando problemas sobre su concepto auténtico, su función primordial, su posición justa. El sacerdote de tal manera asaltado se interroga, pone en duda su vocación, discute sobre la formación canónica de su sacerdocio, teme haber escogido mal el empleo de su vida, siente su celibato no como una libre plenitud de inmolación y de amor, sino como un peso innatural, y, sobre todo, mira al mundo (del que está separado y defendido, para poderlo conocer, evangelizar y servir mejor), no con sentido de amor apostólico, sino de profana nostalgia, y se ilusiona con facilidad con que si se sumergiera en su realidad temporal y social, podría redimirlo mejor o, cuando menos, podría encontrar equilibrio para sus inquietudes interiores. Si así fuese, dejad que os digamos con el Maestro divino: No temáis. No os dejéis sugestionar por teorías y ejemplos que chocan con el juicio normal y autorizado de la Iglesia..." (25-II-68).

Lo mismo advirtió a los religiosos:

"Conocéis el barullo de voces que se ha levantado, precisamente en estos últimos años, sobre la concepción tradicional de la vida religiosa, como si esta concepción necesitara, como dicen, ser "desmitificada", es decir, sacudida y despertada de una especie de sopor y de encantamiento, en el que se ha sumido a lo largo de los siglos, cristalizándose en un tipo de existencia artificial, privada de la profunda y dramática experiencia humana, oprimida completamente por formas ascéticas y disciplinarias, que hoy parecen peso inútil, más que un sabio auxilio para la consecución de esa perfección cristiana a la que la vida religiosa se dice consagrada" (12-VII-66).

Tenía razón un ejemplar religioso al preguntar: "¿Qué atractivo puede ofrecer a los jóvenes de hoy la vida religiosa, a la vista del comportamiento y del atuendo externo de la mayor parte de los religiosos jóvenes y algunos de los mayores, que se han dejado arrastrar por la moderna corriente, a base de una ausencia casi total de espíritu religioso y de todo cuanto suponga algún esfuerzo para cumplir sus sagrados compromisos ante Dios? Para vivir en el claustro una vida tan mundana y relajada como en el propio siglo, no vale la pena llamar a las puertas de una Orden religiosa" (P. Royo Marín O.P., "Palabra", Nº 183).

¡Lo mismo hay que decir análogamente, con respecto a ciertos seminarios y noviciados!

¡Tampoco las religiosas (salvo admirables excepciones) pudieron evitar el "contagio" ... incluso, a veces, las de clausura!

Hay que reconocer, sin embargo, la influencia negativa de ciertos capellanes, predicadores y directores espirituales, ante los cuales, si no están muy formadas y no tienen suficiente fortaleza, quedan tristemente desprotegidas.

¡La mujer, por ser más temperamental, cuando se desvía, suele ir mucho más lejos que el hombre!

La crisis sacerdotal y religiosa ha traído, como natural consecuencia: la disminución de las vocaciones (no obstante, el "repunte" actual), la esterilidad del apostolado, el auge de la Revolución y de las sectas, la decadencia de la sociedad y la relajación del laicado católico.

Habría que añadir todavía, a fuer de ser sinceros y con todo el respeto debido, que los criterios utilizados para el nombramiento de Obispos, no siempre han estado de acuerdo con el espíritu del Concilio. Los efectos de tal equivocación, o, por mejor decir, "tendencia", son fáciles de constatar y de prever... En este tema, tan grave como delicado, dejemos mejor la palabra, una vez más, al Cardenal Prefecto:

"El problema está en que, en los años inmediatos al Concilio, durante algún tiempo, no se llegó a determinar claramente el perfil del candidato ideal.

En los primeros años después del Concilio parecía que el candidato al episcopado debía ser un sacerdote que ante todo estuviera 'abierto al mundo'. Este criterio estaba por lo menos en primera plana. Tras los sucesos del 68, y desde entonces progresivamente, al ir agravándose la crisis, se ha comprendido que aquella única característica no era suficiente. Se ha caído en la cuenta, incluso mediante amargas experiencias, que se necesitan Obispos 'abiertos', pero al mismo tiempo capaces de oponerse al mundo y a sus tendencias negativas, para sanearlas, para encauzarlas y para poner en guardia a los fieles. Así, pues, el criterio de selección se ha ido haciendo cada vez más realista; la 'apertura' indiscriminada ha dejado de ser la respuesta o receta suficiente en una situación cultural que ya ha cambiado. Por lo demás un cambio semejante se ha producido también en muchos Obispos; éstos han experimentado amargamente en sus propias diócesis que los tiempos verdaderamente han cambiado respecto a aquellos del optimismo un tanto acrítico del inmediato posconcilio" (o.c.).

El "espíritu abierto" y la "calidez humana", así como otras cualidades naturales, están muy bien, y nadie niega su necesidad... pero más importante aún es la solidez doctrinal, y mucho más el espíritu sobrenatural, una auténtica vida de piedad.

* * *

Objetivos

"El Concilio tiende a una **nueva REFORMA**", afirmó Pablo VI en el Discurso inaugural de la 2ª sesión (29-IX-63).

Re-forma significa "volver a la forma", en este caso, a la esencia misma de la Iglesia, tal como Dios la pensó y Cristo la fundó.

Reforma significa volver a las Fuentes de la Divina Revelación: Sagrada Escritura y Tradición, de mano del Magisterio de la Iglesia, para identificarse con Cristo.

Reforma significa: ¡Pentecostés!

¡Nada que ver con una reforma de tipo protestante o modernista!

"No es que, al hablar así y expresar estos deseos, reconozcamos que la Iglesia Católica de hoy pueda ser acusada de infidelidad sustancial al pensamiento de su divino Fundador, sino que más bien el reconocimiento profundo de su fidelidad sustancial la llena de gratitud y humildad y le infunde el valor de corregirse de las imperfecciones que son propias de la humana debilidad. No es, pues, la reforma que pretende el Concilio, un cambio radical de la vida presente de la Iglesia, o bien una ruptura con la Tradición en lo que ésta tiene de esencial y digno de veneración, sino que más bien esta reforma rinde

homenaje a esta Tradición, al querer despojarla de toda caduca y defectuosa manifestación, para hacerla genuina y fecunda" (Pablo VI, "Ecclesiam suam").

La Iglesia llama a todos, pastores y rebaño, a una seria toma de conciencia de la propia identidad, comparando el estado de la Iglesia de hoy con la imagen ideal de la Iglesia tal como Cristo la diseñó.

He aquí, en consecuencia, el primer objetivo del Concilio (no podía ser otro): la santidad de todos y cada uno de los hijos de la Iglesia.

¡No puede haber nada más urgente!

"Todo Concilio es una reforma, que, desde el vértice debe después llegar a la base de los creyentes. Es decir, todo Concilio, para que resulte verdaderamente fructífero, debe ir seguido de una floración de santidad. Así sucedió después de Trento, que gracias precisamente a esto pudo llevar a cabo una verdadera reforma' (Card. Ratzinger, o.c.

Sin la santidad, de poco o nada servirá todo lo demás.

"Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Para nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres" (Mt 5,13).

Por eso, el documento conciliar más importante, que viene a ser como el fundamento de todos los demás es, sin duda, la Constitución dogmática sobre la Iglesia, que desarrolla y completa la doctrina del Concilio Vaticano I.

¿Qué quiere Dios, en primer lugar, de nosotros?

El Concilio responde en el capítulo Y, sobre la "universal vocación a la santidad en la Iglesia", que "todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena" ("Lumen Gentium", 40).

¿Dónde encontrar las Fuentes de la verdadera santidad?

El concilio responde con la Constitución dogmática "Dei Verbum", sobre la Divina Revelación.

¿Cómo participar de la Santidad de Dios que se nos comunica a través de la Revelación?

El Concilio responde con la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, "por cuyo medio se ejerce la obra de nuestra Redención, sobre todo en el divino Sacrificio de la Eucaristía" ("Sacrosanctum Concilium", 2).

¿Quiénes son en particular los destinatarios de esta vocación a la santidad?

* En primer lugar, los Obispos. Siendo los primeros responsables del Pueblo de Dios, "están obligados a dar ejemplo de santidad, en la caridad, humildad y sencillez de vida" ("Christus Dominus", 15).

* En segundo lugar, los sacerdotes y religiosos:

"Este sacrosanto Concilio exhorta vehementemente a todos los sacerdotes a que, empleando los medios recomendados por la Iglesia, se esfuercen por alcanzar una santidad cada vez mayor, para convenirse, día adía, en más aptos instrumentos en servicio del Pueblo de Dios" ("Presbyterorum Ordinis", 12).

"Ordenándose ante todo la vida religiosa a que sus miembros sigan a Cristo se unan con Dios por la profesión de los consejos evangélicos, hay que considerar seriamente que las mejores acomodaciones a las

necesidades de nuestro tiempo no surtirán efecto si no están animadas de una renovación espiritual, a la que siempre hay que conceder el primer lugar aun en la promoción de las obras externas" ("Perfectae caritatis", 2).

*Y, en tercer lugar, los laicos:

"Es necesario que los laicos avancen por este camino de la santidad con espíritu decidido y alegre, esforzándose por superar las dificultades con prudencia y paciencia" ("Apostolicam actuositatem", 4).

Pero la santidad tiene que estar fundada en la verdad, conforme a las palabras del Señor: "Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la Verdad" (Jn 17, 19).

San Pablo nos exhorta a renovarnos espiritualmente, despojándonos del "hombre viejo" y revistiéndonos del "hombre nuevo", "creado según el ideal de Dios, en la justicia y santidad verdaderas" (Ef. 4, 24).

"En medio de un mundo donde, en el fondo, el escepticismo ha contagiado también a muchos creyentes, es un verdadero escándalo la convicción de la Iglesia de que hay una Verdad con mayúscula y que esta Verdad es reconocible, expresable y, dentro de ciertos límites, definible también con precisión. Es un escándalo que comparten también católicos que han perdido de vista la esencia de la Iglesia, que no es una organización únicamente humana, y debe defender un depósito que no es suyo, cuya proclamación y transmisión tiene que garantizar a través de un Magisterio que lo re proponga de modo adecuado a los hombres de todas las épocas" (Card. Ratzinger, o.c.).

Es importante subrayar este fundamento ontológico-sobrenatural de la santidad, dado que hasta el concepto mismo de "santidad" no ha podido escapar al torbellino devastador de la evolución, de tal manera que, a juzgar por lo que muchas veces se predica o se escribe, ya no se sabe exactamente y con seguridad qué significa y en qué consiste hoy la santidad.

De ahí la necesidad de la sana Doctrina para fundamentar sobre ella una auténtica Pastoral.

Este fue el propósito de Juan XXIII, manifestado en la inauguración del Concilio:

"Lo que principalmente atañe al Concilio ecuménico es esto: que el Sagrado Depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz... Pero a fin de que esta doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana, referentes al individuo, a la familia, a la sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad, recibida de los Padres..." (1 l-X-62).

Este supuesto, la tarea principal del Concilio no fue discutir uno u otro punto de doctrina, ni repetir la enseñanza ya definida, ni condenar explícitamente ninguna herejía, sino expresar la doctrina de siempre, pero adaptándose a la mentalidad del hombre de hoy y con vistas a una acción preferentemente pastoral.

He aquí, en consecuencia, el segundo objetivo del Concilio: entablar con el mundo moderno el "**Diálogo de la salvación**".

"Singular fenómeno: mientras la Iglesia, buscando cómo animar su vitalidad Interior con el Espíritu del Señor, se diferencia y se separa de la sociedad profana en la que vive sumergida, al mismo tiempo se define como fermento vivificador e instrumento de salvación de ese mismo mundo, descubriendo y reafirmando su vocación misionera, que es como decir su destino esencial a hacer de la humanidad, en cualesquiera condiciones en que ésta se encuentre, el objeto de su apasionada misión evangelizadora" (Pablo VI, 29-IX-63).

La Constitución pastoral "Gaudium et spes" sobre la Iglesia en el mundo actual, es, a este respecto, el documento básico, al cual tendremos siempre que volver, para mirar al mundo con los mismos ojos con que lo mira la Santa Iglesia.

¿Con qué ojos?, se preguntará.

¡Con ojos de Madre, con ojos de amor!

"¡La Iglesia es una sociedad fundada sobre el amor y gobernada por el amor! Todos saben cómo este Sacrosanto Sínodo ha intimado a todo buen católico a ser apóstol y cómo ha ensanchado los límites del celo apostólico a todos los hombres, a todas las razas, a todas las naciones, a todas las clases: la universalidad del amor, también cuando vencen las fuerzas de quien la persigue o exige de ese amor la entrega total y heroica, ha tenido aquí, y la tendrá para siempre, su solemne voz" (Pablo VI en la apertura de la cuarta y última sesión del Concilio, 10-IX-65).

¡Amor maternal que se convierte en misericordia ante el espectáculo desolador de un mundo que, cual otro hijo pródigo, se ha alejado de Dios sin saber cómo salir de su miseria!

"La mirada sobre el mundo nos llena de inmensa tristeza al contemplar tantas calamidades: el ateísmo invade parte de la humanidad y arrastra consigo el desequilibrio del orden intelectual, moral y social, del que el mundo pierde la verdadera noción. Mientras aumenta la luz de la ciencia de las cosas, se extiende la oscuridad sobre la ciencia de Dios y, consiguientemente, sobre la verdadera ciencia del hombre. Mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza, la desesperación" (Pablo VI, 29-IX-63).

¡La Maternidad divina de la Iglesia ha sido el alma del Concilio!

"La antigua historia del samaritano ha sido la patita de la espiritualidad del Concilio" (Pablo VI).

No basta la santidad.

No basta la doctrina.

No basta una actitud meramente conservadora y defensiva.

No basta condenar el error y el pecado.

No basta lamentarse y criticar.

¡Cuántos católicos egoístas, pasivos y autosuficientes "vegetan" todavía en la Iglesia!

¡Cuántos que no quieren "arriesgar"!

¡Cuántos enamorados de bellas "ideas", nada más!

"Aun antes de convertirlo, más aún, para convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y le hablemos" (Pablo VI, "Ecclesiam suam", 62).

Razón por la cual Juan XXIII hizo famosa aquella palabra "aggiornamento", que vino a ser como la "patita" orientadora del Concilio.

Pablo VI habló del "cambio de ciertos hábitos mentales" y de "psicología nueva de la Iglesia".

Juan Pablo II nos lo está enseñando día a día, tanto en la predicación como en el "estilo" de su ministerio incansable.

¡Si realmente queremos "sentir con la Iglesia", imitaremos dócilmente sus ejemplos, aunque sea con esfuerzo y sacrificio!

De ese amor de Madre nació en el Concilio esa pasión evangelizadora en "Apostolicam actuositatem", sobre el apostolado de los laicos; en "Ad gentes" sobre la actividad misionera de la Iglesia; en "Orientalium ecclesiarum", sobre las Iglesias orientales católicas; en "Nostra aetate", sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas; en "Dignitatis humanae", sobre la libertad religiosa; en "Gravissimum educationis", sobre la educación cristiana de la juventud; en "Inter mirifica", sobre los medios de comunicación social; y en "Unitatis redintegratio", sobre el ecumenismo. Conviene destacar esta **inquietud ecuménica**, por constituir en —expresión de Pablo VI—un "drama espiritual" y, naturalmente, uno de los objetivos prioritarios del Concilio.

Los frutos no se hicieron esperar...

Señalemos como más importantes: un mayor conocimiento y difusión de la Palabra de Dios, una mayor participación del pueblo en la acción litúrgica, un mayor anhelo de unidad y solidaridad entre los cristianos y los hombres en general, una mayor conciencia eclesial, un mayor acercamiento a los hermanos separados y a las religiones no cristianas, una mayor devoción a la Persona del Espíritu Santo, que ha ido suscitando varios movimientos de renovación espiritual, una mayor adaptación de la legislación canónica de la Iglesia, una mayor promoción del laicado dentro del ambiente eclesial, una mayor sensibilidad por los deberes de justicia social, y un mayor sentido de la dignidad, de la libertad y de los derechos humanos.

Pero ahora surge, impaciente y temblorosa, esta sincera pregunta, delante de Dios y con la mano en la conciencia:

A raíz del Concilio se ha impulsado el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico, el movimiento ecuménico, el movimiento social...

Pero ¿se ha llevado a cabo también un movimiento hacia la santidad verdadera, personal, efectiva?

Aun a riesgo de parecer pesimistas, pero a juzgar por la experiencia, nuestra respuesta, sin lugar a dudas, no puede ser lamentablemente afirmativa.

Abundan teólogos, psicólogos, sociólogos, investigadores y peritos... pero escasean almas con espíritu sobrenatural, de profunda vida interior, realmente enamoradas de Dios.

Se multiplican las reuniones, los encuentros, los congresos, las comisiones y subcomisiones, los métodos y las técnicas..., pero los resultados no están acordes con tamaño "aparato" organizador.

¡Cuántos magníficos documentos, emanados de la Jerarquía de la Iglesia... pero que pronto caen en el olvido, aun suponiendo que se han leído! Parecen "la voz del que clama en el desierto" ...

Todo aquello, sin santidad de vida, es —como diría Jesús— "edificar sobre arena" (cfr. Mt 7,26).

El éxito o el fracaso del Concilio dependerá, en definitiva, de todos y cada uno de nosotros.

Es verdad. Pero concretemos más.

Para que el balance del post-Concilio llegue a ser decididamente positivo, es necesaria, por razones obvias, una reforma a fondo de las familias, de las escuelas católicas y de los seminarios.

De la **familia**, por ser la célula viva de la sociedad.

De la **escuela**, por ser el "humus" de la cultura.

Del **seminario**, por ser el corazón de la diócesis.

Es en el seno de la **familia** donde el nuevo ser-humano recibe la semilla de la vida divina, a través del Bautismo, que deberá desarrollarse progresivamente, informando todo el ser y toda la actividad de la persona.

La familia se ve despiadadamente amenazada por fuerzas subversivas, que buscan su descristianización y, en consecuencia, su desintegración, causa del desequilibrio del individuo y de la decadencia de la sociedad.

¡Urge, pues, fortalecer y defender el hogar!

La **escuela** viene a ser como el complemento de la familia.

"Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano, sino es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidos estrechísimamente" ("Gaudium et spes", 53).

Pero no basta una cultura humana para la formación integral del hombre, elevado gratuitamente por Dios a un orden sobrenatural. Es preciso proyectar sobre la cultura la luz de la fe.

La escuela católica debe ser "confesional", es decir... "católica".

Al mismo tiempo, habrá que purificar constantemente la cultura de los errores que atentan insidiosamente contra ella.

¡El hombre, como el pez, comienza a pudrirse por la cabeza!

¡Qué bien lo entiende y lo hace el Enemigo, planificando la educación y la cultura, al margen y en contra de la ley natural y de la ley evangélica!

Mayor problema y objeto de inquietud plantea la reforma de los **seminarios.**

Hay que tener sinceridad, amor a la Iglesia y valentía para tocar este tema, poniendo —como se dice— "el dedo en la llaga" ...

Un Cardenal, entre otros Padres, lo hizo en el último Sínodo: Monseñor Araujo Sales, Arzobispo de Río de Janeiro.

He aquí el esquema de su inspirada y oportunísima intervención:

"No sólo la aplicación correcta del Concilio, sino el futuro de la Iglesia depende en gran parte de la formación en los seminarios. La Iglesia necesita excelentes seminarios. Con alegría vemos aumentar el número de los candidatos. Pero pesa sobre nuestra conciencia una cuestión grave: **¿Corresponden nuestros seminarios a las exigencias del Concilio?** Se sabe que algunos seminarios están muy lejos de las normas del Concilio. Hay seminarios y escuelas teológicas donde se enseñan graves errores dogmáticos y morales. Hay profesores que enseñan su propia doctrina y opinión y no la doctrina de la Iglesia. También la formación espiritual y ascética es a veces muy deficiente. Esto es un asunto de gran preocupación; las consecuencias serán imprevisibles... Cuando se duda positivamente si un alimento, vendido en los almacenes de la ciudad, está envenenado o constituye alguna amenaza para la salud pública, la policía prohíbe inmediatamente su venta, hasta que se haya demostrado su buena calidad. Pero en la Iglesia se enseñan a veces serios errores en facultades, seminarios, etc., sin que el pueblo (y los seminaristas) estén protegidos" ("L'Osservatore Romano", 8-XII-85).

¿Qué hacer?

Fundamentalmente hay que tener en cuenta **tres cosas:**

En primer lugar, hay que llevar a cabo, sin falsas consideraciones ni sentimentalismos, una adecuada **selección** de los candidatos, pensando que "la calidad vale más que la cantidad". ¡Faltan... y sobran vocaciones!

Otro principio a tener presente por los formadores es que "un pequeño error al principio llega a hacerse grande al final".

Por eso el Apóstol amonesta a su discípulo Timoteo diciéndole: "No seas precipitado en imponer las manos a nadie, no vengas a participar de los pecados ajenos" (1 Tim 5,22).

Téngase en cuenta esta sabia norma del Concilio:

"A lo largo de toda la selección y prueba de los alumnos, procédase siempre con la necesaria firmeza, aunque haya que deplorar penuria de sacerdotes, ya que, si se promueven los dignos, Dios no permitirá que su Iglesia carezca de ministros" ("Optatam totius", 6).

Pío XI fue aún más reiterativo y explícito:

"...quien es habitualmente refractario a la sumisión y a la disciplina, poco inclinado a la piedad, poco amante del trabajo y poco celoso de las almas; quien especialmente está inclinado a la sensualidad, y a través de una larga experiencia no ha demostrado saberla vencer; quien no tiene aptitudes para el estudio, de modo que se puede ver de antemano la imposibilidad de seguir satisfactoriamente los cursos antedichos; todos éstos no han sido hechos para el sacerdocio, y dejarlos progresar en su carrera hace siempre más difícil su apartamiento y acaso los puede llevar a culminarla por humano respeto, sin vocación y **sin espíritu sacerdotal**" ("Ad Catholici Sacerdotii", 61).

No hay que olvidar este otro principio: "La verdad entra más por los ojos que por los oídos", es decir, más por las obras que por bellas palabras.

En segundo lugar, es necesaria una sólida **formación**.

Para empezar, hay que seleccionar no sólo a los candidatos sino, con mayor razón, a los mismos formadores.

¡De tal maestro, tal discípulo!

Oigamos al Concilio:

"Los superiores y profesores de seminarios han de ser elegidos de entre los mejores" ("Optatam totius", *5).*

Y Pío XI volvía a insistir:

"Dedicad a estos sagrados Colegios los sacerdotes dotados de la **mayor virtud**; no dudéis en retirarlos de otros cargos que, en apariencia son de más importancia, pero que, en realidad, no pueden compararse con este ministerio esencial, al que ningún otro supera" (Encíc. cit.).

La reforma de los seminarios tiene que basarse en un clima de intensa vida de **piedad,** de sólida **doctrina** y de austera **disciplina**.

Habría que meditar la magnífica "Carta sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los Seminarios" de la S. C. para la Educación Católica.

Asimismo, las "Normas para la formación sacerdotal en los Seminarios de la Rep. Argentina' (2-1-84).

El Papa acaba de presentar a todos los sacerdotes el ejemplo del Santo Cura de Ars.

Este debe ser el "**estilo**" sacerdotal que se debe enseñar en los seminarios, hoy como ayer; no el modelo de sacerdote aseglarado, vulgar y mundano, que se presenta a los seminaristas no pocas veces, con pretexto de "modernidad".

¡Seamos "modernos", sí, pero como el Santo Padre!

Además de la selección y de la formación, es preciso cuidar, en tercer lugar, la **iniciación** de los recién ordenados en su ministerio pastoral, para lo cual tendrían que completar y desarrollar la formación recibida en el seminario; deberán ser instruidos, los primeros años, al lado de un sacerdote piadoso y experimentado, y evitarán lanzarse a un tentador activismo, que los vaciaría de la vida interior, esterilizaría el mismo apostolado y los pondría, tarde o temprano, en grave peligro de claudicar de su vocación.

¡Cuántas defecciones y angustias de **sacerdotes jóvenes** hay que lamentar por falta de madurez y por falta de prudencia en los superiores!

* * *

La fuerte "crisis" que advertimos hoy con dolor en la Iglesia no tiene, sin embargo, que cerrar nuestro corazón a la **ESPERANZA.** ¡Todo lo contrario!

¡No podemos ni queremos ser de esos "profetas de calamidades" —expresión de Juan XXIII— que no ven más que lo negativo, como si el Espíritu Santo no tuviese hoy, como ayer, la misma fuerza para rejuvenecer a su Iglesia y el mismo "arte" para sacar bienes de males!

Conforme a la llamada "ley del péndulo" de la historia, después de "tocar fondo" en la estulticia y en la relajación, surge la reflexión y la reacción...

¡Gracias a Dios, hay laicos, sacerdotes, religiosos y religiosas y pastores que ya han vuelto o están volviendo a la "sensatez"! ¡Bendito sea Dios!

Creemos, sin embargo, que el Concilio no ha dado todavía todos los frutos que, por voluntad de Dios, está llamado a dar...

¡Lo hará cuando se devuelva a Cristo la corona de su sagrada Realeza, arrancada hace tiempo por el **laicismo**, con la cooperación culpable de los **católicos liberales,** acomplejados, apáticos, aburguesados, mundanos y tibios!

¡Tenía razón León XIII cuando decía que "la cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos"!

Es este el **pecado "de lesa majestad"** de los tiempos modernos: negar a Cristo el título de REY, que le pertenece por derecho de naturaleza y de conquista.

¡Y en este pecado llevamos la penitencia!

¡Con un catolicismo de "medias tintas" y de "paños tibios" no se puede conquistar a nadie ni resistir al Enemigo!

Terminamos este trabajo con unas palabras del gran Pío XII, pronunciadas en su primera encíclica, donde traza el plan de su Pontificado.

¡Son de una claridad, una fuerza, y una actualidad impresionante!

"¡Venerables hermanos! ¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de evangelizar las inconmensurables riquezas de Cristo a los hombres de nuestra época? ¿Cabe cosa más noble que **desplegar al viento las banderas del Rey** ante los que siguieron y siguen banderas falaces, y reconquistar para el victorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado? ¿Qué corazón no debería arder y sentirse empujado a prestar su ayuda a la vista de tantos hermanos y hermanas que, por errores, pasiones, instigaciones y prejuicios, se han alejado de la fe en el verdadero Dios, y se han separado del alegre y salvador mensaje de Jesucristo? Quien pertenece a la milicia de Cristo, sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse acuciado e incitado **a mayor vigilancia, a defensa más decidida,** cuando ve crecer, cada vez más, los escuadrones de los enemigos de Cristo, cuando se da cuenta que los portavoces de tales tendencias, renegando o despreocupándose en la práctica, de las verdades vivificadoras y de los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrílegamente las tablas de los mandamientos de Dios, para sustituirlas con tablas y normas de las que está desterrada la sustancia ética de la Revelación del Sinaí, el espíritu del Sermón de la Montaña y de la Cruz?"

Tal vez estas páginas puedan "escandalizar" a algunos...

Me vienen a la memoria aquellas palabras de Santa Teresa: "Si unos se escandalizan, otros se remuerden... que de estos escándalos saca el Señor grandes provechos" ...

(1986)

⁂

36 El dedo del Papa

¡Fue una visita inolvidable!...

Me refiero, claro está, a la visita del Santo Padre a la Argentina, más particularmente su visita a nuestra ciudad del Rosario, aquel 11 de abril...

¡Con qué ilusión, con qué deseos, con qué impaciencia la esperábamos!

¡Y cuánto la necesitábamos!

Mientras el resto de la comunidad salía con dirección al Monumento a la Bandera, un pequeño grupo (con la Madre) nos dirigíamos al aeropuerto, rezando con insistencia y confianza a la Santísima Virgen, mientras pensábamos en alta voz: ¡Ah, si pudiésemos llegar hasta el Papa!

¡Nos parecía tan difícil!

(Me acordaba del pequeño Zaqueo cuando se subió a un árbol para ver de cerca a Jesús).

Gracias a un comodoro, amigo nuestro, tuvimos acceso a la pista de aterrizaje.

Allí saludé a nuestro querido Señor Arzobispo, quien me autorizó amablemente a quedarme.

Pero (como dice el refrán): "¡nuestro gozo en un pozo!"

El responsable eclesiástico del "protocolo" me hizo abandonar de inmediato la pista, sin la menor consideración...

¡Tenía que resignarme a ver al Papa "desde lejos"!

Una amarga decepción inundó nuestro corazón.

A pesar de todo seguíamos clamando a la Virgen y esperando el "milagro".

¡Y el "milagro" llegó!

Fue cuestión de segundos...

¡Todavía me parece un sueño!

Se estaba aproximando Su Santidad al "papamóvil", cuando de pronto, mi amigo comodoro me mandó llamar, haciéndome señas para que me apurase... y, sin acordarme para nada del "protocolo", me hallé, como empujado dulcemente por una mano invisible —era, sin duda, la Divina Providencia— en presencia del Santo Padre...

¡Es inútil intentar describir mi emoción!

(Me acordaba de aquella exclamación de Santa Isabel, el día que la Santísima Virgen la visitó: "¿De dónde a mí, que la Madre de mi Señor venga a visitarme?").

¿Y de dónde a mí, pobre sacerdote, que pudiese estrechar y besar las benditas manos del Vicario de Cristo? ¿Y poder intercambiar algunas pocas palabras (para mí, más que suficientes) y mirar fijamente su venerable y luminoso rostro, y recibir su paternal bendición?

¡En aquel momento me olvidé de todo, no vi a nadie a mi alrededor, y me parecía como si mis pies no tocaran el suelo!

¡Cómo se imprimió la figura del Papa en mi memoria y en mi corazón!

¡Qué sencillez evangélica!

¡Qué destellos de santidad!

¡Qué serena majestad!

¡Me parecía estar delante de un rey!

¿Acaso no es rey el representante de Cristo-Rey y de la Iglesia-Reina en la tierra?

En aquel momento, ¡qué ganas sentí de abrazarle!

En primer lugar, para significar nuestra adhesión filial e incondicional a su augusta persona. Hice mi genuflexión como si fuera un voto de obediencia.

En segundo lugar, para recibir con más intensidad, ¡si cabe!, una infusión caliente de "romanidad", bebiéndola en la misma fuente y poder soportar mejor el frío y actual "complejo anti-romano", que se nota alrededor.

En tercer lugar, para sentirme comprendido, consolado y protegido, algo así como un niño asustado y perseguido que al grito de "¡mamá!" va corriendo a arrojarse y abandonarse en los brazos de su madre, y allí se siente a salvo, seguro y tranquilo... porque ¡qué tiempos recios vivimos!

El Papa, sonriente y con cierto aire de curiosidad, alargó su brazo y *señalando con su dedo* la crucecita roja con las siglas C.R. ("Cristo Rey") bordadas en mi sotana, a la altura del pecho, me preguntó "quiénes éramos" ...

¡Es todo un símbolo!

El dedo del Papa señalando la Realeza de Cristo, como diciendo: ¡Ahí está la clave! ¡Ahí está la solución! ¡Ahí está el "signo de contradicción"!

Cuando me retiré, y mientras el Papa saludaba y bendecía a unos y otros, me quedé cerca de él, todavía unos breves minutos... ¡No me quería volver! ¡Se estaba tan bien allí! (¡me acordaba de Simeón en el Templo, de Pedro en el Tabor y de Juan en el prólogo de su primera epístola!).

¡Oh! ¡Qué contento estaba!

¡Tenía ganas de reír y de llorar y de cantar y de abrazar y de contárselo a todos enseguida!

¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Pero hay más todavía...

Porque el Padre Daniel, presente en el aeropuerto, pudo también besar la mano del Papa, diciéndole, en nombre de la comunidad: ¡Gracias por todo!

Más aún. Al final de la Misa el Hno. Oscar, el P. Jorge, el P. José y yo, alcanzamos también a saludarlo.

¡Nuestras expectativas se habían cumplido!

¡Oh! ¡Qué bueno es Dios! ¡Qué regalo nos hizo a los Padres y Hermanos, Legionarias y Legionarios!

¡Cómo nos confirmó en la fe!

Oyéndole y observándole, día tras día, íbamos comprobando, con indecible alegría, que, gracias a Dios, seguimos en la "buena línea", y que "sentimos" con la Iglesia, y que, a pesar de nuestras muchas miserias, nuestro Rey Jesús nos bendice y nos anima...

Nuestra pancarta amarilla y blanca estuvo presente durante la Misa papal, con esas sencillas palabras que dan testimonio de nuestra inconmovible posición:

"Legión de Cristo Rey siempre con el Papa".

Con el Papa...

Ni más adelante.

Ni más atrás.

El Papa se fue, dejándonos con la miel en los labios.

¿Y ahora?

Ahora, a recordar y a meditar y a cumplir todo lo que él nos enseñó, ya sea a través de su palabra o de sus gestos o de su misma figura, toda ella envuelta en el Misterio de Dios.

¡Ojalá no haya sido "la voz del que clama en el desierto"!

"El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias..." (Ap. 2,7).

* * *

Quisiera ahora dar una recorrida por los mensajes que el Santo Padre nos ha

dejado y destacar, a modo de apretada síntesis, **tres grandes ideas**:

*** el sentido sobrenatural**

*** la profundidad doctrinal**

*** y el celo pastoral.**

Constituyen tres constantes, tres grandes lecciones que tenemos que aprender.

* En *primer lugar,* el SENTIDO SOBRENATURAL.

El Papa es, ante todo, Maestro de la fe, y su primera preocupación es que lo veamos *todo* a la luz de la Revelación.

El Papa nunca desciende del Orden sobrenatural ni se deja arrastrar al plano de un Orden meramente natural.

Para él no hay verdadero humanismo sino en el cristianismo y no hay completa definición del "hombre" sino en cuanto que es imagen de Dios en Cristo.

Vino a decirnos qué significa ser cristiano y cómo vivir hoy en cristiano.

Cuando habla de los valores humanos, como, por ejemplo, de la libertad, de la cultura, del amor, del matrimonio, del trabajo, de la paz, etc., siempre añade (explícita o implícitamente) el adjetivo "cristiano".

A decir verdad, para el Papa este nombre: "cristiano", es adjetivo gramaticalmente hablando, porque sobrenaturalmente hablando es "sustantivo".

El Papa lo contempla y lo interpreta todo no con "categorías" racionales sino con las "categorías" del Evangelio.

Así pues, existe una metafísica cristiana, una sociología cristiana, una epistemología cristiana, una lógica cristiana, una cosmología cristiana, una antropología cristiana, una ética cristiana, una concepción cristiana de la Historia, de la cultura, del trabajo, de la educación... en suma: una *Civilización cristiana.* Por eso el Papa emplea no pocas veces el adjetivo "integral", que quiere decir para él una visión o definición del hombre y de lo humano que (proyectándose en la familia y en la sociedad) incluye y alcanza su plenitud en el Orden sobrenatural.

El Papa ha venido a recordamos el *Fin último,* que debe dar sentido y consistencia a todos los otros fines (que, por no ser últimos, son, en realidad, medios).

Este Fin último es la visión y el amor de la Esencia divina en el Cielo. En otras palabras: la Vida eterna, de la cual la vida temporal es el comienzo.

De ahí, que todo hombre es llamado a la *santidad.*

Esto es, en definitiva, lo que nos ha querido decir el Papa (dándonos ejemplo): que tenemos que ser santos para dar a Dios la mayor gloria, en cualquier estado o circunstancia en que nos encontremos.

La santidad consiste esencialmente en la plenitud de la caridad, que es el amor sobrenatural.

Ahora entendemos por qué el Papa hace referencia al Misterio de la *Santísima Trinidad,* que se prolonga en el Misterio del *Verbo Encarnado* y en el Misterio de la *Iglesia,* "Pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" ("Ad gentes", 16).

El secreto, la fuerza, el valor de la Iglesia está precisamente en lo *sobrenatural:* "Por el bautismo hemos sido injertados en la *comunidad sobrenatural* de la Iglesia" (Del discurso a la comunidad polaca).

El Papa nos ha enseñado que no hay ni puede haber mayor dignidad que la de ser cristiano, y que cuando el cristiano baja del plano sobrenatural, se degrada y pierde su razón de ser.

Por eso el Papa clamó en Rosario contra el secularismo que nos hace "semejantes a este mundo" y "que pretende invadirlo todo".

"El secularismo es un modo de vida en el que se deja de lado la ordenación del mundo a Dios".

Tenemos que hacer frente a este proceso avasallador de desacralización, *sacralizándolo* todo en Cristo.

* En *segundo lugar,* el Papa nos dio una formidable lección de claridad, precisión y PROFUNDIDAD DOCTRINAL.

A través de sus palabras es fácil descubrir las raíces metafísicas y teológicas que les dan validez y contundencia.

Su decir "análogo" (como buen tomista) queda de manifiesto en las definiciones, distinciones y armonías de su lenguaje que no da cabida a equívocos o ambigüedades (tan frecuentes hoy día) ni dejan lugar a dudas.

No solamente nos dice lo que las cosas "son", sino también lo que "no son", conforme a la enseñanza del Evangelio: *"Vuestro lenguaje sea: Sí o no"* (Mt 5,37).

Porque todo "sí" implica un "no", el Papa, como verdadero sabio, no sólo expone la *verdad,* sino que refuta el *error.* Su palabra, fiel reflejo de la Palabra, es *"cortante como una espada de dos filos"* (Heb 4,12).

El Papa tiene el coraje de la verdad, sin disimulos ni componendas ni respetos humanos.

Con lógica férrea va deduciendo las conclusiones de las premisas, siempre a la luz de los grandes principios, aclarando lo oscuro con lo claro, no oscureciendo lo claro con lo oscuro.

O bien, partiendo de fenómenos o de hechos empíricos, sabe remontarse enseguida hasta llegar a la esencia y al Primer Principio.

Nos enseña muy bien a distinguir entre verdadero y falso '"pluralismo", entre verdadera y falsa síntesis superadora".

Es admirable su fuerza de afirmación.

Bien se ve que está convencido, poseído y enamorado de la Verdad, de la cual dimana la verdadera libertad de espíritu: "La Verdad os hará libres" (Jn 8,32).

Nunca se funda en "hipótesis" sino que se funda y se mantiene firme en la "tesis".

Y como la Verdad es, de suyo, inmutable; y como el verdadero progreso consiste en una constante y coherente profundización en la misma e inagotable Verdad (explicitando lo que está implícito en el "ser") de ahí el entusiasmo del Papa por la Tradición de la Iglesia, así como por las tradiciones cristianas de los pueblos y naciones (purificadas, claro está, de todo elemento accidental, extraño y caduco).

Por eso el Papa siempre es moderno, y, como el buen escriba del Evangelio, sabe ir sacando del tesoro de la Iglesia "lo nuevo y lo antiguo".

"La tradición progresa" —en frase feliz de Pablo VI—.

¿Qué hay más "actual" y más moderno que la verdad?

¡Cómo contrasta el vigor doctrinal del Santo Padre con el maremágnum de errores y medias-verdades que nos invade, con el nivel de mediocridad en el campo de la enseñanza, y con las pseudo-filosofías y pseudo-teologías de moda!

Frente a esta "grave crisis de valores del espíritu" (que denunció el Papa), y que equivale, en último término, a una tremenda crisis de la inteligencia, tendremos que volver, una y otra vez, al Magisterio vivo de la Iglesia, cuyo representante genuino es el Vicario de Cristo.

¡La luz de la Verdad vino y vendrá siempre de Roma!

*En tercer lugar, el CELO PASTORAL.

Según los medios autorizados de información (*), el Papa había realizado, hasta su última visita a nuestra patria, 32 viajes fuera de Italia; había visitado 65 países y 291 ciudades, en las que pronunció 1.128 alocuciones.

La duración total de sus viajes internacionales sumaba 216 días, y el total de kilómetros recorridos desde 1979 era de 465.439, cifra que supera en 81 kilómetros la distancia de la Tierra a la Luna.

Se necesitaría dar 11 vueltas a la Tierra para recorrer la misma distancia que recorrió el Papa, en sus viajes fuera de Italia...

¡Todo esto, además, claro está, de la agotadora actividad diaria del Santo Padre!

Datos tomados del Boletín Nº 2 de la Oficina de Prensa de la C.E.A.

Uno se pregunta: ¿Y cuándo come y cuándo descansa el pobre Papa?

Lo mismo que Jesús con sus Apóstoles:

"Eran muchos los que iban y venían, y no tenían tiempo ni para comer" (Mc 6,31).

Qué bien le vienen aquellas palabras del Apóstol: "Yo de muy buena gana me gastaré y desgastaré por vuestras almas" (2 Cor 12,15).

Hay momentos en sus viajes que pareciera que "no da más" ... y, sin embargo, sacando fuerzas de flaqueza, continúa hasta el final con una serenidad imperturbable, sostenido, sin duda, por la Fuerza del Espíritu Santo.

El Papa sabe "hacerse todo a todos para ganarlos a todos" (1 Cor 9,22), pero sin ceder un ápice en la doctrina y sin componendas con el mundo.

Se preocupa de todo y por todos, de una manera particular por los pobres y por los que sufren.

Sabe consolar, sin adular.

Sabe con-descender, pero para con-ascender.

Sabe ser humano, sin dejar de ser sobrenatural.

Clama en favor de los derechos humanos, pero antes (y mucho más) por los Derechos divinos.

Clama por la justicia social, pero como un signo de la justicia divina.

Clama por la libertad, pero fundada en la Verdad.

Clama por la dignidad del hombre, pero en cuanto es hijo de Dios.

Clama por la noble causa de la paz, pero no como la entiende el mundo, sino como nos la enseña Cristo.

El Papa comienza y termina por presentarnos el Ideal cristiano, con toda su grandeza, sin conformismos con los "términos medios" (como es costumbre en el catolicismo actual).

Cuando está en juego la gloria de Dios y el bien de la Iglesia dice lo que tiene que decir, sin preocuparle para nada el "qué dirán".

Aun cuando dice (y ocurren) cosas dramáticas, no obstante, transmite siempre confianza, optimismo y alegría:

"Vivid en la esperanza, sin dejaros vencer por el desaliento, por el cansancio, por las críticas".

En fin, sabe decir las cosas y al mismo tiempo, sabe hacerse querer,

¡Qué don de gentes!

¡Qué personalidad!

¡Qué carisma para evangelizar!

¿Cuál fue **el objetivo de la visita papal**?

El mismo nos lo recordó apenas pisó suelo argentino:

"Evangelizar y ser Maestro de la fe, ejerciendo a la vez, como Sucesor de Pedro, el ministerio de confirmar a mis hermanos.

Pido a Cristo Jesús que durante los días que tendré el gozo de vivir con vosotros, la semilla del Evangelio penetre más profundamente en todos los ambientes de esta noble y fecunda tierra argentina" (Discurso de llegada).

Los frutos que él espera son "frutos de renovación espiritual, de fidelidad a la Iglesia, de servicio a los hermanos" (En la Catedral de Buenos Aires).

El Papa nos habló de una "nueva evangelización" (no de un "nuevo Evangelio") y de una "evangelización permanente".

¿En qué consiste esta novedad?

En poner "nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones" (9-III-83) al anunciar el Evangelio.

Juan Pablo II, siguiendo el ejemplo y la línea de los Papas anteriores (entre los cuales merece una muy especial mención Pío XII) se presentó como paladín de la Hispanidad, haciendo frente y desbaratando las mentiras de la "leyenda negra" y el silencio de la "leyenda rosa", que actualmente vuelven a reverdecer, basadas en un supuesto y extraño "revisionismo" histórico, que no puede disimular su ingratitud, su inconsciencia y su menosprecio por la rica e impagable herencia que 21 países hispano-americanos recibieron de la Madre Patria.

Oigamos al Santo Padre:

"En esta visita pastoral vengo a anunciaros el mensaje del Evangelio, el mismo mensaje que predicaron en estas tierras hace ya casi 500 años, los primeros misioneros llegados de España" (Discurso de llegada).

"La cultura que España promocionó en América estuvo impregnada de principios y sentimientos cristianos, dando lugar a un estilo de vida inspirado en ideales de justicia, de fraternidad y de amor. Todo ello tuvo muchas y felices realizaciones en la actividad teológica, jurídica, educativa y de promoción social".

"Sois dignos herederos de aquellos hombres y mujeres que os trajeron la semilla de la fe. Demos gracias a Dios porque su predicación y su testimonio ha arraigado profundamente entre vosotros, inspirando cristianamente vuestra vida individual y social" (Discursos en Tucumán y Salta).

De ahí el respeto, el amor y la insistencia del Papa para que seamos fieles a nuestra tradición católica, a fin de conservar y no perder nuestra propia "identidad".

La Catolicidad, que es el alma de la Hispanidad, es esencial a la Argentinidad.

¡La insidiosa y despiadada campaña tendiente a "des-hispanizar" América equivale a un verdadero suicidio!

El centro de esta evangelización es y será siempre la Persona de Jesucristo.

"Hemos de apoyarnos en el cimiento sólido de la piedad, que es un amor sincero a Jesucristo" (Catedral de Buenos Aires).

"¿Qué es la santidad sino imitar a Cristo, identificarse con El?" (Córdoba, a los enfermos).

"Somos totalmente suyos", nos repitió tantas veces el Papa (Buenos Aires, Vélez Sarsfield).

Pero la evangelización y la santidad (que es su alma) encuentran lamentablemente un gran obstáculo: es el pecado.

Escuchemos:

"Pero hay un obstáculo en el corazón de cada hombre, que impide este proceso de unidad interior y de armonía con toda la creación: el pecado, la ruptura con Dios, la enemistad con el hermano.

Vivimos en una sociedad que, a veces, parece haber perdido la conciencia del pecado, precisamente porque ha perdido el sentido de los valores del espíritu, que han de animar a cualquier auténtico humanismo" (Vélez Sarsfield).

Razón por la cual, "el Evangelio de la paz llegará a las instituciones pasando por el corazón de las personas, y no pacificará la sociedad si antes no ha pacificado las conciencias, liberándolas del pecado y de sus consecuencias sociales" (Mendoza).

Y como el mundo en que vivimos es enemigo de Cristo y ambiente de pecado, el Papa nos dijo con claridad y valentía:

"No podéis haceros semejantes a este mundo" (Rosario).

Y como todo pecado individual tiene inevitablemente una proyección social, y, viceversa, todo pecado social tiene inevitablemente una proyección individual, por eso el Papa no se cansa de llamarnos a la solidaridad, a la no-violencia, a la justicia, al respeto de los derechos humanos, al diálogo, a la libertad, a la fraternidad, al amor, a la unidad, a la paz.

Para lo cual no hay otra solución que la Doctrina Social de la Iglesia.

"¿Es posible —pregunta el Papa— dar eficacia histórica, económica y política a la Doctrina Social de la Iglesia, como base de concordia universal? A esa pregunta ya respondía el Papa Pablo VI: 'Es posible, sí, porque la Doctrina Social cristiana posee el carisma interior de la Verdad, conoce e interpreta la naturaleza del hombre y del mundo'" (Mendoza).

¡Es inútil buscar "novedades", "originalidad" o "audacias" en el Magisterio del Santo Padre!

* * *

Diversos mensajes:

A los Obispos, primeros responsables de la fe, les dijo (entre otras cosas) que "la evangelización ha de apoyarse, como en su fundamento, en vuestra propia unidad de Pastores, modelo y causa visible de la comunión eclesial".

Por supuesto, no se trata de "dar una imagen" de unidad para "no escandalizar" a los fieles, sino de la unidad verdadera, es decir, fundada en "la unívoca adhesión a la Verdad de la Revelación divina, a la Tradición doctrinal, moral y disciplinar de la Iglesia, que siempre ofrece al mundo el auténtico mensaje de Cristo".

Y, como tantas veces se confunde, por ignorancia o por malicia, el verdadero con el falso pluralismo, el Papa muy acertadamente precisó:

"La unidad requiere siempre que las particularidades se integren en una armonía que las supere sin anularlas".

Esto es "pluriformidad" (o verdadero pluralismo).

Otra cosa es el falso pluralismo, que "fundado sobre la yuxtaposición de posiciones opuestas, conduce a la disolución, a la destrucción, a la pérdida de la propia identidad".

A continuación, el Papa se refirió a un tema "clave": el de los Seminarios, insistiendo en la "sólida formación en los caminos de la vida espiritual, que haga del futuro sacerdote un hombre de Dios, enraizado en el espíritu de Cristo por el vigor sobrenatural de su fe y de su caridad, alimentada con la meditación de la Palabra divina y con el culto litúrgico, principalmente el trato y la unión interior con Jesucristo presente en la Sagrada Eucaristía. Esta vida interior ha de ser el fundamento, de aquella entrega

que identifique al sacerdote con el Señor crucificado, fuente única y segura del gozo de la Resurrección, ya incoado en esta vida.

Nótese que el Papa define al sacerdote como "hombre de Dios, identificado con el Señor crucificado..."

Es la definición de siempre...

¡Poco o nada que ver con un nuevo concepto de sacerdote (tan extraño como ajeno a la Tradición de la Iglesia), de corte netamente humanista y profano, rayano en lo "mundano", que circula por ciertos ambientes eclesiásticos...!

Después de la formación espiritual, el Papa subraya la "formación doctrinal —filosófica y teológica— amplia y segura".

¡Una mala Teología supone siempre una mala Filosofía!

¡Y una mala Filosofía desemboca siempre en una mala Teología!

También les habló de la formación pastoral, que hace del sacerdote "presencia transparente de Jesús, Buen Pastor, plenamente disponible para el servicio incansable de sus hermanos".

Aquí el Papa vuelve a insistir en lo sobrenatural, como condición indispensable para una acción verdaderamente pastoral.

Escuchemos:

"Se necesita en los pastores una personalidad modelada por la vida de piedad, por la ascesis cristiana y por el ejercicio constante de las virtudes sobrenaturales, labradas sobre el fundamento de una humanidad que distinga al sacerdote católico por su sinceridad, rectitud y educación".

A los sacerdotes les dijo:

"El hecho de haber recibido el sacramento del Orden requiere, por nuestra parte, una profunda identificación con Cristo y con los misterios de nuestra fe, de los cuales somos dispensadores".

A los religiosos, además de recordarles la práctica permanente de los consejos evangélicos, les dijo:

"A través de esta consagración al Señor, aparece claramente la inmolación de Cristo en aras de la voluntad salvífica del Padre. De ahí proviene la misteriosa fecundidad apostólica de la vida consagrada".

¡Qué decepción y daño experimentan los laicos cuando, en lugar de hallar a Dios en el sacerdote y en el religioso, encuentran sólo al "hombre"!

El deterioro de los "signos" exteriores (hábito, costumbres, disciplina, estilo de vida, etc.) va deteriorando también la esencia misma de nuestro sacerdocio y de nuestra vida religiosa.

El testimonio de vida será siempre la mejor "propaganda" en pro de las vocaciones.

"Muchos jóvenes y muchas jóvenes se sentirán llamados a este seguimiento de Cristo, si ven en vosotros y en vosotras las huellas de amor, el rostro de Cristo, que acoge, que ayuda, que reconcilia, que salva".

A los laicos exhortó a asumir sin miedo su compromiso evangélico (contraído en el Bautismo y en la Confirmación) "en medio de las realidades temporales", a ejemplo de los primeros cristianos, que

"llevaban ya una propia vida interior, que será fundamento de su identidad en medio de los hombres" (Rosario).

A los matrimonios les recordó el gran principio:

"El amor procede de Dios".

En consecuencia, "el verdadero amor no existe si no es fiel. Y no puede existir si no es honesto. Tampoco se da —en la concreta vocación del matrimonio— si no hay, de por medio, un compromiso pleno que dure hasta la muerte" (Córdoba).

El Papa les puso en guardia frente a ciertos "signos de preocupante degradación respecto a algunos valores fundamentales del matrimonio y de la familia".

Se refiere a toda forma de liberalismo moral, tan extendido desgraciadamente hoy día.

"Nosotros sabemos, con la segura certeza del que ama y conoce a Dios, que no existe auténtica libertad, cuando ésta se contrapone al amor y a sus exigencias; que no existe verdadero respeto por las personas, si se contradice el designio divino sobre los hombres.

Oponeos, pues, resueltamente, con vuestra palabra y con vuestro ejemplo, a cualquier intento de menoscabar el genuino amor matrimonial y familiar".

A continuación, el Papa volvió a condenar la lacra del divorcio (otro "fruto" de la Democracia):

"Hay quienes se atreven a negar, e incluso a ridiculizar, la idea de un compromiso fiel para toda la vida. Esas personas —podéis estar bien seguros— desgraciadamente no saben qué es amar; quien no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de veras un solo día... No admitir que el amor conyugal puede y exige durar hasta la muerte, supone negar la capacidad de auto donación plena y definitiva, equivale a negar lo más profundamente humano: la libertad y la espiritualidad.

Nada tiene de extraño que la difusión del divorcio en una sociedad vaya acompañada de una disminución de la moralidad pública en todos los sectores".

¡Apenas el Papa dejó nuestra tierra, el Gobierno de la Democracia aprobaba la Ley del divorcio...!

El discurso a los empresarios fue realmente "genial" ...

Recordemos algunos de sus enjundiosos conceptos:

"Si no vivieseis esta primera obligación de justicia con el Padre común, Dios, tampoco seréis justos con vuestros hermanos, los hombres, ni podríais llevar a cabo con espíritu humano y cristiano, las grandes tareas en que diariamente estáis empeñados".

Les dijo que hay que "preferir más la riqueza del amor que el amor de la riqueza"; y que existe "otra economía, más grande, que se llama Reino de Dios" y que "la gran preocupación, el gran negocio que habéis de hacer en vuestra vida empresarial, es la conquista del cielo, la vida eterna".

Y esta exclamación:

"¡No dobleguéis nunca vuestra rodilla ante el becerro de oro!"

A los trabajadores les dijo que "el trabajo es como una vocación o llamado que eleva al hombre a ser partícipe de la acción creadora de Dios".

Les advirtió que "el asociacionismo laboral, aun siendo indispensable, no puede ser identificado con la lucha de clases sociales".

Clara alusión al peligro del marxismo, cuyas "peores consecuencias terminan por recaer sobre los hombres y mujeres del mundo laboral".

"¡Basta! —dijo el Papa— a todo lo que sea una clara violación de la dignidad del trabajador".

El discurso a los hombres de ciencia y de la cultura comienza recordándoles que "la cultura ostenta en América Latina, desde sus orígenes, una honda raigambre cristiana".

Después afirma los fundamentos metafísicos de la cultura, conforme al genuino pensamiento tomista: el hombre (o la persona) es, a la vez, sujeto y objeto de la cultura, la cual comprende el cultivo de los valores absolutos y universales basados, a su vez, en los "trascendentales" o propiedades del "ser": la verdad, el bien y la belleza, que condicionan la verdadera libertad, y que son, en último término, reflejo (o participación) de Dios, Ser subsistente, suma Verdad, sumo Bien y suma Belleza.

La cultura, dijo también el Papa, debe ser vehículo para la difusión del Evangelio, "fortaleciendo así la colaboración recíproca entre fe y ciencia, que haga surgir una nueva fecundidad intelectual, artística, literaria. Todo ello será posible si también el mundo de la cultura abre sin miedo sus puertas a la plenitud de Cristo, el único que da sentido y consistencia a todo lo que existe".

Con valentía llamó la atención sobre "la decadencia humana y el progresivo agotamiento cultural que se notan también en nuestra época, (que) coinciden en gran parte con la contemporánea degradación de algunos sistemas filosóficos, que pretenden hacer del hombre un rival de Dios", y todo esto, junto con "un progreso avasallador del conocimiento científico-tecnológico".

Fue una lección tan magistral como oportunísima, sobre todo, frente a la actual (y lamentable) campaña de "democratización de la cultura" y ante ese "sospechoso" Congreso Pedagógico Nacional.

El Domingo de Ramos el Papa presidió la Jornada Mundial de la Juventud.

Es de todos sabido el afecto particular del Santo Padre y su "opción preferencial" por los jóvenes... ¿acaso no son ellos la esperanza de la sociedad y de la Iglesia?

En el mensaje que les dirigió les instó a "crecer en humanidad, a poner como prioridad absoluta los valores del espíritu", ya que "son efímeras y sólo dejan vacío en el alma las satisfacciones que ofrece un hedonismo superficial", y que "las tentaciones de la violencia y de las ideologías que niegan a Dios llevan sólo a callejones sin salida".

Una frase (que es todo un programa de vida) fue ésta:

"La caridad no transige con el error, pero sale siempre al encuentro de todos para abrir caminos de conversión".

En el "acto central" (bastante superficial y de mal gusto, como la escena de los demonios y la moda del "rock", por parte de los jóvenes) el Santo Padre, como siempre, se mantuvo admirablemente en el plano sobrenatural, yendo a lo concreto y primordial: la conversión personal, la fidelidad a Cristo crucificado, la vida eucarística, la confesión de los pecados, la comunión con la Iglesia Jerárquica

"Considerad, entonces, —les dijo— cómo ha de ser vuestra vida; porque si Cristo nos ha redimido muriendo en un madero, no sería coherente que vosotros le respondieseis con una vida mediocre".

La entrega incondicional a Cristo exige "la abnegación", la negación de nosotros mismos... Exige gastar la vida, hasta perderla, si es preciso, por Cristo.

Los jóvenes preguntan al Papa cuál es el problema de la humanidad que más le preocupa...

Quizás más de uno esperaría otra respuesta... Pero fue esta (¡no podía ser otra!):

"Pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios".

La concordia social, la verdadera libertad y el auténtico progreso (elementos esenciales en una democracia "ortodoxa") exige "hombres nuevos", es decir: abiertos a Cristo y cerrados al pecado.

"Abrid generosamente vuestro corazón al amor de Cristo, el único capaz de dar sentido a toda vuestra vida".

"Creer en el amor de Dios requiere donación personal, no tranquilizar egoístamente la conciencia o dejar indiferente el corazón, sino hacerlo más generoso, más libre y más fraterno. Libre de tantas esclavitudes, como son los desórdenes sexuales, la droga, la violencia y el afán de poder y de tener, que terminan por dejaros vacíos y angustiados, e impiden el verdadero amor y la auténtica felicidad".

En la homilía del Domingo de Ramos, el Papa dio respuesta a estas dos preguntas-clave: ¿Quién es Jesucristo? ¿Qué ha hecho Jesucristo en su vida?

Y concluyó exclamando:

"Aprended a ser Cristo mismo, identificándoos con El en todo. En Él está la victoria que vence al mundo. La victoria definitiva del hombre. Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe".

¡Quiera Dios que aquel Domingo de Ramos no termine para muchos en un Viernes Santo!

Por último, el encuentro con los gobernantes y políticos.

El Papa insiste en los fundamentos éticos de la política, así como en la "particular atención a la moralidad pública".

Les recordó la "herencia cristiana" de nuestra patria. Y que las diversas soluciones en el vasto campo de las cuestiones políticas, han de buscar aquellas compatibles con los valores evangélicos.

¡Las manos de los gobernantes y de los políticos aplaudieron... las mismas manos que, apenas se marchó el Papa, firmaron y aplaudieron la Ley del divorcio!

¡Las mismas manos que...!

El Presidente de la República, en su discurso de bienvenida, dirigió al Papa, entre otras, estas palabras:

"Os recibimos con fervor, como Sucesor del Apóstol Pedro, principio y fundamento visible de la unidad del Pueblo de Dios. Os recibimos como Mensajero de la fe en Jesucristo, fe que recibimos de nuestros mayores y que hoy nos urge fortalecer y madurar..."
¡¿Qué querría decir con esto?!

* * *

Todos los discursos del Papa podríamos resumirlos en una sola palabra: el Reinado Social de Cristo sobre la tierra.

"¡El Señor reina! (Salmo 95). ¡Sí! ¡Cristo crucificado reina! Por su cruz y resurrección Cristo es el centro de la creación, Señor de la Historia".

"Es Cristo quien ora dentro de nosotros, desde nosotros y por nosotros, como queriendo entregar a Dios de nuevo y para siempre toda la creación y toda la humanidad, como ansiando que sea pronto una realidad la restauración de todas las cosas en El".

"La función de los laicos es, precisamente, poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez presentes y activas, en las cosas de este mundo", para que las realidades temporales se pongan "al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús".

¡Aquí apunta el dedo del Papa!

¡Sobreabundamos de gozo, porque éste es precisamente nuestro carisma!

¡Debemos luchar sin tregua contra los Herodes y los Pilatos del Laicismo moderno, el enemigo de la Realeza social de nuestro Señor Jesucristo!

* * *

Como ya era de prever, se dieron diversas "interpretaciones" a la venida del Papa.

Unos (más bien por ignorancia o por falta de fe) se quedaron única o principalmente en los aspectos que tocan al orden natural, o bien en sus cualidades humanas, en una palabra: se quedaron más en "Juan Pablo" que en el Vicario de Cristo. Fueron a ver al Papa, más bien como quien va a ver un "espectáculo", o aun célebre personaje nunca visto, atraídos sin duda por la novedad, por una curiosidad irresistible.

Otros esperaban al Papa como a un "aliado", que dijese lo que a ellos les interesaba. Por eso trataron habilidosamente de desvirtuar sus palabras (callando naturalmente lo que no les convenía), sirviéndose de ellas como para justificar sus ideas políticas (por lo general, "izquierdistas" y "tercermundistas"), tan faltos de respeto y amor como cargados de resentimiento; o bien, criticando al Papa abierta y malhumoradamente (piénsese, por ejemplo, en los Pérez Esquivel, o en las madres de Plaza de Mayo, etc., etc.) No podemos callar un caso muy lamentable: los "comentarios" tendenciosos de Marcelo Murúa y Juan Carlos Pisano en su libro "Juan Pablo II en la Argentina", de la Editorial Bonum (Bs. As.). Lamentables también algunos conceptos del Obispo de Viedma al dar la bienvenida al Papa.

Otros, en fin, recibieron al Papa ante todo como Vicario de Cristo, como Sucesor de Pedro y Maestro de la fe.

Escucharon sus palabras, todas sus palabras, sin dar ninguna.

No se contentaron con sentir una fuerte emoción ni con "dar las gracias" por su visita, ni, tal vez, con el sólo gratísimo recuerdo de una fotografía, o de un saludo o de haber comulgado de sus benditas manos... sino que guardan sus palabras con amor filial en el relicario de su corazón, con el firme propósito de ponerlas en práctica y transmitirlas a los demás.

La visita del Papa los ha "marcado", les ha hecho hacer un serio examen de conciencia, y, seguramente, cambiar ciertos criterios y ciertas actitudes en su vida.

Han aprendido qué significa "ser" cristiano y "cómo" vivir hoy en cristiano, a la luz de las enseñanzas del Concilio.

Se habrán sentido confirmados en la fe y habrán tomado conciencia (¡Dios lo quiera!) de que circulan ciertas "doctrinas y teologías de moda" no del todo conformes con el Evangelio de Cristo.

La semilla cayó en buena tierra y dará fruto, aunque en unos producirá el ciento, en otros el sesenta y en otros el treinta por ciento.

Ya nos lo había advertido el Apóstol San Pablo:

"No es que haya otro (Evangelio), lo que ocurre es que algunos os turban y pretenden pervertir el Evangelio de Cristo" (Gál 1,7).

"Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que, llevados de sus pasiones y afán de oír novedades, reunirán en torno a sí multitud de maestros, y apartarán los oídos de la verdad volviéndose a las fábulas..." (2 Tim 4, 3-4).

¡Se oyen a veces tantas fábulas! ¡No dudemos! "Habéis oído que se dijo..."

Pero el Papa nos ha dicho... ¡Que callen los "otros"!

¡Y que nos hable el Vicario de Cristo!

Si no, ¿a quién iremos?

¡Si sólo él tiene palabras de vida eterna!

(1987)

37 En torno a la visita del Santo Padre

Las visitas del Papa a Gran Bretaña y a nuestro país han sido, como era de esperar, objeto de comentario y de controversia, más aún, de crítica negativa.

Es lamentable e indignante lo que se ha llegado a decir y escribir en relación con dichos acontecimientos, sobre todo cuando las objeciones provienen del campo católico.

Así, por ejemplo, se ha calificado el reciente viaje de Juan Pablo II a la Argentina, de "errada actitud de quien, como Jefe del Estado Vaticano, no puede reclamarnos fidelidad a esos actos", o también de "tácito reconocimiento de la injusticia".

Se han distribuido panfletos (nos tememos que provenientes también del campo católico), con frases como ésta: "¡Argentina, despierta! Repudia nuevas componendas. Católico: Juan Pablo II está actuando como político y no como pastor. Por Dios y por la Patria hay que lamentar su visita. Quien visita a Inglaterra, traiciona a la Argentina" ...

En una revista de Buenos Aires, dirigida y escrita por católicos, leemos, entre otras cosas:

"¿A qué vino realmente el Papa?

Dejemos de lado las convencionales, fáciles y unas tanto estúpidas respuestas, que quieren ver en la gira del Sumo Pontífice una empresa de paz y de amor.

El sentido último del viaje no es -fuera de toda duda- apostólico, ni su fin estrictamente religioso; se trató más bien de una excursión (¡sic!) con clara intención política, motivada por una preocupación política...

El idioma que hoy habla la Iglesia (¡sic!) es demasiado insustancial, demasiado equívoco y demasiado sentimental, como para esclarecer la religión o fortalecer la piedad. Era de esperar tan magro y nulo resultado. La palabra papal cayó desencarnada, fuera de la realidad emocional y aun intelectual que vivía el hombre argentino en ese momento..."

Los que han escrito cosas semejantes, o bien no han escuchado ni leído todo lo que dijo el Santo Padre; o bien lo han juzgado de engañador o mentiroso; o bien se han dejado cegar por el resentimiento de un patriotismo o nacionalismo mal entendido.

Lo primero se llama ignorancia,

lo segundo, infamia,

lo tercero, orgullo.

Antes, por lo general, los hijos fieles de la Iglesia, respetaban, acataban y adherían a lo que decía o hacía el Santo Padre, "buscando razones" en defensa y nunca en su ofensa (como enseña San Ignacio en el libro de los Ejercicios), o, al menos, si no entendían o les chocaba algo, sabían guardar un obsequioso silencio.

¡Ahora todo el mundo se cree con derecho y suficiente conocimiento de causa para criticar al Papa, llamándole a "profunda reflexión", enseñándole lo que tiene que hacer, tergiversando sus palabras y hasta juzgando de sus intenciones!

Estos católicos parecen olvidar que el Santo Padre, además de sus singulares dotes humanas y de la ventaja de su "situación", goza, por su condición de Vicario de Cristo, de la asistencia diaria del Espíritu Santo, y tiene "gracia de estado", conforme a la misión y responsabilidad sobre toda la Iglesia, y una visión de las cosas, aun aquellas que tocan al orden temporal, mucho más profunda que nosotros, aunque en este terreno no sea infalible.

Todo lo cual aconseja la más elemental discreción y humildad, más aún, espíritu sobrenaturalmente filial, para "comprender" al Papa.

La Iglesia por ser divina no puede bajar de su plano trascendente; y por ser humana, no puede desentenderse de los problemas temporales, pero subordinándolos siempre al fin último que es la Salvación.

El Papa es Padre común, y tiene, como diría el Apóstol, la "solicitud de todas las iglesias".

El Papa, como Iglesia, ha condenado tanto al pacifismo como el belicismo.

El Papa será siempre, a ejemplo de Jesucristo, mensajero de la Paz.

Lo cual no significa, de ninguna manera, que no tenga en cuenta la verdad histórica y la objetividad de los hechos. Significa simplemente, que su misión no es específicamente temporal o política, sino espiritual y pastoral.

Lo cual no contradice tampoco el derecho a defender nuestra soberanía con una guerra justa y digna, agotados de nuestra parte todos los medios pacíficos, frente a un país colonialista que, como injusto agresor y fiel a su tradición, acaba de escribir una de las páginas más vergonzosas y escandalosas de su historia.

"La universalidad, dimensión esencial en el Pueblo de Dios, no se opone al Patriotismo, ni entra en conflicto con él. Al contrario, lo integra, reforzando en el mismo los valores que tiene, sobre todo el amor a la propia Patria, llevado, si es necesario, hasta el sacrificio" (Juan Pablo II, 12-VI-82).

¡Pero no pocos católicos, por tener una mentalidad más política que católica, tienen la osadía y la desvergüenza de hablar del Papa como si fuera uno de ellos!

Nuestra Patria heredó de España y, como ella, se ha distinguido siempre por su devoción al Vicario de Cristo (cualquiera que sea su nombre), mirándolo con los ojos de la fe, y no con ojos meramente humanos.

Razón por la cual los argentinos acudimos masivamente a recibir y aclamar a nuestro ilustre Huésped, que se dignó visitamos por primera vez, y dirigimos antes una carta hermosísima, llena de solicitud y de afecto paternal, explicando los motivos de sus viajes a Inglaterra y a la Argentina.

¡Por supuesto, la Comunidad y Legión de Cristo Rey estuvieron también presentes!

¡Seamos agradecidos al regalo que acaba de hacemos el Santo Padre!

Meditemos, propaguemos, y llevemos a la práctica su mensaje.

Imitemos ese ejemplo admirable e incansable de acercamiento, de entrega y de sacrificio (hasta exponer en varias ocasiones la vida), que nos sigue dando día tras día, desde el primer instante en que fue elegido por Dios como embajador de Cristo, teniendo en cuenta que no le faltan enemigos: de fuera... y de dentro (¡lo que es más increíble y doloroso!).

¡Qué contento debe sentirse el demonio, logrando que no sólo los enemigos de la Iglesia estén contra el Papa, sino también algunos católicos!

En lugar de discutir y protestar, ¿no sería mejor rezar por el Papa, ayudándole a llevar la pesadísima carga que Dios le ha puesto?

¿No sería mejor santificarnos, purificarnos, cambiar de vida?

¿No sería mejor unirnos más que nunca, para hacer la Patria grande y la Iglesia santa que todos anhelamos?

¡La sangre y la fe de nuestros muertos, de nuestros heridos, de nuestros combatientes, de nuestros héroes en el Atlántico Sur, claman al cielo y no pueden quedar infecundas!

(1982)

38 Responsabilidad

El Concilio, a pesar de todo, ha "creído" en el hombre moderno...

Su postura, aun presintiendo la crítica de los de adentro, ha sido muy a conciencia, optimista.

La Iglesia, ¡que es Madre!, se ha "arriesgado" voluntariamente a reconocer a sus hijos la mayoría de edad, y a darles una mayor confianza y libertad. Ha preferido moderar la injerencia de la ley externa, y desarrollar, en cambio, un mayor sentido de responsabilidad. Porque no podemos progresar en la vida cristiana y eclesial si no hemos progresado en el auténtico y legítimo uso de la libertad.

El Concilio es un llamado a la interioridad.

Pero existe un grave PELIGRO... ¿y no es ya, en parte, una triste realidad...?

Es el ABUSO del Concilio: un abuso de confianza y un abuso de libertad.

Y cuando no hay madurez, cuando no hay seriedad, cuando no hay sinceridad, entonces la confianza se convierte en imprudencia, y la libertad en anarquía.

Ni a los malos, ni a los faltos de equilibrio, ni a los menores de edad, se les puede dar mucha confianza y libertad...

¿Ejemplos?...

¡Por desgracia, a la vista están...!

¡No echemos la culpa a la Iglesia...!

¡No defraudemos las esperanzas del Concilio...!

¡No provoquemos la ira de Dios...!

La confianza y la libertad hay que merecerlas...

La madurez, mejor dicho, la santidad no se supone "a priori" ..., hay que conquistarlas... y hay que demostrarlas...

¡Y entonces, sí!

¡Confianza ciega...!

Y, ¡viva la libertad...!

(1971)

39 Grandeza del Cristianismo

Ser cristiano es la cosa más grande y más hermosa que se puede ser en este mundo.

Es un don de Dios, sobrenatural, gratuito, el mayor que podía hacernos, por el cual toda una eternidad sería insuficiente para darle gracias.

"¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad!" —exclamaba con santo orgullo San León Magno.

No existe categoría social ni título de nobleza que se pueda comparar con el solo hecho de ser cristiano.

¡Pero cristiano-cristiano!

¡En serio y de verdad!

¡Sin rebajas ni descuentos!

Es evidente, dicho sea de paso, que el cristianismo genuino, "completo", es el catolicismo.

Santo Tomás nos ha dejado la definición del cristiano, con magistral precisión y con todo el peso de su autoridad:

"Se llama cristiano al que es de Cristo. Y decimos que es de Cristo no sólo por practicar su fe, sino porque realiza las obras de virtud movido por el espíritu de Cristo".

"Ser de Cristo" es lo mismo que ser "hijo de Dios".

El cristiano es hijo de Dios porque "ha nacido de El" por la gracia de Cristo. Es "hijo" en el Hijo.

¡Nacimiento misterioso pero real, que causa admiración y gozo!

San Agustín comenta:

"¿Por qué extrañarse de que el hombre nazca de Dios? ¡Mira que es el mismo Dios quien nace de los hombres!"

El cristiano es, pues, un "hombre nuevo", un hombre "re-creado", "re-generado"," con-sagrado", que comienza a vivir una "vida nueva", la vida de la gracia, que le da "derecho" y se prolonga hasta la Vida eterna.

Dios para el hombre no es ya sólo Creador, sino Padre.

El hombre para Dios no es ya sólo criatura, sino hijo.

Y si es hijo, entonces corre "sangre real" por sus venas, porque es hijo de Aquel que es "Rey de reyes y Señor de señores" (Ap 19,16).

¡Esto sí que es categoría, dignidad, grandeza!

¡Ser cristiano es la primera "aristocracia"!

Por eso San Pablo califica al cristianismo de "vocación soberana" (Flp 3,4).

Y San Pedro tiene un golpe genial al llamar a los cristianos: "Raza escogida" (1ª 2, 9).

Con razón exclama San Agustín: "¡Es mucho más ser cristiano que ser hombre!"

Hombre definido...

El cristiano es un hombre "definido".

Porque en el Bautismo ha sido "marcado" en el alma con un signo o sello espiritual e indeleble, denominado "carácter".

El carácter es una cualidad-ontológica-sobrenatural, que configura al cristiano con Jesucristo, Maestro, Rey y Sacerdote.

Este carácter constituye al cristiano en "propiedad" de Cristo.

El cristiano ya no es "independiente". Depende de Cristo, que es su Propietario y Dueño. Lo "compró", no con oro ni plata, sino con su Sangre derramada en la cruz (1 Pe 1,18). Es su "Redentor". Tiene sobre él todos los derechos.

Y esto para siempre.

Porque el carácter queda impreso eternamente. No puede borrarlo ni el pecado, ni la apostasía, ni la muerte, ni el fuego del infierno.

Pero no es suficiente estar definido "esencialmente".

Este signo interior tiene que manifestarse exterior, visible y vitalmente.

Un cristiano "definido" es aquel que sabe adoptar ante la vida una postura clara, firme, coherente, conforme siempre con los principios del Evangelio. Su lenguaje, expresión de su vida, es transparente como el de Cristo: "sí, sí; no, no" (Mt 5,37).

El carácter del cristiano tiene que hacer de él un cristiano de "carácter"

No puede disimular su fe en Jesucristo, sino que siente la imperiosa necesidad de confesarlo delante de los hombres.

Donde va él, va Cristo.

El cristiano es cristiano veinticuatro horas cada día, desde que se levanta hasta que se acuesta, tanto en Misa como en la calle.

Evita y rechaza toda palabra o actitud confusa, sospechosa, ambigua.

No es "relativista", ni "evolucionista", ni "oportunista".

Por el contrario, es un hombre "esencial", estable, objetivo.

Hoy existe una tremenda crisis de identidad.

Parece como si no se supiera bien exactamente lo que significa ser y vivir en cristiano.

Cristianos de "nombre", cuya imagen —dice San Agustín— "es un disfraz o fingimiento de las personas que hacen como que profesan la fe, y viven infielmente, porque fingen que son lo que realmente no son, y se llaman, no con verdadera propiedad sino con falsa y engañosa apariencia, cristianos".

¡Cuánta razón tenía aquel que dijo: "Lo peor del cristianismo son los cristianos"!

Este ser "metafísico" del cristiano se traduce en un "estilo de vida", algo propio, típico, característico de quien profesa la fe de Cristo.

El cristianismo no es una "Sociedad anónima", sino un "Estandarte levantado entre las naciones" (Is 11,12).

Hombre distinguido...

El cristiano, por el carácter, es también un hombre "distinto".

Distinto, se entiende, de los que no son o no viven conforme al espíritu de Cristo.

El cristiano es "otra cosa".

"Es hombre, y esto es lo que tiene de común con todos los hombres. Es cristiano, y esto es lo que le distingue de muchos" (S. Agustín).

Los buenos cristianos, aun sin pretenderlo, siempre se han distinguido, han llamado la atención, han sobresalido.

¿Y qué es lo que les distingue?

La santidad y el estilo de vida.

En expresión de San Pablo, el cristiano auténtico, es todo un "espectáculo" (1 Cor 4,9).

Primitivamente a los cristianos se les llamaba "santos".

¿Se podría decir lo mismo ahora?

El cristiano es un hombre que, sin querer, "divide".

San Juan habla de aquellos "que de nosotros han salido, pero no eran de los nuestros" (1ª carta 2,19).

El cristiano es un hombre al que se ama o se odia, pero ante quien no se puede quedar "indiferente".

Es un hombre que está en este mundo, pero no es de este mundo. No es "de aquí abajo", sino de "allá arriba", como decía Jesucristo de sí mismo.

Vive como extranjero y peregrino, porque sabe que "no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura" (Heb 13,14).

El cristiano no puede vivir conforme al espíritu del mundo.

"Si fueseis del mundo —dice Jesús— el mundo amaría lo que es suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece... El mundo no puede aborreceros a vosotros, pero a mí me aborrece, porque doy testimonio contra él de que sus obras son malas" (Jn 15, 19; 7,7).

El cristiano es un hombre para quien el mundo está crucificado, como él para el mundo, a ejemplo de San Pablo (Gál 6,14).

Ahora la "consigna" parece ser ésta: "no chocar", "no singularizarse", "no desentonar" ...

El cristiano —según estos nuevos "profetas"— es una persona que "tiene que pasar desapercibida", un hombre "corriente", como los demás...

Con esta mentalidad, muchos cristianos viven más o menos como paganos... profanan el nombre sagrado de cristiano, haciendo blasfemar el Nombre de Dios (Rom 2,24).

Los Santos nos enseñaron todo lo contrario, con la palabra y con el ejemplo.

Fueron hombres, sí. Pero, ¡qué diferentes de los demás!

Cristo era hombre, sí. ¡Pero no "como otro cualquiera"!

La Santísima Virgen era mujer, sí. ¡Pero no "como otra cualquiera"!

El cristianismo es "distinción", no vulgaridad. Es "selección", no masa. Es "grandeza", no mediocridad.

De la misma manera, y más todavía, el sacerdote, el religioso, la religiosa, no pueden ser ni comportarse "como los demás". ¡Es un engaño y una vergüenza! ¡Sal vuelta sosa" que no sirve para nada, sino para ser pisoteada por los hombres! (Mt 5,13).

Hombre comprometido

El cristiano, en fin, en virtud del mismo carácter bautismal es un hombre "comprometido".

¿Comprometido con quién?

Con Cristo, muerto y resucitado.

"Con El hemos sido sepultados por el bautismo, para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (Rom 6,4).

Comprometido, en primer lugar, a tender eficazmente a la santidad, cada uno según su estado.

Comprometido, en segundo lugar, a extender el Reino de Cristo.

Todo lo cual implica una "lucha" a muerte contra el Reino del mal. Lucha que durará hasta el fin de los siglos, cuando Cristo entregue el Reino a su Padre, después de haber puesto definitivamente a sus enemigos bajo sus pies (I Cor 15,25).

Para este fin, es decir, para "combatir el buen combate" (2 Tim 4,7), Dios infunde al cristiano (junto con la gracia santificante) la virtud y el don de la fortaleza, y le unge, como atleta de Cristo, con el sacramento de la Confirmación, que es el sacramento de la virilidad cristiana.

El cristianismo es milicia.

La Iglesia es militante.

El cristiano es un soldado de Cristo.

Cristo Rey exige mucha madurez, mucho temple, mucho aguante. ¡Exige heroísmo!

Por el contrario, el cristianismo actual se siente amenazado y debilitado por tres errores demasiado generalizados:

Un cierto "infantilismo", o falta de adultez.

Un cierto "conformismo", o complejo de inferioridad ante el mundo.

Un cierto "sentimentalismo", o culto excesivo de la sensibilidad.

La poca formación religiosa que se da hoy día, suele ser floja, sin hondura doctrinal.

Más humanista que sobrenatural,

más horizontalista que vertical,

más sensiblera que ascética.

¿Cuáles son las consecuencias?

Una mediocridad, tan "contagiosa" como difícil de curar.

Y con la mediocridad, la ineficacia apostólica.

Y con la ineficacia apostólica, el avance del mal...

Oigamos a Sciacca sacar la "moraleja":

"Espíritus vacíos de cristianismo: ¿De quién es la culpa? La respuesta está pronta: De la civilización moderna, que se ha desprendido cada vez más de la Iglesia y del cristianismo... exacto. Pero, ¿quién tiene la culpa de esa culpa? Para que haya derrota es menester ser por lo menos dos: el que derrota y el que se deja derrotar. Si la civilización moderna ha conseguido obtener el triste y ruinoso privilegio de vencer al cristianismo (quiero decir, en el terreno de la contingencia temporal e histórica), significa que se ha conseguido atajar su curso, que no se ha hecho todo lo que era necesario hacer. Si la civilización moderna representa la crisis del cristianismo, no hay duda de que, por una parte, es ella la responsable de la crisis; pero por otra parte lo son los cristianos (eclesiásticos y laicos), que no han sabido oponer a la razón (embrutecida por la propia exaltación y bloqueada por esa abrumadora esclavitud de sí misma, a la que llama libertad) el 'escándalo' de la fe, la 'locura' de la Cruz, locura de un amor sin límites. La prudencia es indudablemente una virtud, pero no es ni virtud ni cristiana si el cristiano se hace de ella una cómoda mampara para su tibieza y su pereza" ("Iglesia y mundo moderno").

El cristiano, que ha jurado fidelidad a Cristo, no puede "seguir la corriente", ni la moda, ni lo que hace la mayoría, en cuanto se aparte lo más mínimo de las exigencias del Evangelio.

No tiene que hacer caso a nadie, más que a Cristo, a la Iglesia, y a los Santos.

Todo lo que se aparte de esta línea, es sospechoso o falso.

El cristiano será, por caridad, condescendiente en lo accidental, por obtener un bien mayor; pero, en nombre de esa misma caridad, será intransigente en lo esencial.

Será, como la Iglesia, intolerante en la doctrina; pero flexible en sus aplicaciones.

Odiará el pecado y el error, al mismo tiempo que amará al que peca y al que yerra.

Será manso y humilde de corazón, pero no débil, conformista o acomplejado, pues sabe que la verdadera humildad no es otra cosa (como dice Santa Teresa) que "andar en verdad".

Será obediente a todos sus Superiores legítimos, "aun díscolos" (1 Pe 2,18), pero dispuesto en definitiva a "obedecer a Dios antes que a los hombres" (Act 5,29).

Será caritativo, pero sin olvidar que el primer mandamiento le obliga a amar a Dios sobre todas las cosas, y, en segundo lugar, al prójimo por amor de Dios. Amor que se extiende hasta a sus enemigos (Mt 5,44), devolviendo bien por mal, venciendo el mal con el bien, pero sin que el mal dañe al bien. De San Pablo es este consejo: "En nombre de N.S.J.C. os exhortamos a apartaros de todo hermano que viva desordenadamente, y no según las tradiciones que de nosotros recibieron... Y si alguno no obedece a este mandato nuestro que por la epístola os damos, a ése señaladle y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no por eso le miréis como enemigo, antes corregidle como a hermano" (2 Tes 3).

Por ser hombre, el cristiano tiene conciencia de sus limitaciones y pecados, pero no por eso tiene derecho a rebajar el Ideal (cosa frecuente hoy día). Con humildad, pero con valentía, mantendrá siempre bien alta la bandera de la Verdad.

Vivirá, día y noche, en estado de vigilancia, tratando de "discernir los espíritus" y escrutar los "signos de los tiempos".

Sabrá armonizar la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma (Mt 10,16).

Todo lo cual obliga al cristiano a vivir en continua "tensión" por el Reino de los cielos.

Si nunca fue fácil ser cristiano, ¡mucho más difícil es serlo hoy día, frente a la osadía de los malos y la apatía de los buenos!

La vocación cristiana es una vocación al martirio.

El cristiano es un hombre "clavado con Cristo en la cruz" (Gál 2,19).

"Dios a nosotros, los apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como a condenados a muerte, pues hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Hemos venido a ser necios por amor de Cristo, vosotros sabios en Cristo. Nosotros débiles, vosotros fuertes. Vosotros ilustres, nosotros viles. Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados y andamos vagabundos, y penamos trabajando con nuestras manos. Afrentados, bendecimos. Y perseguidos, lo soportamos. Difamados, consolamos. Hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos" (1 Cor 4, 9-13).

¿Qué es la fe? ¡Un 'escándalo'

¿La santidad? ¡Una "locura"!

¿La perseverancia? ¡Un "milagro"!

Oigamos de nuevo a Sciacca: "La fe tiene el deber de escandalizar. Una fe que no sea 'escándalo', que no 'provoque escándalo', no es fe, sino una ceremonia de reglamento; no es la espina que llega hasta lo más hondo del espíritu, sino la muelle almohada que invita al reposo hasta a los que más vigilan; no es la guerra que Cristo ha traído a la tierra, sino la 'falsa paz', como dice Pascal, del que no estando en guerra consigo mismo, está en paz con el pecado. Nunca tal vez, como hoy, desde la época del escándalo absoluto para el rescate del primer pecado, ha sido tan necesaria esta necesidad..." (óp. cit.).

El verdadero cristianismo ha sido y será siempre perseguido.

"Si a Mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros", afirma Cristo (Jn 15,20).

La "quinta nota" de la Iglesia es: "perseguida". ¡Gloria y honor a la "Iglesia del silencio"!

Un cristiano que "vive en paz con todos", y que nunca es perseguido, no tiene de cristiano más que el nombre.

En la persecución está precisamente la señal y la garantía de su pertenencia total a Cristo.

El soldado se gloría de sus heridas, signo de su amor a la Patria.

El cristiano se gloría en su cruz, signo de su amor a Jesucristo.

"Que ninguno padezca por homicida, o por ladrón, o por malhechor, o por entrometido. Más si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este Nombre" (1 Pe 4,15).

Es una bienaventuranza ser perseguido por el Evangelio (Mt 5,10).

El cristiano será perseguido si está "definido".

¡No puede ser "neutral" sin traicionar a Cristo!

En la Historia del Cristianismo hay páginas estremecedoras y bellísimas, escritas con sangre por aquellas pléyades de cristianos, gigantes en santidad, que hicieron temblar a los paganos y asombraron y convirtieron al mundo.

Miles de confesores, de clérigos y Obispos, de Fundadores y Reformadores, de solitarios y misioneros, de mujeres ejemplares, vírgenes, viudas y madres...

¿Y qué decir de los mártires?

¡Cómo defendieron y publicaron su fe, ante jueces y emperadores, soportando cárceles y tormentos, rechazando sobornos, víctimas de engaños y traiciones, cantando y perdonando, alabando a Dios, y dejándose despedazar entre los dientes y las garras de las fieras...!

¡Qué cristianos, para vergüenza nuestra!

¿Y la primitiva comunidad cristiana?

"La muchedumbre de los que habían creído tenían un solo corazón y una sola alma, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común... diariamente acudían unánimemente al templo, partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios en medio del

general favor del pueblo... eran asiduos a la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones... y hablaban la palabra de Dios con libertad" (Act 2-4)

¡Qué lección para nosotros, cristianos del siglo XX!

¡Qué programa de vida!

¡Qué pauta para un buen examen de conciencia!...

El cristianismo no es para gente cómoda y burguesa.

Exige fe y coraje.

Fe, para seguir adelante, a pesar de todo, sabiendo que Jesús es fiel a sus promesas.

Y coraje, para no aflojar en esta lucha contra nosotros mismos y contra los enemigos de Cristo y de nuestra Santa Madre Iglesia.

¡El Cristianismo os optimismo y alegría!

Es Fuego de Pentecostés.

Es —en expresión feliz de Donoso Cortés— una "Revolución dichosa". "Revolución", porque transformó radicalmente al hombre (y con él la familia y la sociedad) haciéndole considerar las cosas de una manera totalmente "nueva". Es la doctrina de las bienaventuranzas.

"Dichosa", porque fue la única capaz de levantar al hombre del abismo del pecado, hasta meterlo en el seno mismo de Dios, convirtiéndolo de desgraciado en eternamente bienaventurado.

¡Una "revolución" de Amor!

Esto es el cristianismo.

Y el cristiano, una llama viva de ese Fuego Sagrado que Cristo vino a traer a la tierra...

¿Y qué otra cosa quiere, sino que arda?

(1976)

40 La esencia del Cristianismo

Santo Tomás nos enseña a definir las cosas por su esencia, es decir, aquello por lo cual una cosa es lo que es y no otra cosa.

Hemos de tener ideas claras y distintas, a fin de no incurrir en la ambigüedad o en el equívoco, caldo de cultivo del error y de la herejía.

Lamentablemente hoy día el menosprecio y el abandono de la Teología y de la Metafísica ha producido un obscurecimiento de la inteligencia y una especie de nominalismo doctrinal, que ha desembocado inevitablemente en este confusionismo en que vivimos, cuyas consecuencias, en todos los órdenes, están a la vista... La más grave de todas, sin lugar a dudas, es la crisis de Fe, que parece uno de los signos de nuestra época. "Numerosos fieles —advertía Pablo VI— se sienten turbados en su Fe, por una acumulación de ambigüedades, de incertidumbres y de dudas en cosas esenciales" (8-XII-70).

Con la palabra "cristianismo" ha ocurrido lo mismo que con cualquier otro vocablo: ha sufrido también la erosión del tiempo, siendo utilizada tendenciosamente.

Al hablar de "esencia del cristianismo" queremos expresar aquella o aquellas notas que lo definen y lo distinguen de todas las demás religiones, por más que se den lógicamente, en mayor o menor medida, ciertas coincidencias o aproximaciones.

Y comencemos por decir, a la vista de las principales corrientes heterodoxas del pensamiento, lo que no es la esencia del cristianismo.

Para unos, el cristianismo vendría a ser simplemente la relación de cada hombre, no con Dios, sino con la "idea" que se ha formado de Dios, un dios abstracto, intrascendente, inoperante... ¡e inexistente!

Como dice la Sagrada Escritura: "Si es el hombre el que se hace los dioses, entonces no son dioses" (Jer 16,20).

La Revelación no sería más que la evolución de la conciencia, adquirida por el hombre, de su relación para con Dios.

Cristo no sería sino el símbolo de la unidad o síntesis de lo humano y de lo divino.

El cristianismo no sería otra cosa que un "momento dialéctico" de la Evolución del Espíritu Absoluto.

La Divina Providencia es sustituida por las leyes de la naturaleza, y la Escatología es sustituida por la idea de un Progreso sin fin...

En consecuencia, habrá tantos dioses como creaciones de la imaginación, y cada cual dará a su dios (que, en realidad es él mismo) el culto que le parece y que le conviene... ¡por supuesto, un culto fácil y cómodo, el mejor para aquietar su mala conciencia o disimular su ignorancia, para engañarse y engañar a los demás...!

Cada cual servirá a su dios a su manera, según su conciencia...

Ya no es Dios el que crea al hombre a su imagen y semejanza; sino el hombre el que crea a Dios. ¡Y luego vendrá el marxismo para decirnos que la religión es "el opio" del pueblo, y que Dios es producto de una "alienación" religiosa!

Para otros, el cristianismo queda reducido a una ética meramente natural.

Aquí se trata de una "fe racional", que nos enseña a obrar moralmente bien y a creer que de esta manera obramos "como si" cumpliéramos la voluntad de Dios.

"Fuera de una buena conducta —dice Manuel Kant— todo lo que los hombres creen poder practicar para hacerse agradable a Dios es pura ilusión religiosa y falso culto".

Lo importante —como dicen— es obrar bien, darse, solidarizarse con y sacrificarse por la humanidad, ir por el mundo gritando: ¡Dios es nuestro padre y todos somos hermanos!

¡Lo mismo da San Agustín o Santo Tomás que Gandhi, Tagore o Lutero King!

Es así como la caridad cristiana, virtud teologal, viene a confundirse con el amor natural o la pura filantropía.

Y Cristo, como otros tantos personajes de la Historia, no sería más que un hombre lleno de cualidades humanas, o, a lo sumo, "lleno de Dios", un humanista, un revolucionario o simplemente un "amigo" ...

El Evangelio, interpretado en base de las categorías de la filosofía racionalista, queda reducido a un simple DEÍSMO, es decir a una religión basada únicamente en los principios de la razón.

Para otros, en fin, el cristianismo no es más que un "sentimiento", que brota de la obscuridad de la conciencia, provocado por cierto impulso, indigencia o intuición de lo divino.

La esencia de toda religión sería, pues, en definitiva, una cuestión puramente sentimental.

Esta concepción de la Religión, mezclada frecuentemente con cierto sentimiento estético, es característica del romanticismo, antiguo y moderno, y aparece lógicamente como reacción contra la idea religiosa, teórica y fría, del racionalismo.

Frutos amargos de este sentimentalismo fueron entre otros, el pietismo en el campo protestante y el quietismo, en el católico.

El primero, rechazando el Dogma y la Jerarquía, desemboca en el individualismo sectario.

El segundo, rechazando la ascética y la experiencia de los Santos, desemboca en un pseudo-misticismo y en diversas y hasta repugnantes formas de sensualismo.

He aquí, en síntesis, las tres grandes deformaciones de la idea religiosa (naturalmente condenadas por la Iglesia), con infinidad de formas y matices.

Por eso, al definir esencialmente el cristianismo, hemos de comenzar por una afirmación rotunda: "el cristianismo es una Religión Revelada".

La Revelación es la manifestación hecha por Dios de Sí mismo y del Misterio de su Voluntad, mediante una acción indebida a la naturaleza creada y superior a las posibilidades de ésta.

El cristianismo es, pues, una Religión sobrenatural.

El hombre fue creado y elevado gratuitamente por Dios a un Fin sobrenatural, para lo cual recibió del Creador un organismo proporcionado: la gracia santificante, junto con las virtudes infusas (teologales y morales) y los dones del Espíritu Santo.

Es así como el hombre fue hecho hijo adoptivo de Dios y heredero del Cielo, para compartir la naturaleza divina (2 Pe 1,4) y alcanzar la eterna felicidad.

Ahora se entenderá mejor por qué el Naturalismo es la gran Herejía y uno de los signos de nuestro tiempo, en todos los niveles, filosófico, moral, político, social y religioso.

El Naturalismo es la negación del Orden Sobrenatural: de la gracia y de la gloria.

El Naturalismo es el orgullo del hombre, que pretende ridículamente alcanzar su plenitud en esta vida y el Fin último en la otra, apoyado únicamente en las fuerzas naturales de su inteligencia y voluntad, sin contar para nada con los auxilios sobrenaturales.

En esta tentación precisamente cayeron nuestros primeros padres en el paraíso, seducidos por la palabra ilusoria de la serpiente: "¡Seréis como Dios!" (Gén 3,5).

Dice Santo Tomás que el hombre apeteció la semejanza con Dios primeramente en el orden del conocimiento en cuanto que "quiso determinar con las fuerzas naturales qué era bueno y qué era malo; y qué cosas buenas o malas habían de acontecer". En segundo lugar, "tratando de conseguir la bienaventuranza por sus propias energías" (2-2, 163, 2).

Más aún, tendríamos que remontarnos hasta el mismo Lucifer, ¡el primero y más insigne liberal de la Historia!, que pretendió también asemejarse a Dios, como enseña el Doctor Angélico: "Su deseo de ser semejante a Dios consistió en apetecer como fin último de la bienaventuranza las cosas que podía conseguir por la virtud de su naturaleza, desviando por ello su apetito de la bienaventuranza sobrenatural, que proviene de la gracia de Dios; o si deseó como último fin la semejanza con dios que proviene de la gracia, quiso alcanzarla por la virtud de su naturaleza, y no con el auxilio divino, según la disposición de Dios" (1,63,3).

Ambos —el demonio y el hombre—" quisieron equipararse a Dios, en cuanto que, despreciando la Ley divina, trataron de constituirse en norma de sí mismos".

¡Dios es el único Ser que es absolutamente feliz por el solo hecho de existir!

Nada hay más radicalmente opuesto al cristianismo que el Naturalismo.

Pablo VI lanzó este grito de alarma en su primera encíclica: "El Naturalismo amenaza con vaciar por entero la concepción original del cristianismo" ("Ecclesiam suam").

Existe un Naturalismo teórico o científico, y un Naturalismo práctico o vulgar.

Aún dentro del campo católico (sin excluir a ciertos eclesiásticos), ¡cuánto naturalismo, no pocas veces, en criterios y modos de pensar, en la enseñanza religiosa y predicación evangélica, en la interpretación de la Sagrada Escritura, en la catequesis, y, en general, en la vida ordinaria!

¡Este proceso de desacralización ha llegado a extremos verdaderamente alarmantes!

Ciertos "teólogos" progresistas han llegado a elaborar una nueva Cristología, fundada en la antropología, cuando debería ser al revés.

El Naturalismo se conviene en Humanismo... y finalmente en Panteísmo: "la Naturaleza es Dios".

Y surge el engendro de una encarnación "invertida": ¡ya no es Dios quien se hace hombre, sino el hombre que se hace Dios!...

No hay que confundir Naturaleza con Naturalismo. La Naturaleza es buena, en cuanto creada por Dios y reformada por Cristo; pero es mala, en cuanto caída por el pecado.

Queda claro, por consiguiente, que no se condena la Naturaleza, sino el Naturalismo. Tampoco hemos de caer en el error opuesto: el falso sobrenaturalismo, iluminismo o pseudo misticismo, que, con pretexto de afirmar lo sobrenatural, niega lo natural, o considera la Naturaleza intrínsecamente corrompida.

La Verdad revelada nos enseña el justo equilibrio, la armonía de lo humano y de lo divino, de la naturaleza y de la gracia, de la materia y del espíritu, cuyo ejemplar perfectísimo es Jesucristo.

La Revelación, además de sobrenatural es universal, es decir, abierta a todos los hombres de buena voluntad.

Más aún, es absolutamente necesaria para salvarse, y, en la economía actual, moralmente necesaria para que todos los hombres, con facilidad, firme certeza, sin error alguno y por mucho tiempo, puedan conocer las verdades de la Religión natural, y, con mayor razón, ponerlas en práctica (Vaticano I).

La Revelación es, además progresiva, comenzando ya en el paraíso terrenal, y continuando a lo largo de todo el Antiguo Testamento, mediante los Patriarcas y los Profetas, hasta llegar a Cristo.

En Cristo llega a su plenitud la Revelación divina.

"Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas. Ahora en esta etapa final nos ha hablado por el Hijo (Heb 1,2). Pues envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbrara a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios. El, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la Revelación y la confirma con testimonio divino" (Vaticano II, "Dei Verbum", 4).

Llegamos aquí a la médula de la Religión Cristiana, al fondo de nuestro artículo.

La esencia del cristianismo consiste concretamente en esto: en seguir a la Persona misma de Cristo.

Seguirlo por amor y por ser El quien es: el Hijo de Dios hecho hombre; seguirlo para compartir su vida y su misión; seguirlo para "estar con Él" (Mc 3,14) y para llegar a ser una misma cosa con El (cfr. Jn 17,21 ss.); seguirlo sin condiciones, con todas las consecuencias... hasta la muerte.

Jesús llama a todos, no "en general" y en abstracto, sino en concreto y de un modo muy personal.

Jesús llama con todo el peso de su Autoridad y todo el encanto de su Personalidad humano-divina.

Jesús llama porque El, en cuanto Dios, es el único Fin; y, en cuanto Hombre, es el único Camino.

Ser-cristiano es, por consiguiente, una cuestión ante todo interpersonal, la respuesta, consciente y responsable, a una vocación divina, en una palabra, un compromiso libre, serio, sagrado.

Es evidente que la iniciativa parte siempre del Señor. Él llama, y El da la gracia para seguirlo.

Lo primero que Jesús exige es un acto de Fe: creer que es Dios-Salvador, creer lo que nos dice, aunque no lo entendamos; y fiarse de Él cumpliendo todo lo que mande.

"¡Yo sé a quién me he confiado!", exclamaba San Pablo (2 Tim 1, 12).

¡Cristo vive!

¡Cristo llama!

¡Cristo vuelve!

He aquí la síntesis del Evangelio: el alimento de nuestra fe, de nuestra caridad y de nuestra esperanza.

Pero el "sí" a Cristo supone un NO a muchas otras cosas.

Este es el aspecto que, de alguna manera, podríamos llamar negativo del cristianismo.

NO al pecado, que equivale a decir:

No a las concupiscencias de la carne.

No a las sugestiones del demonio.

No al espíritu mundano.

En consecuencia, Cristo exige un cambio: cambio de mentalidad y cambio de vida. En una palabra: romper con el pasado. Este es el significado de la verdadera conversión.

El cristiano ya no puede pensar y actuar como antes o como un hombre cualquiera o como se le antoje. ¡Está "comprometido"!

La palabra de Jesús es tajante y no admire "acomodaciones": "Si alguno viene a Mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a los hermanos, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo" (Lc 14, 26).

¡Es el lenguaje del amor!

¡Del amor de un Dios que se da enteramente por amor; hasta la locura de la cruz!

¡Y que no puede tolerar "rivales"!

Esta es la "poda", dolorosa, pero saludable y necesaria, para que la vid dé mucho fruto (cfr. Jn 15).

¡Qué poco se insiste hoy día en el valor de la mortificación, como condición absolutamente indispensable para la salvación y más todavía para la unión íntima con Dios!

Toda forma de espiritualidad que menosprecie este aspecto del cristianismo, es cuanto menos, sospechosa...

Como dice Tomás de Kempis: "Si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salvación de los hombres que el padecer, Cristo lo hubiera declarado con su doctrina y con su ejemplo" ("Imitación de Cristo" II, 12).

Esta purificación abarca todo el hombre, vale decir, la parte sensitiva y la parte espiritual; y comprende dos grandes etapas: la activa (con la gracia ordinaria) y la pasiva (con gracias extraordinarias).

Cristo Rey llama al combate espiritual, hasta que, muriendo el hombre viejo, seamos transformados en el nuevo.

El cristianismo estará siempre marcado, digan lo que digan cienos falsos doctores, por la "puerta estrecha" (Mt 7,7), conforme a la doctrina del Evangelio.

Sin ascética no hay mística. Y la mística es el Ideal más alto a que se puede llegar en esta vida, el último fruto, ¡el más sabroso!, de la Creación y de la Redención.

Después de la vía purgativa, comienza la iluminativa, denominada así porque Jesús, que es la Luz, ilumina el alma, haciéndola entender lo que antes no entendía, ya que "el hombre camal no puede entender las cosas que son del Espíritu de Dios" (1 Cor 2, 14).

Dice San Juan de la Cruz que "así como las cavernas son profundas y de muchos senos, así cada misterio de los que hay en Cristo es profundísimo en sabiduría y tiene muchos senos de juicios suyos ocultos de predestinación y presciencia en los hijos de los hombres. Tanto, que, por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender, y así hay mucho que ahondar en Cristo; porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van en cada seno hallando nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá" (Cántico 37).

Las "categorías" del Evangelio están por encima de las de la Filosofía.

El lenguaje de Jesús es muy distinto del lenguaje del mundo.

La Fe es una "súper-lógica" que trasciende toda lógica humana.

"Si no creyereis no entenderéis", dice Dios por Isaías (7, 9).

A medida que el alma va siendo purificada e iluminada, va entrando en la vía unitiva, donde se realiza la experiencia más sublime e inefable que criatura alguna puede hacer en este mundo: el desposorio místico con Cristo. Lo cual —dice San Juan de la Cruz— es "una transformación total en el Amado, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida" (Cántico 22).

Mas, ¡hay!, ¡cuán pocos lo comprenden y lo gustan!

Este proceso de "cristificación" es lento y muy penoso, pero, a la vez, apasionante.

Cristo, poco a poco, se va apoderando del alma, de sus potencias y sentidos, hasta conquistarla total y definitivamente.

¡Es el "juego" del amor, en el que el vencedor es el vencido, y el vencido, el vencedor!

"Tú me sedujiste, Yahvé, y yo me dejé seducir,

¡Tú eras el más fuerte, y fui vencido!" (Jer 20,7).

Santa Teresa lo expresa así, con ese su estilo envidiable:

"Cuando el dulce Cazador

me tiró y dejó herida,

en los brazos del Amor

mi alma quedó rendida,

y cobrando nueva vida

de tal manera he trocado

que mi Amado es para mí

y yo soy para mi Amado".

Es sobre todo en la comunión eucarística donde el alma es purificada, iluminada y transformada en Cristo, el Esposo.

Saboreemos estas dulcísimas palabras de Jesús en la alegoría de la vid:

"Como el Padre me amó, Yo también os he amado: permaneced en mi amor... Esto os lo digo para que Yo me goce en vosotros y vuestro gozo sea cumplido" (Jn 15,9).

¡Este gozo es un gusto anticipado del cielo!

¡Y la quinta-esencia del cristianismo!

Si es verdad que el hombre no puede separar lo que Dios ha unido (cfr. Mt 19,6), entonces es esencial al cristianismo la devoción a la Santísima Virgen.

¡No se puede ser cristiano sin ser mariano!

La Virgen es el camino providencial para ir a Cristo, su Divino Hijo.

¡El camino más corto, más seguro y más dulce!

A medida que se va santificando, el cristiano se convierte en testigo de Cristo:

"Y vosotros daréis también testimonio, porque desde el principio estáis conmigo" (Jn 15,27).

Este testimonio es triple: de la palabra, del ejemplo, y de la sangre (tomando este último, al menos en sentido incruento).

"Si el martirio es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia" ("Lumen Gentium", 42).

El cristiano tiene que transmitir su experiencia de Cristo, dondequiera que esté, "a tiempo y a destiempo" (2 Tim 4,2).

El apostolado es una exigencia grave del bautismo, razón por la cual exclamaba San Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizare!" (1 Cor 9,16).

La evangelización es esencial al cristianismo y es la "vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" ("Evangelii nuntiandi", 14).

El cristiano es un comprometido y un enviado a una misión que le trasciende: "Establecer rectamente todo el Orden Temporal y ordenarlo a Dios por Jesucristo" (Vaticano II), "pues es preciso que El reine,

hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Cor 15,25), porque "a El sujetó (el Padre) todas las cosas bajo sus pies y le puso por Cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su Cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo" *(Ef* 1,22).

Por eso es necesario añadir y subrayar con fuerza estas palabras del Apóstol: *"en la Iglesia".*

No hay cristianismo, no hay Salvación, no hay Glorificación de Dios, Uno y Trino, fuera de la Iglesia.

Seguir a Cristo equivale a pertenecer a su "Grupo".

Cristo y la Iglesia son inseparables.

Y aunque es verdad que se puede ser cristiano sin ser católico, no es menos verdad que la plenitud del cristianismo se da únicamente en el Catolicismo, y, por consiguiente, que el cristianismo auténtico se halla necesariamente en la Iglesia Católica.

No se puede ser cristiano de verdad sin *sentir con la Iglesia.*

Lo cual significa también que el cristiano tiene que evangelizar en nombre y bajo la autoridad de la Iglesia, en comunión con sus Pastores (los primeros responsables de la Evangelización) y no en nombre propio o por inspiración personal.

"Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial" ("Evangelii nuntiandi", 60).

La devoción y fidelidad al *Papa,* Vicario de Cristo en la tierra y Cabeza visible de la Iglesia, es otra nota esencial y distintiva del cristianismo auténtico.

...Y así seguiríamos llenando páginas y más páginas, si quisiéramos agotar toda la esencia del cristianismo, tarea prácticamente imposible, y fuera de nuestro alcance.

San Ignacio hizo la proeza de condensar todo el Evangelio en el sucinto esquema de sus *Ejercicios,* pero no para ser leídos o enseñados, sino para ser "vividos".

Porque en realidad no existe otra definición de la Religión Cristiana que el testimonio vivo de los Santos, comenzando por el mismo Cristo.

(1984)

41 Tradicionalismo mal entendido

El Padre Superior recibía hace meses una carta de un celoso sacerdote, amigo de la Obra, redactada en estos términos: "...quisiera saber si Uds. adoptarán o no esta. 'nueva Misa', que mejor sería llamar una 'cena protestante'... Por mi parte, yo la rechazo absolutamente como una cosa muy mala, que no puedo aceptar en conciencia, a menos que sea enteramente modificada... Si Uds. creen no poder seguirme por este camino, yo respetaré su decisión, como yo les pido que respeten la mía, pero no podré enviarles mis feligreses (a la tanda de Ejercicios), sintiéndolo mucho" ...

¿Qué pensamos nosotros acerca del **"Nuevo rito de la Misa" ...?**

Pues que lo aceptamos plenamente, sin desconfianza, sin análisis críticos, sin hacer de ello -como muchos- un "drama" ... Con el respeto y el cariño que un buen hijo debe sentir instintivamente por todo aquello que manda o simplemente propone la Santa Madre Iglesia Jerárquica.

Creemos que la Iglesia y el Papa hacen lo que deben, y piensan lo que hacen.
Porque somos "tradicionales" amamos y aceptamos **todo** lo nuevo (¡no pocas veces más viejo de lo que pensamos!), cuando el Papa lo firma o la Iglesia lo "canoniza". No confundimos "tradición" y "costumbre".
Porque somos "tradicionales", queremos **toda** la Tradición, y. por consiguiente, también las **nuevas** reformas litúrgicas.
Porque somos "tradicionales", seguimos el consejo de San Ignacio: "Alabar finalmente **todos** los preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo pronto para buscar razones en su defensa, y en ninguna manera en su ofensa" (Ejercicios N 361).
Y si alguno nos demostrase que era mejor lo de antes...
Entonces le responderíamos caritativamente con estas certeras palabras de un intelectual católico: "La Iglesia es Maestra, y si decide cambiar un rito, aun contra mi parecer, me considero feliz haciéndole la oblación de mi gusto" ...

(1970)

42 ¿Qué espera Ud. del sacerdote de hoy...?

Hoy día el sacerdote, como se dice, es "noticia" ... el sacerdote está en el "banquillo" de la discusión, es el blanco de las miradas de todos, y objeto de las más variadas críticas y comentarios... En verdad podríamos decir aquellas palabras del Apóstol San Pablo: "Hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres..." (1 Cor 4,9).

¿Qué espera el mundo del sacerdote de hoy...?

— Unos... ¡pues no esperan nada! Se han decepcionado, se han enojado, se han escandalizado... Confieso que, en parte, tienen razón...

- Otros esperan ver en el sacerdote un hombre exactamente igual como otro cualquiera; es decir, un funcionario, un trabajador, un abogado, un médico... soltero o casado, ¡es lo mismo!, el caso es que está "comprometido", como dicen, en las cosas temporales.

— Otros esperan un hombre que les resuelva, ante todo, los problemas materiales, que son, en realidad, los únicos que les interesan.. - aunque aparentemente para "introducirse", finjan ciertas preocupaciones por lo espiritual. Van en busca de plata o de recomendación... no de Cristo y, de la Verdad.

- Otros lo que esperan del sacerdote es una "excusa. Quiero decir, un amigo con las mismas ideas, que disminuya la gravedad de ciertos desórdenes, de ciertas situaciones poco recomendables, que nos diga que eso que hacemos no es pecado... en una palabra: un abogado defensor de "manga ancha".

— Para otros, el sacerdote no debe entrometerse para nada en los asuntos temporales. Debe limitarse

al orden estrictamente espiritual. Es decir, ocuparse del templo y de la sacristía... ¡y nada más!

— Hay otros que exigen del sacerdote un hombre que sea infalible e impecable, como si tuviera una naturaleza angélica y no humana. Son terriblemente exigentes con él, continuamente a la caza de

defectos... ¡no le perdonan nada!

— Hay otros, en fin, y son estos los únicos que poseen toda la verdad, que esperan del sacerdote el "hombre de Dios y de los hombres"; una encarnación viviente de Cristo; un hombre preocupado de entablar con el mundo el auténtico diálogo de la salvación; "encarnado", sí, en lo temporal, pero al mismo tiempo trascendente" y sobrenatural, como Cristo y la Iglesia. Un hombre que está en el mundo pero que no es del mundo. Un hombre que no confunde caridad con filantropía, adaptación con mundanización, pastoral con turismo, comprensión con complicidad, carisma con originalidad, desobediencia con autenticidad. Un hombre que antepone Dios a los hombres, la santidad a la ciencia, la teología a la psicología, la contemplación a la acción, la administración de los sacramentos a la sociología. Un hombre, en fin, crucificado, signo sensible (aun en su modo de vestir, de hablar y de alternar), de Cristo muerto y resucitado, presente entre los hombres; una Eucaristía viviente que se deja "comer" por sus hermanos; un profeta que anuncia la Vida eterna; un portavoz fiel de la Palabra de Dios, que no quita ni añade nada al Evangelio; un **padre** que va sembrando amor; una víctima inmolada que se consume en el silencio por la gloria de Dios.

(1970)

IV La Fundación

43 Una nueva Fundación

"In silentio et in spe"

El Instituto "Cristo Rey" nace humildemente, en esta "hora crítica", de un sublime Ideal, de una gran Pasión, de una urgente Necesidad: La Realeza de nuestro Señor Jesucristo: "Porque el Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del

Hijo de su amor" (Col 1,13).

"Porque es preciso que El reine, hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies" (1 Cor 15,25).

"Porque de Él, y por El, y para El son todas las cosas. ¡A Él la gloria por los siglos! ¡Amén!" (Rom 11,36).

Trabajar con fe y sin descanso, para que Cristo reine: **en las inteligencias**, por la Doctrina de la Verdad, **en los corazones**, por la Santidad de vida, **en la sociedad**, por el reconocimiento público de su Autoridad divina y la obediencia a su suavísimo Imperio. Devolver a Cristo su corona, que le pertenece por Derecho propio, y que le ha sido arrebatada por los "grandes" de este mundo.

Re cristianizar todo el Orden temporal, haciéndonos eco del mensaje enardecido de nuestro Santo Padre, Juan Pablo II, el día de la inauguración oficial de su pontificado: "¡No temáis! ¡Abrid más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Abrid a su Potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo!"

La fe y la experiencia han demostrado siempre que la causa principal de todos los males, en todas las épocas, ha sido, en definitiva, el rechazo de nuestro Rey divino.

¡Únicamente en el Reinado de Cristo habrá justicia, amor, libertad, concordia y paz!

¡No se respetarán nunca los derechos humanos, mientras no se respeten antes los Derechos divinos!

Este fue el motivo que impulsó al Papa Pío XI a escribir aquella monumental encíclica "Quas primas", carta magna de la Realeza de Cristo, ¡tan olvidada y de tanta actualidad!, que Pablo VI nos recomienda "releer y estudiar" en esta época del post-Concilio (28-XI-76). "¡No queremos que Este reine sobre nosotros!" (Lc 19,14), es el grito impío del mundo moderno, dominado en gran parte por la Sinarquía, disfrazada con mil nombres distintos.

A raíz y a consecuencia del pecado de origen "el misterio de iniquidad está ya en acción" (2 Tes 2,7), "la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu" (Gál 5,17), y "el mundo está todo puesto bajo el Maligno" (1 Jn 5,19).

Mundo, demonio y carne: ¡he aquí los tres implacables adversarios del Reino de Cristo!

¡El demonio, con sus dos grandes "aliados", ha desafiado a Dios! Y "para esto apareció el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo" (1 Jn 3,8).

Jesús proclamó solemnemente ante Poncio Pilato su Soberanía universal y absoluta, individual y social, espiritual y temporal, pero añadió enseguida: "Mi Reino no es de este mundo" (Jn 18,36).

¡Esta confesión fue su sentencia de muerte y le costó la vida! Su triunfo total y definitivo tendrá lugar el día del Juicio Final, fin del tiempo y apoteosis del Plan divino.

¡Será nuestro día! El Apocalipsis es la "clave" para descubrir el sentido de la Historia, y el anuncio de "las cosas que han de suceder pronto" ... ¡Cristo vuelve!

Es la "gran Noticia", que nos da fuerzas y alegría para seguir adelante, caminando hacia el Cielo, la Tierra prometida, en íntima comunión con la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, Sacramento universal de salvación...

Ahora bien, si comparamos el Ideal con la realidad (¡no somos "idealistas"!), comprenderemos mejor aquella consigna de Pío XII, lanzada a los cuatro vientos: "¡Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos!"

Lo cual equivale a decir que hay que comenzar por la conversión del hombre, cimiento de la familia, de la sociedad y de la Iglesia.

Y no puede haber "hombre" si no está enraizado y edificado en Cristo (cfr. Col 2,7).

De ahí que el principal objetivo de este Instituto, su primer apostolado, consistirá en servir a los Sacerdotes, ayudándoles en su renovación espiritual, formación doctrinal y ministerio pastoral, dada su tremenda responsabilidad e influencia, razón por la cual están llamados a una mayor santidad...

Porque "si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se la salará?, ¡para nada sirve ya, sino para tirarla y ser pisoteada por los hombres!" (Mt 5,13).

Queremos responder al deseo de la Iglesia, expresado en estas palabras: "Los Sacerdotes seculares tienen necesidad de encontrar en la contemplación la fuerza y el apoyo necesarios para su apostolado. Como en el pasado, debe ser normal que encuentren para esto un apoyo en religiosos experimentados, así como en monasterios dispuestos a acogerlos para Ejercicios Espirituales y para períodos de recogimiento y de renovación espiritual" (S.C.R., 12-VIII-80).

Dígase lo mismo de los religiosos y de los aspirantes al sacerdocio.

Misión preferencial nuestra será también el regentear cátedras de Teología, Filosofía y Espiritualidad, en los Seminarios y Escolasticados.

Para tal fin, los Sacerdotes que lo soliciten podrán mantener un vínculo espiritual y fraternal más estrecho con el Instituto, a modo de "adscritos".

Queremos ser abiertos al clero diocesano y religioso, trabajando por lograr una auténtica fraternidad sacerdotal.

En segundo lugar, el Instituto se dedica a la santificación, formación y organización de los laicos (preferentemente hombres) de toda clase y condición, aunque prestando una atención particular a aquellos que tengan más capacidad de entrega y mayor influencia profesional y político-social.

Esta es la razón de ser de la Legión de Cristo Rey (con sus dos ramas, masculina y femenina), asociación de apostolado laical, dependiente del Instituto y consagrada al mismo Ideal.

Sus responsables se comprometen a cumplir los respectivos Estatutos, tendiendo efectivamente a la práctica de los consejos evangélicos dentro de su propio estado ("Lumen Gentium", 42), y a dedicar todo el tiempo disponible a las actividades peculiares de Legión, llevando una vida de mayor renuncia por seguir a Cristo más de cerca.

Se formarán en la escuela de San Ignacio y de Santa Teresa.

Legionarias y Legionarios serán sensibles a las necesidades de la Iglesia universal, y colaborarán con "sentido de diócesis" ("Apostolicam actuositatem", 10) con las demás obras y asociaciones de apostolado, utilizando únicamente medios sobrenaturales, como la catequesis, convivencias, grupos de oración, cursos de cultura católica, y, sobre todo, los Retiros espirituales. Legionarias y Legionarios tienen que ser forjadores de una Civilización Cristiana. Consideren que "es preciso que los laicos acepten como obligación propia el instaurar el orden temporal y el actuar directamente y de forma concreta en dicho orden, dirigidos por la luz del Evangelio y la mente de la Iglesia, y movidos por la caridad cristiana" (A.a., 7).

Y también que "hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que hoy día es particularmente necesaria para el pueblo, y sobre todo para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad política" (G. et s., *75).*

Legionarias y Legionarios se han de proponer hacer una experiencia maravillosa: reproducir la vida de los primeros cristianos, que "eran asiduos a la enseñanza de los Apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones... vivían unidos..., partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, y tenían un solo corazón y una sola alma" (Act 2.4).

De esta manera tratarán de purificar el ambiente y saturarlo con el espíritu de las Bienaventuranzas.

Además del clero y del laicado, el Instituto se dedica, en tercer lugar, con una particular atención, a la formación espiritual y doctrinal de los miembros de las Fuerzas Armadas, cuya influencia y responsabilidad en la conducción de los pueblos es sobradamente manifiesta.

El apostolado castrense resulta, en efecto, indispensable para instaurar la Realeza Social de Cristo.

Catolicismo y Patria deben permanecer inseparables.

¡Es el sello de nuestros pueblos hispanoamericanos, la herencia preciosa de la antigua Cristiandad!

Para esta misión se preparan los Sacerdotes y Hermanos del Instituto Cristo Rey.

¿Cómo podríamos hacer reinar a Cristo en los demás, sino reina antes efectivamente en todos y cada uno de nosotros?

La substancia de nuestra vocación religiosa consiste en la profesión de los tres votos, de pobreza, castidad y obediencia; en la estricta observancia de las Reglas; y en la vida común.

Este es, en síntesis, nuestro programa: **Santidad - Doctrina - Acción.**

I Santidad

Ante todo, nuestra propia santificación personal. El estilo de nuestras comunidades deberá ser el de la vida monástica: "Monjes dentro y apóstoles fuera".

Vida escondida de oración, penitencia, estudio, trabajo y silencio..., en una palabra: vivir la "espiritualidad del desierto".

Insistiremos en la lucha ascética, condición necesaria para el desarrollo de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo.

Celebraremos con fruición y esplendor la Sagrada Liturgia: el Santo Sacrificio de la Misa, la Adoración Eucarística y el Oficio de las horas.

Gozaremos saboreando y profundizando la Palabra de Dios, sobre todo el Evangelio, a fin de conocer íntimamente, enamorarnos y tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (Flp *2,5),* en especial su mansedumbre y humildad (Mt 11,29).

Los miembros del Instituto deberán distinguirse por una devoción substancial y tierna a la Santísima Virgen, nuestra Madre y Reina, consagrándonos a Ella en cuerpo y alma.

Los Santos serán nuestros modelos en particular los que hemos elegido por Patronos. A ellos tenemos que imitar, y "más nos deben mover para aprovechar, que la muchedumbre de los tibios para aflojar y decaer" (Kempis I, 18).

Asimismo, hemos de practicar la devoción a los Ángeles, que nos enseñan a vivir en la presencia de Dios, a ayudar al prójimo y a defendernos contra los espíritus malignos.

Cultivaremos con predilección el canto gregoriano, ¡música de ángeles!, propio de la liturgia romana, y, en general, la música sagrada, tesoros de la Iglesia, sacrificio de suave olor a Dios, medio eficacísimo de contemplación y apostolado, y expresión de júbilo de un corazón que ha elegido la mejor parte.

En la acción litúrgica, junto con la lengua vernácula, conservaremos la bella lengua latina, lengua oficial de la Iglesia, en la que han escrito, rezado y cantado tantos Doctores, Poetas y Santos.

Vestiremos con dignidad y devoción el santo hábito, signo de consagración, instrumento de evangelización, armadura en medio de los peligros.

La campana es para el monje la voz de Dios. Es como si le dijera: "¡El Maestro está ahí y te llama!" (Jn 11,28).

¡No puede haber vida religiosa sin disciplina! ¡Busquemos siempre lo que es grande, lo que es noble, lo que es profundo, lo que es bello, lo que es puro... y tengamos aversión a lo vulgar, a lo turbio, a lo mediocre!

Esforcémonos por armonizar: verdad y caridad, contemplación y acción, conservación y desarrollo, renovación y adaptación, celo de las almas y aborrecimiento del mundo.

Porque somos católicos tenemos una gran veneración por todo lo que pertenece a la Tradición de la Iglesia.

Escuchemos al Papa: "Permaneced siempre en diálogo con la Tradición viva de la Iglesia. Extraed de ella los tesoros a menudo no descubiertos aún. Haced ver a los hombres de la Iglesia que, obrando así, no os abandonáis a reliquias del pasado, sino que nuestra gran herencia que se extiende desde los apóstoles hasta nuestros días, encierra en sí un rico potencial, capaz de dar respuesta a los interrogantes actuales" (Juan Pablo II, 18-XI-80).

Pero rechazamos un cierto denominado "tradicionalismo", que no está de acuerdo en todo con el espíritu y las normas de la Iglesia. Por otra parte, aceptamos todo auténtico progreso, pero rechazamos el funesto "progresismo", que tantos estragos ha causado y sigue causando en el seno del catolicismo.

Hagamos de nuestras comunidades verdaderos cenáculos, donde arda el fuego del Espíritu Santo, dando así cumplimiento al mandato del Divino Maestro: "Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado" (Jn 13,34).

En esto conocerán que somos sus verdaderos discípulos.

Esta comunión de amor nos hará vivir en un clima de santa expansión y alegría, que se exteriorizará en los tiempos de recreo.

Obremos siempre con espíritu sobrenatural, reaccionando contra toda tentación de naturalismo, que es la ruina, tanto de la vida interior como apostólica.

El libro de los Ejercicios sintetiza perfectamente el espíritu y el estilo de nuestro Instituto.

¡Somos ignacianos! En esta vida monástica es donde adquiere todo su sentido la vocación de Hermano Coadjutor.

Su piedad, su sencillez, su espíritu de servicio, es el perfume que debe impregnar el ambiente de la Comunidad.

¡Los Hermanos deben ser como las estrellas, que resplandecen más cuanto mayor es la obscuridad!

Vivirán con espíritu de fe y de gozosa humildad el misterio de la vida oculta de Jesús de Nazaret, ¡durante treinta años!

Ejerciendo múltiples actividades, su apoyo espiritual, apostólico y material a los Sacerdotes y seminaristas del Instituto es de un valor inestimable.

Tendrán por Modelo y Patrono al glorioso Patriarca San José, el mayor de los Santos (sin ser Sacerdote).

Sería un honor para nosotros el restaurar la hermosa vocación de Hermano, ¡hoy tan incomprendida y menospreciada!, pero tan estimada por la Santa Iglesia.

Se comprende fácilmente que para asegurar el fervor, la estabilidad, la unión, el perfeccionamiento y la fecundidad del Instituto es del todo necesaria, como demuestra la experiencia, una severa selección.

¡Nuestra preocupación debe Consistir, no en ser muchos, sino en ser santos!

II Doctrina

En segundo lugar, el Instituto pone un acento muy particular en la formación doctrinal.

Hemos de ser apasionados por la verdad, defenderla y propagarla con celo y libertad, sin respetos humanos, haciendo nuestras aquellas palabras de San Pablo: "¿Busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿Acaso busco agradar a los hombres? ¡Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo!" (Gál 1,10).

La verdad nos dará el discernimiento necesario para detectar y refutar el error y toda ambigüedad.

Esta sed de verdad la saciaremos en las fuentes cristalinas e inexhaustas de la Sagrada Escritura y de la Tradición, que manan de la misma y única Fuente, la Revelación; y cuya auténtica interpretación ha sido encomendada por Dios únicamente al Magisterio de la Iglesia ("Dei Verbum", 10).

En la Patrística, en la Escolástica y en la Mística beberemos la Sabiduría cristiana.

En materia de Filosofía y Teología nuestro principal guía será el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, a quien prometeremos devoción y fidelidad, conforme a la mente de la Iglesia.

En materia de Espiritualidad, nuestras preferencias se dirigen a los seráficos Doctores Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Hemos de estudiar a fondo, de un modo particular, la Doctrina Social de la Iglesia, la moral profesional y el problema del ateísmo. Procuraremos asimismo estar al corriente en lo que se refiere al inmenso campo de la cultura contemporánea, en todo cuanto dice relación a nuestra misión evangelizadora. Finalmente, nuestra vocación doctrinal nos compromete a combatir el Modernismo, "compendio de todas las herejías", como lo califica San Pío X en su formidable encíclica "Pascendi".

No olvidemos el concepto del Santo Padre: "Además de la unidad en la caridad, nos urge siempre la unidad en la verdad" (Juan Pablo II, Puebla, discurso inaugural).

III Acción

El tercer punto de nuestro programa ser refiere a la Acción. La Santidad y la Doctrina deben fructificar en obras.

Se trata, evidentemente, de una acción apostólica. El apostolado pertenece a la esencia misma de nuestra vocación sacerdotal y religiosa. ¡Es un gravísimo deber!

Y también un riesgo, que nos exige ser "prudentes como serpientes", además de "sencillos como palomas" (Mt 10,16).

El alma de todo apostolado es la vida interior. "¡El amor de Cristo nos apremia!", exclamaba el Apóstol (2 Cor *5,14*).

Y también: "Yo de muy buena gana me gastaré y desgastaré por vuestras almas, aunque amándoos con mayor amor, sea menos amado" (2 Cor 12,15*)*.

Nuestro primer apostolado será la predicación de la Palabra de Dios, que "es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Heb 4,12).

Para que la predicación esté impregnada de unción, deberá ser fruto de la caridad, de la oración y de la mortificación.

Otro apostolado esencial para el Instituto consistirá en la dirección de los Ejercicios Ignacianos.

Este método, avalado por experiencia de varios siglos, que ha producido tantos y tantos frutos de conversión y de la más alta santidad, no ha dejado de ser recomendado por la Iglesia a través de cuatro siglos.

Pío XI escribió toda una Encíclica sobre los Ejercicios Espirituales, "Mens Nostra", en la cual afirma claramente la primacía del método ignaciano, llamándolo "tesoro que Dios ha manifestado a su Iglesia en estos últimos tiempos".

Pío XII dijo que son "uno de los medios más eficaces para la regeneración espiritual del mundo, pero con la condición de que sigan siendo auténticamente ignacianos" (24-X-48).

Pablo VI escribe: "Sería un error diluir el retiro de los Ejercicios con innovaciones que, aunque buenas en sí mismas, reducirían la eficacia de los retiros cerrados. Estas iniciativas, como actividad de grupo, discusiones religiosas y de sociología religiosa tienen su sitio en la Iglesia, pero su puesto no es el retiro cerrado en que el alma, sola con Dios, se dedica generosamente al encuentro con El, y por Él es maravillosamente iluminada y fortificada" (al Card. Cushing, 25-VII-66).

Oigamos a Mons. Roncalli (después Juan XXIII): "Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, libro pequeño y misterioso, gracias al cual el joven oficial de España creó y lanzó a través del mundo, por millares y millares, los caballeros del Reino de Cristo" ... (1 -IX-24).

Y a Juan Pablo II: "...sacerdotes, religiosos y laicos continúen siendo fieles a esta experiencia y le den incremento; hago esta invitación a todos los que buscan sinceramente la verdad. La escuela de los Ejercicios Espirituales sea siempre un remedio eficaz para el mal del hombre moderno, arrastrado por el torbellino de las vicisitudes humanas a vivir fuera de sí, excesivamente absorbido por las cosas exteriores; sea fragua de hombres nuevos, de cristianos auténticos, de apóstoles comprometidos. Es el deseo que confío a la intercesión de la Virgen, la Contemplativa por excelencia, la Maestra sabia de los Ejercicios Espirituales" (16-XII-79).

En la meditación del Reino, el ejercitante es investido Caballero. En las Dos Banderas, enfrenta al enemigo.

En el Tercer Grado de Humildad, ¡canta victoria!, después de morir místicamente con Cristo.

¡Hay que hacer una "contra-revolución" espiritual, multiplicando los Retiros, prolongando así, con la gracia divina, el milagro de Pentecostés! ¡Ah! ¡si los párrocos se convencieran y se decidieran a incluir en su acción pastoral este medio sorprendente y contundente!

Este libro prodigioso, tan pequeño de tamaño, pero repleto de celestial sabiduría, a semejanza de aquel otro que tenía abierto en su mano el ángel del Apocalipsis, poniendo un pie sobre el mar y el otro sobre la tierra (cap. X), es amargo a la carne, pero dulcísimo como la miel para el espíritu.

En tercer lugar, nos dedicaremos al apostolado de la docencia, regenteando cátedras de ciencias eclesiásticas en Universidades y centros de enseñanza.

Nuestra acción tiene que ser una participación en el apostolado jerárquico de la Iglesia, siguiendo con docilidad y confianza sus directivas.

La manera concreta e inequívoca de servir a la Iglesia será, para nosotros, servir a la Diócesis, colaborando generosa y desinteresadamente con el Obispo y con el Presbiterio en la medida de nuestras posibilidades, conforme siempre a nuestros fines y medios específicos ("Ecclesiae Sanctae", 36), teniendo en cuenta las urgentes necesidades de las almas, así como la eventual escasez del clero diocesano ("Christus Dominus", 35).

Vigilemos, no obstante, para no caer en el activismo, que debilitaría nuestra vida interior y esterilizaría nuestro apostolado, en detrimento de las almas.

Tengamos siempre presentes las advertencias de la Iglesia para no intervenir directamente en el campo político-social, en nombre de una mal entendida y tendenciosa "teología de la liberación".

"La misión propia del sacerdote, como también de la Iglesia, que Cristo le ha confiado, no es de orden político, económico o social, sino religioso" (Sínodo de Obispos, a. 1971).

Y preocupémonos por conocer la psicología, las necesidades y los problemas del hombre de hoy, así como de escrutar los "signos de los tiempos" (G. et s., 4), a fin de que nuestra acción sea más eficiente; razón por la cual hemos de ser sensibles a las exigencias de la justicia y caridad sociales, de la dignidad y promoción humanas, y del movimiento ecuménico.

"¡Es necesario—dice el Concilio—conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que le caracteriza!" (G. et s., 4).

El Instituto Cristo Rey tiene como timbre de gloria la devoción filial, la obediencia incondicional, y, si es preciso, la defensa de la augusta persona del Papa.

Y, como "donde está Pedro allí está la Iglesia", para nosotros la Iglesia pasa por encima de todo. ¡No servimos sino para servirla!

¡La amamos con pasión y ternura de hijos! ¡Sólo Ella, después de Dios, es la razón de nuestra existencia!

¡Sólo Ella nos da seguridad y confianza! ¡Sólo Ella es la Reina de las Naciones!

¡Sólo Ella prevalecerá entre las ruinas! ¡Sólo Ella, prolongación de Cristo, tiene palabras de Vida eterna!

¡Queremos sentir con la Iglesia, sentir la Iglesia y sentirnos Iglesia! "¡La Iglesia es la cosa más hermosa que Dios ha hecho sobre la tierra!" (Card. Ottaviani).

Si somos fieles a nuestro compromiso, iremos inevitablemente a la cruz, como el mismo Cristo nos predijo:

"Si me persiguieron a Mí, también os perseguirán a vosotros" (Jn 15,20).

¡Bendita cruz!, ¡fuente de mérito, de humildad y de fecundidad!

¡Nuestra vocación es participar más íntimamente en la Pasión de Cristo!

¡Gustaremos el cáliz de la incomprensión, de la crítica sistemática, y, sobre todo, de la soledad exterior!

¡Nos llamarán anticuados, cerrados, exagerados, conservadores, raros... y tantas cosas más!

Como diría San Pablo: "¡Hemos venido a ser necios por amor de Cristo; vosotros, sabios en Cristo; nosotros, débiles; vosotros, fuertes; vosotros, ilustres; nosotros, viles, afrentados, bendecimos; y perseguidos, lo soportamos; difamados, consolamos; hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos!" (1 Cor 4,10 ss.).

¡Nuestra vocación es arriesgada! No tenemos que extrañarnos, ni asustarnos, ni entristecernos, ni defendernos, ni avergonzarnos...

¡Al contrario! Alegrémonos de poder sufrir algo por el Nombre de Jesús, sepamos ofrecerlo por aquellos mismos que nos mortifican y aprovechémoslo para purificarnos de nuestro orgullo y de nuestros pecados.

No olvidemos que "la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios, más poderosa que los hombres" (1 Cor 1,25).

¿Acaso no es una locura, y un escándalo, predicar la Realeza Social de Cristo, sobre todo hoy, en esta época de cambio, del progreso, de la evolución, de las libertades y de las democracias?

¡A quién se le ocurre hablar hoy de Cristo Rey, cuando vemos su Realeza Social repudiada por el mundo moderno, y objeto de una "conspiración del silencio" por parte de los "prudentes" y de los "buenos"!

Oigamos más bien a Jesús: "En el mundo habéis de tener tribulación; pero confiad, ¡Yo he vencido al mundo!" (Jn 16,33).

¿Cómo lo venció? ¡Desde la cruz, como un Rey de burlas! ¡Ahí está nuestra fuerza y el secreto de la victoria!

¡Miremos a los mártires del cristianismo! ¡Esos eran hombres! ¡Esos eran cristianos! ¡Esos eran libres! ¡Jóvenes! ¡Jóvenes! ¿Hay alguno que quiera llenar el vacío de su vida, alguno capaz de entusiasmarse todavía por este Ideal, alguno que se atreva a jugarse la vida por Cristo?

¡Escuchad! Escuchad con generosidad, y sin pensarlo más, la arenga del Rey de reyes y Señor de señores: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, para que, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria" (Ejercicios Nº *95).*

¡Esta Fundación naciente llama a filas! ¿Condiciones para ingresar? Una sola: ¡Dejarlo todo para amar al Todo!

¿Sabéis lo que quiere ser, en conclusión, este minúsculo Instituto? ¡Un canto de esperanza al llamado del Concilio!

Y ¡un desafío a las fuerzas ocultas del Anticristo!

Y ¡un brindis a la mayor Gloria de Dios, Uno y Trino!

(1983)

44 Presentación de la revista "Cristo Rey"

"CRISTO REY" sale a luz sencillamente, modestamente, sin pretensiones. Pero no quiere ser "una revista más".

Quisiera ser, con la gracia de Dios, una "inyección intravenosa de **sobrenatural**", en medio de este ambiente de corrupción de costumbres, de naturalismo y de mediocridad espiritual.

Quisiera llenar, aunque no fuera más que una pequeña parte de ese "**vacío doctrinal**", que está engendrando tantos errores y ambigüedades, y que ha llevado a un complejo de duda y a un confusionismo universal.

Quisiera, en fin, romper ese "**silencio vergonzoso**" de la Realeza Social de Cristo, propio de la "prudencia" del "catolicismo liberal", y salir también a la palestra junto con las pocas, pero valientes minorías de católicos militantes, manteniendo bien alta la Bandera frente al perverso y diabólico Laicismo, la "peste de nuestro tiempo".

Este año se cumplen dos faustos aniversarios: cincuenta años de la monumental encíclica "Quas primas" del intrépido Papa Pío XI, estableciendo para toda la Iglesia la Festividad litúrgica de la Realeza de Cristo, broche de oro con el cual cerraba el Sumo Pontífice aquel Año Santo.

Y el centenario de la muerte del Presidente del Ecuador García Moreno, mártir de Cristo Rey, asesinado vilmente por la masonería internacional.

¡Feliz y providencial coincidencia! Nuestra pequeña revista aparece precisamente en ambos aniversarios, como homenaje incondicional y entusiasta a la Realeza de Cristo, y como humilde contribución a los frutos de este Año Santo.

Empecemos por fijar bien nuestro Ideal: La Realeza de Cristo.

Es el Ideal con que soñamos, el Ideal que nos apasiona, el Ideal que predicamos y que queremos vivir. REALEZA **TOTAL**

Sin mutilaciones. Con todas sus exigencias y en todas sus proyecciones: personal, familiar, profesional, apostólica, político-social.

Trabajar con fe y coraje por la realización del "adveniat Regnum tuum", deseo ardiente del Sagrado Corazón de Jesús: "Venga a nosotros tu reino" (Mt 6,10).

Reino que "**no es**" de este mundo (Jn 18,36) porque es espiritual y se refiere en primer lugar al Orden religioso.

Pero que "**está**" en este mundo (Mt 28,18) porque es también social y se refiere en segundo lugar al Orden temporal.

Realeza social que, hoy más que ayer, es "locura y escándalo" para el mundo.

Nosotros no podemos quedarnos tranquilos, como tantos católicos "buenos", viendo a Cristo expulsado de la vida pública, y de las reuniones internacionales.

Anhelamos la Paz de Cristo, pero en el Reino de Cristo. "Buscad primero el Reino de Dios" (Mt 6,33).

Y, en **segundo lugar**, "todo lo demás".

Solamente así llegará la verdadera unión, suspirada por Jesús en la oración al Padre: "Que todos sean uno" (Jn 17,22).

Esta es nuestra "soberana vocación": la Realeza de Cristo. Con la ayuda de Dios y el amparo de la Virgen, iremos por el mundo, aunque se turbe, como se turbó el rey Herodes al llegar los magos de oriente, clamando como ellos, con aquella admirable libertad de espíritu: "¿Dónde está el Rey de los judíos?; porque hemos visto su estrella y venimos a adorarlo" (Mt 2,2).

Una vez definido el Ideal, concretemos bien los **medios principales** para hacerlo realidad.

1º Santidad

"Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación" (1 Tes 4,3). Convenzámonos que, sin santidad, no sólo en teoría sino en la práctica de cada día, no hay nada que hacer.

No podemos contentarnos con amar a Dios "a medias" ... sino "con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas" (Dt *6,5).*

Amor ardiente, que excluye todo egoísmo, toda excusa, toda tibieza. Sólo así seremos capaces de cumplir el "mandamiento nuevo" del Señor: "Amaos los unos a los otros como Yo os he amado" (Jn 13,34).

Urge revalorizar la **ascética**, condición indispensable para una **mística** profunda y auténtica: mortificación de los sentidos del cuerpo y de las potencias del alma, a fin de llegar a las delicias de la oración contemplativa.

Hemos escogido, con preferencia entusiasta, los **Ejercicios Espirituales de San Ignacio**, como escuela de santidad, de humanismo y de apostolado. Preferencia entusiasta, fundada en un doble argumento: de autoridad y de experiencia.

Todos los Papas los han recomendado. Pero en especial Pío XI.

Los Ejercicios Ignacianos son un "libro lleno de celestial sabiduría", un método que "entre todos ha obtenido siempre la primacía", admirablemente adaptable "a cualquier situación y estado de los hombres", y que "adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede, y ensalzado con las

alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu, ha producido en el espacio de casi cuatro siglos, grandes frutos de santidad" (cfr. "Mens nostra" y "Meditantibus nobis").

Los Ejercicios son un "arma" infalible. A condición de que sean "genuinos", sin "originalidades" ni "descuentos" como es corriente hoy día.

Ejercicios en riguroso silencio, duración suficiente, y fidelidad escrupulosa al esquema de San Ignacio.

2º Doctrina

"¡Padre!, santifícalos en la Verdad" (Jn 17,17). La santidad supone y exige la asimilación vital y progresiva de los grandes **principios** de la **razón** y de la **fe**, para de esa manera producir los elementos espontáneos de discernimiento para nuestra **inteligencia** en su búsqueda de la **Verdad**, y los elementos motores espontáneos para nuestra **voluntad** en su búsqueda del **Bien**, conforme siempre al **Orden objetivo**, natural y sobrenatural, establecido por Dios, y manifestado en su Plan creador, redentor y glorificador.

Frente a la **ligereza** de las mentes y al **modernismo** doctrinal, hemos de agarrarnos al mismo **ser** de las cosas, a la verdad ontológica, reflejo del Ser de Dios, la Verdad Eterna.

Frente a las ambigüedades y equívocos, hemos de aprender el arte de **discernir**, **precisar y definir**.

Frente a la **pereza intelectual** hemos de entregarnos al **estudio**, con método y constancia, siguiendo los autores más sólidos y seguros.

Más aún. Consideramos un deber sagrado **combatir el error**.

Entendemos por error, no sólo lo que se opone clara y directamente a la verdad, sino también a toda **apariencia** de error y a toda forma de ambigüedad.

Existe un **"pudor intelectual"** fruto de la **"virginidad** doctrinal", análogo al pudor corporal propio de la castidad del cuerpo.

Y ese "pudor intelectual", efecto de un amor purísimo y apasionado a la Verdad, nos hará **reaccionar** como por instinto contra todo lo que pudiera no sólo manchar sino aun empañar lo más mínimo la "virginidad doctrinal".

"No olvidemos que existe una degradación incomparablemente más grave que la del cuerpo. Es la **impureza de la inteligencia**, la pérdida u obscurecimiento de la **fe** o de la **lógica**, la corrupción de las ideas.

Todo peligro, pues, de mancha intelectual debe ser rechazado con mayor energía aún que cualquier ocasión de pecado del otro género. El que no detesta el error o que simplemente lo mira sin displicencia, ya está degradado, mancillado, en su mente" (Padre Terradas).

Cristo combatió los errores de los judíos y fariseos, y nos enseñó a decir las cosas por su nombre: "Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de es*to,* de mal procede" (Mt *5,37).*

Santo Tomás, el Príncipe de las escuelas, nos da un consejo de celestial sabiduría: "Manifestar la verdad que profesa la fe católica, eliminando los errores contrarios". Porque "así como es propio del sabio contemplar principalmente la verdad del primer principio y juzgar de las otras verdades, así también le es propio combatir la falsedad contraria. Por boca de la Sabiduría se señala convenientemente, en las palabras propuestas, el doble oficio del sabio, exponer la verdad divina meditada, que es la verdad por antonomasia, a la que se refiere cuando dice: Mi boca pronuncia la verdad; y combatir el error contrario a la verdad, al que se refiere cuando dice: y mis labios aborrecerán lo inicuo (Prov 8,7)" (Suma contra gentiles).

Y siempre, por encima de cualesquiera doctrinas u opiniones, la Doctrina luminosa, fecunda y perenne del Magisterio de la Iglesia, "columna y fundamento de la verdad" (1 Tim 3,15).

Hacemos nuestro invariablemente el principio de San Agustín: "Matar el error, amar al que yerra".

3º *Acción*

"No he venido a traer la paz sino la espada" (Mt 10,34). La santidad y la doctrina deben llevarnos a una acción eficaz, actual, comprometida.

La acción es una exigencia del mismo "ser" del hombre, el cual ha recibido de Dios unas potencias **naturales** (inteligencia, voluntad, corazón) y **sobrenaturales** (gracia santificante, virtudes infusas y dones del Espíritu Santo) precisamente para ejercitarlas en pro del propio bien particular y del Bien común, humano y divino, y así alcanzar la perfección y con ella la auténtica felicidad, **glorificando a Dios**, fin último de toda actividad.

Acción en **todos** los campos: doctrinal, apostólico, político-social.

"Se trata de subrayar la necesidad de impregnar de sentido cristiano **todos los campos** de la vida humana. Tal ha sido siempre la voluntad de Cristo, y es la esperanza de buena parte de la humanidad, cansada de vivir en las ruinosas construcciones del mundo de hoy.

Considerad, por lo tanto, amados hijos, vuestra vocación. Llevad vuestra acción a todas partes y en medio de toda clase de personas" (Pío XII, 14-IV-43).

"Importa poco agitar sutilmente múltiples cuestiones y disertar con elocuencia sobre derechos y deberes, si todo eso no desemboca en la acción.

La acción, he aquí lo que reclaman los tiempos presentes" (San Pío X, 4-VIII-03).

Los **Ejercicios** de San Ignacio están orientados a la **"praxis"**. Hasta el punto que los mismos **comunistas** los han utilizado para formar sus cuadros con vistas a su **acción revolucionaria.**

Frente al espíritu de la Revolución, hemos de oponer tenazmente la "revolución" del Espíritu.

Frente a la Revolución de la mentira y del odio, la "revolución" de la Verdad y del Amor.

Frente a la Revolución destructora de la Civilización Cristiana, la "revolución" del Evangelio por un mundo mejor.

Más que acción, habría que decir hoy **"REACCIÓN".**

¡Porque existe (sobre todo entre los "buenos" y entre los más responsables) un estado de inconsciencia, de insensibilidad y de apatía, que enerva y desconcierta!

¡Cómo se aprovecha el enemigo! ¡Y cuánta razón tenía León XIII cuando decía que "la cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos" ("Sapientiae christianae")!

"¿Cómo se pueden sentir cristianos, sino sienten las heridas hechas al Cristianismo?... Se puede todo, menos vivir en este estado de insensibilidad. La vida se muestra en el resentirse del dolor, en la vivacidad con que se reacciona a la herida, en la prontitud y potencia de la reacción. Si uno no reacciona está totalmente perdido. ¿Puede, por lo tanto, un cristiano, frente a un exterminador de cristianos, frente a quien no se contenta con negar a Dios, sino que lo insulta y azota, en cruel desafío, en sus siervos, en sus hijos, puede un cristiano sonreír y adular?" (Cardenal Ottaviani, "El baluarte").

Una cosa es el optimismo cristiano, fundado en la fe, la esperanza y el amor... ¡y en la lucha de cada día!; y otra cosa muy distinta, la necia alegría de quienes "siguen la corriente" (confundiendo el "proceso" con el Reino de Dios) "sin poder dar marcha atrás", porque —dicen— "es ley de vida", "integrándose" en lugar de reaccionar, como quien dice: "aquí no pasa nada" ...

Hay mucha gente buena, sin duda. ¿Pero cuántos hay que luchen? Una minoría.

Ya se sabe que aquellos que no se contentan con un Evangelio de "presencia", sino que están "en la brecha", serán siempre pocos, marginados y perseguidos.

¡Nunca serán "populares"! ¡Se dirá que "no están actualizados"!...

Lo que importa no es "conformar" sino "reformar", a ejemplo de los Santos.

Lo que importa no es "no tener dificultades con nadie", sino confesar públicamente a Cristo.

Lo que importa no es "llegar a la gente como sea", sino "elevarla hacia Dios".

El católico militante debe vivir en actitud de vigilancia, como el centinela, de día y de noche (cfr. Mc 13,37).

Debe tener prudencia, calculando bien "los gastos", es decir, adaptando los medios al fin, conforme al consejo de Cristo: "¿Qué rey, saliendo a campaña para guerrear con otro rey, no considera primero y delibera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil?" ... (Lc 14,31).

Y debe, en tercer lugar, tener decisión, cuando está en juego la mayor gloria de Dios.

"Ningún cristiano —decía Pío XII— tiene derecho a dar señales de estar cansado en la lucha contra la oleada antirreligiosa de la hora presente. A nadie se le podrá perdonar que se quede con los brazos cruzados, la cabeza baja y las piernas temblando".

No interesa tanto el número, sino la calidad.

Para transformar toda la masa, es preciso la acción de las "élites" o fermentos, es decir de los mejores. Es preciso seleccionar.

"Crear fermentos debiera ser el magnum opus de toda sociedad que quiera subsistir, y, por lo tanto, perfeccionarse. Un pueblo que quiera salvarse como pueblo, debe ascender. Su ascensión es su perfección, y ésta es su vida" (Mons. Tortolo).

Las grandes transformaciones siempre las han llevado a cabo las minorías.

En el Antiguo Testamento encontramos magníficos ejemplos: Gedeón, con un puñado de valientes, venció a los madianitas (Jue 7).

Los siete hermanos macabeos, junto con su madre, defendieron con su sangre las tradiciones patrias (2 Mac 7), "y mientras luchaban con las manos, oraban en su corazón a Dios" (15,27).

O el ejemplo de aquellos bravos israelitas "que no doblaron sus rodillas ante Baal" (I Re 19,18).

En el Nuevo Testamento, Cristo estableció su Reino con doce Apóstoles.

En conclusión:

Se necesitan hombres de ideal, de carácter, y de lucha, bien formados, bien organizados, y muy unidos, llenos cuanto posible del Espíritu Santo.

Oigamos la voz apremiante de Pío XII:

"¡No hay tiempo que perder! El tiempo de la reflexión y de los proyectos ha pasado. ¡Es la hora de la acción!

¿Estáis preparados? ..."

Quede bien claro, una vez por todas, que la "Legión de Cristo Rey" como tal, no tiene ningún carácter político ni es un grupo nacionalista (como a veces han propalado ciertas voces ignorantes o maliciosas).

La Legión es de índole espiritual, religiosa y apostólica. A semejanza de la Iglesia, debe mantenerse en un plano sobrenatural y trascendente. Sus miembros no deben nunca olvidarlo.

"Los hombres políticos, y a veces incluso los hombres de Iglesia, que intentasen hacer de la Esposa de Cristo una aliada o instrumento de sus combinaciones políticas nacionales e internacionales, lesionarían la esencia misma de la Iglesia, dañarían a la propia vida de ésta; en una palabra, la rebajarían al mismo plano en que se debaten los conflictos de intereses temporales. Y esto es y continúa siendo verdad, aunque se haga por razones e intereses en sí mismo legítimos" (Pío XII, 1951).

Pero quede igualmente claro que la Legión no se contentará con la "pura espiritualidad", sutil tentación y frecuente pretexto con que el demonio, transfigurado en ángel de luz (2 Cor 11,14), procura apartar a los "espirituales" de la lucha por el Reinado Social de Cristo.

"No os dejéis engañar, como tantos otros, después de mil empresas desastrosas, por el sueño dorado de ganar para vosotros al adversario a fuerza de caminar tras él y de modelaros sobre él. So color de defender a la Iglesia del riesgo de descarriarse en la esfera de lo "temporal", una consigna, lanzada hace algunas decenas de años, sigue acreditándose en el mundo: vuelta al puro espiritualismo. Y con eso se pretende encerrarla estrechamente en el terreno de la enseñanza dogmática, la ofrenda del Santo Sacrificio, la administración de sacramentos, y prohibirle toda invasión, todo derecho de intervenir en el dominio de la vida pública, toda intromisión en el orden civil o social. ¡Como si el dogma no tuviera nada que ver en todos los campos de la vida humana, como si los misterios de la fe con sus riquezas

sobrenaturales debieran abstenerse de sostener y tonificar la vida de los individuos, y, por consiguiente, de armonizar la vida pública con la Ley de Dios, y de impregnarla del espíritu de Cristo!

¡Semejante vivisección es nada menos que anticatólica!" (Pío XII, 1947).

La "Legión de Cristo Rey" agrupa a hombres, formados en la Doctrina del Magisterio Tradicional de la Iglesia, santificados en la escuela de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, y comprometidos en la acción, de un modo muy particular en la "inspiración cristiana del Orden temporal" ("Apostolicam actuositatem", 19).

En una palabra: La "Legión de Cristo Rey" se define y proclama Obra de Iglesia, bajo la Autoridad de la Iglesia, al servicio de la Iglesia.

La Iglesia Católica, Apostólica, Romana, es nuestra única razón de existir.

Las mujeres, constituyen, dentro de la Legión, un "cuerpo auxiliar" de inestimable valor. Pero tienen que ser mujeres "fuertes", con mucha cabeza, y gran corazón, almas corredentoras, de asidua oración, émulas de la Virgen, llenas de Dios.

"Vosotras, que tan a menudo en el curso de la Historia, habéis dado a los hombres la fuerza para luchar hasta el fin, para dar testimonio hasta el martirio, ayudadlos una vez más a conservar la audacia de las grandes empresas, al mismo tiempo que la paciencia y el sentido de los comienzos humildes" (Mensaje del Concilio a las mujeres).

La Legión tiene que ser, cien por cien, Mariana, A tus plantas, oh Madre, depositamos nuestros afanes. Ampáranos bajo tu manto y danos tu bendición.

¡Salve!, oh Reina. ¡Te saludan los que luchan por el triunfo de tu Inmaculado Corazón!...

(1975)

45 consignas a nuestros Militantes

La "Legión de Cristo Rey" es una asociación apostólica compuesta de hombres y mujeres que, santificados en la Escuela de los Ejercicios Ignacianos, y formados con la más sólida Doctrina, trabajan, al servicio de la Iglesia, por la extensión del Reinado Social de Cristo.

Nuestro Ideal es hacer que Cristo reine efectivamente en los individuos, en las familias y en las sociedades, empezando, evidentemente, porque reine en nosotros mismos.

"Pues es preciso que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies" (1 Cor 15,25).

Queremos ser de aquellos "que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal" (Ejercicios N~ 97), para la Mayor Gloria de Dios.

Queremos, con la ayuda de la gracia y a pesar de nuestras miserias, promover una corriente de espiritualidad, que, como un nuevo Pentecostés, reavive la fe, encienda los corazones y reforme las costumbres.

Queremos defender los Derechos Divinos y, por consiguiente, luchar contra el espíritu del Mal, aceptando y gloriándonos de ser tenidos por locos por amor a Cristo (Nº 167), y de ser marginados y perseguidos por dar testimonio de la Verdad (Jn 18,37), diciendo con el Apóstol: "Por esto penamos y combatimos, porque esperamos en Dios vivo" (1 Tim 4,10).

Sería mucho más "cómodo" callar, disimular, seguir la corriente..., pero perderíamos así una "corona inmarcesible de gloria" (1 Pe 5,4).

Legión de Cristo Rey, como toda Obra de apostolado laical, tiene también su personalidad: un espíritu y un estilo.

El espíritu es algo interior: su ser.

El estilo es algo exterior: su modo de ser.

El espíritu del Legionario es el del "hombre ignaciano", fraguado en la Escuela de los Ejercicios, fundamentalmente en las meditaciones "clave": Principio y Fundamento, Reino de Cristo, Dos Banderas, Tercer grado de humildad y Contemplación para alcanzar amor; juntamente con las Reglas de elección, de Discernimiento de espíritus y de Sentir con la Iglesia.

El "hombre ignaciano" es un "convertido", muerto al espíritu del mundo, enamorado de Cristo, de la Santísima Virgen, de la Iglesia, y lanzado con entusiasmo a la salvación de todos los hombres, "a tiempo y a destiempo" (2 Tim 4,2).

En otras palabras: espíritu contemplativo y espíritu militante.

¡Los Legionarios deben llevar siempre el Plan de Dios en la cabeza y en el corazón!

En cuanto al "estilo", lo tenemos magníficamente expresado y simbolizado en la figura tradicional y sugestiva del "caballero cristiano", con todo lo que encierra de grandeza, de magnanimidad, de nobleza, de entrega, de sacrificio... ¡caballeros cruzados, que sueñan con instaurar TODO en Cristo (Ef 1,10), a fuerza de fe, de esperanza, de caridad, de paciencia y de coraje ¡Caballeros de la Hispanidad!

Las Legionarias tienen su ejemplar acabado en las "mujeres fuertes" del Antiguo y del Nuevo Testamento: Ester, Judit, la madre de los Macabeos, María Magdalena, Juana de Arco, Isabel la

Católica, Catalina de Siena, Teresa de Jesús... y, por encima de todas, naturalmente, la Santísima Virgen, la MUJER por excelencia.

"Engañosa es la gracia, vana de belleza; la mujer que teme a Dios, ésa es de alabar".

"La mujer fuerte ¿quién la hallará? ¡Vale mucho más que las perlas!" (Prov, 31).

Las Legionarias deben ser mujeres con mucho sentido común y gran corazón de madre; equilibradas, bien formadas, serias y alegres, tradicionales y actualizadas, sin ñoñerías ni sensiblerías ni coqueterías... ¡llenas de Dios y de celo de las almas!... nuevas Evas, firmes al pie de la cruz, a imagen de María, para dar a los hombres la fuerza para luchar hasta el fin y dar testimonio hasta el martirio... (cfr. Mensaje del Concilio a las mujeres).

¿No es maravillosa y apasionante nuestra vocación? ¡Sí... pero qué difícil!

Ya sabemos que el ideal no existe... siempre queda más arriba de la realidad... pero debemos tender a él, en la medida de lo posible.

Exige voluntad de hierro, decisión, heroísmo... ¡sobre todo en la época en que vivimos! ¡Hoy como ayer, la vocación al cristianismo es una vocación al martirio!

No somos ni pesimistas ni negativos... sino realistas.

Y la realidad es que la sociedad actual no quiere reconocer la Soberanía Social de Cristo. "¡No queremos que Este reine sobre nosotros!", es su grito impío (Lc 19,14).

¡Qué bien lo dijo Pablo VI!: "La Religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión -porque tal es- del hombre que se hace Dios".

¡Hay que redimir al hombre!

Pero al hombre "total" ... redimir la familia, el trabajo, la profesión, la cultura, la ciencia, la técnica, la política.

Este es precisamente el anuncio de Juan Pablo II en su primera encíclica: "El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la Historia".

¡Esta es la verdad!

¡Con esto está todo dicho!

¡Este es el Mensaje que Legión tiene que anunciar!

* * *

Pero no seamos "idealistas" ni nos quedemos en la teoría.

Este sublime ideal exige de Legionarios y Legionarias una cosa fundamental: SANTIDAD.

¡No nos asuste la palabra, ni la desechemos por una falsa humildad! Es la voluntad de Dios.

¡Sin santidad, inútil continuar! ¡No nos engañemos!

¡Que nadie venga a buscar otra cosa en Legión!

¿De qué nos servirá tener buena doctrina, si no la practicamos? ¿Cómo vamos a luchar si no tenemos caridad?

¿Qué Realeza de Cristo predicamos, si no nos dejamos crucificar?

No podremos ser apóstoles, ni cristianos, ni buenos padres de familia, ni buenos profesionales, ni buenos ciudadanos, si no nos santificamos.

Sin santidad, mereceríamos el reproche de San Pablo a los judíos:

"Tú, que enseñas a otros, ¿cómo no te enseñas a ti mismo? Tú, que predicas que no se debe robar, ¿robas? Tú, que dices que no se debe adulterar, ¿adulteras? Tú, que abominas de los ídolos, ¿te apropias los despojos de los templos? Tú, que te glorías en la ley, ¿deshonras a Dios, traspasando la ley? Pues está escrito: Por causa vuestra es blasfemado entre los gentiles el nombre de Dios" (Rom 2,21-24).

No somos un grupo político ni "social". Quede esto bien claro, una vez por todas.

En Legión, lo primero que se exige es virtud. Lo demás vendrá por añadidura (Mt 6,33).

Y entre todas las virtudes, tendríamos que destacar, en primer lugar, a la reina, que es la caridad.

¡Es un mandato del Señor! "Esto os mando: que os améis unos a otros" (Jn 15,17).

¡Qué poca capacidad de amor, a veces! ¡Qué exigentes con los demás, y qué indulgentes con nosotros mismos!

¡No basta tener razón... tenemos que amar como Cristo nos amó!

¡Lejos de nosotros el egoísmo, las envidias, las críticas apresuradas, los celos, los chismes, la falta de comprensión, la dureza de corazón, el espíritu de venganza, las rivalidades, la intolerancia!

El hombre no es sólo cerebro. Es también corazón.

Luchemos contra el sentimentalismo, pero no nos quedemos sin sentimientos.

¡Seamos trigo, no cizaña!

¿Cuándo aprenderemos a amar de verdad, a Dios y al prójimo, como Cristo nos enseñó?

Otra virtud que conviene resaltar, debido, sobre todo, a los tiempos en que vivimos, es la fortaleza.

Fortaleza, en primer lugar, para vencerse a sí mismo, teniendo a raya las pasiones. ¡Qué lucha!, ¿verdad?

Fortaleza para no rebajar el Ideal, frente a tanta cobardía y mediocridad... y aguantar las consecuencias.

Más aún. Mansedumbre y humildad.

Fijémonos en un detalle del Evangelio. Dice Jesús: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29).

¿Por qué nombré Cristo precisamente estas dos virtudes, y no otras, siendo así que es Maestro en todas?

La mansedumbre y la humildad son dos virtudes muy poco comunes y muy difíciles de practicar, pues se oponen a esas dos grandes pasiones, que tanto dominan al hombre, haciéndole caer en innumerables pecados: la cólera y la soberbia.

La mansedumbre y la humildad fueron virtudes desconocidas hasta el cristianismo, y en ellas se puede sintetizar toda la vida cristiana.

Jesús se distinguió, claro está, en todas las virtudes, pero de un modo particular, en estas dos, sobre todo en la Sagrada Pasión.

La humildad es el fundamento de la mansedumbre, así como la mansedumbre es el brillo de la humildad.

Ambas hacen amable la verdad, dulce el sacrificio, y atraen irresistiblemente a los demás.

Son como una roca, contra la cual se estrellan las embravecidas olas del mal espíritu.

No basta combatir el mal... tenemos que tratar de ganar para Cristo Rey al que yerra o peca.

El progresismo, con pretexto de amar al pecador, condesciende con el pecado.

¬Y un mal entendido tradicionalismo, con pretexto de combatir el pecado, no tiene misericordia con el pecador.

No caigamos ni en un extremo ni en otro.

No luchemos a lo "humano", sino a lo "divino". Como los Santos.

No seamos "peleadores", sino apóstoles... ¡qué no es lo mismo!

Escuchemos a San Juan Crisóstomo, Padre y Doctor de la Iglesia:

"No busquemos, pues, vencer siempre. Así, el que defrauda, vence al defraudado, pero es una mala victoria, que acarrea la ruina al vencedor. El defraudado, en cambio, el aparentemente vencido, silo sufre filosóficamente, ése es el que se lleva la corona del vencedor. En muchas ocasiones vale más ser vencido que vencedor, y éste es el mejor modo de la victoria... El mismo que es conducido al martirio, cuando se le encarcela, cuando se le azota, cuando se le despedaza y degüella, entonces es cuando vence. En la guerra, caer el combatiente es la derrota; entre nosotros, eso es la victoria. Nosotros no vencemos jamás haciendo mal, sino sufriéndolo. Y la victoria es justamente más brillante, pues sufriéndolo podemos más que quienes lo hacen. Con ello se demuestra que la victoria es de Dios, como que es una victoria totalmente contraria a las del mundo. Y ésa es la mejor prueba de fuerza... Una molestia que recibamos, no la sabemos soportar; una injuria que nos hagan, nos enfurecemos más que una fiera, nosotros que diariamente leemos la Pasión del Señor. Un discípulo le traicionó; los demás le abandonaron y huyeron; los que de Él habían recibido beneficios, le escupieron... y El no pronunció palabra contra nadie, sino que a todos los venció con el silencio, con lo que prácticamente te enseñaba que cuanto con mayor paciencia sufras, tanto mejor vencerás a quienes te hacen mal, y más admirado serás por todo el mundo" (Homilías sobre San Mateo).

¡Aprendamos, pues, a devolver bien por mal, a vencer el mal con el bien, a rogar por nuestros enemigos, a bendecir a quienes nos maldicen, a triunfar dejándonos "vencer" a ejemplo de Jesucristo... y al mismo tiempo seamos prudentes para no recibir daño alguno!

Acordémonos de aquel heroico "tercer grado de humildad" de los Ejercicios (Nº 167), que es la quintaesencia del Evangelio.

"Nuestra lucha —dice San Pablo— no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos que andan en las regiones aéreas" (Ef 6,12).

Un espíritu no se puede vencer sino con otro espíritu.

Al diablo no lo podremos vencer sino con el Espíritu Santo, pues "aunque caminamos según la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas; destruyen sofismas y toda altanería que se levante contra la ciencia de Dios, y doblegan todo pensamiento a la obediencia de Cristo" (2 Cor 10, 3-5).

*Sin obediencia no se puede hacer nada, ni siquiera se puede concebir Legión, cuya sola palabra ya está indicando organización, jerarquía, autoridad, cuerpo.

Naturalmente, se trata de una obediencia adulta, por consiguiente, incluye el diálogo, la responsabilidad, el espíritu de iniciativa, como corresponde a personas conscientes, que comulgan con un mismo Ideal, y llevan adelante una empresa común, en pos de un Rey "hecho obediente hasta la muerte de cruz" (Flp 2,8).

¡Legión no es una democracia popular!

Hay que ajustarse puntualmente a las órdenes y directivas emanadas de la cabeza y de los que han recibido autoridad.

Hemos de sacrificar todo individualismo y todo puntillo de honra (amor propio) en aras del bien común, para gloria de la Iglesia, que es nuestra única razón de existir.

Cada cual en su sitio... ¡y todos llevando la Obra adelante, con buena voluntad y alegría!

Nadie ambicione cargos, sino trabajo y servicio.

Es necesaria también una gran pureza de corazón. Seamos sencillos, procediendo siempre con rectitud, honestidad y lealtad. ¡Detestemos el doblez, la mentira, las segundas intenciones...!

* Además de una vida espiritual intensa, los Legionarios tienen que estudiar mucho y bien, a fin de alcanzar una sólida formación doctrinal.

Hay que vencer la pereza intelectual. ¿Qué apostolado podríamos hacer con ignorancia, errores o ambigüedades? Es preciso asimilar bien los grandes principios de la Filosofía, de la Teología y de la Espiritualidad cristiana, conocer a fondo la Sagrada Escritura, las grandes Encíclicas de los Papas y los más importantes Documentos del Magisterio eclesiástico, en particular los referentes a la familia, a la moral profesional y a la cuestión social.

Tenemos que tomamos el tiempo suficiente para estudiar con regularidad, método y selección de textos. ¡Es un deber grave para todo católico militante!

De esta manera nadie nos podrá "mentalizar".

*Hace falta también eficiencia.

Trabajar, con orden, con perseverancia, con sentido de oportunidad, buscando y adaptando los medios más eficaces para lograr el fin que se pretende. ¡No hacer las cosas sin reflexionar!

La piedad y la doctrina deben desembocar en una acción concreta y positiva.

Tenemos que conocer las personas, los ambientes, las posibilidades, vivir el "aquí y ahora", sin dejar para mañana lo que debemos hacer hoy.

En Legión hay mucho trabajo... preparación de tandas y retiros, reuniones de formación y de trabajo, contactos personales, difusión de la revista y de la buena doctrina, propaganda a través de los medios de difusión, recaudación de dinero para cubrir gastos y adquirir elementos de trabajo, en una palabra, aprovechar todas las ocasiones para anunciar el Evangelio.

¡Quien ama con pasión este Ideal, no tiene derecho a ser tibio ni a perder el tiempo!

Tenemos que organizarnos y prepararnos para "combatir el buen combate de la fe" (1 Tim 6,12).

¡Queda prohibida la improvisación!

¡Qué bien lo hace el enemigo! ¡A la vista está!

Recordemos la parábola de los talentos... (Mt 25, 14-30).

¿Cuántos me ha entregado el Señor?... ¿Y cuántos le devuelvo?

Pensemos que para una labor eficiente no se necesitan muchos. Con "masa" no se puede hacer nada.

Lo que necesitamos son "fermentos" (Mt 13,33).

No es cuestión de cantidad sino de calidad.

La gente suele preguntar: ¿cuántos son?, cuando lo que más nos interesa es ¿quiénes son?

Las grandes revoluciones, sea para bien sea para mal, las han realizado, en último término, un puñado, nada más, de convencidos y valientes.

Ahí tenemos, entre tantos ejemplos, a Gedeón en el Antiguo Testamento, venciendo a los madianitas con sólo trescientos hombres. Dijo le Yahvé: "¡Es demasiada la gente que tienes contigo, para que yo entregue en sus manos a Madián... el que tema y tenga miedo, que se vuelva y se retire!" (Jue 7).

¡Cristo venció al mundo con doce Apóstoles!

Es preciso encontrar al "hombre".

¡Si en cada parroquia o en cada diócesis o en cada zona hubiese un "hombre"! El hombre idóneo, equilibrado, bien formado, sobrenatural, humano, trabajador, constante, con empuje y paciencia a toda prueba... cabeza y motor del grupo. Un hombre "fuerte", en el sentido bíblico de la palabra. ¡Dichoso quien lo encuentra! ¡Porque no es tan fácil!

Dígase lo mismo respecto de las mujeres.

¡En la Historia encontramos algunas que, ellas solas, individualmente valen por cincuenta hombres!

Hemos de practicar asimismo las virtudes sociales, como la amabilidad, la buena educación, la cortesía, la afabilidad, la gratitud, la justicia y la corrección fraterna (elevadas por la gracia).

Es contrario al espíritu de Legión todo lo vulgar, lo chabacano, lo grosero, lo extravagante, en una palabra, lo mundano, así en el hablar, como en el vestir, y, en general, en todo el comportamiento humano.

En nuestras relaciones con el clero y con los diversos Movimientos y Obras de apostolado, sepamos actuar siempre con dignidad, respeto y buena voluntad.

Seamos inflexibles en los principios y prudentes en las aplicaciones, teniendo presente que, a veces, lo mejor es enemigo de lo bueno, y que el Señor no nos pide que hagamos todo lo que es teóricamente factible, ni lo que no depende exclusivamente de nosotros, ni lo que está por encima de nuestras fuerzas.

Seremos intransigentes en lo que es substancial a la Doctrina, al Dogma y a la Moral, pero sabiendo ceder en lo accidental, para conseguir un bien mayor o evitar un mal peor.

El "agüere contra" y el "tanto cuanto" ignacianos nos darán el perfecto equilibrio, a ejemplo de los Santos y del mismo Cristo.

Lograremos ese equilibrio en la medida en que vayamos progresando en la vida espiritual y se vayan desarrollando en nosotros las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

Legión de Cristo Rey es "vertical".

Acatamos filialmente al Papa y a la Jerarquía en comunión con él.

Seguimos a San Ignacio: "Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la verdadera Esposa de Cristo Nuestro Señor, que es la nuestra santa Madre Iglesia jerárquica" (Nº 353).

¡Que nadie nos saque de nuestro sitio!

*En fin, supuesto todo lo dicho, hemos de procurar estrechar más y más la unión entre nosotros, evitando todo lo que divide.

El diablo tratará por todos los medios de sembrar la división.

¡Basta uno o una para echar por tierra todo lo logrado con la buena voluntad y el esfuerzo de los demás!

Pero no es suficiente salvar la unidad.

Tenemos que construir y reconstruir constantemente esa unidad en un mismo pensar, sentir y obrar, dentro de la diversidad legítima, querida por el mismo Dios.

Para lo cual es menester comunicarnos, especialmente, por ejemplo, con ocasión de ciertas festividades litúrgicas, acontecimientos importantes de familia, enfermedades notables, u otras circunstancias, en las cuales se manifiesta y se demuestra normalmente el espíritu de familia unida.

¡Tenemos que aprender a compartir! ¡Tenemos que pensar también en los demás! ¡Tenemos que saber que Legión existe!

He aquí definido, en síntesis, el espíritu y estilo de Legión.

No somos ni "abiertos", ni "cerrados", ni de "izquierdas", ni de "derechas", ni "progresistas", ni "tradicionalistas".

¡SOMOS CATÓLICOS! y punto.

Por eso amamos y defendemos apasionadamente la tradición, y aceptamos lógicamente todo sano progreso.

No vamos a tener la ridícula pretensión de creemos los únicos ni mejores que nadie. ¡Dejemos a Dios juzgar!

Lo que, si pretendemos, con la ayuda divina, es hacer "fuego nuevo", porque el estado actual de la humanidad y, en buena parte, del catolicismo, nos disgusta, nos aburre y nos cansa...

Hoy día en que están tan de moda las "experiencias", quisiéramos que nos dejen hacer sólo una: vivir como los primeros cristianos.

Legionarios y Legionarias, tenemos que meditar, una y mil veces, hasta que se nos meta dentro, la vida de la primitiva comunidad cristiana, tal como está descrita en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles. ¡Parece una leyenda, viendo lo lejos que estamos de aquella perfección, los cristianos del siglo veinte!

¿Seremos capaces de imitarlos?

Porque si no, ¡mejor sería disolver Legión! ¡Habríamos fracasado!

¡Dios no lo permita! ¡Mucho ánimo... y adelante!...

(1979)

46 Nobleza obliga

Nos llamamos, y somos, "de Cristo Rey".

Es todo un Símbolo y un Honor.

Pero también un Compromiso.

Y hasta un "Riesgo", sobre todo hoy, en la era de las "libertades" y de las "democracias" ...

Para muchos, hablar hoy de la Realeza de Cristo parecerá, sin duda, algo "inoportuno" y "superado".

Para nosotros, es de una actualidad oportunísima, urgente y única.

"¡No queremos que Este reine sobre nosotros!" (Lc 19,14).

He aquí el grito rebelde y blasfemo de un mundo laicista y secularizado.

Vivimos en tiempos de apostasía. No tengamos miedo de reconocerlo.

Sin duda que es uno de los "signos" de los últimos tiempos.

"Porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (2 Tes 2, 3-4).

Profecía que se viene realizando a medida que se suceden los acontecimientos, y la Historia o Drama de la Salvación se acerca a su fin.

Existe un Plan Subversivo y destructor, obra del "Anticristo", que reviste mil nombres y matices distintos, llámese Sinarquía, Imperio Judeo-Sionista, Comunismo, Neo-modernismo, o simplemente "Revolución" ...

Hace veinte siglos que el Apóstol dejó escritas estas impresionantes palabras:

"El misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que le retiene sea apartado del medio. Entonces se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida. La venida del inicuo irá acompañada del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos, y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición por no haber recibido el amor de la verdad que los salvaría. Por eso Dios les envía un poder engañoso, para que crean en la mentira y sean condenados cuantos, no creyendo en la verdad, se complacen en la iniquidad" (2 Tes 2, 7-12).

¿Qué diría San Pablo si viviera hoy, al contemplar a este mundo paganizado, y a la Iglesia oprimida exteriormente por las potencias de la tierra, e interiormente por la llamada (y con razón) "herejía inmanente"?...

Satanás es el espíritu del Anticristo.

Es el "dragón grande", la "serpiente antigua", que "extravía a toda la redondez de la tierra" ... (Ap 12).

Para demostrar la existencia y la acción del Diablo basta salir a la calle, leer el diario, escuchar la televisión o la radio o entrar dentro de sí mismo...

Basta responder a esta pregunta: ¿Cuántas Naciones reconocen hoy pública y oficialmente (¡no digo en la práctica!) la Soberanía universal de Jesucristo?...

Seguramente que más de uno nos llamará "pesimistas" o "profetas de calamidades" ...

En cuyo caso respondo humildemente que el primer "pesimista" y "profeta de calamidades" fue Cristo, el segundo San Pablo, y el tercero soy yo.

"Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra...?" (Lc 18,8) —Preguntó Jesús—.

Nosotros somos optimistas porque esperamos a Cristo y creemos en Dios.

Nosotros somos optimistas porque sabemos que la Santa Iglesia es indefectible, y "las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella..." (Mt 16,18).

Nosotros somos optimistas porque, en medio de las tinieblas y de la corrupción, vivirá siempre el "pequeño rebaño" (Lc 12,32), el "resto" de Israel (Rom 11,5) fiel a las promesas de Dios.

Nosotros, con todas nuestras limitaciones y miserias, somos vasallos incondicionales del "bienaventurado y único Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores" (1 Tim 6,15), y lo proclamamos muy alto para que el mundo y sus secuaces se enteren.

Queremos combatir el "buen combate" (1 Tim 1,18), frente a tantos nuevos Herodes y Pilato.

Porque no nos contentamos con un Evangelio "de presencia", sino también de lucha; ni con un Evangelio de "encarnación", sino también de trascendencia; ni nos contentamos con vivir y "decir" la verdad, sino también queremos combatir el error y defenderla en toda su pureza.

Aunque digan que no somos "simpáticos" ...

Somos miembros de una Iglesia no sólo "peregrinante" sino también "militante", no sólo Madre y Maestra, sino también Reina. La Iglesia de hoy, de ayer y de mañana. La Iglesia del diálogo y la Iglesia del silencio. La Iglesia de las catacumbas y la Iglesia misionera. La del Vaticano II y la de Trento. ¡La Iglesia eterna!

—La Realeza de Cristo no es "política", conforme a la mentalidad "temporalista" o "nacionalista" del pueblo judío.

"Mi Reino no es de este mundo" —dijo Jesús—, es decir, "como" los de este mundo (Jn 18,36).

—Pero tampoco es una Realeza "maritainista", según el espíritu "tolerante" y "liberaloide" de los católicos progresistas.

"Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18).

El Reino de Cristo no "es" de este mundo, pero "está" en este mundo.

La Realeza de Cristo que nosotros adoramos y predicamos es la Realeza del Evangelio, la Realeza de un Cristo Crucificado y Resucitado, la Realeza tradicional enseñada por la Iglesia en inmortales encíclicas (1).

*Es una Realeza, en primer lugar, interior. La santidad no es más que el triunfo de Dios en un alma libre. El imperio de Cristo sobre la inteligencia y la voluntad, sobre todas las potencias y sentidos.

Jesús va conquistando progresivamente el corazón del hombre, en la medida en que éste se le somete y se "rinde" plenamente por medio de la oración y mortificación, y de todos los ejercicios propios de la vida cristiana.

Es lo que San Ignacio llama: "...hacer contra la propia sensualidad y contra el amor carnal y mundano" (Ejercicios Nº 97).

El ejercicio de esta Realeza nos da la verdadera libertad de los hijos de Dios.

*En segundo lugar, Realeza Social.

El Concilio "deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo".

Y la doctrina tradicional se resume en dos tesis fundamentales: por una parte, la recristianización de todo el orden temporal, y la confesionalidad del Estado; por otra parte, la condenación del liberalismo, de la masonería, del comunismo, del socialismo, del capitalismo, del naturalismo político, del indiferentismo religioso de los Estados. Y, en general, de toda concepción o sistema que no respete y acepte íntegramente el derecho natural y cristiano.

—Nosotros decimos NO, tanto al "Populismo", "democratísimo" o "Soberanía del Pueblo", como al Totalitarismo, estatismo, o "Soberanía del Estado".

Porque no existe más que un Soberano: Cristo.

—Nosotros decimos NO al Pacifismo: "la paz con todos y por encima de todo, incluso de la Verdad".

Porque no confundimos caridad con sentimentalismo o filantropía; ni gobierno con adulación y demagogia.

La paz es la tranquilidad en el orden, no en el desorden.

—Nosotros preferimos la Verdad a la "popularidad"; la fidelidad a la Iglesia, antes que a las "mayorías"; agradar a Dios más que "quedar bien" con los hombres.

—No nos interesan ni el "éxito" ni la "moda", sino el servicio y la entrega.

—Somos pocos y muy poca cosa, pero nos repugnan la vulgaridad y la medianía.

Preferimos el calificativo de "exagerados" o "cerrados", al de "buena gente" o "idiotas útiles".

Queremos ser modernos, no anticuados; abiertos, no cerrados. Pero nos repugnan el "aperturismo", el "mimetismo" y el "entreguismo".

Nos gustan la expansión y la alegría, pero preferimos la serenidad y la modestia de los Santos al guitarreo, la ligereza y la chabacanería.

No nos gustan las ambigüedades ni las cobardías.

Por el contrario, nos entusiasman la luz y la valentía.

No llamamos tesis a la hipótesis, ni libertad a la tolerancia, ni "mayoría de edad" a la desobediencia.

¡Hay que llamar a cada cosa por su nombre!

*Esta es nuestra "política":

Trabajar sin desfallecer por alcanzar la santidad.

*Esta es nuestra "política":

Predicar a Cristo y servir a la Iglesia. No nos asustan las palabras, ni los "calificativos" ...

Ni tenemos miedo a ser "clasificados" ... Sólo tememos no ser fieles a nuestro carisma y no mantenernos "firmes hasta el final, para que no tengan de qué acusarnos en el Tribunal de nuestro Señor Jesucristo..." (1 Cor 1,8).

Ante la proclamación de los "Derechos del Hombre", nosotros seguiremos proclamando los Derechos de Dios.

Somos "verticales", no "horizontalistas".

El amor fraterno es consecuencia y desbordamiento del amor a Dios.

¡Somos "idealistas" y "triunfalistas"!

¡Sí!

Evidentemente no basta el Ideal. Pero tampoco basta la acción ni la organización. Y creemos que hoy la falla y el peligro están más en el "activismo" que en el "idealismo".

De cualquier manera, aunque los dos son necesarios e importantes, siempre valdrá más el alma que el cuerpo...

¡Jóvenes!

¿Queréis hacer algo grande de vuestra vida?

Aquí tenéis un Programa bien concreto, y una "declaración de principios".

Como dijo un gran señor, católico y español:

"A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay! del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete... Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla, alegremente, poéticamente..."

¡Sí! La bandera sigue y seguirá levantada.

¡Sí! Es duro "nadar contra corriente", pero "por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, puestos los ojos en el Autor y Consumador de la fe, Jesús..." (Heb 12, 1-2).

Si somos fieles a Cristo Rey, seremos apedreados por el mundo. Pero, como Esteban Protomártir, veremos "los cielos abiertos y al Hijo del hombre, en pie, a la diestra de Dios" ... (Act 7,56).

¡Somos una minoría inasequible al desaliento!

Porque esperamos la llegada del "Día del Señor". Será "nuestro Día" ..., el "Día" de la liberación, de la recompensa y del triunfo definitivo.

— ¡Somos hijos de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana!

— ¡Somos de la "descendencia" de la Mujer, la Santísima Virgen María, nuestra Madre y Soberana!

— ¡Somos de Cristo Rey!

(1972)

47 ¡Gracias, Monseñor!

El día 7 de agosto pasado, después de penosa y larga enfermedad, sobrellevada pacientemente, entregaba su alma a Dios nuestro venerado Arzobispo, Monseñor Guillermo Bolatti.

¡No esperábamos que el Señor se lo llevara tan pronto!

¡A decir verdad, lo necesitábamos todavía!

¡Duro golpe fue su desaparición, y no fácil de llenar el vacío que dejó!

En el transcurso de estos catorce últimos años de su vida, desde que conocí a Monseñor, fueron muchas las visitas, las conversaciones, las confidencias, los gratísimos recuerdos que se agolpan ahora en mi mente y en mi corazón, con una inevitable, aunque contenida tristeza... "¡oh muerte, cuán amarga es tu memoria!"

¡Ya lo sé!

¡Nadie es indispensable en este mundo!

"¡Sólo Dios basta!", decía Santa Teresa.

¡Pero nunca dejamos de ser humanos!

¡Llegué a querer mucho a Monseñor, y su ausencia no ha hecho sino acrecentar en mí este amor!

¡Viví intensamente, amargamente, las horas del velatorio y de las honras fúnebres de aquel día de luto histórico, inolvidable! ¡Me sentí huérfano, por segunda vez!

¡Y me está costando trabajo hacerme a la idea de que Monseñor "ya no está"!

No está aquí en la tierra... ¡pero sí en el Cielo!

Por eso nuestra pena se convierte enseguida en gozo, y la Madre Iglesia nos consuela con estas palabras del Prefacio de la Misa de difuntos:

"En Cristo brilló para nosotros la esperanza de la resurrección dichosa, para que, al contristarnos la cierta condición de que hemos de morir, nos consuele la promesa de la futura inmortalidad".

Permítase, pues, a quien estas líneas escribe, al mismo tiempo que un legítimo desahogo filial, pagar una deuda de profunda y perenne gratitud a quien tanto debo, y tanto bien me hizo.

Yo quisiera ahora espontáneamente, con la sinceridad de lo que se lleva dentro, esbozar en unas cuantas pinceladas, el retrato de Monseñor. De Monseñor Bolatti "visto por mí".

Helo aquí, en tres palabras: Padre, Luchador y Víctima.

*En primer lugar, fue un verdadero *padre*.

Dentro de un exterior tímido, algo adusto y poco manifestativo, latía un corazón de niño, humilde, sencillo, lleno de bondad, atento a las necesidades de todos y extremadamente cuidadoso de no perjudicar a nadie.

¡Conmigo fue un padre... y una madre!

Siempre salí de su despacho del Arzobispado, o de cualquier otro lugar, confortado con sus palabras, con mucha paz y con la seguridad de estar bien respaldado...

Fue también un padre con nuestra Comunidad.

Fue él quien me insistió, una y otra vez, para que redactara nuestras Reglas. Así lo hice, y con mucha paciencia y benevolencia, durante varios días, sentados frente a frente en su mesa de trabajo, fue leyendo y escuchando, una a una, palabra por palabra, nuestras Reglas, haciéndome, a veces, comentarios o sugerencias, siempre con exquisita delicadeza y discreción, con respeto e interés por algo que también, en cierto modo, era suyo.

Fue él quien bendijo nuestra Revista, escribiéndonos unas palabras muy alentadoras, que publicamos en su momento.

Fue él quien, de acuerdo con nuestro querido Monseñor Tortolo, Arzobispo de Paraná, decidió la constitución de nuestra Comunidad y que nuestros Hermanos cursaran sus estudios en el Seminario de Rosario.

Fue él quien bendijo nuestra primera Residencia, pronunciando unas palabras, que nos llegaron muy adentro, alternando después alegremente la sobremesa.

Fue él quien ordenó a nuestros dos primeros diáconos y al primer sacerdote del Instituto.

Fue él quien presidió un solemne almuerzo, con ocasión de la Festividad litúrgica de Cristo Rey, y quien nos entregó por escrito dos hermosos mensajes, con ocasión de otras tantas festividades semejantes, celebradas en Buenos Aires y en Luján.

Fue él quien aprobó la fundación de nuestro Instituto mediante Documento fechado el 19 de marzo de 1981, Festividad del glorioso patriarca San José.

Fue él quien, en fin, inauguró oficialmente y bendijo nuestra nueva Residencia, ubicada en la localidad de Roldán, en aquella tarde inolvidable del 26 de abril del año pasado, acompañado por nuestro querido Monseñor Vénnera y más de un centenar de ejercitantes y amigos.

"Yo no dudo —nos dijo— de que ha de seguir adelante esta obra, y la iremos viendo. Todavía nosotros, los que estamos ya casi al cabo de la vida, todavía esperamos verla progresar más. Yo esto lo auguro, esto le pido a Dios..."

¡Esta fue su despedida!

No pudo ser más oportuna y alentadora, en medio de la incomprensión, indiferencia y adversidades de que ha sido objeto nuestro pequeño Instituto.

En segundo lugar, Monseñor fue un incansable *luchador*.

Nos dejó un ejemplo admirable de fidelidad a la Doctrina Católica y de celo en defenderla, con caridad, pero sin respetos humanos, ni temor a sufrir las previsibles e inevitables consecuencias.

¡Cuántas veces me confesó su preocupación por la catequesis y por ciertos catecismos que circulaban por la Arquidiócesis y que no estaban en todo de acuerdo con la más pura ortodoxia, o contenían omisiones y ambigüedades insinuantes o peligrosas!

El mismo me insistió y urgió para que escribiese un trabajo sobre este tema tan importante, dándome sabias indicaciones, de palabra y por escrito.

En una jugosa homilía, pronunciada con ocasión del "Encuentro Nacional de Catequesis" celebrado en Rosario, del 6 al 10 de octubre de 1975, subrayó que la catequesis debe ser "renovada en las más genuinas líneas del Vaticano II y del Directorio Catequético General, a la vez que cimentada sobre las bases de la perenne enseñanza del Magisterio y sobre el ejemplo del Papa Catequista, con sus admirables catequesis de los miércoles".

"La catequesis —añadió— no puede ser por tanto la exposición de opiniones personales o de interpretaciones geniales o de nuevas proposiciones de algún teólogo o de algunos pensadores o de grupos de estudiosos, sino la exposición de la enseñanza común de la Iglesia".

En resumen: por una parte, la catequesis "debe ser fiel a la Palabra de Dios, al Magisterio de la Iglesia", y, por otra parte, "debe exponer esta misma Palabra de Dios, de modo que ella se haga comprensible a la mentalidad del hombre que se catequiza".

Otro ejemplo:

En su Pastoral de Cuaresma de 1972 escrita desde Roma, señala que "también a nosotros acuden padres justamente angustiados ante las enseñanzas —también en ambientes de colegios nuestros— de algunos profesores y educadores de sus hijos, que pervierten con doctrinas falsas, en vez de encauzar su mente y corazón en conformidad con las directrices de la Iglesia. A los que así proceden les rogamos que reflexionen en la presencia de Dios vivo, y piensen que cometen una injusticia y una traición imperdonable a la misión recibida de Dios y a la confianza depositada en ellos por los padres".

Otra gran preocupación de Monseñor Bolatti fue la práctica de la moral cristiana.

¡Con qué celo pastoral luchó también contra la inmoralidad, privada y pública, en todas sus repugnantes y refinadas manifestaciones!

He aquí algunos extractos de sus homilías o alocuciones:

Refiriéndose a la crisis que sufre el país, afirma claramente que "es, ante todo, una crisis moral. Ahí está —dice— la raíz de nuestros males. Es la crisis del hombre..."

Monseñor Bolatti alzó valientemente su voz contra sendos proyectos de instalación de casinos o de albergues por hora en los hoteles de Rosario.

"El deshonesto, el aprovechador, el violento, el injusto, debe ser sancionado.

El decente, el virtuoso, debe ser alentado. Esto lo exige el recto orden de la justicia" (8-X-77).

En la homilía del 7 de octubre de 1975 no vacilaba en proclamar:

"¡Estamos padeciendo la peor crisis de nuestra historia! Parece como si hubiésemos entrado en una pesadilla de la cual no vislumbramos la posibilidad de salir".

Y pregunta con énfasis: "¿Qué pasa en la Argentina?, ¿qué nos pasa a los argentinos?"

Defendió, una y otra vez, la santidad e integridad de la familia.

Oigámosle: "Una actitud tolerante, pragmática, ha legalizado en ciertos aspectos el divorcio, el concubinato y hasta el adulterio contra la legislación de fondo que todavía protege y respeta el matrimonio indisoluble. Y así se van carcomiendo las bases de la familia.

Esta, por lo demás, sufre los embates de un medio ambiente adverso y existe y está al alcance de toda una literatura aberrante que hasta hace mofa de la honestidad y la fidelidad conyugal, exalta las relaciones extramatrimoniales y prematrimoniales.

En un país como el nuestro, semi despoblado, con ínfimo índice de natalidad, se es complaciente con las prácticas del aborto y se da amplia libertad para los anticonceptivos.

La pornografía con la exaltación del sexo y sus aberraciones salta las barreras de una débil e insuficiente represión, de modo que invade todas las manifestaciones de la vida y penetra en la intimidad de los hogares. Nada se deja sin manchar.

La red de intereses creados, sean de los que lucran con ella directamente, sean de los cómplices que lo hacen indirectamente, nos ha impedido combatir con eficacia, y quienes han intentado hacerlo son estigmatizados como cavernario o reaccionarios o enemigos de la libertad de expresión".

¿Pesimista y anticuado, Monseñor?

No: Realista y actualizado, que es distinto.

Es el "coraje de la verdad", del que hablaba Pablo VI.

Es la libertad de los hijos de Dios.

Es el compromiso evangélico.

Con el mismo énfasis se refiere a la moral pública:

"A esta corrupción que nos cubre como una masa de fango precipitada sobre nosotros, se añade la corrupción desde los cargos públicos o el valimiento del poder al servicio de la extorsión o la presión.

Hoy más que nunca parece oírse el clamor del pueblo que pide al príncipe —es decir, a los que conducen el Estado— que ponga de moda la moralidad, porque si la moralidad no es practicada por los de arriba, mal podrá imponérsela a los de abajo".

Y añade: "Por inconsciencia o falta de visión de los gobernantes se ha permitido que una ola de podredumbre moral se abatiera sobre la sociedad para mancharlo todo".

Otra gran preocupación suya fue, sin duda, la concepción cristiana de la política. Monseñor luchó por una Argentina católica, contra los enemigos de nuestra Patria y de la Civilización cristiana.

"Primero, el liberalismo con su concepto de sociedad permisiva y su afirmación lanzada como un dogma de que los males de la libertad se remedian con más libertad, permitió —con permisión suicida— el libre accionar de partidos o entidades o células cuyo fin, confesado abiertamente, es la destrucción de esta sociedad para crear otra en la cual la libertad es un mito, la familia un prejuicio burgués, la propiedad privada un robo, la religión el opio del pueblo".

En segundo lugar, el marxismo:

"Se ha permitido por bastante tiempo, que nuestras universidades fueran centros de adoctrinamiento marxista y desde las cátedras pagadas por el pueblo se enseñara cómo aherrojar al pueblo. Había libertad para matar a la libertad, este virus se ha ido incubando en las mentes inexpertas y soñadoras de nuestra juventud y ahora nos lamentamos de que entre ellos hayan surgido guerrilleros".

El binomio "corrupción-guerrilla" fue puesto de relieve en diversas oportunidades.

Sabido es que el liberalismo conduce al marxismo, y que la corrupción moral es aprovechada por la guerrilla.

Así lo hizo notar nuestro Arzobispo:

"No es ésta una afirmación aventurada: la vinculación entre la corrupción y la guerrilla es mucho más real de lo que comúnmente se sospecha, y tenemos testimonios de profesionales a los que les consta que sus pacientes con problemas de droga o aberraciones sexuales, han sido visitados por la guerrilla con miras a engancharlos en la misma.

Por lo demás debemos añadir que en estos últimos tiempos hemos advertido la multiplicación de lugares o espectáculos de diversión, de los cuales está ausente no sólo la moral sino también el buen gusto y que a veces ha existido una excesiva complacencia o una benigna interpretación de las leyes por parte de quienes, por su función, deben velar por la salvaguardia de la salud moral del pueblo y, de modo especial, de nuestra juventud.

Esta sociedad permisiva, que por así llamarse tolera todos los excesos del libertinaje, que dice abominar del totalitarismo marxista, se convierte así en su mejor aliado al permitir la corrupción del pueblo.

Ya sabemos cuál es la estrategia marxista: alentar y fomentar por todos los medios la corrupción de los pueblos que piensa conquistar, pero una vez conquistados los somete, con mano férrea, a una disciplina en la cual no habrá libertinaje, pero tampoco libertad".

Otro ejemplo, altamente significativo, insólito, casi "temerario", para los tiempos que vivimos:

En la Misa que celebró en sufragio por el alma del Jefe del Estado español, el Generalísimo Franco, Monseñor dijo, entre otras cosas, con entusiasmo y subido lirismo:

"Venimos a recordar ante el altar del Señor la piadosa memoria de Francisco Franco, el católico a carta cabal, íntegro y sin claudicaciones ni ocultamientos ni respetos humanos, sin cálculos de ninguna especie, que dio a su pueblo y al mundo entero el ejemplo de su fe, porque no cabe dudar de que en nombre de Dios, como otrora el Macabeo, cual vengador celoso de la gloria de Dios ultrajada por el Anticristo de esta etapa de la historia de la humanidad, que es el comunismo sin Dios y sin Patria, guerreó la guerra de Dios hasta vengar su gloria y reivindicar sus derechos. Así devolvió Dios a España y España a Dios.

Porque si a este hombre mucho le debe España, mucho le debe también la Iglesia. Ahí están, para testimoniarlo, las iglesias, los monasterios, seminarios y cientos de otros monumentos sagrados diseminados por toda la geografía española, que él erigió o restauró o promovió su edificación.

Cuando se acallen las voces de agradecimiento a su constructor, seguirán recordándolo con el testimonio, mudo pero imperecedero de su presencia, esos muros, esas piedras, esos campanarios y esos altares".

Y añadía: "Hermanos, no hemos venido a este templo a cantar sus glorias, pero tampoco podíamos callar u ocultar sus virtudes y sus méritos de soldado, de estadista y de cristiano. Estamos orgullosos de que España y la Iglesia hayan dado al mundo un hombre como éste.

Su estampa, en esa su triple dimensión, trasciende los límites de la época en que vivió y de la tierra que le vio nacer, para hacerse universal. Puede y debe ser ejemplo y modelo.

Su ejemplo nos retemple a todos y nos aliente a su imitación".

Es que Monseñor Bolatti fue toda su vida un pionero entusiasta de la Realeza Social de Cristo, Realeza grabada a fuego en su escudo episcopal.

¡Todo un Ideal y un Programa de acción pastoral! ¡Toda una profesión de fe y amor a la Iglesia! ¡Y allá, a lo lejos, el Calvario...!

*En tercer lugar, no dudo en afirmar que Monseñor fue también ***víctima***.

No me refiero precisamente a su carácter episcopal (todo sacerdote, por definición, es víctima con Cristo, la Víctima inmolada en la Cruz), ni tampoco a su quebrantada salud, minada gravemente en los últimos años de su vida.

Me refiero a las contrariedades que tuvo que soportar en diversas y dolorosas circunstancias, unas de todos conocidas y otras no conocidas...

Monseñor Bolatti conoció la incomprensión. Más de uno se equivocó en sus juicios. Incluso se reconoció públicamente el día mismo de las exequias.

Conoció la difamación y la resistencia de sus propios hijos, unas veces abierta, otras veces disimulada.

Justo es reconocerlo, no para abrir viejas heridas sino para valorar su paciencia y humildad, para rendir homenaje a la verdad, y —permítaseme— para cumplir con un deber de desagravio y de piedad filial.

Monseñor, como tantos otros celosos Pastores de la Iglesia, fue juzgado de intransigente, de anticuado, de conservador, de anti-conciliar, de hostil al diálogo, de insensible a la acción social... ¡y no sé de cuántas cosas más!

Él soportó calladamente las humillaciones, perdonando, devolviendo bien por mal... y obrando de acuerdo con su conciencia.

¡Cuántas espinas laceraron su corazón!, ¡cuántos disgustos quedaron ocultos hasta la tumba... "in obsequium Christi"!

¡Él sabía muy bien que la cruz es la prueba de quienes predican la verdad, a ejemplo de Jesús, la Verdad crucificada por Amor!

¡Monseñor Bolatti, siguiendo los pasos del Divino Maestro, fue también "signo de contradicción" y un "grano de trigo" que cayó en tierra para dar fruto!

¡Ahora habrá ya recibido el galardón de su sacrificio, y se habrá convertido en gozo su tristeza!

¡Ahora descansará ya para siempre de todos sus trabajos y de la pesada carga de su episcopado!

¡Ahora, desde el Cielo, será mucho más eficaz su intercesión por su querida Arquidiócesis de Rosario a quien dedicó gran parte de su vida; y por nosotros sus hijos, que lo seguimos necesitando todavía!

Monseñor:

La Comunidad y Legión de Cristo Rey, además de rezar por vuestra alma, os prometen corresponder a las esperanzas que depositasteis sobre nuestra incipiente Fundación, por Vos bendecida y aprobada.

Estamos seguros de que ahora, desde el Cielo, junto a nuestro Divino Rey, seguiréis ayudándonos más eficazmente todavía...

¡¡Gracias por todo, Monseñor!!

"In memoria aeterna erit justus, ab auditione mala non timebit".

(1982)

Contenido

Bendición 6

Prólogo 7

Semblanza 12

I La Realeza de Cristo 18

1 La Epopeya del Rey de reyes 19

- Primer Acto- 19

- Segundo Acto- 25

-Tercer Acto- 59

2 Una Verdad inoportuna 63

3 El Reino de Cristo 69

-I- Naturaleza del Reino 69

a) Características del Reino 70

Espiritual 70

Escatológico 72

Universal 73

b) Condiciones 74

Dogma 74

Moral 75

Culto 77

c) La Iglesia 78

c) Los Enemigos del Reino 79

e) Una Sociedad nueva 82

-II-Realeza Social 84

a) Algunos principios 85

b) Fundamentos 85

La Creación 86

La Encarnación 86

La Redención 87

c) ¿Y La realidad? 89

d) Los cimientos 90

El clero 91

La familia 94

Los poderes públicos 95
e) Los Ejercicios Espirituales 101
4 Realeza Sacerdotal 103
5 Dos Banderas 110
6 Padeció bajo Poncio Pilato 115
¿Qué es la Verdad? 116
"Y se lavó las manos" 118
Conclusión 122
7 Herodes y Pilato 124
Comunismo y Liberalismo 125
8 Rey Crucificado 129
Primera verdad: "La vida temporal tiene un sentido de expiación". 130
Segunda verdad: "El amor se prueba en el sacrificio". 134
Tercera verdad: "La sabiduría es una preparación a la muerte" 137
Conclusiones prácticas: 141
9 La Realeza de Cristo en los Ejercicios Ignacianos 143
I. Meditación del Reino 144
II. Meditación de las dos Banderas 147
III. Meditación del tercer grado de humildad 150
10 Todo poder 154
Naturaleza: 154
Dos objeciones 156
Doble concepción de la política 160
Fundamento Teológico 161
La Creación 161
La Encarnación 161
La Redención 162
Derechos y Deberes 163
Conclusión 164
11 El sentido de la historia 168
12 La libertad de los hijos de Dios 172
13 La Ley del Talión de la historia 181
14 ¿Y los Derechos Divinos? 183
15 Réquiem por la España Católica 185
16 El pecado español 187
17 En el 50 aniversario del martirio de la Iglesia en España 189

18 Por sus frutos lo conoceréis....191
19 Examen de conciencia....194
II La Santísima Virgen....197
20 ¡Salve, oh Reina!....198
21 Signum magnum....206
22 Pero como Tú, ninguna!....215
23 "Como lirio entre espinas"....220
24 María, la Mujer ideal....221
III La Iglesia....223
25 ¿Qué es la Iglesia?....224
Sociedad perfecta, soberana, monárquica.....225
Sus poderes....228
26 Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?....232
27 Sentir con la Iglesia.....235
Las dos figuras de San Ignacio:....237
Deberes del cristiano....240
Las tentaciones actuales....245
28 Reglas para sentir con el Papa....247
29 Fidelidad al Magisterio....250
30 Cómo leer los documentos pontificios....255
31 Decimos ¡no! a la Democratización de la Iglesia....258
32 Diálogo?....261
33 Pondré enemistades....263
34 La hora del Concilio....266
35 A 20 años del Concilio....268
Dos errores:....268
Objetivos....279
Los frutos....283
36 El dedo del Papa....289
Diversos mensajes:....297
37 En torno a la visita del Santo Padre....304
38 Responsabilidad....307
39 Grandeza del Cristianismo....308
Hombre definido.......309
Hombre distinguido.......310
Hombre comprometido....311

40 La esencia del Cristianismo 316
42 ¿Qué espera Ud. del sacerdote de hoy...? 325
IV La Fundación 326
43 Una nueva Fundación 327
I Santidad 329
II Doctrina 331
III Acción 332
44 Presentación de la revista "Cristo Rey" 336
45 consignas a nuestros Militantes 343
46 Nobleza obliga 351
47 ¡Gracias, Monseñor! 356